EDITORIAL SUDAMERICANA

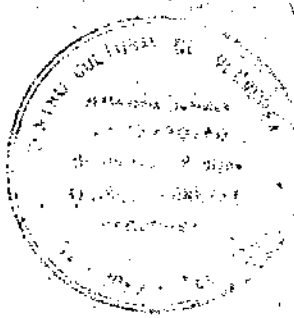
LAS CIVILIZACIONES PREHISPANICAS DE AMERICA

SALVADOR CANALS FRAU

1ª edición: agosto 1955
2ª edición: diciembre 1959
3ª edición: noviembre 1973
4ª edición: agosto 1976

23642

SALVADOR CANALS FRAU



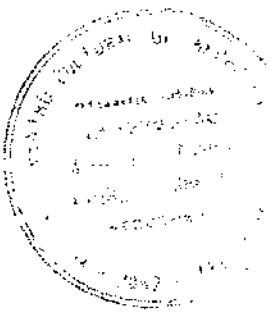
LAS CIVILIZACIONES PREHISPÁNICAS DE AMÉRICA

C93

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723. © 1976, Editorial Sudamericana Sociedad Anónima, calle Humberto I° 545, Buenos Aires.



PREFACIO

Dada la conocida falta de precisión que en muchas partes suele presidir el empleo de términos etnológicos, no ha de dejar de suscitar extrañeza el título que damos a esta obra. Pues, mucha gente cree todavía en la existencia de una real antinomia entre todo lo que es prehispánico y la Civilización. Creencia que se basa en la visión tradicional e interesada, de que fué a raíz de la acción de los europeos que se implantó en América la Civilización.

Esto es indudablemente cierto para la mayor parte de Norteamérica y para extensas regiones de América del Sur. Pero no lo es menos que en aquella porción del hemisferio que hoy conocemos como América Nuclear, existieron también, y ello con mucha anterioridad a la llegada de los españoles, auténticas civilizaciones. Dando a este término, claro está, el recto sentido que tiene en Etnología, y que lo hace sinónimo de alta cultura. Las civilizaciones prehispánicas de México y Perú, por ejemplo, ostentaban rasgos generales muy similares a los que ofrecían las contemporáneas altas formas culturales del Viejo Mundo. Y hasta es posible afirmar que en algunas de sus categorías, las civilizaciones americanas fueron superiores a las de la clásica Antigüedad. Es cierto que en otros aspectos los americanos estuvieron lejos de rayar a igual altura. De todas maneras, queda el hecho incontrovertible de que las antiguas civilizaciones del Viejo y del Nuevo Mundo son entidades comparables. Es por esto que corrigiendo la anterior opinión y expresándonos con propiedad, diremos que lo que los europeos implantaron en este doble continente, más que la Civilización a secas, fué su propia forma cultu-

ral, su particular estilo de vida. Esto es, la civilización europea u occidental.

Ello no obstante, y pese a nuestra creencia firme basada en los resultados de las Ciencias del Hombre, de que los indios poseyeron la misma aptitud física e intelectual que los demás grupos humanos para impulsar la alta cultura y actuar como civilizadores, el surgimiento de la Civilización ha sido algo tan particular y único, que hemos de admitir que las primeras formas americanas sólo pudieron producirse a impulsos de las que ya existían en el Viejo Mundo. Es decir, que las primitivas civilizaciones americanas, al igual que las similares europeas, han tenido su remoto origen en influencias venidas del Antiguo Oriente. Lo cual puede explicarnos las numerosas similitudes discernibles entre unas y otras.

Y es sobre esta base que intentamos historiar en este libro las principales civilizaciones que conoció la América prehispana, y de las que tenemos noticia cierta. Para ello hemos podido servirnos del gran adelanto que en su aplicación a América han logrado la Arqueología y las demás ciencias etnológicas, sobre todo en los dos últimos decenios. Y si bien todavía estamos lejos de poder aclarar todos los problemas que presenta la interesante evolución cultural americana, nuestro tratamiento ha podido abarcar tanto los inciertos comienzos de las civilizaciones, como sus ya más seguras realizaciones últimas.

En realidad, hace ya tiempo que teníamos en preparación esta síntesis. Su publicación nos parecía tanto más necesaria, cuanto que las obras de este tipo no abundan en idioma español, ni tampoco en lengua extranjera. Además, en nuestra anterior *Prehistoria de América*, cuyo acento radica más bien en los períodos más alejados de nuestros días, no nos fué posible, por razones obvias, dar la amplitud que correspondía a las altas culturas americanas. De ahí que decidiéramos hacerlo por separado, incluyendo en un mediano volumen todo lo que es posible decir sobre las más altas formas culturales que les fué dado elaborar a los primitivos habitantes de este hemisferio.

Y al presentar hoy esta obra en la forma en que lo hacemos, debemos agradecer públicamente la gran ayuda que para su consecución ha representado la especial gentileza con que numerosos colegas y amigos, nacionales y extranjeros, quisieron corresponder a nuestros requerimientos de material bibliográfico e ilustrativo. De entre los primeros debemos nombrar a la señora Cristina Correa Morales de Aparicio, al doctor Alberto Rex González y a la Dirección del Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires. Y entre los extranjeros figuran, principalmente, los doctores Gordon F. Ekholm, de Nueva York; Matthew W. Stirling, de Washington; Paul Fejós, de Nueva York; Gordon R. Willey, de Cambridge (Mass.); Robert Wauchope, de Nueva Orleans; J. Alden Mason, de Filadelfia; Ralph L. Beals, de Los Ángeles (Cal.); Alfred L. Kroeber, de Berkeley (Cal.); Emil W. Haury, de Tucson (Ariz.); Alfonso Caso, de México; Eusebio Dávalos Hurtado, de México; Gerardo Reichel Dolmatoff, de Cartagena (Colombia); José Eulogio Garrido, de Trujillo (Perú); Gregorio Cordero Miranda, de La Paz (Bolivia); Greta Mostny, de Santiago de Chile; F. L. Cornely, de La Serena (Chile), y Roberto Montandon, de Santiago de Chile. Sin olvidar a las beneméritas instituciones: Carnegie Institution de Washington, Boston (Mass.); University Museum, de Filadelfia; Peabody Museum de la Universidad de Harvard, de Cambridge (Mass.); Bureau of American Ethnology, de Washington; Museo Nacional de Antropología, de México, e Instituto Nacional de Antropología e Historia, de Guatemala. A todos ellos, y a algunos otros más que no nombramos para no alargar demasiado la lista, les hacemos llegar nuestro más cordial agradecimiento.

SALVADOR CANALS FRAU

Buenos Aires (Argentina), marzo de 1955.

PARTE PRIMERA

ORIGEN DE LAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

I. CARACTERES GENERALES DE LA CIVILIZACIÓN

1. *Cultura y Civilización*

En Etnología, que es la ciencia que tiene a su cargo el estudio de los grupos humanos y de sus obras, con el término de *cultura* se entiende referir al conjunto de técnicas y costumbres, de valoraciones y comportamientos que todo pueblo posee y que en cada uno toma una forma en algo peculiar. En contra de lo que pretenden los relatos legendarios de los pueblos, se ha de tener presente que estos conjuntos o, lo que es lo mismo, que las culturas, no son la obra de personas aisladas, ni menos un regalo de Prometeo o de algún otro héroe civilizador. Sino el resultado de la acción de las infinitas generaciones que se van sucediendo. Es común que cada generación agregue o modifique algo al fondo común que ha heredado, y frecuentemente puede esto deberse a alguna destacada personalidad. Pero el ritmo de esas modificaciones varía mucho de acuerdo con el tiempo y el lugar. Las culturas representan, por tanto, la herencia social de los pueblos. De lo cual resulta que no hay pueblo sin cultura, ni cultura que pueda vivir desligada del grupo que la ha creado o que la alimenta. Sin que esto impida, naturalmente, que a menudo tengamos que referirnos a culturas sin mencionar para nada al pueblo que es o ha sido su portador. Esto sucede, sobre todo, cuando tratamos de las culturas de aquellos pueblos ya desaparecidos, el recuerdo de cuyo nombre se ha perdido.

Ahora bien, si paseamos la vista por las culturas de los nume-

rosos pueblos que existen en el mundo, o recordamos a las que florecieron en el pasado, no dejaremos de ver que no todas ellas tienen una misma jerarquía. Que las hay de más sencillas y de más complejas, de menos desarrolladas y de más evolucionadas, de más altas y de más bajas, visto todo desde nuestro mirador contemporáneo. Por ejemplo, la cultura de los *Griegos* antiguos, o la de los *Norteamericanos* de hoy, en muy poco se parecerán a la de los desaparecidos indios *Pampas* que poblaban la llanura central argentina, o a la de los actuales aborígenes *Australianos*. Pues, no cabe duda alguna de que las dos últimas carecen de la alta intelectualidad de la primera, o del refinado tecnicismo de la segunda. Es por esto que desde antiguo se ha venido clasificando en tipos distintos a las culturas de los pueblos y a los pueblos mismos. La división suele hacerse en tres grupos, ya sea de acuerdo con los tres principales períodos prehistóricos que son el Paleolítico, el Neolítico y la Edad de los Metales, ya por una subdivisión sociológica en la que los respectivos períodos son llamados Salvajismo, Barbarismo y Civilización. Entendiéndose, empero, que los grupos así establecidos comprenden siempre a los pueblos o culturas que nosotros consideramos de tipo inferior, de tipo medio y de tipo superior, respectivamente.

Son culturas de tipo inferior todas las que florecieron durante los ya lejanos tiempos del Paleolítico y del Mesolítico, y muchas otras que, teniendo sus raíces en esos períodos arqueológicos, han sobrevivido hasta la Actualidad. Estas culturas tienen su base económica en la caza y pesca y en la recolección de toda clase de productos agrestes. Sus portadores, esto es, los grupos que viven de acuerdo con sus normas y patrones, no modifican esencialmente el estado natural de las cosas que sirven a su economía. Sino que se limitan a apresar los animales y a recolectar de la más diversa manera, todo aquello que les ofrece Madre Naturaleza y que puede servir a sus modestas necesidades. Su instrumental es de lo más simple, y de piedra tallada, madera o hueso son los pocos artefactos que poseen. Este tipo de economía, llamada a veces *recolectora*, condiciona a su vez un

tipo simple de vivienda hecha de materiales perecederos, una vida nomadizante, y una organización social y política relativamente sencilla y patriarcal.

En cambio, las culturas de tipo medio son las propias del Neolítico. En ellas, el Hombre ya trata de modificar lo existente en beneficio propio. Por ejemplo, no se limita a recolectar los productos vegetales o animales allí donde los encuentra y cómo los encuentra, sino que él mismo echa semillas en el lugar que quiere para que germinen y crezcan los vegetales que utiliza, y cría las especies animales que más le interesan. Tampoco se conforma con utilizar los recipientes naturales que le ofrece la Naturaleza en forma de conchas de molusco, cañutos de bambú o cáscaras de frutas, sino que ha aprendido a fabricar vasijas de barro, dándoles la forma que tenían aquéllos o las que más le acomoda. Ni se contenta con vestirse con los despojos de los animales que caza, cual hiciera antes, sino que sabe utilizar materias vegetales para fabricar sencillas prendas con que abrigarse o engalanarse. Por otra parte, como el cultivo del suelo le obliga a una vida sedentaria, su vivienda puede ser más amplia y más estable. Y disponiendo también de más tiempo libre, su técnica se amplía y se perfecciona, y sus artefactos de piedra y hueso que todavía utiliza, aparecen ahora pulimentados. Finalmente, como las faenas agrícolas son principalmente realizadas por la mujer, ella aparece ahora como productora de alimentos, y esto aumenta considerablemente su prestigio en el grupo. Todo lo cual resulta en una organización social más complicada que antes, la que a veces es calificada de matriarcal.

Y entendemos por culturas de tipo superior, altas culturas o *civilizaciones*, aquellas en que el Hombre no sólo trata de dominar siempre más a la Naturaleza criando animales y plantas para que sirvan a su sustento o utilidad, sino que conoce también la manera de emplear los metales como materia prima para la fabricación de utensilios; ha aprendido a organizar el trabajo social en su economía; dispone de un organismo político que llamamos Estado; construye templos o santuarios donde adora

a sus divinidades y cerca de los cuales se concentra y vive, y ha elaborado un sistema de signos que conocemos como escritura [1].

En realidad, si bien el llamar "civilización" a este tercer y superior tipo de cultura es lo común y apropiado, no faltan las personas que se apartan de esta regla general. Por ejemplo, hay autores que no distinguiendo bien entre "cultura" y "civilización", emplean ambos términos de manera más o menos sinónima; los franceses proceden generalmente así [2]. Mientras que otros oponen una voz a otra, y entienden con la primera algo así como "cultura espiritual", y "cultura material" con la segunda [3]. Mas, ni uno ni otro procedimiento son satisfactorios para el etnólogo. Y no lo son por muchas y variadas razones, no siendo la menor ni la última el claro sentido etimológico que corresponde al término "civilización".

Porque nadie ignora que esta voz deriva del latín *civis, civilis,* y que éstos a su vez son derivados de *civitas,* "ciudad". De ahí que algunos conocidos autores ingleses y norteamericanos califiquen a menudo de "culturas urbanas" a las civilizaciones, y de "revolución urbana" al proceso que sufrieran algunas culturas de tipo medio al convertirse en las primeras civilizaciones de la Historia [4]. Teniendo esto en cuenta parecerá lógico admitir que si queremos que todos nuestros conceptos tengan un contenido preciso e inequívoco, y a esto debe tender siempre toda ciencia humana, mal podemos llamar civilización a la cultura de los cazadores paleolíticos nómades. Tampoco a la de los cultivadores neolíticos que, si bien son sedentarios, viven en diminutas aldeas que aíslan a los grupos. La existencia de ciudades, en cambio, concentra a los hombres, facilita el trabajo social y el intercambio de ideas, y enriquece, así, a la cultura.

2. *La Civilización en el Viejo Mundo*

Las culturas del tipo tercero, las altas culturas, culturas urbanas o civilizaciones, que son las únicas de que tratamos en este

libro, dominan hoy en casi toda Europa y en la mayor parte del resto del mundo. Pero es indudable que no ha sido siempre así.

Pues, al caer la primera luz clara de la Historia sobre el mundo, digamos unos 3.000 años antes de nuestra Era, los dominios de la Civilización estaban restringidos a sólo tres pequeñas porciones del Antiguo Oriente. Eran el Valle del Nilo, en Egipto; el Valle del Tigris y Eufrates, en la Mesopotamia; y el Valle del

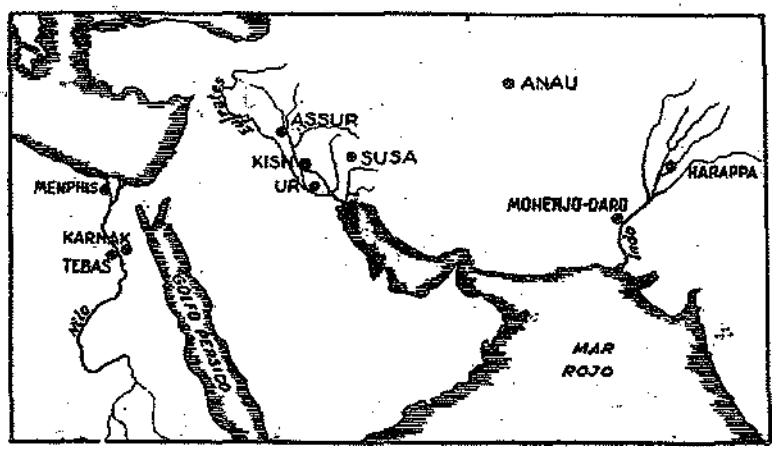


FIG. 1. — Los tres primitivos centros de civilización del Viejo Mundo: valles del Nilo, del Eufrates y del Indo.

Indo en el Indostán (Fig. 1). En el resto del mundo, en cambio, sólo vivían pueblos dotados de culturas de tipo inferior o medio.

De estos tres primitivos focos de civilización, el geográficamente intermedio o de Mesopotamia, parece ser el más antiguo. Es también ahí, en la vieja Sumeria, donde mejor podemos seguir las modificaciones que va sufriendo una cultura media en evolución, a través de distintas fases de un avanzado Neolítico, hasta convertirse en la primera civilización que conoce la Historia. Alrededor del 3500 antes de Cristo ya se ha logrado este estado, y poco después, cerca del 3200, comienza el primer período dinástico de Mesopotamia.

Poco después del foco mesopotámico se prende el del Valle del Nilo, cuya primera dinastía comienza alrededor del 3100, y

aun algo más reciente es la eclosión en el Valle del Indo. Es altamente probable que estos dos últimos centros de primitiva civilización hayan surgido por influencias del primero.

Muchos se han preguntado que cómo pudo ser posible que una sociedad basada en una sencilla economía de tipo neolítico, en la que cada familia no sólo provee por separado a sus propias necesidades, sino que además lo hace en la medida estricta que exige la propia sustentación, pudiera llegar a convertirse en economía organizada, en la que mientras unos se dedican a la producción de alimentos otros trabajan en la metalurgia, en la alfarería, en el intercambio de productos, etc. Las respuestas han sido varias y varias han de haber sido también las causas. Unas serían internas, y externas las otras. Entre las primeras creemos ha de estar un factor económico, y entre las segundas un factor bélico. Nos referimos primeramente a la necesidad de controlar las aguas que sirven a la irrigación de los campos de cultivo. Esta, junto con la construcción de diques, represas y canales, sólo puede ser obra conjunta y organizada de una comunidad. No obstante lo cual, es casi seguro que sin una fuerza coercitiva externa, sin algo que obligara a ello, no se produjera la conjunción y planificación de esfuerzos. Y la coerción, a su vez, sólo puede haber consistido en la imposición de un ordenamiento social estratificado como resultante de una conquista del territorio por elementos extraños y de cultura distinta. En resumen, algún pueblo de economía pastoril, de entre los muchos que merodeaban por las regiones vecinas, se ha de haber asentado sobre antiguos grupos de cultivadores a manera de aristocracia conquistadora.

La primitiva civilización que así surge y que primeramente domina en las tres mencionadas regiones, se basa en la producción intensiva de alimentos, esto es, en la agricultura y ganadería. Los tres valles son de régimen árido y de condiciones fisiográficas y climáticas parecidas. El cultivo del suelo es en ellos sólo posible mediante el riego artificial. Es cierto que los ríos respectivos están sujetos a desbordamientos periódicos. Mas, no es

esto suficiente. Si se quería una mayor producción de alimentos capaz de dar sustento a una mayor población, había que llevar los beneficios del riego a las partes que no estaban en contacto directo con el río. En Egipto se consiguió esto mediante la construcción de diques y represas para contener y almacenar los sobrantes de las inundaciones periódicas. En Mesopotamia había necesidad de abrir numerosos canales para desagotar los pantanos y dirigir las aguas allí donde estaban los cultivos. Del Valle del Indo no tenemos noticia cierta sobre el particular; pero apenas cabrían dudas de que también allí los cultivos tenían como base la irrigación derivada del caudal de su río.

Los cultivos sumerios, los egipcios y los indostánicos producían ante todo cereales. Y es curioso anotar que ninguno de éstos, ni el trigo, ni el mijo, ni la cebada que sabemos se cultivaban allá, son originarios de ninguno de los tres valles, lo que equivale a decir que las respectivas plantas fueron domesticadas en otras partes. A los mencionados cereales se agregaban algunos productos de la huerta, como los dátiles y los melones. En el Valle del Indo se cultivaba, además, el algodón, y casi seguro que también el arroz. La azada, el arado y las hoces eran los principales instrumentos agrícolas. La ganadería, por su parte, tenía como objeto de sus afanes a los vacunos, los ovinos y al cerdo [5].

La especialización en el trabajo se había ya cumplido definitivamente, y junto a los agricultores vemos aparecer distintas clases de artesanos. De entre éstos se destacaban, además de sacerdotes y soldados, los metalurgos y los orfebres, quienes trabajaban el cobre y el bronce, la plata y el oro. Las hachas, las azuelas, los cinceles, etc., están hechos de metal, aunque todavía sigue subsistiendo instrumental de piedra.

Uno de los principales progresos técnicos que diferencian el nuevo estado de cosas frente a la situación anterior, está dado por el descubrimiento del principio de la rueda, que tuvo consecuencias incalculables. Las primeras civilizaciones lo aplicaron primeramente al transporte y a la fabricación de alfarería. Y es por esto que aparece pronto el carro tirado por asnos, y también

el torno del alfarero. Este último permite fabricar vasijas más perfeccionadas y con mayor rapidez que por el antiguo sistema de la fabricación a mano [6].

La escritura representa otra de las grandes conquistas de la Civilización. En la época que nos ocupa, fines del cuarto y comienzos del tercer milenio anterior a Cristo, la escritura ya estaba en uso en los tres valles. No había alcanzado todavía, es cierto,

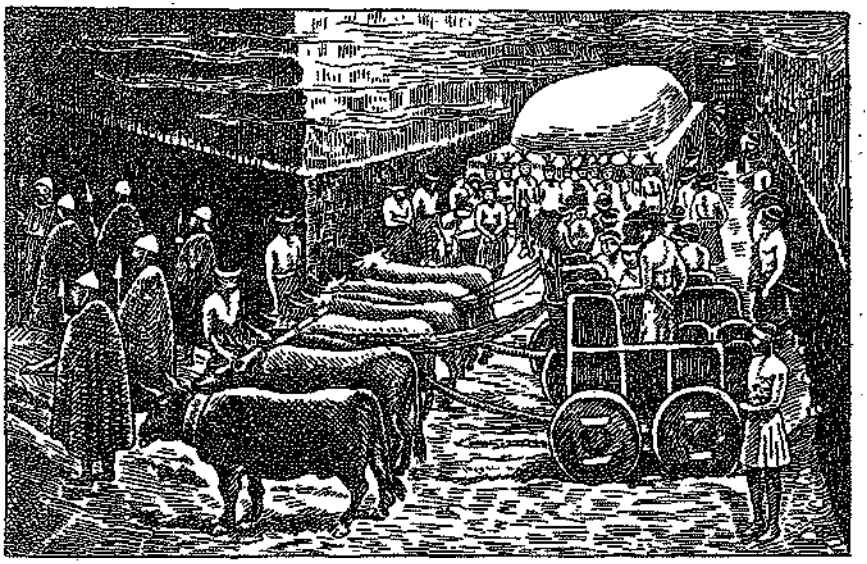


FIG. 2.—La más antigua civilización de la Historia. Servidores de uno de los *príncipes* de *Ur* (Sumería), que van a ser inmolados para que acompañen a su señor en el más allá. Según Breasted.

el carácter de alfabética que tiene ahora, ya que sus símbolos representan objetos, en parte muy estilizados y convencionales. Pero pronto evoluciona y se convierte en silábica.

La sociedad ha dejado de ser la sencilla comunidad que era antes. Ahora está compuesta por clases y estamentos, superpuestos unos a otros a manera de pirámide. Arriba de todo, en la cúspide, está el príncipe o rey que es al mismo tiempo vicario del dios local cuando no el dios mismo. En Egipto, por ejemplo, los monarcas son considerados hijos del Sol, la divinidad máxima. Si-

guen luego los sacerdotes, los escribas, los soldados. Constituyen la base del cono los cultivadores y los distintos artesanos. Existe la esclavitud, y servidores y viudas son inmolados a la muerte del señor para que puedan acompañarle en la tumba y servirle en el más allá (Fig. 2).

Las grandes aglomeraciones de gentes son aún visibles por el número grande de ruinas que se encuentran reunidas en lo que fueran sus ciudades. En Sumeria y en Egipto los templos ocupan la parte más destacada, y por lo general son imponentes. En las ciudades del Indo son pocos los palacios hallados hasta ahora, y los templos o santuarios no se distinguen por su grandiosidad. Es cierto que en cualquier momento nuevas excavaciones pueden alterar este aspecto.

3. *La Civilización en el Nuevo Mundo*

En el momento de la conquista española, la Civilización en el Nuevo Mundo tenía también una extensión limitada. Ella dominaba plenamente sólo en las dos grandes regiones Andina y Mesoamericana, si bien gran parte de sus elementos constitutivos se encontraban también en la Región Colombiano-Centroamericana que es intermedia a aquellas dos. Se puede decir, por tanto, que la civilización indígena de América tenía una extensión más o menos coincidente con la de la América Nuclear (Fig. 3).

Región Andina, Región Mesoamericana y América Nuclear son conceptos relativamente nuevos que necesitan alguna explicación. Por ejemplo, en el concepto de Región Andina no incluimos a todos los territorios que están atravesados por la Cordillera de los Andes, como podría suponerse, sino sólo a aquella parte de los mismos por los que, aproximadamente, se extendiera otrora el Imperio Incaico. Y como los límites de este antiguo Estado se suelen situar en la parte meridional de Colombia, por un lado, y en el río Maule, en Chile, por el otro, resulta que nuestra Región comprendía toda la parte cordillerana de Sud-

américa que está comprendida entre los paralelos 3 de latitud norte y 36 de latitud sur, aproximadamente.

El concepto de Región Mesoamericana, o Mesoamérica a se-

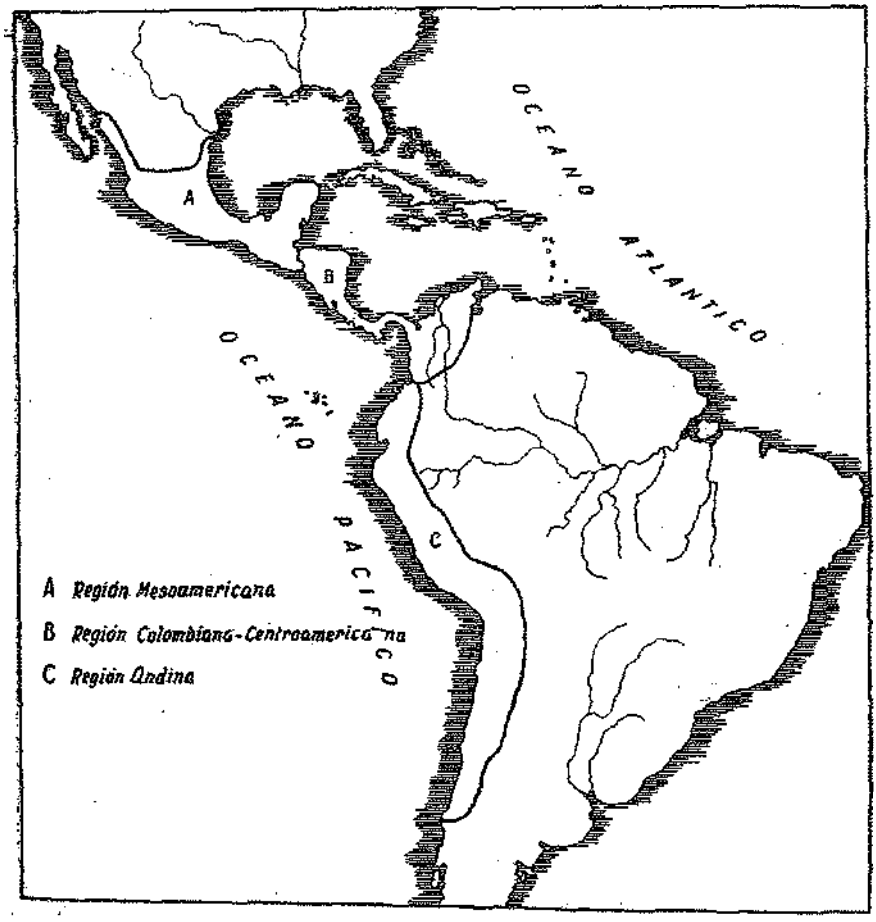


FIG. 8.—Las tres áreas de dispersión de las civilizaciones americanas.

cas, fué recientemente formulado por Paul Kirchhoff [7]. Se quería incluir en una sola unidad al conjunto de territorios dominados por las altas culturas de México y Centroamérica que no obstante encontrarse divididos entre varios Estados, en la época de la Conquista estaban unidos por una historia común. En la delimita-

ción que acaba de darle Alfonso Caso, Mesoamérica tiene como límite norte una línea ideal que partiendo de la desembocadura del río San Fernando, en el Estado mexicano de Tamaulipas, al este, se incurva hacia el sur para alcanzar el río Lerma y el lago Chapala, y volver luego a remontar hacia el norte siguiendo la Sierra Madre Occidental hasta llegar a la boca del río Sinaloa, en el oeste. De esta manera deja fuera del área mesoamericana a todo el norte de México, con excepción de parte de ambos litorales. Por el otro lado, la línea demarcatoria tiende a unir, en un recorrido también tortuoso, las bocas del río Motagua, sobre el Atlántico, con la desembocadura del Lampa, sobre el Pacífico, dejando incluídos dentro de Mesoamérica al centro y sur de México, a toda Guatemala, la parte más occidental de Honduras y la porción oeste de El Salvador [8].

Y constituyen la Región Colombiano-Centroamericana todos los territorios que estando situados entre el límite meridional de Mesoamérica y el septentrional de la Región Andina, constituyen las actuales repúblicas de Nicaragua, Costa Rica, Panamá, la mayor parte de Honduras, la mitad oriental de El Salvador, y todo el resto de la Colombia cordillerana no incluída en la Región Andina. Es decir, la parte occidental de lo que Steward recientemente denominara "región circumcaribe" [9].

Finalmente, es al conjunto de estas tres grandes regiones, la Andina y la Mesoamericana, ambas de alta cultura plena, y la Colombiano-Centroamericana, geográfica y etnológicamente intermedia, que llamamos América Nuclear. El concepto fué acuñado por A. L. Kroeber, el decano de la Etnología norteamericana [10].

Queda por decir que la civilización indígena americana que floreciera dentro de los límites señalados ostentaba los mismos caracteres generales que la primitiva del Viejo Mundo que hemos visto antes. Pues, como ésta, aquélla se basaba precipuamente en el cultivo de un cereal, el maíz. Había domesticado varios animales, como la llama, el cuis y el pavo. Su sociedad estaba estratificada, con esclavitud, aristocracia, monarquía divinizada

y trabajo especializado. Dentro de sus dominios hubo también grandes ciudades, como *Chan-Chan*, *El Cuzco* o *Tenochtitlán*, y los templos y santuarios, construídos generalmente de piedra y adobes, constituían a menudo el núcleo alrededor del cual se agrupaban las poblaciones. Por su parte, la técnica contaba con comparables progresos, ya que conocía el trabajo de los metales, las embarcaciones a vela, la cerámica de alta calidad, las construcciones megalíticas, se contaba con un principio de escritura, y se disponía de suficientes conocimientos astronómicos y matemáticos como para elaborar con ellos un calendario de 365 días similar al del otro hemisferio.

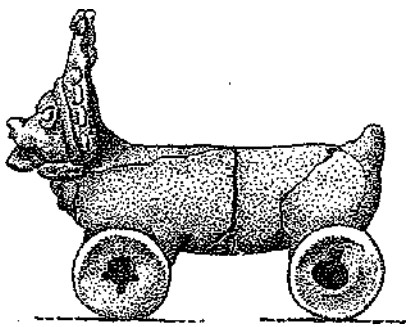


FIG. 4. — Ruedas americanas prehispánicas. Se trata de un juguete de barro cocido hallado en *Panuco*, en la Huasteca. Según Ekholm.

Claro que junto con las similitudes se evidencian también algunas disparidades. Nuestra civilización indígena americana no dió importancia al principio de la rueda, pese a haberlo conocido también [11], y careció por tanto de rodados y del torno del alfarero. Tampoco conoció el trigo ni la cebada, ni el vidrio ni el hierro, ni el verdadero arco arquitectónico. Y los animales domesticados pertenecen a especies distintas de las euroasiáticas. Ni supo unir la fuerza de tiro de un animal a una azada, por lo que sus cultivos agrícolas ignoraron un instrumento tan útil y simple como es el arado.

En cambio, conoció algunos adelantos intelectuales con anterioridad a las civilizaciones del Viejo Mundo. Los *Mayas*, por ejemplo, pueblo de Mesoamérica, supieron dar un valor distinto a las cifras de acuerdo con su posición, e inventaron un símbolo para la nada — el cero. Cosas que nunca llegaron a conocer, no ya los *Egipcios* y *Sumerios* antiguos, sino que ni siquiera los posteriores *Griegos* y *Romanos*.

II. FORMACIÓN Y PROPAGACIÓN DE LAS CULTURAS

1. *Formación de las Culturas*

Como se ha visto en el capítulo anterior, hay una evidente similitud entre las primitivas altas culturas o civilizaciones del Viejo y del Nuevo Mundo. No ha de extrañar, pues, que sean muchas las personas que desde antiguo se hayan preguntado la causa de este fenómeno. ¿Habrá entre unas y otras altas culturas alguna relación de dependencia? O, presentando el problema de manera más concreta, la civilización americana, ¿derivará en alguna manera de las civilizaciones asiáticas, al igual que las actuales civilizaciones de Europa y de América no son sino el resultado de la propagación y ulterior desarrollo de las primitivas civilizaciones del Antiguo Oriente?

Antes de tratar de dar una respuesta más o menos categórica a este interrogante, habremos de resumir brevemente los distintos puntos de vista que, con referencia al problema general de la evolución y propagación de pueblos y culturas, se sustentan en Etnología. Se trata, sobre todo, de las tesis de dos importantes tendencias antagónicas que durante algún tiempo se combatieron acerbamente: la llamada escuela "evolucionista", de base científico-natural, y su opositora, la "difusionista", de carácter histórico. A lo cual podremos luego agregar algunas consideraciones sobre el punto de vista actual que en cierta manera sintetiza los dos anteriores.

Se suele considerar como padre del punto de vista "evolu-

cionista" al conocido etnógrafo y viajero alemán Adolfo Bastian (1826-1905). En sus muchos escritos, y especialmente en su obra capital [1], este autor, que era médico y psicólogo, parte de la base de que los hombres todos poseen una misma naturaleza psíquica y son fundamentalmente iguales en todas partes. Esta igualdad anímica hace que las distintas agrupaciones humanas reaccionen del mismo modo frente a las necesidades idénticas que todas sienten. De acuerdo con esta tesis, todos los pueblos de la Tierra habrían inventado por cuenta propia los principales elementos que integran sus respectivas culturas, respondiendo cada uno de ellos a una impostergable necesidad. Y como las necesidades son las mismas o parecidas en todas partes, los elementos culturales que responden a ellas han de ser también los mismos o parecidos por doquier. Por lo tanto, cada fenómeno de cultura sería el resultado de lo que Bastian llamara la *idea elemental*, que surgiría naturalmente en todos los pueblos. Y a esto se deben las similitudes culturales que se observan en los distintos países.

No obstante, no se le escapaba a Bastian que no todos los pueblos poseen culturas exactamente iguales, aunque los elementos que las componen sean a menudo idénticos o parecidos. Y es por esto que junto al concepto de las ideas elementales creó el otro, complementario, de las *ideas étnicas*. Bastian entendía referirse con el mismo al sentido distinto que los diversos pueblos imprimen a su cultura, de acuerdo con el peculiar contorno que les rodea. En consecuencia, la "idea elemental", común a todos, produce en todos los pueblos, independientemente uno de otro, elementos culturales básicos e idénticos; mientras que la "idea étnica", peculiar a cada "provincia geográfica", hace que los pueblos creen aquellas particularidades, aquellas modificaciones al conjunto básico, que son características y peculiares de las grandes regiones.

Las ideas de Bastian, que posteriormente fueron llamadas "evolucionistas" pese a que nuestro autor era personalmente enemigo del evolucionismo biológico, hallaron eco favorable en

muchas esferas. De ahí que pronto surgieran en varios países otros autores que navegaban por las mismas aguas. Sólo que mientras que Bastian veía en los hechos de cultura simples manifestaciones de un mismo y universal espíritu humano y se interesaba ante todo por hallar las leyes fundamentales de la evolución étnico-psicológica, otros autores se dedicaron a determinar cuál había sido el camino recorrido por los pueblos de superior cultura a partir de la situación básica condicionada por las primeras ideas elementales. Es decir, les interesaba establecer el proceso de la evolución de pueblos y culturas, y determinar las fases y estados por los que esa evolución pasaba en su camino hacia arriba. Esa actitud mental se comprenderá mejor si se recuerda que era la época en que las obras de Darwin constituían éxitos de librería y el término *evolución* estaba en la boca de todos.

Los principales evolucionistas fueron L. H. Morgan (1818-1881), E. B. Taylor (1832-1917) y J. F. Mac Lennan (1827-1881). Común a todos ellos es la creencia de que los pueblos todos integran sus respectivas culturas mediante el recurso, poco menos que único, de las invenciones independientes. Y también la otra que admite que tarde o temprano todo pueblo puede llegar por ese medio a los estados culturales superiores, pasando a través de una serie preordenada de estados inferiores y medios. Por lo tanto, las diferencias entre las culturas de los diversos pueblos de la Tierra no serían el producto de un diverso medio geográfico, ni el resultado de las distintas vicisitudes históricas, sino que en lo esencial representarían meras fases de una misma evolución unilineal [2].

En consecuencia, para el problema que llevamos entre manos, la tesis evolucionista nos llevaría a tener que reconocer que la civilización indígena americana habría podido originarse en este mismo continente, independientemente del viejo foco cultural del Antiguo Oriente.

2. *Propagación de las Culturas*

Una posición diametralmente opuesta a la de Bastian y a los evolucionistas en general, es la que desde un principio asumió otro gran pensador alemán contemporáneo de Bastian: Federico Ratzel (1814-1904), el fundador de la Antropogeografía.

En sus obras distintas, de las que *Völkerkunde* es la más conocida [3], Ratzel acentúa el carácter de ciencia histórica que corresponde a la Etnología, al demostrar la importancia que para ella tienen las migraciones humanas. Para llevar al lector al mismo convencimiento, bastará con recordar que la ecúmene toda ha sido poblada por el Hombre, y que ello presupone grandes y continuados movimientos de gente. Hasta se puede decir que la historia de la Humanidad está dominada por este principio de las migraciones. O, como lo expresa el finés Numelin, "las migraciones atraviesan la historia entera de la Humanidad" [4]. En los primitivos estados de cultura, esto es, al nivel de las culturas inferiores, los pueblos carecen de residencia fija, son nómades o semi-nómades, y no están ligados a ningún lugar de manera especial y definitivo. Tampoco más adelante, en un superior estado cultural equivalente al de nuestras culturas medias o altas, y aunque estos pueblos son sedentarios, en manera alguna se consideran ligados a perpetuidad y en bloque, a un área que esté encerrada dentro de rígidas fronteras. Sino que los pueblos se expanden, pasan *in toto* o en parte de una a otra región. Guerrean con sus vecinos y les someten o son sometidos. Los cataclismos naturales, los cambios de clima o de paisaje, el crecimiento excesivo de la población, la necesidad anexa de mayor espacio vital y otros factores más, inducen a los pueblos a extender su territorio, a cambiar de suelo, a poblar otras regiones, a colonizar países extraños. Con otras palabras, los límites espaciales de los pueblos no son excesivamente rígidos, sino relativamente lábiles.

Como es fácil de comprender, con cada extensión o migra-

ción de un pueblo se extiende también y migra su cultura. Pues los hombres no se desprenden con facilidad de sus hábitos y costumbres ni de los objetos a que están acostumbrados. Y por dondequiera que vayan llevan siempre consigo su propio acervo cultural. Es así que los colonizadores fenicios llevaron su cultura a Cartago, y que lo mismo hicieron los españoles en América. Por otra parte, las relaciones entre los pueblos, ya sean pacíficas o guerreras, ponen en contacto a culturas de índole distinta, y esto resulta siempre en influenciaciones mutuas e interpenetraciones culturales. Por lo tanto, tampoco las culturas son entidades cerradas y estáticas.

Consecuencia de lo dicho es que cuando vemos que dos pueblos distintos, aunque estén alejados entre sí, poseen en común un elemento cultural de forma idéntica, digamos una misma forma de arco y flecha, procederemos erróneamente si atribuimos esta igualdad a la famosa idea elemental, a la hipotética identidad psíquica de los pueblos que les habría llevado a creaciones idénticas, cual hace Bastian; sino que antes de tomar tal determinación habremos de proceder históricamente, es decir, deberemos preguntarnos si la forma de arco y flecha que encontramos en el pueblo B, no puede provenir del pueblo A, que también la tiene. Pues, muy bien podría haber sucedido que el fenómeno en cuestión se originara en A, y desde ahí, por medio de una migración antigua o reciente, se hubiese difundido por las demás partes. Y es esto tanto más posible en principio cuanto que —según Ratzel— los pueblos pecarían más bien por falta de espíritu inventivo.

Se ve, pues, cuán distinta es la postura de Ratzel frente a la de Bastian. Al último le basta con suponer que una pretensa misma naturaleza psíquica de los individuos induce a los pueblos todos a producir las mismas creaciones culturales. Mientras que Ratzel quiere establecer la historia real de estos pueblos sirviéndose de sus creaciones, de sus culturas. Frente a un elemento cultural cualquiera, frente a una misma forma de arco y flecha que encontramos en dos pueblos distintos, Bastian piensa

en la idea elemental, en el producto de una idéntica naturaleza psíquica que, al hacerse presente la misma necesidad, habría inducido a los dos pueblos a inventar el mismo objeto separadamente. Ratzel, en cambio, piensa que es posible que este arco y flecha tenga un solo origen, sea el producto de una sola invención, proceda de un solo lugar, y desprecia el miedo a las distancias. En consecuencia, lo que está en juego en la disputa entre ambas tendencias es el saber si los elementos culturales todos, el hacha de piedra tallada, el cultivo del suelo, la institución de la esclavitud, el culto al Sol, la metalurgia, etc., han sido invenciones únicas, realizadas en un solo lugar desde el cual luego se difundieran, o si todo pueblo que los posee los ha inventado separadamente de los demás.

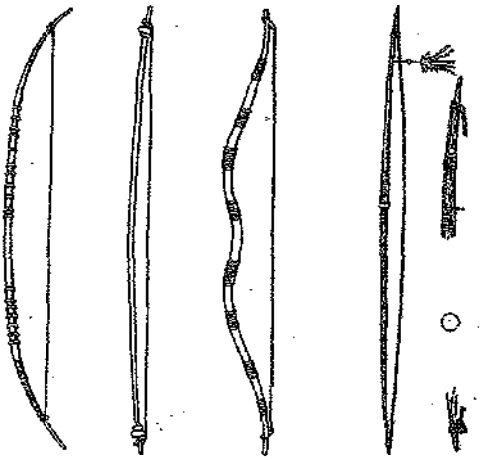


FIG. 5. — Distintas variedades de arco. El primero (contando desde la izquierda) es africano, el segundo melanesio, el tercero asiático, y el cuarto americano.

El punto de vista difusionista o histórico cuenta con numerosos entusiastas agrupados en distintas escuelas. De una de ellas, la llamada Heliolítica o de Manchester, apenas se habla ya; defendía la tesis de que todas las civilizaciones procedían del antiguo Egipto, desde donde se habrían difundido sus principios. En cambio, la conocida como Histórico-Cultural, goza todavía de vitalidad plena. Fué su fundador el profesor y director del Museo de Colonia (Alemania), Fritz Graebner (1887-1934), y después de su muerte la escuela quedó en manos de un grupo de PP. de la Congregación del Verbo Divino, especialmente del venerable P. Guillermo Schmidt (1868-1954), recientemente desaparecido.

Los fundamentos de la escuela Histórico-cultural están con-

tenidos sobre todo en el libro de Graebner *Methode der Ethnologie*, felizmente traducido al español [5]. Arrancando del hecho de los movimientos de pueblos y de la difusión de las culturas, se quiere llegar a establecer por medio de procedimientos que se consideran objetivos, el curso real de la historia de la Humanidad. Estos procedimientos no son otros que los conocidos criterios de la forma y de la cantidad.

El criterio de la forma nos permite dictaminar si un elemento cultural dado que vemos existe en A, es igual o idéntico a otro que encontramos en B. La base teórica del criterio no puede ser más sencilla, y consiste en la afirmación de que dos objetos serán idénticos o estarán emparentados si, además de una misma forma general, poseen algunos rasgos de semejanza o identidad que no resulten de la esencia misma del fenómeno. Por ejemplo, el mero hecho de que el arco y flecha en uso en el pueblo B consista, al igual que el que se encuentra en A, de un palo flexible al que está atada una cuerda, no implicará una relación de identidad o parentesco de ambos arcos, por cuanto estos caracteres corresponden, implícitamente, a la esencia misma del arco, ya que sin ellos no serían arcos. Pero cuando vemos que además de lo dicho, los arcos de ambas partes ostentan una serie de rasgos secundarios idénticos, como tener el palo una misma sección transversal, pertenecer su madera a la misma especie botánica, estar la cuerda atada al palo de manera exactamente igual, tener la flecha el mismo tipo de emplumado, etc., etc., entonces no titubearemos en considerar que ambos arcos están en una relación de parentesco y que ambos derivan del mismo lugar. Pues, es poco menos que imposible que dos pueblos distintos cayeran separadamente en la misma idea no sólo de utilizar el principio de la flexibilidad de un palo para impulsar sus proyectiles, sino que al hacerlo agregaran a ello los mismos detalles, los mismos accidentes que no son necesarios para que el arco sea un arco y cumpla su función con toda eficacia.

Si el criterio de la forma sirve para establecer la identidad o parentesco de fenómenos culturales aislados, el *criterio de la*

cantidad puede utilizarse para fijar el parentesco de complejos culturales más o menos grandes. Su esencia se basa en el principio de que si la identidad o parentesco establecido para un elemento se puede establecer también para otros elementos, de categoría distinta, pero existentes en las mismas culturas, esto no sólo reforzará la suposición del común origen de los elementos comparados, sino que dará fuerza también a la sugestión de un parentesco general de ambas culturas.

El uso de los criterios de forma y cantidad está hoy muy generalizado en Etnología. No sucede lo mismo, en cambio, con otro aspecto de la obra de Graebner, con la llamada doctrina de los "círculos de cultura". Doctrina es esta que suele interpretarse en el sentido de que una serie de complejos culturales que se establecieron mediante el procedimiento histórico para Oceanía, deban forzosamente tener carácter de universales [6].

3. *Teoría de la Cultura*

Actualmente, la antigua rivalidad que existiera en el campo del estudio teórico de la cultura entre la dirección conocida por "evolucionista", y la llamada "difusionista", ha perdido mucho de su intransigencia y natural rigidez. En la disputa han terciado nuevas orientaciones, como la de la escuela de Boas y el Funcionalismo, y el resultado ha sido que ya casi todo el mundo admite, al menos en principio, que en el contenido de una y otra de aquellas dos primitivas orientaciones hay algo de real y verdadero. Es decir, que hemos de contar tanto con la posibilidad de la invención independiente como con el hecho real de la difusión de elementos y complejos culturales.

Ha sido en los últimos decenios, y principalmente por obra de etnólogos norteamericanos, que se ha logrado obtener una clara y amplia visión de los procesos que están en la base de la dinámica cultural, y que constituyen por tanto los fundamentos de toda cultura. Y como es de culturas o, más bien, de civiliza-

ciones, que hemos de tratar en esta obra, no estará de más que demos un breve resumen de los resultados a que se ha llegado.

Comenzaremos recordando que en la conducta del Hombre, los reflejos condicionados sobre los que se basa el aprendizaje, tienen una recia primacía sobre los no condicionados que representan la vida instintiva. Y que es mediante aquellos reflejos, esto es, por la aculturación o aprendizaje que todos sufrimos en la primera mitad de nuestra vida, que cada uno adquiere las normas generales del comportamiento que son usuales en el respectivo grupo. De esta manera, la herencia social, o sea, la cultura, influye sobre el individuo y lo conforma y moldea social y espiritualmente. Pero, a su vez, el ser humano puede y suele influir también sobre esa herencia y agregar a ella su propia experiencia personal. Resulta, pues, que existe una interacción continuada y eterna entre el individuo y su herencia social, que es la cultura en la cual vive o se ha formado.

Por lo tanto, como las invenciones e innovaciones pueden y suelen producirse en todas las sociedades, nadie podría negar *a priori* la posibilidad de que más de una vez se haya originado la misma o una parecida invención en el seno de dos o más pueblos distintos. Sobre todo si esas invenciones son de carácter sencillo.

Por otra parte, las innovaciones que se producen en el seno de una sociedad dada no son siempre el resultado de invenciones realizadas en el mismo grupo. Sino todo lo contrario. Muchas de ellas, sin duda alguna la mayoría, se deben a elementos culturales que han sido introducidos desde el exterior. Los pueblos parecen ser, efectivamente, un tanto reacios a las innovaciones, y les resulta más fácil, al menos al nivel de la Civilización, adoptar invenciones ajenas. A esos elementos que se introducen en una cultura desde afuera los llamamos *préstamos*, préstamos culturales. Y son tan importantes los préstamos para las civilizaciones, que se ha calculado que ninguna de las actuales está integrada por menos del 90 % de elementos originados fuera de su seno [7]. De lo cual resulta que si bien en la vida común el

préstamo corriente puede no ser un medio muy eficaz para que el individuo se enriquezca, las civilizaciones adquieren su mayor riqueza por medio de los préstamos culturales.

El préstamo cultural no siempre suscita la misma innovación en la cultura receptora que la que produjera en su país de origen. Pues, es bastante general el caso de que un artefacto o una costumbre sufran cambios en su forma o en su sentido funcional, al incorporarse a otra cultura. Y hasta es posible que en el nuevo ambiente llegue a ser interpretado en forma muy distinta a la original. Se debe esto a que las culturas son estructuras orgánicas en las que debe reinar un cierto sentido de equilibrio de sus elementos, una cierta armonía de sus partes componentes. Por lo que así como moldean a los individuos que por nacimiento o naturalización se incorporan al grupo de sus portadores, así también las culturas adaptan a su propia especificidad los elementos culturales extraños que se introducen en ellas. Por otra parte, no todos los elementos de una cultura dada pueden sin más pasar a otra. Los pueblos actúan selectivamente en este sentido, rechazando unos y aceptando otros. Sin contar que para que un elemento extraño se incorpore a otra cultura con el mismo sentido que tenía en su país de origen, es menester que la cultura receptora posea la capacidad y receptividad necesarias para hacer posible la incorporación. Un pueblo como el de los *Yámanas*, por ejemplo, que no es alfabeto, no podría incorporar válidamente a su cultura un elemento como la máquina de escribir, con la que no sabría qué hacer. Y es por esto que los indios no europeizados, que no poseen automóviles, utilizan las viejas cubiertas de las ruedas de esos rodados para fabricarse sandalias [8].

Los préstamos culturales se efectúan tanto entre pueblos que están en contacto directo, en cuyo caso se llama al proceso *aculturación*, como entre pueblos que están recíprocamente alejados, y entonces se habla rectamente de *difusión*. La aculturación se produce, sobre todo, cuando por guerras, conquistas o colonización entra un pueblo en contacto directo con otro. Y pueden en

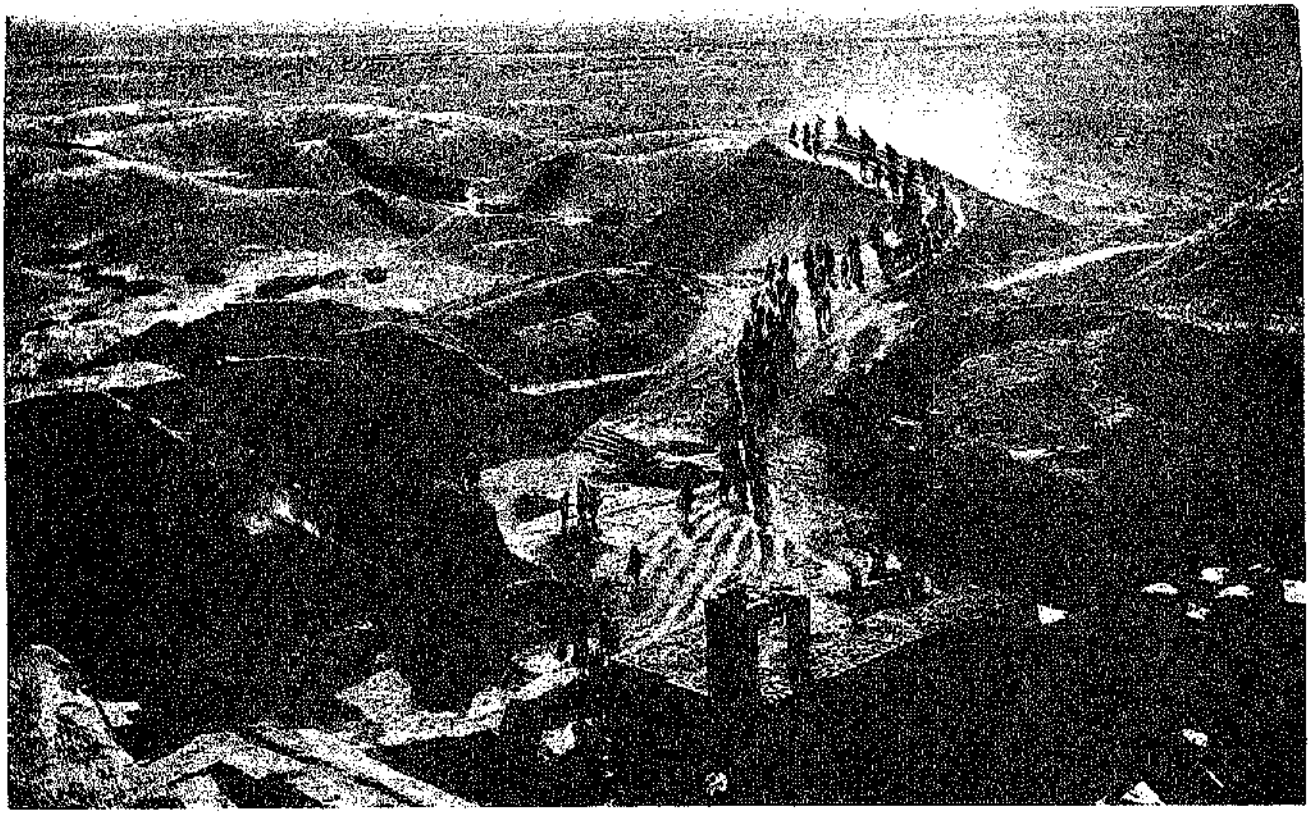


LÁMINA I.—*Las ciudades muertas del Viejo Mundo. La de* Nippur *(Iraq) durante los trabajos de excavación.*
(Cortesía University Museum de Filadelfia.)

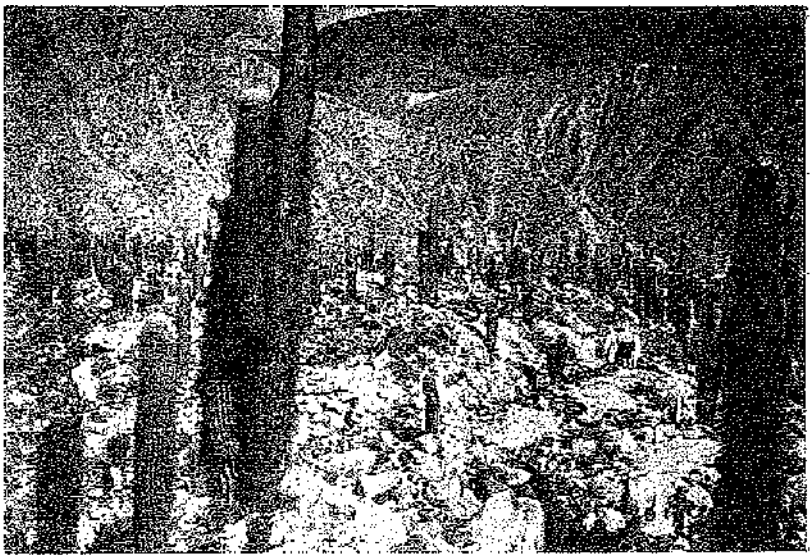


LÁMINA II. — *Las ciudades muertas del Nuevo Mundo.*
a) *Vista de* Tilcara *(Jujuy).*
b) *Vista de* Zapar *(Chile).*

estos casos llegar a ser tantos los préstamos efectuados en un mismo sentido, que al final del proceso tenemos un verdadero transplante de cultura, es decir, ha sobrevenido una transculturación [9].

La difusión actúa por medios diversos. Está ante todo el trueque o comercio, que existe en todos los niveles de cultura; la incorporación de individuos extraños, especialmente mujeres, que son portadores de otras técnicas y costumbres; la copia del objeto o costumbre ajenos que se consideran útiles para la comunidad, etcétera. Hay también una clase de difusión sobre la que sólo en los últimos años se ha llamado la atención. Es la que se da cuando lo que se introduce de afuera no es un objeto, una costumbre o una creencia, sino sólo un estímulo, una idea para realizar algo nuevo. Y lo que al llevar a efecto este estímulo o idea resulte, será una innovación que estará de acuerdo tanto con el estímulo recibido como con las necesidades de la cultura receptora. A este tipo de difusión se lo ha llamado "difusión por el estímulo" [10]. Como ejemplo del mismo se suele mencionar la fabricación europea de porcelana a partir del siglo XVIII, la que se emprendió después de mucho experimentar y sobre la base del estímulo recibido de la China, donde desde antiguo se fabricaba esta especie de loza.

En la propagación de culturas enteras, la modalidad más común es la que tiene por base un trasplante, libre o forzado, de parte o de todo el pueblo que es su portador. Cuando un grupo se instala en territorios nuevos, es natural que trate de implantar también su vieja cultura. Pero sucede a veces que las condiciones de vida son allí distintas, o que entra en contacto con pueblos y culturas extrañas. En estos casos, la cultura alóctona suele modificarse para adaptarse al nuevo medio geográfico o social. No obstante, las modificaciones serán sólo las indispensables para ponerse a tono con el nuevo ambiente, pues pese a todo las culturas son eminentemente conservadoras.

Cuando se extienden los pueblos o evolucionan las culturas, suelen siempre quedar rastros de la situación anterior en el área de los antiguos dominios, o en el seno de la cultura evolucionada.

A los residuos culturales de este tipo llamó Taylor *survivals*, sobrevivencias de culturas anteriores. Y como es natural, el etnólogo interesado en la reconstrucción histórica de alguna región suele prestar mucha atención al estudio de estos restos.

De acuerdo con todo lo dicho en este capítulo se comprenderá que la posición del etnólogo que ensaya reconstrucciones históricas deba estar mucho más cerca de Ratzel que de Bastian.

III. LA TEORÍA DEL ORIGEN AUTÓCTONO DE LA CIVILIZACIÓN AMERICANA

1. *La Autoctonía Derivada de un Poblamiento Monomio de América*

Muchos son los autores que defienden la tesis de que la civilización indígena americana ha surgido en este mismo suelo. En realidad, es este un asunto que está íntimamente ligado con el otro, aun más controvertido, del poblamiento inicial de América, y su solución depende en gran parte de la que previamente demos a este último problema.

Desgraciadamente, las teorías que sobre el mencionado poblamiento se vienen expresando desde antiguo son numerosísimas, y las hay para todos los gustos. Se comenzaron a formular en la misma época del Descubrimiento, y todavía se siguen formulando. De lo que habremos de colegir que hasta el día de hoy no se ha presentado ninguna que satisfaga a todos. Por otra parte, no todas esas teorías poseen el mismo valor. Hay unas, la inmensa mayoría, que no son sino el producto del razonar sin base; y hay otras, la minoría, que se presentan con el aval de hechos más o menos reales, más o menos numerosos. En una obra anterior dimos un resumen de las principales [1], y a ella remitimos el curioso lector. En esta ocasión vamos a recordar sólo aquellas que admiten que en el poblamiento intervino una sola clase de pobladores, y que éstos eran de cultura inferior. Pues, corolario de esta tesis es que todo ulterior desarrollo, y por tanto el de la Civilización, se ha producido en este mismo hemisferio.

Un primer grupo de teorías de esta clase sitúa al poblamiento

primitivo de América en tiempos muy arcaicos, y más o menos coincidentes con el de los demás continentes. La idea está influída por consideraciones de carácter exegético, y aparece frecuentemente en autores de los siglos XVI a XVIII. Surge de la premisa de que los americanos han de tener el mismo origen que los demás representantes del género humano, esto es, ser descendientes de Noé. Cuando, se argumenta, después del legendario Diluvio, la descendencia del patriarca bíblico se esparció por el mundo para poblarlo, parte de ella hubo de llegar también a América, posiblemente a través de alguna conexión terrestre ya desaparecida, o de alguna otra manera imposible de averiguar por ahora. Y no faltaron autores que buscaran en los rasgos físicos o culturales de nuestros indios pruebas de su descendencia de un determinado hijo de Noé. Así, Fray Juan de Torquemada creyó ver en el color de los indígenas americanos su clara descendencia de Cam [2].

Otro grupo de teorías que tiene muchos puntos de contacto con el anterior, no ubica en una época tan alejada de nuestros días al poblamiento primitivo del hemisferio. Pero admiten también que los únicos grupos que intervinieron en el poblamiento de América eran de cultura inferior. La más conocida de estas teorías, que por tener muchos representantes en Norteamérica ha sido a veces llamada "Escuela Norteamericana", parte del principio de que la llegada a América de sus primitivos pobladores es en mucho posterior a la ocupación de los demás continentes. Nuestro hemisferio habría sido poblado sólo unos cinco a seis milenios atrás por gentes venidas del norte de Asia. Atravesando el estrecho de Bering, que es la parte donde más se acercan Asia y América, estos pobladores habrían sido portadores de una cultura de lo más elemental, y en consecuencia todas las formas superiores de cultura existentes en América a la llegada de los españoles, habrían surgido aquí mismo y se habrían desarrollado en este suelo. Agregando algunos que todo eso se verificó sin que influencia alguna de afuera interviniera en su proceso evolutivo. Un conocido etnólogo norteamericano, D. G. Brinton (1837-1901) hace algu-

nos decenios que expresaba así esta idea: "Afirmo que hasta ahora no se conoce un solo dialecto, un producto artístico, una institución, un mito o un rito religioso, una planta o un animal, un instrumento, un arma o un símbolo usado en la época del descubrimiento de América, que haya sido importado de Asia o de cualquier otra parte del Viejo Mundo". Vale decir, que para Brinton, todo habría sido de invención americana [3].

En realidad, esta conjunción de ideas: origen único de los americanos en el norte de Asia, ingreso por el estrecho de Bering en época no muy antigua, y cultura muy primitiva de esos inmigrantes, nada tiene de moderna y muy poco de norteamericana. Pues, ella se encuentra ya en un autor español del siglo XVI, a quien debiera por ello considerarse fundador, o al menos precursor, de esta escuela. Nos referimos al P. José de Acosta, autor de una conocida *Historia natural y moral de las Indias*. Pues, en ella, después de criticar otras descabelladas ideas que sobre el poblamiento de América se habían emitido con anterioridad, el buen padre expresa su creencia de que "el linaje de los hombres" había llegado a poblar este doble continente al extenderse por gravitación natural y "poco a poco", desde las otras tierras cercanas. Pudo ayudar en ello "alguna navegación", reconoce; mas, no hemos de creer que se "hiciese armada de propósito" para descubrir o conquistar el doble continente. Tampoco puede deberse el poblamiento a la fortuidad de "un grande naufragio", cual pensaran otros autores anteriores, aunque "también pudo haber en parte algo de esto". Pero lo esencial de la ocupación del territorio, repite, debe considerarse algo natural, acaecido en razón de "continuarse la tierra de Indias con esotras del resto del mundo o, a lo menos, estar bien cercanas" unas de otras. Acota por último el P. Acosta que en su opinión, no "ha muchos millares de años que las habitan los hombres", y que al llegar éstos a ellas, "más eran hombres salvajes y cazadores, que gente de república y pulida" [4]. Como se ve, todos los puntos defendidos por la llamada "escuela norteamericana" ya están presentes en esta exposición del célebre jesuíta español.

La tesis de un tardío poblamiento desde el norte de Asia por gentes de escasa cultura, hubo de ser al principio la explicación más sencilla del intrigante problema. Pues, por la época no se conocía la configuración exacta del extremo noroeste de América, por no haber sido aún explorada [5], y cabía por tanto suponer que por ese lado nuestro hemisferio tuviese alguna conexión con Asia, o que al menos las tierras asiáticas no estuvieran tan alejadas de América como lo estaban las de Europa.

Un tercer grupo de teorías que defienden directa o indirectamente el autoctonismo de las civilizaciones americanas sobre la base de un poblamiento monomio, es el de las que suponen que la Humanidad, y por lo tanto sus culturas, tuvieron su cuna en América. El paleontólogo argentino Florentino Ameghino (1854-1911) fué, como nadie ignora, el defensor principal de una tesis que nunca tuvo gran aceptación, y que en la actualidad está completamente olvidada. Al menos en lo que a este punto se refiere, o sea, al de que el Hombre sea autóctono de América [6]. Las teorías poligenistas, que generalmente reconocen una rama americana del Hombre, pertenecen también aquí, y representan sólo una variación de las anteriores.

Resumiendo ahora los puntos de vista de estos tres grupos de teorías, podemos decir que todas ellas admiten que una vez pobladas las tierras americanas, el hemisferio occidental quedó completamente aislado, y que por lo tanto sus culturas tuvieron que evolucionar por sus propios medios. Y que sólo allí donde el ambiente geográfico se prestaba a ello, las culturas primitivas evolucionaron hasta un nivel superior. De todas maneras, todos estos autores están contestes en aceptar que tanto la cerámica como el tejido, la metalurgia como el cultivo del suelo y la domesticación de animales y plantas fueron invenciones que se repitieron en uno y otro hemisferio. Si tal no fuera el caso, arguye uno de ellos, si los elementos superiores hubiesen venido ya con los primeros pobladores, no se comprendería que no se encontraran difundidos por todo el ámbito de América, al igual que lo que sucede con los pobladores mismos.

2. *El Testimonio de las Plantas Cultivadas*

Uno de los principales argumentos que se suelen esgrimir para declarar a la civilización indígena americana como originada en este mismo hemisferio, es el de que las plantas que cultivaban los indios a la llegada de los primeros españoles, y que constituían la base económica de su cultura, eran todas de origen americano.

La argumentación suele ser la siguiente: Si se admitiese que los elementos de la cultura superior americana vinieron del Viejo Mundo traídos por una corriente inmigratoria de gente poseedora de los principios del trabajo agrícola, no se explicaría que las plantas que luego cultivaran aquí fueran distintas de las que cultivaban allá. Pues, si existió esa corriente pobladora, sus integrantes han de haber traído consigo los artefactos, las técnicas y las costumbres que tenían allá, y es imposible pensar que no trajeran también las plantas alimenticias o industriales a las que estaban acostumbrados. Pues, nadie ignora que ni el trigo ni el arroz, ni los demás cereales que constituyen la base de la agricultura del Viejo Mundo, eran conocidos aquí con anterioridad a la Conquista. En cambio, se suele agregar, tanto el maíz como las demás plantas que cultivaban los indios eran originarias de América, y habían sido, por tanto, domesticadas aquí.

En la Actualidad, esa argumentación ha perdido casi todo el valor que puede haber tenido. La causa reside en que las investigaciones recientes, sobre todo las de parte de los botánicos, han podido establecer sin lugar a dudas, que no todas las plantas que los indios cultivaban en la época del Descubrimiento son originarias de América. La inmensa mayoría es, desde luego, indígena; pero algunas han de haber sido traídas de afuera. Y como el hecho todavía no es muy conocido, vamos a detenernos algo sobre el particular.

Americana es, por de pronto, la *mandioca*, especialmente la variedad amarga *(Manihot utilissima)*, que es la de mayor consumo. Se supone ser su patria el Brasil tropical, pese a que no se

conoce la planta silvestre de la que procede. Y hace tanto tiempo que se cultiva y siempre por estaca, que ha perdido la capacidad de reproducirse por semilla. A juzgar por su origen y dispersión, ha de haber sido domesticada en el seno de las culturas medias o amazónicas.

El *maní* o cacahuete *(Arachis hypogaea)* procede también del Brasil, donde sus parientes silvestres se encuentran distribuídos por la región costanera, desde *Bahía* a *Río de Janeiro*. Se trata, por lo tanto, de otra planta cultivada que por su origen y dispersión es amazónica. Ello no obstante, se ha encontrado en viejas sepulturas de la costa del Perú, y aparece igualmente en México. De lo cual puede inferirse que su difusión llegó al área de las altas culturas en época relativamente temprana.

El a*jí*, chile o pimiento *(Capsicum annuum)* está en la misma situación, aunque todavía no esté bien establecida su región de origen [7]. Y también el *tabaco (Nicotiana)* que se supone originado en las laderas orientales de los Andes bolivianos. En cambio, el tomate *(Lysopersicum esculentum)* parece ser mexicano.

El *maíz (Zea mays)*, por su parte, pertenece desde un principio al área de las altas culturas. Y está tan ligado con ellas, que es creencia general que donde se sitúe su centro de domesticación, allí habrá de encontrarse el lugar de origen de la civilización indígena americana. Sin embargo, la antigua suposición de que el maíz fuera originario de Centroamérica ha quedado descartada, por razones botánicas, en los últimos tiempos [8]. Tampoco es muy seguro que se originara en la región Paraguay-Bolivia como propusieran Mangelsdorf-Reeves, ni tampoco en Colombia, como por motivos etnográficos creyera Birket-Smith [9]. Es por esto que un autor que recientemente ha tratado a fondo el asunto, Carl O. Sauer, llega a la conclusión de que no sólo "no podemos decir, por ahora, si el maíz es originario del norte o del sur, sino que mientras no se resuelvan ciertos aspectos relacionados con el sudeste de Asia, no podemos atribuir la planta al Nuevo Mundo" [10].

La *quinua (Chenopodium quinoa)* es nuevamente americana

por su origen. Es de gran importancia alimenticia en las partes altas de la Cordillera de los Andes, donde generalmente sustituye al maíz. Se cultivaba también en parte de la Argentina. Es planta cultígena y no se conocen sus parientes silvestres.

La *papa (Solanum)* es también netamente americana y andina. Las últimas investigaciones de los técnicos de un instituto oficial británico reconocen la existencia de numerosas especies, cuyas respectivas áreas de cultivo se extienden desde *Boyacá*, en Colombia, hasta *Cochabamba*, en Bolivia. Antes se creyó que una subespecie chilena, la *Solanum tuberosum chileanum*, era la forma más antigua; pero los últimos trabajos consideran a ésta derivada de especies peruanas o bolivianas [11]. Allí mismo, en los Andes bolivianos y peruanos que han de ser su país de origen, la papa se consume en gran cantidad y de muchas maneras.

Los *frijoles* o porotos *(Phaseolus)* son igualmente americanos. Aparecen en cuatro especies cultivadas distintas, de las que el poroto común *(P. vulgaris)* es una de ellas, y otra el conocido pallar *(P. lunatus)*. Una antigua forma de poroto del género *Canavalia*, que antiguamente se cultivara en gran parte de la América tropical y cuyos restos se han encontrado en antiguos conchales de la costa del Perú [12], ya ha desaparecido de gran parte de la región andina, y en la mesoamericana sólo se cultiva en pequeña escala [13]. La *Canavalia* se encuentra tanto en América como en el Viejo Mundo, y aún no están bien estudiados su origen y su taxonomía.

La mayor parte de *calabazas* del género *Cucurbita*, especialmente *C. maxima* (zapallo), *C. moschata* (ayote) y *C. ficifolia* (alcayota) son también originarias de este hemisferio. Pero consta sin lugar a dudas que el género *Lagenaria*, que son las calabacillas o mates, se cultivaba en época prehispánica tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, y suele admitirse que vino de allí (Fig. 6). Una de sus formas, la *Lagenaria siceraria*, se encuentra en uno y otro hemisferio, y aparece en Egipto en tumbas de la quinta dinastía, más de 2500 años antes de Cristo [14].

El *cacao (Theobroma cacao)* vuelve a ser indudablemente americano y tropical. Pertenece al área mesoamericana, donde en México, y especialmente entre los *Aztecas*, tuvo gran predicamento.

Queda todavía el *cocotero (Cocos nucifera)* y la *batata (Ipomoea batatas)*. El primero vino, al parecer, de Oceanía, mientras que la segunda es muy posible que sea sudamericana. De ambas plantas trataremos más adelante. Aquí lo único que interesaba señalar era que quien quisiera hacer depender la certeza de que el cultivo agrícola americano es invención independiente, de un pretenso indigenismo de *todas* las plantas que se cultivaban con anterioridad al Descubrimiento, fallaría en su intento. Pues, si bien es indudable que la mayoría de esas plantas es de origen americano y ha sido domesticada en este hemisferio, también lo es que hay una pequeña parte que ha sido introducida de afuera por vía de una o más corrientes inmigratorias venidas a través del Pacífico.

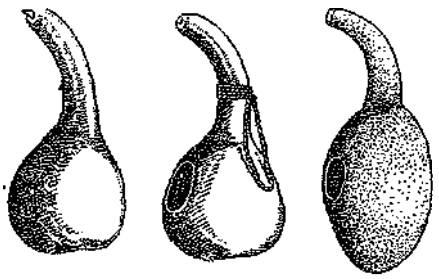


FIG. 6.—La *Lagenaria* y los recipientes derivados de ella. El del medio es una *kushuna* o calabazo. Según Tello.

En estas circunstancias nadie podría decir con autoridad que el origen de la agricultura americana no haya estado en manos de pobladores que, perteneciendo al ámbito de las culturas medias o superiores sudasiáticas, trajeran consigo algunas plantas cultivadas. Ya en este hemisferio, las seguirían cultivando, al tiempo que buscaban en la flora americana especies adecuadas para ampliar su número. Pues, nadie mejor que el cultivador avezado puede llevar a cultivación exitosa las especies nuevas.

Que lo que se acaba de conjeturar no sólo es muy factible, sino también muy probable, se evidencia al considerar la historia del *algodón (Gossypium)*, del que hay especies asiáticas y especies americanas. Los estudios genéticos han demostrado que el conjunto puede clasificarse en tres grupos: un primer grupo

es nativo del Viejo Mundo, donde sus componentes se encuentran tanto en estado silvestre como domesticado; estas plantas son de trece cromosomas grandes. Un segundo grupo es americano, y sólo se encuentra en estado silvestre; tiene trece cromosomas pequeños. Finalmente, el tercer grupo está constituído por dos especies americanas cultivadas y una hawaiiana *(G. tomatosum)* que es silvestre; las tres especies son de veintiséis cromosomas, trece grandes y trece chicos. Por lo tanto, este tercer grupo es de evidente formación híbrida, ya que lleva en sí la serie americana y la asiática de cromosomas. Su origen debe explicarse admitiendo que una especie asiática, traída sin duda a través del Pacífico, estuvo algún tiempo en cultivo al lado de otra indígena americana. Y que una vez formada por hibridación la forma tetraploide (es decir, de veintiséis cromosomas), ésta se escindió en dos distintas variedades que en el correr de los tiempos se convirtieron en las dos especies americanas cultivadas: la *G. barbadense* y *G. hirsutum* [15].

En consecuencia, el testimonio de las plantas cultivadas en manera alguna es favorable a la tesis de un origen exclusivamente indígena de las civilizaciones americanas. Pues, algunas de ellas, tienen que haber sido traídas desde el Viejo Mundo, en tiempos prehispánicos.

3. *Los Paralelismos Etnográficos*

Es verdaderamente curioso que las numerosas semejanzas culturales que se observan entre Mesoamérica y la región Andina sean consideradas por la mayoría de los investigadores que se ocupan de estos asuntos como pruebas ineludibles de una antigua afinidad cultural de ambas áreas. Mientras que los mismos paralelismos, a menudo más marcados y notables, que se ven existir entre el Viejo y el Nuevo Mundo, se suelen ignorar o atribuir a causas distintas, por lo general a invenciones independientes. Es indudable que es el temor a la distancia lo que actúa en el subconsciente de estos autores.

Porque son notables y numerosas las similitudes que poco a poco se han ido estableciendo entre uno y otro hemisferio. En parte, y de manera general, ya nos referimos a ellas en un capítulo anterior. Ellas se mencionan en innumerables trabajos, ya para señalar una afinidad entre el Viejo y el Nuevo Mundo, ya para negarles todo valor como testimonio. A esta última tendencia responde un conocido trabajo de Erland Nordenskiöld (1877-1932), que si bien es antiguo ya de más de 20 años, fué realizado con la maestría y conocimiento de causa que se le conoce al ilustre investigador [16]. De ahí que, ante la imposibilidad de ver en particular a todos los paralelismos que se han proclamado, hayamos elegido a este estudio para ver más de cerca las mencionadas semejanzas. Influyó también en la elección la circunstancia de haber poseído Nordenskiöld una profunda convicción de la autoctonía de las civilizaciones americanas.

Limitando nuestra enunciación a los elementos que son propios de las altas culturas, tenemos que el elemento primero que nuestro autor señala es el de la metalurgia. En el Viejo y en el Nuevo Mundo las distintas civilizaciones conocieron el trabajo y uso de los metales. Mas, lo que caracterizaría a la metalurgia indiana sería, ante todo, su falta de homogeneidad en el tiempo y en el espacio. Desde la Argentina y Chile, por el sur, hasta México, por el norte, se conocía y practicaba la fundición corriente, mientras que en regiones situadas fuera de la América Nuclear, como en el este de los Estados Unidos, sólo se practicó el martilleo o laminado del cobre nativo. La fundición y moldeado por el procedimiento de la cera perdida tenía una difusión algo menor. El bronce no se conoció en la región Colombiano-Centroamericana, mientras que se trabajaba en Mesoamérica y en la región Andina. En cambio, en Colombia se encuentran muchos artefactos hechos de una aleación de oro, plata y cobre que es tan dura como el bronce. Además, en todas aquellas partes en que en la época del Descubrimiento se conocía el bronce, parece haberse trabajado antes el cobre. Sin contar que algunas de las civilizaciones más antiguas del Perú, como la de *Paracas*

y *Nazca*, sólo conocieron la metalurgia del oro. El significado de todo esto, según Nordenskiöld, sólo puede ser que la metalurgia indiana es de origen americano. Pues, si se tratara de una técnica cuyos elementos hubiesen venido a través del Pacífico, no se comprendería que sus principios no se difundieran de manera más o menos uniforme, al menos por el área de alta cultura americana.

A esta exposición del investigador sueco se podría objetar que un conjunto de técnicas tan complejas como las que están ligadas con la metalurgia (laboreo del mineral, fundición del metal, moldeado, aleaciones, etc.) no siempre puede o suele difundirse en todas sus partes, ya que la aceptación depende de muchos factores, e incluso del hallazgo de los respectivos minerales. Luego, que no es necesario que todos los procesos metalúrgicos que América conociera hayan venido de afuera; algunos como la tumbaga es más que probable que surgieran localmente. Tampoco ingresaron o se produjeron todos a un mismo tiempo; el bronce, por ejemplo, aparece muy tardíamente. Y que es tener en muy alto los principios del evolucionismo cultural, creer que un procedimiento metalúrgico tan complicado como el del vaciado a la cera perdida, que se practicó en ambos hemisferios, haya sido inventado independientemente en cada uno de ellos [17].

Dos productos de la metalurgia, el hacha con orificio para enmangar y las pinzas de depilar, que existen idénticas en el Viejo y en el Nuevo Mundo, son consideradas por Nordenskiöld como invenciones independientes. Lo cual creemos que está lejos de poder demostrarse.

Otro paralelismo importante que nuestro autor encuentra en una y otra parte, es el uso del quitasol como insignia de alto rango. En la India era y es común, y en América se encuentra tanto en México como en Perú (Fig. 7). Mas no se comenta particularmente esta coincidencia.

Sorprendente es, según acota el mismo Nordenskiöld, la semejanza que tienen las hachas en forma de T, de piedra, cobre

o bronce, de la Región Andina, y las del mismo tipo de piedra, cobre o hierro que vemos en Egipto. Y como el tipo falta completamente en el norte de Asia y en la América septentrional, es claro que el mismo no puede haber venido por ese camino.

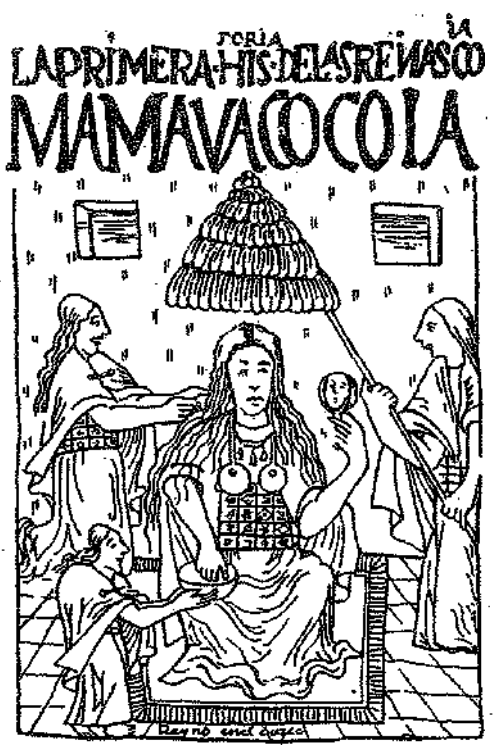


FIG. 7. — Uso americano del quitasol. *Coya* atendida por sus servidoras. Lo que la emperatriz tiene en la mano izquierda, es un espejo de piritas. Según Pomán de Ayala.

Que pudo ingresar por la vía del Pacífico, ni siquiera se le ocurre pensarlo a nuestro autor, tan convencido está de su autoctonía. Por lo tanto, también en este caso se trataría de una invención independiente.

La irrigación artificial, que de manera general es propia de la civilización de ambos hemisferios, es dada igualmente como invención americana independiente. Pues, caso de haber sido importada de afuera no se comprendería, dice Nordenskiöld, que no viniera acompañada de las plantas que se cultivaban en el Viejo Mundo.

Los complicados procedimientos del teñido y decoración de textiles conocidos por *ikat* y *bâtik*, son propios del sur del Asia (India), y se encuentran igualmente en la Indonesia por un lado, y en México y Perú por otro. Se trata de un paralelismo que desde antiguo ha llamado la atención por su técnica complicada. No obstante, nuestro autor no llega a comprender cómo ellos pueden haber recibido una consideración tan distinguida. A su entender esos procedimientos están relacionados con la técnica, complicada también, de la pintura negativa en cerámica que es

de amplia difusión en América, y que podría muy bien ser su antecedente. Claro que este punto de vista no soluciona en manera alguna la extraordinaria coincidencia.

Otro notable paralelismo se encuentra en la categoría de las balanzas, especialmente en el hecho de la presencia en uno y otro hemisferio de la romana y de pesas que son múltiplos de la unidad. Según el autor que comentamos, habría empero alguna diferencia entre unas y otras formas, por cuanto los indios no conocieron el indicador vertical que es típico del Viejo Mundo.

El empleo del estiércol humano en la horticultura, de tanto uso en el Viejo Mundo, y especialmente en la India y la China, se conoce también en Mesoamérica y en la Región Andina. Mientras que al este de los Andes, donde dominan las culturas de tipo medio, no sólo no se conocía, sino que seguramente hubiese repugnado a los indios el emplearlo.

La "uruya", o sea el método de atravesar los ríos y barrancos por medio del andarivel, se encuentra igualmente en el norte de la India (Himalaya) y en la Región Andina.

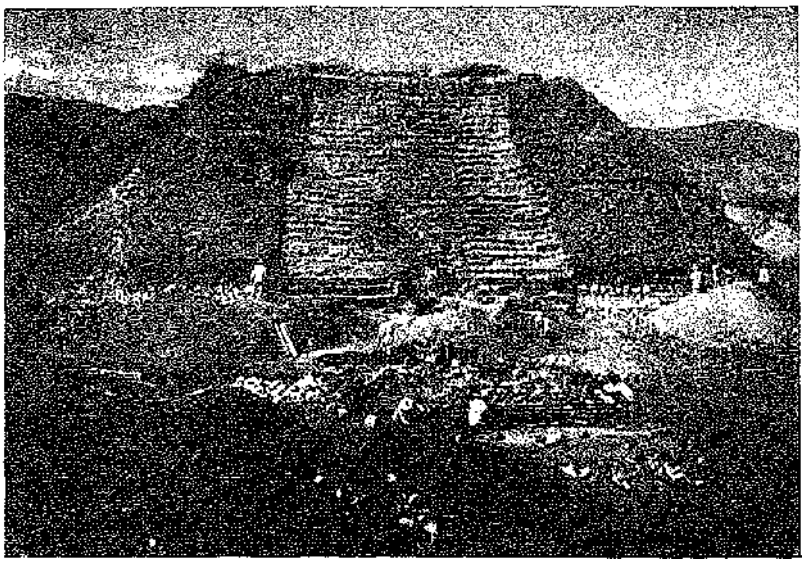
La momificación verdadera es también un elemento que se encuentra en las áreas de alta cultura de ambos hemisferios. Pero como en América aparece ya entre las poblaciones pescadoras de *Arica*, cree Nordenskiöld que el mismo es muy antiguo, y presume que podría ser anterior a las altas culturas. En realidad, y de acuerdo con investigaciones nuestras, los restos de antiguas culturas de pescadores que se encuentran a lo largo de las costas del Ecuador, Perú y Chile, no siempre representan conjuntos homogéneos de elementos propios, sino que en gran parte reflejan la situación cultural reinante en el interior del país. Por otra parte, la momificación tiene en América una distribución eminentemente andina [18].

Otros varios paralelismos menciona aún Nordenskiöld, pero no los comenta particularmente. Entre ellos están: las pintaderas, los espejos cóncavos o convexos, el uso de las lacas, las incrustaciones dentarias, el tipoy, la litera, los adobes, la vela para navegar y los juegos de azar con tabla para contar.

Para declarar que en la mayoría de los casos citados se trata de invenciones realizadas independientemente en uno y otro hemisferio, nuestro autor se basa sobre todo en la consideración de que si los indios pudieron inventar elementos como la metalurgia y el hacha con orificio para enmangar, y esto lo da por descontado, entonces nada obsta para que pudieran inventar también los otros [19]. Máxime cuando no se debe esperar —dice— que pobladores dotados de una superior cultura hayan cruzado el Océano, como puede verse por el hecho de que las plantas que se cultivaban en América en época prehistórica sean originarias de este hemisferio, con la sola excepción de una o dos [20]. Ya hemos visto antes el valor que tiene el argumento.

Influye también en determinar la convicción de Nordenskiöl otro argumento, al que nos referimos al tratar de la metalurgia. Y es que en la distribución de todos esos elementos hay en América una evidente falta de uniformidad: un elemento se encuentra en una parte y otro en otra; unos, como la momificación, serían muy antiguos, y otros, como el bronce, relativamente modernos. Por otro lado, los fenómenos comparados tampoco proceden todos de una misma región del Viejo Mundo, sino que mientras unos aparecen en la India, otros son propios de la China, de Indonesia o de Egipto. Y todo eso diría muy poco en favor de un origen común.

LÁMINA III. — *Las ciudades muertas del Nuevo Mundo.*
a) *Vista de* Cajamarquilla *(Perú).*
b) *Vista de* Chanchan *(Perú).*



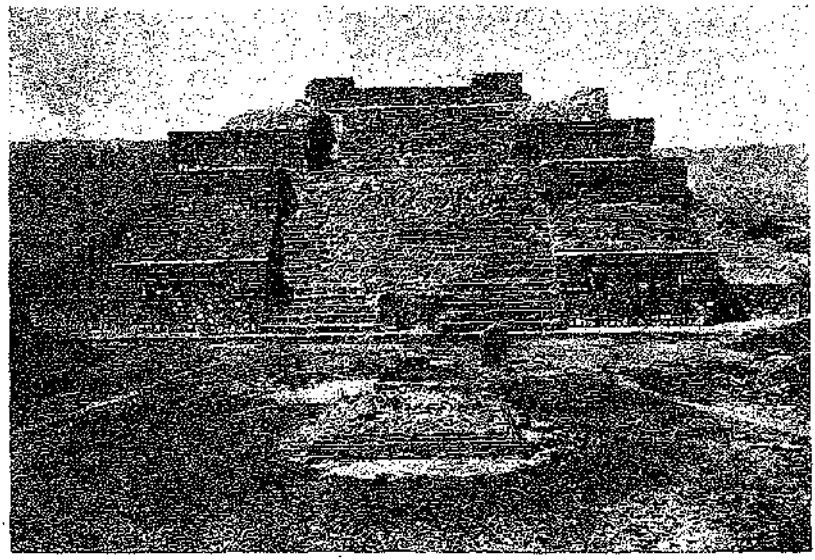


LÁMINA IV. — *El trabajo arqueológico en* Monte Albán *(México).*
a) *El montículo M durante la exploración.*
b) *El mismo después de la exploración.*

IV. LA TEORÍA DEL ORIGEN ALÓCTONO DE LA CIVILIZACIÓN AMERICANA

1. *La Civilización traída del Antiguo Oriente*

Fuera de las numerosas teorías de valor distinto que van referidas al poblamiento inicial y básico de América y que comentamos en el capítulo anterior, hay muchas otras que despreocupándose del problema de la ocupación general del continente, sólo tienden a explicar el origen de las civilizaciones indígenas americanas. Y es interesante anotar que en todas ellas se parte del principio, explícito o implícito, de que ese origen sólo puede estar en factores o impulsos venidos del Viejo Mundo, al que se reconoce como cuna de la Humanidad y de la Civilización.

Es en este sentido que interpretamos, por de pronto, aquellas teorías dirigidas a señalar cómo algunos de los pueblos de la antigüedad que por una u otra causa desaparecieron como entidades independientes, habían hecho abandono de sus antiguos lares y salido en busca de territorios nuevos. Y tras de consumar migraciones marítimas o terrestres más o menos largas, pudieron finalmente llegar a las costas de América e instalarse en ellas. Y como esa gente procedía del Antiguo Oriente, se comprende que tuvieran que ser ellos quienes trajeron al Nuevo Mundo los gérmenes de la Civilización.

De entre este grupo de pueblos hoy desaparecidos, los *Cananeos* parecían tener que ser uno de los primeros en ser llamados a contribución. Se trata, como se sabe, de los antiguos habitantes de Palestina, o sea, de la población que esa región tenía antes de

la conquista hebrea. Sin embargo, fué sólo en el siglo XVII que algunos autores, como G. Horn o Hornius, Lescarbot y otros, comenzaron a señalarlos como probables promotores de las civilizaciones americanas [1]. La base de la teoría era simple: Los *Cananeos* habían perdido su antigua personalidad étnica, y las Sagradas Escrituras nada decían de su ulterior destino, una vez que los *Hebreos* se hubieron adueñado de su "tierra de promisión". Además, en una inscripción que se decía había sido hallada en la Mauritania, se creía ver una referencia directa a la migración. Hoy día, con un mejor conocimiento de la situación, la teoría está completamente abandonada.

Para un segundo grupo de autores fueron más bien los *Fenicios* los que trajeron la alta cultura a estas tierras. La teoría se basaba en una cita de Aristóteles en la que se refiere cómo aquellos osados marinos, navegando hacia occidente desde su patria originaria, habían llegado a unas tierras desconocidas. El dato parecía confirmarse con otra cita de Diodoro que menciona el descubrimiento de una isla hecha por los *Fenicios* en el Océano Atlántico, y por ciertos paralelismos culturales que se observan entre éstos y los pueblos de alta cultura de América. El grupo de autores que milita aquí es realmente notable e incluye no sólo a antiguos, sino que también a recientes. De entre los primeros podemos mencionar a J. de Laet, para quien los *Mayas* de Guatemala serían de origen fenicio [2]. Y de entre los segundos recordaremos a P. Gaffarel, quien quiere demostrar la veracidad de la tesis señalando la similitud de costumbres, tradiciones, procedimientos metalúrgicos, etc., existentes entre nuestros indios y los antiguos pueblos del Mediterráneo oriental. Hasta algunos "monumentos" como el de *Taunston River*, y una pretensa inscripción en *Grave Creek* (Ohio), son mencionados como elementos demostrativos de los viajes de los *Fenicios* por nuestros mares [3].

También los *Cartagineses* han sido considerados como habiéndose refugiado en América una vez desaparecidos como potencia rival de Roma. Alejo Venegas, autor español del si-

glo XVII, fué uno de los defensores de la teoría. Ésta se basa en la noticia que da Aristóteles de que unos mercaderes cartagineses habían descubierto una isla en el Atlántico, noticia que el senado cartaginés mantuvo en secreto. Venegas identifica a la isla con la de Haití, y refuerza la tesis con la mención de algunas similitudes culturales que se daban entre *Cartagineses*, por un lado, y peruanos y mexicanos, por otro. Se trata, sobre todo, de que los primeros usaban una escritura de carácter pictórico para recordar los principales acontecimientos históricos, y que lo mismo hacían los *Aztecas* de México; que las civilizaciones americanas poseían enormes y suntuosos edificios, y que lo mismo les pasaba a los *Cartagineses*; que éstos ofrecían niños en holocausto a sus dioses, y de idéntica manera procedían los americanos [4]. Como se ve, son todos argumentos de poco valor y carácter muy general. No obstante, hasta hombres de la talla del historiador P. Mariana fueron defensores de esta teoría.

No en mejor situación se encuentran los argumentos que defienden la tesis de la presencia de los *Hebreos* en estas tierras. Especialmente de aquella parte que se ha venido en llamar las "Diez tribus perdidas de Israel". La base la daba el antiguo relato según el cual esos *Hebreos* se habrían perdido para la Historia, sabiéndose solamente que después de peregrinar durante año y medio terminaron por asentarse en un país al que llamaron *Arsareth*. Y como nadie conocía el misterioso país, al descubrirse este hemisferio se halló inmediatamente lugar para él. Los partidarios de esta teoría fueron también muchos y calificados, y especialmente en la misma América. El P. Las Casas, por ejemplo, es uno de ellos. Andrés Rocha, quien vivía en *Lima* en el siglo XVII, escribió un libro para demostrar que las famosas tribus habían llegado a América después de atravesar todo el continente asiático [5]. Y hasta el día de hoy tiene la tesis partidarios, encontrándose entre ellos nada menos que la Iglesia Mormónica.

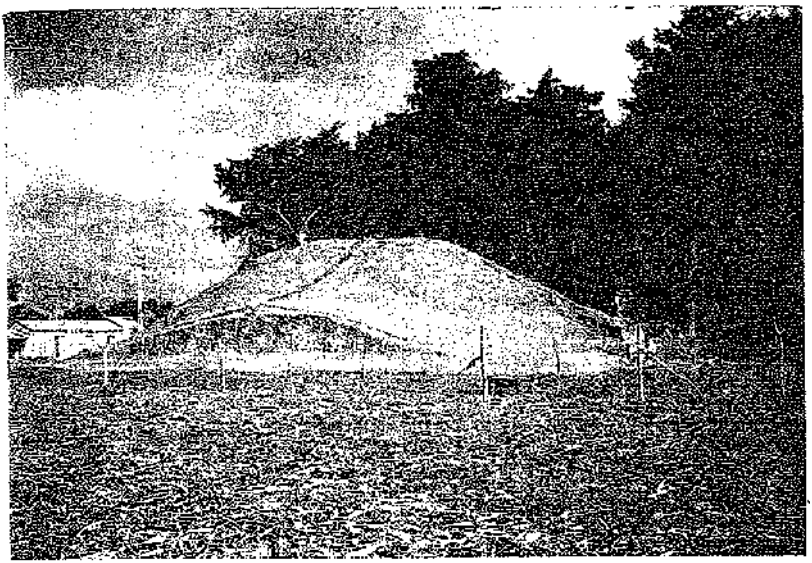
Pero es sobre todo la tesis de un origen egipcio de la civilización americana la que ha gozado, y en parte sigue gozando, del

mayor fervor. Como que toda una escuela, la llamada Heliolítica o de Manchester que ya hemos mencionado, se basa justamente en ella. Según los partidarios de esta escuela, el centro focal de la Civilización habría estado en el antiguo Egipto, y es desde el Valle del Nilo que luego se desparramó por el mundo, e incluso llegó a nuestra América. El culto al Sol, la momificación de cadáveres y las construcciones megalíticas serían los principales rasgos diagnósticos de la primitiva civilización. Y justo es recordar que este conjunto de elementos se encuentra en este continente en toda el área de dominio de la Civilización.

Además de Egipto, también la Mesopotamia ha tenido partidarios como lugar de origen de las civilizaciones americanas. Y también aquí son en gran parte modernas las teorías que la propugnan. Tal vez la circunstancia de que antiguamente no se conociera la existencia de Sumeria como foco de civilización independiente, sea la causa de que las teorías correspondientes sean de relativa modernidad.

El inglés Hyde Clarke fué uno de los primeros en defender la tesis de un origen sumerio de la civilización americana. Lo hizo desde 1875, y en un trabajo aparecido dos años después expresa que la última de tres capas de población americana que él admite, era de origen sumerio. La ruta de migración de este elemento habría sido a través de Asia del sur, Indonesia y Polinesia [6]. Agreguemos que el peruano Pablo Patrón y el mejicano Ramón Mena defendían ese mismo origen para la alta cultura indígena de sus respectivos países.

Una tesis muy reciente nos corresponde aún mencionar. Es la de un arqueólogo norteamericano contemporáneo: H. S. Gladwin. La expone en un libro de carácter más bien popular, que lleva el título de *Men out of Asia*. El autor es vastamente conocido por sus trabajos arqueológicos en el sudoeste de los Estados Unidos. Las altas culturas americanas serían de origen alóctono, y también las de tipo medio que les sirven de base. El punto de partida es que numerosos elementos culturales propios del Asia meridional se encuentran igualmente en la América nuclear, y no



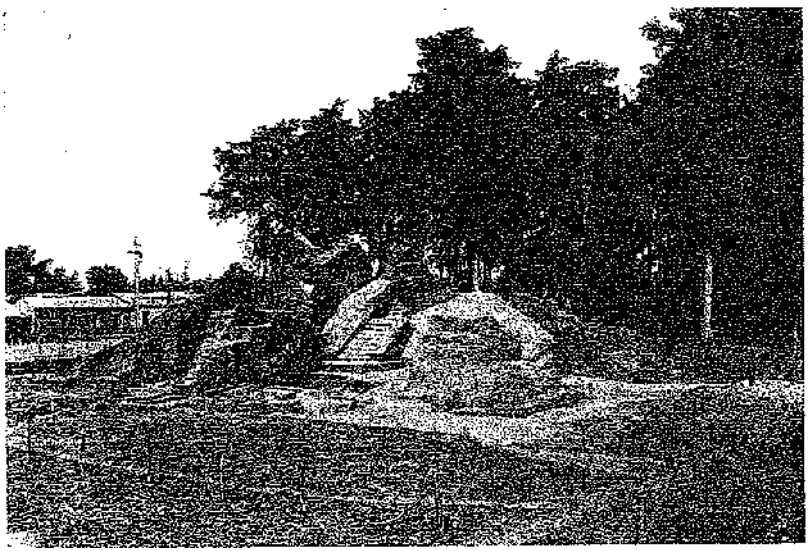


LÁMINA V. — *El trabajo arqueológico en* Kaminaljuyú *(Guatemala).*
a) *Antes de la excavación de un montículo.*
b) *Durante la excavación.*

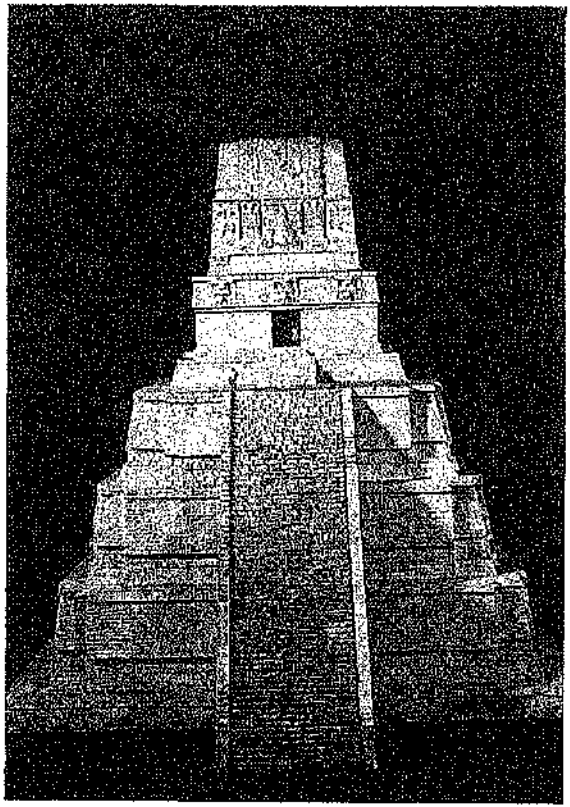


LÁMINA VI. — *Los templos-pirámides.*
a) *En el Viejo Mundo: Templo cambodyano.*
b) *En el Nuevo Mundo: Templo maya reconstruido.*

aparecen, en cambio, en el norte de Asia ni en la América septentrional. Tienen por tanto que haber sido introducidos por vía marítima, a través del Pacífico. La argumentación es, en parte, la misma que la usada por Nordenskiöld. Sólo que mientras el autor sueco trata de estos fenómenos para mostrar su ineficiencia como diagnósticos de un antiguo contacto cultural entre ambos hemisferios, el norteamericano los interpreta más de acuerdo con su recto sentido y acepta los paralelismos en su pleno valor. Claro que el medio que luego elige Gladwin para introducir todos esos elementos en América, si bien no deja de ser ingenioso, nos parece un tanto rebuscado. Pues nada menos que la dotación de la flota de Alejandro Magno sería la introductora. Según expone el autor, a la muerte del célebre conquistador, esto es, alrededor del año 323 antes de Cristo, los capitanes de aquella flota, que por entonces se estaba concentrando para la conquista de Arabia, decidieron alejarse de su antigua patria y dirigir sus proas hacia el este. Durante la navegación que siguió, la flota estuvo en la India, en la Indonesia, en Melanesia y Polinesia, países que sus dotaciones influenciaron y de los que recibieron influencias, para finalmente aportar en alguna parte de Centroamérica donde se asentaron. Y es a los impulsos de la gente venida con esa flota, que deberíamos las primeras civilizaciones americanas [7].

2. *Influencias del Asia Meridional*

Pero no es sólo del Antiguo Oriente, cuna al fin de la Civilización en el Viejo Mundo, que se ha supuesto haber venido los influjos que dieron nacimiento a las altas culturas americanas. Sino que también las partes Meridional y Oriental del mismo continente han sido llamadas a colaborar en el mismo sentido.

Veamos primero el Asia Meridional. En realidad, son pocas las teorías que se han emitido en el sentido de reconocer como originario de esa parte del mundo al Hombre americano. Y casi

podría decirse que la única conocida es la de Fray Prudencio de Sandoval, quien proclamaba haber sido desde la isla de Ceylán que América se había poblado. Tal vez se deba al menguado conocimiento etnológico de la región, al par que a su posición marginal, el que los autores de los siglos XVI a XVIII, que tantas teorías produjeron, se ocuparan tan poco de ella.

En cambio, son varios los autores de la pasada centuria que suponían existir un parentesco muy estrecho entre los pueblos del Asia Meridional y los de la América Nuclear. F. A. Allen, por ejemplo, hace derivar de allí las civilizaciones americanas [8]. Pero es sobre todo entre los autores recientes, cuyos trabajos han sido elaborados con mayores recaudos científicos, donde hallamos mejor representada y fundamentada esta tesis. No hay duda de que el mejor conocimiento de la Etnología de la región influyó en ello.

En el capítulo anterior, al comentar los paralelismos culturales existentes entre las áreas de alta cultura del Viejo y del Nuevo Mundo mencionados por Nordenskiöld, ya vimos que algunos de ellos tenían su mayor difusión en el Asia Meridional. En tal caso están, tanto los métodos negativos del teñido, como la uruya o el empleo del quitasol como símbolo de alto rango. Y todo indica que estos y muchos otros paralelismos que desde antiguo se vienen señalando, son verdaderos elementos demostrativos de alguna clase de conexión.

El mismo carácter tienen algunas similitudes que muy recientemente han sido señaladas por los conocidos etnólogos R. Heine-Geldern y G. F. Ekholm, indólogo el primero y americanista el segundo. Estos autores han podido establecer algunos extraordinarios puntos de contacto entre el arte budista de la India y del sudeste de Asia, por un lado, y ciertas esculturas del área maya por otro. Así, en ambas áreas el loto es utilizado como principal motivo decorativo en grandes paneles que ostentan adornos en relieve. Aquí y allá la planta toma una misma forma ondulante, parecido al de una trepadora, y los capullos, hojas y flores están arreglados y distribuídos dentro de una misma

concepción artística. Figuras humanas y de monstruos marinos, de un mismo tipo las dos en ambas partes, están representadas en los mismos paneles. Y es tan estrecha la correspondencia entre las ornamentaciones de este tipo que vemos en los edificios mayas de *Chichén Itzá* y los de la escuela de *Amaravati*, en el sur de la India, que parece tener que excluirse toda semejanza meramente accidental (Fig. 8).

Los mismos autores han recordado también otras similitudes

FIG. 8. — Estilización de la flor del loto en la India y América. La de arriba corresponde a *Amaravati* (India) y la de abajo a *Chichén Itzá* (Yucatán). Según Heine-Geldern y Ekholm.

conocidas desde antes entre las dos regiones. Por ejemplo, la del conocido juego del Volador, mexicano, con el llamado "hook-swinging" de la India. O la del *patolli*, de México, con el *pachisi*, del Indostán. En ambas áreas se usan en la misma forma el quitasol, el abanico y la litera como insignias de rango y realeza. Los sistemas cosmológicos de ambas partes son muy similares. Y hay todavía otros paralelismos más [9].

El resultado a que llegan nuestros autores es que todo esto sólo puede indicar la pretérita existencia de alguna suerte de tránsito entre Mesoamérica y el Asia meridional. Entendiéndose que esa comunicación ha de haber tenido lugar tanto en uno como en otro sentido. Las relaciones habrían comenzado en la primera mitad del primer milenio de nuestra Era, y habrían continuado durante algunos siglos. Por la época, la navegación

estaba bien desarrollada, y el Océano Pacífico no podía ser obstáculo insurmontable para los viajes. A este respecto quizás no carezca de interés recordar que según un autor indio moderno, sus connacionales habrían descubierto América mucho antes que Colón [10].

Es indudable que si restringimos nuestra atención a la parte sudeste de Asia y a las culturas medias, las similitudes entre ambas partes serán mucho mayores. Pues es de allí que se supone vino nuestra tercera corriente de población que es la portadora de aquel tipo de cultura basada en una economía cultivadora. De manera que las relaciones marítimas a que aluden Heine-Geldern y Ekholm, han de haber comenzado mucho antes de lo que ellos admiten [11].

Por otra parte, es altamente probable, por no decir seguro, que el algodonero que hibridizó con la especie americana para producir las formas tetraploides actuales, fuera en última instancia originario de la India. El cultivo de esta planta es muy antiguo allí, encontrándose ya varios milenios antes de Cristo en el Valle del Indo. Además, existe la posibilidad de que el mismo maíz, que antes se creyera ser la planta americana por excelencia, haya sido igualmente traído desde el Asia meridional.

En efecto, en los últimos años ha quedado completamente descartado, y ello por razones botánicas, que el maíz sea originario de Centroamérica como antes se creía. Pues lo que se suponía ser el antecesor silvestre de este cereal, o sea el *teosinte* mexicano *(Euchlaena mexicana)*, ha resultado ser más bien un híbrido, es decir, un descendiente de *Zea mays*. Según Mángelsdorf y Reeves, la patria del maíz podría en cambio estar en el alto Paraguay o en el Oriente Boliviano. Mas, ni en estas ni en ninguna otra región americana se ha dado hasta ahora con su antecesor silvestre, lo cual es de gran utilidad para establecer el origen de una planta cultivada. Y consta, por otra parte, que en la Región Andina se cultivó antiguamente, y sigue cultivándose en parte hasta el día de hoy, un tipo primitivo de maíz que por varias de sus características se asemeja más a las variedades

nativas del Asia meridional que a las americanas [12]. Sin contar que en esa parte del mundo, y especialmente en Birmania, las variedades de maíz primitivo son muchas y todas sus denominaciones pertenecen a las lenguas locales.

Puede aun agregarse que existen constancias históricas y hasta gráficas (Fig. 9), de que el maíz se cultivaba en gran escala en la China hacia 1570, es decir, en una época en que el que introdujeran poco antes de América los españoles, era todavía una curiosidad botánica en Europa [13]. Por lo tanto, el maíz chino difícilmente puede proceder de América y haber hecho el viaje desde España, a través de Europa y Asia, en tan corto tiempo [14]. Y mucho más lógico parece admitir que fuera introducido desde la parte sur del continente asiático.

No faltan, pues, razones para creer en la posibilidad de que el maíz sea, efectivamente, originario del sur o sudeste de Asia. A las que aún se agrega la sugestiva similitud existente entre el folklore agrícola americano y el de aquella parte del mundo [15].

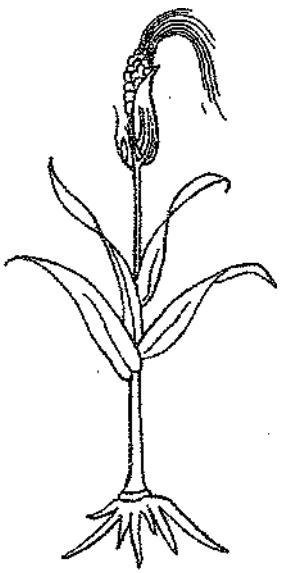


FIG. 9. — Representación china del maíz. El grabado es del año 1560, aproximadamente. Según Bonafous.

3. *Influencias del Asia Oriental*

Desde los primeros momentos, la evidente semejanza externa de la población del Asia Oriental, especialmente de chinos y japoneses, con parte de indígenas de este hemisferio, ha llamado la atención de muchos autores dispuestos a buscar un origen a los americanos. Es así que la obra de Fray Gregorio García, que es una especie de compendio de todas las ideas expresadas sobre el problema en los primeros tiempos, encontramos ya referencias a un origen chino [16]. Los paralelismos culturales en general,

y la supuesta cercanía de unas tierras a otras, reforzaban el argumento del aspecto físico.

En el siglo XVII, fué sobre todo el célebre polígrafo holandés Hugo Grocio quien defendió con ardor un origen chino de los peruanos. Sus principales argumentos están sacados del dominio de la organización social y política de ambas regiones [17].

Pero fué sólo un siglo después que se inició el planteamiento científico del problema. Un conocido sinólogo, el francés J. de Guignes (1721-1800), es quien comienza la discusión al llamar la atención sobre un texto histórico chino según el cual resultaría que los chinos habían iniciado relaciones con América muchos siglos antes de su descubrimiento por los europeos. Se trataba del testimonio del historiador *Li-yu-cheu*, cuya traducción daba el especialista francés, y según el cual cinco misioneros budistas chinos del siglo V de nuestra Era, saliendo de *Ki-pin* habían descubierto un gran país llamado *Fu-sang*, que estaba situado al este del Celeste Imperio. El texto daba la distancia (calculada en unos 40.000 lys) que había entre la China y el país misterioso, y de Guignes, después de discutir detalladamente la relación de *Li-yu-cheu*, terminaba por identificar a este *Fu-sang* con América [18].

En los decenios siguientes fueron muchos los autores que no sólo hicieron suya la tesis de de Guignes, sino que la apuntalaron con nuevos datos y razonamientos. Así, mientras que H. de Paravey expresaba que la distancia señalada por *Li-yu-cheu* correspondía a la que realmente existe entre la costa china y California [19], de Quatrefages dejaba constancia de la posibilidad de los viajes, en virtud de que los chinos habían conocido la brújula mucho antes que los europeos, y poseían mejores cartas de marear que los occidentales [20].

Hay, según parece, otras referencias chinas a *Fu-sang*, pero ninguna de ellas es muy clara. Tampoco lo son las noticias de hallazgos de objetos típicos chinos o japoneses en Norteamérica, contenidas en la correspondiente bibliografía del siglo pasado. Ameghino, por ejemplo, nos habla de una estatua japonesa que

un señor Waldeck habría encontrado cerca de *Acapulco*, a unos 20 pies de profundidad, mientras que en otras partes habrían aparecido diversos artefactos, e incluso monedas chinas del siglo VIII [21].

Ello no obstante, se habrá de convenir en que los contactos de este tipo son muy posibles y hasta probables, si se tiene presente que las costas del Asia Oriental enfrentan las de México y California. Y que las corrientes marinas pueden desempeñar un papel muy importante en ello, como lo demuestra el hecho de que el número de barcos que el mar suele echar sobre las costas de Norteamérica sea relativamente grande. De Quatrefages, por ejemplo, reunió en un mapa todos los lugares de la costa norteamericana del Pacífico donde, según sus noticias, había naufragado algún barco japonés, y resultaron ser muchos [22]. También la estadística publicada por Bancroft es sugerente. De acuerdo con ella, fueron nada menos que 28 los navíos asiáticos que naufragaron en la costa de California en el corto lapso que va de 1852 a 1875 [23]. De manera que no es posible desechar la posibilidad de que por ese medio Mesoamérica haya sido influenciada en alguna medida por las altas culturas del Asia Oriental.

Por lo demás, las referencias recientes a influencias parciales del Asia Oriental sobre nuestra América, y especialmente sobre el continente norte, son del más diverso carácter y corresponden a casi todas las categorías de la cultura. Así, se han señalado paralelismos entre la manera de escribir los números en la China y en América [24]; entre los respectivos ideogramas [25]; entre los mitos de una y otra parte [26]; entre las respectivas figuras de dioses [27]; entre el uso y la valoración del jade en China y México [28]; entre distintas manifestaciones del arte [29]; etc. En cambio, ha sido el meritorio arqueólogo alemán Max Uhle (1856-1944) quien mejor fundamentara un origen chino *in toto* de las civilizaciones americanas.

En efecto, en dos trabajos que nuestro autor presentara al Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Lima en

1939, comienza recordando que hacia los 1250 antes de Cristo, aparece en las costas de la China la figura del dragón. Era adorada como personificación de los aires húmedos que producen las lluvias que vivifican la tierra. Juntamente con esta figura original, se rendía también culto a otra divinidad derivada, cuyas características principales eran "un labio superior grueso y so-

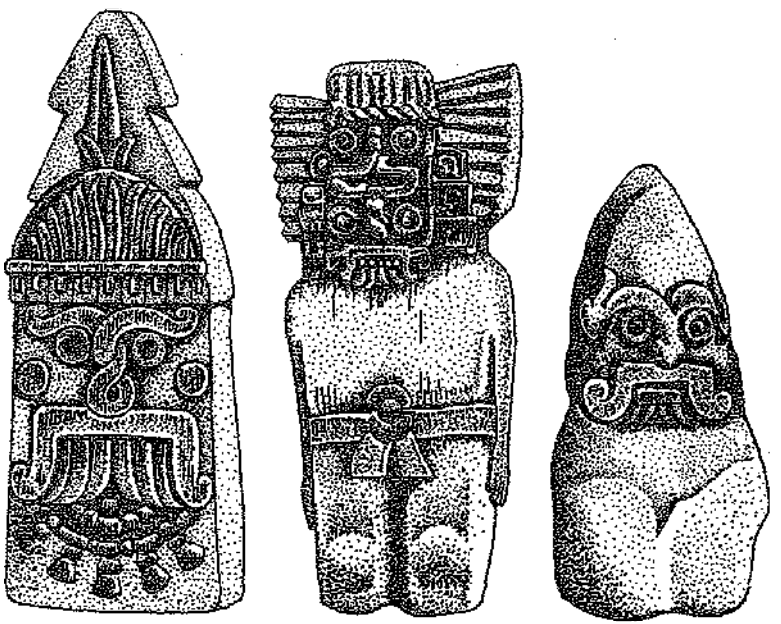


FIG. 10. — Distintas representaciones de *Tlaloc* el dios mexicano de la lluvia. Según Uhle.

bresaliente, torcido hacia arriba, y una hilera de dientes" [30]. En antiguos bronces chinos de la provincia de Shansi y pertenecientes a la mencionada época, se pueden ver estos atributos, los que no serían otros que los del dios mexicano de la lluvia *Tlaloc* (Fig. 10), tal como aparecen en antiguos vasos mayas y en la fachada del templo de *Quetzalcóatl* en *Teotihuacán* (Lám. XXXIV *b*) [31].

Paralelismos estilísticos encuentra también nuestro autor entre unos vasos proto-chinos del siglo XI anterior a Cristo, y otros

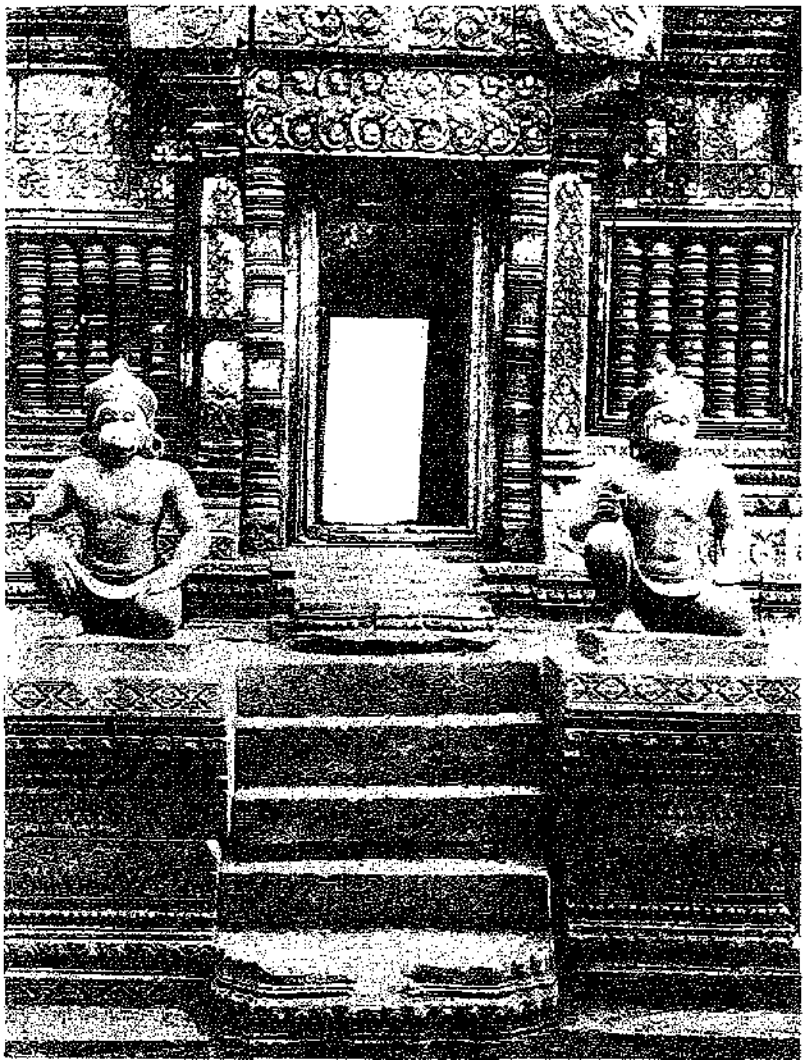


LÁMINA VII. — *Los detalles ornamentales:* Banteay Sai *(Cambodya).* Compárese con la lámina VIII. (Cortesía Gordon F. Ekholm.)

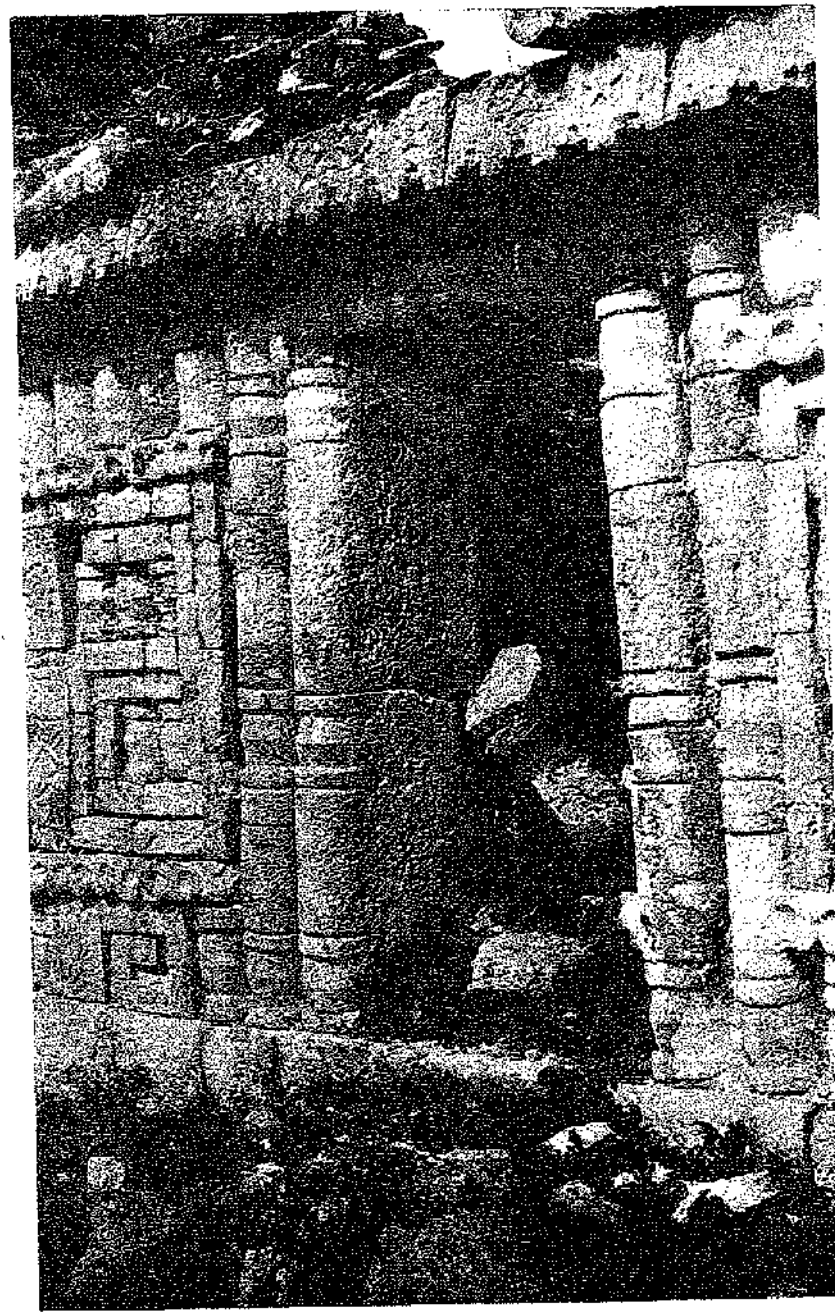


LÁMINA VIII.—*Los detalles ornamentales.* Edificio de Labná *(Yucatán).* Compárese con la lámina VII. (Cortesía del American Museum of Natural History, Nueva York.)

de origen mexicano. Ambos están adornados con figuras de mariposas.

El antiguo calendario mexicano sería igualmente de procedencia china. Nos referimos al de 360 días, más 5 días aciagos. Este calendario aparece primeramente en Babilonia, desde donde pasa a la China, y se encuentra también en México. Al ser introducido en este continente, aquellos símbolos correspondientes a animales que, como el cerdo y el buey, no conociera América, habrían sido cambiados por otros de carácter indígena.

De estos y otros hechos infiere Uhle que el origen de las antiguas civilizaciones que florecieron en este hemisferio se encuentra en la China. De allí, de la región situada inmediatamente al sur de *Pekín*, habría venido, hacia los 1200 antes de Cristo, una inmigración de gentes que estableció la alta cultura en estas tierras. Primero en México, en los antiguos centros de cultura de *Coyuacán* y *Teotihuacán*, donde aparecen las primeras imágenes de *Tlaloc*. Luego, y desde el país de los *Chorotegas*, en la actual Nicaragua, la Civilización habría sido llevada al Perú. Esto último trata de demostrarlo Uhle sobre todo por la presencia en el norte y en el sur de unas estatuas de piedra que representan una persona sentada, con la figura de un caimán que le trepa por la espalda. Y también por la difusión de unos platos pintados que se encuentran desde la península de Nicoya, en Nicaragua, hasta *Ica*, en el sur del Perú, y que nuestro autor considera relacionados, en su simbolismo, con las mencionadas estatuas.

Otras teorías de un origen en el Asia Oriental de las civilizaciones americanas, como la de F. A. Loayza que hace derivar de allí a la peruana, podemos dejar de hablar por no estar suficientemente fundamentadas.

V. LA CORRIENTE POLINESIA DE POBLACIÓN

1. *Valoración de Teorías*

En los capítulos anteriores, y en repetidas oportunidades, hemos dejado entrever cuán poco fundamento real y objetivo tienen las teorías que propugnan un origen independiente de las altas culturas americanas. Al mismo tiempo insinuamos, también reiteradamente, nuestra opinión favorable al origen alóctono de sus principios formativos. Es que pese a las dificultades que puedan presentarse a toda explicación de un origen extracontinental de sus principales elementos, las dificultades son mucho mayores si no se atiende esta posibilidad.

Porque los numerosos paralelismos etnográficos que se han señalado, especialmente aquellos que se conforman a los requerimientos del criterio de la forma, exigen imperiosamente una explicación. Apelar para darla al manido recurso de las ideas elementales, o suponer que la pretensa igualdad de la mente humana pueda ser lo que obliga a dos pueblos o a dos individuos a inventar exactamente las mismas cosas, resultará completamente inadecuado por poco que se medite sobre ello. Téngase presente que, como muy bien han dicho Heine-Geldern y Ekholm, ninguna ley psicológica conocida puede determinar que dos pueblos situados a uno y otro lado del Pacífico estilicen en la misma exacta manera tallo y flor del loto, y hacer, además, que la planta así estilizada salga en ambas partes de la boca sin quijadas de un monstruo marino [1]. Y la misma reflexión puede uno hacerse frente a la mayoría de elementos comparados.

Por otra parte, creer que la evolución independiente de las culturas de dos continentes tenga necesariamente que ser tan similar como para producir en una y otra parte objetos, costumbres y creencias tan parecidas en su esencia, caracteres y accesorios como ser la fundición por el procedimiento de la cera perdida, el juego del *patolli* o el mito de la diosa-maíz, equivale a reconocer una actividad tan monocorde de pensamiento y volición universales, y un determinismo tan grande en las disposiciones humanas, que elimina de ellas toda posibilidad de variación. De ser ello exacto, tendríamos que nuestra mentalidad funcionaría con una preestablecida matematicidad tan estupendamente mecanizada que en todas partes los hombres tendrían que pensar lo mismo, producir las mismas cosas, y dotar a sus invenciones de los mismos detalles, a veces tan ridículamente superfluos que nada, absolutamente nada, tienen que ver con la esencia misma de la cosa. Es como si alguien pretendiera que en la evolución religiosa de los indios del interior del Brasil, tuvieran éstos, por sus propios medios y sin ninguna clase de influencias ajenas, tener que llegar a la construcción de catedrales góticas idénticas a las de nuestra cultura occidental.

Felizmente, la realidad dista mucho de ser así. Pues, vemos que aún partiendo de una misma base general, las manifestaciones culturales de los pueblos se diversifican pronto y toman rumbos distintos.

Por lo tanto, las civilizaciones indígenas americanas tienen que haber surgido por influencias o impulsos recibidos desde el Viejo Mundo, cuna de la Humanidad y de la Civilización.

Ahora bien, aceptada la tesis de que la alta cultura americana se originó por influjos recibidos de afuera, los problemas que inmediatamente se nos presentan son los de la procedencia y cuantía de esos influjos. Ya hemos visto que son tres las áreas de alta cultura del Viejo Mundo que pueden considerarse como habiendo influído sobre las civilizaciones americanas. Ellas son: el Antiguo Oriente, la India y la China.

Del Oriente podemos por de pronto eliminar a las teorías que

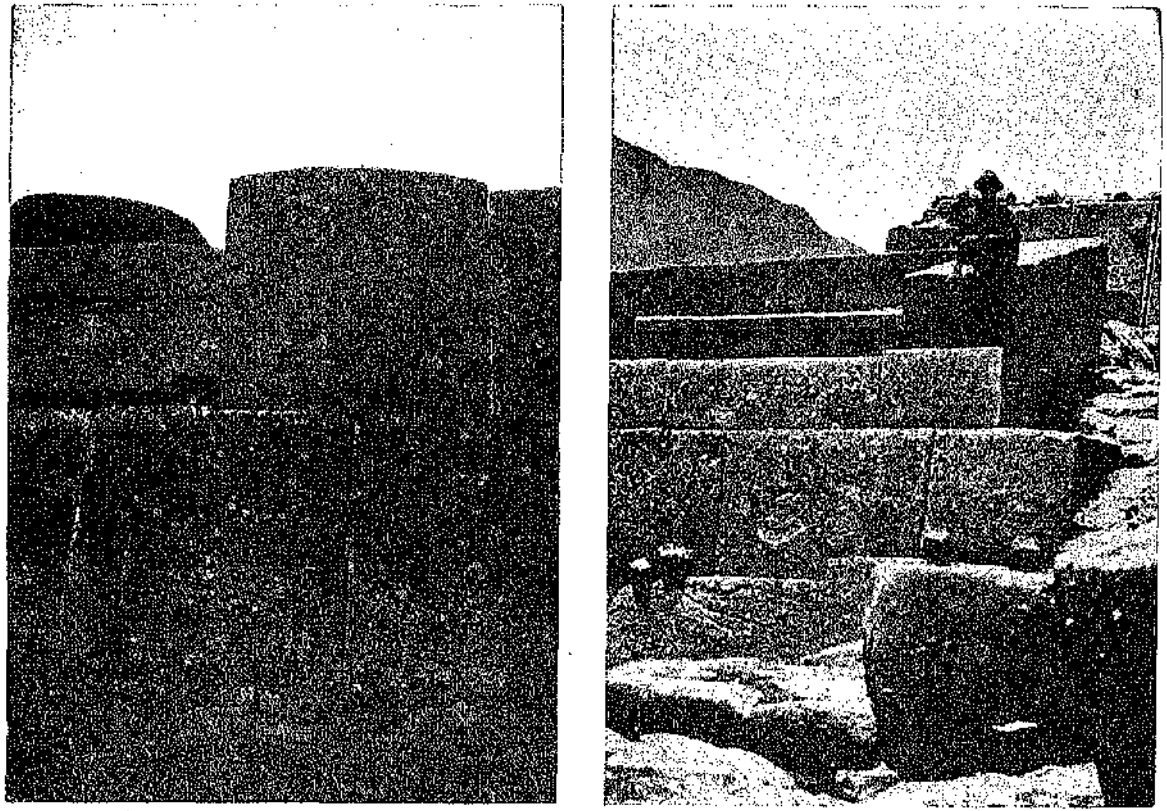
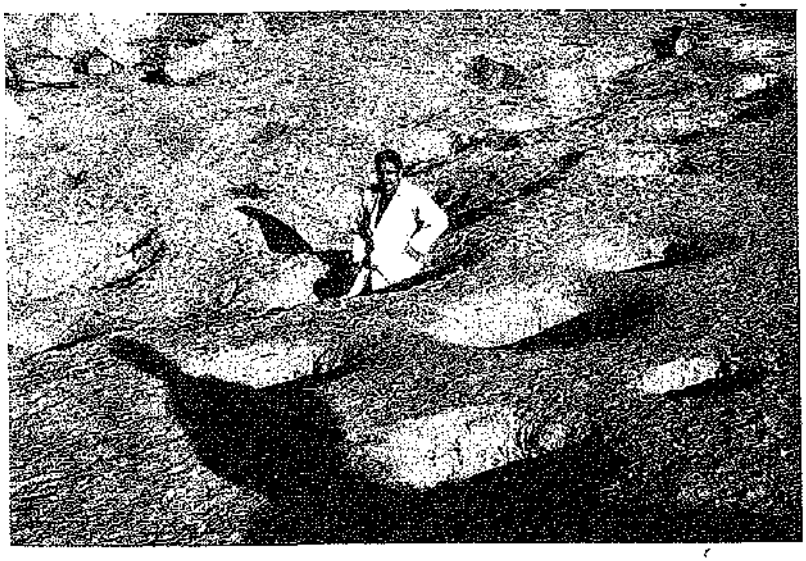


LÁMINA IX. — *El detalle constructivo polinesio y americano.*
a) *Ahau de la* Isla de Pascua *(Polinesia).*
b) *Fortificaciones de* Ollantaytambo *(Perú).*



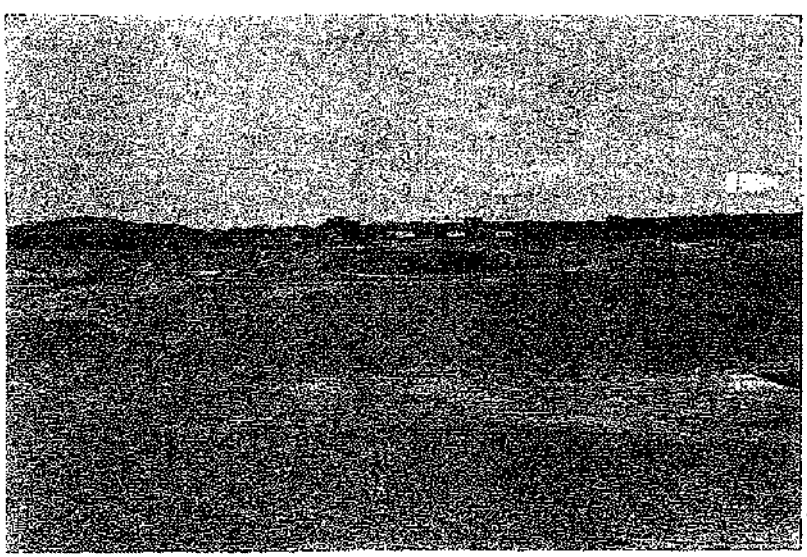


LÁMINA X. — *La tradición mesolítica.*
a) *Conchales en* Ancón *(Perú).*
b) *Conchales en* Monagrillo *(Panamá).*

ienen por base el asentamiento en estas tierras de aquellos pue-blos que en el curso de la historia antigua perdieron su personalidad étnica. Las teorías de este tipo sólo pudieron formularse en una época en que el tratamiento de estos problemas se hacía con entera prescindencia de toda realidad histórica o etnológica. Ni los *Cartagineses* pudieron abandonar a su patria después de la conquista romana de su territorio, ni a las famosas "diez tribus perdidas de Israel" les hubiese sido posible atravesar toda el Asia, salir por el Estrecho de Bering y recorrer gran parte del continente americano de norte a sur, para llegar finalmente, incólumes, a México y Perú.

Por otra parte, no es posible desconocer la efectividad de las influencias originadas en el Antiguo Oriente, que indudablemente son las más importantes [2]. Las de la antigua Sumeria ya se evidencian con toda claridad. Mas, para substanciarlas no cabe pensar en ninguna corriente de inmigración venida directamente de Mesopotamia, ni tampoco en el aporte antropológico, demasiado exiguo y tardío, de las dotaciones de lo que puede haber quedado de la flota de Alejandro Magno.

En cambio, las influencias de la India antigua sobre nuestras altas culturas son las más claras y manifiestas. Es cierto que en parte se pueden confundir con las anteriores, ya que unos 2000 años antes de Cristo las relaciones entre Sumeria y el Noroeste de la India eran muy intensas. Y si bien algunos influjos derivados de la parte sur de la India pueden ser posteriores a los comienzos de nuestra Era, como propugnan Heine-Geldern y Ekholm, otros, procedentes del Noroeste del mismo subcontinente, han de ser anteriores, y en mucho, al nacimiento de Cristo. En este último caso están, por ejemplo, tanto el cultivo intensivo sobre base de la irrigación artificial, como el uso del quitasol como símbolo de alto rango y realeza, pues ambos elementos se encuentran ya en la antigua alta cultura del Valle del Indo. Además, muchos elementos que pertenecen a las culturas medias y se encuentran también en el Sudeste de Asia o Indonesia, han de haber sido introducidos a este continente por otro conducto [3].

Finalmente, tampoco se puede negar que muchos de los paralelismos que se han señalado con el Asia Oriental, especialmente la China, son difíciles de explicar si no se admite alguna suerte de conexión con nuestra América. Sólo que en caso de que las influencias antiguas se produjeran en forma directa, sólo pueden haber sido escasas y ocasionales.

2. *Influencias Polinesias en América*

Además de las tres grandes regiones citadas: Antiguo Oriente, Asia Meridional y Asia Oriental, queda aún otra parte del Viejo Mundo no mencionada hasta aquí, y que no obstante es a través de ella que llegaron las influencias que dieron origen a las altas culturas americanas. Nos referimos a Polinesia.

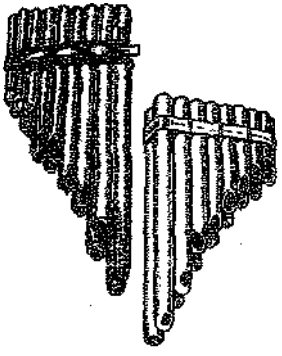


FIG. 11. — Flautas de pan. La de la izquierda es oceánica, la otra procede del Brasil.

Fuera de algunos antecedentes que pertenecen al siglo anterior, es sobre todo en la centuria actual que se ha dado importancia a la búsqueda de rastros de influencia polinesia en América. Y es de justicia consignar que los partidarios de la escuela Histórico-Cultural son los que mayor preocupación han mostrado por ella. Hay hasta una orientación dentro de la misma, la llamada "Doctrina de los Círculos de Cultura", que reconoce la existencia de uno de esos "círculos", el último en la formulación de Graebner, que lleva la denominación de *Polinesio*, y cuyas influencias se habrían extendido hasta América.

Para mostrar la influencia polinesia en el hemisferio nuestro, en una obra anterior reunimos una serie de fenómenos culturales que por su significación intrínseca, su variedad, y por encontrarse simultáneamente en Polinesia y América, los consideramos altamente demostrativos de antiguas relaciones entre am-

bas partes del mundo. Hay entre ellos elementos tan sugestivos como el cacicato absoluto y la esclavitud; la costumbre de beber *kava*, la bebida polinesia típica que, al igual que la chicha antigua, se preparaba con los frutos que mastican las vírgenes del lugar; las estructuras ceremoniales del tipo del *kalasasaya*; las construcciones megalíticas con basamentos de muros compuestos por dos hileras de lajas o bloques puestos de canto y un relleno de piedras menores intermedio, sobre el cual se siguen poniendo hiladas horizontales; las representaciones antropomorfas con manos de sólo tres dedos; distintos tipos de hachas ceremoniales, como los *meres*; la representación de un ser mítico y antropomorfo que saca la lengua; la vela triangular, trenzada, que va fija por un lado al mástil; las puntas de obsidiana del tipo de las de la isla de Pascua; los rompecabezas; la costumbre de sembrar en fosas, y el cultivo de la batata [4].

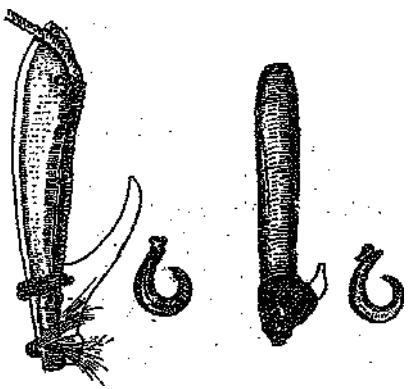


Fig. 12. — Anzuelos compuestos polinestos y americanos. El de la izquierda procede de Tahití, el otro de la costa de Chile.

La fuerza sugestiva de estos elementos se ve sin duda acrecida por el hecho de que tanto la batata como las hachas ceremoniales llevan en algunas partes de la América Nuclear el mismo nombre que en Polinesia: *kumara* y *toki*, respectivamente. Con el agregado de que este último nombre se da tanto al arma, que es símbolo de autoridad de los jefes, como a la persona misma que detenta el poder simbolizada por ella. De ahí que en la Araucanía, los caciques lleven también el nombre indígena de *toqui* [5].

En los últimos años se han señalado en la América Nuclear algunos otros elementos que indudablemente han tenido que venir también de Polinesia, y que podemos agregar aquí. Entre ellos está la caracola, especialmente la forma compuesta, que

según el francés G. Rouget, es la más antigua. Además de en Polinesia, esta forma se encuentra en la India antigua y en algunas regiones vecinas. Falta, empero, en Australia, no obstante de que en sus respectivas costas se encuentra en abundancia la materia prima necesaria. Allí donde aparece, la caracola está ligada a un complejo de ideas que en todas partes es más o

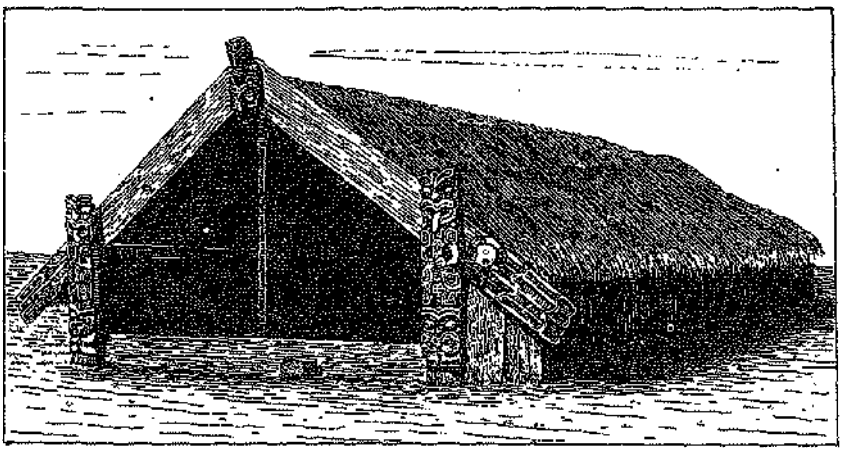


FIG. 13. — Vivienda polinesia (Nueva Zelandia). Al frente, representaciones del motivo "Lengua afuera".

menos similar. Y también aquí el nombre es igual en Polinesia que en América. En la lengua de los *Maories*, por ejemplo, que son los habitantes polinesios de Nueva Zelanda, la caracola se llama *putoto*, en tanto que en la lengua Quichua de Perú y Ecuador, su nombre es *pututu*, y en Tarasco, idioma de México, *puuaqua*, es decir, un término que lleva la raíz *pu* originaria [6]. Agreguemos por nuestra parte, que entre los *Mayas* de Yucatán todavía se llama *jotuto* [7].

Podemos agregar también, numerosos otros elementos culturales que se encuentran sobre todo en la civilización araucana; de ellos tratamos, más adelante, en su respectivo lugar. Su conservación la debemos sin duda al arrinconamiento que representa un hábitat tan alejado del Perú como es Chile meridional.

Por otra parte, ya no hay duda alguna de que además del algodón y, posiblemente, del maíz, también el cocotero, la batata y el mate o calabacilla *(Lagenaria)*, se cultivaban en Polinesia y en América en tiempos prehispánicos. Es cierto que todas estas plantas, con excepción tal vez de la batata, parecen en última instancia ser originarias de la India.

Algunas de ellas han de haber sido traídas por una corriente anterior [8]. En cuanto a la batata, hay algunas dudas sobre si su difusión fué hecha de oeste a este, como creen unos, o de este a oeste, como suponen otros. Para nuestro problema el caso es igual, ya que toda dispersión presupone alguien que lo lleve o que lo traiga. Respecto de la *Lagenaria*, algunos autores, no pudiendo negar su presencia en América en tiempos prehispánicos, ya que sus restos fueron hallados en tumbas prehispánicas peruanas y chilenas [9], y en yacimientos costaneros que aún no conocen el maíz [10], han sugerido que su dispersión podía deberse a la acción de las corrientes marinas. Mas, es esto un profundo error. La *Lagenaria* es planta cultígena, y depende de los cuidados del Hombre para su preservación. Como muy bien ha expresado Sauer, si admitiéramos que la planta pudo llegar a América arrastrada por las corrientes marinas, entonces deberíamos admitir no sólo que el largo transporte en el agua se efectuara sin incidente alguno, sino que algún avezado cultivador la estuviese esperando en las riberas americanas para llevar inmediatamente sus semillas a un lugar propicio para su cultivación [11].

FIG. 14.—Representación del *Tlaltecuhtli* o Dios de la Tierra mexicano, ostentando el motivo de la "Lengua afuera". Según Caso.

Hay otra planta común a Polinesia y América sobre la que

muy recientemente se ha llamado la atención. Se trata de la *maho* o majagua *(Hibiscus tiliaceous)*, que crece silvestre en ambas áreas, y cuyas fibras usan los indígenas de aquí y de allá, en su textilería. Y nuevamente se llama del mismo modo en Polinesia y América. De ahí que Carter suponga que fueron los Polinesios los que trajeron nombre y usos de esta planta a América, si es que no trajeron también la planta misma [12].

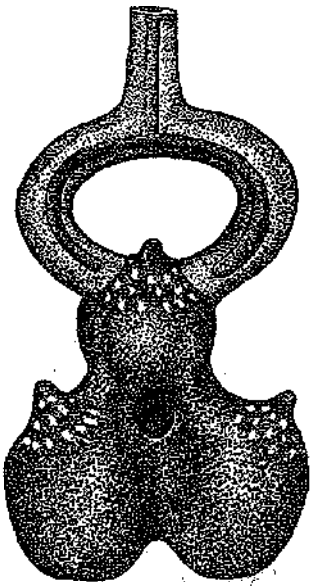


FIG. 15. — Reproducción prehispánica del coco. Cerámica mochica. Según Tello.

La semejanza lingüística que se expresa en la identidad de los nombres de la batata, el hacha ceremonial, la caracola y la majagua, se extiende también a muchos otros fenómenos naturales y culturales. Palavecino, por ejemplo, ha señalado varias decenas de coincidencias lingüísticas, semánticas y fonéticas, entre el Maorí polinesio y el Quichua americano. Hay entre ellas algunas que, como *pucara* (fuerte o fortaleza), *huaca* (objeto sagrado), *ipu* (nube o neblina), *auki* (padre o anciano), se nos antojan altamente sugestivas. Y si se considera que varios de los elementos comparados son en realidad propios de Nueva Zelanda, se habrá de convenir en que *Maoríes* y *Quichuas* tienen mucho en común [13].

Pero no es solamente con el Quichua que las lenguas polinesias tienen afinidad. Sino que de acuerdo con Christian también la tienen con la lengua Chimú o Yunga, que se hablaba en la costa norte del Perú [14]. Pudiendo nosotros agregar a las coincidencias señaladas por Christian la que surge del hecho de que una deidad lunar y protectora de las mujeres fuera venerada y se llamara del mismo modo: *Sin*, *Sina* o *Shinan* en Sumeria, en Polinesia y en la costa norte del Perú *(Chimúes)*. Como se ve, la cadena es aquí completa [15].

De acuerdo con todo lo dicho, resulta evidente que las relaciones de la América Nuclear con Polinesia han sido más íntimas e intensas que con cualquiera otra región de alta cultura del Viejo Mundo. Hay también la posibilidad de que esas relaciones fueran en efecto en ambos sentidos, como han sugerido varios autores [16]. Y si a ello agregamos que desde antiguo los Polinesios han sido conocidos como osados y expertos navegantes, que con sus enormes piraguas [17] cruzaban su extenso hábitat insular en largas expediciones marítimas de centenares y millares de millas marinas, se comprenderá que en la reiteradamente mencionada obra nuestra postuláramos la realidad de una corriente de población que desde Polinesia y las regiones situadas más al oeste trajo a América los principios de la Civilización.

3. *La Corriente Polinesia de Población*

La realidad de esta corriente polinesia de población, si bien está lejos de ser generalmente reconocida, se va desdibujando cada día en forma más clara. Recapitulemos algunos hechos.

Están, ante todo, los numerosos paralelismos etnográficos que entre Polinesia y la América Nuclear han señalado Rivet, Schmidt, Nordenskiöld, Gladwin, etc., y que naturalmente deben ser explicados. Como muchos de ellos poseen una alta especificidad y abarcan, además, todas las categorías de la cultura: la economía, la ergología, la organización social y política y la cultura espiritual, sólo una explicación basada en su difusión desde el mundo oceánico junto con la de grupos humanos, parece realmente aceptable. Se agregan luego las concordancias lingüísticas, las que no pudiendo ser obra del azar dado su número y calidad, sólo refuerzan la solución difusionista.

Por otra parte, los Polinesios han sido de todo tiempo afamados por sus conocimientos náuticos y sus actividades en la navegación. Ello ya se demuestra por el hecho de que pudieran poblar su extenso hábitat insular, formado por numerosos archipiélagos

a veces muy alejados uno de otro, y que ocupan la mayor parte del mundo oceánico. Consta, además, que con sus dobles canoas y grandes piraguas tripuladas por varias decenas de personas, realizaban ingentes expediciones marítimas que les llevaban de uno a otro extremo de su vasto hábitat (Fig. 16). Los viajes de unas 500 millas marinas eran frecuentes y comunes. La ru-

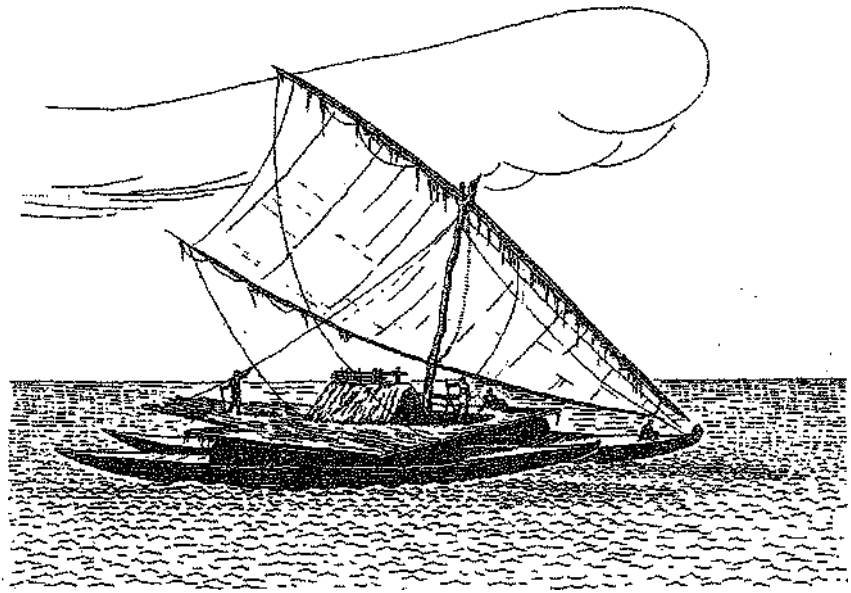


FIG. 16.—Doble canoa polinesia. La vela latina es propia de la parte occidental de Polinesia. Según Cook, simplificado.

ta de Tahití a Nueva Zelanda, que efectuaban tocando en alguna de las islas Cook, importaba unas 1.500 millas. Y la de Hawaii a Tahití, de cuya realización tenemos constancias históricas, unas 2.300 millas. En cambio, desde la isla de Pascua a las costas de América, la distancia es de sólo unas 2.000 millas. De ahí que el norteamericano R. B. Dixon (1875-1934), que en principio fuera contrario a la tesis difusionista, tuviese a la postre que admitir, no sólo la posibilidad de la llegada de Polinesios a América, sino que también su real y reiterada efectividad [18].

Ello no obstante, no deberemos suponer que fueran los Polinesios históricos los que originariamente aportaron a estas playas trayendo consigo los principios de la Civilización. Sino que los comienzos de estas relaciones son indudablemente más antiguas, y pertenecen a una época en que los Polinesios se estaban constituyendo como agrupación histórica y se dedicaban a ocupar su mundo insular. Ha de haber acontecido esto entre los 1500 y 1200 antes de Cristo.

En nuestra *Prehistoria de América*, tantas veces citada, dedicamos un capítulo a estudiar los orígenes de la población polinesia [19]. Partimos de la base de su dicotomía evidente. Uno de sus elementos constitutivos, de baja estatura, de cabeza corta y rasgos mongoloides, era portador de una cultura de tipo medio, y pudo llegar a los tiempos históricos sólo en parte como realidad, haciéndolo en otra como recuerdo. Constituía la masa dominada y sujeta que en los archipiélagos llevaba nombre distinto, pero en general el de *menehune* [20]. En cambio, el otro elemento, de estatura más alta, cabeza más alargada, aristocrático y dominador, procedía del noroeste de la India, y si no era directamente de estirpe indogermánica, es indudable que había estado sujeto a las recias influencias de grupos de ese origen. Sus integrantes se llamaban *raatira* y *arii*, esto es, Arios. Es muy probable que su dispersión por el mundo oceánico deba ser puesta en relación con la llegada a la India de los Arios, y su subsiguiente conquista del territorio. Este acontecimiento es en poco anterior a los 1500 antes de Cristo [21].

Como tampoco está generalmente reconocido que este elemento aristocrático y dominador procediera, efectivamente, de la India, tal vez no esté de más que recordemos algunos datos sobre los que se apoya esta tesis.

El nombre de *arii* que ellos mismos se daban ya es una valiosa indicación, pues coincide con la de *Arios* que se otorgaban los indogermanos que invadieron la India. Luego vienen las leyendas polinesias sobre su país de origen que llaman *Hawaiiki* e *Irihia*, entendiéndose que el primer nombre significa "oeste"

en general, y el segundo es una vieja denominación sánscrita de la India [22]. Muchas de las plantas cultivadas que hemos mencionado, e incluso la irrigación artificial usada para su cultivo, llegaron a Polinesia desde la India [23]. Están, también, los numerosos paralelismos etnográficos que se pueden establecer entre ambas regiones, destacándose de entre ellos las notables semejanzas

FIG. 17. — Escritura del Valle del Indo (trazo simple), y de la Isla de Pascua (trazo doble). Parte de las correspondencias establecidas por de Hevesy. Según Imbelloni.

existentes entre una famosa escritura hallada en la isla de Pascua, y la del Valle del Indo [24] (Fig. 17). Con el agregado de que la escritura de Pascua está relacionada de cerca con otros documentos de Tahiti y Marquesas [25], lo cual quiere decir que no se trata de un hecho aislado. También se puede mencionar el ritualismo de la *kava* polinesia, que es comparable con el del *soma* iranés, y lo mismo sucede con el concepto del *mana* oceánico y el del *brahma* hindú. Sin contar las numerosísimas semejanzas que evidencian la mitología y cosmogonía de los *Hindúes* y la de los Polinesios [26].

De acuerdo con todo esto hemos de admitir, pues, que los antiguos Polinesios resumían en sí al menos dos distintas tradiciones culturales. La primera de ellas estaba enraizada en la antigua civilización del Valle del Indo, y a través de ella se relacionaba

con las demás civilizaciones del Antiguo Oriente. En la época del interés nuestro, esa alta cultura ya se había propagado por gran parte de la India, al tiempo que se veía reciamente penetrada por elementos arios. Una segunda tradición derivaba de las culturas medias del Sudeste de Asia e Indonesia, siendo sus originarios portadores la población protomalaya anterior al establecimiento del elemento indio o protopolinesio como podemos llamarlo ahora. Y es muy probable que durante el paso o la estada de esos migrantes protopolinesios por la Indonesia, adquirieran también elementos antiguos procedentes del Asia Oriental.

Por lo tanto, nada ha de obstar para que, como decíamos en una anterior ocasión, admitamos que en la época de la gran expansión insular, cuando el elemento protopolinesio que había partido de la India se iba extendiendo y ocupando su mundo insular oceánico, algunos grupos no muy grandes de estos avezados navegantes llegaran hasta las costas de Sudamérica, y se establecieran ahí. En un principio, y en el sentido de los recién llegados, las costas sudamericanas no serían sino otro archipiélago más, como los ya ocupados. Otros grupos seguirían después. Pero como en ningún caso puede haberse tratado de grandes contingentes de pobladores, y la mezcla de elementos en suelo americano ha de haberse producido con cierta rapidez, no debemos esperar encontrar en este hemisferio complejos étnicos o culturales puramente polinesios o protopolinesios, sino que los elementos de ese origen se hubieron de diluir de manera más o menos intensa entre las poblaciones ya existentes en las costas americanas. Uno de los elementos culturales que mejor se impuso fué, en razón de las circunstancias mismas de la invasión, la facultad estadopoyética de los recién llegados, la que llevó a una estructuración de la sociedad y a la formación de Estados. Lo que entonces sucediera aquí es lo que tantas veces ha ocurrido en la Historia: que una pequeña minoría de audaces invasores se asienta sobre una población mayor, a manera de aristocracia conquistadora.

Dado que la nueva corriente procedía, en última instancia,

de la India y estuvo, además, en contacto con la Indonesia, por ese lado pueden explicarse muchas de las coincidencias perceptibles entre las altas culturas americanas y las correspondientes del Viejo Mundo. Y lo que de esta manera no se pueda explicar, habrá que ponerlo a cuenta de algunos contactos, más o menos aislados, con el Asia Oriental.

Parte Segunda

LAS CULTURAS PRECLÁSICAS O FORMATIVAS

I. GENERALIDADES

1. *El Nacimiento*

Sería sin duda de gran valor poder establecer de manera clara y precisa, cuál era la situación etnológica de la América Nuclear a la llegada de los primeros contingentes polinesios. Y tampoco carecería de interés conocer a ciencia cierta la importancia que tuvo el aporte cultural que nuestras regiones recibieron de Polinesia, y, por su intermedio, de los demás países situados al occidente de la misma. Pues esto nos permitiría valorar de manera más o menos exacta, la parte que cupo a uno y a otro factor en el nacimiento de las civilizaciones americanas.

Desgraciadamente, la situación etnológica de esta parte de América en la época de referencia, nos es bastante desconocida. Los datos arqueológicos de que podemos disponer por el momento son, a todas luces, demasiado exiguos. Y todavía habrán de pasar algunos decenios antes de que, sobre la base de las excavaciones que se realicen en el futuro, se pueda intentar la reconstrucción histórica del período que inmediatamente precedió al de la formación de las más primitivas civilizaciones. De ahí que debamos contentarnos por ahora con la indicación general de que en la mayor parte de Mesoamérica y de la región Colombiano-Centroamericana eran pueblos de cultura media los que poblaban el territorio. Mientras que la Región Andina estaba ocupada por pueblos todavía paleolíticos en la Sierra, mesolíticos

en la Costa, y de cultura media en algunas partes bajas del noroeste y en los valles de la vertiente oriental de los Andes.

Tampoco nos es posible decir de manera detallada cuál era el bagaje cultural, material y espiritual de que eran portadores los integrantes de la corriente polinesia de población que llegaran y se establecieran en estas costas. Para averiguarlo con exactitud sería necesario proceder a un análisis de la cultura polinesia antigua, complementado con el conocimiento de la realidad social y cultural del noroeste de la India en los tres siglos anteriores al 1200 antes de Cristo. Y aún así el dato sólo tendría valor de aproximación. Mas, ni una ni otra cosa es realizable por ahora. La prehistoria de la India, la de Polinesia y la de los países intermedios entre ambas grandes regiones, sigue siendo poco menos que desconocida.

En éstas circunstancias hemos de renunciar también a todo intento de establecer de manera satisfactoria, cuál fuera el aporte cultural que los invasores polinesios trajeron a la América Nuclear, y cuál la medida de los impulsos que dieron vida a nuestras primitivas civilizaciones. Pese a lo cual, si nuestras pretensiones en cuanto a exactitud fueran menos grandes, podríamos hacernos una idea aproximada de ese aporte considerando la lista de elementos originarios de Polinesia que los distintos autores han podido establecer en tierras americanas, de los que enunciamos varios en un capítulo anterior. Claro que al proceder así, no se debería olvidar que la visión talmente obtenida sólo podría tener carácter provisorio y de aproximación.

Sobre el proceso del establecimiento de los Polinesios en estas tierras, carecemos igualmente de todo dato concreto. Mas, aquí la exactitud es imposible de lograr, y ello ha de permitirnos algunas consideraciones que se nos antojan más o menos fundamentadas.

Primeramente, no hemos de suponer que los recién venidos crearan por de pronto otra cosa que uno o varios pequeños reductos o colonias que, a manera de las cabezas de puente, les servirían luego para extender sus influencias a las regiones veci-

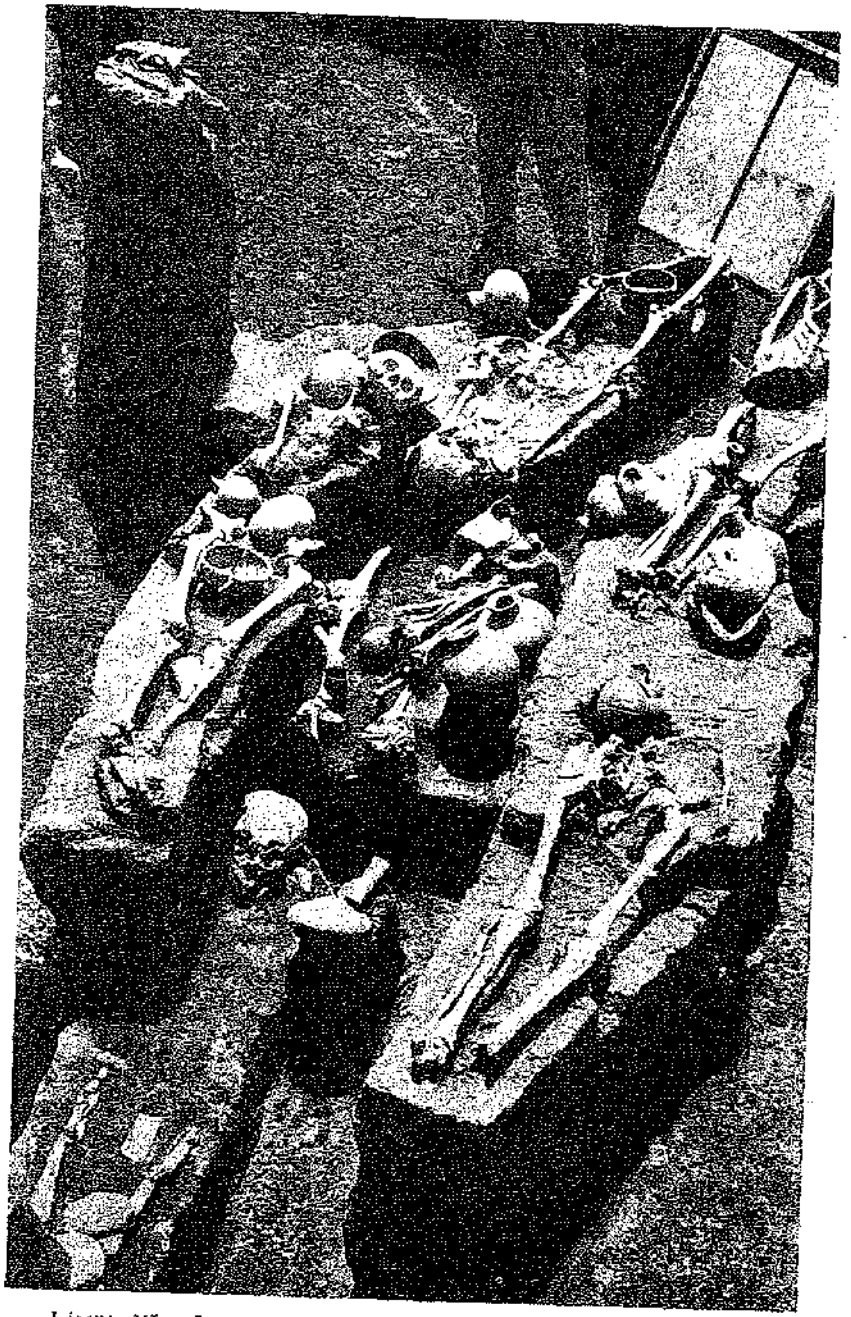
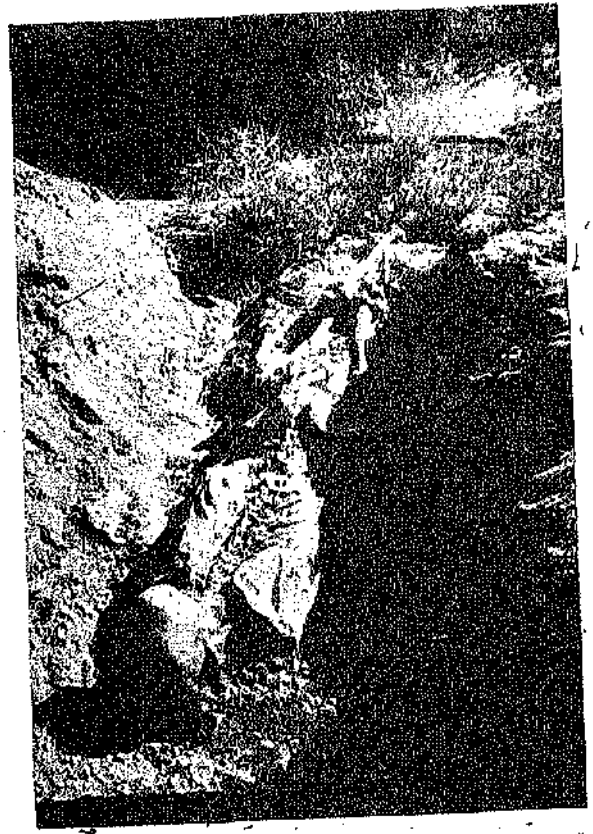


LÁMINA XI. — *Los entierros preclásicos:* Tlatilco *(Valle de México).* Vista parcial. (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)



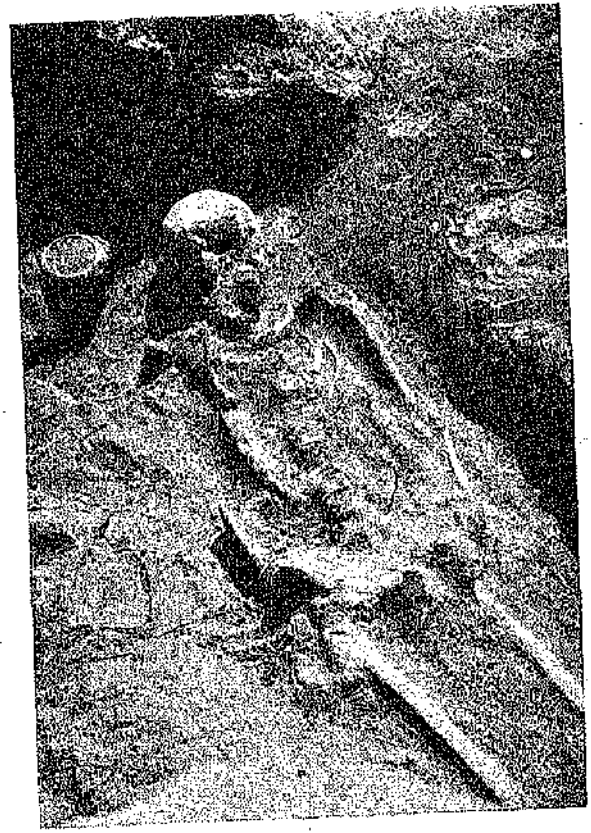


LÁMINA XII. — *Los sitierros precbásicos.*
a) Agrelo *(Mendoza).*
b) Punta de Santa Elena *(Ecuador).*

nas. En realidad, nuestros Polinesios han de haber procedido aquí de la misma manera en que procedieran sus antepados al hacerse cargo de su mundo insular. Pues, las costas americanas les han de haber parecido al principio algo así como otro archipiélago. Y aunque el número de los invasores no ha de haber sido muy grande, su mayor cultura y empuje les permitió asentarse sobre las poblaciones indígenas a manera de aristocracia conquistadora. Con todo, es indudable que en el proceso de penetración y organización de las sociedades nuevas, las cualidades antropológicas, culturales y lingüísticas de los recién llegados no fueron lo suficientemente recias, ni su número lo bastante grande, como para imponerse siempre a todas las poblaciones que poco a poco iban influenciando. Lo único que sin duda y desde un principio se pudo conseguir fué la implantación de sociedades estratificadas, y esto, junto con el agregado de los elementos culturales superiores traídos de afuera, y las innovaciones que a raíz del contacto se produjeron después, pudo elevar las culturas inferiores y medias al plano de las primitivas civilizaciones universales.

Por lo tanto, las primeras civilizaciones indígenas americanas ni fueron importadas como un todo del Viejo Mundo, ni surgieron automáticamente y por impulso propio de las culturas inferiores y medias que ya florecían en este hemisferio. Sino que su formación es la obra conjunta de al menos tres factores distintos, a saber: a) la base indígena preexistente; b) el aporte traído por los Polinesios; c) las innovaciones que se produjeron luego al irse amalgamando y complementando los elementos dispares. Más adelante se agregarían las modificaciones producidas durante el proceso de adaptación a nuevos ambientes de los grupos primitivos, y el aporte ocasional de algunos elementos derivados del Asia Oriental.

Respecto del lugar en que aportaran nuestros osados navegantes, o dónde se formaran las primeras civilizaciones, sólo conjeturas más o menos lógicas es posible hacer. Pues, no parece que los Polinesios dejaran monumentos recordatorios del acon-

tecimiento. Y si los erigieron, la acción de los siglos los borró o, al menos, no se han encontrado sus rastros. Sin embargo, atendiendo al hecho de que el Área Andina es la parte de la América Nuclear que mayor número de rasgos polinesios ostenta, y que frente a sus costas se encuentra aquella parte de Polinesia de donde parece que salieron los navegantes, habremos de suponer con cierto fundamento que ello aconteciera en varias partes desde el norte de Chile hasta Ecuador. Por otra parte, como los invasores llegaron por la vía marítima, es dable inferir que fuera en la costa misma donde primeramente se establecieran. En tal caso, han de haber sido los pescadores de tradición mesolítica que entonces ocupaban la costa, los que ofrecieron la primera base para el establecimiento de las más viejas civilizaciones americanas. Luego se agregarían algunos elementos amazónicos.

De acuerdo con lo que antecede, el Área Andina habría tenido prioridad en lo que a la primera instalación de las altas culturas se refiere. Y dentro de ella, la Costa. Ahí, en los mismos lugares donde se habían establecido los pescadores o muy cerca de ellos, han de haberse formado los primeros núcleos polinesioamericanos. Desde ahí pasarían a la Sierra, y luego se extenderían por el norte y sur, a lo largo de la región montañosa [1]. Desde Colombia, los nuevos principios pasarían a Centroamérica, llevados muy probablemente por pueblos de estirpe chibcha, para difundirse finalmente por el Área Mesoamericana, cuyos pueblos darían un énfasis nuevo a la civilización regional. Todo este proceso se ha de haber cumplido en una corta serie de generaciones que estimamos no pasaría de diez.

2. *Las Culturas Formativas*

El largo período prehistórico en que se constituyen, se desarrollan y florecen en la América Nuclear las primeras manifestaciones de la alta cultura, ha sido denominado desde el punto

de vista del arqueólogo, *Etapa Preclásica* o *Formativa*. Y a consecuencia de ello, se conocen como "culturas preclásicas o formativas", todas las primitivas civilizaciones que se incluyen en este gran período. En el fondo de tales denominaciones se halla implícita la idea de que se trata de sociedades cuya morfología es aún algo insegura, por haber surgido en época de transición en la que el clásico concepto de civilización todavía se estaba gestando. Pese a lo cual, no hay duda de que eran ellas auténticas, si bien primitivas, civilizaciones.

No obstante de que esas denominaciones son las más generales y apropiadas, hay algunos autores que han propuesto nombres algo distintos. El eminente arqueólogo norteamericano Wendell C. Bennett (1905-1953), por ejemplo, prefirió llamar "Cultista" a este gran período, partiendo de la base de que lo más distintivo del mismo es la introducción del culto que se rinde a los dioses, lo cual trae aparejado sustanciales modificaciones [2]. Mientras que el peruano Rafael Larco Hoyle, haciendo hincapié en las grandes posibilidades que el período encierra, lo ha bautizado de "Evolutivo" [3]. Mas, es satisfactorio dejar constancia de que las diferencias en el nombre en nada afectan el concepto o su contenido.

A la Etapa Formativa se le asigna una larga duración. Comienza con la implantación de los primeros núcleos de influencia polinesia, y termina con la aparición de las clásicas civilizaciones americanas. Si se quiere encerrar el período entre límites cronológicos más o menos rígidos, entonces diremos que puede haber abarcado los quince siglos que corren entre los 1200 años antes de Cristo y los 300 de nuestra Era.

Como es natural, dado que se trata de civilizaciones estrictamente emparentadas, el estilo de vida de las poblaciones ha de haber sido aproximadamente el mismo en todas partes. Al menos hay una serie de elementos culturales que en mayor o menor medida son comunes a todas ellas. De acuerdo con ello se puede decir, que la sociedad estaba estratificada, que la economía se basaba en el cultivo intensivo practicado con ayuda de la

irrigación, que su ergología conocía la metalurgia, el tejido verdadero, las formas cerámicas evolucionadas y las construcciones megalíticas, mientras que su cultura espiritual reconocía la existencia de dioses que se veneraban en templos o santuarios.

En sus orígenes, las sociedades estratificadas suelen ser una mera consecuencia de una conquista extranjera. Pues, al erigirse los conquistadores en clase dominadora, de hecho quedan establecidas dos clases: una que domina y otra que es dominada. La primera se reserva para sí las funciones superiores de gobierno, administración, sacerdocio, etc., y queda por tanto liberada de tener que producirse sus propios alimentos. Mientras que la segunda es la de que debe subvenir a las necesidades alimenticias e industriales de toda la comunidad. Es así también como han de haber procedido los Protopolinesios al extenderse por el mundo insular de la Polinesia que iba a convertirse en su nuevo hábitat. Y la dicotomía social que allí existía y a la que hicimos referencia antes, es el resultado visible del procedimiento.

En el terreno de lo económico, y junto a la modificación anterior que tiene proyecciones económicas, el cultivo intensivo de la tierra es la principal innovación que el período produce. Al nivel de las culturas anteriores, el cultivo sólo era posible allí donde la tierra tenía la humedad natural suficiente para que las plantas cultivadas pudieran cumplir su ciclo vegetativo. De ahí que las culturas basadas en este sistema económico, y que son las de tipo medio, sólo pudieran prosperar en las bajas tierras tropicales o subtropicales que están en esta situación. Pero ahora, con la novedad de la irrigación artificial que introducen los recién venidos, el cultivo no sólo puede practicarse en forma más intensiva, sino que también se lleva a aquellos territorios áridos que antes era imposible cultivar, lo cual a su vez hace que nuevas tierras se abran a la ocupación por el Hombre.

Las plantas que las culturas formativas cultivan son al principio las mismas que se cultivaban antes, con el agregado de algunas nuevas traídas por los recién llegados. Pero pronto toma el maíz la primacía, seguido de cerca por otros granos, como la

quinua. Es dable observar que, de manera general, las culturas medias o amazónicas prefieren las plantas de rizoma, como la mandioca, mientras que las civilizaciones gustan más de los granos o cereales.

El maíz fué desde un principio la planta de la civilización, ya sea que fuera ella traída a este continente por la corriente polinesia, ya que existiendo en América con anterioridad a su llegada, fueran sus integrantes o sus descendientes quienes la domesticaran o la adataran al cultivo por irrigación [4].

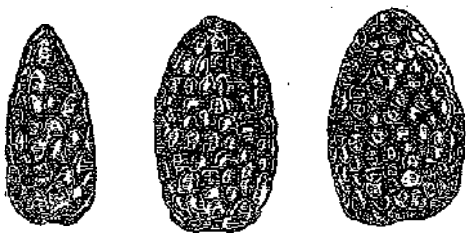


FIG. 18. — Representaciones prehistóricas en cerámica, del maíz peruano. Según Mangelsdorf y Reeves.

De las distintas tecnologías, la metalurgia parece ser la que menos se difundió durante el Período Formativo. Al menos en Mesoamérica, hasta ahora no se ha podido demostrar su ocurrencia en esa época. Y en las demás partes del área no tenía la importancia sustantiva de los tiempos posteriores. Se trabajaba el oro y el cobre, y todo parece señalar que el laminado y el repujado eran los únicos procedimientos metalúrgicos que se practicaban.

El verdadero tejido aparece también en esos tiempos, y se conoció a través de toda el área. Se distingue del tejido-trenzado, su precursor, en que su fabricación se efectúa por medios mecánicos, y sobre aparatos llamados telares que generalmente son de tipo horizontal (Fig. 92). El hilado, en cambio, se hacía a mano, mediante husos, cuyas partes inferiores conocidas como torteros, se encuentran en todos los yacimientos arqueológicos pertenecientes a la Civilización.

Los vestidos parecen no haber aún tenido plena existencia en esta época. Al menos las representaciones de la figura humana que se observan en los textiles, en la cerámica y en la estatuaria, cuando no van desnudas, sólo llevan algún trozo de tela o cinturón alrededor de la cintura. En cambio, eran muy

comunes los tocados, muchos de los cuales tomaban forma de complicados turbantes. Y tampoco faltaban los otros adornos: orejeras, brazaletes, collares, anillos, etc. El hueso, el oro, la concha, el lapislázuli, el jade y otras piedras preciosas se trabajaban para los adornos personales.

Las construcciones megalíticas representan uno de los elementos diagnósticos más precipuos de estas culturas. Un sistema constructivo, que ya hemos mencionado, ha sido reconocido como habiéndose originado en Polinesia [5]. Se trata de la construcción de bases de muros que consisten en dos hileras de grandes lajas o piedras planas que se ponen de canto, y se rellena el espacio intermedio con piedras menores. El conjunto adquiere a veces un corte trapezoidal. Por encima de la base siguen luego las hiladas horizontales de piedras, cuando la altura de la base no es suficiente. Con este sistema se erigieron muchas estructuras ceremoniales que, por lo general, toman la forma de grandes rectángulos a los que se ha llamado "kalasasayas".

La estatuaria, generalmente en grandes bloques de piedra, surge también y se desarrolla vigorosamente en este gran período. Las figuras, esculpidas en bulto o en relieve, suelen tener carácter felino o antropomorfo, y representar los dioses del respectivo panteón. A veces se representa sólo la cabeza. Figurillas de barro, que muy probablemente representan la Diosa-Madre, son también comunes en toda la América Nuclear.

Las técnicas alfareras están relativamente adelantadas. No se conoce el torno. La antigua sencillez de formas ha desaparecido, y la variación es ahora muy grande. Innovaciones que pertenecen al período son los pies, las asas, las bases anulares. Las piezas son en su mayoría monocromas: negras, grises o rojizas. La decoración suele ser incisa, modelada o grabada.

Junto con las figuras de los dioses hacen su aparición los templos y santuarios. Hay grandes y suntuosas construcciones, cuya arquitectura contrasta violentamente con la escasa y sencilla de las viviendas particulares. En las regiones cálidas, los materiales de construcción para estas últimas tienen carácter delez-

nable: cañas, hojas, paja. En las templadas aparece el adobe, y en las partes montañosas se usa la piedra.

Sobre su tipo de organización política lo ignoramos todo, fuera de saber que las comunidades eran relativamente pequeñas y que existían clases sociales. Podemos suponer también que los jefes de Estado tendrían carácter de semi-dios.

95.642

II. LOS ANDES MERIDIONALES

1. *La Cultura de Agrelo*

La cultura de Agrelo es la cultura formativa más meridional del área andina. Lleva el nombre de un distrito del Departamento de Luján, en la provincia de Mendoza, donde se estudiaron sus primeros yacimientos. Pero sus principales elementos se encuentran también, de manera más o menos dispersa, en casi toda la provincia, de *Malalhué* al norte, y en numerosos lugares de las provincias contiguas.

Nosotros mismos dimos las primeras noticias de esta hasta hace poco desconocida cultura [1]. Lo hicimos luego de visitar, y en parte excavar, varios yacimientos que un eficaz colaborador nuestro nos había señalado, especialmente el que llamamos del "Patronato", antiquísimo lugar de habitación de este período, que finalmente fuera devorado por las llamas. Esto es al menos lo que permite inferir el hecho de encontrarse en él numerosas cenizas, carbones y muchos otros restos en parte carbonizados. Otro lugar importante que pertenece a esta cultura es el de *Calingasta*, en la provincia de San Juan, que estudiara Debenedetti [2]. Y algunos yacimientos de las sierras puntanas y cordobesas pueden igualmente incluirse aquí.

Los portadores de la cultura de Agrelo se alimentaban tanto del producto de la caza de guanacos y avestruces, como del cultivo de la tierra. Los huesos del mencionado auquénido y las cáscaras de huevos de *Rhea* que se hallan en casi todos los yaci-

mientos demuestran lo primero, mientras que las huellas aún discernibles de antiquísimos canales de irrigación y las numerosas conanas, manos, morteros y moletas que se encuentran en los mencionados yacimientos y en parte hemos extraído de las cenizas, atestiguan lo segundo. Desgraciadamente, de entre los distintos productos que se cultivaban sólo podemos mencionar al maíz, cuyos granos y mazorcas, más o menos carbonizados y de tipo primitivo, fueran hallados entre cenizas y carbones.

El tipo de vivienda que corresponde a esta cultura sólo puede ser inferido, pues ningún resto claramente identificable ha lle-

FIG. 19. — Restos momificados de una joven hallados en *Calingasta* (Prov. de de San Juan). Según Debenedetti.

gado hasta nuestros días. Pero a juzgar por varios indicios, su planta parece haber sido rectangular y construída de quincha.

Se conocía el hilado y el tejido, como lo demuestra el hallazgo de torteros de barro, a veces recortados de un trozo de cerámica. Mas, ignoramos el corte de las prendas de vestir. En *Calingasta* fué hallada una momia femenina que iba vestida con dos ponchos de burda tela de lana. Pero, aunque probable, todavía no es seguro que el enterratorio pertenezca a este período (Fig. 19).

Como adorno personal llama la atención la presencia del tembetá. De este curioso adorno, que se lleva inserto en el labio inferior perforado a ese efecto, aparecieron ejemplares de piedra y de barro, tanto de la forma alargada de clavo, como de la achatada. Y esto a través de toda el área de dispersión de esta cultura, desde *Malalhué* a *Ongamira*, y de *Intihuasi* a *Calingasta*. Hay también brazaletes y collares hechos con cuentas de malaquita o con pequeños discos de concha de molusco.

La cestería se fabricaba mediante la técnica en aduja o espiral. En *Agrelo* se encontraron varios fragmentos de cerámica que llevan impresiones de este tipo, y también dos pequeños cestos más o menos enteros, que proceden de *Calingasta*. Algunos hallazgos de objetos de cobre laminado nos muestran que esta población no desconocía el trabajo del metal.

Pero el elemento ergológico más característico es la cerámica. Toda ella es monocroma, por lo general negro-gris, y en algunos casos con engobe rojo. Las formas son relativamente simples, y cuando hay decoración, es igualmente sencilla y siempre incisa o grabada (Fig. 20). Interesante es el hecho de que ciertos vasos tengan todo el vientre imbricado.

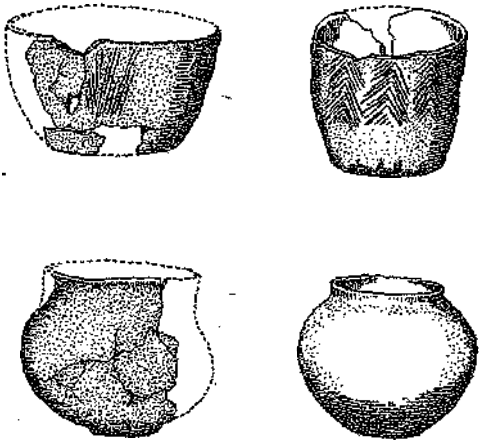


FIG. 20. — Cerámica negro-gris de Agrelo. Las vasijas de la derecha proceden de *Calingasta* (Prov. de San Juan).

Las principales formas de esta cerámica son: a) vasijas de tamaño grande o regular, de base pequeña, vientre ovoide y ancho cuello cilíndrico, con dos mamelones a manera de asas cerca del borde, que seguramente sirvieron para guardar bebidas; b) pucos de distinto tamaño y forma, con asas macizas puestas oblicuamente las más grandes; c) vasos de paredes altas. Junto con los recipientes figulinos los hay también del tipo que se fabrica cortando un mate *(Lagenaria)* por la mitad. Éstos se usaron, y todavía siguen usándose, como cucharas o para beber.

Como es natural, nada sabemos respecto de la organización social y política imperante en esta cultura. Tampoco de su religión, fuera del hecho de que enterraban a los muertos directamente en la tierra, frecuentemente en posición de boca abajo (Lám. XII *a*). Pero es probable que una antigua construcción

megalítica que se encuentra sobre el límite meridional de su dispersión fuera construída por esa gente y tuviese carácter ceremonial. Nos referimos a las ruinas que en forma de doble rectángulo se encuentran junto a unos corrales en la localidad de *Malalhué* (Mendoza), cuya idea y técnica constructivas de muros en dos hileras de grandes lajas puestas de canto, un relleno intermedio de piedras menores, y luego hiladas horizontales de piedras por encima, la acercan y hacen comparable a otras estructuras del mismo carácter que se encuentran en varias partes del Área Andina (Lám. XV *a*) [3].

Otro elemento megalítico podrían ser los distintos morteros de piedra tallada, con decoraciones zoomorfas, que se encuentran un poco en todas partes.

Desgraciadamente, aún no es posible fijar edad a esta antigua cultura. Sólo sabemos que es preincaica, y anterior también a las clásicas culturas andinas que adornaban su cerámica con pinturas. Pues, no sólo no se ha hallado resto alguno de este último tipo de alfarería en ninguno de sus yacimientos, sino que tenemos también la prueba positiva, cual es la de que en un lugar llamado *La Arboleda* apareció la negro-gris grabada muy por debajo de otro nivel cultural con cerámica pintada. De todas maneras, su carácter de formativa, y su relación cronológica con otras culturas del mismo tipo que florecieron a uno y otro lado de los Andes, nos parecen asegurados.

2. *La Cultura de los Barreales*

Si la cultura de Agrelo es la más antigua civilización de la región cuyana, la llamada "de los Barreales" lo es del Noroeste Argentino. Salvador Debenedetti (1884-1930), el ilustre arqueólogo argentino que ya mencionamos antes, es quien la bautizara así, aludiendo al hecho de que sus primeros y principales restos aparecieran en los "barreales" de *La Ciénaga* y *La Aguada*, en la provincia de Catamarca [4]. Posteriormente se ha podido esta-

blecer que su dispersión geográfica rebalsa en mucho el área que inicialmente se le asignara, ya que ella se extiende por la mayor parte del territorio montañoso del noroeste del país.

Lo que de esta notable cultura mejor conocemos es su hermosa cerámica. De ella tenemos varias colecciones grandes, aunque todavía no bien estudiadas. Y al revés de lo que sucede con la de tipo Agrelo que aparece casi toda fragmentada, son por lo general piezas enteras las que componen estas colecciones.

En realidad, los estilos cerámicos que se suelen incluir bajo la denominación general de Barreales son varios, y pertenecen a época distinta. Hay, por de pronto, dos tipos que es menester diferenciar claramente. El primero de ellos, que es también el más antiguo, corresponde a una alfarería negro-gris con decoración grabada; Bennett y colaboradores le dieron el nombre de Huilliche monocroma [5]. El estilo segundo, indudablemente más reciente aunque es una continuación del anterior, ostenta decoración pintada; los mencionados arqueólogos norteamericanos la llamaron Ciénaga policroma [6]. A nuestro entender, sólo el estilo primero integra la cultura formativa que conocemos como de Barreales.

Se trata, por lo general, de piezas de pequeño tamaño y factura buena. Hay unas copas altas, de paredes más o menos rectas y asa vertical; vienen luego unos vasos de cuerpo más o menos globular y ancho cuello cilíndrico, también con asa; y pucos de distinta forma y tamaño. Todo ello con decoraciones incisas, representando motivos geométricos, zoomorfos y antropomorfos, de gran utilidad estos últimos para establecer detalles varios de la vida de los portadores de esa cultura.

Por esas representaciones sabemos, por ejemplo, que el arma dominante en esa época no era el arco, sino el propulsor. El mismo se halla figurado, con sus correspondientes dardos, en distintas piezas de la mencionada alfarería. Su tamaño es relativamente corto y tiene forma de palo. Las flechas, que aparecen más largas, están emplumadas y llevan punta de forma alargada.

Los mismos dibujos nos dicen también algo sobre su indu-

mentaria. El vestido, si bien era de tela tejida a juzgar por los torteros hallados, no parece haber sido muy abundante; pero sí lo era el tocado. Al menos los guerreros son representados poco menos que desnudos, pero tocados con grandes cofias. Los adornos corporales eran elemento principalísimo de la indumentaria, no faltando los collares, aros y pendientes tanto de oro como de cobre laminado. Lo cual a su vez nos señala que los portadores de la cultura de los Barreales manejaban esta técnica metalúrgica.

FIG. 21. — Morteros de piedra de la Cultura de Barreales. Proceden de *Condorhuasi* y *La Ciénega* (Prov. de Catamarca). Según Márquez Miranda.

El trabajo de la piedra gozó de gran predicamento en esta época. Los hallazgos de morteros tallados en piedra y decorados con figuras zoomorfas o antropomorfas en relieve, han sido relativamente frecuentes (Fig. 21). Esas esculturas conceden, además, un poco el aspecto de cultura megalítica a la de los Barreales. Hay también hachas de piedra, pulidas, con surco transversal por el que pasaba y se fijaba el mango.

Respecto de la vivienda no es mucho lo que se pueda decir. En los yacimientos de Catamarca no se han encontrado ruinas superficiales que estuviesen asociadas a los demás restos. Es muy posible, por tanto, que las viviendas comunes se construyeran de barro y material deleznable, o sea, de quincha, como en *Agrelo*. Pero recientemente, Alberto R. González ha descubierto en el *Pucará de Asampay*, en la misma región, restos de construcciones de piedra que pueden ser atribuídas a esta cultura (Láms. XIV y XV *b*). Desgraciadamente, el mencionado arqueólogo todavía no ha publicado el informe de sus interesantes excavaciones.

Otro importante conjunto de antiguas ruinas, de seguro carácter ceremonial, ha de pertenecer también a este período. Nos referimos al que se encuentra en "El Mollar", próximo a *Tafí*

del Valle, en la provincia de Tucumán [7]. La adjudicación de estos restos a esta cultura puede hacerse sobre la base de consideraciones que si bien son de carácter general, están en cierto modo avaladas por la aparición de cerámica negro-gris grabada en el lugar. Infaustamente, el conjunto está hoy día poco menos que totalmente destruído, y esto impide la reconstrucción ideal de la estructura. Pero todavía se evidencian series de monolitos que forman hileras. Varias de las piedras están esculpidas. Una de las más interesantes, que ostenta unas figuras geométricas de doble círculo unido, idénticas a otras que adornan un recinto ceremonial peruano, ha sido llevado al parque de la ciudad de Tucumán, donde está expuesta (Fig. 22).

Relacionados con el ritualismo han de haber estado también los distintos ejemplares de pipas de fumar que se han hallado en los barreales. Unas son de piedra, y de barro las otras. En cuanto al tipo, se hallan tanto las que tienen hornillo en ángulo y en un extremo, como las llamadas "monitor" por tenerlo en la parte central de la pieza.

Los muertos se enterraban directamente en la tierra en fosas sin revestir, pero acompañados de ajuar funerario. En éste sobresalen las piezas de alfarería, en las que se solían depositar los alimen-

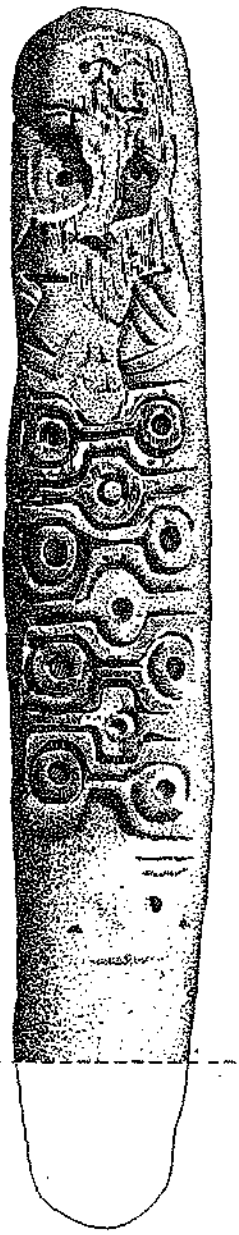


FIG. 22.—Uno de los monolitos de *Tafí del Valle* (Prov. de Tucumán). Compárese el motivo de sus dibujos con los de la Lám. XVIII (arriba).

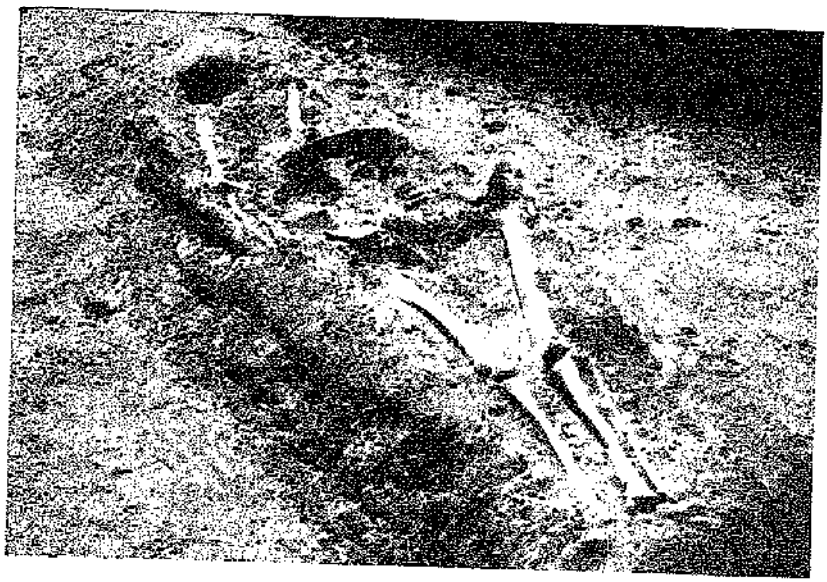
tos y bebidas que iban a servir al difunto en su viaje hacia el más allá.

3. *La Cultura de El Molle*

Del otro lado de la cordillera andina, en las provincias chilenas limítrofes con el área de dispersión de las culturas anteriores, existió también una primitiva civilización cuyos rastros van apareciendo muy poco a poco. Nadie se ha preocupado de reunir en un solo cuerpo los materiales dispersos, y esto es lo que deberemos intentar ahora.

Como punto de partida del conocimiento nuevo puede considerarse el descubrimiento realizado en 1938 por Francisco L. Cornely, actual director del Museo de *La Serena*. En un lugar del valle del Elqui llamado *El Molle*, el mencionado arqueólogo puso al descubierto una serie de sepulturas cuyos restos mostraron pertenecer a una cultura que era fundamentalmente distinta de la clásica civilización llamada Diaguita-Chilena, que posteriormente floreciera en la misma región [8]. Los rasgos diferenciales de esta más antigua cultura son, sobre todo, tres: un tipo de cerámica monocroma, generalmente negro-gris; tembetáes de piedra de un tipo particular, y pipas de fumar del tipo monitor, todo ello encontrado en las sepulturas. Elementos que no se suelen hallar entre los restos de las culturas posteriores.

Casi al mismo tiempo, Ricardo E. Latcham (1869-1943) daba cuenta de algunos hallazgos que el aficionado A. Capdeville hiciera años atrás en la zona de *Taltal*, en la provincia de Antofagasta, y que él mismo había tenido oportunidad de corroborar [9]. El eminente etnólogo chileno se refería, entre otras cosas, al descubrimiento de un conjunto cultural que Capdeville había llamado de los "Vasos Negros", queriendo aludir con el nombre a un tipo especial de cerámica que era su más destacado elemento. En la corta noticia dada se agregaba que el desconocido pueblo portador de esta cultura había sido agricultor, ceramista, tejedor y metalurgo, y que había vivido en una época posterior al flore-



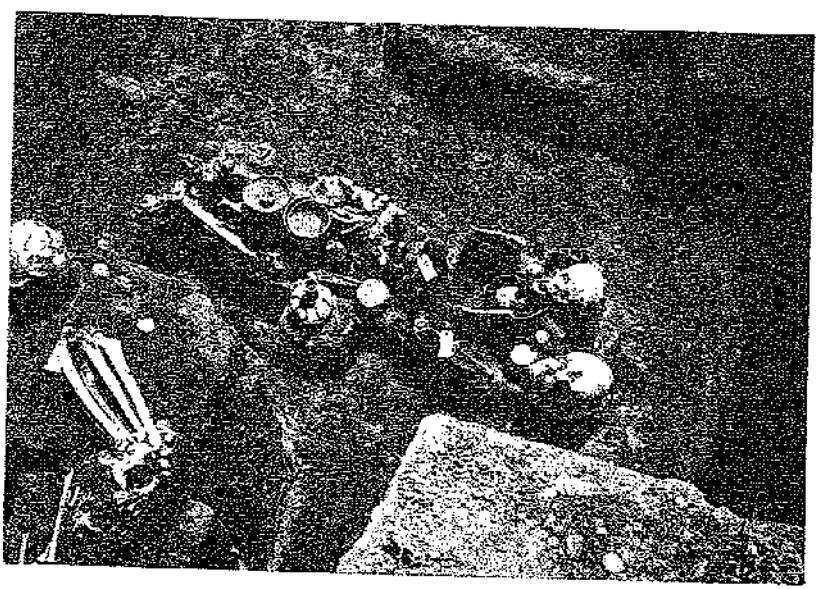


LÁMINA XIII. — *Los entierros precláslcos.*
a) Sabana de Bogotá *(Colombia).*
b) Tlatilco *(México).*

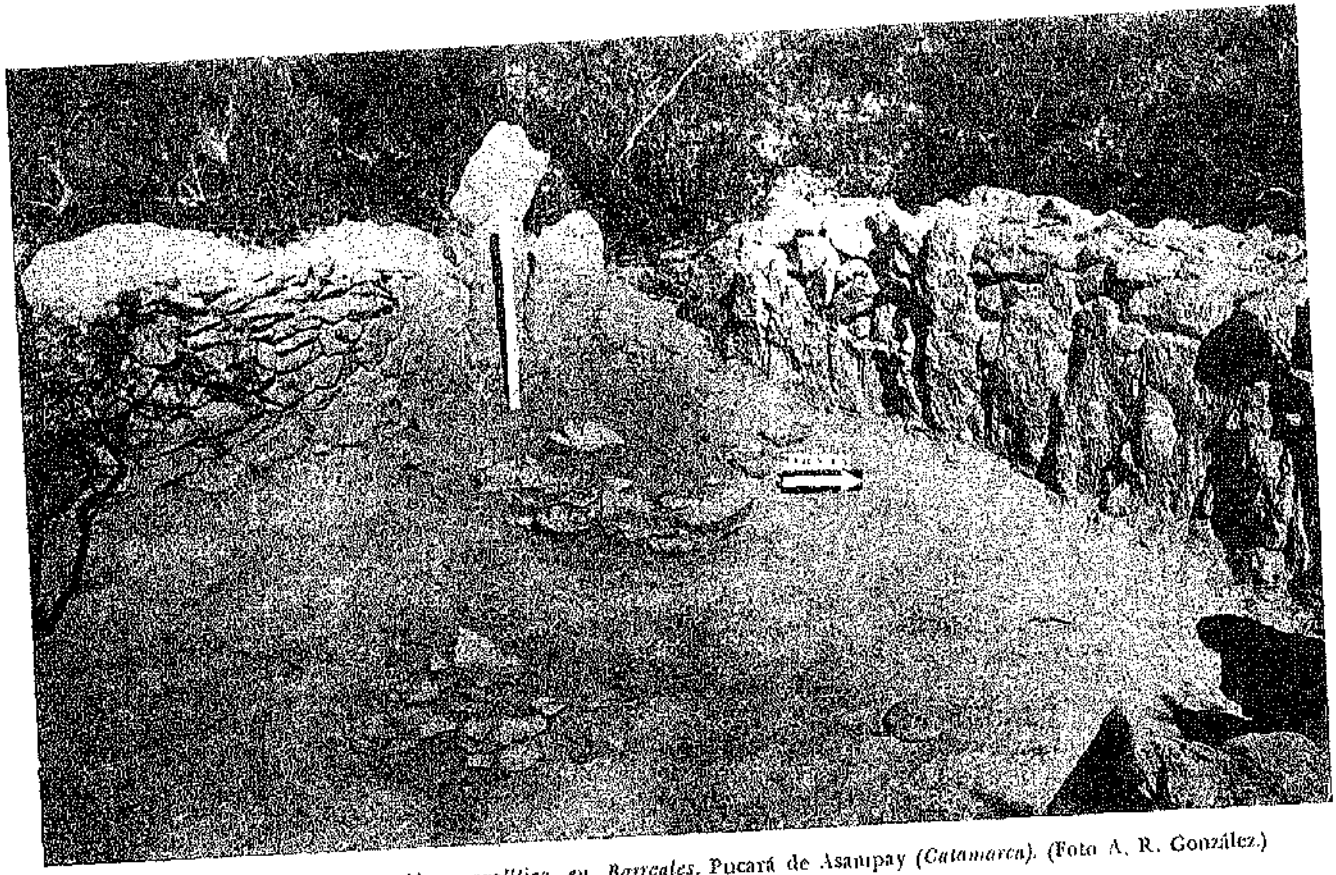


LÁMINA XIV. — *La construcción megalítica en Barreales.* Pucará de Asampay *(Catamarca).* (Foto A. R. González.)

cimiento de la cultura mesolítica de los conchales, y anterior a la del dominio de la clásica civilización Chincha-Atacameña. Es decir, que se trataba de una cultura de evidente carácter formativo.

Poco después, en excavaciones practicadas por el norteamericano Junius Bird y la Dra. Mostny, del Museo de Historia Natural de Santiago de Chile, en la misma costa septentrional de Chile, se pudo establecer que en la zona de *Coquimbo* aparecía también cerámica negro-gris grabada [10], hecho confirmado posteriormente por Cornely en *Guanaqueros* [11]. En los numerosos fragmentos hallados en esa zona, la decoración es de tipo parecido al de las culturas formativas de aquende los Andes, ya que toda ella consta de líneas incisas paralelas o en zigzag. En algunos de estos fragmentos se notan aún los rastros de un polvo blanco que había antes rellenado las incisiones. El mismo aspecto presentan muchas de las piezas de Barreales.

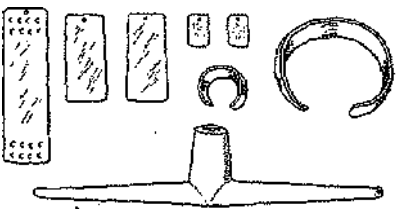


FIG. 23. — Adornos metálicos y pipa de barro de la *Cultura del Molle*. Según Cornely.

Con todos estos datos dispersos se puede llegar a tener una idea más o menos clara de la esencia y dispersión de esa antigua cultura. Su economía se basaba en el cultivo del suelo, y si bien ignoramos de manera concreta qué productos se cultivaban, todo indica que el maíz estaba entre ellos. Ninguna referencia al vestido tenemos, y sólo sabemos por el hallazgo de torteros que conocían el hilado y el tejido. Se adornaban con el tembetá de uno y otro tipo. Otros adornos personales son los collares de disquitos de concha, y los aros, anillos y brazaletes de cobre laminado, y las placas, cintas y láminas de oro. Los pendientes son láminas rectangulares que llevan una perforación en la parte superior para suspenderlas (Fig. 23).

La cerámica comprende sobre todo cántaros, pucos y tazas altas, generalmente sin asa y con fondo plano. Algunas piezas están finamente pulidas, y son siempre monocromas: gris, ne-

gras o rojizas. La mayoría de las encontradas en el lugar epónimo de *El Molle* carecen de decoración; sólo unas pocas llevan series simples de rayas incisas, o un principio de estilización zoomorfa. La que se halló en *Guanaqueros* y otras partes, en cambio, ostenta sólo simples figuras geométricas.

Según expresa Cornely, los portadores de la cultura de *El Molle* eran individuos con cráneo de paredes relativamente gruesas. No conocían o no empleaban el arco, y enterraban sus muertos directamente en la tierra, aunque marcando con piedras las sepulturas [12].

La cultura de *El Molle* se ha de haber extendido por toda el área que media entre *Taltal* y el río *Choapa*. O, lo que es lo mismo, por todo el territorio de las actuales provincias chilenas de Coquimbo y Atacama.

4. *La Cultura de Punta Pichalo*

La cultura de *Punta Pichalo* es propia de la parte más septentrional de Chile. El lugar epónimo se encuentra sobre la costa, no lejos del puerto de *Pisagua*, por donde hasta hace poco se exportaba gran parte del nitrato que produce la región. Con el decaimiento de esta industria, el puerto está hoy poco menos que abandonado. Mas, no por eso ha perdido la zona su ingente interés arqueológico.

Porque toda aquella hoy desolada costa está llena de rastros de antigua y continuada ocupación por el Hombre. Son, sobre todo, poblaciones de tradición cultural mesolítica las que tempranamente se asentaron y vivieron en la región. Dedicados a la pesca, la caza de animales marinos y la recolección de moluscos, esos antiguos habitantes siguieron en lo esencial cultivando su arcaico estilo de vida, cuando en la región ya estaban presentes las nuevas influencias de la cultura superior. Es así que en el transcurso de los siglos su cultura se fué en gran parte modificando, siempre de acuerdo con las orientaciones que prevalecían en la región.

Trabajando en uno de los enormes depósitos de conchas de moluscos y otros desperdicios que salpican toda aquella costa, en la punta misma del promontorio rocoso que es *Punta Pichalo*, J. Bird pudo recientemente establecer una interesante sucesión estratigráfica de tres distintas culturas. La más antigua de ellas es netamente mesolítica por su contenido; la intermedia tiene carácter formativo; y la más reciente ya corresponde al horizonte de los *Atacameños*, agrupación étnica que ha podido llegar hasta los tiempos históricos [13].

Aquí interesa la forma cultural intermedia, la que sigue al horizonte puramente mesolítico y precede al atacameño. Es también la más característica de la serie, razón por la cual su descubridor la bautizara con el nombre del lugar. Que es una cultura formativa lo prueba el solo hecho de que los principales elementos que caracterizan a las primitivas civilizaciones estén todos presentes en ella. Por razones estratigráficas y tipológicas, Bird la dividió en dos distintos períodos: Pichalo I y Pichalo II. Mas a los fines que aquí interesan, podemos considerar a ambos períodos como a una sola unidad.

La pesca, la caza de animales terrestres y marinos y la recolección de moluscos, constituían, como se ha dicho, la principal actividad económica de los antiguos habitantes de *Punta Pichalo*. Pero se conocía y se practicaba también la agricultura, sino por los pescadores mismos, por otros grupos asentados entre ellos o en sus vecindades. El maíz, el algodón y los mates o calabacillas eran los capitales productos del cultivo. La llama estaba domesticada, pues entre los restos amontonados se han encontrado también sus huesos. Aparecieron morteros de piedra que sin duda sirvieron para majar el maíz.

Como armas había hondas, arpones y dardos. No se conocía el arco, pero sí el propulsor. Las puntas de flechas son de forma triangular y sin pedúnculo. Hay anzuelos de cobre, lo cual es una novedad.

Los portadores de la cultura de *Pichalo* conocían, además, la práctica de algunas otras técnicas que no conocieron las culturas

pre-formativas. Fuera del empleo del cobre como materia prima para la confección de implementos, se puede recordar al tejido de algodón. Como prenda de vestir conocemos sólo el delantal femenino, que estaba hecho de fibra de totora macerada. Se trenzaban esteras y se fabricaba cestería con la técnica del espiral. El uso de cuerdas de lana de auquénido, de algodón y de cabello humano estaba muy extendido.

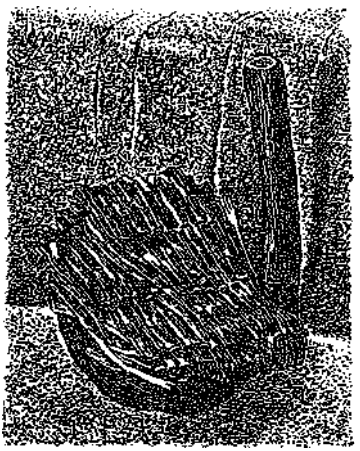


FIG. 24. – Entierro en cesta de *Punta Pichalo*. Según Bird.

Pero lo más importante es la cerámica. La hay de varias clases, aunque toda monocroma. La mayor parte de fragmentos hallados corresponden a ollas y otros vasos utilitarios. Pero también la hay de negra pulida y pucos con engobe rojo y bordes engrosados. Y tampoco faltan los mates partidos por la mitad, como en *Agrelo*.

Por el hallazgo de tabletas talladas de las que servían para preparar el paricá, y de tubos que se usaban para absorber esta droga, podemos inferir que el shamanismo se practicaba de acuerdo con las reglas del arte. Los muertos se ponían en cestas tapadas con una estera de totora, que luego se enterraban, marcando las sepulturas con una tabla o poste (Fig. 24).

5. *Resumen*

Como se ha visto, las cuatro culturas antiguas que sumariamente hemos tratado en este capítulo, integran un conjunto bastante homogéneo de primitivas civilizaciones andinas que se conforman bien dentro del canon de culturas formativas, tal como lo esbozamos anteriormente.

Hay, desde luego, algunas diferencias en el conjunto. *Agrelo*

y *El Molle* conocían el tembetá, adorno que parecen haber ignorado las otras culturas. En los *Barreales* y *El Molle* se encuentra la pipa de fumar, la que usarían los shamanes o médicos-hechiceros en sus ritos mágicos; en cambio, los de *Punta Pichalo* preferían el paricá para llegar al éxtasis. Estas y otras varias diferencias que se pueden establecer son debidas a los distintos avatares sufridos por las distintas regiones, y no alteran la unidad fundamental del conjunto.

Lo mismo señalan los pocos datos antropológicos que tenemos de estas poblaciones. El único esqueleto hallado en *Agrelo* mismo es de baja estatura y braquioide, con deformación intencional del cráneo; por su tipo de deformación puede incluirse entre los tabulares erectos. Lo mismo sucede con otros restos de portadores de esta cultura, naturalmente dolicoides. De dos cráneos hallados por Schreiter en un nivel de cerámica *Barreales* uno ostenta igualmente la misma deformación, mientras que el otro es racialmente huárpido [14]. Huárpidos son también la mayoría de esqueletos aparecidos en otros yacimientos argentinos pertenecientes a esta misma Etapa. En cambio, de las culturas de *El Molle* y *Punta Pichalo* nada se puede decir por el momento.

III. LOS ANDES CENTRALES

1. *Ancón-Supe*

La cultura de Ancón-Supe es una de las más primitivas civilizaciones del área central andina. Los documentos que de ella tenemos proceden de yacimientos que están relacionados con los grandes depósitos de valvas de moluscos, los llamados conchales, que se encuentran en la costa central del Perú.

El primero que investigara sus restos fué el eminente arqueólogo alemán Max Uhle, al que ya mencionamos antes. Trabajando en misión y por cuenta de la Universidad de California, Uhle tuvo oportunidad de explorar en 1904 un yacimiento de este tipo y de excavar algunas sepulturas en la falda del Cerro de San Pedro, en la parte alta de *Ancón*, lugar situado algo al norte de la ciudad de Lima, y famoso por sus necrópolis. Los restos que nuestro arqueólogo puso allí al descubierto, los interpretó como los de una antiquísima cultura que habría sido llevada por primitivos pescadores antropófagos. Esta cultura habría sido, además, la primera manifestación cultural que se produjera en el Perú [1].

Al año siguiente, Uhle exploraba otros extensos yacimientos sitos en las inmediaciones del *Puerto de Supe*, en la misma costa central del Perú. Se trataba ahí de dos distintos amontonamientos de restos de habitación humana que se encuentran a corta distancia uno de otro, y que posteriormente han sido individualizados con los nombres de Faro y Áspero. Nuestro arqueólogo

excavó varias sepulturas en una y otra parte, y tuvo la suerte de dar con algunas piezas enteras y numerosos fragmentos de alfarería, además de un pequeño conjunto de restos de toda clase. Al estudiar los mismos, Uhle vió en seguida que sin ser completamente idénticos a los de *Ancón*, se le parecían mucho. Según nuestro autor, los pescadores de *Supe* habrían también practicado la antropofagia [2].

Casi cuarenta años después, un grupo de destacados arqueólogos norteamericanos realizó nuevas investigaciones en los mismos lugares donde había trabajado Uhle. En *Puerto de Supe* lo hicieron Gordon R. Willey, Marshall T. Newman y John M. Corbett, y en *Ancón* los dos primeros. En ambos lugares se hallaron, de manera general, los mismos elementos encontrados en las excavaciones primeras. Sólo en *Supe* se agregó la excavación de una estructura lítica que resultó ser de carácter ceremonial [3].

Los últimos y más extensos trabajos de excavación de los yacimientos de *Ancón* han sido los realizados por el Museo Nacional de Antropología de Lima, bajo la dirección de Julio C. Tello (1880-1947). Se descubrieron nada menos que 264 tumbas, de la que se extrajeron 1.569 especímenes arqueológicos. Desgraciadamente, poco es lo que hasta ahora se ha publicado sobre los resultados de estos extensos trabajos [4].

De acuerdo con los datos hasta ahora conocidos, se puede establecer que la cultura que Uhle llamara "de los pescadores primitivos", y que nosotros llamaremos sencillamente de Ancón-Supe, no era tan primitiva como quiso suponer su descubridor, ni tampoco tenían sus portadores nada que ver con la antropofagía. En realidad se trataba de un antiguo pueblo de tradición cultural mesolítica, que originariamente era similar a los demás pueblos mesolíticos de California y otras partes de la costa pacífica de América [5]. Sólo que por la época, y en virtud de influencias que todavía no se precisan muy claramente, pero que suponemos son las que llegaron con los Polinesios, tanto su aspecto físico como su antiguo estilo de vida, habían sufrido profundas modificaciones. Es así que al menos una parte de sus cráneos se

nos presentan más redondeados que lo que había sido usual hasta entonces, ya por serlo en su forma natural, ya por deformárselos intencionalmente [6]. Tampoco se limitaban a basar su economía en sólo los productos del mar (pesca, caza de mamíferos marinos y recolección de moluscos), como hicieran hasta entonces, sino que ahora se aprovechaban también de los beneficios del cultivo de la tierra. Restos de maíz, mandioca, pallares y de varias otras clases de semillas aún no identificadas, se encontraron en los yacimientos. También se encontraron huesos del ciervo andino (*Hippocamelus antisensus*), y ello nos muestra que tampoco desdeñaban la caza terrestre.

Aunque sabemos que para sus vestidos usaban la lana de auquénido y el algodón, pues se han encontrado restos de tejidos hechos con fibras de ambas clases, ignoramos con exactitud cómo se vestirían. Pero podemos confiadamente admitir que el vestido no sería muy abundante, aunque más no fuera que por razones de clima. Los adornos, en cambio, serían más numerosos. Collares de cuentas de huesos de animales marinos y de auquénido, y diademas de oro y plumas, se hallaban entre ellos. Y el hallazgo de espejos de pirita y de peines de madera nos señalan que la coquetería femenina es propia de todos los tiempos.

De construcciones sólo tenemos los restos de algunos basamentos de muros, y los de la estructura excavada en Áspero (*Supe*). Ésta tiene forma rectangular, y consta de una habitación de 4 x 4 metros con una especie de baja plataforma en el medio, y dos otras habitaciones menores que se comunican con la anterior. Los muros son de piedra sin labrar, pero puesta en una argamasa de barro. Los pisos y la plataforma, que sus excavadores interpretaron como altar, llevaban también un revestimiento de barro. En cuanto a la parte alta de las paredes y a los techos, han de haber sido de material deleznable, ya que no ha quedado ningún vestigio de ellos.

La cerámica es toda monocroma: negra, gris o rojiza. En su mayoría carece de decoración; pero cuando la hay es siempre incisa, con simples dibujos angulares o curvilíneos, campos de

puntos y representaciones zoomorfas. En cuanto a las formas, generalmente se trata de pucos y botellones.

La cestería y el trenzado son muy abundantes. Hechos a base de totora y mimbre, hay cestos y canastillos que sirvieron como

FIG. 25. — Material arqueológico de *Ancón*. La hilera de arriba se compone de cestería; la siguiente de piezas de hueso; las dos inferiores de cerámica. Según Carrión Cachot.

tazas y platos. Algunos fueron hallados llenos de algodón en rama, y otros con mariscos. Las técnicas empleadas en su confección son el espiral y el retorcido. Esteras de totora trenzada, y redes de pesca y carga, completan el renglón de los textiles.

Otros trabajos ergológicos son: laminado del oro para adornos; espátulas e idolillos de hueso; platos de madera y de mates partidos por la mitad; torteros de piedra; morteros grandes, de

piedra también, para moler maíz y otros pequeños para pinturas. Muchos de estos artefactos están adornados con incisiones (Fig. 25).

Los muertos se enterraban en simples sepulturas cavadas en forma de pozo. Cuando no se seguía la antigua costumbre de cremar los cadáveres, se envolvían éstos en esteras de totora, y las ofrendas funerarias, no siempre presentes, consistían en una sola pieza de cerámica o en varios cestos con alimentos.

2. *Chavín de Huántar*

Chavín de Huántar, lugar epónimo de una notable cultura formativa, la más importante sin duda de los Andes Centrales, está enclavado en la Sierra septentrional del Perú, al este de la Cordillera Blanca, sobre un pequeño afluente izquierdo del alto Marañón. Administrativamente pertenece al departamento de Ancachs y a la provincia de Huari. La comarca se encuentra situada a considerable altura sobre el nivel del mar, entre los 3.000 y los 4.000 metros. A juzgar por este dato, parecería que en la zona tuviese que ser imposible todo trabajo agrícola. Mas, no es ello así. En los valles y hondonadas no falta la vegetación natural, y en ellos se efectúa el cultivo de cereales. De todas maneras, bueno es tener presente que la zona no ha de haber podido mantener nunca una población numerosa.

De manera general, las ruinas de *Chavín de Huántar* son conocidas desde antiguo. Autores varios como Raimondi [7], Wiener [8], Middendorf [9], Tello [10] y Roosevelt [11], se han referido diversamente a ellas. Tello también excavó y trabajó extensamente en algunas de sus partes. Sin embargo, ha sido Wendell C. Bennett quien mayores detalles publicara junto con un valioso y sistemático estudio de todos los restos que se encuentran allí: arquitectónicos, escultóricos y cerámicos [12]. De ahí que en nuestra descripción podamos guiarnos especialmente por los trabajos del ilustre arqueólogo, recientemente desaparecido.

En la Actualidad, las ruinas se encuentran ya muy deterioradas; el tiempo, junto con las aguas del río que corre a sus pies, siguen efectuando su obra destructora en ellas. No obstante, lo que queda y tal como queda, es todavía más que suficiente para imponérsenos con su grandiosidad y darnos una idea de lo que ha de haber sido este centro ceremonial serrano.

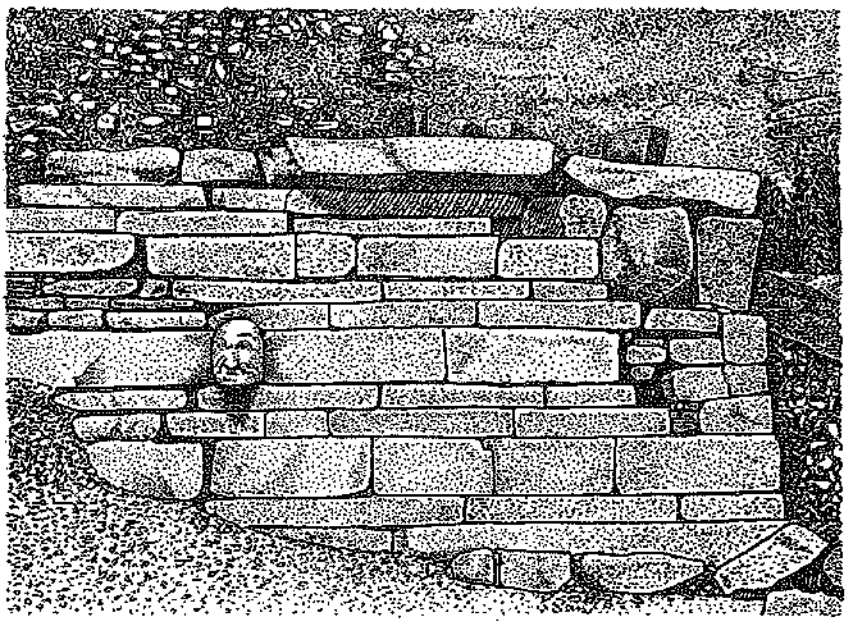


FIG. 26. — Paño de muro del templo (castillo) de *Chavín de Huántar*. A la izquierda se ve una cabeza con espiga todavía *in situ*. Según Bennett.

Las ruinas de *Chavín de Huántar* están situadas directamente al sur del pueblo del mismo nombre. Constituyen un conjunto de estructuras diversas, simétricamente ordenadas alrededor de una anchurosa plaza. El edificio principal y el mejor conservado es el llamado "Castillo", que generalmente se considera templo. Se asienta sobre una amplia terraza rectangular que da sobre la mencionada plaza. Se trata de una construcción imponente, de planta rectangular y de unos 75 metros de lado. Sus muros externos, que en realidad sólo constituyen el revestimiento de una

enorme mole, están algo inclinados hacia atrás. Su técnica constructiva ha utilizado las lajas labradas colocadas en hiladas alternas de lajas gruesas y lajas delgadas, y sin argamasa (Fig. 26). A la altura de 9,50 metros los muros se interrumpen y forman una segunda terraza, naturalmente más reducida que la primera. Por encima de ésta, siguen los muros nuevamente hacia arriba por unos 2,50 metros más, donde se produce una tercera terraza. Finalmente, sobre esta última se ven los basamentos de pequeños templetes rectangulares que antiguamente han de haber coronado el edificio. Una escalinata monolítica conduce a la primera terraza, y desde ahí otra lleva a la segunda.

Con ser todo esto muy interesante, lo es todavía más el hecho de que el interior del Castillo está surcado con un sistema de angostas galerías que conducen a cámaras rectangulares de unos 2 por 4 metros, y esto en cada uno de los tres pisos de que consta la construcción. Hay, además, una red de respiraderos que ponen cámaras y galerías en contacto con el exterior. Los muros internos son también de piedra. Sus elementos van puestos nuevamente en hiladas horizontales y alternas de piedras grandes y piedras chicas aunque todas sin labrar. Mientras que losas grandes cierran hacia arriba y forman los techos.

Externamente, la construcción con su enorme mole y sin aberturas externas en sus muros, produce un extraordinario efecto de masa y de solidez. Indudablemente, ella ha sido levantada piso por piso. Para cada uno de ellos se construirían primero los muros externos e internos y se rellenarían luego con piedras y tierra los espacios que quedaban entre unos y otros.

Las demás estructuras son de menor importancia y están más arruinadas. Son terrazas y plataformas que antes pueden haber sido edificios parecidos al Castillo. Al norte y al sur de la plaza hay dos de estas plataformas, cuyas dimensiones son unos 6 metros de altura y 80 de largo; por su interior corren también galerías y respiraderos. Mientras que al lado del Castillo, y formando éste una misma línea por el oeste, se destacan otras dos plataformas o antiguos edificios que igualmente están dotados de galerías in-

teriores. Sobre la mayor, que es la que está situada más hacia el norte, se levanta hoy una capilla moderna (Fig. 27).

Si en la arquitectura de *Chavín de Huántar* domina la masa y la simetría, es indudable que en su plástica prepondera el afán de rellenar todos los espacios que se destinan a la decoración. Esto ya es visible en las piedras trabajadas en superficie con dibujos incisos o en bajo relieve, y que constituyen la mayoría de las esculturas que hasta ahora se han encontrado. Muchas de ellas formaban parte de una cornisa que circundaba los muros externos del Castillo, y que en parte está todavía en su lugar. Otras son a manera de estelas, como la muy conocida de Raimondi, llamada así por haber sido este precursor quien la diera a conocer. Las esculturas en bulto, por su parte, representan casi exclusivamente cabezas humanas o de animal, que estaban empotradas por medio de una espiga que tiene la piedra, en los mismos muros externos y por debajo de la cornisa. Una excepción es la piedra prismática llamada "El Lanzón", que todavía se encuentra *in situ*, sujeta por las grandes losas del techo, en una de las galerías del conjunto.

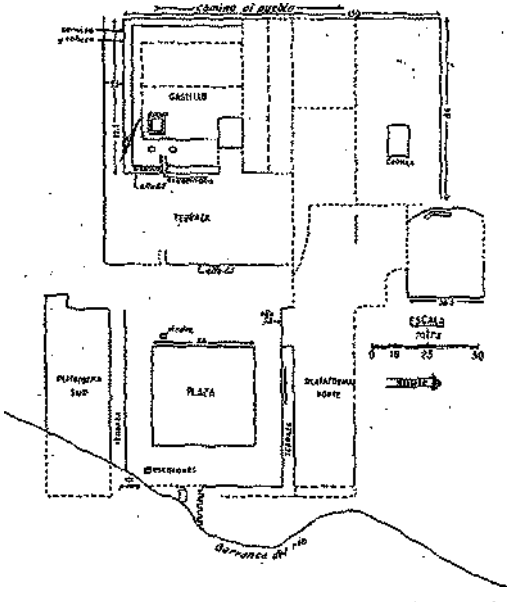


FIG. 27.— Plano de las ruinas de *Chavín de Huántar*. Según Bennett, simplificado.

En cuanto a la cerámica, generalmente es bien pulida y casi siempre de un solo color: negra, gris o rojiza. En formas, predominan el botellón y el puco de bordes engrosados. Y en decoración lo más común y corriente es la incisión: líneas, puntos, círculos, triángulos, etc.

De manera general puede decirse que el estilo artístico que caracteriza a *Chavín* es precipuamente curvilíneo, y que la figura de un felino es su objeto principal. Sobre todo en las superficies más o menos planas.

Bennett no encontró en *Chavín de Huántar* los grandes amontonamientos de desperdicios y demás restos de humana habitación, que suelen encontrarse en otros yacimientos arqueológicos. La única excepción es un paso tallado en piedra. De ahí que se haya supuesto que el lugar nunca pasó de ser un centro religioso y ceremonial, que no tuvo habitación permanente. Los visitantes irían periódicamente en peregrinación para satisfacer sus necesidades religiosas.

Los elementos de esta cultura se encuentran de manera más o menos dispersa por gran parte de la Sierra Septentrional del Perú [13].

3. *La Cultura de Cupisnique*

La cultura Cupisnique es la cultura formativa de la Costa Norte del Perú. Lleva el nombre de una amplia quebrada que se encuentra en el Valle de Chicama, en el departamento de La Libertad. El arqueólogo peruano Rafael Larco Hoyle es quien la bautizó así [14], y debe entenderse que este nombre es más o menos sinónimo del de "Chavín Costanero" que le aplican muchos especialistas en virtud de las reconocidas similitudes que existen entre *Cupisnique* y *Chavín de Huántar*. Similitudes que demostrarían la existencia de relaciones muy íntimas entre ambas culturas.

Larco Hoyle ha discutido ampliamente estas relaciones [15]. Lo ha hecho con la intención de establecer que la cultura de *Cupisnique* no surgió por influencias del centro ceremonial serrano, como creyeran Tello y otros autores, sino que la situación real habría sido justamente la inversa. Sobre todo el culto felínico, tan típico de *Chavín de Huántar* y de gran parte de este horizonte cultural, se habría originado en el seno de la cultura

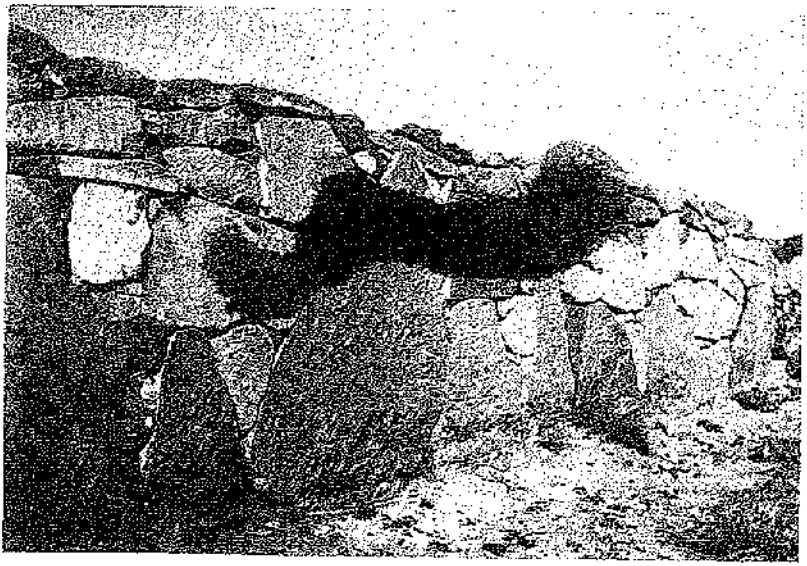
cupisnique. En un acápite posterior tendremos oportunidad de volver sobre el tema.

De la práctica del cultivo de la tierra por los *Cupisniques* tenemos amplia prueba arqueológica. Pues, no sólo han aparecido en sus yacimientos los restos de varios productos de esta actividad económica, sino que ellos nos han dejado también diversas representaciones de la mandioca, el maní y las calabazas en su cerámica. Es notable, empero, que entre estos testimonios directos no figure también el maíz.

Las viviendas parecen haber sido construcciones de material deleznable levantadas sobre basamentos sólidos. Para esto último sirvió primeramente la piedra, luego se emplearon adobes. Una reproducción figulina que se ha conservado nos muestra una casa con techo a dos aguas que al parecer era de paja. Las piedras se ponían en una argamasa de barro, y lo mismo se hacía con los adobes. Éstos tenían forma cónica, y se colocaban de manera que sus bases formaran siempre las superficies de la pared. Los centros poblados eran entonces pequeños, calculándose que estarían constituídos por sólo algunas familias.

El vestido era escaso, ya que sólo consistía en un taparrabos y en alguna forma de tocado, fuera de los usuales adornos. Entre los últimos resaltan los collares hechos con cuentas de piedra y hueso, y una pieza central generalmente decorada con algún dibujo inciso. Hay también interesantes anillos y orejeras de hueso. Este último adorno está representado por unos discos, frecuentemente adornados con dibujos incisos, que se colocaban en una perforación producida en el lóbulo de las orejas que se distendía mucho. Hay también orejeras de oro.

Además de los artefactos comunes de piedra y hueso que se han encontrado en los yacimientos cupisniques, tenemos pruebas concretas de que conocían también el trabajo del metal, el tejido y la alfarería. El único metal que hasta ahora haya aparecido es el oro, y las únicas técnicas metalúrgicas el laminado y el repujado (Fig. 28). Los adornos de oro hallados en *Chongoyape* [16] representan un trabajo esmerado. En cambio, los pocos



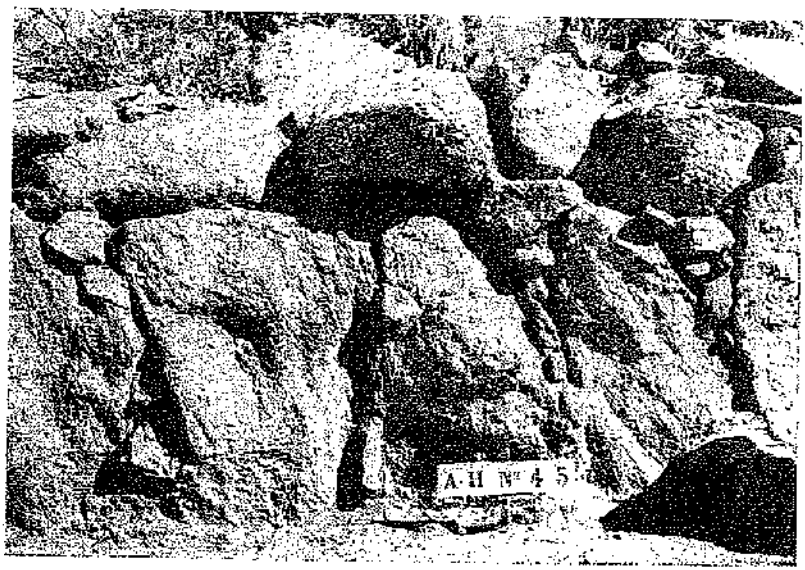


LÁMINA XV. — *Detalle de la construcción megalítica.*
a) *En* Malalhué *(Mendoza).*
b) *En* Asampay *(Catamarca).*

LÁMINA XVI. — *La construcción megalítica.*
a) *En* San Pedro de Atacama *(Antofagasta).*
b) *En* Queneto *(Valle de Virú).*

fragmentos de tejido que se han extraído de sus tumbas, son todavía de carácter simple y mal terminados.

El exponente primordial de esta cultura está dado por su cerámica. Todavía comparte, es cierto, los rasgos distintivos del período, ya que en general es monocroma y en su decoración

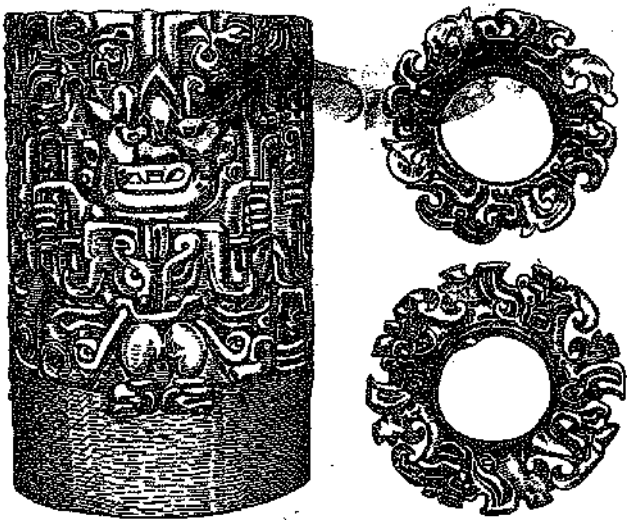


FIG. 28. — Objetos de oro de *Chongoyape* (Lambayeque). Según Lothrop.

no figura, de manera general, la pintura. Mas a los comunes dibujos producidos por incisión se unen algunos elementos nuevos y, sobre todo, un nuevo método decorativo: el modelado. A partir de este momento el modelado constituirá una notable y persistente tradición alfarera que distingue notablemente a la región. De manera que la expresión artística de la cerámica cupisnique raya a gran altura. Típica pieza de este arte figulino es el cántaro con asa en forma de estribo y cuello de borde algo achatado. Y es en estas piezas donde el artista cupisnique ha representado toda clase de figuras antropomorfas, zoomorfas y fitomorfas. Otra pieza importante es el botellón con decoración incisa altamente estilizada (Fig. 29).

El mundo espiritual de este pueblo parece haber estado cen-

trado alrededor del felino. Representaciones de este animal se ven en todas partes, en la cerámica, la metalurgia, la estatuaria, el tallado en hueso. Figuras menores son el cóndor y la serpiente.

En los distintos valles se encuentran los restos de antiquísimas estructuras ceremoniales que fundamentalmente pertenecen

FIG. 29. — Cántaros cupisniques. Según Larco Hoyle.

a este período. Todas ellas están construídas de piedra, tierra y adobe, aunque presentan características varias. La de *Cerro Blanco*, en el Valle de Nepeña, es una construcción achatada, con cámaras interiores y una plataforma. El frente de esta última, y también las paredes de las cámaras, están llenas de dibujos incisos, uno de los cuales es el felino. La de *Punguri*, en el mismo valle, tiene también muros adornados por el mismo procedimiento y realizados con el mismo estilo. Además, en la escalinata principal se encuentra una gran figura de felino modelada en piedra y arcilla.

En el Valle de Casma se encuentra el centro ceremonial de *Cerro Sechín*. Es una masa cuadrada que comprende varias pla-

taformas. La inferior está revestida con una serie de grandes lajas y bloques menores que ostentan figuras humanas unas, y dibujos geométricos otras, todo producido mediante incisiones en la piedra (Lám. XVIII *a*). En la plataforma superior, en cambio, está nuevamente esbozada la figura del felino. El templo de *Moxeque* tiene igualmente paredes con dibujos esgrafiados, mientras que el de *Pallca* consta de recintos de piedra sin labrar, y pirámides y plataformas que arrancan desde el mismo nivel del río.

Finalmente, en el Valle de Virú se encuentra el doble rectángulo de *Queneto*. Se trata de un importante centro ceremonial cuya edad no ha sido aún definitivamente establecida. Por su técnica, empero, consistente en muros de dos hileras convergentes de grandes piedras con un relleno intermedio de material menor, pertenece indudablemente al período formativo (Lám. XVI *b*). Desgraciadamente, los cateos que se han hecho en el interior de la estructura han tenido resultado negativo [17].

Los muertos se enterraban directamente en la tierra, y por lo común con las piernas encogidas. A veces, el esqueleto aparece puesto boca abajo, como en *Agrelo*. A su derredor se depositaban ofrendas consistentes en uno, dos o tres ceramios con alimentos y bebidas. Interesante es que los cadáveres se presentan a menudo impregnados de pintura roja, antiquísima costumbre que viene del Paleolítico Superior.

4. *La Cultura de Chanapata*

Hasta hace poco, la arqueología del Valle del Cuzco donde está emplazada la que fuera ciudad capital del Imperio Incaico, nos era completamente desconocida en sus períodos más antiguos. Se tenía a la vista el notable florecimiento que la comarca había logrado bajo los *Incas*, mas se desconocía todo lo que era anterior al mismo, Posiblemente fuera la presencia manifiesta de esa riqueza en restos de la cultura incaica, lo que hacía que los investigadores se despreocuparan por los períodos anteriores.

De ahí que al tenerse noticia de que en excavaciones practicadas allí bajo la dirección del norteamericano John H. Rowe se habían hallado los restos de una antiquísima cultura que nada tenía que ver con la incaica, el hecho despertara el mayor interés en los círculos especializados.

Las excavaciones se realizaron en 1941-2, y el informe con los resultados obtenidos se publicó poco después [18]. De acuerdo con el mismo, en un lugar llamado *Chanapata*, situado en las inmediatas vecindades de la ciudad de *El Cuzco*, se encontraron numerosos restos de antigua habitación. La inspección ocular mostró tratarse de una acumulación considerable de desperdicios, razón por la cual se decidió excavar allí. Abierta una trinchera de unos 10 metros de largo por 2 de ancho, se pudieron comprobar varias cosas que luego fueron confirmadas en otros lugares de la misma región. Allí había claramente dos distintos niveles estratigráficos. En el primer estrato, correspondiente a la parte superior de la excavación, aparecieron fragmentos de cerámica perteneciente a la clásica civilización de los *Incas*. Mientras que en los demás niveles, que en conjunto representan el grueso de lo excavado, lo que se encontró fueron los restos de una cultura hasta entonces desconocida, de netos caracteres formativos, y que su descubridor denominó de *Chanapata* por el nombre del lugar (Fig. 30).

Por el hallazgo de algunas sepulturas dentro de los estratos correspondientes a esta segunda cultura, se pudo establecer que los portadores de esta primitiva civilización enterraban sus muertos directamente en la tierra y en posición encogida. No se hallaron ofrendas junto a los esqueletos, ni tampoco ningún resto de cestería, tejido u otra materia orgánica. El tiempo transcurrido desde la deposición de los restos y el clima relativamente húmedo reinante en las alturas, han de haber impedido la conservación de los mismos. En cambio, se hallaron numerosas muestras de su industria del hueso, de la piedra y figulina, además de algunos restos de muros enterrados correspondientes a estructuras rectangulares y levantadas sin argamasa.

LÁMINA XVII. — *La estatuaria lítica de* San Agustín *(Colombia).*

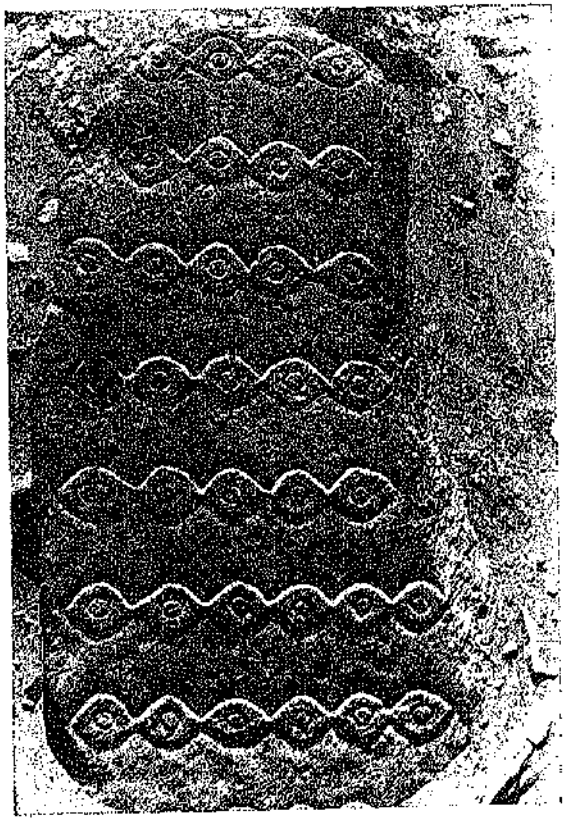


LÁMINA XVIII. — *Los monolitos esculpidos.*
a) *Estructura ceremonial de* Cerro Sechín *(Perú).*
b) *"Danzante" de* Monte Albán *(México).*

Entre los artefactos de hueso hay agujas, leznas y piezas para el propulsor. De piedra se cuentan las puntas de proyectil de base más o menos recta, las pequeñas figurillas humanas tosca-

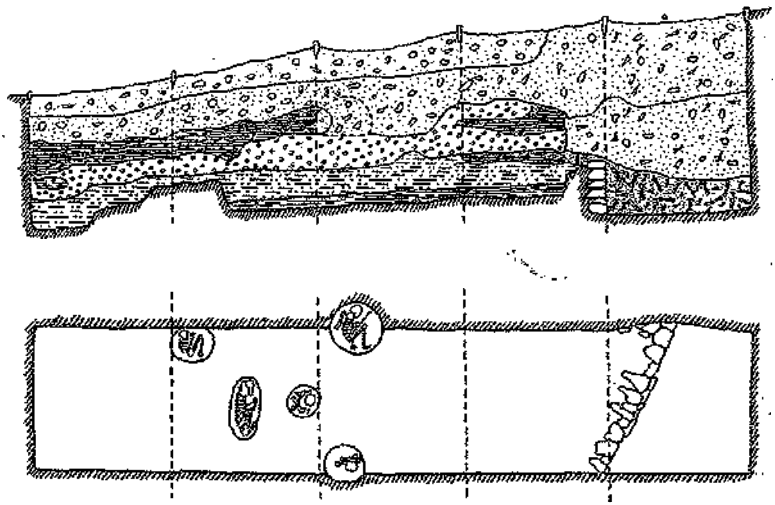


Fig. 30.—Perfil y planta de la excavación de *Chanapata*. Según Rowe.

mente talladas, los martillos y otros implementos más. No se hallaron muestras de metal.

La cerámica es casi exclusivamente monocroma, con decoración incisa o producida por pastillaje. En las formas utilitarias predominan las ollas más o menos globulares, ya sean lisas ya adornadas con puntos alargados o líneas de pulimento. Mientras que en las de carácter ceremonial, son los platos y pucos con decoración incisa o de adornos lo que sobresale.

Nada se puede decir por el momento respecto de la edad de esta cultura fuera de que es muy antigua e indudablemente pre-incaica. Y que ella inicia, además, la civilización en el Valle del Cuzco.

5. *Resumen*

Como se ha visto, de las cinco regiones arqueológicas en que generalmente se suele dividir a los Andes Centrales, a saber: Sierra Septentrional, Sierra Meridional, Costa Norte, Costa Central y Costa Sur, sólo de la última no se conoce ninguna cultura formativa. Mas, ello no quiere decir que no haya existido una sino simplemente que no se ha encontrado. O, mejor aún, que no ha sido descrita ninguna. Pues, es muy posible que lo que allí dominara fuera una mera extensión de alguna cultura costanera vecina: la del norte, *Ancón-Supe*, o la del sur, *Punta Pichalo*. Avala esta presunción el hecho de que toda aquella costa está llena de conchales.

Las culturas formativas de los Andes Centrales son a menudo conocidas como "culturas chavinoides". Es común atribuir a *Chavín de Huántar* una posición central dentro de las mismas. Y no faltan autores que consideran que cada una de estas culturas no es sino una simple ramificación de la de *Chavín de Huántar*. Sobre todo Tello ha trabajado intensamente sobre esta base. De acuerdo con la tesis del ilustre arqueólogo peruano, el centro ceremonial serrano habría sido lugar de formación y de difusión de la primitiva civilización andina. Y fiel reflejo de esta situación de privilegio sería el hecho de que en la mayoría de culturas formativas de los Andes Centrales se encuentran estilos artísticos directamente relacionados con Chavín, y especialmente el de la estilización del felino.

La afinidad de todas las culturas formativas de los Andes Centrales es indudable e indiscutible. Es, además, posible que en *Chavín de Huántar* haya estado el centro de difusión de la primera civilización panandina. Téngase presente que el famoso centro ceremonial fué lugar de peregrinación, donde periódicamente, acudían las gentes que moraban en gran parte del Perú. Y como tal, además de su función religiosa, puede muy bien haber cumplido una misión de unificación cultural [19]. Pero tam-

poco se debe olvidar que lo que conocemos por "estilo de Chavín" ocupa una situación muy evolucionada dentro del Período Formativo. Ancón-Supe, por ejemplo, es más primitivo e indudablemente anterior. Y esto en manera alguna avala la tesis que ubica en la Sierra el surgimiento de las primeras culturas formativas.

Por lo tanto, las consideraciones de carácter general y los motivos de Geografía, nos señalan también que la cuna de la primitiva civilización americana ha de haber estado situada en la Costa.

IV. LOS ANDES SEPTENTRIONALES

1. *La Costa Ecuatoriana*

Pese a que son varias las exploraciones arqueológicas que modernamente se han llevado a cabo en la extensa región costanera y occidental de la actual República del Ecuador, esta región nos es todavía bastante mal conocida, especialmente desde el punto de vista de la cronología de sus culturas. Se debe ello tanto a las deficiencias de los trabajos allí efectuados, cuanto a la escasez de datos dados a conocer.

Por ejemplo, en los primeros años de este siglo, el norteamericano Marshall H. Saville recorrió la provincia costanera del norte, Esmeraldas, y la del centro, Manabí, publicando luego sendos estudios en los que se describe e ilustra gran parte del material hallado; mas, pocos datos estratigráficos contienen estas dos monografías, y nada que se pueda parecer a una reconstrucción histórica de las culturas de los pueblos que otrora se asentaran en los llanos costaneros [1]. Pocos años después, Max Uhle, el fundador de la arqueología andina, produjo también varios trabajos como resultado de sus distintos viajes y exploraciones; mas, su interés estaba demasiado dominado por el afán de establecer ciertas conexiones extra-andinas y desdeñó la tarea de presentar su material de manera más desinteresada [2]. Por su parte, el ecuatoriano Carlos Zevallos Menéndez, que hizo extensas excavaciones en la provincia del Guayas y en la isla de Puná, todavía no ha dado a conocer su informe sobre los resultados

obtenidos. Y ni siquiera don Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1950), que fuera sin duda quien más interés tomara en el esclarecimiento de la situación en la Costa, ha dado a conocer otra cosa que breves referencias a sus hallazgos, y postulado además, sobre base algo débil, una cronología [3].

Pero si la región costanera en su conjunto nos es deficientemente conocida, las cosas están algo mejor en lo que respecta una pequeña parte de su porción meridional. Nos referimos a la península de Santa Elena, punta de tierra y bahía que están situadas en la provincia del Guayas, y de cuya ciudad capital, Guayaquil, dista unos 150 kilómetros por el oeste. Pues, en los dos últimos decenios se han practicado allí varias excavaciones que permiten una buena visión de la evolución cultural de la Costa. Desgraciadamente, tampoco en este caso la publicación de los resultados es satisfactorio.

Fué H. S. Bushnell, arqueólogo inglés, quien primeramente tuviera ocasión de efectuar extensos trabajos en aquella zona. Por los años de 1936-1937 excavó cementerios, exploró basurales, abrió trincheras e hizo colecciones superficiales. Y a pesar de que tampoco se preocupara mucho por cuestiones estratigráficas, en el relato de sus trabajos que publicó sólo quince años después de realizados, establece, basándose sobre todo en razones estilísticas, una sucesión de cuatro culturas, la más antigua de las cuales, que denominara *Pre-Guangala*, tiene franco carácter de formativa [4].

Más tarde, Edwin N. Ferdon, trabajando por cuenta de dos instituciones norteamericanas y con la cooperación de la Academia Nacional de la Historia del Ecuador, pudo establecer en la misma zona la existencia de dos yacimientos arqueológicos que se presentan en forma de extensos conchales. Los dos están situados no lejos de *La Libertad*, sobre la parte norte de la mencionada península. Uno de ellos se extiende por debajo del poblado actual, y el otro se sitúa directamente al oeste del mismo, y sobre y detrás de unos riscos que bordean el mar. Tanto uno como otro representan en gran parte acumulaciones de des-

perdicios dejados por una antigua población pescadora. Ferdon excavó el segundo de los mencionados yacimientos, y del numeroso material extraído surge la evidencia de un antiguo substrato cultural mesolítico, sobre el que posteriormente se asentara una cultura formativa. Infaustamente, hasta aquí nuestro arqueólogo sólo ha ublicado algunos informes preliminares de sus trabajos [5].

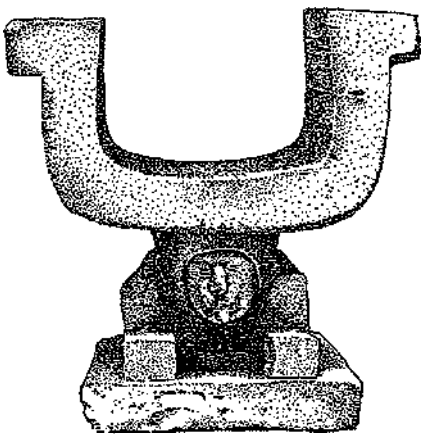


FIG. 31. — Asiento de piedra de Manabí. Obsérvese el motivo de la "Lengua afuera" del atlante. Según Bennett.

Pese a todas las deficiencias dichas, y aunque juzguemos por sólo el material hasta ahora dado a conocer, creemos que no cabe duda de la pretérita existencia de culturas formatias en la costa ecuatoriana. Para la zona de la antigua "Punta" de Santa Elena, ella ha sido suficientemente demostrada, y para la provincia vecina de Manabí puede ser inferida sin esfuerzo alguno. En cambio, para Esmeraldas la situación ya es más incierta.

Los elementos que pueden atribuirse a estas culturas son: cerámica monocroma, en parte negra y pulida, de formas relativamente simples y con decoración geométrica incisa; de este tipo es la que Bushnell llamara Pre-Guangala, y de tipo parecido se ha encontrado también en Esmeraldas y en Manabí. Estatuillas humanas de barro, decoradas por pastillaje e incisión; las mismas se encuentran a lo largo de toda la costa y señalan la transición hacia Mesoamérica, donde esas figurillas son muy comunes en las culturas formativas, como veremos más adelante. Objetos de adorno de cobre y oro laminado. Numerosos rasgos megalíticos, que abundan en Manabí, y que consisten en unos famosos asientos de piedra tallados en forma de U, que descansan sobre fi-

guras agachadas de hombres o animales (Fig. 31). Losas esculpidas en bajo relieve, con figuras antropo y zoomorfas. Burdas estatuas. Columnas de piedra que generalmente están cerca de los basamentos de muros de recintos que localmente se conocen como "corrales". Hoyos excavados en la piedra viva. Pirámides de tierra con terrazas revestidas, etc.

El hallazgo de ganchos de propulsor nos indica cuál era el arma principal, y las conanas y manos cilíndricas cuál la economía de esa gente. Mas, es evidente que al cultivo de la tierra agregaban nuestros primitivos pobladores los productos del mar. Numerosos torteros, por lo general con decoración incisa y otros más burdos recortados de un trozo de cerámica, señalan de manera indudable la práctica del hilado y tejido, corroborada, además, por el hallazgo de fragmentos de cerámica con impresiones textiles.

En consecuencia, tanto la cultura Pre-Guangala establecida por Bushnell, como los numerosos restos traídos por Jijón y Caamaño y otros autores, corresponden bien a auténticas culturas formativas.

2. *La Región Interandina del Ecuador*

La antigüedad de las civilizaciones ecuatorianas, y con ello la presencia de culturas formativas en la parte Interandina del Ecuador, ha sido asunto muy controvertido. Por lo general, la discusión ha girado en torno a si había o no había culturas o influencias "chavinoides" en aquella parte. Pues, para muchos especialistas, la cultura de *Chavín de Huántar* es todavía la cultura formativa andina por antonomasia.

Los arqueólogos locales como Jijón y Caamaño, y muchos sudamericanos en general, suelen ser partidarios de la presencia de estas influencias en la región estudiada. Mientras que los investigadores norteamericanos son generalmente más escépticos. Así, las influencias estilísticas de Chavín que para Tello son evidentes en la parte Interandina del Ecuador [6], no serían percep-

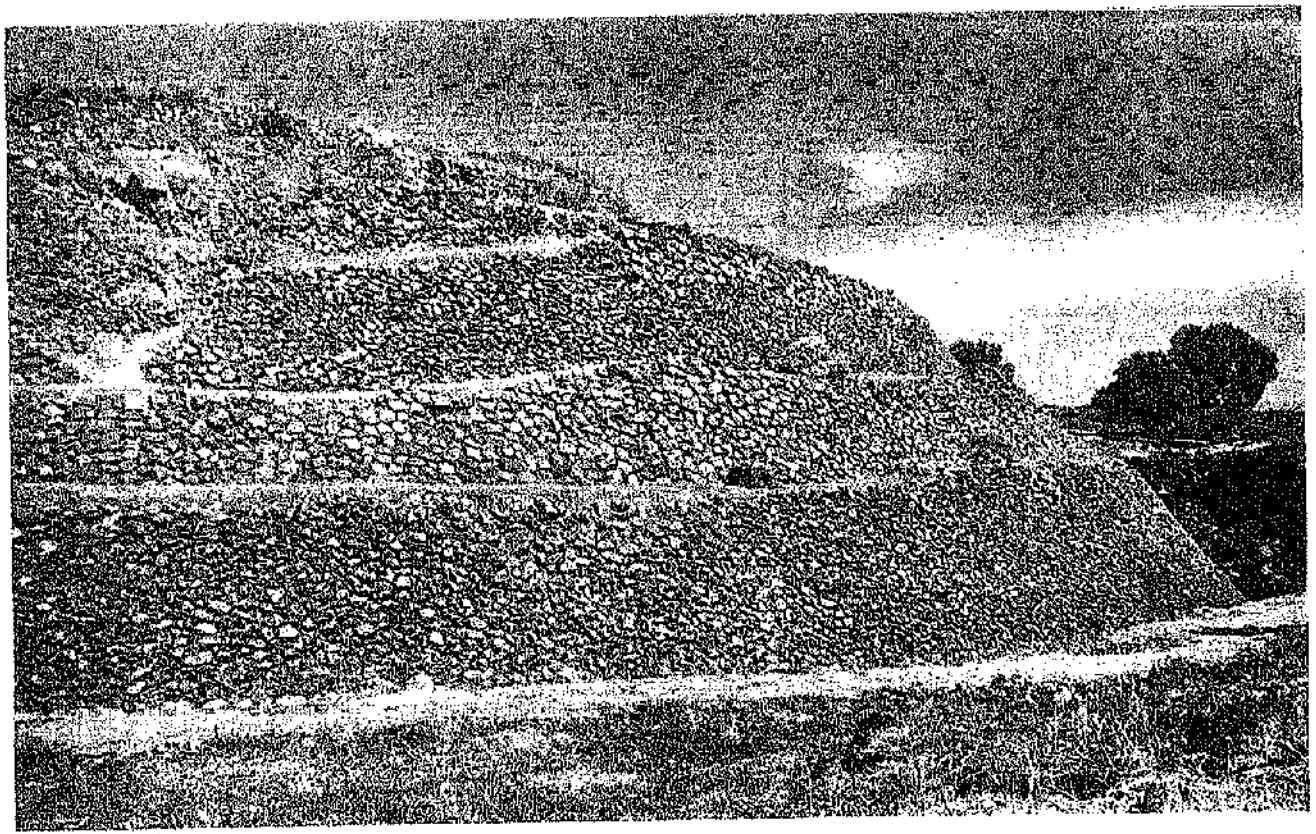


LÁMINA XIX. — *Las primeras pirámides. La de Cuicuilco (Valle de México).* (Foto Romano.)

LÁMINA XX.—*Las primeras pirámides. La E-VII Sub de* Uaxactun *(Guatemala).* (Cortesía de la Carnegie Institution of Washington.)

tibles para Collier, ni para Willey, ni para varios otros especialistas que se han ocupado en estas cosas [7]. El punto de vista que predomina entre estos últimos investigadores es el de que si bien las influencias peruanas son innegables en el Ecuador, ellas son de carácter general y no pueden atribuirse a ninguna cultura en particular [8].

De manera distinta se ha tratado de probar la presencia de influencias chavinoides en la región que nos ocupa. Primero fué sobre la base de un reconocimiento de sus efectos sobre las culturas locales, como en los casos ya mencionados. Otras veces, esgrimiendo como argumento el hallazgo de elementos característicamente chavinoides en conjuntos arqueológicos del país, como el descubrimiento de fragmentos de cerámica Cupisnique y Chavín mezclados con otra alfarería típicamente ecuatoriana en *Babahoyo* [9], o el hallazgo por Uhle de una estatuita de animal "de puro estilo Chavín" en el templo de *Chinguilanchi* [10]. Mas, ni uno ni otro procedimiento ha logrado mayor éxito a ojos de los escépticos. Posiblemente porque se ha creído que ni una ni dos golondrinas hacen verano.

De mayor importancia para el reconocimiento de la antigüedad de las culturas interandinas son, a nuestro entender, los trabajos de excavación que el mismo Jijón y Caamaño realizara cuando no le preocupaba tanto el problema de *Chavín*. Así, en los que llevara a cabo en las provincias andinas de Chimborazo y Tungurahua pudo establecer una secuencia cultural que va desde una entidad muy antigua que llamara Proto-Panzaleo I y que es netamente formativa, hasta un nivel cultural incaico, que es el que florecía en el país al producirse la conquista española. Desgraciadamente, la enorme extensión territorial que a esta secuencia quiso darle el meritorio arqueólogo ecuatoriano, dista mucho de verse aceptada por los demás investigadores.

Esta cultura de *Proto-Panzaleo I* fué establecida en *Macají*, no lejos de *Riobamba*, en la provincia de Chimborazo. Se trata de un yacimiento que consiste en grandes depósitos de desperdicios, y que se halla situado sobre una colina, donde aparecie-

ron restos de viviendas construídas con piedras sin labrar puestas en una argamasa de barro. La forma de estas habitaciones parece haber sido circular o alargada, y haber tenido techo de paja de forma cónica.

El maíz constituía la base de la economía, como lo demuestran las conanas y manos de piedra que se extrajeron de las ruinas, y las mazorcas más o menos carbonizadas. Se criaría también la llama y el cobayo o cuis (*Cavia*), a juzgar por los numerosos huesos de estos animales que se encontraban entre los desperdicios. En cambio, nada sabemos respecto del vestido que llevarían sus pobladores.

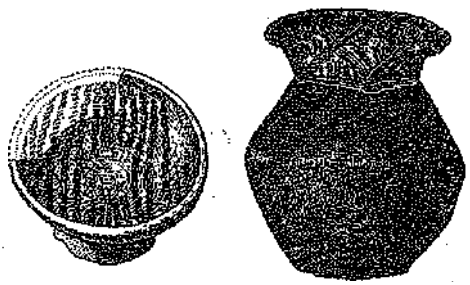


FIG. 32. — Cerámica negro-gris Protopanzaleo I. Según Jijón y Caamaño.

La cerámica que corresponde a esta cultura es toda monocroma (Fig. 32). Las formas más comunes incluyen los pucos, los jarros, las llamadas "compoteras" y los vasos trípodes. La decoración es incisa, modelada o con decoración por pastillaje. Característica es una decoración que consiste en series de líneas ondulantes incisas, que parecen haber sido hechas con una especie de peine [11].

Según Jijón y Caamaño esta cultura no sólo se habría extendido por gran parte de la región Interandina, sino que sus influencias habrían llegado también al Valle del Daule, y hasta la provincia de Manabí.

3. *La Cultura de San Agustín*

Se ha dado el nombre de *San Agustín* a la principal cultura formativa de la parte andina de Colombia que es una continuación de la ecuatoriana. Deriva el nombre del de un lugar poblado, cabecera de municipio, que está situado en la parte meridional del Departamento del Huila, no lejos de las fuentes del

majestuoso río Magdalena, y cerca del cual se encuentran los distintos yacimientos en que por vez primera aparecieran los restos de esta notable cultura.

Al tiempo de la conquista española, la existencia del pueblo que fuera portador de la cultura de San Agustín había ya desaparecido de la memoria de los indios. Ni siquiera los *Andaquíes* que entonces poblaban la zona, recordaban en forma alguna a estos predecesores suyos. Las mismas ruinas permanecieron ignoradas durante casi todo el período hispánico. De ahí que ni los conquistadores ni los primitivos cronistas, no hayan conservado noticia alguna sobre el particular.

Fué a fines del siglo XVIII, más exactamente, en 1787, que el sabio colombiano Francisco José de Caldas se refiriera por primera vez a aquellas ruinas. De acuerdo con el dato, en la zona mencionada se verían numerosas "estatuas, columnas y templos", destacándose de entre ellas una "imagen del Sol de tamaño descomunal" que hasta ahora no ha sido identificada [12]. Luego, en los decenios siguientes, fueron varios los hombres de ciencia que atraídos por la fama que la zona iba cobrando, la visitaron y en alguna manera se refirieron a sus monumentos. Mencionemos de entre estos precursores al geógrafo Codazzi, quien estuvo allí en 1857, a Carlos Cuervo Márquez que lo hizo en 1892, y a una expedición del British Museum de fines del siglo pasado. Pero el conocimiento científico y moderno de los restos de esta cultura sólo comienzan con los trabajos del alemán Konrad Th. Preuss (1869-1938), seguidos de cerca por varias otras misiones, entre las que descuellan las dos del Ministerio de Educación de Colombia [13]. De éstas, la primera, que corresponde al año de 1937, estuvo compuesta por el español José Pérez de Barradas y Gregorio Hernández de Alba, mientras que la segunda, de 1943, estaba bajo la dirección de Luis Duque Gómez [14].

El rasgo más característico de la cultura de San Agustín es sin duda el trabajo de talla de la piedra. Predominan en el conjunto las estatuas, de las que se conocen más de 300, y que parecen haber cumplido finalidades diversas (Lám. XVII). Las hay, por

ejemplo, que han de haber representado las principales deidades, ya que todavía se encuentran en el centro de templos, de regulares dimensiones y enteramente construídos con grandes piedras. La planta de estos templos es rectangular, y por una de sus partes carece de muros. Paredes y techos están hechos con losas enormes, sostenidas las de los últimos por columnas y cariátides. Todas las losas están sin labrar, aunque a veces tienen una cara desbastada en la que se ven rastros de pintura correspondientes a dibujos geométricos. No faltan los templos menores, los que localmente llevan el nombre de "altares". Todas esas construcciones están recubiertas con tierra y cada conjunto representa un montículo artificial. El diámetro de algunos de estos montículos llega hasta los 25 metros, y su altura es de alrededor de cuatro.

Otras estatuas parecen haber estado destinadas a guardar los entierros. De éstos los hay de la más distinta manera. Unos se encuentran en tumbas de piedras alineadas, otros están en verdaderas cistas, y aún otros en sepulturas comunes. Sobre la tumba se ha erigido un pequeño montículo en cuya cima se puede encontrar una estatua señaladora. La tapa de los sarcófagos está frecuentemente decorada en bajo relieve.

Fuera de las verdaderas estatuas hay otras representaciones de la figura humana o animal. Las más sencillas se encuentran grabadas en paredes de grutas y sobre losas parecidas a las de templos y altares. Otras son en bajo relieve y representan hombres con los brazos levantados y los pies dirigidos hacia adentro, o animales diversos, como el sapo, el mono, etc.; éstas han sido esculpidas sobre rocas naturales dispersas, y hasta en las paredes y fondo rocoso del arroyo de Lavapatas, donde se había construído una especie de piscina. Una tercera categoría de piedras es de forma cilíndrica y lleva una cara grabada en su parte superior. El tipo clásico, por su parte, o sea el de las estatuas en redondo, se presenta por lo general con los atributos típicos de San Agustín: recios colmillos que salen de la boca, figura secundaria que trepa por sobre la cabeza de la principal (el llamado "alter

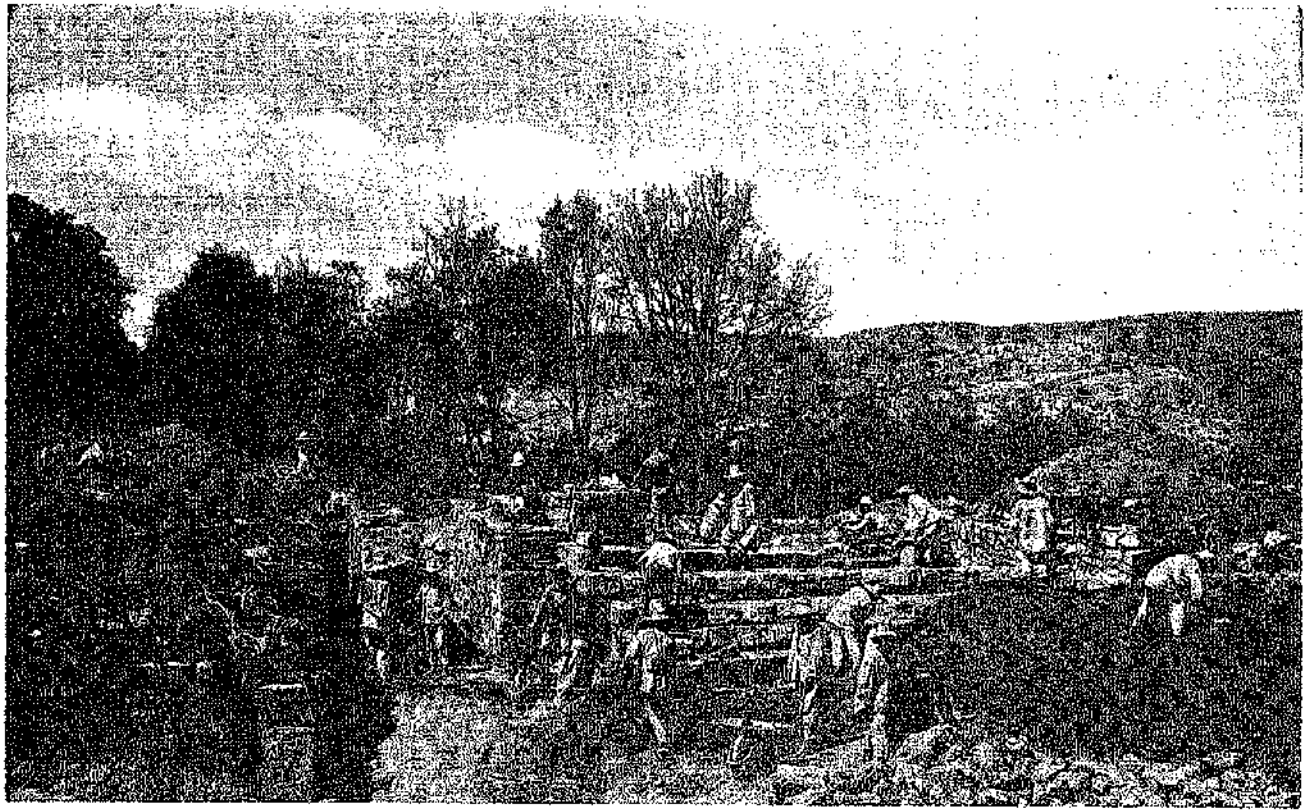


LÁMINA XXI. — *Los primeros templos.* Monte Negro (*Estado de Oaxaca*). (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

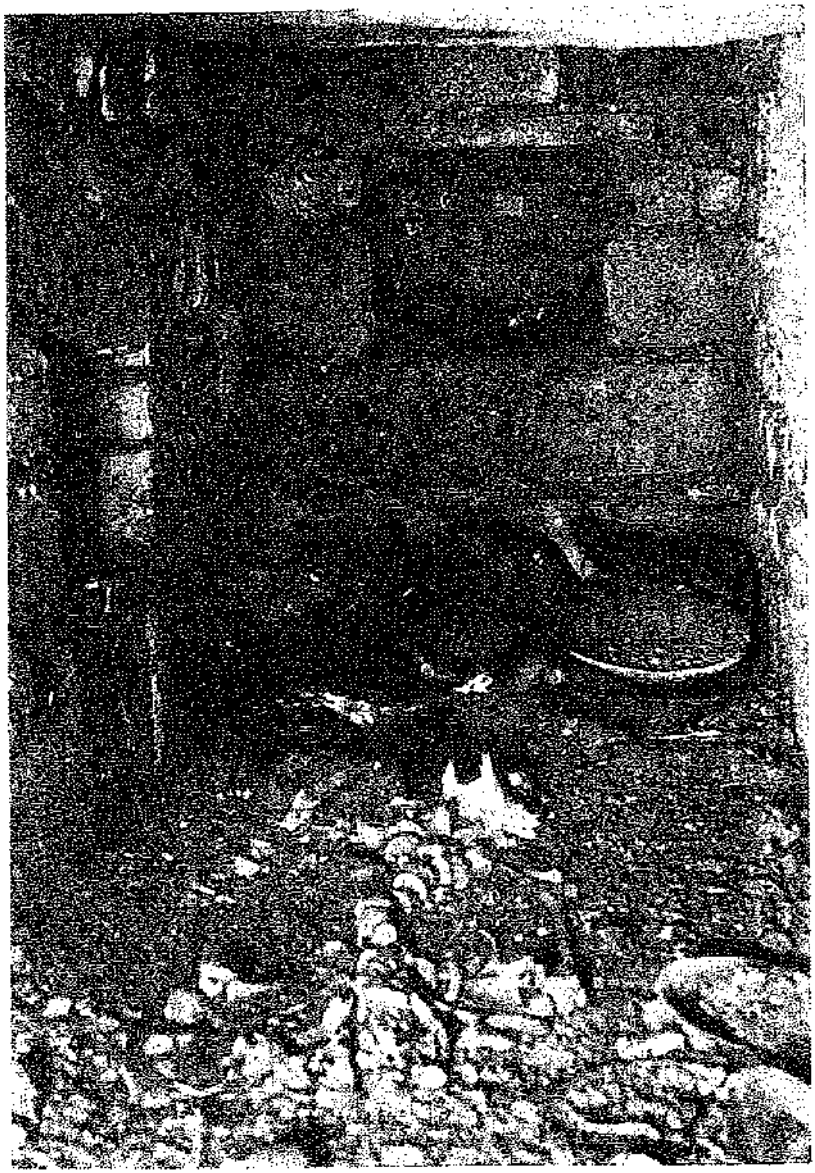


LÁMINA XXII. — *Las tumbas de la Etapa Clásica.* Monte Albán: *interior de la tumba 134.* (Foto Alfonso Caso.)

ego"), representaciones naturalistas de guerreros, sacerdotes, etc. Una quinta categoría es considerada por Hernández de Alba como más reciente [15], y ya no interesa aquí.

La cerámica es otro rasgo característico de la cultura de *San Agustín*. Las formas son relativamente pocas, y los motivos decorativos siempre de carácter geométrico. Pucos de cuerpo angular o redondeado, representan las principales formas. Otras vasijas imitan las calabazas, ya enteras, ya seccionadas por la mitad. Hay ollas elegantes con labio evertido, copas de alto pedestal, y vasijas de tres pies macizos. En su mayoría las piezas son monocromas: grises o rojizas, y en su decoración predominan las incisiones, a veces rellenas éstas de pasta blanca. Algunos vasos ostentan dibujos plásticos en su borde, y tampoco faltan los que tienen decoración pintada.

Pocos datos tenemos sobre las demás categorías de la cultura. A juzgar por las representaciones figuradas, las armas propias de la época eran el rompecabezas de piedra, la lanza y el escudo. Y no carece de interés señalar que en las excavaciones han aparecido ejemplares arqueológicos de las dos primeras.

También han aparecido numerosos adornos que en realidad duplican los que figuran en las estatuas: collares, brazaletes, pendientes, etc. Generalmente son de piedra. Pero los hay también de oro laminado. De este metal son los adornos nasales de forma de media luna, y los que se colocaban en los lóbulos de las orejas. El hallazgo de algunos torteros de barro es, a su vez, un indicio de la existencia de tejidos, por lo que podemos admitir que las vinchas y otras prendas que vemos figuradas en las estatuas estaban hechas de tela tejida.

Los artefactos de piedra son relativamente numerosos, y entre ellos cabe destacar las hachas, raspadores, cuchillos, etc.

Esta cultura de San Agustín y otras formas parecidas se extendieron por la mayor parte del sector meridional andino de Colombia. Es decir, por toda la región montañosa que media entre la actual frontera ecuatoriana y la altura de las ciudades de *Cali* e *Ibagué*, aproximadamente.

4. *Resumen*

Al igual que lo que sucediera en las otras regiones andinas, también en los Andes Septentrionales las primeras culturas formativas parecen haberse producido en la costa. Una indicación en este sentido ha de ser el hecho de que mientras en la región Interandina del Ecuador, y también en *San Agustín*, la primitiva civilización aparece de repente y sin antecedentes arqueológicos regionales, en la costa y, de manera especial en *Santa Elena*, las culturas formativas se nos presentan enraizadas en las antiguas culturas de pescadores de tradición mesolítica. Los numerosos conchales y las grandes cantidades de anzuelos de concha que se han encontrado en *Santa Elena*, y que mencionan tanto Bushnell como Ferdon, son suficiente demostración del carácter y antigüedad de las culturas que sirvieron de base al surgimiento de la primitiva civilización.

Otro indicio de la menor antigüedad de la cultura formativa interandina frente a la costanera, estaría dado por el dato que trae Bushnell de haber encontrado cerámica Proto-panzaleo I en asociación directa con alfarería Guangala, esto es, posterior a la cultura formativa costanera, en varios yacimientos de la costa.

Es, pues, muy probable que los estímulos que llevaron a la formación de las culturas formativas de los Andes Septentrionales llegaran allí por vía marítima. Luego, una vez constituídas en la costa ecuatoriana las primeras civilizaciones de esta región, sus influencias irradiarían hacia el interior, la parte interandina del Ecuador y la andina de Colombia. Esto explicaría también el hecho, aceptado por todos los autores, de la falta de afinidad específica entre Proto-panzaleo I y Chavín. Lo cual, en manera alguna quiere decir que en los más diversos momentos no hayan podido llegar influencias peruanas a las partes andinas de Ecuador y Colombia.

Un valioso apoyo a la tesis que esbozamos puede verse en el

relato que trae Cieza de León, uno de los primeros y más verídicos cronistas del Perú, sobre una interesante tradición que tenían los indios costaneros del tiempo de la Conquista. De acuerdo con ella, en tiempos antiguos habría llegado a aquella costa y navegando en "balsas de juncos a manera de grandes barcas" una generación de "gigantes" que se asentó en la mencionada "Punta de Santa Elena". Estos inmigrantes eran hombres de mar, pues tenían "redes y aparejos", con los que conseguían "mucho pescado". Como habían venido sin mujeres, tomaron las del país, mezclándose de esta manera con la población preexistente. Los recién llegados realizaron grandes obras en la región, y especialmente unos pozos que excavaban en la roca viva. Los restos de estas construcciones eran todavía visibles al tiempo de la Conquista, y en parte han de ser las mismas que se ven hasta el mismo día de hoy [16].

Si recordamos que para la mayoría de los pueblos del orbe los habitantes primigenios de una región, o los que construyeron las grandes obras que los epígonos ya no pueden comprender, han sido siempre "gigantes", no nos habrá de extrañar el calificativo que otorga Cieza de León a esos predecesores. En realidad, lo único que de esta tradición nos interesa hoy día es la conciencia que los indios tenían de que los portadores de los rasgos culturales megalíticos o, si se quiere, de la primitiva civilización, fueran hombres de mar que navegaban en grandes balsas. Es decir, que fueran de cualidades parecidas a las de los demás pueblos costaneros del sur, o de los mismos Polinesios.

Ningún resto humano se conoce que pueda atribuirse con certeza a estos tempranos tiempos.

V. LA REGIÓN COLOMBIANA-CENTROAMERICANA

1. *Las Culturas Subandinas de Colombia*

En la evolución cultural de la América indígena, le corresponde a Colombia una importancia capital. Sobre todo a aquella parte del país que está situada al norte y oeste de los sectores andinos, que es la que junto con Panamá, Costa Rica, Nicaragua y partes de Honduras y El Salvador, constituye nuestra Región Colombiana-Centroamericana.

La importancia de esta región surge no sólo del hecho de ser parte integrante de los territorios que separan al Área Andina de la Mesoamericana, lo cual ya es de por sí de inmenso valor. Sino también porque es de todo punto evidente que fué en esa parte de Colombia o en sus inmediaciones ístmicas, que se constituyeron las primeras culturas medias americanas.

Fuera de una serie de consideraciones que no vienen al caso mencionar aquí, esta suposición se ve avalada por la gran intensidad, y también calidad, con que se manifiestan en Colombia los rasgos característicos del tipo de cultura media. Siendo numerosos los de carácter antropológico, cultural y lingüístico que por ser en un todo similares a los que ostentan los pueblos proto-malayos del Sudeste de Asia, hemos de suponer que vinieran con la corriente tercera de población americana [1].

Sobre esa base hemos de seguir suponiendo que una vez establecidos no lejos de la costa los primeros grupos de sencillos agricultores, la nueva forma cultural se difundió rápidamente

por todas las tierras bajas, cálidas y húmedas que integran aquella región. En un suelo extraordinariamente propicio y en gran parte libre de preocupantes, esos grupos se adaptaron bien al contorno, se arraigaron fuertemente, crecieron y se multiplicaron. Y no ha de haber tardado mucho antes de que se pudieran propagar por las demás regiones americanas más o menos parecidas y favorables por tanto, al nuevo estilo de vida.

Si la propagación de las culturas medias a través de Colombia y desde ahí, por la Región Colombiana-Centroamericana se ha de haber realizado sin mayores dificultades, no sucedió lo mismo, en cambio, con los impulsos tendientes a la constitución de las culturas formativas que posteriormente llegaron desde el sur. Pues, los nuevos elementos sólo lograron imponerse en las partes altas del país, únicas, por otra parte, que les son favorables. Extendiéndose desde el actual Ecuador y norte del Perú [2], pusieron pie firme en el sector andino meridional de Colombia, en los actuales Departamentos de Nariño, Cauca, Huila y partes occidental del Putumayo y meridional de Tolima, dando nacimiento a las culturas formativas de *San Agustín* y congéneres que mencionamos en el capítulo anterior. En las elevadas sabanas de Cundinamarca y Boyacá, y en los macizos contiguos de Santander, la cultura andina pudo también establecerse cómodamente. Sólo que todavía no podemos señalar allí ninguna otra civilización fuera de la Chibcha. Y como ésta tiene ya una larga tradición histórica, habremos de tratar de ella en otra parte de este libro.

Pues bien, es desde estos dos sectores andinos de Colombia, el meridional y el oriental, que las influencias civilizadoras irradiaron sobre las demás partes: norte, oeste y nordeste de la región. Sus portadores fueron casi seguramente pueblos de lengua perteneciente a la familia lingüística Chibcha, que todavía se extiende a través de casi toda la región [3]. A través de Centroamérica llegaron hasta los mismos límites del Área Mayoide. Mas, en las partes bajas de la Región Colombiana-Centroamericana, allí donde las culturas medias se hallaban pletóricas de vida y

en plena vitalidad, su arraigo fué notoriamente más dificultoso, su formación más precaria y su vitalidad más efímera que en las partes altas y auténticamente andinas del sur y del este.

Son conocidas las dificultades que la Civilización siempre ha encontrado para arraigar de manera firme en las regiones cálidas y húmedas de selva tropical, que tan favorables son para las culturas medias. Las condiciones naturales y económicas que aquí dominan, en nada favorecen la concentración y desarrollo de las poblaciones, ni el arraigo de los patrones socio-políticos, ni la implantación de las tecnologías nuevas que en su conjunto constituyen la base de la Civilización [4].

A esto hay que agregar distintas influencias mesoamericanas y andinas, todavía no bien discriminadas, que posteriormente atravesaran la región. Y, muy especialmente, una serie de ataques venidos del este, de la región del Orinoco-Amazonas, llevados éstos por pueblos de lengua caribe [5]. Los últimos interrumpieron el desarrollo de las incipientes civilizaciones y en parte las hicieron retroceder, mucho antes de que pudieran llegar a la eclosión de formas clásicas. Sucedió esto en época relativamente reciente, aunque desde luego anterior a la conquista española. Pues los primeros cronistas ya encontraron en Colombia la falta de continuidad en la dispersión de las lenguas Chibchas y la atomización étnica que todavía subsiste. Y observaron también, en la mayoría de pueblos no andinos, la prevalencia de un curioso tipo de cultura integrada por elementos propios de las civilizaciones y por otros característicos de las culturas medias. Y son estas culturas antiguas y recientes a la vez, las que han sido llamadas "subandinas" y las que en Colombia corresponden en cierto modo a las culturas formativas de otras partes.

Nuestro conocimiento de estas culturas mixtas lo debemos ante todo a la documentación española y a la investigación etnográfica y lingüística de nuestros días. Pues, pese a algunos muy buenos y recientes trabajos [6], la arqueología en Colombia está todavía en sus verdaderos comienzos. Ello no obstante, lo poco que hasta ahora nos ha podido enseñar de la situación prehispá-

nica, encuadra perfectamente en el esquema que hemos dado y avala también lo que nos falta exponer sobre el contenido de las culturas subandinas [7].

Inútil será decir que en todas ellas la economía se basaba en el cultivo del suelo. Sólo que por tratarse de zonas que frecuentemente disponen de suficiente humedad natural, la irrigación artificial no se practicaba siempre, aunque tampoco era desconocida. Se cultivaba el maíz, la mandioca, el algodón y varios otros productos tropicales, que en parte han de haber sido domesticados en el mismo país.

Las comunidades eran relativamente pequeñas, a veces constituídas por sólo algunas viviendas. De éstas las había de grandes, con separaciones interiores para varias familias, y de más chicas para uso particular de una sola. Pero siempre levantadas con elementos vegetales, generalmente de planta circular o alargada, y con techo de paja. Cuando no se trataba de palafitos, como los había abundantes en la zona del Cauca y del Atrato, una empalizada defensiva hecha de "cañas gordas", rodeaba el alojamiento.

Para vestirse, se contaba tanto con las nuevas mantas de algodón como con las más antiguas prendas hechas de corteza de árbol, la "tapa" o *majagua*, como se la llama en el país, por el nombre del árbol que la cría *(Hibiscus)*. La cantidad de vestido era por lo general escasa, y más abundantes los adornos. Las pinturas corporales, las ataduras en las piernas, los adornos de plumas y las narigueras y orejeras eran los más corrientes.

La poliginia era práctica común, y especialmente entre las personas de alto status social. Había nobles, libres y esclavos, que constituían otras tantas clases sociales. Los reyezuelos o "señores" disponían de una situación exaltada. Sus súbditos los respetaban grandemente; en sus desplazamientos eran a menudo llevados en andas o literas chapeadas de oro, y al morir se enterraba su cadáver junto con el de algunas mujeres y sirvientes en tumbas con cámara lateral o en el interior de montículos que parecían "pequeños cerros"; a veces sólo se podían casar con sus

propias hermanas. En muchas partes, como entre los *Quimbayas*, los *Liles* y los *Ancermas*, existían incipientes Estados que a veces se federaban entre sí o dominaban a otros pueblos a los que imponían tributos.

La guerra se practicaba con verdadera pasión. Era ésta un medio para adquirir prestigio individual y para conseguir cautivos. Los prisioneros se destinaban a la esclavitud o al sacrificio. El sacrificio humano y el canibalismo, que no siempre tenía carácter ritual, eran poco menos que generales. Los cronistas españoles refieren a menudo los macabros espectáculos de que frecuentemente eran testigos. Las "cañas gordas" de las defensas solían llenarse de cráneos de los vencidos y comidos, y había hasta pellejos humanos rellenos de paja o ceniza que montaban guardia en los alojamientos.

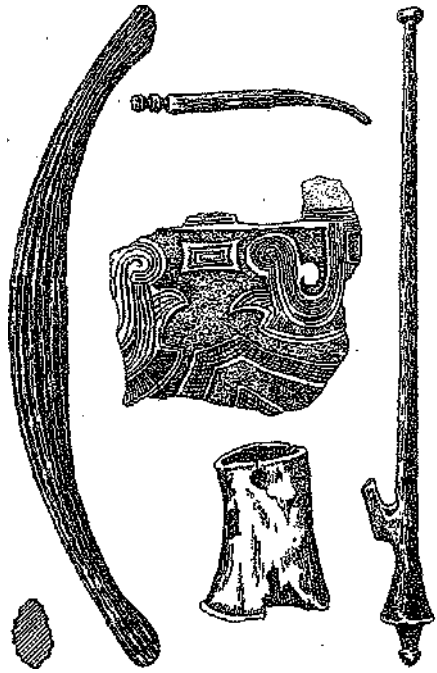


FIG. 33.—Material arqueológico de la cueva funeraria de *La Paz* (Dpto. del Magdalena). El bumerang de la izquierda y el propulsor de la derecha, son de madera; la aguja y el tubo, de hueso. La pieza central es un fragmento de vasija hecha del fruto del totumo o güira. Según Reichel-Dolmatoff.

Se conocía y practicaba la cerámica, la cestería, la metalurgia. En su mayoría la cerámica era monocroma. La metalurgia se limitaba a la extracción y laboreo del oro y del cobre, con cuyos metales, y con la aleación de ambos llamada tumbaga, realizaban muchos trabajos de orfebrería. Algunos de estos pueblos habían llegado a ser verdaderos artífices, siendo famoso el llamado "Tesoro de los Quimbaya" que se encuentra en Madrid.

Como armas, entre los pueblos subandinos de Colombia pre-

dominaba el propulsor, aunque algunos grupos usaban el arco y flecha. Las lanzas, las macanas y las hondas completaban la serie. En la parte montañosa, las piedras grandes y chicas servían también como proyectiles (Fig. 33).

En el aspecto religioso los conquistadores notaron la presencia de templos, ídolos y sacerdotes. En muchas partes, aún no se había pasado del shamanismo. En estos casos, el shamán era sacerdote y médico a la vez. En algunos pueblos, como entre los *Evéjicos*, los shamanes se comunicaban con los dioses, no obstante de que carecían de ídolos. Los *Ancermas* y otros tenían grandes templos que albergaban ídolos de piedra o de madera; pero sólo los sacerdotes y los "señores" podían entrar en ellos. Otros pueblos, en cambio, poseían ídolos pero no templos. Por lo general las figuras de dioses eran de madera, y los que estaban en los santuarios se recubrían de pintura y láminas de oro.

Las principales divinidades de estos pueblos eran de carácter celeste. En primer lugar, estaba el Sol y la Luna. Pero en algunos casos tenían forma animal, y entonces era el jaguar el tema predilecto.

La construcción de caminos, a veces con tramos pavimentados, y de puentes colgantes hechos de lianas, junto con la celebración periódica de mercados, tendían a facilitar las comunicaciones entre los pueblos.

Las costumbres funerarias variaban de acuerdo con la zona y la posición social del fallecido. Lo más característico parece haber sido el entierro en cuevas o pozos con cámara lateral. A veces, antes de depositar el cuerpo en la tumba, se secaba a la lumbre sobre una especie de parrilla o se momificaba. También se menciona la cremación, como entre los *Quimbayas*. No obstante, lo más general es y ha sido el entierro directo.

2. *Las Culturas Básicas Centroamericanas*

Centroamérica es la continuación hacia el norte y oeste de la región subandina de Colombia. Lo es, desde luego, por imposición de su Geografía. Pero también lo es por el carácter que los avatares históricos o prehistóricos imprimieron a su Etnología.

Es que al igual que en Colombia, en Centroamérica han sido dos, y de idénticas cualidades, los principales factores que intervinieron para producir la situación etnológica que se halla en la base de las culturas históricas. Uno, autóctono y más antiguo, se componía de grupos de pequeños cultivadores, esto es, de gente de cultura media. El otro, originariamente extraño a la región e identificable con los antepasados de los históricos *Chibchas,* era portador de los principios de la primitiva civilización. Y aquí como allá, al querer el segundo elemento imponérsele al primero, su éxito fué sólo parcial. Sin duda por ser el ambiente más favorable al primero.

La cultura que en Centroamérica surgió al combinarse los dos factores es muy parecida a la Subandina de Colombia. Nosotros la llamados Cultura Básica Centroamericana, siguiendo en ello a Doris Stone, conocida arqueóloga costarricense. Esta autora la refirió a un complejo de cerámica monocroma y artefactos de piedra que con intensidad variable se manifiesta a través de toda Centroamérica [8]. Es cierto que al producirse la conquista española, influencias venidas de las áreas Mayoide y Mexicanoide, portadoras de la cerámica policroma y de varios otros elementos de cultura superior, habían alterado un tanto la situación centroamericana, en lo cual tenemos otro paralelo con Colombia. Mas, por debajo de estos posteriores elementos norteños que se establecieron sobre todo en la parte norte-occidental de la región, la cultura básica centroamericana, que también podemos asimilar a la formativa de otras partes, es todavía perfectamente visible en la arqueología y etnografía regionales.

Los elementos culturales que componen el mencionado complejo han sido tomados de la Arqueología. Se trata, ante todo, de un tipo de cerámica monocroma, con decoración modelada, incisa, pulida o en pastillaje. De formas globulares o asimétricas, con base alta anular o trípode alargada, y dotada de asas y vertedera. Vasos-efigie y figurillas con engobe también pertenecen aquí.

Luego hay distintos trabajos en piedra. Lo más característico son los metates o asientos de cuatro patas, que ambos elementos todavía no están bien diferenciados. A menudo ostentan un gran tamaño y no pocas veces toman forma humana o animal. Estatuas antropomorfas, frecuentemente con el motivo del "alter ego", y dotadas por lo general de una espiga para facilitar su colocación vertical *Chontales* es un hermoso ejemplo. En ciertas partes se encuentran también grandes bolas de piedra que llegan a tener un diámetro de 1,40, y cuyo uso se ignora.

Los petroglifos, que se encuentran un poco por todas partes, y las sepulturas externamente marcadas con una piedra, en cistas, cuevas o en pozos con cámara lateral, completan la serie de elementos arqueológicos que se incluyen en el complejo básico centroamericano [9].

3. *La Cultura de Barriles*

Barriles, hoy día importante yacimiento arqueológico, se encuentra en la provincia de Chiriquí, República de Panamá, no lejos de la actual frontera costarricense.

Hace algunos años que circuló la noticia de que el doctor Alejandro Méndez, director del Museo Nacional de Panamá, había descubierto en *Barriles* una serie de grandes estatuas de tamaño natural, que ostentaban interesantes adornos. Según se ha sabido posteriormente, se trataba de figuras masculinas que aparecen desnudas, excepto por un gorro cónico que algunas llevan puesto en la cabeza, y de los adornos en forma de collar que traen esculpidos sobre el pecho y de los que cuelgan dijes

(Fig. 34). Cerca de las estatuas había enterrados grandes metates o asientos de cuatro patas, adornados con figuras esculpidas. Y tampoco faltaban las urnas, grandes, con dibujos incisos o pintados, que representan animales estilizados. Desgraciadamente, poco es lo que hasta ahora se ha dado a conocer sobre estos primeros hallazgos [10].

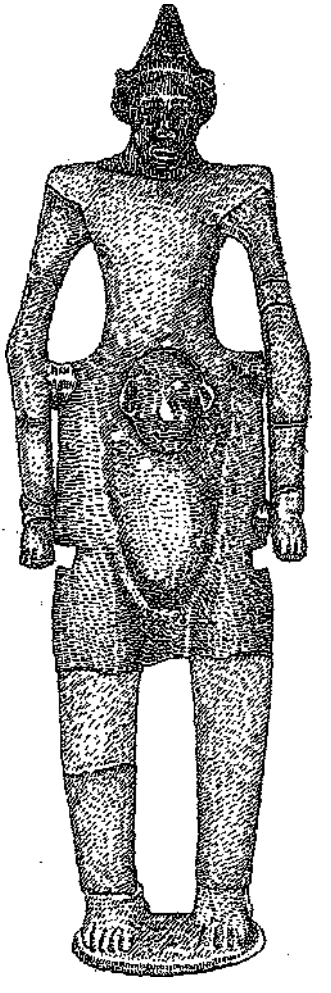


FIG. 34.—Una de las estatuas de barro de *Barriles*. Según foto debida a la cortesía de M. W. Stirling.

Algo más se ha sabido por otro conducto. A comienzos de 1949, el norteamericano Mathew W. Stirling visitó el lugar y efectuó excavaciones. Se encontró con que se trataba de un extenso centro ceremonial cuya parte más destacada era un área elevada de unos 45 x 27 metros. Por un lado hay una roca con petroglifos, y en el otro estaban las estatuas sobre pedestales. Y no carece de interés el dato de que al hacerse el descubrimiento las estatuas ya estaban rotas, aparentemente por indios enemigos de los que las habían levantado.

En las excavaciones que practicara Stirling encontró, por debajo de la capa normal de humus, una compacta capa de ceniza volcánica de unos 15 cm. de espesor. La ceniza ha de provenir de la última erupción del volcán Chiriquí, a cuyos pies está situado *Barriles*, que se supone acecida alrededor del 1450. Y por debajo de la ceniza se encuentra otra capa de tierra negra, de unos 90 cm. de espesor, que descansa sobre arcillas compactas. Esta tierra negra, en la que se encuentran numerosos fragmentos de cerámica, representa el período de ocupación humana

del lugar, anterior al de la clásica cultura de Chiriquí, que también floreció en la región y que es conocida desde tiempo atrás.

El área del yacimiento se extiende por unos 365 metros, y en ella se encuentran numerosas tumbas. Varias de ellas fueron excavadas. Se trataba de pozos con cámara lateral, en las que sólo raramente se encontró cerámica. Lo que en ellas más abundaba eran los mencionados asientos o metates, de tres o cuatro patas. Y como ellos son demasiado grandes para servir a fines prácticos, cree Stirling que eran objetos de culto.

Se encontraron también varios depósitos de cerámica. Es una alfarería de buena calidad, en su mayor parte carente de pintura. La decoración que más abunda es incisa. Algunas piezas ostentan un bicolor: rojo y amarillo, y tampoco faltan las que están decoradas con pintura negativa. Por su forma son distintas. Algunos vasos son de tres patas de forma animal o humana, y en muchos bordes hay figuras toscamente modeladas. En las vecindades del centro ceremonial se encontraron también numerosas urnas tapadas con escudillas invertidas [11].

4. *La Cultura de Playa de los Muertos*

Es éste el nombre de un conocido lugar arqueológico que se encuentra sobre la ribera derecha del río Ulúa, en la parte noroeste de la República de Honduras, Departamento de Yoro.

A toda esa porción de territorio hondureño le corresponde una importancia capital, por estar situada sobre el límite oriental del área de cultura maya, y haber estado en gran parte sometida a sus influencias directas. No habrá de extrañar, pues, que sean varias las exploraciones etnográficas y arqueológicas que se han efectuado en la zona de *Playa de los Muertos*.

El primero que excavara en el lugar, aunque sin mayores consecuencias, fué G. B. Gordon, hacia fines del siglo pasado [12]. Siguióle luego, en 1929, la señora Popenoe. Ésta consiguió poner al descubierto una serie de enterratorios que se hallaban

a gran profundidad, de los que extrajo muchas piezas de interesante cerámica [13]. Posteriormente, el norteamericano William D. Strong, actuando al frente de una misión de la Smithsonian Institution y de la Universidad de Harvard, realizó intensas búsquedas en aquella zona. Hasta que en 1936 logró descubrir un horizonte cultural de carácter formativo del mayor interés. Éste resulta sobre todo del hecho de hallarse por debajo de otro nivel posterior con alfarería de influencias mayoides, y estar separados ambos por una densa capa de arcillas estériles [14].

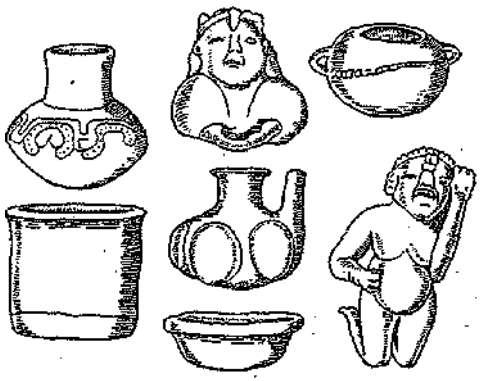


FIG. 35. — Cerámica de *Playa de los Muertos*. Según Strong, Kidder, Paul.

Como Strong trabajaba en un depósito de restos de ocupación, no pudo dar con ninguna pieza entera. Mas los fragmentos extraídos mostraron ser del mismo tipo, y pertenecer a los mismos estilos, que las piezas enteras logradas por los anteriores excavadores. Y es al conjunto de restos producidos por estas excavaciones que conocemos con el nombre de "Cultura de Playa de los Muertos".

Esta cultura nos es conocida ante todo por su cerámica. Por lo general es monocroma, ya burda y sin engobe, ya con engobe y pulida. Su color es negro, gris o rojizo. La hay también que está dotada de un baño blanco. Predomina en ella la decoración incisa, aunque algunas piezas luzcan decoración simple pintada. Las formas son variadas, habiéndolas de silueta simple y compuesta. Interesantes son los vasos que ostentan la efigie humana o animal y una alta vertedera (Fig. 35).

Las figurillas humanas que se han encontrado en estos yacimientos son numerosas. Todas ellas están hechas a mano. Unas son de tipo naturalista, sólidas y sin engobe; otras, en cambio, son huecas, convencionales y por lo general llevan engobe blan-

co. Las hay también de sentadas, sólidas y de estilo naturalista.

Los artefactos no cerámicos hallados hasta ahora se reducen a muy poca cosa: martillos de piedra y hojas de obsidiana, en parte retocados. Además, una mano de mortero y una cuenta de jade. Mas todo lo colectado es suficiente como para inferir que la cultura de *Playa de los Muertos* es una auténtica cultura formativa que, además de tener mucha afinidad con las similares del norte del Perú [15], encuadra relativamente bien dentro del conjunto de culturas básicas centroamericanas [16].

5. *Resumen*

Un tipo de cultura formativa muy parecido se extendió por toda la Región Colombiana-Centroamericana.

Que los impulsos para su implantación vinieron del sur, en lugar del norte como se creía antes, es lo que palmariamente demuestran los trabajos de los últimos decenios, y lo que los autores recientes generalmente admiten. Para citar algunos, podemos mencionar a Steward, Stirling, Richardson, Willey y Kidder [17].

Desgraciadamente no conocemos ningún resto humano antiguo que se pueda poner en relación directa con este tipo de cultura, aunque sus portadores han de haber pertenecido al tipo racial Centrálido en su gran mayoría. Todavía hoy impera la misma situación, cual lo demuestran los pocos estudios antropológicos que se han realizado en la región. Por ejemplo, la estatura de los distintos grupos es generalmente baja, con una talla media que oscila entre los 155 y los 158 cm. los hombres, y entre 143 y 146 las mujeres. Sólo algunos grupos como los *Miskitos* que han sufrido un intenso proceso de mestizaje con elementos negros traídos de afuera, muestran tener una estatura mayor. Y por su forma de cabeza, todos ellos son decididamente braquioides y de baja bóveda craneana [18].

LÁMINA XXIII. — *Las tumbas de la Etapa Clásica.*
a) Monte Albán *(México), tumba 118.*
b) Sierra Peruana, *entrada a una tumba.*

LÁMINA XXIV. — *El tratamiento de los muertos en la Etapa Clásica.*

VI. LA REGIÓN MAYΘIDE

1. *Kaminaljuyú*

La Civilización Maya es una de las antiguas culturas más esplendentes y mejor conocidas del continente americano. Sus numerosas ciudades abandonadas, no obstante hallarse dispersas por la amplia región de tierras bajas y boscosas del Petén (Guatemala), Yucatán (México) y zonas vecinas de Tabasco, Chiapas y Belice, nos son en gran parte conocidas, y muchos de sus imponentes edificios en ruinas han podido ser restaurados.

Sin embargo, hasta hace poco se desconocía todo dato referente a cómo había podido desarrollarse esa civilización. Especialmente toda cultura anterior y formativa de la que hubiese podido surgir la clásica. Y se tendía a admitir, inconscientemente sin duda, que ella había nacido ya adulta y armada como Palas Atenea.

Así, en el vasto sector montañoso generalmente conocido por Altos de Guatemala, lo que equivale a decir en la parte meridional de la actual República de este nombre, se han descubierto en los últimos decenios una serie de yacimientos arqueológicos que han resultado ser del mayor interés. Ha sido, sobre todo, en un extenso campo de ruinas situado en las inmediaciones de la misma ciudad de Guatemala que se han hecho los principales hallazgos. Ahí, en un área de unos cinco kilómetros cuadrados, se encuentran más de 200 montículos artificiales, cada uno de los cuales representa cuando menos una estructura cere-

a) En Monte Albán (México).
b) En Gorzi Mendoza (Bolivia).

monial. Y es a este extenso campo que, por encontrarse en el mismo numerosas sepulturas, se ha dado el nombre maya de *Kaminaljuyú* o "Colinas de la Muerte".

En la literatura moderna ha sido el inglés Maudsley quien primeramente diera a conocer la existencia del famoso campo y publicara un plano del mismo. Lo hizo en la segunda mitad del siglo pasado. Luego, hacia 1925, el mexicano Manuel Gamio practicó las primeras excavaciones en el lugar, y en el informe que subsiguientemente publicara señala el parecido de algunos de los restos extraídos con los que iban apareciendo en el Valle de México [1]. Otros conocidos etnólogos visitaron posteriormente *Kaminaljuyú* y realizaron allí trabajos distintos, como el alemán Walter Lehmann (1878-1939), el norteamericano S. K. Lothrop y el Lic. J. A. Villacorta. Hasta que hacia 1936, la Institución Carnegie de Washington tomó a su cargo las excavaciones sistemáticas [2].

Como resultado de todos esos trabajos y de algunos posteriores, se ha podido establecer en *Kaminaljuyú* una serie de fases o períodos arqueológicos, que pueden reducirse a cinco, y a los que se ha bautizado con los nombres de fincas vecinas en las que se realizaron los respectivos descubrimientos primeros. Estas fases se pueden dividir en dos grupos. Las tres últimas, llamadas Esperanza, Amatle y Pamplona, corresponden a la época del florecimiento de la cultura maya, y no interesan aquí; en cambio, las dos otras, que son también las más antiguas, representan auténticas culturas formativas, y en ellas vamos a detenernos algo. Se trata de *Las Charcas* y *Miraflores*.

Las diferencias que separan a ambas fases de cultura formativa de *Kaminaljuyú* se refieren sobre todo a rasgos cerámicos y a la implantación de la arquitectura civil y religiosa de naturaleza permanente en la fase Miraflores [3].

Los restos pertenecientes al período más antiguo, o sea, a *Las Charcas*, proceden en su mayoría de unos profundos pozos que excavaron los indios no se sabe con qué intención. Algunos contenían entierros, otros estaban vacíos, aunque recubiertos con

lajas, y la mayoría se encontraban llenos de desperdicios. En cuanto a la forma, mientras unos son rectangulares y de amplia boca, otros tienen forma de botella y sólo una estrecha abertura a manera de entrada.

Se cultivaba el maíz, como lo evidencian las mazorcas y los metates de piedra que se han encontrado entre los restos. Se cultivaban también algunas frutas, y entre ellas la palta o aguacate. Muestras muy pobres tenemos de su ergología. Los artefactos de piedra se reducen a algunas hojas y raspadores de obsidiana, y a varias hachas de piedra verde. Pero por numerosas improntas dejadas en las cenizas volcánicas y en el barro, se puede inferir la existencia del tejido, la cestería y la confección de cuerdas y esteras. Las viviendas y los templos se construían de palos y barro con techo de paja.

La cerámica se caracteriza por su excelencia. En la de tipo ceremonial hay escudillas de base plana y bordes convergentes. Vasos asimétricos con efigie y vertedera. Grandes jarras de borde engrosado. Todas esas piezas tienen pulimento y engobe blanco o rojizo, y están decoradas a veces con incisiones o bandas de pintura roja. Otras son monocromas, de color rojizo o negro-gris. La cerámica ordinaria, sin engobe y sin pulimento, es de perfil simple, encontrándose entre ella los comales y los ralladores, además de una especie de copa de tres pies altos y esbeltos.

Hay también pintaderas de barro cilíndricas o aplanadas. Figurillas macizas y hechas a mano. Silbatos en forma de pájaro u otro animal. Y tampoco faltan los incensarios, denotadores de prácticas religiosas, ni un principio de escultura representado por unas piedras talladas en forma de hongo (Fig. 36).

En la fase siguiente o *Miraflores*, que se suele subdividir en varias subfases, aparecen nuevas formas cerámicas y nuevas decoraciones. Una de éstas es la cerámica llamada de Usulutan, que es característica de Mesoamérica. Se trata de piezas de color amarillento sucio decoradas con líneas cruzadas u ondulaciones paralelas más claras, obtenidas muy posiblemente por el método de la pintura negativa.

La arquitectura surge y toma incremento. En una pirám de cima aplanada que llega a tener más de 20 metros de altu se encontraron regias sepulturas. Habían sido excavadas de arriba y dotadas de una serie de escalones por cuatro costa que permiten el descenso hasta la cámara mortuoria. Ahí el cu po había sido depositado sobre una especie de plataforma de r dera y rodeado de numero ofrendas. Luego se cubrió la mara con un techo hecho de tr cos, y el espacio que queda entre el techo y la parte su rior de la pirámide fué nue mente rellenado.

FIG. 36.—Hongos de piedra de *Kaminaljuyú*. Museo Nacional de Arqueología y Etnología de Guatemala.

se considera el lugar q estos entierros ocupan en la pri cipal estructura, el trabajo q representa su construcción y l numerosas ofrendas que cont nen, entre las que descuellan m de 400 piezas de cerámica y n merosos adornos de jade, se te drá una idea de la importanc que en vida han de haber tenido los personajes allí enterrad

Estas mismas dos fases de cultura formativa, una más an gua y más reciente la otra, se encuentran en muchos otros yac mientos de las tierras altas de Guatemala. *Sacatepequez*, p ejemplo, se parece a Las Charcas, mientras que *Chukumuk Salcajá* se acercan más a Miraflores.

2. *Uaxactún*

Uaxactún es el nombre que se ha dado a una de esas antigua ciudades mayas que los arqueólogos han sacado del polvo d olvido. Como la misma se encuentra en el Departamento del P

tén, parte norte de la República de Guatemala, que es región de llanura húmeda y tropical y en gran parte está recubierta por densa floresta, mejor podríamos decir que de donde han sido sacadas las ruinas de esa ciudad ha sido de las multiformes garras del infierno verde.

Uaxactún la Vieja como se la ha llamado, fué uno de los primeros y más antiguos centros de población en el Viejo Imperio de los Mayas. Mas, no es por esta circunstancia que la recordamos aquí, ya que de esa época maya tratamos en otra parte de este libro [4]. Sino porque la vida de esta venerable ciudad va mucho más allá de los comienzos de la clásica cultura. Pues, por debajo de los monumentos de la época clásica han aparecido los restos de una cultura formativa. Sin duda la cultura formativa que dió la base a la posterior y clásica civilización del Antiguo Imperio.

A pesar de su antigüedad, de su importancia y de sus numerosos monumentos, *Uaxactún* es de conocimiento reciente, ya que sólo fué descubierta en 1916. El gran mayista norteamericano Sylvanus G. Morley (1883-1948) fué no sólo su descubridor, sino que también quien le puso nombre. Pues se ignora el que tendría en la época de su florecimiento. Más adelante, varios representantes de la Institución Carnegie de Washington visitaron el lugar, antes de que ella conviniese en hacerse cargo de los trabajos de excavación. Comenzaron éstos en 1926, y duraron 12 años, terminando en 1937 [5]. En este lapso se pudo extraer un ingente material y se pusieron al descubierto numerosos monumentos. No podrá extrañar, pues, que a pesar de que aún quede mucho por hacer, *Uaxactún* sea una de las ciudades mayas más intensamente estudiadas.

Sobre la base de las diferencias anotadas en el material cerámico extraído, uno de los técnicos de la Carnegie, R. E. Smith, pudo establecer cuatro distintos períodos culturales, a los que dió los nombres de Mamom, Chicanel, Tzakol y Tepeu. Los dos primeros resultaron ser de carácter formativo, y los dos últimos pertenecer a la época clásica del Viejo Imperio [6].

Posteriormente, otro de los técnicos de la mencionada institución y del mismo apellido, A. L. Smith, al estudiar la arquitectura al par que la cerámica, pudo comprobar que aproximadamente al mismo tiempo que se producían los cambios en la cerámica que dieron la pauta para el establecimiento de períodos, ocurrían parecidos cambios en la arquitectura. De lo que resultaba que la cerámica y la arquitectura habían tenido en *Uaxactún* desarrollos más o menos paralelos. En vista de lo cual se amplió la validez de los períodos cerámicos y se les impuso nombres nuevos. Desde entonces se les llama también Evolutivo Temprano. Evolutivo Tardío, Clásico Antiguo y Clásico Reciente. Como es natural, aquí sólo interesan los dos primeros.

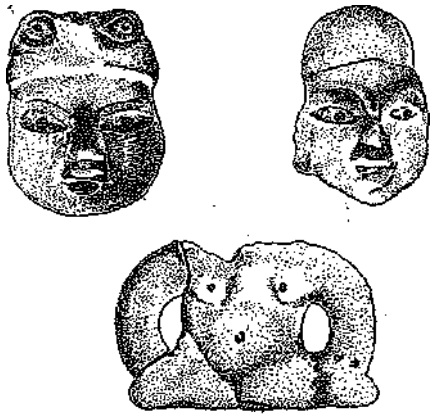


FIG. 37. — Cerámica fase Mamom de *Uaxactun*. Guatemala.

Al período Mamom o Evolutivo Temprano, que es el más arcaico, pertenecen los más antiguos restos arqueológicos hallados en *Uaxactún*. Ellos nos muestran una época en la cual no se conocían o no se practicaban los trabajos de mampostería. Las construcciones todas, fueran ellas de carácter civil o religioso, se hacían con elementos vegetales. Es casi seguro que las viviendas comunes, y muy problablemente también las otras, fueron construídas en la misma forma en que todavía lo son en gran parte de Mesoamérica: con paredes de palo y techo de paja.

Los artefactos y ornamentos eran de sílex, hueso y concha. La obsidiana y el jade como materia prima se usaban raramente.

La cerámica es el elemento arqueológico más conspicuo. Sus formas son variadas. Hay jarras sin engobe con cuello de paredes divergentes; jarros negros con incisiones en su parte superior; platos rojizos con paredes inclinadas hacia afuera; platos y escu-

dillas rojos con ranuras horizontales; escudillas color naranja. Además de los tipos Usulután, de engobe blanco, y del rojo sobre blanco [7].

Las figurillas, del mismo tipo que las de *Kaminaljuyú*, son de color rojo o castaño y están modeladas a mano (Fig. 37).

En la fase siguiente, Chicanel, o Evolutivo Tardío, se introducen las obras de mampostería. No se trata todavía de edificios, sino de bajas plataformas de piedra sobre las que se edificaban las sencillas viviendas que seguían siendo como las anteriores. Hay también pirámides truncas que servían de base a construcciones de carácter religioso. Tal, por ejemplo, la famosa estructura E-VII-sub, que pertenece al final del período. Su planta es rectangular, y tiene escaleras y una serie de mascarones de piedra en los cuatro costados (Lám. XX). A pesar de que la estructura es de piedra y está revestida de estuco, el templete que estaba en su cima era también de palos y paja. En la parte superior de la pirámide se han conservado los hoyos para los postes de la armazón. Las distintas construcciones ceremoniales se agrupaban en torno a una plaza.

Además del entierro directo en la tierra, usual en el período Mamom, aparecen ahora también las sepultaciones en cistas. Lo cual es un vínculo con Centroamérica.

La cerámica se presenta algo más desarrollada que en el período anterior. Formas nuevas son las vasijas de doble cono o perfil compuesto, y aquellas otras que ostentan un reborde en su base. Una innovación decorativa es el uso de la pintura negra sobre fondo rojo.

Como hasta ahora no se han encontrado figurillas de barro, es posible que se dejaran de hacer durante este período.

3. *La Cultura Preclásica de Yucatán*

Pocos años atrás, la península de Yucatán, y especialmente su parte norte, sólo nos era conocida como escenario en el que se desarrollara la civilización del Nuevo Imperio Maya. Y no se tenía la menor noticia, ni siquiera se contaba con la posibilidad, de que pudieran existir en esa parte culturas de carácter formativo. Como que generalmente se admitía que lo que llamamos el Nuevo Imperio de los Mayas no era otra cosa que un traslado al norte de la región de la gente que vivía en el sur, y que había creado el Viejo Imperio.

Pero recientemente se ha demostrado que la situación no era tan simple como se había pensado. Pues, en una serie de exploraciones que arrancan de 1940 y que abarcaron gran parte del territorio, el norteamericano George W. Brainerd ha podido señalar la existencia de numerosos restos culturales que no sólo son anteriores a la clásica cultura maya, sino que tienen auténtico carácter formativo [8].

Desgraciadamente, los restos de referencia son casi exclusivamente cerámicos. Sólo en algunas partes, como en *Yaxuna* y *Santa Rosa Xtampac*, se pudo establecer la presencia de estructuras ceremoniales dispuestas alrededor de una plaza, sobre altas terrazas o montículos artificiales, que sin duda corresponden a centros religiosos.

La cerámica es toda fragmentada, no habiéndose podido conseguir ni una sola pieza entera. En realidad, apenas si podía ser de otro modo, dado que no se han descubierto sepulturas, y que la alfarería procede en su totalidad de rellenos y aguadas. Ello no obstante, ha sido posible determinar una serie de formas cerámicas.

Una de las más características está dada por una especie de ánfora sin asas y de labio engrosado, que lleva decoración producida por una combinación de bandas y áreas de rayado lustroso. Hay también escudillas de base plana y vasijas de forma

más o menos globular. Por el color son en su mayoría monocromas: rojas, negras, grises y blancas. Y en cuanto a su decoración es predominantemente grabada: ranuras y líneas incisas, impresiones circulares, unguiculares, etc.

Según Brainerd, la cerámica primeramente nombrada, que también es la más antigua de acuerdo con la estratigrafía, encuentra sus similares en *Kaminaljuyú* (fase Las Charcas), y la última y más cercana a nuestros días en la de *Uaxactún* (período Chicanel).

4. *La Cultura de Tres Zapotes*

La zona arqueológica de *Tres Zapotes* pertenece al municipio de *Santiago Tuxtla* y está situada en la parte meridional del Estado mexicano de Veracruz, sobre la costa del Golfo. Ahí, sobre las terrazas de la ribera derecha del arroyo Hueyapan y en una extensión de varios kilómetros, se ven numerosos montículos artificiales de variado tamaño que en parte se agrupan en derredor de sus correspondientes plazas.

No han sido, sin embargo, estos montículos, signo evidente de la pretérita presencia de una antigua civilización, lo que ha atraído a la zona a los investigadores modernos. Sino más bien la noticia, circulante desde 1869, de que en ese lugar había una ingente y extraña cabeza humana tallada en un enorme bloque de piedra [9]. El primer visitante moderno, el eminente mexicanista alemán Eduardo Seler (1849-1922), se limitó a fotografiar la "cabeza colosal" y a recolectar algunas figurillas [10]. Mayores observaciones produjo el norteamericano Weyerstall [11]. Pero han sido sólo los trabajos llevados a cabo por Mathew W. Stirling y sus ayudantes lo que nos ha ofrecido la base para un estudio realmente diagnóstico de la zona (Fig. 38).

En efecto, en dos expediciones sustentadas por instituciones norteamericanas y realizadas en 1939 y 1940, se logró poner al descubierto numerosos monumentos que estaban más o menos

enterrados, practicar varios cortes estratigráficos y reunir una gran cantidad de cerámica, perteneciente todo ello a una interesantísima civilización que, surgida en la Etapa Preclásica se continúa y florece durante la Clásica, y que ha sido llamada Olmeca [12]. Aquí nos interesa solamente aquella parte más antigua que configura una cultura formativa.

Ha sido sobre todo Ph. Drucker quien, basándose en los caracteres que ostenta la cerámica obtenida en estas excavaciones estratigráficas, pudo establecer una serie de tres fases culturales distintas a las que se ha denominado Tres Zapotes Inferior, Tres Zapotes Medio y Tres Zapotes Superior.

FIG. 38. — Cabeza colosal de *Tres Zapotes* (Estado de Veracruz). Según Stirling.

De estas tres fases, sólo la primera y más antigua es netamente formativa. La última y más reciente contiene elementos tan evolucionados como la cerámica policroma y las figurillas hechas molde, y ya debemos por tanto considerarla clásica. Mientras que la intermedia representa un período de transición en el que coexisten los rasgos formativos y los clásicos. Si se aceptara la subdivisión de Tres Zapotes Medio en dos subfases cual hace Weiant [13], entonces Tres Zapotes Medio A correspondería también a la Etapa Formativa.

La cerámica de este horizonte es poco menos que exclusivamente monocroma, de color pardo o negro. A veces las piezas tienen un baño blanco o rojo. Las formas son variadas. Predominan las escudillas, las que pueden ser de perfil simple o compuesto, de borde normal o muy dirigido hacia afuera. Hay urnas de borde engrosado; ollas con la representación de una cabeza de pájaro en el cuello; vasijas-efigie y jarras de perfil

compuesto. Algunas vasijas tienen el borde pintado de blanco, pero la mayor parte de la decoración es incisa.

Las figurillas pertenecen a varios tipos, aunque todas son sólidas y modeladas a mano. Los rasgos faciales y los relativos al atuendo han sido realizados por medio de punciones y pastillajes.

Algunos torteros hechos de un trozo antiguo de cerámica son testimonios de la presencia del hilado y, en consecuencia, del vestido. Lo mismo pueden señalar los turbantes que llevan muchas figurillas, algunos de los cuales semejan las cofias de las mujeres de ciertas partes de Oaxaca [14].

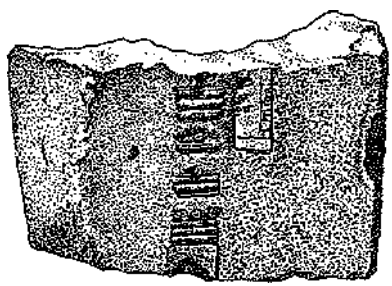


FIG. 39. — La estela C de *Tres Zapotes* (Estado de Veracruz). Según Stirling.

Desgraciadamente, todavía no ha sido posible encuadrar el conjunto de monumentos de piedra de *Tres Zapotes* y otros lugares vecinos dentro de la relativa cronología establecida por la cerámica. Ello no obstante, parecería como si al menos en algunos casos se pudiera establecer una cierta relación. Se trata de la famosa cabeza colosal que pesa más de 10 toneladas; de la llamada estela A, que es un gran bloque alargado de contornos irregulares con algunas figuras en bajo relieve; y del monumento N, que es una pila u ofertorio de dimensiones menores [15]. Pero es probable que muchos otros monumentos de *Tres Zapotes*, de *Cerro de las Mesas* y de *La Venta*, lugares los dos últimos que están próximos al primero, deban también incluirse aquí. Y especialmente la estela C de *Tres Zapotes* (Fig. 39) que ostenta una fecha grabada con barras y puntos que parece señalar el año 31 antes de Jesucristo [16], similar a otra grabada en el lecho del Hueyapán. Coincidiría con este punto de vista el hecho de que un tipo de "baby-face" o "muñeca" que es muy frecuente entre las figurillas de Tres Zapotes Inferior, sea también característico de muchas estatuas.

5. *La Cultura de Tampico-Pánuco*

La extensa área arqueológica de Tampico-Pánuco, situada en el extremo norte del Estado mexicano de Veracruz, forma parte de la Huasteca. Se conoce con este nombre a aquella porción oriental del territorio de México que en época de la conquista española estaba habitada por los *Huastecas*. Éstos han presentado de todo tiempo un serio problema a la Etnología. Pues, siendo física y lngüísticamente muy afines de los *Mayas*, se diferenciaban de ellos por los caracteres de su cultura. Es cierto que más de 500 kilómetros de territorio ocupado por pueblos de estirpe distinta separaba entonces a los *Huastecas* del área maya propiamente dicha.

La arqueología de la Huasteca, sobre todo la de los períodos más antiguos, nos era muy deficientemente conocida cuando el arqueólogo norteamericano Gordon F. Ekholm emprendió la tarea de realizar excavaciones en aquella zona. Financiados por el Instituto de Investigaciones Andinas, los trabajos se llevaron a cabo en 1941-42, y tuvieron como principal resultado el de establecer en un lugar llamado *Pavón*, una secuencia cultural de seis distintos períodos. Y como en otras excavaciones se ha comprobado la existencia de la misma secuencia cultural, los mencionados períodos han sido denominados Huasteca I a Huasteca VI [17]. Entendiéndose que Huasteca I y Huasteca II pertenecen de lleno a la Etapa Formativa.

El período I es el más antiguo. Mas, su alfarería ya es de buena calidad y de formas complejas. El tipo dominante es llamado Chila Blanca, por llevar un enlucido de este color, pese a que el color natural de las piezas ostenta matices oscuros y rojizos. La escudilla de perfil compuesto y dotada de tres pies, es su forma principal. Está, además, la cerámica utilitaria, por lo general en forma de grandes ollas, que se encuentra en todos los períodos.

En el período siguiente aparecen formas y decoraciones nue-

vas. El baño blanco deja de practicarse, y los colores blancos y rojizos pasan a ser dominantes. Las escudillas toman forma distinta, siendo la de paredes más o menos rectas y fondo casi plano, la más general. Algunas piezas tienen un reborde cerca de la base. La decoración es incisa, consistiendo en líneas simples o en forma de reticulado. Comienzan a aparecer unos cucharones de barro que luego siguen subsistiendo a través de los

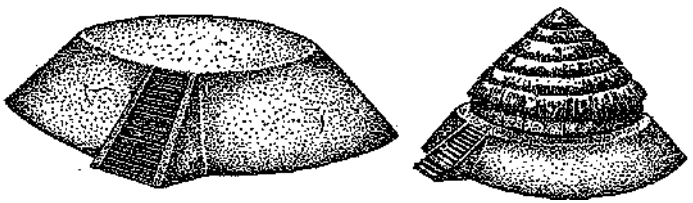


FIG. 40. — Estructuras ceremoniales huastecas. Según Ekholm.

períodos posteriores. De manera general se puede decir que esta cerámica de la Huasteca muestra muchos puntos de contacto con la de *Uaxactún* y otros yacimientos mayas. Y lo mismo cabe expresar de las figurillas que se atribuyen a este horizonte.

Interesante es el hallazgo de un sonajero de barro, de forma esférica, con mango decorado mediante líneas de pintura roja. Fué hallado en niveles correspondientes a este período, y lo mismo sucede con un tipo de orejeras tubulares, cortas, con un pequeño reborde en su parte posterior.

Fuera de la cerámica, las excavaciones no han sido pródigas en hallazgos, al menos en aquellos que puedan atribuirse a los más antiguos períodos. De piedra hay sólo algunos fragmentos de metates o conanas y de sus respectivas manos, así como algunos cuchillos incompletos de obsidiana.

Un montículo de tierra, de forma circular y revestida su base con lajas sin labrar puestas de canto, ha de haber servido de plataforma a alguna estructura ceremonial que, por estar construída con elementos vegetales, no ha podido llegar hasta nuestros días (Fig. 40). Se encuentra en una isla que está en un lago cercano a *Las Flores*. En períodos posteriores se siguie-

ron construyendo estructuras de esta misma clase, y esto nos demuestra cuán grande ha sido la continuidad cultural que reinara en la Huasteca, al menos a partir del período segundo.

A este período segundo le corresponde una importancia capital, pues fué a principios del mismo que, según Ekholm [18], se establecieron en la Huasteca los grupos de lengua maya.

6. *Resumen*

La cultura formativa que reflejan los diversos yacimientos arqueológicos del Área Mayoide que hemos mencionado, ubicado cada uno en un sector distinto de los varios en que se suele dividir a esa extensa región, es muy similar en todos ellos, pese a la lógica y corriente diversidad regional. Al tiempo que en su conjunto esa cultura posee una clara individualidad. La particularidad se manifiesta sobre todo cuando la comparamos con las correspondientes formas culturales de las regiones andinas. Por ejemplo, en todos los yacimientos de que tratamos en este capítulo se encuentra desde el primer momento el engobe blanco y el empleo de la pintura como elemento decorativo de la cerámica, mientras que ninguno de ellos conoce o utiliza los metales. Lo cual es, justamente, lo inverso de lo que ocurre más al sur.

A esta similitud cultural reinante en los diversos yacimientos formativos del Área Mayoide, podemos agregar la uniformidad antropológica que todavía existe, y la afinidad lingüística que muy probablemente ha de haber reinado antes de que pueblos de estirpe distinta invadieran la parte central y meridional de Veracruz y produjeran, así, la solución de continuidad que hoy vemos entre la Huasteca y el área central de cultura maya.

Todo lo cual nos señala, a su vez, que los principios de la civilización primitiva se han de haber difundido desde una sola zona de irradiación. Centro difundidor que sólo puede haberse encontrado en la parte occidental de Honduras, o sea, en el borde sud-oriental del Área Mayoide, donde el nuevo tipo de cultura llegara desde Sudamérica.

VII. AREA MEXICANOIDE

1. *El Valle de México*

Hasta principios de este siglo, poco o nada se sabía de la prehistoria de los pueblos mexicanos fuera de lo que cuentan las tradiciones conservadas por los cronistas españoles o indígenas, a veces contenidas en magníficos códices pictográficos. Pero la época de intensa investigación arqueológica que comienza alrededor de 1910 ha logrado poner en claro las principales líneas de la evolución cultural de los antiguos pueblos del centro de México.

Las más decisivas investigaciones de este tipo se han realizado en el Valle de México. Está éste situado en la parte meridional de la alta meseta mexicana, la que encuadrada por la Sierra Madre Oriental y la Occidental, avanza desde el norte ganando altura a medida que se interna hacia el sur. En las cercanías de la ciudad de México ya ha alcanzado los 2.300 metros sobre el nivel del mar, y poco después se interrumpe de manera brusca, rematada por una serie de altos picos volcánicos. En su parte norte la meseta es árida y seca, pero hacia el sur, y especialmente en el Valle de México, su clima es agradable, la vegetación nutrida y las aguas abundantes.

La primera visión de una cultura formativa subyacente a las posteriores civilizaciones clásicas, se obtuvo en excavaciones realizadas por Manuel Gamio en *Azcapotzalco*, lugar situado en las inmediaciones de la capital mexicana. Por debajo de dos hori-

zontes arqueológicos clásicos aparecieron allí los primeros restos *in situ*. Se trataba de un conjunto de figurillas de barro modeladas a mano, distintas piezas de cerámica incisa y algunos artefactos de piedra y hueso [1].

Posteriormente, hacia 1917, en otro lugar conocido por *Copilco*, suburbio de la ciudad de México, se quiso investigar lo que había debajo de un extenso campo de lava conocido por Pedregal de San Ángel, sobre el cual habían aparecido numerosos restos de posteriores civilizaciones. Había, en realidad, alguna razón para intentar perforar el manto de lava, ya que en varias oportunidades y en lugares propicios se habían retirado de debajo del mismo figurillas de tipo distinto al de las que se encontraban en su superficie. Se hizo, pues, una excavación sistemática y después de atravesar unos ocho metros de material volcánico se dió con un yacimiento de cultura igual al de *Azcapotzalco* [2]. De lo cual resultaba que por su situación estratigráfica estos restos no sólo eran anteriores a las civilizaciones clásicas, sino que también antecedían la última erupción del volcán Xitle cuyo material eruptivo era el que los había sepultado. Desgraciadamente, los geólogos aún no están de acuerdo respecto de la fecha de esa erupción; mas, nadie duda de que al menos data de unos 2.000 años. Es por estas razones, por su antigüedad y por considerarla la madre de las posteriores culturas clásicas, que la cultura formativa del Valle de México fué llamada "Arcaica" [3], denominación no muy apropiada, pero que todavía usan algunos autores.

A partir de 1928, George Vaillant, del American Museum of Natural History, comienza a trabajar en el Valle. Excavó en distintos lugares, en *Zacatenco* [4], en *Ticomán* [5], en *El Arbolillo* [6]. Y como resultado de sus numerosos trabajos estratigráficos, pudo establecer que las distintas culturas formativas del Valle de México correspondían a dos grandes períodos, uno más antiguo y otro más reciente [7].

El período más antiguo fué denominado de *Zacatenco-Copilco*, por el nombre de los dos lugares ya mencionados en los

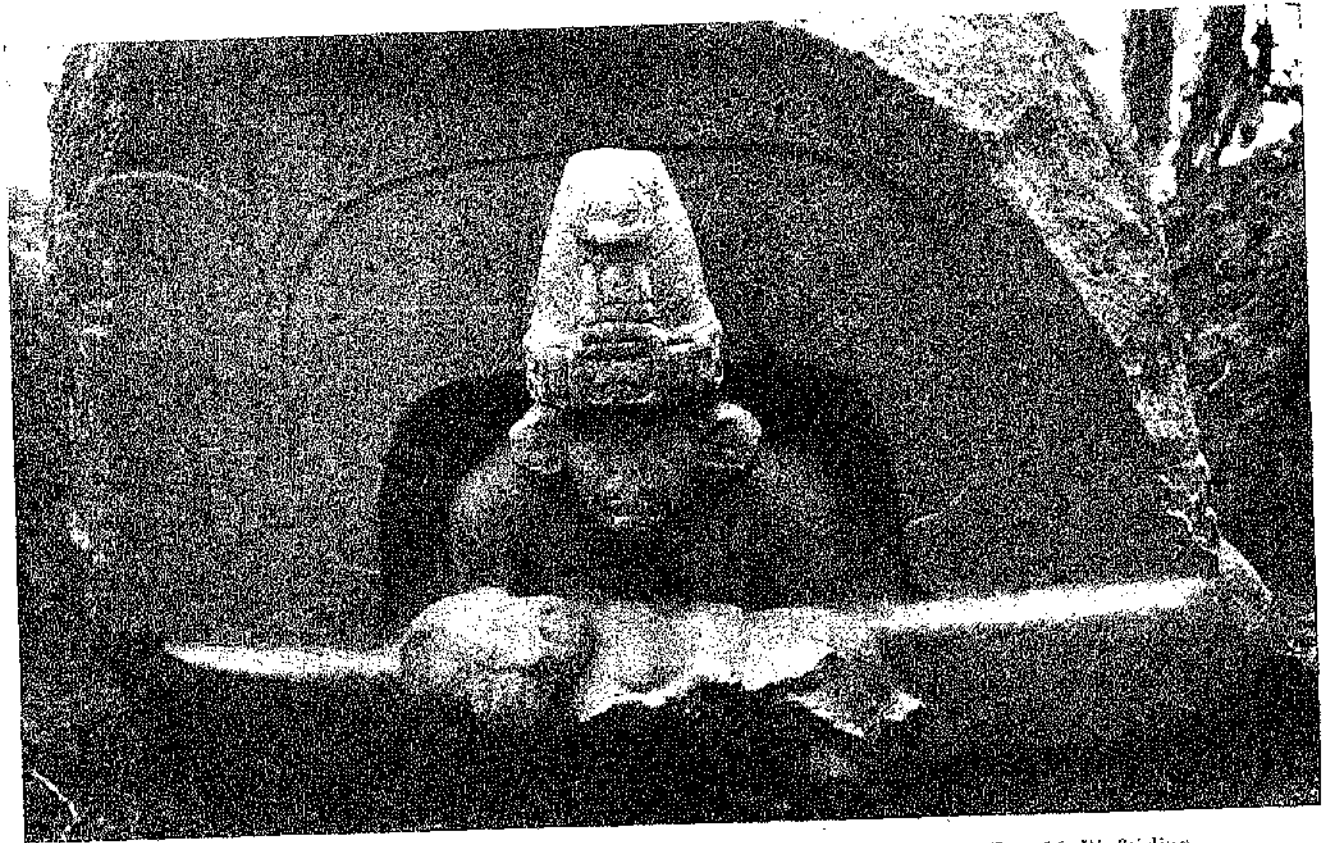


LÁMINA XXV. — *Civilización Olmeca. Altar N. 5.* La Venta *(Tabasco - México).* (Foto M. W. Stirling de la National Geographic Society.)

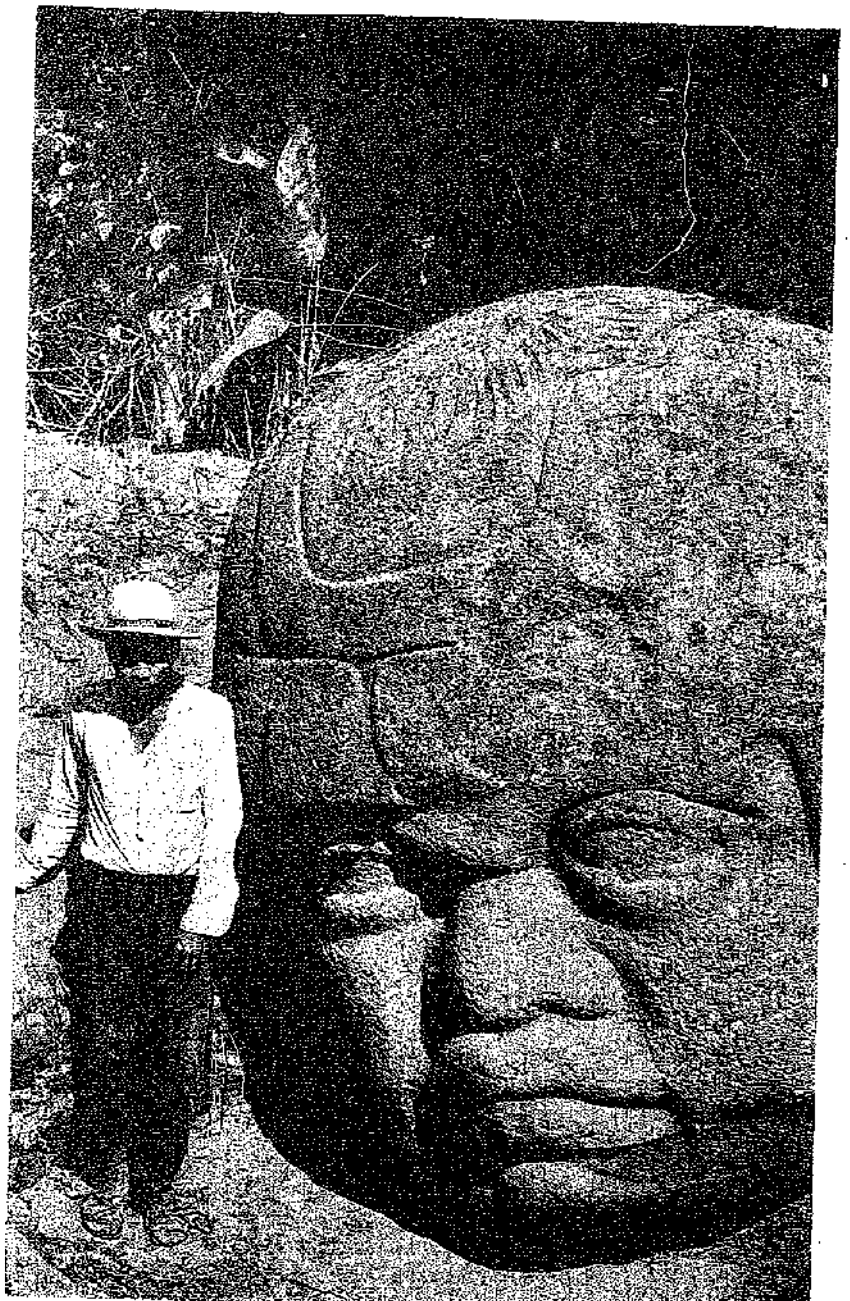


LÁMINA XXVI.—*Civilización Olmeca, Cabeza Colosal.* La Venta *(Tabasco-México).* (Foto M. W. Stirling de la National Geographic Society.)

que primeramente aparecieron sus restos. Vaillant supuso que los comienzos del mismo han de situarse en el primer milenio anterior a Cristo, y el dato ha sido posteriormente corroborado de manera general.

Los portadores de esta cultura vivían en aldeas permanentes, que establecían sobre la ribera del gran lago Texcoco, en cuyo centro se ubicara más tarde la ciudad de *México*. En los lugares epónimos, las viviendas no han dejado rastros; mas, por ciertos indicios es posible inferir que las mismas se construían de ramas y barro, con techo de paja, al igual que todavía siguen haciéndose los ranchos de los indios actuales. El período fué de relativa larga duración, pues en *El Arbolillo* los desperdicios tienen un espesor de 8 metros, y de 5 en *Zacatenco*.

Vaillant supone que fué ésta una época pacífica, sin rastro de conmociones. Se trabajaba la piedra, de cuyo material se hacían puntas de obsidiana de forma alargada, metates de lava de tres pies cónicos con sus correspondientes manos, y hachas de serpentina. Por varios fragmentos milagrosamente salvados, sabemos que también tejían el algodón. Es posible que todavía subsistiera la antigua costumbre de fabricar tapa.

El maíz era el principal cultivo, y se comía en forma de tortilla y tamales. Junto con el maíz se cultivaban los frijoles, las calabazas y el ají.

La cerámica comprende sobre todo vasijas utilitarias destinadas a la cocción de alimentos o a su almacenaje. La de carácter ceremonial es incisa en su mayoría, a veces con pintura roja en las incisiones. La decoración pintada ocurre también, especialmente en rojo sobre blanco, pero no es frecuente. Las formas más generales son pucos o cajetes de distinta clase, y vasos varios de perfil compuesto.

Las figurillas de barro son abundantes y por lo general femeninas. Han de representar, pues, el culto a la fertilidad y al crecimiento, posiblemente la Diosa Madre. Su tamaño oscila entre unos 10 y 15 centímetros (Fig. 41). Los muertos se enterraban directamente. Unos en posición encogida otros en posi-

ción alargada. Falta todo síntoma de guerra o sacrificio. A veces, los esqueletos están recubiertos con pintura roja.

La organización social y política nos es, naturalmente, desconocida. Pero a juzgar por la diferencia de ajuar en las sepulturas podemos inferir la existencia de diferencias sociales. Y hasta

FIG. 41.—Figurillas de barro de *El Arbolillo*. Según Vaillant.

es altamente probable que esas diferencias tuvieran base antropológica. Al menos Vaillant se refiere a la existencia de dos distintos tipos antropológicos: uno de mayor y otro de menor estatura. El de talla mayor sería el más antiguo.

Este tipo relativamente sencillo de cultura desaparece abruptamente con la llegada de la forma superior que Vaillant denominara de *Ticomán-Cuiculco*. Ésta parece haber sido traída por gentes nuevas.

Ticomán es el lugar mejor estudiado de la época. Tampoco aquí las viviendas han dejado rastros. Pero la península rocosa en la que se asentara la comunidad está toda aterrazada, sin duda para poder ubicar mejor las habitaciones. A juzgar por los desperdicios que ellos dejaron, parece que los pobladores se dedi-

caran más al cultivo que lo que era el caso en el período anterior. Fabricaban, además, mayor variedad de artefactos y habían perfeccionado más las técnicas. Hasta se hallaron dos sepulturas, que han de corresponder a artesanos; pues, junto a los esqueletos había una variedad de utensilios de los que se usan para trabajar el cuero.

También la cerámica se ha perfeccionado. Las formas prevalecen sobre el decorado. Hay casos trípodes y también decoración en pintura negativa.

El comercio es más intenso que en el período anterior. Y al revés de antes, en que las relaciones comerciales señalaban hacia el oeste, las de ahora indican la costa del Golfo.

Las figurillas siguen empleándose intensamente. Sólo que ya no son todas femeninas, prueba sin duda de que la teología se ha tornado más compleja. Hay figuras de rasgos infantiles o "baby-face". Y la figura de *Huehueteotl*, el "dios viejo" o Dios del Fuego de los posteriores *Aztecas*, también aparece por primera vez. Por lo tanto, esta figura y la de la Diosa Madre parecen ser propias del más antiguo panteón mexicano.

Sin embargo, la mejor simbolización del aspecto religioso de esta temprana época está dada por la pirámide de *Cuiculco*. Se trata de una colina artificial de unos 123 metros de largo y unos 20 de altura. Su forma es ovalada, y ha sido construída con adobes y dándole luego una fachada de piedras sin labrar. En su cima no hay templo, sino sólo un altar al aire libre. Es de planta rectangular, con paredes inclinadas y escaleras flanqueadas por balaustradas. El altar fué renovado dos veces, construyéndose cada vez otro sobre el anterior, en tanto que la pirámide sufrió un segundo revestimiento, esta vez con bloques de lava en lugar de los rodados anteriores (Lám. XIX).

Cuiculco ya había sido abandonado cuando se produjo la erupción volcánica que dejó el campo de lava que hemos mencionado. El hecho puede haber ocurrido hacia el cuarto siglo de nuestra Era. Y fué por esa época que sus pobladores abandonaron el lugar, previendo sin duda la catástrofe. Pasaron al otro lado

del lago, y a unos 10 kilómetros del lugar primitivo se establecieron en *Teotihuacán*, donde siguieron desarrollando su cultura que ya estaba en vías de convertirse en clásica.

Una posición en alguna manera intermedia entre estos dos períodos parece corresponder a un nuevo yacimiento que muy recientemente ha sido excavado. Se trata de *Tlatilco*, sitio que está también situado en el mismo Valle de México, no lejos de la ciudad del mismo nombre y muy cerca de *Zacatenco*.

En el lugar se encuentran muchas canteras de las que se extrae tierra para fabricar ladrillos. Y desde hace tiempo era común que los obreros que allí trabajan dieran con numerosas figurillas y fragmentos de ellas, las que solían vender por unos centavos a los coleccionistas.

El artista y arqueólogo Miguel Covarrubias fué el primero que reconoció las potencialidades arqueológicas que ofrecía el lugar. Y en varias excavaciones sistemáticas llevadas a cabo por orden del Instituto Nacional de Antropología e Historia, se exploraron más de 200 enterratorios (Lám. XI), la mayoría de ellos dotados de numeroso y, a veces, rico ajuar [8].

A juzgar por los hallazgos, el cementerio parece corresponder a gente de cualidades antropológicas y culturales distintas de las de los portadores de la cultura de Zacatenco-Copilco, aunque en parte al menos pueden haber sido contemporáneos. En cambio, todo indica que ellos fueron los predecesores inmediatos de los Ticomanos [9]. Pues, hay una serie de rasgos culturales que, en el Valle de México, aparecen en *Tlatilco* por primera vez, y que luego vemos en Ticomán. De entre éstos cabe destacar a las mutilaciones dentarias, los sellos de barro, las máscaras y las influencias de la costa del Golfo en general. Y es probable que la introducción de la pintura negativa se deba a ellos también.

En *Tlatilco* aparecieron los primeros restos de vivienda en forma de huellas de los postes de la armazón. Y sus numerosas figurillas nos muestran también el tipo de vestido usado: las mujeres una especie de enaguas de fibras unas veces, y de tela de algodón otras, de corte parecido a las de las hawaianas; los

hombres taparrabos, camisas cortas y una suerte de polainas. La única arma atestiguada es el propulsor.

Los pobladores de *Tlatilco* fueron sobre todo ceramistas (Fig. 42). Las figurillas de barro están modeladas con habilidad y soltura, y sus rasgos y adornos están hechos con la técnica del

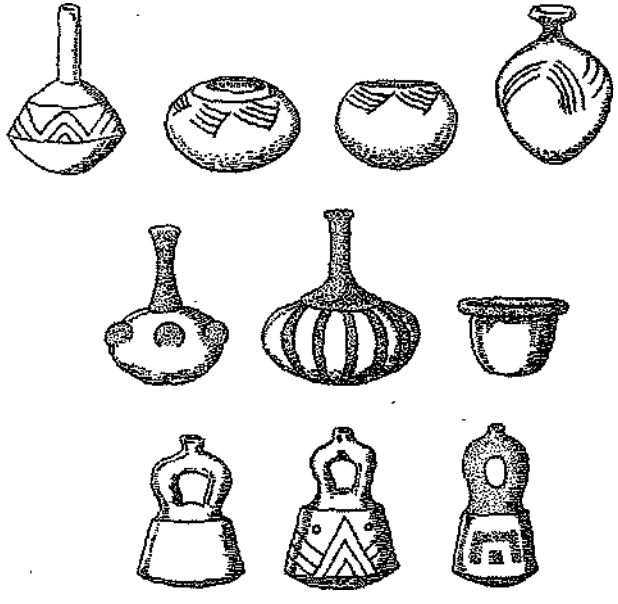


FIG. 42. — Cerámica de *Tlatilco*. Según Porter.

pastillaje y palito. Visto en conjunto, su estilo es sobrio y sin pretensiones, pero alegre y sensitivo [10].

2. *La Cultura de El Opeño*

Fuera del Valle de México, las culturas formativas florecieron también en las partes occidental y meridional de México. Así, en *Gualupita*, en las inmediaciones de la ciudad de *Cuernavaca*, capital del Estado de Morelos, Vaillant excavó otro importante yacimiento cuyos niveles inferiores pertenecen a nuestro segundo período [11].

También en los Estados de Guerrero y Michoacán han aparecido rastros aislados del mismo tipo de cultura. Y de entre éstos cabe mencionar a la zona arqueológica de *El Opeño* [12].

Desgraciadamente, no es mucho lo que se conoce de los trabajos allí realizados. La zona se encuentra en la parte culminante de una colina de gran extensión, pero de escasa altura, que está situada no lejos de la ciudad de *Zamora*, en la parte nordeste del Estado de Michoacán. Ahí afloran los rastros de numerosas tumbas que parecen ocupar todos los lados de la mencionada elevación.

En el curso del año 1938, Eduardo Noguera tuvo oportunidad de explorar tres de estas tumbas. Están excavadas en el tepetate o suelo endurecido que se halla por debajo de la tierra vegetal. Tres o cuatro escalones conducen a una cámara abovedada de buenas proporciones, y en ellas hay plataformas talladas en el mismo tepetate. Junto a los esqueletos está el ajuar funerario que les acompaña.

El ajuar es relativamente pobre. Hay, por de pronto, figurillas del mismo tipo C y D que son usuales en la cultura Zacatenco-Copilco del Valle de México. En cerámica apareció una escudilla o cajete de bajas paredes y labio muy abierto, sobre el que se han producido incisiones. También un pequeño jarro decorado con pintura negativa.

De piedra hay puntas pedunculadas de obsidiana, orejeras de jadeíta y una figurilla verde de aspecto primitivo y mal tallada que corresponde al tipo llamado "cara de tigre".

Hasta ahora no se ha publicado el informe definitivo. Pero Noguera ha expresado su opinión en el sentido de que los elementos de esta cultura fueron llevados al Valle de México, y que muy bien podrían haber dado nacimiento a las culturas formativas de aquel valle [13].

3. *Las Culturas Preclásicas de Oaxaca*

El Estado de Oaxaca, situado en la parte meridional de México, es el hábitat histórico de dos grandes civilizaciones indígenas: la de los *Mixtecos* y la de los *Zapotecos*.

Mas, antes de comenzar a florecer las que fueran culturas clásicas, la región tuvo también sus culturas formativas. Sólo que en esa época inicial los dos pueblos históricos parece que aún no estaban bien diferenciados; al menos es una misma cultura la que prácticamente domina en las dos principales zonas arqueológicas que se han estudiado en la región: la de *Monte Negro* en la posterior Mixteca, y la de Monte Albán I dentro del actual hábitat zapoteca. Y esto nos va a permitir tratarlas conjuntamente.

Monte Albán se encuentra en las proximidades de la misma ciudad de *Oaxaca*, sobre una vasta meseta que aparece llena de estructuras diversas y de distinta edad (Lám. IV). La zona ha sido explorada, y sus monumentos excavados o reconstruídos, por la obra infatigable de Alfonso Caso, en una serie de campañas que emprendiera a partir de 1931. *Monte Negro*, por su parte, se halla sobre la cima de un alto cerro que está contiguo al poblado de *Tilantongo*, en el distrito de Noxistlán. Y ha sido el mismo Caso quien también aquí dirigió los respectivos trabajos.

En *Monte Albán* sólo las partes más antiguas pertenecen a nuestra Etapa Formativa, es decir, el período que ha sido llamado Monte Albán I y también Monte Albán II, en parte. En cambio, todos los restos de *Monte Negro* parecen corresponder a una sola época, más o menos contemporánea de Monte Albán I.

En estos tiempos ya avanzados de la Etapa Formativa, la arquitectura estaba bastante desarrollada, y lo mismo pasaba con la religión. Hay estructuras que sólo pueden interpretarse como templos, pese a que no conozcamos más que los basamentos. En *Monte Negro*, por ejemplo, se han podido restaurar algunos (lámina XXI).

Uno de estos basamentos mejor conocidos es el llamado de "Los Danzantes" de Monte Albán I. Se trata de una serie de alrededor de 120 figuras de sujetos masculinos que han sido grabadas sobre lajas de piedra que formaron parte de un templo.

FIG. 43. — Estela, con inscripción, de *Monte Albán* (Estado de Oaxaca). Según Caso.

La actitud de los personajes representados, que es de gran movimiento, con caras vistas de perfil, boca abierta y posturas a veces francamente grotescas, es lo que ha inducido a los observadores a considerarlos como danzantes (Lám. XVIII *b*). Mas, no se sabe bien qué clase de danza puede ser ésta, si es que verdaderamente sea una. Muy recientemente han sido interpretados como sacerdotes emasculados o que están desempeñando una danza frenética previa a la emasculación en honor de los dioses. La tesis tiene en su favor el hecho de que la mayor parte de figuras han sido representadas sin órganos sexuales y con evidente aspecto eunucoide [14].

La cerámica es casi toda monocroma y generalmente de color gris. Predomina en mucho la decoración incisa, a veces con pintura roja en las incisiones. Las formas de las vasijas son muy variadas. Entre las de carácter ceremonial las hay con base anular, y otras, trípodes, presentan pies mamiformes. Las figurillas no son tan comunes como en el Valle de México.

Los muertos se enterraban directamente en la tierra o se depositaban en grandes fosas de planta rectangular con muros, piso y techo plano de piedra; generalmente carecen de puerta.

Hay también algunas cistas. Por lo general el esqueleto va acompañado de ajuar.

Interesante es el dato de que entre los restos humanos extraídos de *Monte Negro* había dolicoides. Los de *Monte Albán*, en cambio, son todos braquioides. Tanto en uno como en otro lugar han aparecido cráneos trepanados y dientes mutilados [15].

No menos interesante es que esa lejana época conociera ya, al igual que *Tres Zapotes*, la escritura. Aparece ella en numerosas estelas que han sido estudiadas por el mismo Caso (Fig. 43). El calendario existía también, y para escribir las fechas se empleaba el mismo sistema de barras y puntos que estuvo en uso hasta la época histórica [16].

5. *Resumen*

La cultura formativa que más se destaca dentro del conjunto de culturas preclásicas del Área Mexicanoide, es sin duda la de Oaxaca. Pues ahí vemos existir un sistema de signos usados para inscribir fechas que, por lo que hasta ahora sabemos, no se presenta en los demás complejos de la misma Área. En cambio, se parece grandemente al de *Tres Zapotes*, del Área Mayoide, por usar las mismas barras y puntos como símbolos de cifras.

Es cierto que no es éste el único punto de contacto que liga a Oaxaca con la costa del Golfo y, en general, con el Área Mayoide. Monte Albán II, por ejemplo, ostenta evidentes relaciones con la cultura maya, aunque sin dejar de ser una continuación del período anterior. Lo cual deberá tener bien en cuenta quien trate de indagar el origen del sistema gráfico mesoamericano.

Parte Tercera

Las clásicas civilizaciones mesoamericanas

I. GENERALIDADES

Las clásicas civilizaciones de que vamos a tratar ahora son aquellas que en la evolución cultural mesoamericana siguen a las culturas preclásicas de la Etapa Formativa.

Enraizadas sin duda en las culturas de esa Etapa anterior, surgen en la Clásica y en las distintas regiones, formas culturales nuevas que en sus principales aspectos ofrecen mucha coincidencia entre sí.

Similar es en casi toda el Área, por de pronto, el tipo de Hombre que fuera portador de esas civilizaciones. Se trata de hombres de baja estatura, de cabeza corta o braquioide, de bóveda craneana y cara relativamente bajas, y nariz mediana. Es, en suma, el tipo antropológico que modernamente ha sido llamado Centrálido, y cuyos representantes, descendientes más o menos directos de los antiguos, pueblan todavía la mayor parte de Mesoamérica.

Las coincidencias culturales se evidencian a través de una serie de rasgos fundamentales que están presentes en todas las civilizaciones que florecen en esta Etapa. Por ejemplo, casi todas las sociedades están organizadas teocráticamente, y ello les permite hacer un tremendo derroche de energías en el servicio de los dioses y de los muertos [1].

La base económica está dada por el cultivo del maíz, los fríjoles, las calabazas y el algodón, amén de otros varios cultivos de importancia más local. La instalación humana gira en derre-

dor de las grandes ciudades, constituídas generalmente por uno o varios núcleos ceremoniales en los que se agrupan los templos erigidos a los dioses, los palacios y conventos para los sacerdotes y novicios, y los patios y canchas para el juego sagrado de la pelota. Sin olvidarnos de las tumbas de los grandes personajes que, por lo general, son suntuosas y se construyen debajo de las plataformas de los templos o se agrupan en necrópolis de mayor o menor extensión. Y es alrededor del núcleo ceremonial que se extienden las modestas viviendas del pueblo, generalmente reunidas en barrios o aldeas.

La cultura material conoce las construcciones monumentales de piedra, el trabajo del jade y la cerámica policroma hecha a molde. En tanto que la escritura jeroglífica, los conocimientos matemáticos y astronómicos, y el calendario, marcan en todas partes el desarrollo que se ha logrado en los dominios de la cultura intelectual. Desgraciadamente, estos conocimientos no estaban arraigados en la masa del pueblo, sino que eran el privilegio de sólo una pequeña minoría.

También en lo religioso las coincidencias son grandes. En todas partes son veneradas las mismas fuerzas naturales, como la lluvia, el fuego, la vegetación, deificaciones que en parte ya existían en la Etapa anterior. Nuevos son, en cambio, el Dios Mariposa y la Serpiente Emplumada, que están en relación con el dios de la lluvia [2]. Característica es la falta de dioses guerreros, que luego surgirán con fuerza en la Etapa siguiente.

Es posible que gran parte de estas similitudes se deban a fenómenos de difusión e imitación. Pues, estas civilizaciones regionales mantuvieron entre ellas intensas relaciones de intercambio. El hallazgo de elementos representativos tales como la cerámica Tzakol o la Anaranjada Delgada lejos de sus centros de producción, lo demuestra sin lugar a dudas [3].

Característica de esta segunda Etapa es, también, que la mayoría de sus civilizaciones ya puede ser puesta en relación con los pueblos históricos.

II. LA CIVILIZACIÓN OLMECA

1. *Generalidades*

El término "olmeca" significa, según Wigberto Jiménez Moreno, "habitante del país del hule", y solía antes aplicarse a todos los indios de lengua diversa que habitan las tierras bajas y cálidas de los Estados mexicanos de Veracruz y Tabasco que son las productoras de caucho por excelencia. Mas, en los últimos años hay una tendencia a circunscribir el uso del vocablo a sólo aquellos indios que se consideran ser los portadores de la cultura llamada de *La Venta* y del peculiar estilo artístico conocido también por Olmeca.

A fines del siglo pasado, y sobre la base de las tradiciones indígenas, el meritorio arqueólogo e historiador Francisco del Paso y Troncoso (1850-1916) había ya calificado de "olmeca" a las figurillas de barro de la Etapa Formativa que posteriormente fueron llamadas "arcaicas". Más tarde, Hermann Beyer, George Vaillant, Alfonso Caso y otros emplearon el término en el mismo sentido. Hasta que los estudios realizados por Miguel Covarrubias y las exploraciones y excavaciones emprendidas por Matthew W. Stirling en *Tres Zapotes, Cerro de las Mesas, La Venta, San Lorenzo* y otros lugares de la costa del Golfo, terminaron por ofrecer una visión clara y precisa de lo que fuera la cultura olmesa [1].

En 1942, en la Segunda Reunión de Mesa Redonda celebrada por la Sociedad Mexicana de Antropología en la ciudad

de Tuxtla Gutiérrez, capital del Estado de Chiapas, se acordó por unanimidad que la cultura llevada por los *Olmecas* fuera llamada de La Venta, por el nombre del lugar de Tabasco explotado por Stirling que ha dado el mayor número de elementos de esta cultura [2]. Además, *La Venta* parece haber sido un importante centro ceremonial olmeca que estuvo en actividad durante gran parte del período de florecimiento de esta clásica cultura.

La cultura Olmeca está enraizada en la formativa o preclásica de *Tres Zapotes*, y parece ser su continuación. Stirling, su mejor conocedor, la ubica entre los 400 y los 900 de nuestra Era. Hacia la última fecha se hace presente en la región un nuevo elemento étnico que destruye los centros ceremoniales y los monumentos, y que ha de haber sido de origen nahua. A partir de ese momento, el estilo degenera, y en las regiones vecinas por donde se difundiera antes, comienzan a aparecer formas nuevas.

2. *Los Portadores*

De los antiguos *Olmecas* poseemos una serie de restos humanos procedentes de *Cerro de las Mesas* que han sido estudiados por Juan Comas [3]. Se trata de 10 cráneos, 4 fémures, 3 húmeros y 3 radios.

Para poder obtener una clara visión del aspecto externo de estos indios, la serie es indudablemente demasiado reducida. Además, en los huesos largos, no fué posible separar las piezas masculinas de las femeninas, y por lo tanto la estatura sólo ha podido ser calculada de manera muy aproximada. Los indicios son de que se trataba de una población de talla más bien baja, aunque había también entre ellos individuos de talla mayor.

Los cráneos, por su parte, están en su mayoría deformados. Pero quedan algunos sin deformación, y éstos muestran ser braquioides (índice horizontal 93,2) y de relativamente baja bóveda craneana (índice 83,2). La cara es también baja (índice facial 84,1), y la nariz más bien ancha. Se estableció, además, la pre-

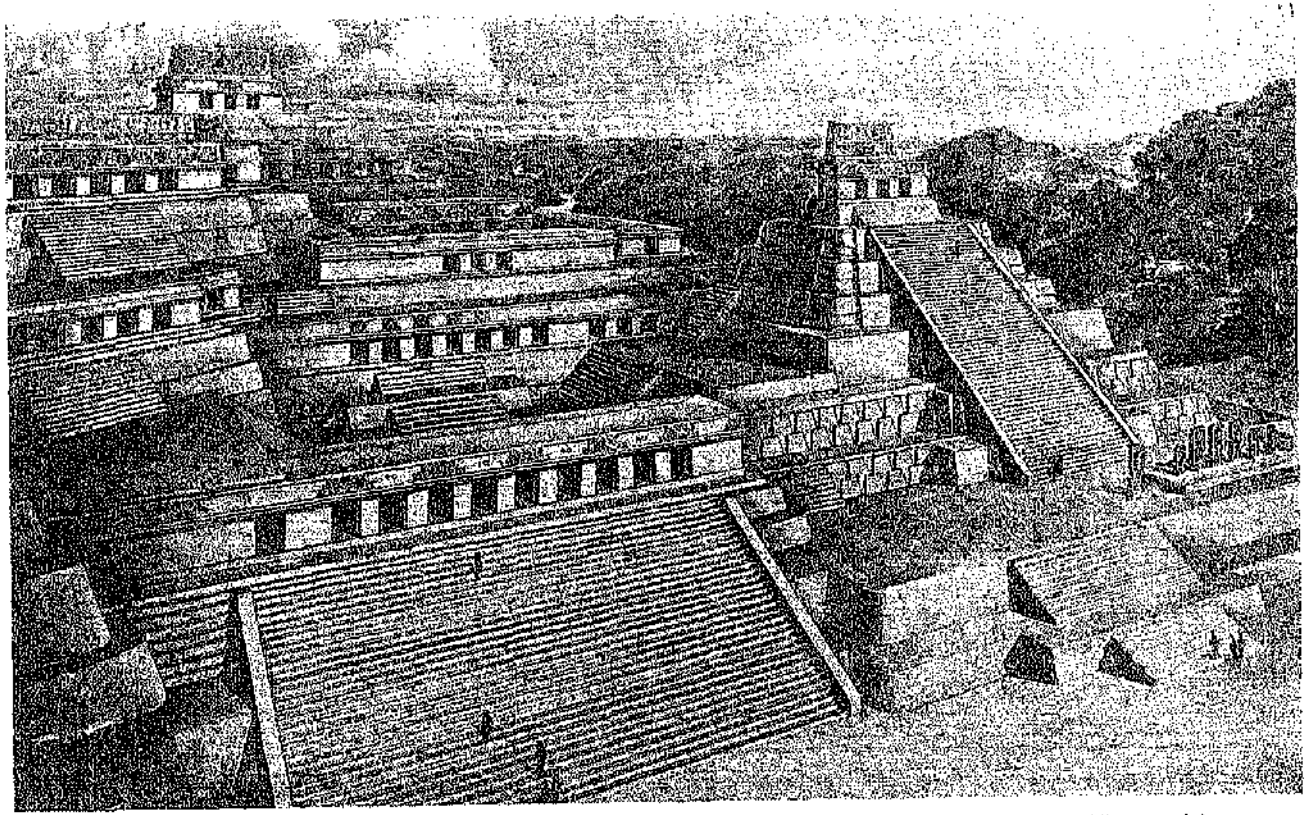
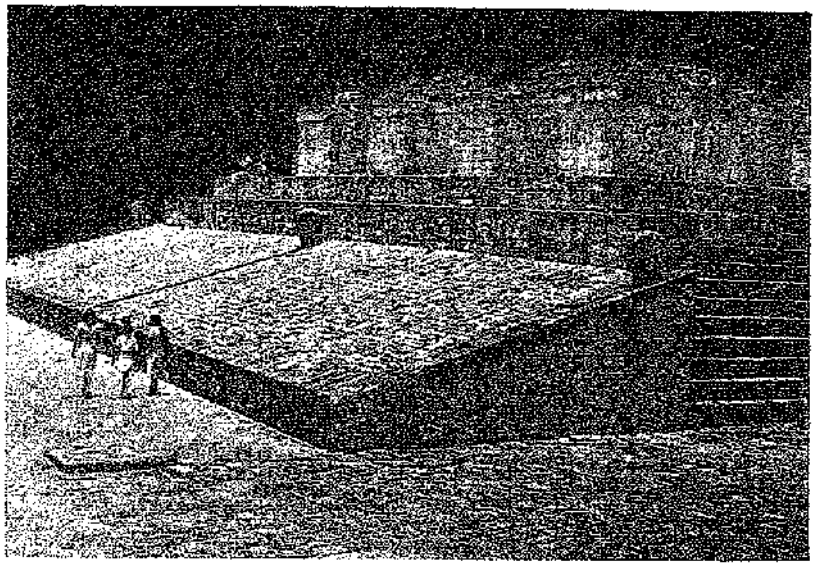


LÁMINA XXVII. — *Civilización Maya. Reconstrucción de una antigua ciudad.* Piedras Negras *(Guatemala).*
(Cortesía del University Museum de Filadelfia.)



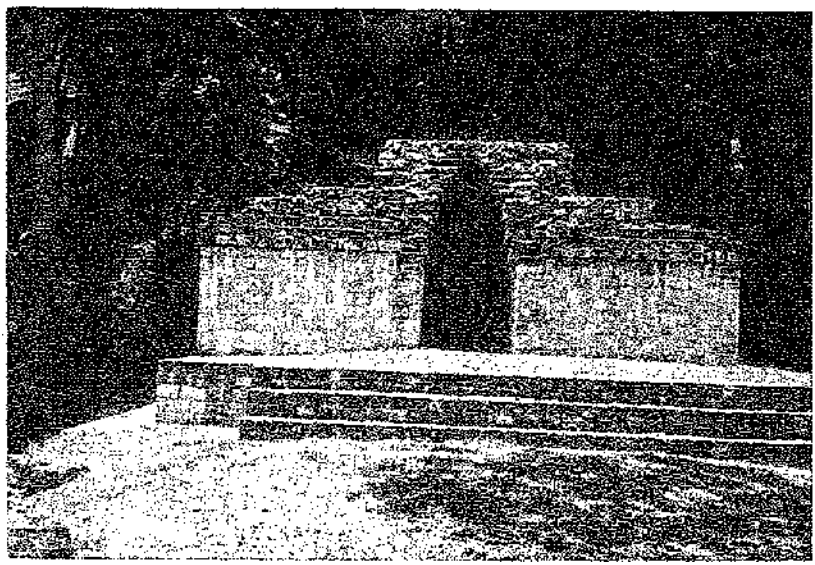


LÁMINA XXVIII. — *Civilización Maya.*
a) *Vista parcial del juego de pelota de* Copán *(Honduras).*
b) *Bóveda en* Copán *(Honduras).*

sencia de mutilaciones dentarias (Fig. 44). De acuerdo con estos pocos datos se puede decir que, de manera general y en lo antropológico, los *Olmecas* no se distinguían mucho de los otros pueblos del sur de México que han llegado hasta nuestros días.

En cuanto a su relación con los indios actuales, Jiménez Moreno ha sugerido la posibilidad de que los *Olmecas* fueran de estirpe mayoide, y Krickeberg y otros aceptan la sugestión [4]. La mayor probabilidad está en que fueran de habla Mixe-Zoque y, dentro de esta rama lingüística, *Popolocas de Veracruz*. Los indios de esta estirpe ocupan todavía la región, divididos en grupos con cuatro dialectos distintos [5]. Las lenguas mixe-zoques se incluyen en la familia Totonaco-Zoqueana, y ésta, junto con la Maya, constituyen el Grupo Macro Maya [6].

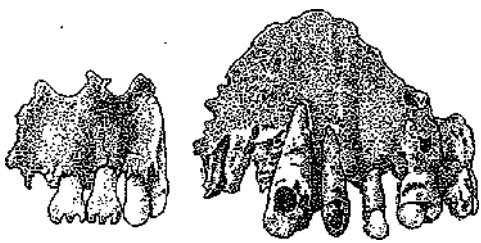


FIG. 44. — Mutilaciones dentarias olmecas. Según Comas.

3. *La Cultura*

Lo más característico de la cultura olmeca es su arte magnífico de tipo naturalista. Como ha expresado Miguel Covarrubias, se trata de un arte que posee simplicidad y realismo sensual en las formas, fuerza y espontaneidad en sus conceptos [7]. Lo cúal es ya un indicio de que sus raíces se hallan, efectivamente, en la Etapa Formativa.

Los *Olmecas* trabajaron la piedra y el barro [8]. Sin emplear los metales y con sólo instrumentos de piedra, supieron dar forma al jade, a la serpentina, al basalto. Tallaron hermosos altares con un nicho al frente y una figura humana que parece salir de la cavidad (Lám. XXV). Las cabezas colosales, de las que se conocen varias, representan otro tipo de talla de los antiguos *Olmecas*; desgraciadamente, todavía no sabemos nada de su fun-

ción (Lám. XXVI). Las estatuas son numerosas, y no pocas de ellas tienen carácter humano o felino. Cuando figuran al Hombre, representan por lo general un tipo rechoncho, de cara mofletuda, ojos mogoloides, narices anchas, labios gruesos y cabeza con apariencia de palta o aguacate. Hay otras representaciones de seres míticos que parecen cachorros de jaguar humanizados, así como enanos jorobados y otros seres deformes. Covarrubias ha expresado opinión en el sentido de que estas figuras representan espíritus de la selva, al igual que los famosos *chaneques* que todavía pueblan la imaginación de los indios de las costas de Veracruz. Especialmente el folklore de los *Popolocas de Veracruz* está plagado de referencias a ellos [9].

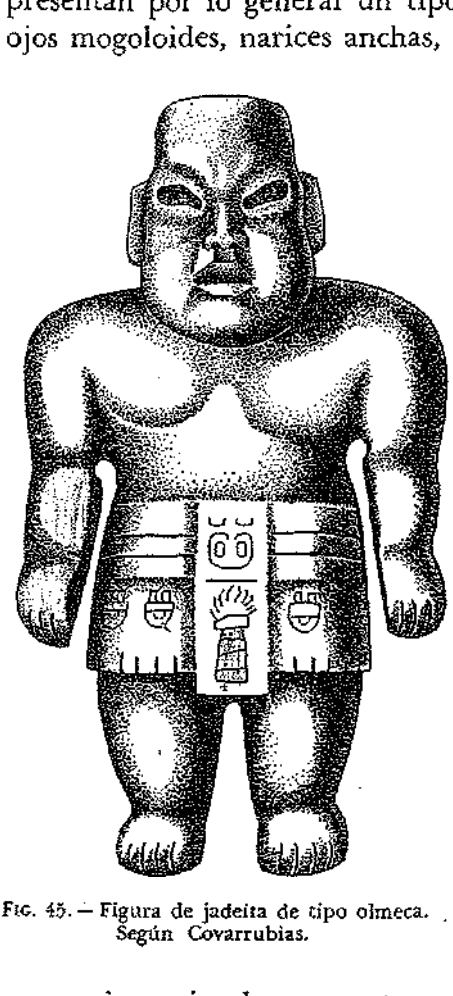


FIG. 45. — Figura de jadeita de tipo olmeca. Según Covarrubias.

A juzgar por los personajes representados, los hombres vestían taparrabo, que naturalmente era de tela. Gruesos cinturones con grandes hebillas, cascos y barboquejos. Las mujeres, capas y enaguas cortas. Ambos sexos se adornaban con orejeras circulares o rectangulares, pulseras, collares, pectorales, adornos frontales y tocados de varias clases, aunque siempre fantásticos. Usaban, además, el tatuaje y la pintura facial.

Los *Olmecas* parecen haber sido los primeros americanos que usaron el jade, que es una piedra durísima (Fig. 45). Pese a ello, y a carecer de metales, lo trataron como si fuera una

sustancia plástica, fabricando con ella la mayor parte de sus adornos. Y los fabricaban en cantidades tan grandes, que en un solo lugar Stirling encontró nada menos que 782 piezas enterradas juntas.

No conocemos el tipo de vivienda de nuestros *Olmecas*. Mas, es casi seguro que vivían en modestos ranchos hechos de material deleznable. Desde los tiempos preclásicos hasta nuestros días, la vivienda del común de las gentes ha cambiado poco.

Tampoco se conocen palacios ni templos de piedra. Sin embargo, los altares estaban sin duda destinados al culto. Y lo mismo habrá sucedido con las numerosas figurillas de jade y las representaciones del jaguar.

De entre las varias costumbres funerarias olmecas podemos mencionar el entierro de cráneos en ollas, y el de grandes personajes en sarcófagos de piedra.

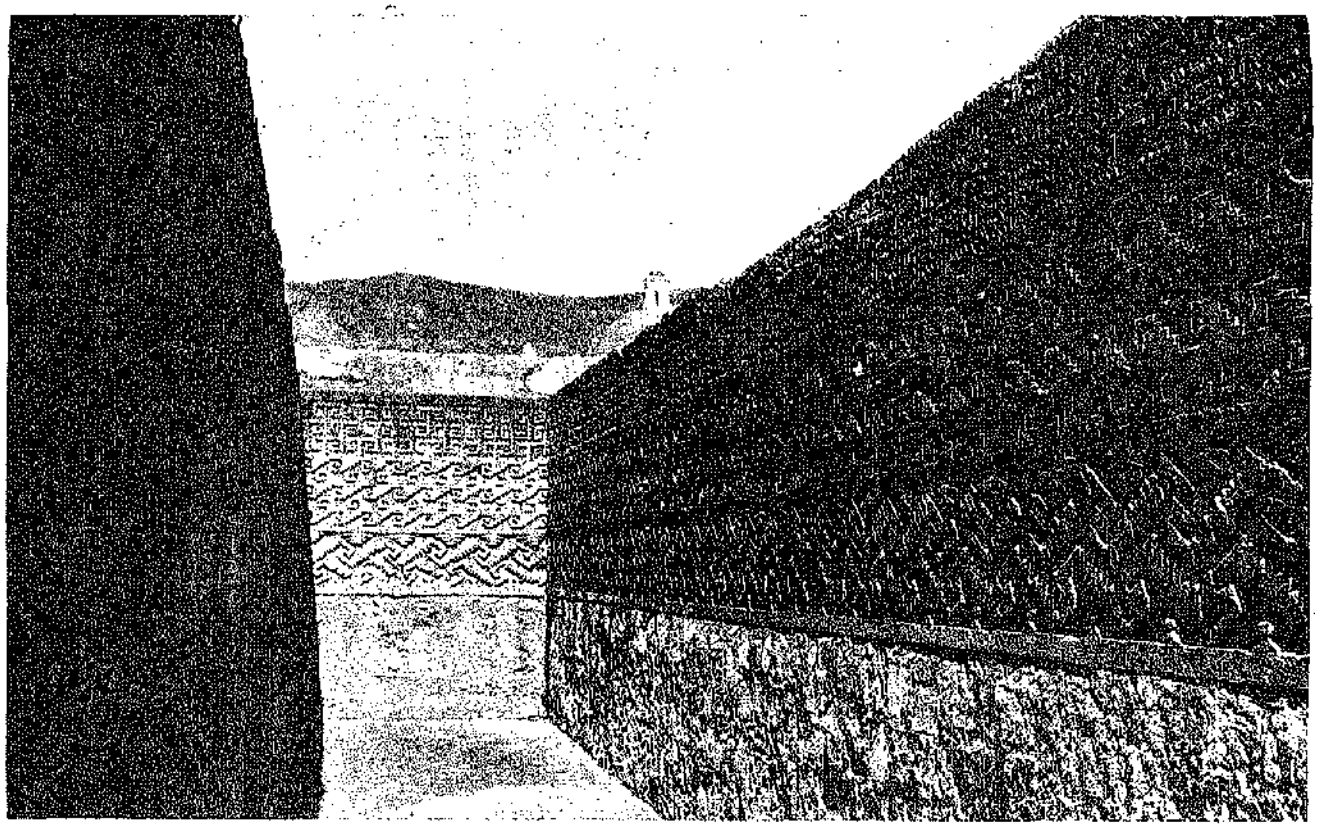


LÁMINA XXIX.— *Civilización Zapoteca. Una de las cámaras del Palacio de* Mitla *(Oaxaca).* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

LÁMINA XXX. — *Civilización Zapoteca.* Monte Albán. *La Gran Plaza.* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

III. EL VIEJO IMPERIO MAYA

1. *Generalidades*

Por analogía con lo que es usual en la historiografía del antiguo Egipto, la larga historia cultural de los prehispánicos *Mayas* ha sido dividida en dos grandes períodos que idénticamente son conocidos como Viejo y Nuevo Imperio.

Mas, debemos dejar bien sentado que esas denominaciones carecen de significado político; verdaderos imperios no los ha habido nunca entre los *Mayas*. Durante el primero de dichos grandes períodos, el llamado Viejo Imperio que es el que interesa aquí, el conjunto de habitantes de las diversas ciudades mayas constituía una entidad homogénea, que hablaba una sola lengua, adoraba a los mismos dioses y gozaba de un mismo estilo de vida; pero carecía de unidad política. De ahí que aplicar a los *Mayas* el término "imperio", tenga un significado puramente convencional.

La época del florecimiento de ese Viejo Imperio suele encuadrarse entre los 300 y los 900 de nuestra Era. Cae, por tanto, y en su integridad, dentro del lapso que generalmente se asigna a la Etapa Clásica. Además, la cultura que a la misma corresponde es una civilización clásica por excelencia.

Es casi seguro que en su clásica forma, la cultura maya se originó en el Departamento del Petén, en la actual Guatemala, región que constituye la parte central de territorio maya, y donde están las ruinas de sus más antiguas ciudades. Es también

allí que se encuentran los monumentos fechados más antiguos y más recientes, que son de claro estilo maya. Y cuyas fechas oscilan entre los 320 y los 909 años de nuestra Era [1].

El hecho de que en una región periférica —la Olmeca— se hayan descubierto dos monumentos fechados por el mismo sistema maya de barras y puntos y que ostentan, además, fechas que son anteriores a las más antiguas de la Región Maya propiamente dicha [2], ha hecho suponer a varios autores que el calendario y la escritura que hoy llamamos mayas, se hayan originado en la Región Olmeca. En realidad, es altamente probable que el asunto se desarrollara, efectivamente, así. Mas, de ello no debe inferirse, como alguna vez se ha hecho, que la civilización maya en su forma clásica, haya igualmente surgido allí. Y no debe inferirse esto, porque es en principio posible, y hasta lógico y común, que en toda cultura haya siempre uno o varios elementos que tienen origen distinto al del resto. Además, en la Región Olmeca, los mencionados monumentos no van acompañados de otros elementos típicamente mayas, como la falsa bóveda, la escultura o la arquitectura. En cambio, en El Petén, aparece todo ello conjuntamente. Sin contar que en los monumentos de marras, el modo de fechar lleva la impronta de lo arcaico.

FIG. 46. — La célebre estatuita de *Tuxtla*.

Por otra parte, toda la costa occidental del Golfo ha sido antiguamente hábitat de pueblos mayoides. Lo eran los *Huaxtecos* del extremo norte. Lo eran los *Totonacos* del centro. Y lo

eran los *Olmecas* del sector meridional. Por lo tanto, nada de particular habría en que uno o veinte elementos culturales de entre los que posteriormente integraron la civilización maya, se hubiesen originado en alguno de esos sectores. O en los Altos de Guatemala, que es otra región mayoide, y donde hay igualmente un monumento fechado que de aceptarse definitivamente su lectura, datería del año 29 de nuestra Era [3]. Es decir, que es también anterior en varios siglos a la más antigua inscripción del área central. De todo lo cual surge que el descubrimiento del calendario y escritura que llamamos mayas es anterior a la cristalización de la civilización maya, y anterior también a la cultura Olmeca.

Para el estudio de la clásica cultura maya sólo podemos servirnos de los resultados de la investigación arqueológica. Pues, carecemos de toda fuente documental escrita fuera de la epigrafía presente en los monumentos, y de ésta sólo podemos interpretar algunos glifos aislados, fuera de los que corresponden a fechas. Las tradiciones todavía vivas en la población actual, o las que fueron anotadas en los primeros siglos del período hispánico, son demasiado generales o se refieren a la parte norte de Yucatán, donde tuvo su centro el segundo gran período que conocemos como Imperio Nuevo. Sin contar que los *Mayas* todavía existentes al sobrevenir la conquista española, hacía tiempo que habían perdido todo recuerdo de la época anterior.

Hasta las viejas ciudades donde se desarrollara la vida cultural del Viejo Imperio, habían desaparecido por completo, y sus ingentes ruinas se hallaban recubiertas por densa selva tropical. Es por esto que cuando Hernán Cortés, el célebre conquistador de México, atravesó en diagonal el territorio del Viejo Imperio, allá por los años de 1524 y 1525 en su expedición a Honduras-Hibuera, no vió signo alguno del antiguo esplendor cultural, no obstante de haber pasado muy cerca del emplazamiento de varias de sus grandes ciudades [4]. Y es por esto también que medio siglo después, cuando el Oidor de la Real Audiencia de Guatemala, Don Diego García de Palacio, comu-

nica al Rey de España, en su carta de 1576, su descubrimiento de las ruinas de la vieja ciudad maya de *Copán*, en la actual Honduras, tiene que confesarle ignorar quiénes podían haber sido los constructores de tan "soberbios edificios". Sus búsquedas para averiguarlo le habían resultado infructuosas, habiéndose limitado los ancianos y caciques comarcanos interrogados a expresar que "no habían levantado ellos ni sus mayores tan estupendas fábricas" [5]. Y es que el Viejo Imperio terminó con un abandono completo de sus ciudades meridionales.

Después de los débiles intentos de averiguación del Oidor García de Palacio, hemos de llegar hasta la segunda mitad del siglo XVIII para ver que alguien se interese por resolver el enigma de las viejas ciudades muertas. Fuera de las ciudades del Nuevo Imperio situadas todas al norte de Yucatán, sólo se sabía de algunas otras que, como *Palenque* y *Copán*, se hallaban en la periferia del área ocupada por el Viejo Imperio. Se tenía también noticia de la existencia de otras que estaban perdidas en la inmensidad de las selvas del Petén [6]. Y fué la Corona de España la que primeramente mostró deseos de que se aclarara el misterio. Así, Antonio del Río es comisionado en 1786 por el Rey para que explore las ruinas de *Palenque*, descubiertas poco antes. Y en relación que posteriormente produce el comisionado, declara haber cumplido fielmente con su cometido, ya que había removido todos los cuartos y levantado todos los pisos de la abandonada ciudad. Exageraba un tanto, felizmente, el explorador. Había ido acompañado de un arquitecto guatemalteco, Ricardo Almendáriz, quien agregó al informe una serie de 30 dibujos de las ruinas [7]. Fué luego un capitán Dupaix quien fuera nuevamente comisionado por el Rey para explorar diversas partes de México y, entre ellas, *Palenque*. En el informe producido luego se compara a México con Egipto, mas sus consideraciones al respecto carecen de interés; lo mejor son de nuevo las figuras del dibujante Castañeda [8]. Sigue Federico J. M. de Waldeck (1766-1875), el famoso y longevo aventurero que se titulara a sí mismo "la primera persona competente que se haya ocupado de las ruinas de la

América Central". Al parecer estuvo algún tiempo en *Palenque*, y no sabemos si también en *Copán* [9]. Finalmente, entre 1831 y 1836, el coronel Juan Galindo visita también las ciudades de *Palenque, Utatlán* (Lám. XXXVI) y *Copán*. Y en el informe que fecha en la última ciudad, a 19 de junio de 1834, se hace también eco de la ignorancia de los moradores de la zona respecto "del origen e historia de los monumentos de la antigüedad". Él mismo atribuye la ciudad muerta a un fabuloso "Imperio" que habrían creado los *Chortís*, indígenas de estirpe maya que todavía pueblan la región [10].

Después de estos iniciadores, entre los años de 1839 y 1842 se producen los dos viajes del norteamericano John Ll. Stephens (1805-1852), que va acompañado del dibujante inglés Catherwood. En el primero de ellos visita, entre otras ciudades, a *Copán, Quiriguá* y *Palenque*. A su regreso publica dos libros de viaje, que si bien en su mayor parte se limitan a relatar aventuras más o menos corrientes y divertidas, las descripciones y referencias que en ellos se hacen a las ruinas visitadas son de carácter ya más objetivo que las anteriores [11]. Además, tienen la virtud de entusiasmar a muchos lectores, y de atraer diversos estudiosos hacia el mundo todavía enigmático de los antiguos *Mayas*. En tanto, las ciudades de *Tikal* e *Ixkún*, situadas en el corazón mismo del Petén y exploradas por el coronel Justo Méndez [12], se agregan a las ya conocidas de *Copán* y *Quiriguá*.

Ello no obstante, no es sino hacia fines de siglo que comienzan las exploraciones y excavaciones plenamente científicas que todavía perduran en la actualidad. Las realizan toda una pléyade de investigadores, como A. P. Maudsley, T. Maler, Eduard Seler, Alfred M. Tozzer, Herbert J. Spinden, Paul Schelhas, Hermann Beyer, G. B. Gordon, Frans Blom, J. A. Mason, Sylvanus G. Morley, etc., etc. Al mismo tiempo, una serie de beneméritas instituciones como la Carnegie Institution de Washington, el Museo de la Universidad de Filadelfia, el Museo Peabody de la Universidad de Harvard, la Universidad Tulane de Nueva Orleans y el Instituto Nacional de Antropología e Historia de Mé-

xico, financian los trabajos. Y es con los resultados obtenidos por esa conjunción de fuerzas que es hoy posible dar una pequeña síntesis de la historia cultural de los antiguos *Mayas*.

2. *Los Portadores*

A pesar de ser más de 60 las ciudades mayas conocidas que tienen inscripciones relativas al Viejo Imperio, y otras tantas las demás, son extraordinariamente pocos los restos osteológicos que han podido llegar hasta nosotros en condición de ser utilizados para establecer las características antropológicas de sus antiguos habitantes. La causa reside, sobre todo en el hecho de que el clima, húmedo y cálido, es decididamente contrario a la conservación de esta clase de restos. Los huesos largos, por ejemplo, que sirven de base para establecer la estatura que tenían en vida los individuos, aparecen por lo general reducidos a polvo. A lo cual se agrega que los cráneos, cuando por un milagro se han podido conservar, están en su casi totalidad deformados artificialmente.

Tal es el caso, por ejemplo, de dos calaveras desenterradas por Gann en *Nohmul* (Belice). Las mismas estaban totalmente deformadas y en tan pésimas condiciones de conservación, que casi ninguna de sus medidas es aprovechable [13]. O los numerosos entierros descubiertos en *Uaxactun*; de los 116 de que da cuenta A. L. Smith, su descubridor, sólo en 20 casos se pudo comprobar si existía o no deformación artificial, lo cual es un evidente indicio de su estado [14]. Algo mejor es la situación de los restos extraídos del Cenote de los Sacrificios de *Chichen Itzá* que estudiara Hooton [15]. Pues ahí, entre los restos pertenecientes a 42 individuos, se pudo al menos determinar que los cráneos eran uniformemente braquioides, aún en los pocos casos en que no se evidencia deformación alguna, y que la estatura calculada sobre la base de cuatro fémures oscilaba entre los 158 y 167 cm. los hombres y los 145 y 148 las mujeres. Claro que este material

ha de proceder del Nuevo Imperio, donde las invasiones mexicanas han de haber elevado la estatura.

Las numerosas representaciones de la figura humana que los antiguos *Mayas* esculpieron en sus monumentos o pintaron en sus códices, puede también servirnos para fijar el tipo antropológico de los *Mayas*. Ellas nos muestran un tipo de hombre más bien rechoncho, de cabeza deformada en sentido fronto-occipital, y con una nariz grande y convexa (Fig. 47). Caracteres éstos que de manera general, se pueden reconocer tanto entre los restos antiguos como entre las poblaciones vivientes.

FIG. 47. — Clásica cabeza maya de barro.

Porque es del caso anotar que todavía en la actualidad la región donde floreciera la civilización maya del Viejo Imperio, está habitada por numerosas gentes que hablan la antigua lengua de los *Mayas*.

La división lingüística más usual de los actuales *Mayas* incluye en una sola familia lingüística al conjunto de indios de esta estirpe. Esta familia se divide en tres ramas: Huaxteca, Quiché y Maya propiamente dicha. De las tres ramas, la primera se separó, o fué separada del resto, en época aún anterior al surgimiento y fijación de la civilización maya, y no tomó parte, por tanto, en el florecimiento cultural de nuestros indios. La segunda corresponde a los *Mayas* de los Altos de Guatemala, que se distinguían culturalmente de los *Mayas* propiamente dichos, únicos que interesan aquí. Estos últimos ocupaban tanto el norte de la península de Yucatán como el Petén y otras zonas vecinas, y han sido ellos los portadores de la clásica civilización maya.

Los *Mayas* centrales son los que mejor han sido estudiados desde el punto de vista antropológico. F. Starr, por ejemplo, pudo medir y observar una serie de 100 varones y 25 hembras [16]. M. Steggerda, por su parte, estudió dos series, una compuesta por 77 hombres y 56 mujeres, y otra con 128 y 94, respectivamente [17]. El resultado fué que la estatura media de estos 305 hombres era de 155 cm., y la de las 175 mujeres 142. Es decir, una talla baja que es la que corresponde al tipo Centrálido.

La cabeza es en las tres series corta o braquioide, con un índice cefálico horizontal medio de 85 los hombres y 87 las mujeres. La nariz, por su parte, ostenta un índice que se encuentra alrededor de los 67, lo cual nos indica que es leptorrina. En cuanto a su forma, frecuentemente convexa, puede observarse en las fotos que publican varios investigadores [18]. Y hasta entre los componentes de un grupo de mayas supérstites, los *Choles* del Estado mexicano de Chiapas, la nariz de perfil convexo se encuentra en un 66 por ciento de la población estudiada [19].

Interesante es también que los antiguos *Mayas* no sólo se deformaban la cabeza, sino que también los dientes; unos y otros con fines de embellecimiento personal. En el gran cementerio maya de la isla de Jaina, por ejemplo, se han encontrado tanto las incrustaciones de pequeños disquitos de jade en los incisivos superiores, como el aguzamiento en punta o doble punta de los dientes delanteros [20]. También en *Uaxactún* ocurren ambas cosas. Con la diferencia de que aquí aparece también la mutilación dentaria en ángulo agudo [21].

3. *Historia y Cultura*

La civilización de los *Mayas* del Viejo Imperio se caracteriza por una serie de caracteres muy especiales. Y entre ellos por poseer las cuatro características siguientes: 1) una escritura jeroglífica en la que se reflejan un calendario y una cronología particulares; 2) una arquitectura que emplea la bóveda en sale-

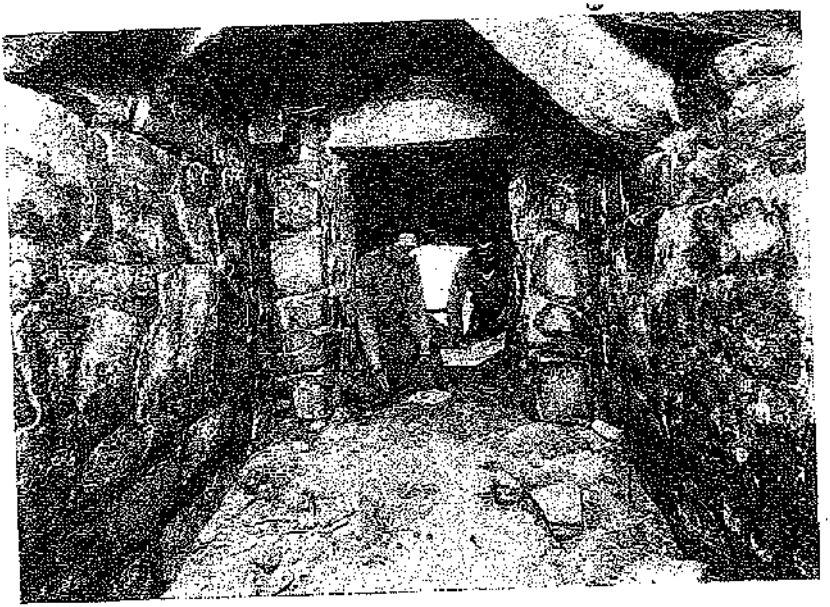
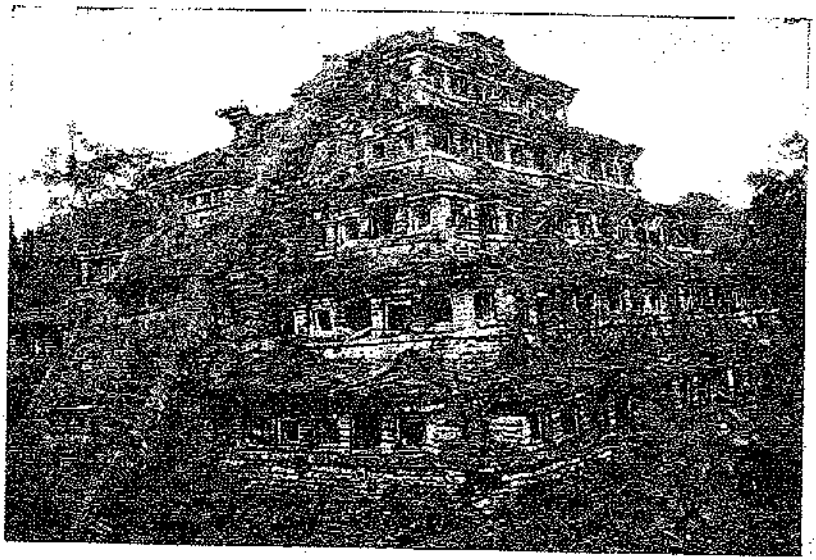


LÁMINA XXXI. — *Civilizaciones Mixteca y Zapoteca.*
a) *Tumba N. 7 de* Monte Albán *(Oaxaca).*
b) *Antecámara de una tumba Zapoteca.*



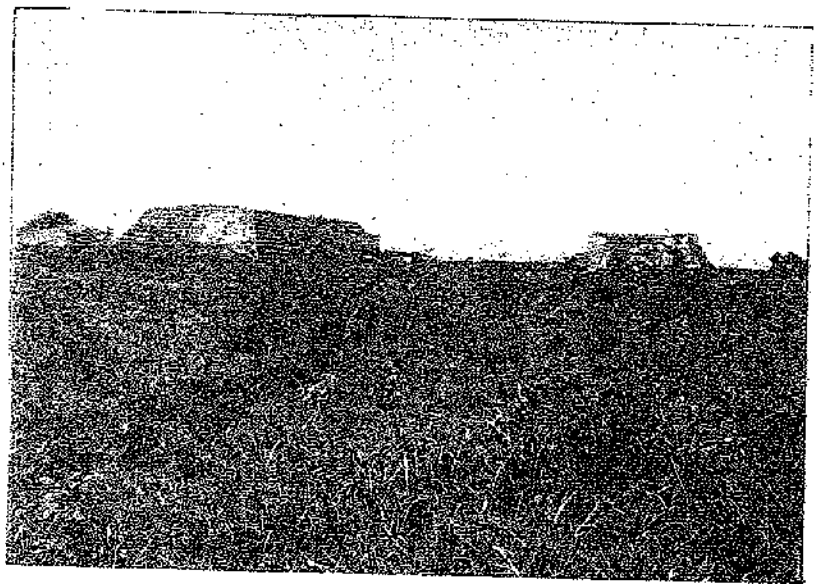


LÁMINA XXXII. — *Civilización Totonaca.*
a) *Pirámide de* El Tajín.
b) *Vista de* Zempoala.

dizo o falsa bóveda (Lám. XXVIII *b*); 3) la escultura de estilo llamado maya, y 4) un arte cerámico que se presenta en dos grandes fases conocidas por Tzakol y Tepeu, respectivamente.

A comienzos del siglo IV de nuestra Era, la conjunción de estos cuatro elementos aparece primeramente en *Uaxactun*, al norte del Petén. Desde ahí se extiende, con paulatino impulso, en todas direcciones. La buena costumbre que tuvieron los *Mayas* del Viejo Imperio de colocar estelas con fechas en sus grandes centros cívico-religiosos, nos permite hoy día seguir la difusión que esta cultura tomó entre las sociedades formativas que ocupaban la península de Yucatán y regiones vecinas.

Cómo era el sistema cronológico que se grababa en esas estelas, en dinteles y en otros monumentos, cuál su correlación con el sistema cristiano, se verá con mayor detalle en otra parte de este libro, en la Séptima, donde tratamos de las últimas realizaciones de los *Mayas*. Por ahora bastará con tener presente que en cada inscripción calendárica figuran cinco cifras esenciales, las que en conjunto recuerdan el número de días transcurridos desde una fecha inicial, situada muy atrás en el tiempo, y el día de la erección de la estela. Entendiéndose que la primera cifra alude al número de bactunes, o períodos de 144.000 días; la segunda al número de katunes, o unidades de 7.200 días; la tercera al número de tunes, o años de 360 días; la cuarta al número de meses de 20 días, y la quinta al número de días aislados. Las cifras mismas se representan mediante puntos o disquitos que tienen valor de 1; las barras con el valor de 5, y cabezas humanas o de seres místicos con distinto valor.

La vida de los antiguos *Mayas* transcurría en torno a sus ciudades. En realidad, eran ciudades de carácter muy particular. Todas ellas constan de una o varias plazas alrededor de las cuales se agrupan los grandes edificios cívico-religiosos. Pirámides escalonadas como base de templos, templos y altares ubicados sobre plataformas, canchas para el juego sagrado de la pelota, patios, palacios multicelulares que servían para albergar a los sacerdotes y a la clase noble, todo ello construído de piedra

labrada y ornamentada a veces con gran suntuosidad. Las viviendas del pueblo, en cambio, seguían edificándose con los tradicionales materiales comunes —palos y paja— y se situaban, diseminados, a mayor o menor distancia del centro ceremonial, según fuera la calidad del ocupante.

La más antigua de las ciudades del Viejo Imperio parecer ser *Uaxactun*, situada en el norte del Petén, y descubierta por Morley en 1916. Ha sido excavada durante doce años, de 1926 a 1937, por los especialistas de la Carnegie Institution, y puede considerarse por tanto como la mejor conocida de todas las ciudades mayas [22]. Es el centro urbano que posee la estela más antigua, la 9, que lleva grabada la fecha 8.14.10.13.15 (año de 328), y el que siguió erigiendo estelas hasta el mismo final del Viejo Imperio.

Tikal, situada algo al sur de *Uaxactun*, comparte con esa ciudad la gloria de haber sido el centro y nervio de la cultura maya. Su más antigua estela con fecha segura es bastante posterior a las primeras de la ciudad vecina. Pero el estilo de algunos monumentos, y sobre todo la llamada Placa de Leyden (Fig. 48), que se atribuye a está ciudad y que lleva fecha correspondiente al año 320 de nuestra Era (8.14.3.1.12), la convierten en la compañera inseparable de *Uaxactun*. Las estelas conocidas son aquí en nombre de 83, aunque no todas están esculpidas. *Tikal* tiene, además, los más altos monumentos de todo el territorio maya, alcanzando uno de ellos los 60 metros [23].

Copán ha sido llamada la "Alejandría del Mundo Maya", ya que parece haber sido un importante centro científico del Viejo Imperio. Algunos de sus monumentos así lo dejan comprender, como el Templo 22 que está dedicado al planeta Venus; el Altar Q, que tiene esculpidas las figuras de 16 astrónomos reunidos para arreglar el calendario, o la Escalera Jeroglífica que es de 62 peldaños cincelados con la inscripción más larga de todo el territorio maya (más de 1.500 jeroglíficos). Su más antigua estela pertenece al año 465 [24].

Oxkintok, situada lejos en el norte, en la parte occidental del

Estado de Yucatán, tiene una inscripción correspondiente al año 475 de nuestra Era. Es el Dintel 1, y sus jeroglíficos apuntan 9.2.0.0.0. Es interesante esto porque demuestra, en contra de lo que se creía antes, que la región donde posteriormente estuvo enraizado el Nuevo Imperio, hubiese estado despoblado en la época anterior [25].

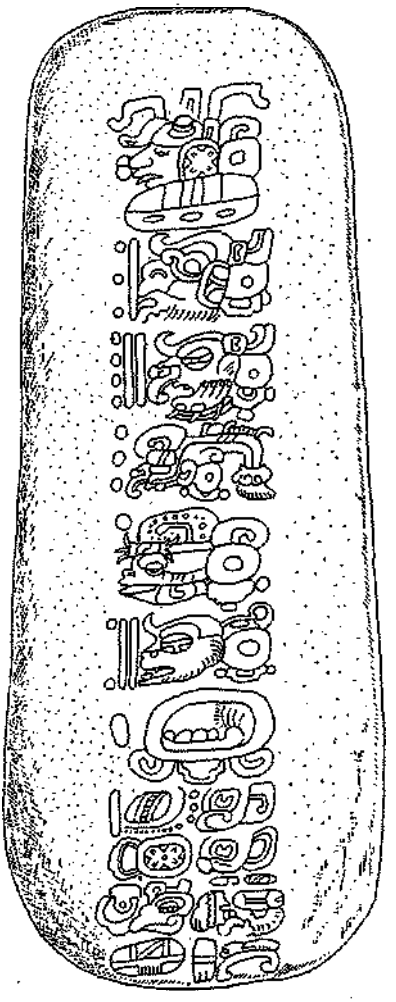


FIG. 48. — Reverso de la famosa Placa de Leyden. Según Morley.

Lo mismo demuestra la ciudad de *Tulum*, que está emplazada en la parte opuesta, la oriental, del mismo Estado de Yucatán. Su más antigua inscripción, la estela 1, corresponde al año 564 de nuestra era [26].

Cobá se encuentra también al nordeste de Yucatán, en el territorio de Quintana Roo. Su vida ha sido larga, pues teniendo estelas fechadas, las 4 y 6, con 9.9.10.0.0. (año 623), perduró hasta fines del Nuevo Imperio. La ciudad estuvo rodeada por un verdadero sistema de calzadas de piedra a nivel más alto que el suelo, el cual unía el centro ceremonial con sus dependencias más alejadas [27].

Palenque, que desde el siglo XVIII fuera tantas veces visitada, sólo en los últimos años ha entrado en la era de las excavaciones científicas. Primero por los esfuerzos del meritorio arqueólogo mexicano tempranamente desaparecido, Miguel A. Fernández (1890-1945), y en la actualidad por Alberto Ruz Lhuiller. Mas los trabajos se encuentran todavía muy atrasados.

Ello no obstante, se han verificado algunos hechos que parecen señalar que la ciudad estuvo fortificada [28]. Lo cual se explicaría por estar situada sobre la frontera del sudoeste, cercana al centro mexicano de perturbación [29].

En la misma región fronteriza del valle del Usamacinta estuvo también situada *Piedras Negras*. La ciudad ha sido excavada en una serie de campañas por el Museo de la Universidad de Filadelfia [30]. Sus moradores cultivaron sobre todo la escultura, y el magnífico Tablero Mural Nº 3 del Templo 0-13 se considera una de las obras maestras del arte escultórico de los antiguos *Mayas*. Es ciudad antigua, ya que tiene una inscripción 9.3.15.0.0, correspondiente a 514 (Lám. LXXI).

Calakmul es la ciudad que mayor número de estelas posee: 103. Sus habitantes tuvieron la costumbre durante mucho tiempo de erigirlas no sólo a fines de katún, como solían hacer las demás ciudades, sino que también al término de un medio katún, y aun a veces en varios ejemplares. Desgraciadamente, la calidad no acompaña la cantidad. La ciudad se encuentra en la parte central del Petén, y su más antigua inscripción es del año 514.

La mención de estas pocas ciudades será suficiente para demostrar que la civilización maya del Viejo Imperio tuvo una extensión muy grande, que abarcaba la totalidad de la península de Yucatán, aunque su centro de gravedad ha estado indudablemente en El Petén.

Particular de esta primera parte de historia maya son dos fases cerámicas bien características. La primera y más antigua es la llamada *Tzakol*. Sus rasgos más genuinos son la presencia de un reborde basal en las vasijas, y la decoración policroma que se presenta en número siempre creciente. Persisten, a pesar de todo, los elementos decorativos más antiguos, como la incisión y el modelado. Esta fase se supone que perdura hasta el año 633.

La fase segunda se ha denominado *Tepeu*, y es coincidente con los períodos medio y final del Viejo Imperio (633-950). El rasgo más característico de su cerámica está dado por las pinturas y por el pico vuelto hacia adentro que ostentan muchas

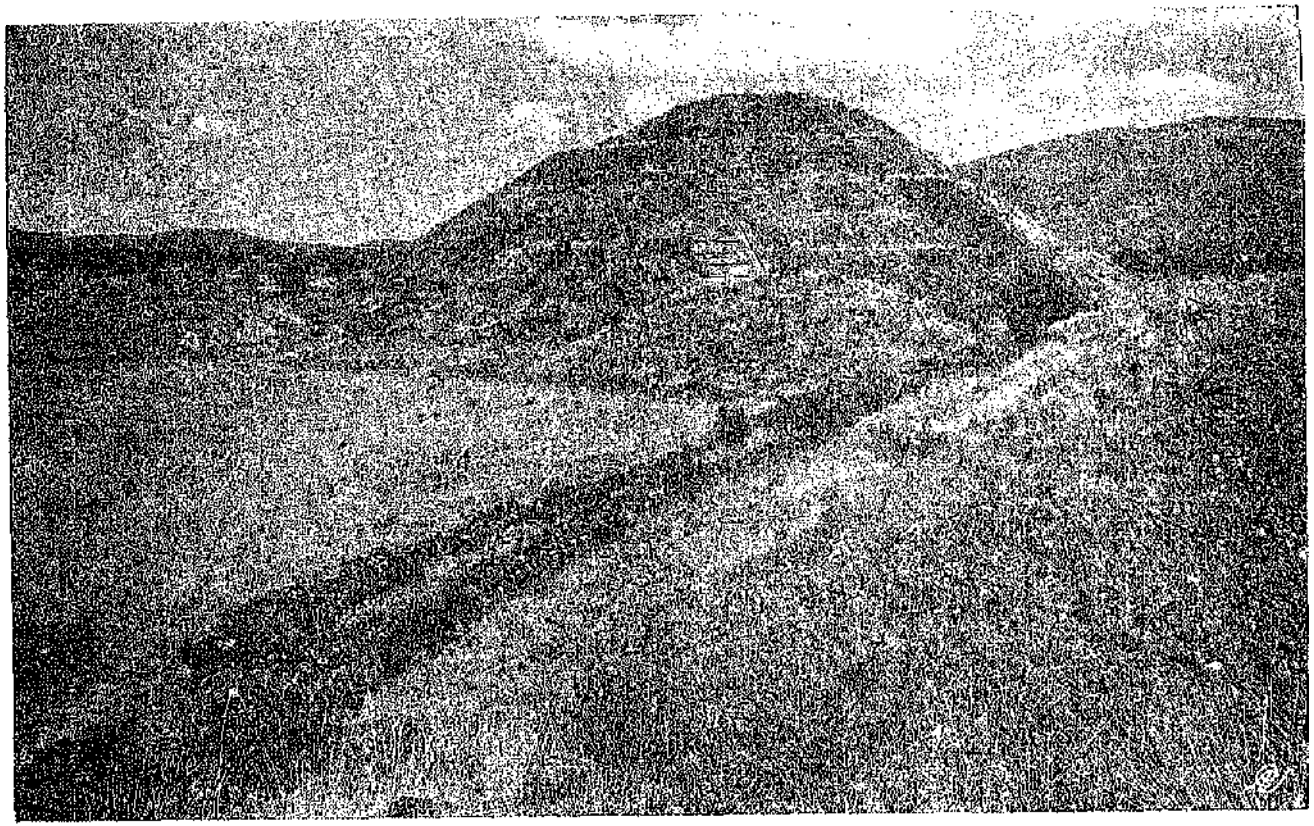
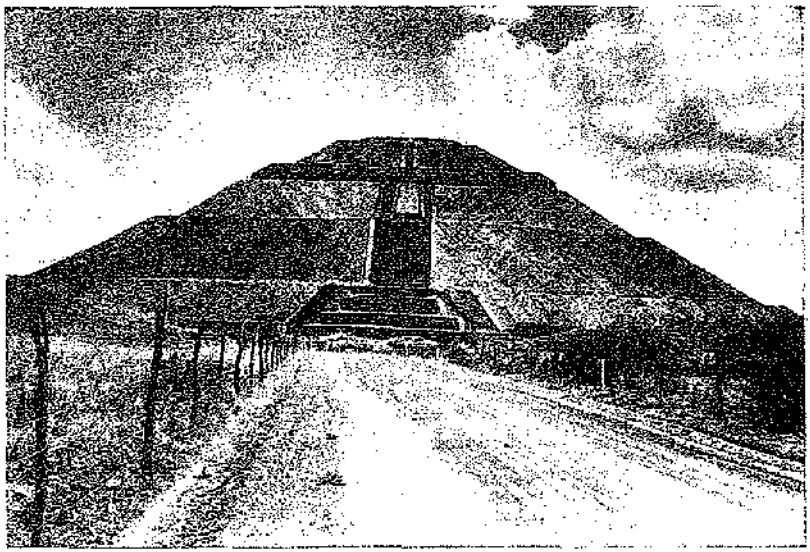


LÁMINA XXXIII. — *Civilización Teotihuacana. Pirámide de la Luna.* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)



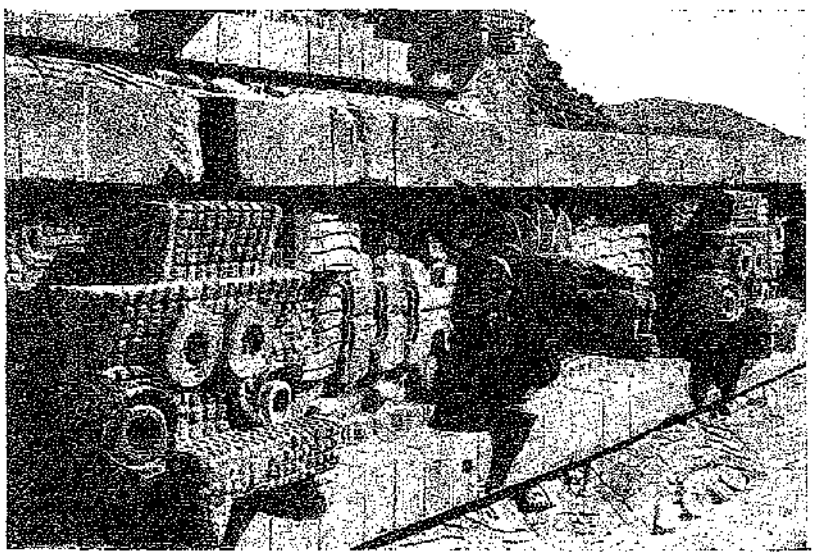


LÁMINA XXXIV. — *Civilización Teotihuacana.*
a) *Pirámide del Sol.*
b) *Detalle de la fachada del Templo de Quetzalcóatl.*

de sus vasijas. Se trata, por lo general, de escudillas y platos con soportes de tres pies. Hay hermosos vasos en forma de barril, que están bellamente decorados con figuras de insectos, jeroglíficos y las más diversas escenas de la vida diaria y ceremonial.

El resto de la cultura se tratará más detalladamente cuando hablemos del Nuevo Imperio.

Con el término del katún 4, del baktún 10, o sea, con la llegada del siglo x de nuestra Era, las viejas ciudades mayas dejan de erigir estelas y construir templos. Se abandonan los centros urbanos y ceremoniales. Todavía no se sabe bien lo que pasó, aunque no falten teorías explicativas. De acuerdo con ellas, el primitivo sistema de cultivo que usaban los *Mayas* habría fracasado (Morley); fuertes lluvias torrenciales habrían modificado la situación agrológica y producido un aumento en el crecimiento de la selva tropical (Huntington); se habrían producido miasmas y pestilencias, sequías espantosas, enfermedades y muertes; intensos movimientos sociales habrían dominado y acallado la clase noble y sacerdotal, y al faltar ésta, toda nueva inscripción y construcción en gran escala habría resultado imposible (Thompson). Lo único seguro es que se produce el abandono de las ciudades meridionales y que el centro de gravedad cultural y urbano que antes estuviera en el sur, se corre hacia la parte norte de la península de Yucatán.

Es posible que el abandono se debiera a una concurrencia de factores de orden distinto. Mas, creemos que entre ellos se debe situar una invasión de los pueblos bárbaros que desde el siglo VIII venían hostilizando los centros cívico-religiosos del Usumacinta. Es debido a las perturbaciones producidas por esos ataques que las ciudades del sudoeste se ven obligadas a fortificarse. Los síntomas de creciente belicosidad que se advierten a partir de la misma época en las sociedades mayas, tradicionalmente pacíficas, y la penetración de los sacrificios sangrientos en la religión, tienen la misma causa. Y sería muy extraño que el desplome de las viejas teocracias no se debiera a los mismos disturbios producidos por la definitiva invasión de elementos mexicanos.

IV. LA CIVILIZACIÓN ZAPOTECA

1. *Generalidades*

La historia del conocimiento de los antiguos *Zapotecas* y de su cultura, es la historia de la exploración de *Monte Albán*. Pues, antes de 1931, antes de las prolongadas y sistemáticas investigaciones arqueológicas que en la ciudad famosa emprendiera Alfonso Caso, sólo se sabía de estas cosas lo que por tradición indígena, oral y escrita, se había conservado. De la antigua cultura, por ejemplo, sólo conocíamos algunos rasgos de carácter general. Porque en lo particular, no se diferenciaba bien lo perteneciente a la civilización *Zapoteca*, de lo que era propio de los *Mixtecas*, sus vecinos por el oeste.

Los antiguos *Zapotecas* ocupaban, y sus actuales descendientes siguen en parte ocupando, la parte oriental del Estado de Oaxaca. Se trata de uno de los pocos pueblos que pese a haber reiteradamente despertado las ambiciones imperialistas de los dominadores *Aztecas*, pudo no obstante eludir la fatal absorción y perdurar bien diferenciado y con personalidad propia, hasta la época de la conquista española. De esta manera, su cultura desborda el marco de la Etapa Clásica, cuyo final suele situarse en el siglo x de nuestra Era.

En realidad, *Monte Albán* ya era conocida mucho antes de que Caso iniciara los trabajos de excavación. Viajeros diversos, como Guillermo Dupaix en 1806, y William H. Holmes en 1894, visitaron detenidamente el lugar en el siglo pasado, y publicaron

planos y vistas de algunos de sus monumentos [1]. Tampoco faltaron los intentos de excavación y restauración de la famosa metrópoli, como el del entonces inspector de monumentos don Leopoldo Batres, de hacia 1902, que también tuvo como resultado la publicación de una memoria con planos y vista panorámica de las ruinas [2]. Mas, pese a todos estos antecedentes, el dar a conocer el verdadero valor de *Monte Albán* para la arqueología mesoamericana ha sido la obra exclusiva de Alfonso Caso en cerca de 20 temporadas de intensa labor.

Monte Albán es un inmenso campo de ruinas (lámina XXX). Se encuentra sobre la cima de un monte que está situado a unos pocos kilómetros al sudoeste de la ciudad de *Oaxaca*. El lugar fué aplanado artificialmente para poder acomodar en él las numerosas estructuras cívico-religiosas: pirámides, templos, plataformas, patios, tumbas, etc., que se ven como serie de montículos dispuestos simétricamente alrededor de varias plazas.

La ciudad de *Mitla*, capital religiosa de los *Zapotecas*, es más reciente que *Monte Albán*. Es igualmente conocida desde tiempo atrás. Sobre todo los famosos palacios, con sus paredes adornadas con pinturas son archiconocidos [3], y sus vistas figuran en todos los viejos libros de antigüedades (Lám. XXIX). Sin embargo, también aquí fué Caso quien puso la nota distintiva.

Se ignora el origen de los *Zapotecas* como entidad étnica independiente. Por sus caracteres etnológicos pertenecen al gran grupo de pueblos del sur de México, entre los que están los *Olmecas* y los *Mayas* que ya hemos visto, y algunos otros que veremos después. Por lo tanto, no pueden haber venido de muy lejos. De acuerdo con sus tradiciones procederían del norte, muy probablemente de la costa de Veracruz. Y coincidente con esto, su cultura muestra afinidad con la Olmeca. Además, su paso por *Tehuacán* (Puebla) ha sido recientemente señalado en esas ruinas [4]. Está igualmente de acuerdo con esta tesis el que su primera capital oaxaqueña fuera *Teotitlán del Valle*, situada en el norte, la que posteriormente cambiaron por *Zaachila* o *Teozapotlán*, que se encuentra al sur.

De la historia zapoteca post-clásica, esto es, de la de los últimos siglos de vida independiente, se conoce una sucesión de cuatro reyes que reinaron hasta la llegada de los españoles. *Zaachila I*, el fundador de la dinastía última, combatió a los vecinos *Chontales* y *Mixes*. Su hijo *Zaachila II*, continuó las guerras empezadas por su padre y construyó fortalezas defensivas en varios puntos estratégicos. Su continuador *Zaachila III*, combatió a los *Mixtecas* y a los *Mexicas*, aunque no pudo impedir que los últimos se establecieran cerca de su propia capital. Y el cuarto y último rey, *Cosijoeza*, se unió a los *Mixtecas* para combatir a los *Aztecas*, sometiéndose luego a los españoles.

2. *Los Portadores*

Todavía no contamos con el estudio definitivo de los restos antropológicos extraídos de las numerosas tumbas excavadas en *Monte Albán, Mitla* y otras partes de la Región Zapoteca. Poseemos, en cambio, algunos datos antropométricos de la población actual. Y éstos no parecen distinguirse en sus caracteres de lo poco que sabemos de los restos antiguos.

En efecto, F. Starr trae las mediciones correspondientes a 100 hombres y 25 mujeres naturales de *Mitla*, e iguales cantidades de hombres y mujeres nativos de *Tehuantepec* [5]. La doctora Leche, por su parte, pudo medir a 50 varones de distinta procedencia que habían concurrido al mercado de la ciudad de *Oaxaca* [6]. La estatura media de los 200 hombres zapotecas de Starr es de 159 cm., y la de las mujeres 149. Los hombres de Leche resultaron ser en promedio algo más bajos, ya que sólo alcanzaron una talla media de 155 cm.

La cabeza es decididamente braquioide. El índice cefálico horizontal de los varones es igual a 81,0, y el de las mujeres a 82,2. Como a menudo suele acontecer, las mujeres son también aquí algo más braquicéfalas que los hombres.

La cara mostró estar de acuerdo con la braquicefalía y ser

también baja. El índice facial es algo superior a los 79. Mientras que la nariz es mesorrina, con un índice nasal de 81.

Lingüísticamente, los *Zapotecas* constituyen la familia del mismo nombre, del Grupo Macro-Otomangue. Se compone de las lenguas Zapoteca y Chatino. La primera se divide, a su vez, en tres dialectos distintos que son propios de los grupos de las montañas del norte, de los de las montañas del sur y de los de los valles centrales de la Región Zapoteca.

3. *La Cultura*

Según las investigaciones de Caso, de los cinco períodos arqueológicos que se han podido establecer en *Monte Albán*, sólo el III y el IV son decididamente zapotecas. El primero es aún formativo, y a él nos hemos referido en su correspondiente lugar. El segundo es intermedio; durante el mismo comienzan a fijarse los rasgos típicos de la civilización zapoteca. Y en cuanto al quinto y último período, parece estar relacionado con los *Mixtecas*.

La formación y el florecimiento de la civilización zapoteca se producen, pues, durante los períodos II, III y IV de *Monte Albán*. Es entonces que se construyen las numerosas tumbas que se encuentran tanto en la ciudad misma de *Monte Albán* como en las laderas de aquella montaña. Las de los períodos clásicos recubren a veces las más humildes de períodos anteriores. Por lo general, las paredes, los pisos y los techos están construídos de piedra. El techo suele ser a dos aguas, y como ajuar se encuentran urnas, sahumadores y cerámica de distinta forma y calidad, amén de múltiples adornos y cuentas de jade. En ciertas oportunidades, al abrirse las tumbas, se encontraba que los sahumadores aun contenían carbón y ceniza, y que en las fuentes había restos de comida [8].

Estas cámaras funerarias son a veces de una suntuosidad extraordinaria. La número 104, por ejemplo, tiene un complicado

frente de piedra labrada, con un tablero arriba en el que hay un nicho con una urna de barro adentro. Las paredes internas están recubiertas de estuco, y sobre el mismo numerosas pinturas policromas de intenso sentido simbólico. En cada pared se encuentra un nicho vacío, que Caso supone cumplía fines mágico-religiosos, como el de servir de morada perpetua a las almas de los personajes enterrados en la tumba (láminas XXII y XXIII *a*).

FIG. 49. — Urna zapoteca. University Museum de Filadelfia.

La escultura en barro es otra característica de la cultura zapoteca. Por lo general aparece en forma de urnas de barro gris, de hasta unos 75 cm. de altura, que representan figuras humanas y divinas sedentes, con los brazos sobre el pecho o reclinadas sobre las rodillas. Frecuentemente llevan máscaras y enormes tocados (Fig. 49). Las hay también que tienen figura de animal. A estas urnas se las encuentra por lo general en las tumbas, a pesar de que los entierros suelen ser en posición alargada de decúbito dorsal [9]. Los cráneos ostentan frecuentemente deformación artificial y mutilación dentaria.

La arquitectura zapoteca puede estudiarse en los templos y palacios de *Mitla* y *Monte Albán*. Los de *Mitla* son largas y más o menos angostas salas que cierran un patio cuadrangular. Hay cinco grupos de estos cuadrángulos. Los techos han desaparecido; pero es fácil advertir que era plano, sostenido, cuando la anchura de la sala así lo exigía, por enormes monolitos que sirvieron de columnas y dinteles. Las paredes internas están todas cubiertas con decoraciones de carácter geométrico (lámina

XXIX). En la época de la Conquista, el Sumo sacerdote, llamado *Vigaña*, tenía su residencia aquí. Durante todo el año debía guardar continencia; pero en oportunidad de ciertas ceremonias se le hacía entrega de vírgenes para que las fecundara. Y era algún hijo de estas mujeres el que luego heredaba la dignidad de *vigaña*.

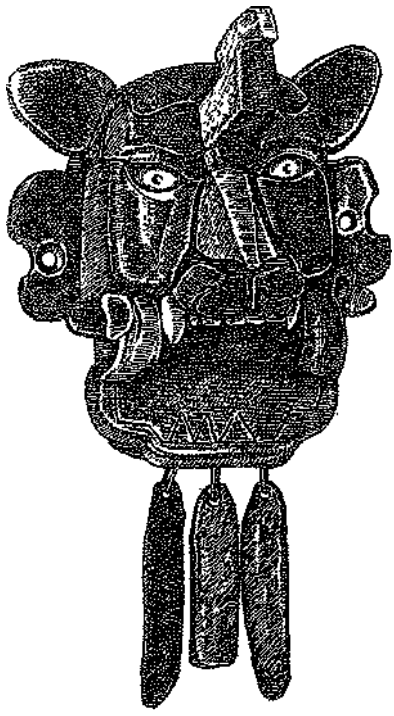


FIG. 50.—Representación en jade del Dios Murciélago. Procede de *Monte Albán II*. Según Acosta.

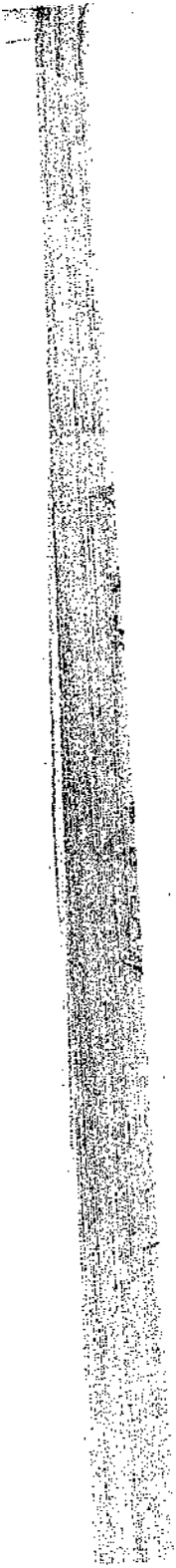
La religión de los antiguos *Zapotecas* sólo nos es conocida en sus líneas esenciales. Habían conservado el recuerdo antiquísimo de un Alto Dios al que llamaban con nombre distinto; *Pije-tao* es el más generalizado. Por sus atributos, esa divinidad suprema era "increada, sin principio ni fin". Por debajo de la misma había dioses más concretos y particulares, que tal vez sólo fueran advocaciones de la deidad principal, como *Copichja*, el Sol; *Cocijo*, el Rayo; *Cozaana* y *Nohuichana*, los creadores de hombres y animales; *Pitao Cozobi*, el dios del maíz, etc. Es probable que veneraran también al Dios Murciélago, a juzgar por sus numerosas representaciones en urnas, máscaras y figurillas. Y si consideramos que una lápida que se encuentra en Nueva York representa un sacrificio humano, habremos de admitir que estas horribles ofrendas no fueron tampoco desconocidas de la religión zapoteca [10].

La cerámica menor de los *Zapotecas* ostenta formas y calidades diversas (Lám. XXXI *b*). Interesante es la decoración grabada que aparece en escudillas y vasos trípodes, generalmente de barro gris, dotadas a veces de un baño negro [11]. De su cono-

cimiento del trabajo del jade, cristal de roca, obsidiana y concha tenemos muestras excelentes [12], y tampoco faltan referencias de su maestría en el arte textil, el plumario y la madera.

Los conocimientos astronómicos, el calendario y la escritura formaban parte plena de la cultura zapoteca, y su conservación y práctica estaba a cargo de los sacerdotes. Se conocía tanto el calendario ritual, de 260 días llamado *Pije*, como el civil de 365, distribuídos en 18 meses de 20 días y 5 suplementarios. Numerosos datos calendáricos aparecen en las numerosas estelas, y en ellos no se hace uso de una Fecha Inicial, situada muy atrás en el pasado, para señalar el tiempo transcurrido cual hacían los *Mayas*, sino que se emplea un sistema abreviado que está basado en el ciclo indígena de los 52 años. En cambio, tanto el calendario en sí, como la manera de representar las cifras mediante puntos y barras con el valor de 5 y 1, respectivamente, son similares al sistema maya.

Las estelas zapotecas contienen también datos históricos, mitológicos, etc., que todavía no han podido ser descifrados [13]. La escritura, que es de carácter ideográfico y, tal vez, fonético en parte, tiene también algún parecido con la maya, y es de las más antiguas de Mesoamérica [14] puesto que ella ya se encuentra en la Etapa Formativa.



V. LA CIVILIZACIÓN MIXTECA

1. *Generalidades*

La Región Mixteca, vecina occidental de la Zapoteca, no ha tenido la suerte de la última de ver atraídas hacia sí las miradas y los afanes de los arqueólogos modernos. Es cierto que tampoco se ha descubierto en ella ninguna de esas esplendentes zonas arqueológicas que tanto llaman la atención y que tan pródigas son en datos sobre la historia cultural indígena. A este respecto, casi las únicas excavaciones modernas realizadas dentro del habitat mixteca son las de Ignacio Bernal en *Coixtlahuaca.* A las que se debe agrégar lo descubierto en *Monte Albán V,* en *Mitla* y en *Yucuñudahui,* pero cuyos detallados informes todavía no se han publicado.

Los antiguos *Mixtecas* se consideraban autóctonos de la región que habitaban, que es el oeste de Oaxaca y partes colindantes de Puebla y de Guerrero. Y coincidente con ello, se tildaban de *Tay nuhu,* es decir, de "hombres de la tierra" [1]. En tanto que una de sus antiguas tradiciones trae su origen de una pareja de árboles que estaban a orillas del río Achiutla, donde se halla la ciudad sagrada del mismo nombre. De la misma manera, tanto los códices indígenas como el cronista Herrera, se refieren a la creencia que los antiguos *Mixtecas* tenían, de que sus antepasados habían nacido de árboles, ríos, lagunas y de la misma tierra [2].

Relativamente mal informados estamos sobre las culturas pri-

mitivas de la región. Sabemos, empero, que al período formativo de *Cerro Negro* que vimos en su correspondiente lugar, sigue luego el de *Yucuñadahui*, explorado por Caso y sus colaboradores [3], que corresponde a la Etapa Clásica. Lo demuestran los objetos allí encontrados, como la cerámica, las máscaras de tecalí y las pinturas que muestran relación con los períodos clásicos de *Monte Albán*. Se refieren también a esa misma época algunos datos históricos y genealógicos rastreados por el mismo Caso, y que se remontan hasta el siglo VII de nuestra Era [4]. Pero están ellos tan mezclados con hechos legendarios que de poco pueden servirnos para ilustrar el período.

Mejor informados estamos, en cambio, sobre el tercer período de evolución cultural mixteca, que ya corresponde a la Etapa Postclásica y protohistórica. Pues, tanto *Coixtlahuaca* como *Monte Albán V*, pertenecen a ese período.

Coixtlahuaca, o *San Juan Bautista de Coixtlahuaca* en su nombre completo, está situada en la Mixteca Alta, en la parte noroeste del Estado de Oaxaca, a unos 1.500 metros sobre el nivel del mar. El pueblo actual está edificado sobre las ruinas de otro anterior, y la espléndida iglesia que data del siglo XVI se levanta sobre una pirámide antigua. El lugar está bordeado por cerros al este y al oeste, y sobre los mismos se ven ruinas antiguas. Las principales llevan el nombre de *Inguiteria*, y es allí donde se practicaron las primeras excavaciones.

Comenzadas éstas en 1945, se han proseguido en dos temporadas. Los resultados hasta ahora obtenidos indican que *Coixtlahuaca* fué un centro ceremonial y lugar de habitación al mismo tiempo. Y que los restos hallados pertenecen a una sola época de ocupación, que es la que corresponde a los últimos siglos anteriores a la conquista española [5].

En cuanto a las partes mixtecas de *Monte Albán*, o sea, Monte Albán V, ellas fueron excavadas por Alfonso Caso y pertenecen también al tercer período cultural mixteca. El descubrimiento de la magnificente tumba número 7 ha sido el resultado principal de estos trabajos.

Este último y tercer período de evolución cultural mixteca, se produjo sin duda a consecuencia de una invasión de pueblos Nahuas o nahuaizados venidos del norte, que son los que dieron carácter a la Etapa Postclásica. Ha de haber acontecido ello poco después del año 900, cuando el rey mixteca *9 Viento* "Cráneo de Piedra", funda la primera dinastía de *Tilantongo* [6]. Por esa época, se nota en la Región Mixteca una influencia tolteca siempre creciente, al tiempo que los *Mixtecas* influyen culturalmente sobre los *Toltecas*. A esa época de influencia tolteca debemos también la corrección calendárica efectuada por el rey *5 Lagarto* "Tlaloc-Sol" en el año de 973 ó 985, por la cual las viejas denominaciones de los años que hasta entonces fueran de estilo zapoteca, toman el carácter que tienen en el posterior calendario azteca. Casi simultáneamente se producen intensas luchas con los *Zapotecas*, y es sin duda a consecuencia de éstas que se hubo de producir la ocupación mixteca de *Monte Albán*. Más tarde, hacia el siglo XV, los *Aztecas* atacaron repetidamente a los *Mixtecas*, y no siempre con favorable fortuna. Como cuando el rey mixteca *Atonal* derrota a un poderoso ejército azteca invasor que enviara el emperador *Moctezuma Ilhuicamina*. Pero a la postre, y ya muy cerca de la conquista española, los *Mixtecas* son definitivamente vencidos y se convierten en tributarios del Imperio Azteca.

De este mismo período, los códices nos han conservado numerosas listas genealógicas y datos biográficos de las distintas dinastías que reinaron en los diversos principados mixtecas, que felizmente se pueden ya en gran parte interpretar, debido sobre todo a los esfuerzos de Alfonso Caso. A consecuencia de ello se da la curiosa situación de que la Mixteca que arqueológicamente nos es deficientemente conocida, esté en mucho mejor situación desde el punto de vista histórico.

2. *Los Portadores*

Aún no se han publicado los datos osteológicos correspondientes a los restos humanos extraídos de *Coixtlahuaca* y otros yacimientos arqueológicos mixtecas, y no sabemos por tanto de manera exacta cómo eran los antiguos *Mixtecas*. Disponemos, empero, de suficientes mediciones en el vivo para saber al menos cuáles son los principales caracteres físicos de sus descendientes. Y no es probable que éstos se diferenciaran mucho de sus antepasados.

Respecto de la población actual, hace ya unos decenios que Starr dió a conocer las medidas de 100 hombres y 25 mujeres naturales de *Yodocono*, Oaxaca [7]. Posteriormente, la doctora Leche relevó antropométricamente otros 78 varones procedentes de distintos lugares de la Mixteca que habían concurrido al mercado de la ciudad de *Oaxaca* [8]. Y Javier Romero agregó finalmente los datos correspondientes a otros 45 nativos de *Tilantongo* [9]. La talla media de estos 223 hombres resultó ser de 155 cm., y la de las mujeres 147 [10]. Por lo tanto, la talla es baja y encaja bien en lo que es común entre los pueblos del sur de México. Además, deberemos admitir que la invasión de los pueblos del norte, que son de mayor estatura, no puede haber sido muy grande en la Mixteca, toda vez que no llegó a modificar la talla de sus antiguos habitantes.

La cabeza es en las tres series corta o braquioide, ya que el índice cefálico horizontal de los varones se encuentra en los 82 [11]. Las mujeres de Starr parecen serlo menos, ya que su índice sólo alcanza los 80,2.

Como era de esperar, la cara es coincidentemente baja; el índice facial se encuentra alrededor de los 83. Por su parte, el índice nasal indica nariz mesorrina.

Por su lengua, los *Mixtecas*, junto con tres pequeños pueblos, los *Triques*, los *Cuicatecos* y los *Amusgos* constituyen la familia lingüística Mixteca [12]. Ésta, a su vez, está relacionada por una

parte con la familia Zapoteca, y por otra con la Otomí-Mangue. Y el conjunto constituye el Grupo Macro-Otomangue.

3. *La Cultura*

La religión de los *Mixtecas* guarda semejanza con la de los otros pueblos del sur de México. El santuario principal se encontraba en *Achiutla*, la ciudad sagrada. Ahí vivía el sacerdote principal, cuya dignididad era hereditaria. En el santuario se veneraba una gran esmeralda, a la que daban el nombre de *Corazón del Pueblo*, y el Sumo Pontífice era el encargado de dar a conocer los oráculos que le dictaba la divinidad. Deidades menores eran *Nituayuta*, dios de la generación; *Yozotoyua*, dios de los mercaderes; *Cohuy*, dios del maíz, etc.[13].

Junto con estos cultos que podemos llamar nacionales, había otros de carácter local. Cada ciudad o poblado tenía su dios tutelar, que era venerado en su templo respectivo. Y en la escritura mixteca, el símbolo del dios local se confundía con el nombre de la ciudad. Los Mixtecas no estaban unificados políticamente. El país se dividía en una serie de señoríos y reinos semi-independientes. Los de *Coixtlahuaca*, al norte, *Achiutla* y *Tilantongo*, en el centro, y *Tutetepec*, en el sur, eran los más importantes de estos pequeños Estados.

Notable y de gran transcendencia histórica fué la cultura espiritual mixteca. Los sacerdotes eran los depositarios del saber nacional. Ellos interpretaban los agüeros, llevaban al día los calendarios, realizaban observaciones astronómicas y consignaban la historia de la comunidad. Los códices, o libros pintados por indígenas, parecen haber sido muy numerosos. De ellos se han conservado algunos prehispánicos que, según Caso, son en número de ocho [14]. Contamos, además, con otros, tanto figurativos como descriptivos, que provienen de los primeros tiempos hispánicos. Todos estos documentos contienen un gran caudal de datos mitológicos, calendáricos e históricos (Fig. 51).

Los jeroglíficos mixtecas, son distintos de los mayas y olmecas y también de los zapotecas. Lo mismo cabe decir del calendario, al menos de la forma posterior a la corrección del siglo x. Los *Mixtecas* no databan sus fechas a partir de una Era Inicial, como hacían los *Mayas*, sino que se limitaban a señalar los años dentro del ciclo indígena de 52, individualizándolos con un nombre y un número, que eran los que correspondían al último día del año [15]. Con la mencionada corrección calendárica, esos nombres, generalmente llamados "portadores de años", cambiaron, dejando de ser: turquesa, venado, buho y serpiente, como son en el sistema zapoteca, para convertirse en: caña, conejo, casa y pedernal, según la modalidad que posteriormente fuera llamada azteca.

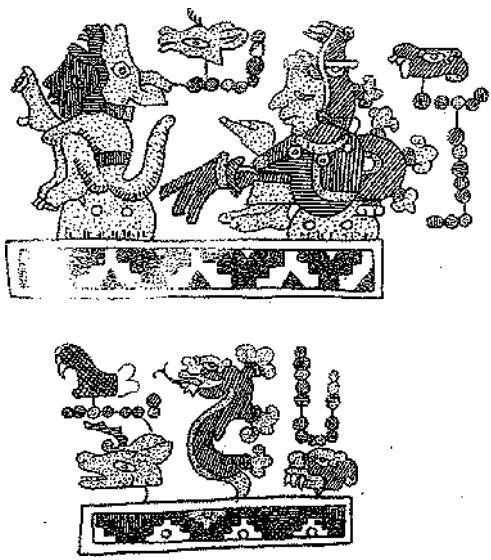


FIG. 51.—Ejemplo de representación histórica mixteca. El rey "Garra de Tigre" y su esposa "Serpiente de Flores", segundos reyes de la II Dinastía de *Tilantongo*. Corresponde al *Mapa de Teozacoalco*. Según Caso.

Cambió también la manera de representar las cifras. Pues, en lugar de los puntos y barras que vemos existir en las civilizaciones de que hasta ahora hemos tratado, en los mixtecas se emplean sólo puntos.

Las ciudades eran numerosas, si bien no de gran magnitud. La disposición de las mismas, y los "buenos edificios, que dicen que en España no podrían ser mejores", llamaron la atención de los primeros españoles [16]. Posiblemente fuera parte del asombro ver que las casas estaban construídas de piedra. Pues, lo que Bernal puso al descubierto en *Coixtlahuaca* eran, efectivamente, edificios de piedra de planta rectangular. El sistema mixteco de construir muros consistía en colocar de trecho en trecho piedras

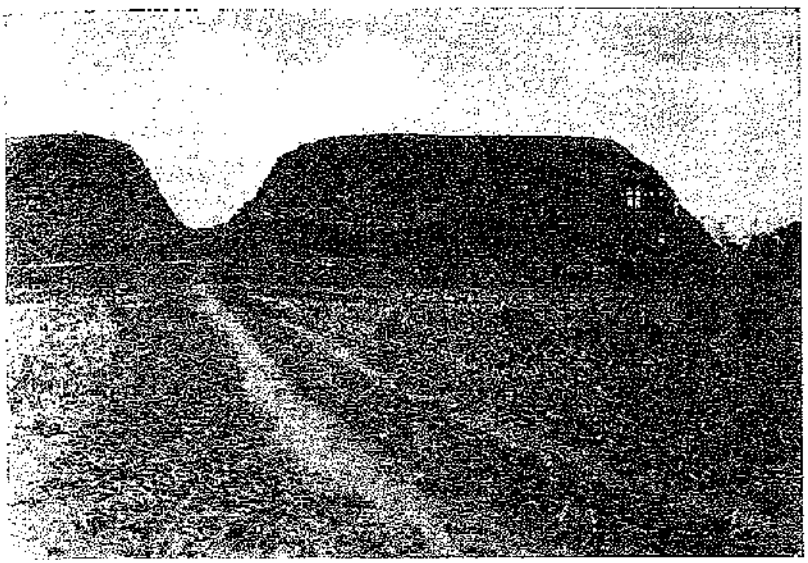


LÁMINA XXXV. — *Civilización Tarasca.*
a) *Yácata de* Ihuatzio.
b) *Otra yácata de* Ihuatzio.

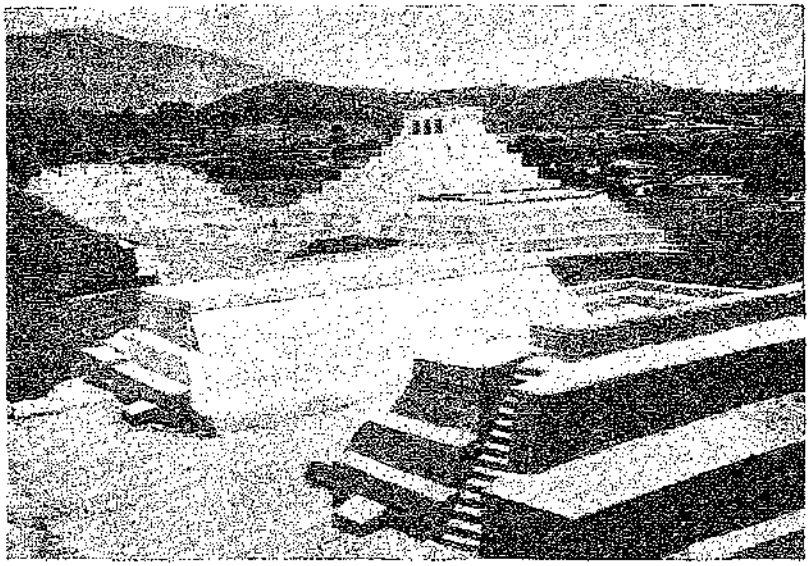


LÁMINA XXXVI. — *Los Altos de Guatemala.*

a) *Vista de la ciudad reconstruida de* Zasuleu. *En primer término juego de Pelota.*

b) *Vista de la ciudad no reconstruida de* Utatlán.

grandes y planas, y rellenar los espacios intermedios con piedras menores, pero igualmente planas y bien talladas [17].

La cerámica mixteca puede rivalizar en belleza con la de los mejores estilos mayas. Las vasijas son de forma y decoración variada. La más característica es la policroma, que ostenta ricos y brillantes colores y figura escenas de la vida religiosa. Entre las formas se destacan los braseros, sahumadores, las figurillas, etc. En *Coixtlahuaca* aparecieron también orejeras y pucos con decoración incisa.

También la orfebrería y el arte lapidario estaban muy desarrollados. Los hallazgos de cuentas y adornos metálicos han sido relativamente frecuentes (Fig. 52). El más importante fué, desde luego el de la tumba Nº 7 de *Monte Albán* (Lám. XXXI *a*); donde Caso encontró el tesoro más grande que hasta ahora se haya descubierto en América [18]. El mismo consiste en innumerables joyas de oro, plata, cobre, turquesas, perlas, coral y cristal de roca. Hay anillos, pectorales, pinzas para depilar, orejeras, etc. Se encontraron también unos interesantes huesos de águila o jaguar que llevaban grabadas escenas de carácter religioso, símbolos calendáricos, conquistas guerreras y otros motivos. Y no carece de interés anotar que las mismas o parecidas escenas se encuentran en los códices mixtecas y en la cerámica policroma.

FIG. 52. — Pectoral de oro de la cultura mixteca. Procede de la tumba número siete de *Monte Albán*. Museo Regional de Oaxaca.

Según una antigua relación, los *Mixtecas* del norte vestían el taparrabo y una especie de camisón abierto por delante. Como armas usaban el arco y flecha, la honda, hachas pequeñas y la macana con instrustaciones laterales de obsidiana [19].

VI. LA CIVILIZACIÓN TOTONACA

1. *Generalidades*

El Totonacapán, o sea, la región habitada por los antiguos y modernos *Totonacas* y donde floreciera su antigua civilización, está constituída por el conjunto de tierras bajas y cálidas que, bordeando el Golfo de México, se extienden aproximadamente entre *Tuxpán*, al norte, y el río Atoyac, al sur. En la Región Totonaca se incluyen también las laderas orientales de la Sierra Madre Oriental, de clima ya más templado, que van desde *Huauchinango* al *Cofre de Perote*. En lo administrativo, las partes altas de la Región pertenecen al Estado de Puebla, y las demás al de Veracruz.

Dejando de lado algunas menciones aisladas y más antiguas, se puede decir que la exploración arqueológica del Totonacapán comienza a mediados del siglo anterior, con la colección de piezas arqueológicas que reúne el capitán Evan Nepan en la *Isla de Sacrificios*. De las subsiguientes exploraciones podemos recordar las de Hermann Strebel en la zona de *Misantla* [1], y las de Paso y Troncoso en *Cempoalá* [2], además de las de Fewkes, Maler y Seler en diversas partes del país [3]. Más recientes y de mejor calidad son los trabajos de la señora Spinden en *El Tajín* [4]; los de Du Solier en la *Isla de Sacrificios* [5], y los numerosos de García Payón en varias partes del territorio [6]. Sin olvidar a aquellos otros investigadores que, como W. Krickeberg [7], han producido valiosos estudios pese a no haber trabajado directamente sobre el terreno.

De todas las zonas arqueológicas del Tonocapán, la de *El Tajín* es la más característica y mejor conocida. Sus ruinas se encuentran en las cercanías de la moderna población de *Papantla*, en la parte norte de la región, y constan de numerosas estructuras que en gran parte están todavía recubiertas por la selva. La más notable de ellas, y lo que desde un principio más llamara la atención, es una pirámide que tiene la particularidad de ostentar numerosos nichos en sus fachadas (Lám. XXXII *a*). Esta particularidad, sin embargo, no es privativa de esta antigua ciudad, sino que parece serlo más bien de la cultura regional, ya que en otro lugar del mismo Totonacapán, en *Yohualinchan*, hay otra pirámide parecida, aunque en peor estado de conservación. Según García Payón, la época de florecimiento de *El Tajín*, cuya arqueología define todo un período cultural totonaca, quedaría encuadrada entre aproximadamente los 600 y los 1200 de nuestra Era.

Ese primer período cultural totonaca muestra haber tenido íntimas relaciones con la cultura de *Teotihuacán* y con la de los *Mayas* del Viejo Imperio. Relaciones que se evidencian a través de la cerámica, la escultura y la arquitectura. Es probable, pues, que pueblo y civilización totonacas se hayan originado de dos elementos distintos, de los cuales el mayoide fué el más antiguo en la región. Al mismo se agregó luego el teotihuacano. Y de la conjunción de ambos habrían surgido posteriormente el pueblo y la cultura totonaca primitivos, o sea, los de la época clásica. Debiendo aclarar que pese a su origen dual, constituyeron éstos entidades homogéneas que estaban dotadas de espíritu propio.

El fin de *El Tajín*, y con ello el término del período totonaca antiguo, es atribuído por García Payón a "una tremenda guerra" que habría sido llevada por grupos de invasores que, hacia 1180, obligaron a los primitivos habitantes a abandonar la ciudad [8]. Esa invasión ha de haber estado vinculada con los movimientos de los *Toltecas*, cuyos resultados modificaron en gran parte el aspecto etnológico de Mesoamérica entera.

Con la llegada de las nuevas influencias venidas sin duda de las tierras altas, comienza en el Totonacapán un segundo período cultural que corre hasta la conquista española. Su mejor exponente es la ciudad arqueológica de *Cempoala*, situada a cuatro leguas de *Veracruz*, cuya principal característica está dada por una serie de altas pirámides escalonadas (Lám. XXXII *b*). También en *Misantla* o, mejor, *Morelos-Paxil*, se encuentran las ruinas de una antigua ciudad de este segundo período, que cuenta con más de veinte estructuras distintas. Lo mismo sucede con *Oceolapán*, a veces llamado "Puente Nacional", y con *La Calera*, que es en muy poco anterior a la conquista española. Recientemente, se ha descubierto una nueva zona arqueológica perteneciente a la misma época en *Aparicio*, donde se ven numerosos montículos, esculturas y piedras grabadas. Mencionaremos, finalmente, al *Castillo de Teayo* que Seler creyó ser colonia azteca; pero que García Payón considera más bien de influencias toltecas. Éstas se impusieron en la parte sur de la Región.

Al revés de lo que sucediera con la Mixteca, del Totonacapán tenemos muy pocos datos históricos. Torquemada y otros cronistas nos han conservado algunos recuerdos del último período, cuando sus reyes llevaban nombres de origen nahua. Pero nada sabemos del período primero.

Hacia fines del segundo período, los *Aztecas* se hicieron presentes en la región, y se produjeron una serie de guerras. En ellas, nuestros indios no llevaron siempre la peor parte; pues hasta realizaron incursiones en sentido opuesto. Mas al fin los *Totonacas* hubieron de sucumbir, y sus ciudades quedaron sujetas a los *Aztecas*. A partir de entonces, los lugares estratégicos como *Nautla*, recibieron guarniciones militares extranjeras. Y es justamente en esta región totonaca y en la *Isla de los Sacrificios*, que los españoles entraron primeramente en contacto con los hombres del Imperio Azteca y con sus repugnantes ritos sangrientos.

2. *Los Portadores*

Pese a los cambios que se produjeron en el Totonacapán, no es probable que el factor Hombre se modificara grandemente en el correr de los siglos.

Es cierto que carecemos de datos detallados para establecer de manera segura cómo eran los antiguos habitantes de la región. Pero sus descendientes, los *Totonacas* históricos y actuales, ostentan características físicas y lingüísticas que encuadran perfectamente bien en el grupo de pueblos del sur de México. Y nada indica que antiguamente fueran distintos.

Starr trae las mediciones de 100 hombres y 25 mujeres totonacas de *Pantepec*, Puebla, y las mismas cantidades de varones y hembras tepehuas de *Huehuetla*, Hidalgo, que son afines de los primeros [9]. La talla de los 200 varones es de 157 cm., y la de las 50 mujeres de 143. Como se ve, los *Totonacas* son de baja estatura, carácter que ostentan hasta los nahuaizados.

La cabeza de unos y otros es igualmente corta o braquioide. La de los *Totonacas* propiamente dichos está alrededor de un índice cefálico horizontal de 86, y la de los *Tepehuas* de 84. Incluyendo en el mismo promedio a hombres y mujeres conjuntamente.

La cara es baja también, con un índice facial de 82 como promedio. Y la nariz igualmente mesorrina, con un índice nasal que oscila alrededor de 80.

También por su lengua, *Totonacas* y *Tepehuas* muestran ser afines de los demás pueblos mesoamericanos de parecida morfología. Hasta hace poco, las opiniones estaban algo divididas respecto de la ulterior afiliación lingüística de ambas entidades. Pues, las semejanzas de su lengua están con el Maya, el Nahua y el Mixe. Algunos autores supusieron que se trataba de lenguas mezcladas o intermedias entre el Maya y el Azteca. Pero en la Segunda Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología se acordó recomendar la inclusión del Toto-

naca y el Tepehua en una familia Totonaca-Zoqueana, la que junto con la Maya constituyen el Grupo Macro Maya.

3. *La Cultura*

De la Región Totonaca no conocemos códices ni estelas fechadas, y todo induce a creer que sus habitantes no practicaron la epigrafía.

Ello no obstante, cultivaron en gran medida la escultura, tanto en piedra como en barro cocido. Y es así que en sus yacimientos se encuentran numerosas piedras talladas y decoradas con representaciones en relive de dioses y personas en actitud religiosa (Fig. 53). Hay también esculturas en bulto. De entre estas últimas sobresalen los frecuentes vasos de tecalí bellamente esculpidos y adornados con figuras zoomorfas, que han sido hallados en la *Isla de Sacrificios*. Al parecer, se trata de recipientes que servían a la función ritual de recoger la sangre de los sacrificados.

FIG. 53.—Monolito de *Tuxpan* (Estado de Veracruz). Museo Nacional de Antropología de México.

Características esculturas totonacas son también las curiosas hachas, palmas y yugos de piedra, que se han encontrado en las más distintas partes de Mesoamérica. Por lo que habremos de admitir que los *Totonacas* difundieron esos objetos por el comercio.

Los yugos tienen generalmente forma de herradura, y suelen estar cubiertos de figuras en relieve. Su función todavía no es bien clara. Algunos han creído que su uso estaba en relación con el sacrificio humano, y que servían para mantener baja la cabeza de la víctima; mas, es indudable que esas piedras son demasiado pesadas para esa función. Otros han supuesto que los yugos tenían carácter funerario, colocándose en la tumba alrededor de la cabeza de los grandes personajes, a manera de monumental corona de piedra; esta función ha sido comprobada al menos en un caso [10]. Y una tercera tesis, que niega valor al testimonio anterior alegando que no todos los objetos que se encuentran en tumbas han sido siempre fabricados para ese fin, admite que ellos servían más bien para el juego sagrado de la pelota. Y también en este caso se aduce el testimonio de una serie de pequeñas esculturas que representan jugadores de pelota que llevan puesto una especie de anchos cinturones que muy bien podrían ser los famosos yugos [11]. Desgraciadamente, en esas figuras es imposible determinar con exactitud de qué material están hechos los cinturones.

Las palmas son esculturas aplanadas que representan palmas u otros elementos vegetales. Hacia arriba terminan en forma de remo, y están decoradas en relieve por delante y por detrás. En la cara delantera suele encontrarse una figura humana o de animal que parece perderse en la enmarañada decoración de volutas y meandros en relieve. Tampoco se conoce su uso o función.

Lo mismo cabe decir de las hachas. Su aspecto es distinto, pero generalmente toman la forma de una cabeza humana aplanada que remata en extraños adornos hechos, al parecer, con el cabello. Posiblemente se trate del "curioso rapado" que, según el P. Sahagún, llevaban nuestros *Totonacas* [12].

El mismo tipo de "rapado" o peinado puede verse también en numerosas figurillas de las llamadas "cabecitas sonrientes", que representan otra categoría de escultura totonaca de barro. Tienen la particularidad de mostrar una cara siempre alegre y sonriente. Y tampoco aquí sabemos cuál era su función.

La arquitectura totonaca del primer período está mejor representada por *El Tajín*, y entre las estructuras de esta ciudad sobresale la famosa pirámide. Se trata de una construcción de base cuadrada, de unos 36 metros de lado y una altura que hasta el basamento del recinto sagrado alcanza los 18 metros. En sus cuatro caras, la pirámide ostenta seis cuerpos sucesivos que se

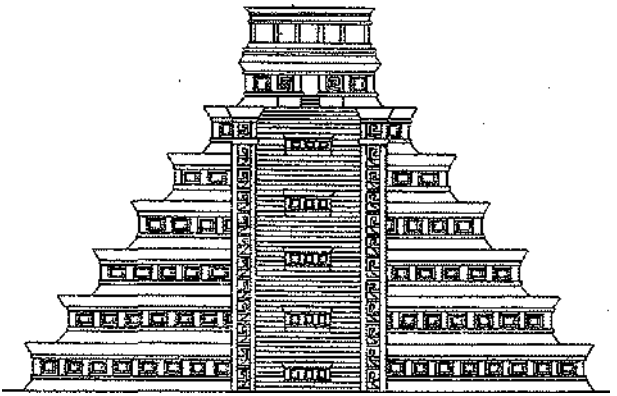


FIG. 54. — Reconstrucción ideal de la pirámide de *El Tajín*. Según García Payón.

reducen en extensión a medida que van ganando altura. Las fachadas de los cuerpos, en forma de tablero, talud y cornisa volada, están revestidas con piedras labradas, y en ellas aparecen series de nichos en número decreciente. Una escalinata monumental, flanqueada por alfardas adornadas con 13 grecas cada una, conduce al santuario, hoy destruído, que venía a representar un séptimo cuerpo. El conjunto de la estructura presenta un aspecto extraño pero agradable (Fig. 54).

El núcleo de la pirámide está compuesto de piedras sin labrar mantenidas en su lugar por una serie de muros verticales. Mientras que los nichos, en número de 365, han tenido una función tanto decorativa como ritual, lo mismo que las 13 grecas de ambos lados de las alfardas. Téngase presente que cuatro veces 13 son 52, y que éste era el número de años que contaba el año ritual indígena. Y que el año civil constaba de 365 días.

El Juego del Volador, cuya práctica ha llegado hasta nuestro tiempo, es otra característica de los *Totonacas*. Desde los tiempos de Torquemada se admite que el juego tenía un significado alegórico y ritual, al igual que el de la pelota. El juego consiste en que cuatro oficiantes (en algunas partes son ahora seis) que se atan el cuerpo con largas cuerdas que van arrolladas en la

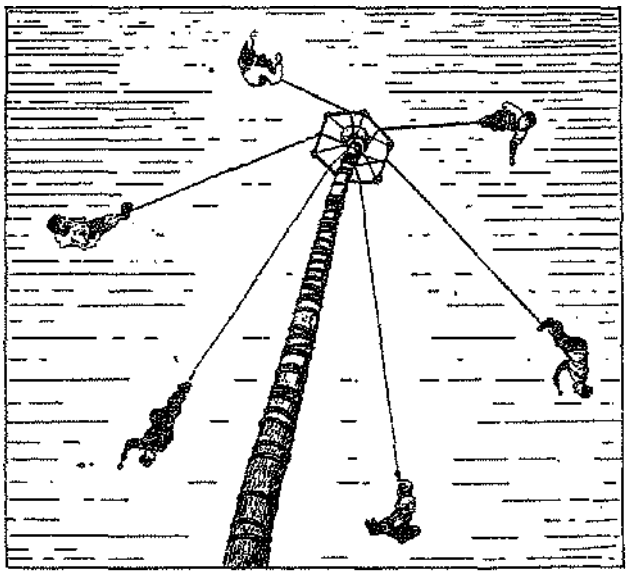


FIG. 55.—El Juego del Volador, tal como se practica en la actualidad en *Papantla* (Estado de Veracruz). Según foto de H. Larsen.

punta de un poste de unos 25 metros de alto, luego de bailar sobre un pequeño tambor giratorio que se coloca en la misma punta del palo, se lanzan al espacio y van bajando cabeza abajo y en espiral como si volaran (Fig 55). En el simbolismo del juego los cuatro voladores representan los pájaros sagrados que guardan los cuatro puntos cardinales [13].

De la religión totonaca no es mucho lo que sabemos. *Quetzalcóatl* parece haber sido una de sus principales divinidades, a juzgar por la frecuencia con que su figura ha sido reproducida, y especialmente en *El Tajín*. El templo de la *Isla de Sacrificios*

hubo de estar dedicado a este dios, razón por la cual era lugar de peregrinación desde lejanas regiones. El templo de *El Tajín*, en cambio, habría estado consagrado a la diosa *Chicomecóatl* o "Siete Serpientes", de acuerdo con lo que nos dice Torquemada. Y coincidente con ello, en el Totonacapan se han encontrado distintas figuraciones de esta diosa. Sólo que aquí esa "alimentadora de los hombres y de las bestias", parece haber tenido otros atributos que entre los *Aztecas*. Torquemada la llama *Centeutl* y *Tonacayohua*, y dice que los *Totonacas* la tenían en gran veneración "por razón de que no quería que le sacrificaran hombres; antes lo aborrecía y prohibía, y de los sacrificios que ella les pedía y que ella más gustaba, eran tórtolas, codornices y otras aves semejantes..." [14]

Mauve

VII. LA CIVILIZACIÓN TEOTIHUACANA

1. *Generalidades*

Teotihuacán, o San Juan Bautista de Teotihuacán, es el nombre que lleva un pequeño lugar poblado que está situado a unos 50 km. al nordeste de la ciudad de México. El lugar es uno de los más nombrados del centro del país. Mas, su nombradía no proviene de las excelencias de su situación, ni del número de sus actuales habitantes. Sino simplemente de que junto al mismo se encuentran las imponentes ruinas de una gran ciudad y metrópoli de una gran civilización que por su carácter de post-arcaica y pre-azteca, ha llamado desde antiguo poderosamente la atención.

Los estudios sistemáticos de esas ingentes ruinas comenzaron en el séptimo decenio del siglo pasado, cuando una comisión científica dirigida por el Ing. Ramón Almaráz determinó las coordenadas geográficas de sus dos grandes pirámides llamadas del Sol y de la Luna, levantó planos y practicó algunas excavaciones. Posteriormente se sucedieron las excavaciones de Charnay, las de Leopoldo Batres y los primeros trabajos de limpieza de la pirámide de la Luna realizados por el Ing. García Cubas. En estas oportunidades se desbrozaron y excavaron algunas estructuras y se descubrieron las primeras pinturas murales.

Después de unos más bien infortunados intentos de remoción de escombros y restauración de la pirámide del Sol que ejecutara Batres, la Dirección de Antropología de México tomó a su cargo la exploración de la ciudad muerta. Los primeros trabajos de

carácter ya más serio se efectuaron bajo la dirección del Dr. Manuel Gamio. Ya antes, en 1915, había aparecido un erudito trabajo de Seler sobre esta cultura [1], que no sólo contiene un notable resumen de los trabajos hasta el momento realizados, sino que comprende también una serie de estudios comparativos. Poco después, en 1922, veía la luz pública el extenso informe de Gamio [2]. Desde entonces han sido varios los especialistas que han practicado excavaciones en las ruinas, y los resultados que en ellas se han obtenido pueden calificarse de satisfactorios. Entre las más importantes podemos nombrar las del Ing. Pedro Dozal, de 1925 [3], las de George Vaillant de 1931-32 [4], las de S. Linné de 1932 y 1935 [5], y las de Pedro Armillas en 1942 y 1945 [6].

Con los conocimientos obtenidos a través de estos y algunos otros trabajos, se ha podido establecer una secuencia cultural que comprende cuatro fases sucesivas. La primera es anterior a todos los edificios que se encuentran en el lugar. De ella sólo conocemos fragmentos de cerámica y figurillas hechas a mano que corresponden a la Etapa Formativa. Han sido extraídos, sobre todo, del material que compone las pirámides del Sol y de la Luna, al producir en ellas sendos túneles con el propósito de ver cuál era su estructura interior.

Con la fase II comienza la Etapa Clásica. Se construyen o terminan las grandes pirámides y se agranda la zona urbanizada. Ésta llega a ocupar más de 200 hectáreas, dispuestas las construcciones a ambos lados de una amplia avenida central que fuera llamada *Miccaotli* o "Calzada de los Muertos".

Durante la fase siguiente, o sea, Teotihuacán III, la ciudad se extiende hasta cubrir unas 750 hectáreas. Es la mejor época de la metrópoli y la de la máxima expansión de sus influencias culturales. Éstas se extienden en dirección este y sur, por el Estado de Tlaxcala (zona de *Calpulalpan*), por el de Puebla (parte inferior de la pirámide de *Cholula*), por Veracruz (*El Tajín*), Oaxaca y Chiapas, y llegan hasta la lejana Guatemala, donde ya hemos señalado su presencia en *Kaminaljuyú*. Por el oeste, las influencias se difunden por los Estados de Guerrero y Michuacán.

Hacia el final de la fase, la ciudad es destruída e incendiada, y gentes nuevas, sin duda Nahuas, se asientan entre sus ruinas.

Teotihuacán IV, la última fase de esta notable civilización, florece lejos de la ciudad incendiada. En los barrios occidentales de *Azcapotzalco*, la conocida zona arqueológica situada al noroeste de la ciudad de México, se encuentra en abundancia el material que corresponde a esta fase epigonal de la cultura teotihuacana. Mientras que en *Teotihuacán* mismo se han realizado sólo escasos hallazgos superficiales o entre las ruinas, aunque siempre sobre los pisos de los edificios.

La civilización teotihuacana floreció entre los siglos V y X de nuestra Era.

2. *Los Portadores*

Al producirse la conquista española, la población indígena con hábitat en la región central de México había perdido todo recuerdo de quienes habían sido los constructores de *Teotihuacán*. Y como suele suceder en casos parecidos, la leyenda se había hecho cargo de la explicación. De acuerdo con ella, las ingentes ruinas que se manifiestan en la zona arqueológica, habrían sido la obra de unos descomunales gigantes que vivieron en una época arcaica y anterior en mucho a los pueblos históricos.

Es cierto que algunas tradiciones son algo más concretas y menos legendarias. El P. Torquemada, por ejemplo, nos trae la noticia de que fueron indios de estirpe totonaca los constructores de las dos grandes pirámides de *Teotihuacán* [7]. Jiménez Moreno, que ha estudiado a fondo todo lo relacionado con la documentación tradicional, acepta plenamente la indicación, y considera por tanto a los *Totonacas* como a los portadores de las fases florecientes (II y III) de la civilización teotihuacana [8]. Mientras que serían indios de lengua Mazateco-Popoloca los que informaron la fase epigonal (IV) de esta misma cultura [9].

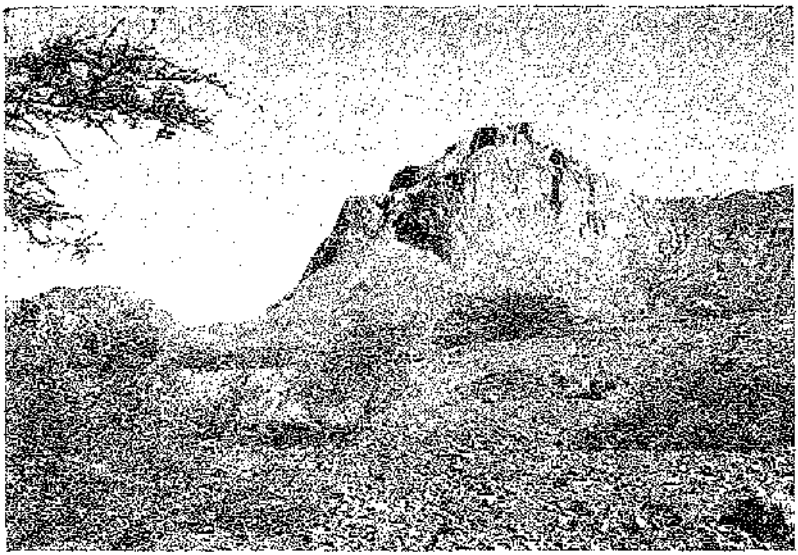
Sin embargo, no habremos de suponer que fueran los clásicos *Totonacas* los que, viniendo de la tierra caliente y ya consti-

tuídos en entidad étnica independiente, se asentaran en el Valle de México y dieran nacimiento a la civilización teotihuacana. Pues, es casi seguro que de haberlo intentado llegaran demasiado tarde. Sino que el proceso tiene que haber sido en sentido inverso. Es decir, que son los indeterminados portadores de aquella civilización los que en determinado momento se extendieron hasta el Totonacapan. Con cuya tesis está de acuerdo la tradición totonaca de que sus antepasados habían vivido en la Meseta Central. Posiblemente sucediera esto durante la época de expansión (Teotihuacán III) de la cultura teotihuacana, cuando se establecieron colonias en *Calpulalpan* y otras partes [10].

Que pueblos chocho-popolocas fueran luego los continuadores de la civilización teotihuacana en los barrios occidentales de *Azcapotzalco*, como quiere Jiménez Moreno, es muy posible. Pues, todavía en el siglo XVI se hablaba su lengua allí, así como en varios otros lugares del Valle de México, incluso en el mismo *Teotihuacán*. Además, son varias las fuentes históricas que identifican a los famosos gigantes de la tradición con los Olmeca-Xicalanca de las crónicas. Es éste el nombre de un grupo de pueblos ya extintos que ocupó la región con anterioridad a los Nahuas, y que antes de ser absorbidos por éstos parece que hablaban una lengua mixteca o popoloca [11]. Y en nada podría extrañarnos que fueran también indios pertenecientes al mismo grupo Macro-Otomangue de los anteriores, los que asistieron al florecimiento de la civilización teotihuacana en la misma ciudad epónima.

Desgraciadamente, y pese a que son muchas las sepulturas hasta ahora descubiertas en *Teotihuacán*, *Cholula* y *Calpulalpan*, son pocos los datos que se han dado a conocer respecto de los caracteres antropológicos de su antigua población. En cambio, conocemos los de dos pueblos chocho-popolocas que han de ser parecidos a los de sus antecesores.

Es nuevamente Starr quien nos trae la mayor información, con datos correspondientes a 100 hombres y 25 mujeres mazatecas, y 100 hombres y 25 mujeres chochos [12]. La talla de los



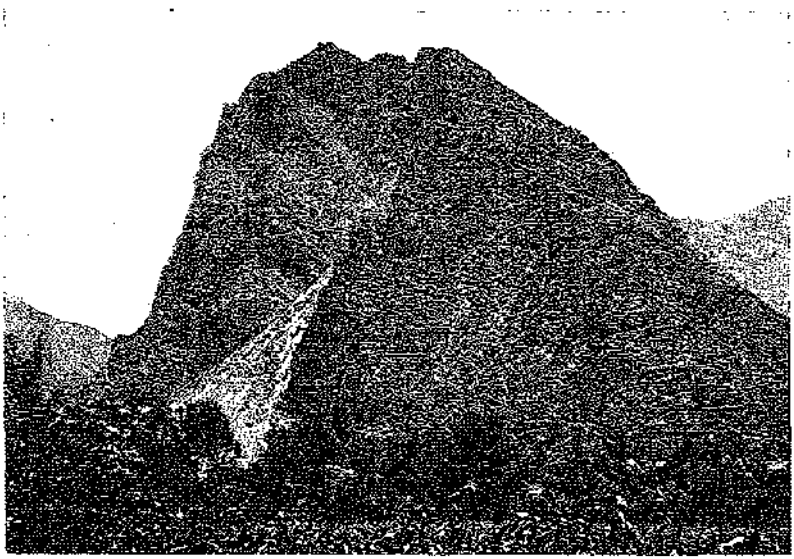


LÁMINA XXXVII. — *Las construcciones en el ambiente natural peruano.*
a) *La Costa. Castillo de* Tomaval.
b) *La Sierra.* Ollantaytambo.

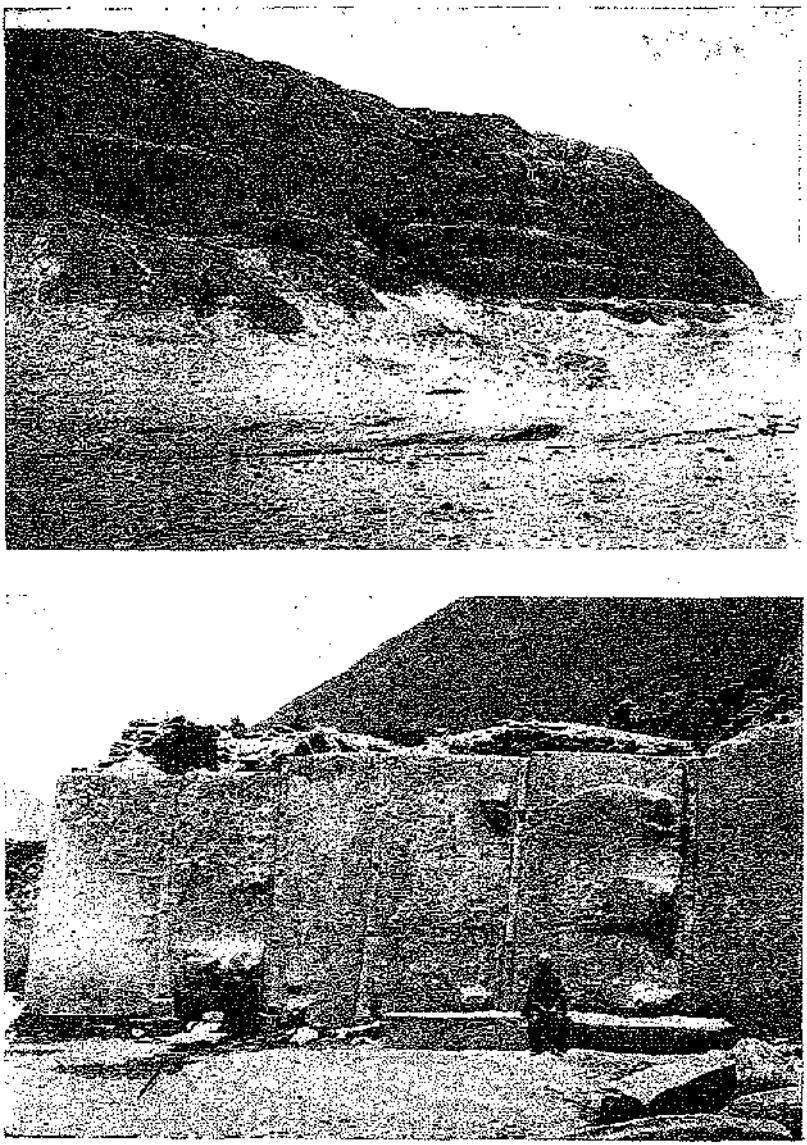


LÁMINA XXXVIII. — *Las construcciones monumentales en el Perú.*
a) *En la Costa: Pirámide de la Luna, en* Moche.
b) *En la Sierra: Fortificaciones de* Ollantaytambo.

primeros es de 155 cms. y 145 cms. respectivamente. Y la de los segundos de 156 y 143. Es decir, que *Mazatecos* y *Chochos* tienen la misma estatura general que los demás pueblos del sur de México.

Por la forma de la cabeza, unos y otros encuadran igualmente en las normas que son generales en toda el área. El índice cefálico horizontal de hombres y mujeres mazatecas está cerca del 83, lo que nos indica acentuada braquicefalía. El índice respectivo de los *Chochos* es de 82,4 en las hembras y 80,5 en los varones. De acuerdo con esto, los hombres chochos son algo menos braquioides que las mujeres.

La forma de la cara es también parecida. El índice facial de los *Mazatecos* se encuentra alrededor de 81, y el de los *Chochos* de 80. Vale decir, que en unos y en otros la cara es de relativamente poca altura, cual corresponde a una cabeza braquioide.

La nariz es mesorrina en todos ellos, ya que el índice nasal oscila entre 81 y 84.

Por lo tanto, por sus caracteres físicos, los descendientes de los probables portadores de la cultura de *Teotihuacán*, corresponden bien al tipo racial Centrálido.

3. *La Cultura*

En *Teotihuacán*, la mayoría de monumentos hasta ahora conocidos se hallan dispuestos en relación a una amplia avenida de cuatro kilómetros de largo y cuarenta metros de ancho, que desde antiguo lleva el nombre de "Calzada de los Muertos". En un extremo de la misma se encuentra la pirámide de la Luna, y en el otro el llamado Cuadrángulo de Quetzalcoatl. Y entre uno y otro conjunto tienen su ubicación las demás estructuras.

La pirámide del Sol es el monumento más impresionante y de mayores dimensiones de *Teotihuacán* (Lám. XXXIV *a*). Se levanta al oriente de la mencionada Calzada de los Muertos. La

pirámide es, realmente, lo que en sus orígenes se ha querido que fueran esas estructuras: altos cerros artificiales para colocar sobre ellos las casas de los dioses. Tiene 225 m. de lado en su base y una altura de 60; se ha calculado que su volumen sobrepasa el millón de metros cúbicos. Fué construída de tierra y adobes, y antiguamente llevaba una revestimiento de piedra. Su forma trunca consta de cuatro cuerpos superpuestos [13] que dejan entre uno y otro pequeñas plataformas. Sobre la superior descansaba el templete, hoy desaparecido.

Menor es la pirámide de la Luna, todavía imperfectamente conocida (Lám. XXXIII). Tiene 42 metros de altura y su base cubre unos 16.000 metros cuadrados. En su frente fué encontrada una estatua enorme, de unos 3,20 por 1,62 metros, que se supone representa una divinidad lunar, y que se conserva en el Museo Nacional de Antropología de México. Su estilo, como el de las demás esculturas, es sobrio y austero, severo y hiératico.

El Cuadrángulo de Quetzalcóatl se compone de una baja plataforma que mide unos 400 metros por lado y está construída con piedra volcánica; una anchurosa escalinata da acceso a ella por el oeste. La plataforma, de poca elevación, sirve de base a once templos distintos distribuídos en tres costados del Cuadrángulo, mientras que en el cuarto, que corresponde al fondo, se eleva el templo llamado de *Quetzalcóatl*. Tiene éste una fachada en tablero y talud, que está adornada con numerosas cabezas de *Tlaloc* y *Quetzalcóatl* que emergen de unas líneas sinuosas representando una monstruosa serpiente (Lám. XXXIV *b*). En medio de la plataforma hay un edículo adornado con cuatro escalinatas de 13 peldaños cada una, sin duda alusión a los 52 años del siglo indígena.

Otro edificio importante es el Templo de la Agricultura. Su principal interés reside en los distintos frescos ornamentales que se ven en sus muros. Uno de ellos consta de motivos florales, plumas, moluscos y otros elementos naturales que en su conjunto simbolizan la fertilidad de la naturaleza. Otro, hoy destruído, representaba una serie de personajes ocupados en ritos distintos

y en labores domésticas. Centro del mismo era un homenaje rendido a la principal planta alimenticia: el maíz (Fig. 56).

Además de estos cuatro grandes grupos de monumentos, los principales y mejor conocidos de *Teotihuacán*, hay muchas otras estructuras que continuamente se van poniendo al descubierto. Gran parte de éstas tienen carácter residencial, y pueden haber

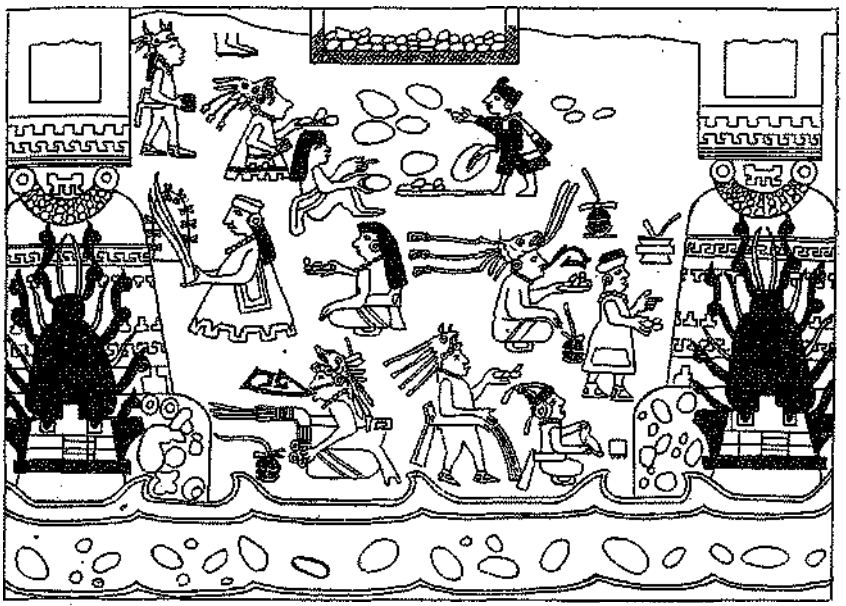


FIG. 56.—Fresco del Templo de la Agricultura de *Teotihuacán*. Representa el ofertorio a una divinidad.

servido de morada a los sacerdotes y de alojamiento a los numerosos peregrinos que llegaban de todas partes. Los muros están aquí construídos con piedra bruta asentada en barro, pero luego recubiertos de estuco. Los pisos, en cambio, son de piedra machacada y cal. Sumideros parten de los numerosos patios y conducen las aguas a un complicado sistema de alcantarillas cubiertas. Los mejores edificios residenciales están frecuentemente dispuestos alrededor de un pequeño patio, y tienen sus frentes adornados con pinturas.

Teotihuacán no es sólo famosa por sus grandes obras de ar-

quitectura y escultura. Sino también por sus pinturas murales, por sus máscaras y su cerámica.

De las pinturas se pueden recordar, además de las del Templo de la Agricultura ya mencionadas, las de *Tepantitla*, suburbio de la gran ciudad, que han sido descubiertas recientemente en las ruinas de uno de los palacios. Una de ellas representa el *Tlalocán* o paraíso de *Tláloc*. Es una hermosa pintura, realizada en esmerados colores. Según la interpretación de Caso, lo que en ella se ve es una montaña a cuyo pie se forma una laguna. Los bienaventurados que disfrutan del paraíso están figurados en la más diversa actitud. Unos nadan y se retozan en el agua; otros cazan mariposas; unos terceros descansan a la sombra de un árbol, etc. Todos ellos cantan o dicen palabras galanas, como puede verse por la voluta o vírgula florida que sale de su boca [14]. Otras pinturas del mismo lugar representan al dios *Tláloc* bajo sus más diversos aspectos, y también a sus sacerdotes que marchan en procesión y cantan himnos floridos. En *Tetitla*, en *Zacuala* y en *Atetelco*, lugares todos de la misma zona arqueológica se encuentran también construcciones con muros que lucen decorados con pinturas de carácter religioso, sacerdotes ricamente ataviados, serpientes entrelazadas, figuras de contrahecho, etcétera [15].

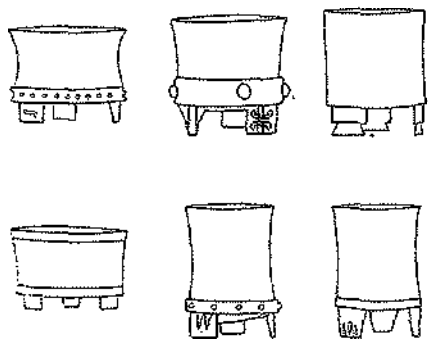


FIG. 57. — Formas del típico vaso teotihuacanoide. Proceden de *Kaminaljuyú*, *Chamá*, *Utatlán*, *Holmul*, Motagua medio y *Uaxactún*, respectivamente. Según Armillas.

Renglón importante de la arqueología teotihuacana son las máscaras. Tienen por lo general carácter funerario, y se solían colocar sobre la cara de los personajes fallecidos. Las más hermosas están talladas en piedras duras y representan un excelente trabajo. Los rasgos no son los de una persona determinada, en este caso el sepultado, sino más bien una abstracción dentro

del tipo racial Centrálido. Sólo que ésta está concebida y realizada de acuerdo con el más claro verismo.

La cerámica, por su parte, comprende formas y decoraciones diversas (Fig. 57). En la fase II, primera de la Etapa Clásica de que tratamos, lo más característico son los vasos ceremoniales, generalmente decorados con barniz pulido; los del tipo de "florero"; la cerámica anaranjada delgada [16], que es peculiar de esta época, y las numerosas figurillas hechas en molde que carecen de tocado y se conocen con el nombre de "tipo retrato". En cambio, en la fase siguiente o Teotihuacán III, hay figurillas que lucen vistosos tocados; vasos cilíndricos de fondo plano, tres pies y frecuente tapa cónica; grandes incensarios en forma de altar (Fig. 58), con complicados adornos; "candeleros", etc. En la decoración aparece el tipo en "Champlevé" y el motivo en S, frecuentemente acompañado de puntos.

FIG. 58. — Incensario teotihuacano. University Museum de Filadelfia.

De la religión teotihuacana conocemos las figuras de algunos de sus dioses. Está ante todo el dios de la lluvia, que los posteriores Nahuas llamaran *Tláloc*, y que parece haber sido la divinidad principal. La figura de la Serpiente Emplumada, que los mismos Nahuas llamaran luego *Quetzalcóatl*, se encuentra al lado de la anterior, y en íntima relación con la misma. Pero ignoramos cuáles eran sus atributos. Pues, los que le conocemos de tiempos posteriores parecen ser en parte de origen nahua. Sigue el dios del fuego, representado por un viejo

desnudo que sostiene un brasero en la cabeza; los *Mexicas* lo llamaron *Huehueteotl* o 'dios viejo", y su figura ya se encuentra en el seno de las culturas formativas. Es posible que un personaje cuya figura se ve a menudo en la cerámica, pero que no sobrevivió la desaparición de la cultura teotihuacana, fuera también una divinidad. Faltan en absoluto los dioses guerreros, que los Nahuas introducirían después [17].

Los *Teotihuacanos* enterraban a sus muertos depositándolos en la misma posición que tiene el feto en el útero, y rodeándolos de numerosas ofrendas, especialmente cerámica. En varios casos se ha comprobado la existencia de mutilaciones e inscrustaciones dentarias en los inhumados.

VIII. LA CIVILIZACIÓN TARASCA

1. *Generalidades*

Pocas son las exploraciones de carácter arqueológico y moderno que se han realizado hasta ahora en el Estado de Michoacán, habitat de los *Tarascos* y de su civilización.

Luego de los reconocimientos y estudios del obispo Plancarte y Navarrete, de Seler y de Lumholtz, todos de fines del siglo pasado, se puede decir que las investigaciones modernas comienzan con los trabajos que emprendiera Alfonso Caso en *Zacapu* y Eduardo Noguera en *Zamora* [1]. Posteriormente, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, creado por inspiración de Caso, se hace cargo de las exploraciones y, a partir de 1937, lleva a cabo varias temporadas de trabajos en *Tzintzuntzan* e *Ihuatzio* [2], y en 1945 y 1946 en *Chupicuaro*, en la vecina zona de Guanajato [3].

Los datos que estas excavaciones proporcionan no nos ofrecen mucha luz sobre la civilización tarasca de los primeros tiempos. Mejor informados estamos sobre los últimos siglos anteriores a la conquista española. Lo mismo sucede con algunos documentos históricos, especialmente con la "Relación de las ceremonias y ritos y población de los indios de la provincia de Mechuacán", que fué escrita poco después de la Conquista, y que contiene muchos datos etnográficos [4]. De manera especial, poco es lo que nos dice la Arqueología o la documentación histórica sobre el origen e historia más antigua de este pueblo y de esta cultura.

En cambio, sus tradiciones pueden llevarnos algo más lejos. De acuerdo con ellas, la población que primeramente existió en la región era de carácter sedentario y agrícola, y estaba concentrada alrededor de *Naranxán*, cerca del lago de Pátzcuaro, con su jefe llamado *Ziranzirancamaro*. Posteriormente, no se dice cuándo, llegaron grupos de Chichimécas Venaceos al mando de un jefe cuyo nombre era *Iré Thicátame*, y luego de convivir durante algún tiempo con la población primitiva, terminaron por fusionarse con ella. Y es de esta unión de gente de tipo distinto, que habrían surgido los *Tarascos* históricos.

Es muy probable que estas tradiciones contengan un fondo de verdad, y que pueblo y civilización tarasca históricos hayan surgido por la fusión de dos elementos distintos: uno local, continuador de la cultura formativa de *El Opeño* y de la de *Chupícuaro*, que era de características antropológicas parecidas a las de los demás grupos del sur de México, y otro foráneo, de estirpe Nahua. Mas, la invasión y fusión a que nos referimos ha de ser bastante anterior al siglo XII de nuestra Era, época en que comienzan a nombrarse los Chichimecas en la documentación histórica.

La tradición nos cuenta también de manera episódica cómo fué que los invasores Nahuas se quedaron en el país tarasco. Habían salido del norte de México junto con otros Nahuas, y en el lago de *Pátzcuaro* se estaban bañando. Cuando salieron del agua se encontraron con que sus compañeros habían seguido camino llevándose sus taparrabos. Entonces tuvieron que quedarse. Mas, no sucedió esto sin que se enemistaran con sus compañeros de peregrinación, a tal punto que decidieron cambiar de idioma. Y sería desde entonces que, por decisión propia, hablan la lengua Tarasca.

En la historia de los últimos siglos de la monarquía tarasca, el *calzontzin* o rey *Tariácuri* fué el personaje principal. En esa época y en la siguiente en que gobernaban los hijos de *Tariácuri*, los *Tarascos* fueron grandes guerreros y expansionistas que llevaron sus guerras de conquista por gran parte del oeste y

sur, y hasta *Colima* y *Zacatula* [5]. Al mismo tiempo se defendían victoriosamente de los *Aztecas* que los querían absorber, y hasta les infligieron una seria derrota. *Tzintzuntzan* era entonces la ciudad principal y capital del reino unificado de Michoacán. Reinaba en el mismo un bisnieto de *Tariácuri*, llamado *Tangaxoán II*, cuando se produjo la conquista española que puso fin a la expansión militarista de los *Tarascos* y a su evolución cultural, sin que los *Aztecas* lograran dominarlos.

2. *Los Portadores*

Por sus caracteres lingüísticos y antropológicos, los *Tarascos* se diferencian claramente de los pueblos del sur de México que hasta ahora hemos visto, y representan más bien un vínculo de unión entre ellos y los grupos del norte y noroeste.

En efecto, su lengua aún no ha podido ser relacionada con ninguno de los tres grandes grupos: Macro-Maya, Macro-Otomangue y Yuto-Azteca que dominan el área, y por lo general se la considera independiente. Tampoco se conocen subdivisiones de la misma.

En cuanto a su aspecto físico, los *Tarascos* muestran tener una estatura más elevada que la que es común entre los pueblos del sur, que son generalmente centrálidos. La talla media de 313 hombres y 55 mujeres que componen cuatro series de individuos tarascos procedentes de varias partes de Michoacán, y que fueran relevados antropológicamente por Hrdlicka, Starr y Gómez Robleda [6], resultó ser, según nuestros cálculos, de 161 y 150 centímetros, respectivamente. Es decir, algo más altos que los grupos del sur de México tratados hasta ahora, y más bajos que los del norte y noroeste cuya talla media está entre los 164 y los 170 cms.

Al mismo resultado se llegó en la inspección ocular de una serie grande de restos antiguos procedentes de un cementerio excavado en *Chupícuaro* (Guanajato). Pues, de la observación

se dedujo que los hombres eran de aspecto fuerte y que su estatura oscilaba entre los 160 y los 170 cms. [7].-

Por su forma de cabeza, los *Tarascos* se separan también de todo lo que vimos anteriormente. Pues, su índice cefálico horizontal tiene carácter dolicoide, ya que la media de las distintas series oscila entre 77,4 y 80,0.

Lo mismo cabe decir del contorno de la cara. Pues, hallándose el índice facial medio de las cuatro series entre 79 y 86, nos indica una cara algo más alargada. Y hasta la nariz, cuyo índice está entre 82 y 85, nos aparece más ancha que entre los demás pueblos del sur del país.

Interesantes son las divergencias entre las distintas series, lo cual nos señala una falta de homogeneidad antropológica. La serie de los 48 hombres de *Turicato* (Michoacán) traídos por Hrdlicka, ostenta el menor índice cefálico (77,4), y los 47 cultivadores de *Parocho* (Michoacán) medidos por Gómez Robleda, el más alto (80), con una diferencia de 2,6 puntos. Los 7,8 puntos que separan el índice facial medio de los mencionados cultivadores (78,1), del de los 100 hombres de Starr (85,9), son también significativos. Y lo mismo puede decirse de las diferencias en la nariz.

Que esta falta de homogeneidad tiene carácter histórico, lo demuestra el hecho de que entre los cráneos antiguos exhumados en *Tzintzuntzan* e *Ihuatzio* hay mezcla de dolicoides y braquioides [8]. Además, mientras que estos mismos restos muestran deformación craneana y mutilaciones dentarias, los cráneos de *Chupícuaro* carecen de lo uno y lo otro [9].

Todo lo cual refuerza la idea, sugerida por la tradición, de un origen dual de los *Tarascos* y su civilización.

3. *La Cultura*

La civilización tarasca no alcanzó nunca la notable altura que lograron la maya o la teotihuacana. Y en su conjunto da más bien la sensación de tratarse de una simple perduración de la antigua cultura formativa, sólo modificada en algo por la posterior introducción de elementos nuevos.

Esto ya puede verse por el tipo de su arquitectura. Las estructuras ceremoniales tarascas se conocen bajo el nombre de *yácatas*, que en su lengua significa montículo o ruina (Lámina XXXV). Afectan forma variada, pero por lo general la de una T achatada, y redondeada su parte posterior. Su construcción se ha realizado partiendo de un núcleo de piedras sin labrar mantenidas en posición por un muro de lajas. Delante de este muro se construía otro, y el espacio intermedio se rellenaba con piedras. Seguía un tercero, y así sucesivamente. El procedimiento se repetía hasta que el monumento llegaba a tener las dimensiones que sus constructores querían. Los muros, dispuestos ligeramente en talud, formaban escalones de la altura de un metro aproximadamente, y el conjunto tomaba el aspecto de una estructura piramidal escalonada. Los muros exteriores se revestían con losas de piedra volcánica, que a veces llevan dibujos grabados. En la parte superior había un templete de madera y paja.

FIG. 59.—Cerámica de *Chupícuaro* (Estado de Guanajuato), región tarasca. Museo Nacional de Antropología.

También la cerámica sugiere lo mismo que la arquitectura. Por ejemplo, las figurillas humanas son todas modeladas a mano, y su técnica de fabricación conserva muchos rasgos arcaicos. Lo mismo sucede con la decoración, que incluye el modelado y el pastillaje, los dibujos geométricos y la simple estilización de plantas y animales, pues todo esto tiene también un marcado

sabor arcaico. Hay, desde luego, cerámica policromada de muy buena calidad, como la de *Chupícuaro* (Fig. 59).

Lo más notable y característico de la cerámica tarasca es sin duda su escultura en barro (Fig. 60). La técnica es pobre, y los artistas apenas si se preocuparon por la seguridad de la forma. Pero representaron numerosas figuras humanas en la más diversa actitud: de pie, sedentes, bailando, caminando, jugando, etcétera. Hay guerreros, mujeres, pescadores, figuras monstruosas. Un renglón especial merecen las figuras de perros, que son de mejor realización y una característica tarasca.

FIG. 60.—Perrito funerario tarasco. Museo Nacional de Antropología de México.

El arte plumario, que practicaron intensamente, es otra característica de la región. De plumas hacían no sólo prendas para cubrirse o vestir a sus sacerdotes, sino que también formaban con ellas figuras humanas o de animal. En los últimos siglos conocieron también el trabajo de los metales, especialmente el cobre, y el del jade y la obsidiana, materias primas que generalmente usaron para la fabricación de adornos.

El origen compuesto de la civilización tarasca se evidencia también por el uso simultáneo de armas tan distintas como el arco y flecha, el propulsor, y la macana con filo de pedernal. El propulsor se usa todavía en el lago de Pátcuaro para la caza de patos.

La religión tarasca señala lo mismo. *Xarátana* es una diosa lunar y agrícola, y era la divinidad principal de los pueblos agricultores anteriores a los Chichimecas. A la misma época ha de pertenecer el entierro en ollas, que frecuentemente aparece en los yacimientos tarascos. En cambio, *Curicaveri*, dios solar y del fuego, era la divinidad principal de los invasores y conquistadores chichimecas. Fuera de los nombrados había otros dioses que,

en su conjunto poco tienen que ver con los de los pueblos del sur de México [10]. Y menos aún tienen que ver los sacrificios humanos, que parecería que se empezaran a practicar sólo con la presencia de los Chichimecas [11].

En la civilización tarasca se podrían, pues, distinguir dos distintos períodos: uno más antiguo y de tradición formativa; otro más reciente, surgido con posterioridad a las invasiones nahuas [12].

Al período más antiguo pertenecerían elementos como el entierro secundario, las pipas de barro de formas características, los tembetás en obsidiana y otros, que, habiendo aparecido en las excavaciones, es de presumir que ya existían en época prenahua y preazteca.

IX. LOS ALTOS DE GUATEMALA

1. *Generalidades*

Llamamos Altos de Guatemala, extendiendo un tanto el concepto, a toda la región montañosa que constituye la parte meridional de la actual República del mismo nombre. Se trata de una región que no participó en la clásica civilización maya que floreciera en las tierras bajas y cálidas del norte del país, en el Petén y partes colindantes de Chiapas y península de Yucatán. Sino que los pueblos que la habitaban, y que en parte siguen habitándola todavía, pese a constituir una de las tres ramas de la familia Maya, quedaron al margen de aquella notable civilización, y crearon sus propios estilos de vida.

La arqueología de la región es extremadamente compleja, y no se podría hablar aquí de cultura en singular. El territorio se encuentra en una encrucijada de vías de comunicación, y es indudable que las influencias que recibiera de una y otra parte han sido muchas. Las de origen maya, por ejemplo, son de innegable efectividad, especialmente en la parte norte de la región que limita con El Petén, o en las cercanías de las ciudades mayas de *Copán* y *Quiriguá*. De importancia son también las de carácter mexicano y, más específicamente, las de la gran metrópoli clásica de *Teotihuacán*. En cambio, todavía no es posible decir en qué medida los Altos de Guatemala han irradiado a su vez, influencias culturales durante la Etapa Clásica.

La zona arqueológica de *Kaminaljuyú*, sita en los suburbios

de la ciudad de Guatemala, es la que hasta ahora nos ha dado los materiales mejor documentados de toda la región [1]. Contamos, desde luego, con otros valiosos materiales, como los de *Santa Lucía Cotzumalhuapa*, conocidos desde la segunda mitad del siglo pasado, o los de *Zacualpa* y *Nebaj* [2], de más reciente excavación. Mas, los de *Kaminaljuyú* tienen la indudable ventaja de que constituyen una larga secuencia que abarca tanto la Etapa Formativa como la Clásica. A los materiales de esa zona correspondientes a los períodos preclásicos, o sean, las fases de Las Charcas y Miraflores, nos hemos ya referido en su correspondiente lugar [3]; tócanos ahora recordar de manera sucinta los de las fases posteriores.

En *Kaminaljuyú*, las fases que componen la Etapa Clásica son también dos, con algunas diferencias entre una y otra. La más antigua de éstas es la llamada Esperanza, y la más reciente Amatle-Pamplona. En su conjunto, ambas fases ocupan el lapso que media entre los 300 y los 980 de nuestra Era, aproximadamente. Luego, con posterioridad a esa Etapa, sigue un nuevo período que está dominado por recias influencias mexicanas y que es producido por la llegada de pueblos nahuas o nahuaizados. Fueron primero los *Pipiles*, procedentes sin duda de la actual Oaxaca. Siguieron luego algunos grupos de colonizadores aztecas. En algunos casos, estos invasores consiguieron establecerse fuertemente en distintas partes de la región, como en el valle del Motagua medio, en la zona de *Escuintla* y en la parte occidental del Salvador, donde todavía viven sus descendientes. Mientras que en otros casos los forasteros sólo lograron dar genealogías de jefes mexicanos a los pueblos indígenas [4].

2. *Los Portadores*

Fuera de los pequeños grupos de población de lengua nahua que en la época de la conquista española se encontraban diseminados por el país, los demás pueblos con habitat en los Altos de

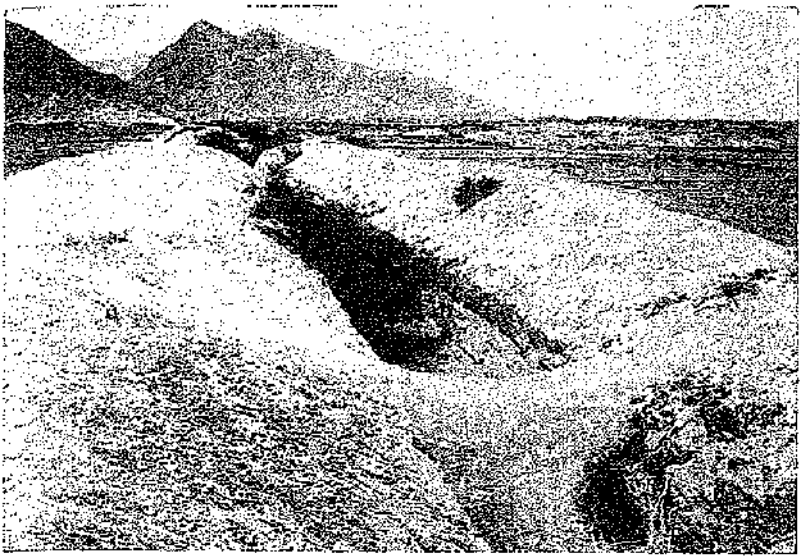


LÁMINA XXXIX. — *Civilización Mochica.*
a) *El acueducto de* Ascope.
b) *Vista de una huaca en* Huancaco.

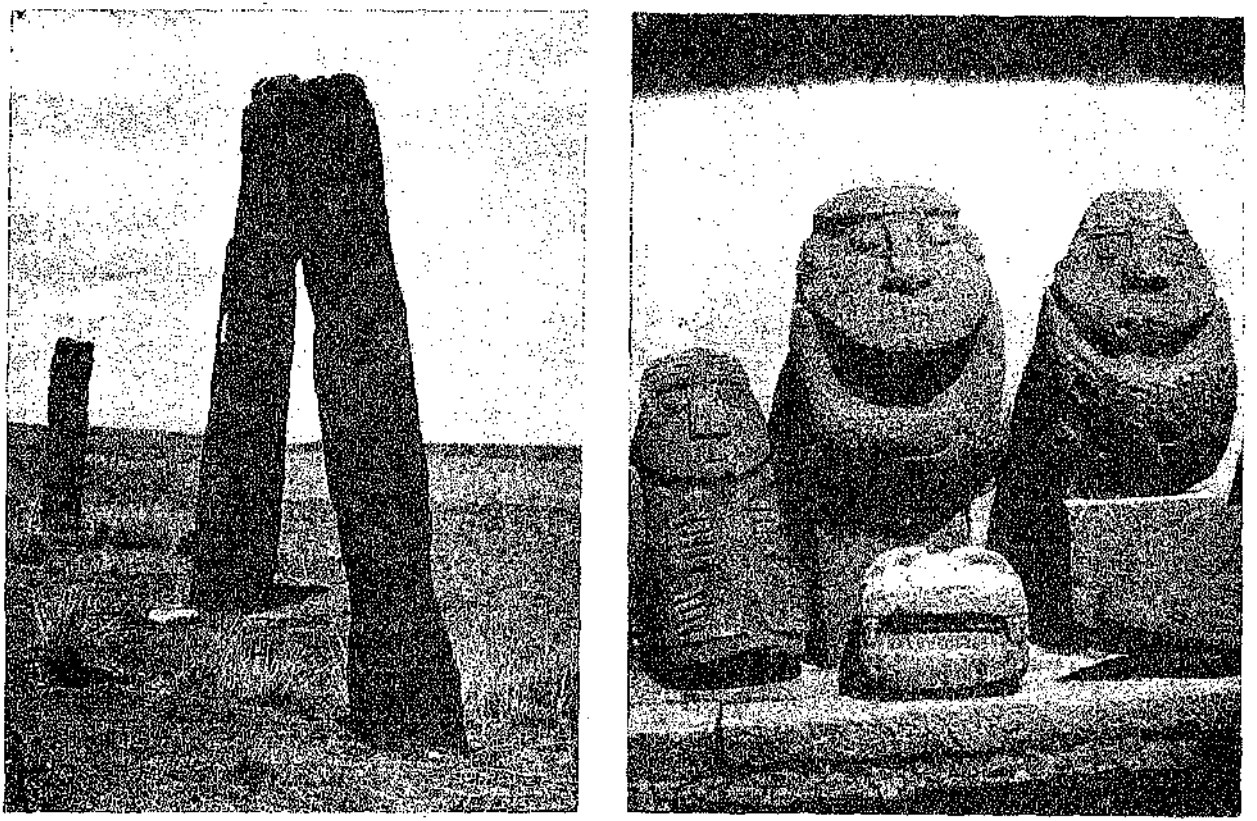


LÁMINA XL. — *Estatuaria perú-boliviana.*
a) *Monolitos tiahuanaquenses.*
b) *Figuras de piedra de Recuay.*

Guatemala constituían la rama Quichoide de la familia lingüística Maya. Eran, sobre todo, los *Mames*, los *Ixiles*, los *Kekchíes*, los *Pokonchíes*, los *Pocomanes* y los *Quichés*, cuyos descendientes todavía ocupan la región.

Desde el punto de vista antropológico, disponemos de una serie de restos humanos hallados en las tumbas de *Nebaj* y estudiados recientemente por T. D. Stewart [5]. Poseemos también las mediciones correspondientes a los tres principales pueblos supérstites, que debemos a Ada D'Aloja [6]. Se trata de una primera serie de 6 pokomanes varones y 4 hembras; otra de 117 hombres y 83 mujeres quichés, y una tercera de 69 individuos masculinos y 34 femeninos mames. La estatura media de estas tres series resultó ser bastante uniforme, ya que ella importa 156, 154 y 155 cms. los hombres, y 147, 144 y 142 las mujeres; estos mayoides de las tierras altas guatemaltecas, pues, ostentan una talla muy parecida a la de sus congéneres de las tierras bajas.

Por la forma de su cabeza, en cambio, las diferencias son algo más apreciables, ya que los segundos y los terceros la tienen más larga que los primeros. El índice cefálico horizontal de los *Pokomanes* es de 82,8, el de los *Quichés* de 80,0 y el de los *Mames* de 79,3. Ello no obstante, consideraremos a los tres grupos como centrálidos, al igual que a los demás *Mayas*. Máxime cuando la mayor longitud de cabeza puede muy bien deberse a influencias de los elementos nahuas recientes, que originariamente eran dolicoides. Por otra parte, los cráneos antiguos hallados en la región son generalmente braquioides.

3. *Las Culturas*

En la fase *Esperanza* de *Kaminaljuyú*, o sea, en la época más antigua de la Etapa Clásica que es más o menos contemporánea con Tzakol de las tierras bajas, lo más importante son las tumbas. Se trata de pozos que llegan a tener 3,70 ms. de profundidad, y otro tanto de superficie cuadrada. Las tumbas están techa-

das con troncos recubiertos de esteras, y encima de las más importantes se levantan pirámides de poca altura.

Estas pirámides están construídas con piedra y adobes. Sus lados forman tablero y talud, y lucen escalinatas angostas con alfardas carentes de decoración. En la parte superior se ven los restos de antiguos templetes. Al construir una nueva tumba, que se colocaba delante de la anterior, se ampliaba la pirámide de modo que recubriese también aquélla. En algún caso se pudo comprobar la existencia de nada menos que ocho ampliaciones de la misma estructura. Y al disponerse algún agregado y ampliarse así la plataforma superior de la pirámide, se demolía el templete que la coronaba para luego volver a construirlo.

Dentro de las tumbas se encuentran los restos de un alto personaje, sentado o acurrucado, y rodeado de ajuar funerario. Éste comprende cerámica, puntas y cuchillos de obsidiana, espejos de piritas de hierro puestos a manera de mosaico sobre una base de pizarra, orejeras, cuentas y amuletos de jade y diversos ornamentos de concha.

En una de las tumbas, los restos del personaje enterrado aparecieron rodeados por tres maxilares humanos y un cráneo de jaguar. En otra, el cuerpo de una mujer joven yacía a los pies del esqueleto principal, y junto con la cerámica un pequeño metate de piedra. En un ángulo estaban los restos de un perro.

A propósito de este último hallazgo conviene recordar que en algunas partes de México se acostumbraba matar un perro y enterrarlo junto a los restos del fallecido. La costumbre se basaba en la creencia bastante general de que el perro ayudaba a su amo a pasar un anchuroso río que cerraba la entrada al otro mundo. Todavía hoy, los *Lacandones* de Chiapas, grupo supérstite maya, ponen un perrillo hecho de hojas de palmera en la esquina del montículo con que recubren la sepultura, en la esperanza de que sirva de guardián y de acompañante del alma en su viaje hacia el más allá.

La cerámica que se encuentra en esas tumbas es muy variada. Están, por de pronto, las vasijas con reborde basal que se pare-

cen a las de los Mayas del Petén de la misma época. Otras recuerdan a *Teotihuacán*, en el Valle de México (Fig. 61). Y tampoco faltan aquellas que ostentan, yuxtapuestas, rasgos característicos de una y otra región. Otras piezas son de gran tamaño, están modeladas y representan personajes a veces de aspecto grotesco. Hay también incensarios con tapa modelada representando a una deidad. Éstos tienen la particularidad de que al quemarse en ellos el copal, el humo sale por la boca, los ojos y la nariz de la figura.

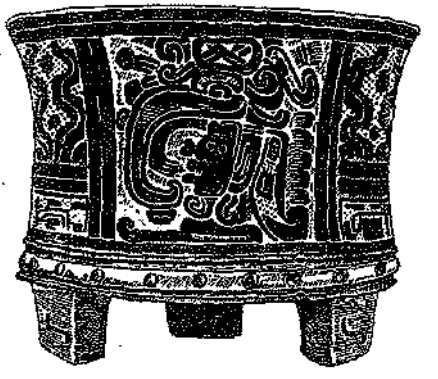


FIG. 61. — Vaso de *Kaminaljuyú* (Guatemala). La forma es teotihuacanoide, y la decoración de tipo maya. Carnegie Institution de Washington.

A esta misma fase pertenecen también las ruinas de un juego de pelota, de cuyos muros sobresalen cabezas de papagayo como en la ciudad maya de *Copán*.

La fase siguiente es la de *Amatle-Pamplona*, que es aproximadamente contemporánea de Tepeu del Petén. En *Kaminaljuyú* no ha dado tumbas. Pero sí las ha dado en *Nebaj*, en *Zacualpa*, en *San Agustín Acasaguastlán*. Por lo general, éstas poseen algunos rasgos mayas, como el de estar techadas con una especie de falsa bóveda. Más marcadamente maya es aún la cerámica policroma que se encuentra en los Departamentos de Alta Verapaz y El Quiché, en la parte septentrional de la región. Sobre todo aquella de formas cilíndricas o globulares, de cuello alto y paredes rectas que ostenta hermosas escenas pintadas sobre fondo anaranjado vivo o marfilino opaco. Hay también figurillas hechas a molde, incensarios con el rostro de una deidad en bajo relieve, etc. Falta, en cambio, la típica escultura maya.

En *Kaminaljuyú* la cerámica policroma es poco frecuente, y generalmente de dibujos rojos y blancos sobre anaranjado. Predomina, en cambio, la monocroma, que a veces lleva decoración

incisa. Hay vasos de forma variada, incensarios con protuberancias, candeleros de gruesas paredes, los llamados "vasos de ofrenda". Notable es la presencia de una variedad de cerámica plomiza que, al revés de la posterior que tipica el período postclásico, carece de efigies humanas o animales [7].

Para el conocimiento del período postclásico, *Kaminaljuyú* ya no puede servirnos, pues el lugar fué abandonado al finalizar la Etapa Clásica, al igual que otras ciudades edificadas en partes llanas. De acuerdo con el espíritu de la época, las urbes que entonces se establecieron estaban en lugares de fácil defensa, como *Zaculeu* (Lám. XXXVI *a*), que cuando la conquista española era la fortaleza de los *Mames*. O *Utatlán*, cerca de la ciudad moderna de *Santa Cruz Quiché*, que era la capital de los *Quichés*. O *Iximché*, que lo era de los *Cakchiqueles*, grupo afín del anterior. Y todas ellas estaban edificadas en lugares fortificados.

Típica de las ciudades de este tercer y último período es *Zaculeu*, situada no lejos de la moderna *Huehuetenango* [8]. Por dos de sus lados tiene profundos precipicios, y un despeñadero que termina en el río por el tercero, lo que permitió ofrecer una serie resistencia a los españoles de Alvarado. Por la disposición de las pirámides y montículos que allí se ven, tiene un subido aspecto de centro ceremonial maya propiamente dicho. Mas, en las estructuras no faltan los rasgos mexicanos, como las paredes en tablero y talud que adornan algunas de ellas. Mexicana es también la doble escalinata de su Templo Mayor, aunque aquí se trate más bien de una sola dividida en dos por la rampa central que es una especie de prolongación hacia adelante de las terrazas que componen el cuerpo de la estructura.

En esta misma época, en la vertiente del Altiplano que da al Pacífico, predominaban también las influencias mexicanas. Esta parte de la región ha estado de todo tiempo densamente poblada. Así, en el lugar llamado *El Baúl*, en el Departamento de Escuintla, se ha podido demostrar estratigráficamente la existencia de materiales preclásicos y clásicos, aunque no postclásicos [9]. Este es el caso, en cambio, de *Santa Lucía Cotzumalhuapa*,

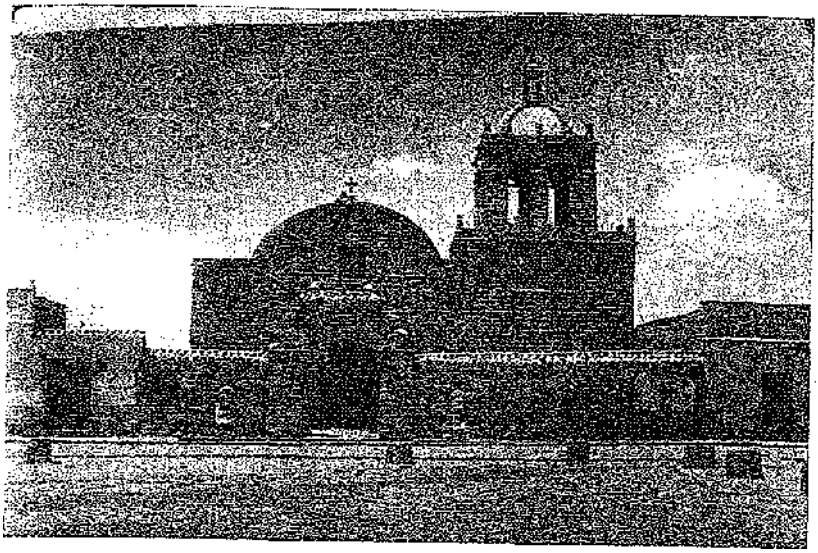


LÁMINA XLI. — *Vistas de* Tiahuanaco.
a) *La iglesia del pueblo actual.*
b) *Escalinata monolítica del Calasasaya.*

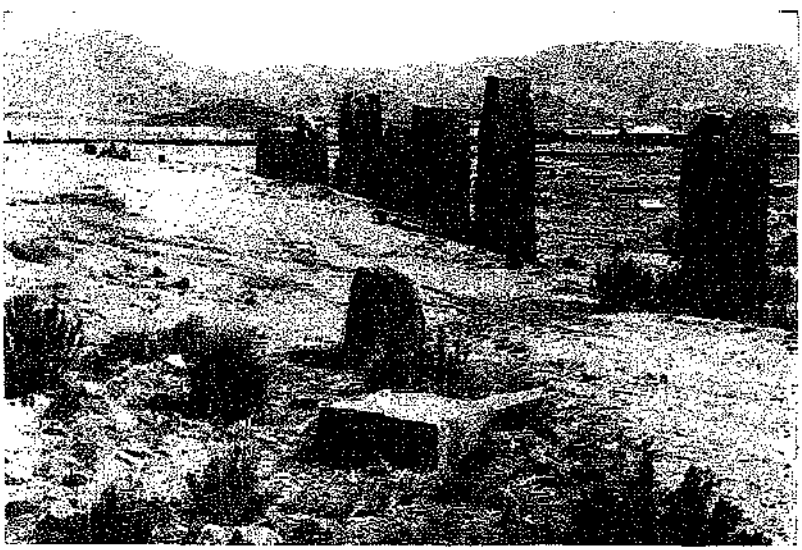


LÁMINA XLII. — *Vistas de* Tiahuanaco.
a) *Puerta de la Luna.*
b) *Lado occidental del Calasasaya.*

situada no lejos de *El Baúl*, y cuyas famosas esculturas se encuentran en gran parte en el Museo de Berlín, adonde fueran llevadas en el séptimo decenio de la pasada centuria (Fig. 62). Recientemente se han realizado en la zona nuevos trabajos de reconocimiento y excavación, y han aparecido nuevos monumentos del mismo tipo, con figuras esculpidas que representan dioses,

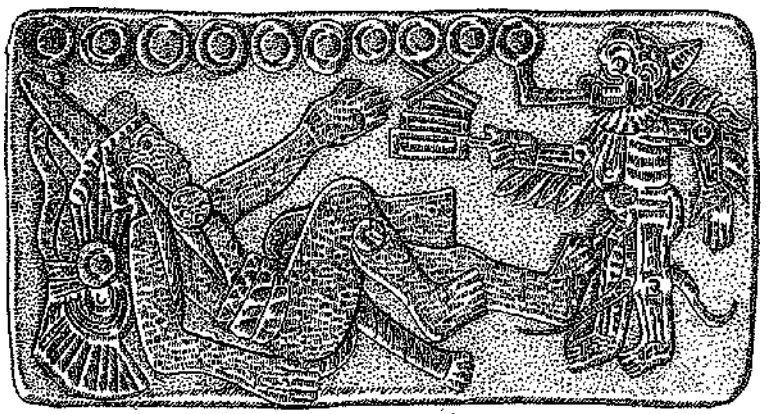


FIG. 62. — Uno de los monolitos de *Santa Lucía Cotzumalhuapa* (Guatemala). Museum für Völkerkunde de Berlín.

personajes y glifos de apariencia mexicana [10]. Por razones estilísticas y geográficas estos restos suelen atribuirse a los *Pipiles* que sabemos que ocupaban la zona, aunque todavía no se conoce la fecha aproximada de su erección [11]. En cambio, se ha podido establecer que entre los dioses ahí representados se encuentran la mayoría de los mexicanos, aunque no *Quetzalcóatl*. Están también presentes los famosos caballeros águilas y jaguares, que tan importante papel desempeñaron en la Etapa Postclásica.

Muchas tradiciones maya-quichés están contenidas en el *Popol Vuh*, que generalmente se considera su libro sagrado. Fué escrito en época española, pero su contenido es exclusivamente indígena. Desgraciadamente no hay todavía uniformidad de pareceres sobre la interpretación de los relatos del libro famoso [12].

MAURO

Cuarta Parte

LAS CLÁSICAS CIVILIZACIONES ANDINAS

MURO

I. GENERALIDADES

1. *El Medio*

La porción principal del Área Andina y la parte mejor conocida y estudiada, son los Andes Centrales, o sea, la región peruana. Es aquí también donde surgieron sin duda las culturas andinas y donde mayor incremento tomaron.

En esta región peruana existe una bien pronunciada diferencia entre el aspecto fisiográfico de la Costa y el del interior del país. Desde los primeros tiempos hispánicos, el territorio ha sido dividido geográficamente en tres grandes sectores. El primero es la *Costa* o, como decían los primeros autores españoles, los Llanos; el segundo es la *Sierra*, que incluye a las distintas cordilleras, valles y mesetas del sistema andino; y el tercero es la *Montaña*, o región de las selvas tropicales del este. Aquí interesan sólo los dos primeros, ya que el sector oriental es dominio de las culturas amazónicas de tipo medio.

Tanto la Costa como la Sierra son regiones de fuertes contrastes. Así, la parte alta de la serie de cadenas montañosas andinas que llegan hasta el límite de las nieves eternas, al igual que las altas mesetas que ellas forman, son zonas de puna, de clima frío, desoladas, cubiertas con pastos duros, donde la vida es difícil. En las partes bajas, en cambio, y en los valles que están al amparo de los vientos y donde los ríos arrastran las aguas, las condiciones son excelentes para el cultivo del maíz, la papa, la oca y la quínua, y favorecen el asentamiento de las comunidades humanas civilizadas.

Por consiguiente, es en los valles de los ríos peruanos, en el del Huilcanota, del Santa o Huaráz, del Apurimac, del Marañón, etc., donde se asentaba una industriosa población que cultivó con esmero cada palmo de tierra apta para el cultivo, y que aún ampliaba las posibilidades mediante la construcción de andenes o terrazas irrigables.

El Cuzco, verbigracia, que fuera el centro del Imperio de los Incas, se halla situado en uno de estos valles (Lám. XLVIII *a*).

En el Altiplano boliviano, las aguas del gran lago Titicaca han influído sobre el clima y, al moderarlo, han hecho posible que en sus márgenes, pese a encontrarse a la altura de unos 3.800 metros sobre el nivel del mar, se puedan producir diversas clases de cultivos y surgir grandes centros como *Tiahuanaco*.

Pues bien, los mismos contrastes que en la Sierra tenemos en la Costa. En realidad, la Costa no es otra cosa que una faja de territorio constreñida entre la Sierra y el Océano Pacífico. Su naturaleza es desierta, arenosa, producto de la falta de precipitaciones. El desierto se interrumpe de trecho en trecho, allí donde los ríos, que descienden apresuradamente de la Sierra, han formado pequeños valles, largos y anchos en el norte, cortos y angostos en el sur.

La vida de colectividades agricultoras era sólo posible en estos valles transversales, y es por tanto en ellos donde hoy vemos los restos de la antigua población y de sus culturas. Los valles son en número de cerca de 50, pero sólo unos treinta y tantos tienen caudal de agua perenne, aunque perdiendo a veces hasta nueve décimas partes en la época seca. Es cierto que algunas de las corrientes que en la Actualidad sólo llevan agua durante la época de lluvias en la Sierra, pueden haber sido antes de curso perenne. Pues, hay un evidente proceso de desecamiento que parece continuar desde siglos.

Por lo tanto, es también en los valles donde se desarrolló la vida en la Costa. Desde tiempos antiquísimos se cultivo ahí el maíz y los mates, la batata y la mandioca, el poroto y el algodón,

amén de otros vegetales más. Mientras que los desiertos entre valle y valle permanecieron siempre deshabitados.

2. *El Hombre*

La población del Área Andina suele considerarse que integra en su conjunto el tipo racial Andido. Es decir, que en término medio y de acuerdo con la clasificación de von Eickstedt [1], se trataría de hombres de baja estatura (inferior a los 160 cms.), de tronco y brazos más bien largos, pero de piernas cortas, de tórax poderoso y arqueado, cara mediana y cabeza corta (índice cefálico horizontal de cerca de 82).

Sin embargo, ya desde antiguo se ha venido llamando la atención sobre el hecho de que los grupos e individuos de mayor estatura y de cabeza más alargada, son bastante numerosos en todas partes, y ello muy poco de acuerdo estaría con la preconizada unidad racial [2]. Claro que el asunto se explica perfectamente sobre la base de los hechos relacionados con el poblamiento de la región. Pues, es indudable que poblaciones dolicoides, Huárpidos en la Sierra y de tradición mesolítica en la Costa, han sido los primeros ocupantes del país [3]. Y, como es natural, ni ellas ni sus gentes han podido desaparecer de manera completa con los hechos producidos con posterioridad.

En estos asuntos, el aspecto craneológico es el más importante. Desgraciadamente, las series de piezas aptas para el estudio no son numerosas en el Perú ni en las demás regiones andinas. Pero no deja de ser notable que según las investigaciones de Marshall T. Newman, aparezca en la Costa, ya desde el período formativo, el tipo de hombre de baja estatura y cabeza braquioide que en los tiempos históricos representaría al grueso de la población andina [4]. Y que, en cambio, varias grandes series de cráneos prodentes de la Sierra, sean decididamente dolicoides [5]. Lo que importaría saber es si esos dolicoides serranos son o no son representativos de la población serrana en general. El

problema es de difícil solución debido al hecho de que la deformación intencional del cráneo es bastante general en toda el Área Andina. Ello no obstante, creemos que los dolicoides sólo representan una fase en la historia racial andina. Y que las poblaciones serranas portadoras de las clásicas culturas son y han sido en su mayoría braquioides. Los indios actuales, por ejemplo, lo son en su mayoría, y así también lo reconoce Newman [6]. Para verlo con un solo ejemplo: de 434 *Quichuas* y *Aymaras* relevados antropológicamente por G. Rouma, aproximadamente el 70 por ciento ostentaban cabezas con un índice cefálico superior a 80 [7]. Y esta ha de ser también la proporción en que han de estar los braquioides en el resto del Área Andina.

3. *Cronología*

Al igual que lo que vimos suceder en el Área Mesoamericana, en la Andina surgen también, del viejo fondo cultural del período Formativo, numerosas culturas clásicas regionales.

Pero es tanta la importancia que en el devenir histórico adquiere una de ellas, y con esto nos referimos a la civilización de Tiahuanaco, que el conjunto de clásicas culturas que florecen en los Andes Centrales con posterioridad al Formativo, suelen dividirse en pre-tiahuanaquenses, tiahuanaquenses y post-tiahuanaquenses. Atendiendo a ser las primeras, anteriores al florecimiento y expansión de Tiahuanaco; las segundas, verse influenciadas en mayor o menor medida por la expansión panandina de esa civilización; y las terceras, ser las que renacen una vez que el poder absorbente de Tiahuanaco ha sido definitivamente eliminado.

En términos de antigüedad absoluta, situamos a las culturas pretiahuanaquenses entre los 300 y los 900 de nuestra Era. Al florecimiento y expansión de Tiahuanaco, entre los 900 y los 1200. Y a las culturas post-tiahuanaquenses o período del renacimiento regional, entre los 1200 y los 1438. La última fecha re-

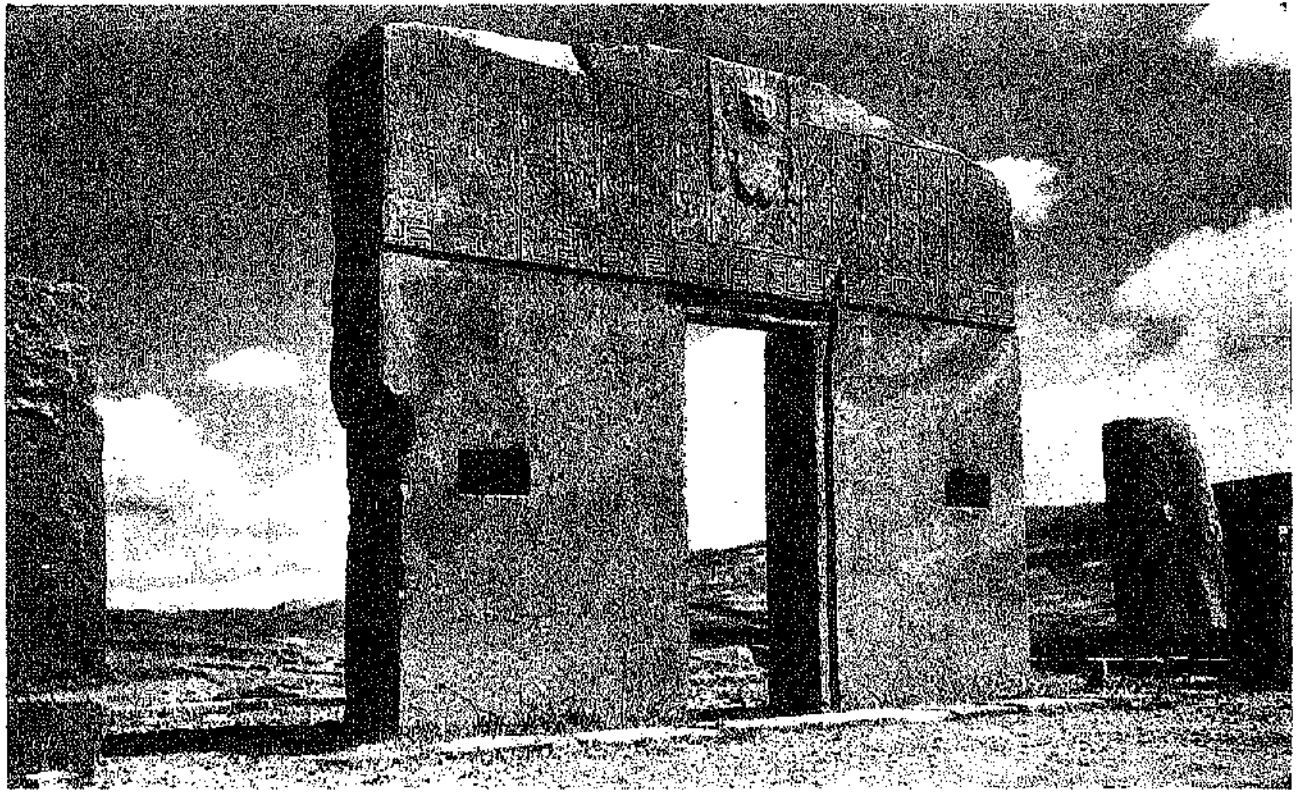


LÁMINA XLIII.—*Civilización de Tiahuanaco. Puerta del Sol.* (Foto G. Cordero Miranda.)

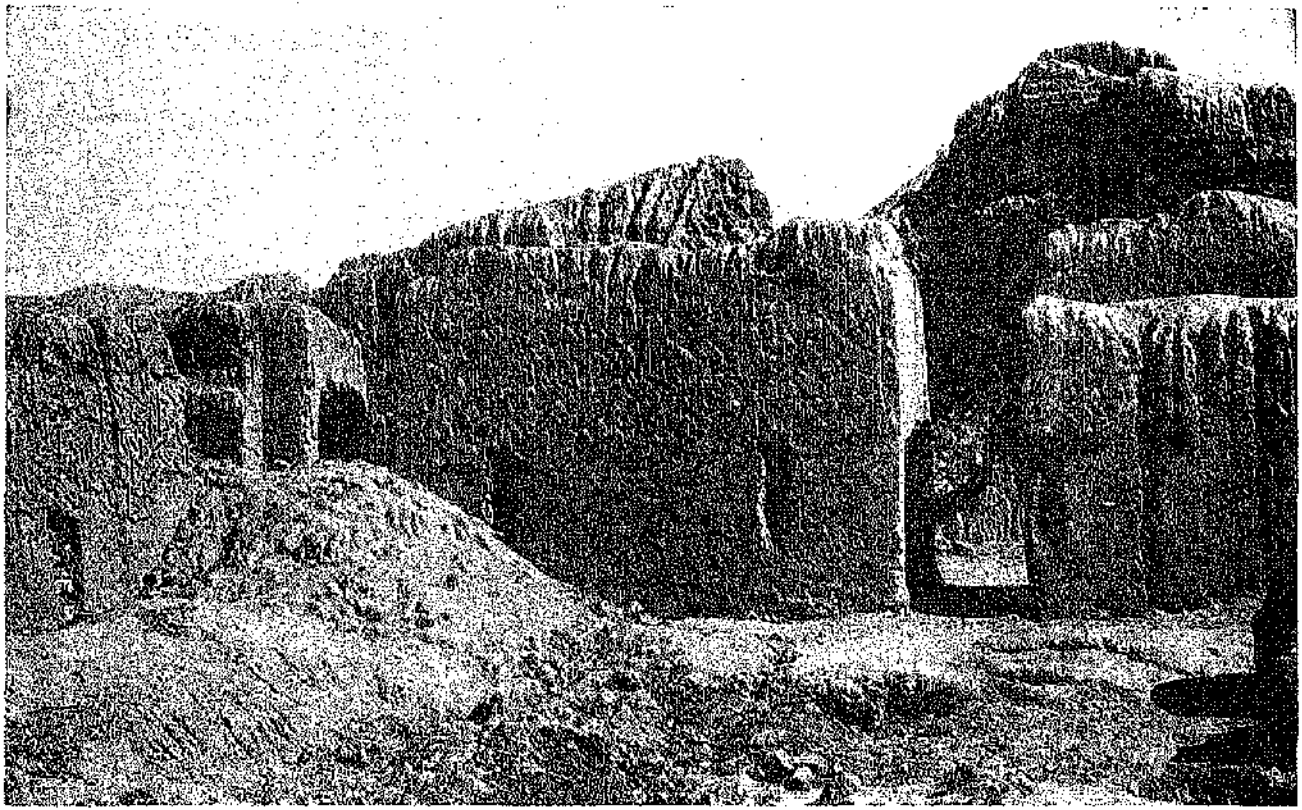


LÁMINA XLIV. — *Civilización Chimú. Ciudad de* Chan-Chan. *Detalle de una construcción con adornos murales.* (Cortesía del Instituto de Antropología de Buenos Aires.)

presenta, según Rowe [8], el comienzo de la expansión imperial incaica.

A partir de 1438, y hasta la conquista española, es el Imperio de los Incas quien cultural y políticamente domina casi toda el Área Andina. Del mismo tratamos en la séptima parte de este libro.

A. MAURO

II. LAS CIVILIZACIONES PRE-TIAHUANAQUENSES DE LA COSTA

1. *La Cultura Mochica*

La *Cultura Mochica*, llamada por Uhle Proto-Chimú para diferenciarla de otra posterior que ahora es conocida como Chimú a secas, es la civilización pre-tiahuanaquense más representativa de la costa norte. Anterior a ella hubo otras civilizaciones de menor importancia, de extensión más localizada y duración más efímera, como la Salinar [1] y la Gallinazo [2]. Pero la Mochica, que en gran parte se nutrió de la savia de éstas y otras civilizaciones anteriores, es la que pronto se impuso a las demás y la que perduró por más tiempo. Al parecer, tuvo su centro en los tres valles contiguos de Chicama, Moche y Virú, aunque se extendió igualmente por otros valles vecinos. Rafael Larco Hoyle, uno de los mejores conocedores de esta notable cultura, es de opinión que el territorio estricto de los *Mochicas* abarcaba los valles de Chicama, Moche, Virú, Chao, Huamazaña, Santa y Nepeña, y que en el momento de su mayor extensión representaba unos 6600 kms.^{2} de superficie [3].

Si bien no hay ningún lugar conocido que pueda considerarse yacimiento tipo de esta cultura, las ruinas que se ven cerca de *Moche*, no lejos de la actual Trujillo, en el Departamento de La Libertad, constituyen sin duda el principal conjunto de monumentos ceremoniales mochicas. Ahí, en una pequeña llanura que se extiende entre el río Moche y el Cerro Blanco, se enfrentan las dos mayores y más conocidas estructuras de este tipo,

desde antiguo llamadas Huaca del Sol y Huaca de la Luna (lámina XXXVIII *a*), y entre una y otra están los restos de un antiguo poblado [4].

La Huaca del Sol consta de una plataforma de lados escalonados de 228 metros de largo y 18 de altura. Sobre esta base, y elevándose otros 23 metros por encima de ellas, se encuentra la pirámide propiamente dicha, que tiene 103 metros de lado y es igualmente escalonada. En la parte de plataforma no ocupada por la pirámide y que está delante de ella, se enterraban los altos personajes de la comunidad.

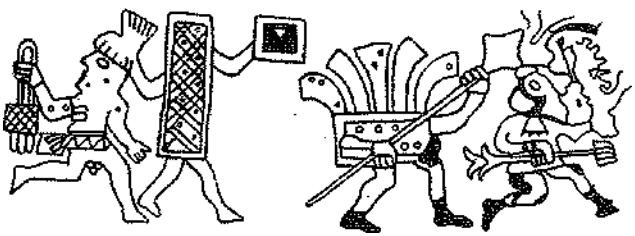
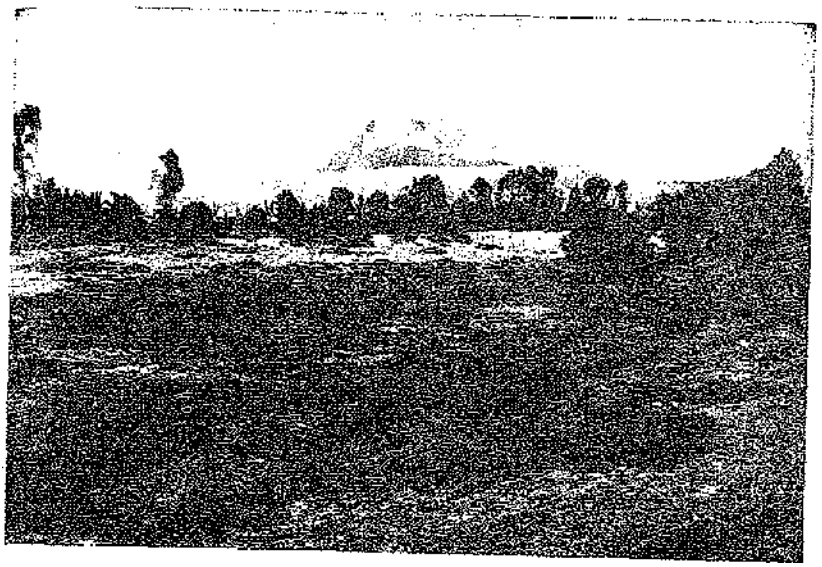


FIG. 63.—Fresco de la Pirámide de la Luna, del Valle de Moche, representando la rebelión de los artefactos. Según Imbelloni.

La Huaca de la Luna está situada al este de la del Sol, y a unos 500 metros de ella. Por su lado este está adosada a la base rocosa del Cerro Blanco. Consta también de una plataforma aterrazada de 80 por 60 metros, con una altura de 21. En algunos muros de la parte superior todavía se ven pinturas policromadas que, en estilo auténticamente mochica, parecen representar un mito antiguo que se refiere a la rebelión de los animales y objetos domésticos, y a la subsiguiente destrucción de la Humanidad (Fig. 63). Mientras que en la base de la estructura hay numerosos enterramientos.

Fuera de estas dos principales "huacas" hay muchas otras más diseminadas por el territorio mochica. Las construcciones piramidales son elemento propio de esta cultura. Agreguemos que las pirámides mochicas no se construían de piedra, como las mexicanas, sino de adobes, que aquí se hacían con molde.



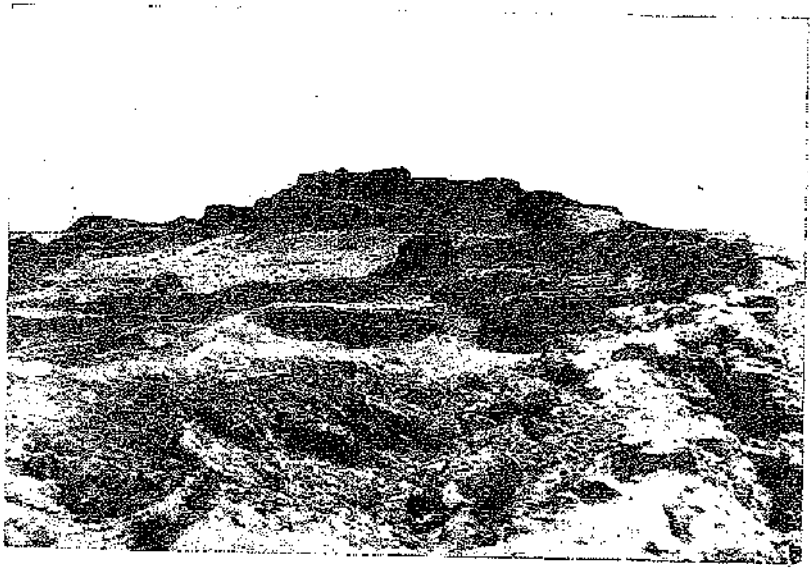


LÁMINA XLV. — *Construcciones en la costa peruana.*
a) *Vista de la Fortaleza de* Paramonga.
b) *Vista de* Pachacamac.

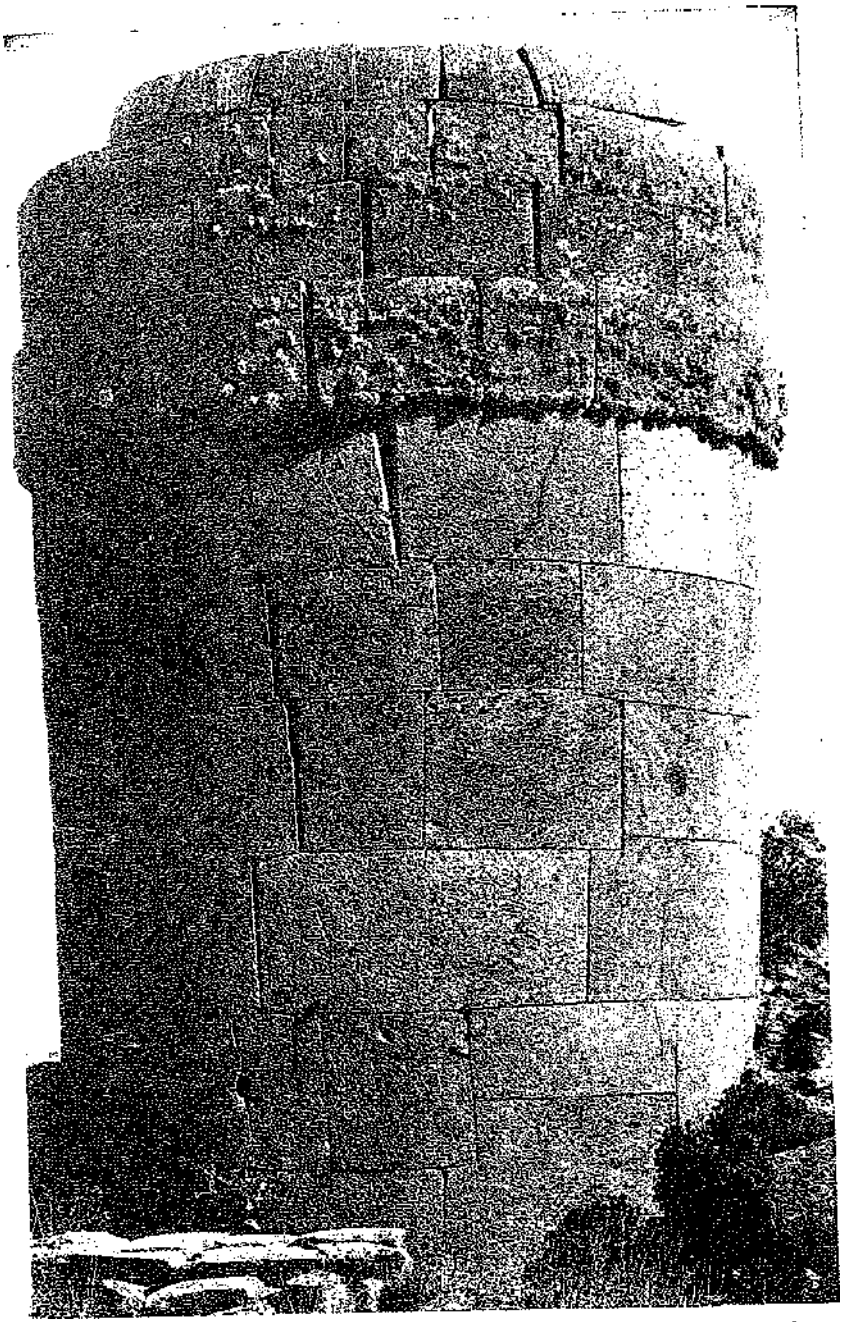


LÁMINA XLVI. — *Torre funeraria de* Sillustani *(Puno)*. (Cortesía Peabody Museum, Harvard University.)

Así como los *Mochicas* no levantaron pirámides de piedra, tampoco practicaron la litoescultura. Trabajaron empero el barro, y lo hicieron de manera sorprendente. Es posible que en esto debamos ver la influencia del medio. Como influencia del medio ha de ser el que en estas culturas costaneras la cerámica cobre un valor tan excepcional. La mochica es una alfarería sumamente interesante y de alto valor antropológico y etnográfico. Utilizando los recursos del modelado y pintado, estos ar-

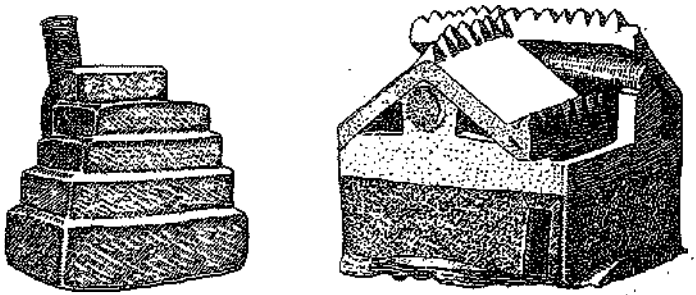


FIG. 64.—Vasos mochicas representando una pirámide escalonada y una casa. Museum für Völkerkunde de Berlín.

tistas se recrearon en la reproducción de su vida material y espiritual, y de los principales elementos del mundo que les rodeaba. El estilo es estrictamente naturalista. La forma de mayor importancia de esta cerámica es el cántaro, generalmente de color rojizo y blanco, que tiene unos 30 cms. de altura, gollete en forma de estribo y base cóncava (Fig. 64). Alrededor de un 50 por ciento de la cerámica ceremonial mochica corresponde a este tipo. En la parte superior o anterior del cántaro se encuentra por lo general un objeto, una escena o una cara humana modelada. Y es tanta la naturalidad y fidelidad de los rasgos reproducidos en esas caras, que a las piezas correspondientes se les ha llamado "vasos-retratos" [5].

Los *Mochicas* enterraban sus muertos en sepulturas rectangulares con paredes revestidas de adobes. El cadáver se depositaba en posición alargada, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. En la boca aparece frecuentemente una pieza de cobre

envuelta en algodón, equivalencia, sin duda, del óbolo de Caronte. Numerosos objetos, y especialmente varios de los maravillosos ceramios, se encuentran colocados junto a los restos.

Por el estudio de esos objetos y por el de las representaciones cerámicas, se ha podido reunir una relativamente extensa información sobre el contenido de la cultura Mochica.

Sabemos, así, que la subsistencia se basaba precipuamente en la agricultura intensiva. El trabajo se hacía con azadas y palos de cavar que tenían hoja o punta de cobre. De los sistemas de irrigación artificial establecidos o usados entonces han quedado algunos restos que son testimonio de su efectividad. Así, en *Ascope*, valle de Chicama, se ha conservado un acueducto que atraviesa una quebrada ancha de 1400 metros (Lám. XXXIX *a*). Y de otro canal se sabe que tiene más de 120 kilómetros de largo [6]. Las principales plantas que se cultivaban eran el maíz, la mandioca, el algodón, las papas, batatas, porotos, calabazas y maníes, de las que no sólo tenemos reproducciones cerámicas, sino que también restos más o menos desecados que se han encontrado en las tumbas. La pesca y la reproducción de frutos silvestres completaban el menú.

Las embarcaciones eran sencillas y pertenecientes al género de las balsas. La balsa clásica y paleolítica, que se fabrica atando varios haces de juncos o de tallos de totora, era la más usual. Todavía se usan en la región, donde se las conoce como "caballitos de mar" [7]. Otra clase no pasaba de ser un conjunto de maderos atados. Y cuando viajaba algún alto personaje, varias personas nadando tiraban de ellas.

Las habitaciones se construían de barro o adobe y eran más bien de reducido tamaño. El techo, inclinado y a veces a dos aguas, era de torta. En su interior lucían pinturas.

El arte textil se hallaba a gran altura, existiendo talleres donde varias personas trabajaban en sendos telares de tipo horizontal, que todavía se usan en la zona [8]. Las mujeres vestían una sola camiseta, y se adornaban con pendientes. Los hombres, en cambio, llevaban vestido más completo, ya que el mismo com-

prendía un taparrabos, una camisa interna sin mangas y otra externa con manga corta. Unos y otros iban descalzos. El tocado era complicado, y parece que caracterizaba las distintas profesiones. Los adornos nasales, las orejeras y collares servían al adorno personal de los hombres.

Diversos datos nos señalan que el Estado tenía una organización rígida, aunque ignoramos si los *Mochicas* constituían una

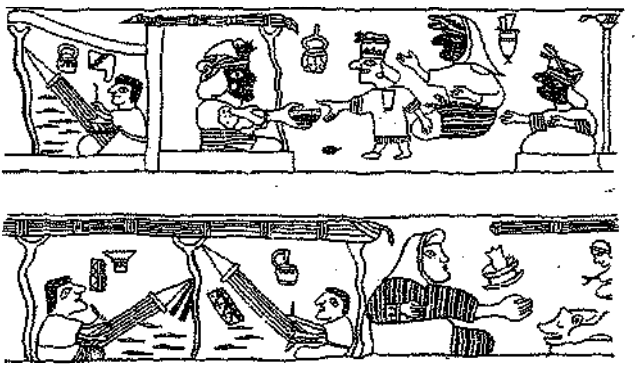


FIG. 65. — Desarrollo de la pintura de un vaso mochica representando una tejeduría. British Museum de Londres.

sola o varias naciones. Lo último es lo más probable, pues las escenas guerreras son objeto precipuo de las pinturas, y los guerreros lo son del modelado. Armas principales eran la clava o rompecabezas, el propulsor con dardos de aguzada punta y un pequeño escudo rectangular.

Sobre la base de la diferente riqueza de contenido de las tumbas, y por la numerosa representación de personajes que son llevados en andas o en balsas, se sientan sobre tronos y van siempre ricamente ataviados, podemos inferir que las clases sociales eran muy marcadas. La población se dividía en grupos especialidados que el arte distingue dotándolos de atavíos y símbolos distintos. Había gobernantes y guerreros, sabios y artesanos, esclavos y mensajeros. En estos últimos hemos de ver, sin duda, a los antecesores de los *chasquis* incaicos [9].

Muy estricta parece haber sido la justicia, y severas las penas

que se aplicaban. Lapidación y distintas clases de mutilación eran las penas más corrientes. Numerosos ceramios nos muestran a personas que por haber sido sometidas a esas penas aparecen con la nariz, los labios, las manos o los pies cortados.

FIG. 66. — Representación del dios *Ai Apaec* de los *Mochicas*. Fué encontrada en la tumba de un alto sacerdote, que se supone era encarnación terrestre del dios. Según Strong.

Otros ceramios representan a los doctores practicando curas mediante masajes o extrayendo del cuerpo del paciente el objeto de la enfermedad. Es decir, practicando el shamanismo.

La Luna parece haber sido una de las divinidades principales, tal como sabemos lo fuera posteriormente en la misma región. Otra sería la deidad felínica que ha sido llamada *Ai apaec* o "El Creador", y que se la representaba con figura humana dotada de ingentes colmillos. Muy recientemente, el norteamericano William D. Strong pudo excavar una tumba que guardaba los restos de un alto personaje de edad avanzada que el descubridor considera vicario de este dios. Yacía en un ataúd de cañas, envuelto en telas, y sobre el mismo se encontraban los restos de dos mujeres sacrificadas. Al lado del anciano estaban los restos de un niño. Dos interesantes herramientas agrícolas ceremoniales con cabezas talladas, se distinguía de entre el numeroso ajuar. La de la primera representa una lechuza, posiblemente símbolo de la sabiduría. La de la otra un grupo compuesto por un alto personaje dotado de colmillos y con cofia de jaguar, que tiene en sus ma-

nos un palo de cavar; y un niño que lleva una bolsa y que parece estar sembrando (Fig. 66). Y es por la similitud existente entre el contenido de la tumba y la escena representada en la cabeza de la herramienta, que Strong supone que el personaje en cuestión fuera en vida un gran guerrero-sacerdote, representante terrestre de *Ai apaec* [10].

Es muy probable que los antiguos *Mochicas* hablaran la lengua Muchik o Yunga que ha llegado hasta los tiempos prehistóricos, y de la que tenemos gramática [11].

2. *La Costa Central*

Pocos detalles tenemos sobre la evolución cultural que en la costa central del Perú sigue a la Etapa Formativa. Y lo poco que de ella sabemos no puede ser puesto en relación con ningún pueblo, o grupo de pueblos, en particular.

Las excavaciones sistemáticas que en la región hasta ahora se han realizado son relativamente pocas, en razón, tal vez, de no haberse encontrado ninguna gran civilización. En realidad, sólo una serie de culturas locales es lo que se ha logrado establecer.

La más antigua de estas culturas es la del estilo cerámico del *Blanco-sobre-Negro*. Fué primeramente establecido por Uhle en el valle de Chancay, algo al norte de la ciudad de Lima [12], y confirmado luego por otros, especialmente por Gordon R. Willey en sus exploraciones de *Cerro de Trinidad* y *Baños de Boza* [13].

Los restos de muros y plataformas que se asignan a esta cultura están construídos con adobes hemisféricos hechos a mano. Mientras que las sepulturas que por lo general son poco profundas y están recubiertas con troncos, muestran contener esqueletos puestos en posición fetal. A veces es una especie de burda bóveda lo que hacia arriba cierra la sepultura.

El ajuar funerario es más bien escaso y relativamente pobre. Además de cerámica comprende torteros de piedra o barro, figurillas de arcilla, trozos de tela, cuentas de concha, fragmentos

de objetos de madera, etc. Interesante es el hallazgo de una máscara metálica hecha con una aleación de cobre y oro. La cerámica, por su parte, incluye pucos, vasijas de forma bicónica con dos asas horizontales, vasos mamiformes y cántaros modelados. El color de fondo es generalmente rojizo y la pintura, que puede tanto estar distribuída en zonas o manchas como representar dibujos geométricos, es blanca.

El estilo llamado *Interlocking*, con un término inglés, señala otra cultura que en algunos lugares sigue a la anterior. El color de fondo de esta cerámica es también rojizo, y los dibujos igualmente geométricos. El motivo central de los mismos deriva sin duda del arte textil, y representa cabezas de peces o serpientes engranadas (de donde le viene el nombre) producidas en blanco y negro, o en blanco, negro y rojo. Las formas son también parecidas a las de la cultura anterior.

La última de esas culturas es la que el mismo Uhle llamara Proto-Lima. Su yacimiento tipo es *Nieveria*, en el valle del Rimac [14]. Desgraciadamente, no parece que a este conjunto le corresponda una gran particularidad, ya que generalmente se admite que su cerámica no es sino una mezcla de formas y decoraciones propias de más al norte y de más al sur [15]. Es probable empero que de no haber sobrevenido pronto la penetración de Tiahuanaco, esas influencias hubiesen llegado a concretarse en un estilo propio bien definido.

En todas esas culturas de la costa central del Perú, la construcción de plataformas y pirámides era costumbre general; para ello se empleaban adobes pequeños hechos a mano. También lo era el uso de los "caballitos" en la pesca y navegación costanera. En *Maranga*, por ejemplo, en un grupo de pirámides que se encuentra cerca de la ciudad de Lima, Jijón y Caamaño, su explorador, encontró una de esas balsas todavía bien conservada [16]. Como armas, el propulsor, la honda y las mazas con cabeza de piedra circular o estrellada han sido debidamente atestiguadas. Lo mismo sucede con los telares y telas de lana y algodón, alguna de las cuales está teñida con el complicado procedimiento

llamado *batik*, al que nos referimos en la primera parte de este libro [17].

3. *La Cultura de Nazca*

Max Uhle, el eminente arqueólogo que acuñara el concepto de Proto-Chimú para la principal cultura clásica pre-tiahuanaquense de la costa norte, y el de Proto-Lima para la equivalente cultura de la costa central, es también quien diera nombre a la cultura coetánea más importante de la costa sur peruana. En analogía a los demás bautismos, llamóla Proto-Nazca, por ser en ese valle que recogió sus principales colecciones [18]. Mas, hoy el uso ha reducido la denominación a sólo Cultura de Nazca.

De esta cultura de Nazca tampoco conocemos ningún yacimiento que pueda considerarse tipo, ni menos su lugar de formación. En realidad, son más bien escasos los datos de valor etnográfico que tenemos de sus portadores. O, al menos, es muy unilateral nuestra información. Por ejemplo, su arquitectura nos es poco menos que desconocida, ya que sólo se le han podido asociar algunos restos de terrazas construídas con pequeños adobes odontiformes hechos a mano. Nada sabemos, tampoco, de su escultura, si es que la hayan tenido. Y casi la única fuente de datos utilizables los proporciona el arte textil y el del alfarero que, éstos sí, son muy expresivos y de primera calidad.

La cerámica de Nazca posee una gran singularidad y es por ello fácilmente distinguible tanto por sus formas, como por sus dibujos o colores. En las formas predominan los cántaros de dos golletes y un asa en forma de puente que une a los dos; la base es generalmente convexa. Hay también pucos de paredes altas y más o menos convexas. Mas, al revés de lo que sucede con la alfarería mochica, donde el color queda completamente subordinado a la línea, en la cerámica nazca hay una recia predominancia del color sobre la línea. Aquí, la forma no es nada, y el color lo es todo (Fig. 67). Y esto vale no sólo para la cerámica.

El color es, pues, la característica principal del arte nazca.

Tanto los eximios tejidos, como la excelente cerámica están llenos de colorido. El número de colores que se utilizan es nada menos que de once, pudiendo figurar hasta ocho en un mismo dibujo.

El arte nazca tiene mucho de esotérico, de simbólico, de religioso. Las pinturas y bordados reproducen frecuentemente a

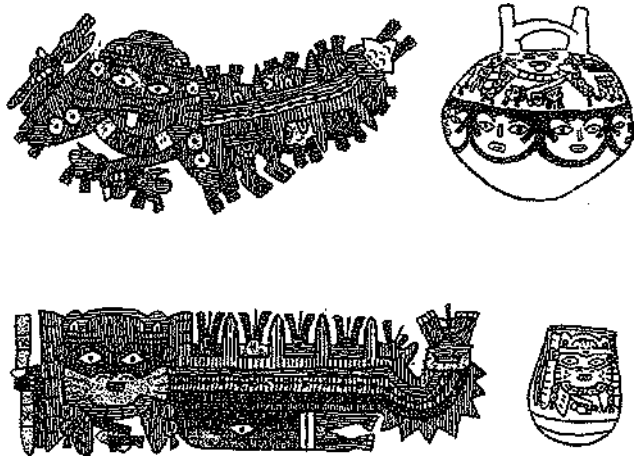


FIG. 67. — Vasos típicos de Nazca, con desarrollo de sus respectivas pinturas. Nótese el motivo de la "Lengua afuera" en la figura superior. Museum für Völkerkunde de Berlin.

varios personajes fabulosos cuya identidad, funciones y significado desconocemos. Pero vemos que hay unos cuantos atributos que por lo general están presentes. Se trata de la nariguera, la lengua afuera, un tocado especial y los cráneos-trofeo.

Las que llevan nariguera son generalmente figuras de felino. Pendiendo del septo nasal, parece una mascarilla de la parte inferior de la cara, aunque deja una abertura para la boca. El adorno suele ser de oro, como lo demuestran los ejemplares que se han encontrado en las tumbas. Y como siempre se los encuentra sobre fardos de momias, parecería que la nariguera fuera un distintivo de los muertos y de los dioses.

Muchas de estas figuras de felino, con o sin nariguera, están en actitud de sacar la lengua. Ignoramos su significado exacto,

y sólo sabemos que es un elemento cultural cuyo centro parece estar en Polinesia. Compárese, por ejemplo, nuestra figura 13 con la 67.

El tocado particular a que nos referimos ofrece casi siempre la misma apariencia: dos líneas horizontales paralelas y una especie de penacho en el medio. Además, suelen ir adornados con la representación de otras cabezas subsidiarias, ya de felino ya humanas.

Las cabezas-trofeo, por su parte, son un elemento amazónico cuya presencia en estas culturas andinas todavía no ha sido bien explicada.

Fuera de los personajes mitológicos, entre los cuales cabría aún señalar la figura del ciempiés, las vasijas ceremoniales nazcas presentan también dibujos geométricos y figuran seres reales. Hay representaciones de animales, vegetales, utensilios del ajuar doméstico y del Hombre en distintas actividades.

Las tumbas tienen una profundidad de uno hasta cuatro metros, y su forma es groseramente cilíndrica. Las paredes están revestidas con piedras y troncos. Al fondo del pozo hay una cámara lateral donde están depositados los restos, generalmente en posición fetal y envueltos en telas. Los cráneos están casi siempre deformados.

Las armas que se ven figurar en los dibujos son propulsores, jabalinas, clavas o mazas de índole distinta, y hondas. Es interesante notar que muchas de éstas están artísticamente trenzadas [19].

Las diferencias sociales, si bien existentes, no parecen haber sido tan agudas como en la cultura Mochica, y el *status* de la mujer era indudablemente más elevado que en la cultura del norte.

A la cultura de Nazca, cuyo centro estuvo en los tres valles de Pisco, Ica y Nazca, se pueden agregar los hallazgos de *Paracas* y de *Acarí*. En el primero de estos lugares, sito en la península de Pisco, se encuentran dos yacimientos distintos que han sido llamados Paracas-Cavernas y Paracas-Necrópolis [20]. El primero es más antiguo, datando posiblemente de la Etapa Forma-

tiva, mientras que el segundo es coetáneo de Nazca. Lo cual no obsta para que ambos estén íntimamente relacionados.

Las tumbas más antiguas de *Paracas* son de tipo parecido al de Nazca, mientras que las más recientes son grandes bóvedas subterráneas en las que se encuentran hasta 40 fardos funerarios. En 1925, Julio C. Tello extrajo nada menos que 429 de estos fardos con momias de la Necrópolis [21]. Las momias aparecen envueltas en numerosas prendas ornadas con la más variada técnica: bordado, tapicería, brocado, etc.[22] Y a juzgar por su tamaño y por su falta de uso, estas mantas parecen haber sido fabricadas expresamente para los muertos. Junto a las momias, cuyos cráneos se encuentran frecuentemente trepanados, están los restos de comida y los objetos que constituyen el ajuar funerario. De entre éstos se destacan los productos del arte plumario [23]. La cerámica, por su parte, si bien por sus formas se parece a la de Nazca, se aparta de ella en el hecho de que carece de dibujos.

De *Acarí* y su zona, en cambio, procede una cerámica de puro estilo Nazca. Esto ya lo vió Uhle cuando, hacia 1900, exploró la región por cuenta del gobierno peruano [24]. Más recientemente, Alfredo Carpio extrajo numerosos fardos funerarios de una necrópolis cercana completamente devastada por los buscadores de oro [25]. El valle de Acarí se encuentra bastante al sur, en el Departamento de Arequipa, y esto nos señala que las influencias de Nazca se extendieron mucho más acá de lo que algunos investigadores suelen admitir.

III. LAS CIVILIZACIONES PRE-TIAHUANAQUENSES DE LA SIERRA

1. *La Sierra Septentrional: Recuay*

Recuay es el nombre de un lugar poblado que se encuentra en el Departamento de Ancachs, en la parte alta del altivalle que forman la Cordillera Blanca y la Cordillera Negra, y que generalmente lleva el nombre de Callejón de Huaylas. De un lugar cercano a *Recuay* procede una famosa colección de alfarería que se encuentra en Berlín, que al ser descrita fué bautizada con el nombre del lugar de su procedencia [1]. La denominación se extendió posteriormente a los demás elementos que parecían estar relacionados con esa cerámica. Con el resultado de que hoy se conoce como Cultura de Recuay la clásica civilización pre-tiahuanaquense que domina en el mencionado Callejón, y que se extiende también por otras zonas vecinas de la Sierra septentrional peruana.

La cultura de Recuay se caracteriza por su arquitectura, su estatuaria y su cerámica [2]. Pues, al revés de lo que sucede en las civilizaciones costaneras de la época, en las serranas prevalece el trabajo de la piedra.

La arquitectura de Recuay es, primordialmente, subterránea. Hay largas y angostas galerías cuyas paredes y techo están revestidas con lajas; se baja a ellas por una especie de pozo abierto en un extremo. Otras construcciones constan de una cámara central en la que se abren pequeños reductos laterales. Piedras grandes y chicas, irregulares aunque bien ajustadas, recubren las

paredes y forman el techo. Un tercer tipo de construcción está dado por grandes estructuras de dos y tres pisos, con muros de piedra y techos de lajas, que en parte son también subterráneos [3].

FIG. 68. — Vasija de Recuay representando un guerrero. Va armado de porra y escudo. Museum für Völkerkunde de Berlín.

Subterráneas son también, naturalmente, las tumbas. Éstas pueden ser simples cistas rectangulares o largas galerías. En varios esqueletos de esa época se ha podido comprobar que los cráneos habían sido trepanados en vida.

Asociadas con estas construcciones subterráneas aparecen la cerámica y la escultura de Recuay. La cerámica ostenta formas variadas, aunque un mismo estilo decorativo es siempre discernible en ellas. En su mayoría está decorada en tricolor negativo: negro, blanco y rojo sobre fondo blanco; el motivo principal es un jaguar estilizado de contornos angulares. Las formas más corrientes son pucos simples, trípodes o con reborde basal; altos jarros de cuello angosto y amplios labios dirigidos hacia afuera, y cántaros modelados. El modelado va desde las vasijas de forma humana, entre las cuales se destacan las efigies de guerreros (Fig. 68), hasta la reproducción de grupos en la parte superior de los cántaros.

Menos frecuente es la cerámica decorada con pintura positiva. Los motivos principales son aquí geométricos, o representan cóndores y serpientes estilizados. Los colores son los mismos que en la cerámica de decoración negativa.

En la estatuaria de Recuay vemos también varios tipos. De la zona de *Aija* proceden unas estatuas que representan mujeres u hombres sentados, con las piernas dobladas y los pies vistos de frente, dirigidos hacia el centro. El vestido y los adornos están figurados por medio de incisiones. Las figuras masculinas son generalmente de guerreros, ya que en la mano derecha tienen una porra cuyo extremo superior descansa en el hombro y en

FIG. 69. — Estatuas de piedra de estilo Recuay. Museo Regional de Huaraz.

la izquierda un escudo. Otro tipo de estatuas que se encuentra sobre todo en *Huaraz* es de talla mucho más burda. Las piernas están cruzadas y los pies apuntan hacia afuera (Fig. 69 y lámina XL *b*) [4].

Además de esas estatuas en bulto, en el Callejón de Huaylas se encuentran también numerosas lajas o dinteles esculpidos, cuyo motivo es generalmente el puma visto enteramente de perfil o con el cuerpo en perfil y la cara de frente. Hay también cabezas en redondo, humanas o de felino, con espiga para empotrar o sin ella. Su pertenencia a la cultura de Recuay ha sido discutida. Mas, si se tiene presente que parecidas cabezas se encuentran ya en Chavín, y luego en Tiahuanaco, se habrá de

admitir que estas litoesculturas son propias de una antigua tradición cultural andina, y que lo raro sería que no se encontraran en Recuay.

El clima húmedo que domina en la Sierra septentrional ha de haber impedido la conservación de tejidos. Que éstos existieron vese por la vestimenta que llevan las figuras modeladas. Además, Bennett pudo agregar un nuevo testimonio, cual es el de topos y agujas de cobre halladas en las galerías subterráneas.

2. *La Sierra Meridional: Pucara*

La Cultura de Pucara es la civilización más importante de la Sierra meridional peruana correspondiente a esta época. Es cierto que su posición cronológica todavía no está fijada más allá de toda duda. Pero son muchos los indicios de que la misma es anterior, y en parte contemporánea, con la clásica civilización de Tiahuanaco.

El lugar epónimo se encuentra situado en el Departamento de Puno, sobre la margen derecha del río Pucara o Suches, y a unos 60 kms. de su desembocadura en el ángulo noroeste del gran lago Titicaca.

El descubrimiento de la zona arqueológica se debe al arqueólogo peruano Luis E. Valcárcel, quien hizo ejecutar allí algunas obras de exploración y limpieza. Era esto hacia 1925, y en los años siguientes se hicieron numerosos hallazgos más o menos superficiales [5]. Posteriormente, en 1939, una misión de la Universidad de Harvárd dirigida por Alfred Kidder (h.) llevó a cabo los primeros trabajos sistemáticos de excavación. Complementados dos años más tarde con una serie de exploraciones tendientes a determinar el área de difusión de la nueva cultura. Desgraciadamente, el informe detallado de los trabajos de excavación todavía no se ha dado a conocer, y lo único que sobre ellos tenemos son tres cortos resúmenes [6].

Al igual que lo que sucede en la Sierra septentrional, en la

meridional es también la piedra elemento precipuo de la arquitectura y escultura. E igual que en el norte, también en el sur se encuentran las construcciones subterráneas. Sólo que aquí predominan en mucho las estructuras levantadas al nivel del suelo.

La más importante de ellas es la que Kidder ha calificado, con razón, de templo. Se trata de un conjunto de muros hechos de sillería de buena calidad que se abre en forma de vaga herradura frente a un recinto central. La línea externa de los muros no es empero curva, sino que consta de sectores angulares. Ella constituye, además, el fondo de una serie de pequeños compartimientos que se abren hacia el centro, y en los que se ven altares. El recinto central, por su parte, tiene unos 15 metros de lado y se encuentra a unos 2,5 metros más bajo que la base de los muros exteriores. En cada uno de sus lados hay una cámara sepulcral en los que había diversos enterratorios. Varias estatuas rotas que fueron halladas dispersas por las inmediatas vecindades han de haber adornado el templo alguna vez.

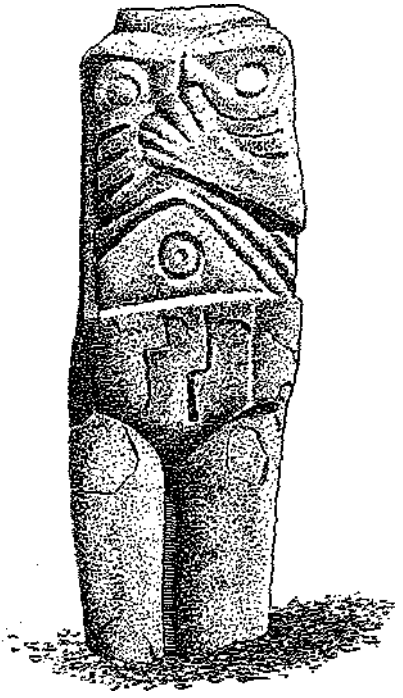


FIG. 70. — Una de las estatuas fragmentadas de *Pucara*. Según Valcárcel.

La arquitectura domiciliaria se reduce a simples estructuras de piedra sin labrar unidas con barro. Algunas de éstas tienen planta circular y su techo era de madera y paja.

El tallado de la piedra en Pucara tiende a ser realista, pese a que no es gran cosa como escultura. Las estatuas son macizas. Las piedras hasta ahora descubiertas se pueden dividir en cuatro categorías: figuras humanas (Fig. 70), figuras de animales, es-

telas y lajas con figuras geométricas en relieve. Los grupos primero y último predominan en el conjunto. Las estatuas más interesantes y las mejor elaboradas, son las que, según Valcárcel, representan lo que él ha denominado el Personaje Mítico [7]: figuras humanas que con una mano sostienen una cabeza-trofeo que se apoya sobre el pecho. Otras figuras antromorfas tienen una o ambas manos sobre el pecho. La mayor parte de figuras aparecen sentadas en cuclillas.

Las piezas que más se distinguen en la cerámica de Pucara son, indudablemente, los pucos de base plana y paredes algo divergentes. La pintura es en ellas negra y amarilla sobre fondo rojo, con las áreas coloreadas separadas por incisiones. Otras formas, aunque menos frecuentes, son los grandes cubiletes y los jarros. Por lo general, los dibujos representan una combinación de motivos pictóricos y elementos geométricos. El más característico parece ser el felino, cuyo cuerpo es visto de perfil y la cabeza de frente. Otro motivo interesante está constituído por hileras de cabezas humanas vistas de perfil. En los motivos pictóricos sobresalen las figuras humanas dotadas de complicados tocados, los conductores de llamas, etc.

Desgraciadamente, no se han conservado restos de tejidos, aunque podemos admitir que ellos existieron, especialmente los de lana de auquénido. En la estatuaria, las únicas prendas distinguibles son los taparrabos, los tocados de corte variado y las vinchas. Y como adorno los brazaletes.

En la ergología vemos el uso del cobre y del oro, los vasos de piedra, algunos decorados en estilo Pucara, y los artefactos de hueso y piedra.

Anterior a la cultura de Pucara es la de *Chiripa*, con la que muestra tener relaciones genéticas.

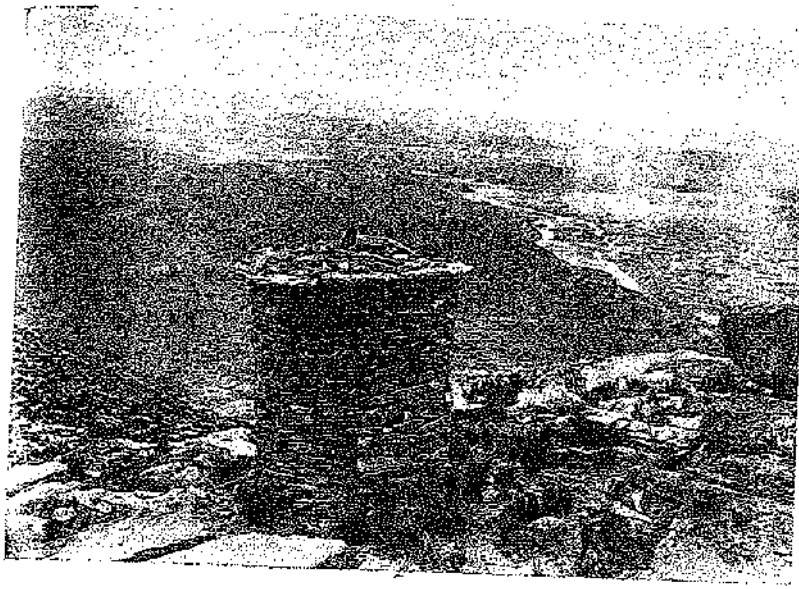
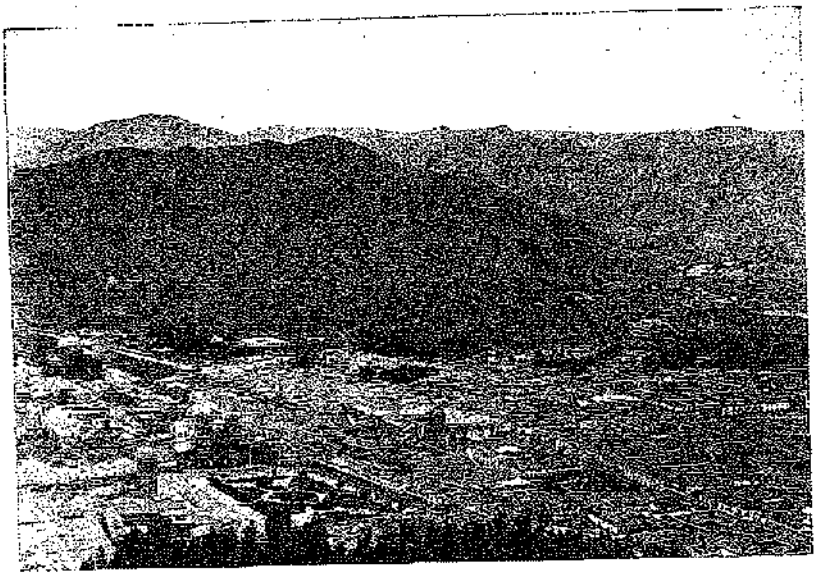


LÁMINA XLVII.—*Torres funerarias o "Chullpas".*
a) *Redonda.* San Antone *(Puno).*
b) *Cuadrada.* San Antone *(Puno).*



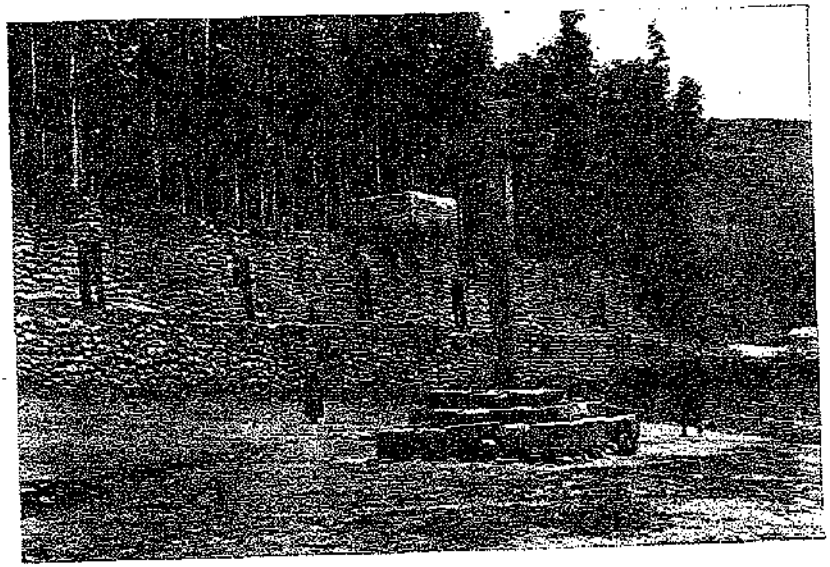


LÁMINA XLVIII. — *Civilización Incaica.*
a) *Vista general del Cuzco.*
b) *Palacio de Manco Cápac en* Colcampata.

IV. FLORECIMIENTO Y EXPANSIÓN DE TIAHUANACO

1. *La Zona Arqueológica*

Tiahuanaco es una de las zonas arqueológicas más conocidas de América. Los cronistas españoles del tiempo de la Conquista ya se fijaron en ella y describieron sus principales monumentos. Sobre todo la descripción de Cieza de León es importante, por haber sido hecha antes de 1550, es decir, pocos años después de la llegada de los primeros españoles [1]. En los siglos posteriores, la zona fué visitada por numerosos viajeros, los que nos dejaron también sus impresiones respecto del lugar. Entre éstos cabe nombrar a D'Orbigny, Castelnau, el general Mitre, Uhle, etc.[2] Y tampoco faltan las excavaciones modernas realizadas por especialistas con mayor rigor científico, aunque éstas son indudablemente las menos.

De la visión de los antiguos no tenemos necesidad de ocuparnos especialmente; quien desee informarse puede recurrir a la síntesis del doctor Abelardo Gallo [3] o a la pequeña antología de G. A. Otero [4]. Y bastará que en nuestro relato nos atengamos a los resultados de los modernos excavadores. Éstos son Arturo Posnansky, Wendell C. Bennett y Eduardo Casanova [5].

Lleva el nombre de *Tiahuanaco* un pequeño lugar poblado, una estación de ferrocarril y un conjunto de ruinas situado todo en el Altiplano boliviano, no lejos de la ciudad de La Paz, y a unos 20 kms. al sur de la ribera sudoriental del lago Titicaca (Fig. 71).

La zona arqueológica de *Tiahuanaco* tiene una extensión de unos 1.000 metros de largo por 500 de anchura. En ella se distinguen algunas grandes estructuras y una serie de construcciones menores y monumentos aislados que se encuentran desparramados por toda el área. Las grandes estructuras son las siguientes:

A. Una colina en gran parte artificial de unos 210 metros de lado y unos 15 de altura, que lleva el nombre de *Acapana*.

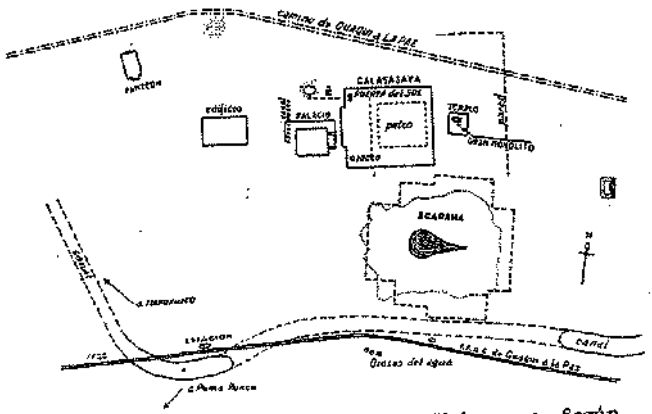


FIG. 71.—Plano de las ruinas de *Tiahuanaco*. Según Bennett, simplificado.

En varias partes de sus laderas y a distinta altura se encuentran restos de muros de contención, formados con grandes piedras labradas. Esto permite inferir que la colina fué antiguamente una pirámide escalonada. En su parte superior quedan algunos restos de muros y cimientos, que han de corresponder a un desaparecido templete.

B. Al norte de Acapana está la construcción denominada *Calasasaya*. Se trata de un gran rectángulo de unos 125 metros de lado. Antiguamente ha de haber formado un verdadero recinto con muros construídos con hileras de grandes bloques de piedra labrada, y entre uno y otro bloque hiladas de piedras menores. Solamente los bloques se encuentran hoy día en su lugar, habiendo desaparecido las piedras menores, utilizadas sin

duda en la construcción de edificios modernos (Lám. XLII *b*). En el centro del lado este hay una escalinata monolítica que da entrada al recinto (Lám. XLI *b*). En el ángulo noroeste del mismo se encuentra la llamada "Puerta del Sol", monolítica también, y el más bello monumento de todo Tiahuanaco. Mientras que en su parte sudoccidental está la estatua conocida como "El Fraile".

C. Al oeste del Calasasaya se halla el recinto llamado "El Palacio". Sus dimensiones son de 60 por 66 metros. Antiguamente tenía muros dobles y una escalinata pintada, de la que todavía quedan restos.

D. Una construcción semi-subterránea situada al este del Calasasaya es considerada por Posnansky como la estructura más antigua de Tiahuanaco. Se trata de un pequeño templo de 21 por 22 metros, en cuyas paredes, construídas por el mismo sistema que el Calasasaya, se encuentran empotradas varias cabezas humanas de piedra dotadas de la correspondiente espiga. Fué descubierto por el francés Courty a comienzos de siglo [6]. En 1932 Bennett extrajo de su interior una estatua monolítica de más de siete metros de altura.

E. *Puma-puncu.* A unos 1.500 metros de Acapana se encuentra el grupo de ruinas conocido con el nombre de *Puma-puncu.* Hileras de bloques de lava y de arenisca forman una especie de plataforma en cuyo lado oriental hay una serie de asientos tallados en la piedra; es probable que se trate de los restos de una pirámide. Los trozos de al menos tres distintas portadas monolíticas se encuentran desparramados por el lugar.

Cuando la conquista española, *Tiahuanaco* era ya un inmenso campo de ruinas. Sin embargo, es indudable que la devastación que ha de haber comenzado con la conquista incaica, ha seguido desde entonces su curso progresivo. Para darse cuenta de ello basta con comparar las descripciones que nos han dejado los antiguos con las de los modernos. Consta, además, documentalmente, que tanto el moderno pueblo de *Tiahuanaco,* como las obras del ferrocarril cercano, y hasta varios grandes

edificios de La Paz, han sido construídos con material extraído de la zona arqueológica de Tiahuanaco.

2. *Tiahuanaco Antiguo*

La clásica cultura de Tiahuanaco no es la única que ha existido en el lugar. Sino que con anterioridad a ella floreció

FIG. 72. – Principales tipos de cerámica Tiahuanaco Antiguo y desarrollo de sus respectivos dibujos. Según Bennett.

en la zona otra cultura del tipo de las pretiahuanaquenses que hemos visto en los capítulos anteriores, y que podemos denominar Tiahuanaco Antiguo.

La realidad de esa antigua cultura, que fuera más o menos coetánea con la de *Pucara*, está demostrada estratigráficamente. Los trabajos realizados por Bennett en el lugar epónimo

ron sus restos por debajo de otros correspondientes a la cultura ásica, en varios de los 10 pozos excavados. Además, el mismo nnett admite que una serie de estatuas antropomorfas que ha oducido la zona, como las dos que actualmente flanquean la trada al atrio de la iglesia del pueblo de *Tiahuanaco* (lámina LI *a*), y que por su estilo realista se distinguen bastante de las ilizadas de la cultura Clásica, pertenecen a este primer perío-. En tanto que Posnansky, por su parte, cree que el llamado emplo subterráneo" a que nos referimos antes, constituye un mplo de la edificación de ese temprano período.

Los objetos hallados en los niveles estratigráficos pertenecien- al *Tiahuanaco Antiguo*, comprenden botones de barro, mar- los de piedra, piezas de obsidiana, sílice, pizarra y cuarzo, una cha de piedra en forma de T, fragmentos de cobre, y espátulas, jas y puntas de hueso. El inventario cultural comprendía tam- n, muy probablemente, barbotes o tembetás de variado tipo. En cerámica ceremonial las formas más usuales son vasos de e plana, paredes más o menos rectas y borde ondulado; bote- es de alto y angosto cuello, e incensarios de gruesas paredes, ces con una cabeza de puma modelada en el borde (Fig. 72). decoración es incisa y pintada, rellenando los colores los jos delineados por la incisión. Los más comunes son el blan- el negro, el rojo, el amarillo, el pardo y el anaranjado. En la mica ordinaria, en cambio, son los pucos de fondo curvo s de base plana, los dominantes.

Fuera de en *Tiahuanaco* mismo, la cultura de Tiahuanaco guo sólo ha sido hallada con cierta abundancia en la isla Titicaca [8].

3. *Florecimiento de Tiahuanaco*

s indudable que la clásica civilización de Tiahuanaco ha ido sobre la base de las anteriores culturas serranas de *Chi- Pucara* y *Tiahuanaco Antiguo*. Pero parece igualmente ro que antes de dar ese paso adelante, la cultura preexistente

hubo de recibir un serio impulso de afuera. De dónde le v
el estímulo, y qué carácter tuvo éste, no es posible decirlo
exactitud. Pero está bastante generalizada la creencia de qué
culturas de la Costa, especialmente la de Nazca, intervinie
en ello.

No parece probable que el lugar actualmente llamado
huanaco haya sido el centro de creación y dispersión de la cl
cultura. Ni tampoco la capital política del Imperio de este n
bre, si es que éste ha existido. Más que ciudad, más que
trópoli, *Tiahuanaco* ha sido un centro religioso del mismo
que *Chavín de Huántar*, donde las gentes no vivían allí, sino
acudían periódicamente en peregrinaje. Faltan en *Tiahua*
las viviendas numerosas y las grandes acumulaciones de ba
propias de una gran población. De ahí que sea posible
Bennett tenga razón cuando supone que hayan sido los g
de peregrinos que allí acudían los que practicaban los
trabajos de la extracción, acarreo y desbroce de los grande
ques de piedra, y que luego otros operarios más especiali
procedían al labrado definitivo y a la construcción.

Cada una de las grandes estructuras que hemos menci
ha sido evidentemente planeada antes de su construcción
no puede decirse lo mismo del conjunto. Las distintas co
ciones no guardan relación una con otra, y parecen habe
erigidas en distintas épocas y bajo distintos puntos de vis
cual estaría, evidentemente, de acuerdo con la visión d
Tiahuanaco ha sido durante mucho tiempo lugar sagrado y
de peregrinación.

Si bien no es probable que *Tiahuanaco* haya sido la
política de un gran Imperio, es no obstante el único lugar
la clásica cultura de ese nombre nos aparece en su form
Tiene ésta rasgos inconfundibles. El material arqueológic
perteneciente incluye la arquitectura pétrea, la litoescul
cerámica y los metales. La mala conservación que co
el clima del Altiplano hace que no estén representadas la
clases de material, como la madera, las calabazas y los

obstante de que hay indicaciones de que también esas artes
aron a gran altura.

La arquitectura nos es conocida por la mayoría de estructu-
mencionadas, y por los diversos sistemas de canales de des-
que todavía se ven cerca de las construcciones. Es una
itectura de carácter masivo, que usa tanto las lajas como
bloques de basalto y arenisca, siempre bien labrados y en
ecto ajuste. Las grandes piedras están unidas mediante enta-
uras y una especie de grampas de cobre en forma de T
I.

La escultura de la piedra está directamente asociada con la
itectura, y hasta parece formar parte de ella. Vése esto por
andes portadas monolíticas, las escalinatas talladas en bloques
olíticos, los nichos de lados escalonados labrados en los mu-
y los bloques arreglados en forma de mosaico. Y hasta las
as monolíticas, cuya talla es más bien torpe y convencio-
parecen existir sólo en función de la arquitectura (lámina
).

tas estatuas representan siempre figuras humanas que por
neral están de pie, con las manos sobre el pecho. La cabeza
drada, los ojos, casi angulares, y la línea de cejas y nariz en
de T. Relieves e incisiones finas en la cabeza y el cuerpo,
orma a las vinchas y otras prendas del vestido.

onde más claramente puede verse el estilo tiahuanaqueño
talla de la piedra es en el célebre monolito conocido como
ta del Sol". Mide cerca de cuatro metros de ancho por
e altura, y su peso ha sido calculado en unas 12 toneladas.
ncipios de siglo estaba caído y fracturado, pero en 1910 el
no boliviano procedió a su levantamiento y restauración.
a puerta monolítica tiene un friso esculpido que consta
tro registros horizontales, interrumpidos los tres superiores
a figura central antropomorfa. Los tres registros supe-
ontienen cada uno ocho figuras en cada lado del personaje
representando otros tantos personajes alados que se diri-
ia el centro en actitud de rendir homenaje. Mientras que

en el cuarto registro, o sea, el inferior, aparece entre mean
once veces la cara del Sol (Lám. XLIII).

No hay uniformidad de pareceres respecto del significad
este friso. Posnansky ve en sus figuras la representación
calendario [9], y Uhle la de un mito solar propio del Área A
na [10]. Otros autores suponen, en nuestro concepto con m
razón, que el personaje central sea el dios creador *Huiracoch*

La cerámica comprende toda una serie de formas. Los p
de base plana y paredes divergentes; los botellones achatados
pico; los incensarios con o sin cabeza de puma, y los vaso
forma de timbal, generalmente llamados *queros*, son las
importantes (Fig. 73). La decoración es policroma, a
sólo blanco y negro sobre fondo rojo. Más frecuente es la té
que consiste en delinear el dibujo en blanco y negro y l
llenar las figuras con otros colores: amarillo, gris o pardo
general, la decoración prefiere los tonos apagados, que
más de acuerdo con la aridez y la monotonía del paisaje
Altiplano. Los motivos decorativos se limitan a dibujos ge
tricos cual el escalonado o las volutas, y a la figura estili
del puma, el cóndor o la cabeza humana.

En cuanto a metales, es interesante la presencia del br
En realidad, la única parte donde podía producirse esta ale
es justamente en Bolivia, donde abunda el cobre y están
únicos yacimientos importantes de estaño del continente.
cialmente famosas son las placas de bronce y las máscaras y
de oro.

La habilidad de los tiahuanaqueños en el tallado de la p
no se aplicó solamente a las grandes obras. Artefactos de p
más o menos comunes son las tabletas para moler paricá,
ralmente ornadas con incisiones y figuras; los vasos de p
simples o con decoración incisa; las hachas en forma de T
rompecabezas, los tembetás. De hueso hay discos, agujas y
Las tumbas que hasta ahora se han hallado son simples
en los que se depositaba al cadáver en cuchillas y rodeado
unas cuantas piezas de cerámica.

de la llama está atestiguada por los dibujos pin- resentaciones cerámicas y los huesos hallados en iera de la carne de este animal, en la alimentación papa, la quinoa y la oca, productos que se dan as y que todavía cultivan y consumen en gran

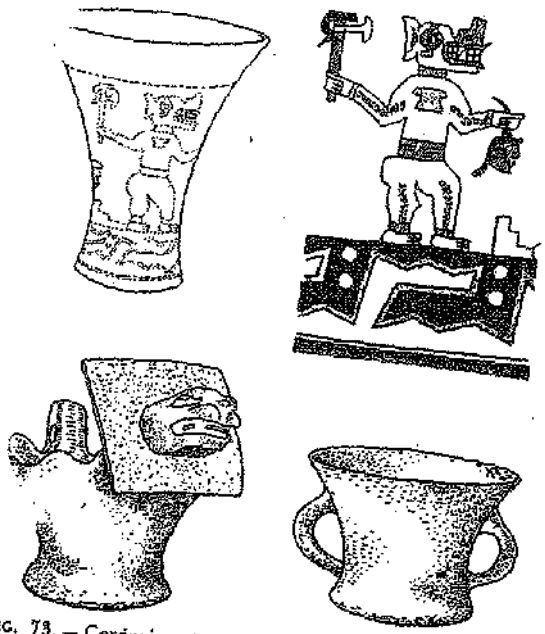


FIG. 73. — Cerámica del período de Tiahuanaco Clásico. Según Bennett.

d los descendientes de los probables portadores de la de Tiahuanaco: los *Aymaras*.

resante es la aparición en este período del arco y flecha rma, y también la costumbre de aspirar paricá [12]. Uno son elementos eminentemente amazónicos. Y si a ello ios que el culto al jaguar y el de las cabezas trofeo parecen iedrado en esta civilización, fácilmente se comprenderá el surgimiento de la cultura de Tiahuanaco las pobla- e las laderas orientales de los Andes han de haber tenido articipación [13].

4. *La Expansión de Tiahuanaco*

La clásica civilización de Tiahuanaco tuvo al principio difusión muy restringida, como que no se encuentra fuer lugar epónimo y de algunos otros vecinos, cercanos todos ribera sur del lago Titicaca.

Pero el asunto cambia un buen día. La cultura de Ti naco comienza una gran expansión que la convierte pron movimiento cultural panandino.

Nada de seguro sabemos sobre la modalidad de esta e sión. Sobre todo, si ella tuvo carácter político-militar, o sól un impulso cultural y religioso. Se ha supuesto la existencia gran Imperio de Tiahuanaco, a cuya acción se debería la e sión. Desgraciadamente, no es posible demostrar la rectitu esta tesis; pero tampoco se puede aducir argumento serio no en su contra. Es cierto que no son pocos los indicios abonan en favor de la existencia de alguna suerte de vi político o militar que uniera todos los territorios influen por la cultura de Tiahuanaco. Aunque el mismo fuera to laxo o incipiente que se quiera.

Interesante es el hecho de que la cultura de Tiahu no se difundiera como un todo. Y así en ninguna parte la coexistencia de los clásicos estilos arquitectónico, escult cerámico del lugar epónimo. Hasta puede decirse que tan aisladamente se presentan estos estilos en el resto del terr andino. Lo que vemos en las distintas regiones del norte sur, del este y del oeste, son más bien los elementos que ponen aquellos estilos. Parecería como si los agentes que dían la civilización tiahuanaquense hubiesen carecido de para imponerse totalmente. Y que en cada caso tomara regiones aquellos elementos que más de acuerdo estaban idiosincrasia local.

Los elementos del estilo cerámico (Fig. 74) son los q maron la mayor difusión. Apenas hay yacimiento arqueol

correspondiente a este período Expansionista que no haya dado alguna forma característica del *quero* o de las tazas achatadas de labios divergentes. O que no presente el engobe rojo como fondo general, un buen pulimento y acabado de las piezas, o los

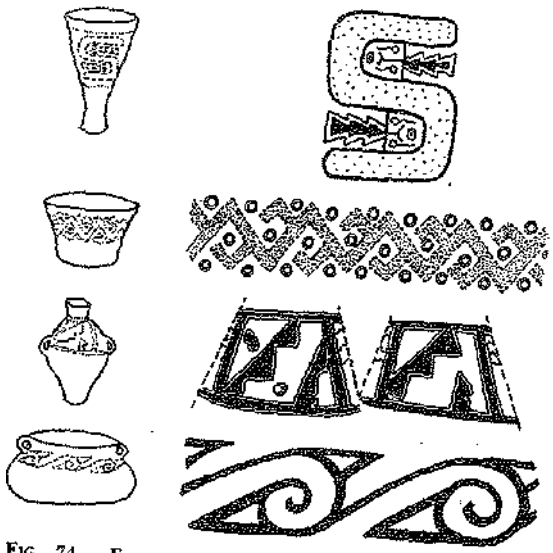


FIG. 74. — Formas y dibujos del Tiahuanaco Decadente. Según Bennett.

dibujos delineados en blanco y negro y luego rellenados con pintura de otros colores.

Los motivos derivados del trabajo en piedra de Tiahuanaco se encuentran también en muchas partes. Sobre todo la figura alada vista de perfil, las figuras del puma y del cóndor, las series de cabezas humanas, el signo escalonado, etc.

El material arqueológico que en las distintas regiones ostenta influencias de Tiahuanaco ha sido agrupado por los arqueólogos en sendos estilos. En la costa peruana, donde no se conocen edificios pertenecientes al período Expansionista, se ha denominado *Tiahuanaco Costanero* a ese material, que comprende sobre todo tejidos y cerámica extraídos de cementerios. Los yacimientos más importantes son aquí *Pacheco, Pachacamac* y *Ancón* [14]. Mien-

tras que en la Sierra, que sigue la antigua tradición cultural serrana, la influencia de Tiahuanaco es también perceptible en el trabajo de la piedra. Los estilos de *Wilkawain-Tiahuanaco* y *Cajamarca* [15], en el norte, y *Wari* [16], en el centro, son los más conocidos.

Al sur de la región peruana, en Bolivia, la civilización de Tiahuanaco se extendió por gran parte del Altiplano [17]. Luego por el norte de Chile, donde los hallazgos de textiles, cerámica policroma y tabletas para paricá, son muy numerosos [18].

Un problema especial representa la expansión de Tiahuanaco por el Noroeste Argentino. Autores como Uhle y Debenedetti la han defendido con tesón [19], mientras que otros, cual Boman, la han sistemáticamente negado [20]. Sin embargo, y pese a que esa influencia no se puede demostrar más allá de toda duda, creemos que en vista de los numerosos indicios que por el sur llegan a Mendoza, tampoco es razonable negarla.

V. EL RENACIMIENTO REGIONAL: LA COSTA

1. *El Reino Chimú*

El período del Renacimiento Regional que en todo el Perú sigue al panandino de la Expansión de Tiahuanaco, encuentra a la Costa Norte organizada políticamente en el *Reino Chimú*. La extensión territorial de este reino, que tenía carácter feudal y llegó hasta la conquista española, nos es dada de manera distinta por los diversos cronistas españoles. Pero es general la creencia de que abarcaba todos los valles costaneros que median entre el de Piura, al norte, y el de Pativilca, al sur [1]. Justamente en este último valle se encuentra la gran fortaleza de *Paramonga*, que defendía el acceso al reino por el lado sur (Fig. 75 y Lám. XLV *a*).

Coinciden más o menos exactamente con estos límites políticos los de la dispersión de la cultura Chimú. Representa ésta el último eslabón en la sucesión de civilizaciones independientes y prehispánicas de la Costa Norte, que durara más de 2.500 años. Y parecería como si en todo este tiempo la población hubiese cambiado muy poco en sus caracteres antropológicos y lingüísticos. Al menos hasta ahora la Antropología no ha podido establecer cambios de alguna importancia en el aspecto físico de la misma [2], y la lengua Yunga que esa población hablaba, y que en el momento de la conquista española estaba dividida en una serie de dialectos de los que el Mochica al norte, y el Quingnam al sur, eran los más importantes [3], era con toda probabilidad la misma que usaban los antiguos *Mochicas*. Sólo al final del pe-

ríodo, y después de la conquista incaica, el régimen de los *mitimáes* parece haber introducido algunas modificaciones leves.

El elemento que más se destaca en la cultura Chimú es sin duda la presencia de las grandes ciudades. Las conocidas son varias: *Chanchán*, en el valle de Moche; *Pacatnamú* en el de

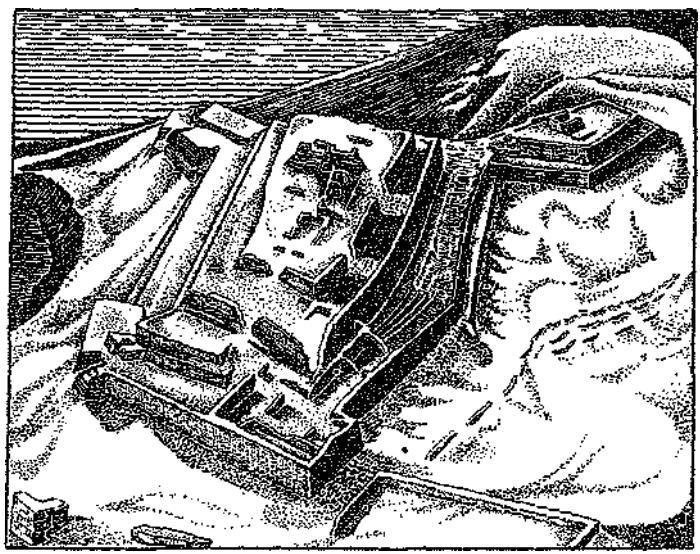


FIG. 75. — La fortaleza de *Paramonga* vista desde el aire. Según Langlois.

Pacasmayo; *El Purgatorio*, en el de Lambayeque. *Chanchán* era la capital del reino (Lám. III *b*). Constituye hoy un conjunto enorme de ruinas de unos 18 km². de superficie. Su disposición es muy particular, pues se divide en unas 10 secciones o barrios, cercado con altos muros cada uno de ellos. En su interior se encuentran las más diversas construcciones: pirámides, viviendas, jardines, etc., alineadas todas a lo largo de un sistema de calles y plazas. Entre uno y otro barrio hay pequeñas áreas cultivadas, cementerios y estructuras pequeñas.

Las viviendas son por lo general pequeñas, y el techo frecuentemente a dos aguas. Las paredes se construían con adobes grandes, y los muros gruesos y terrazas con tapia. Muchas pare

des estaban adornadas con dibujos geométricos y arabescos recortados en un grueso revoque. Todavía quedan restos de estas antiguas decoraciones murales, aunque cada una de las poco frecuentes lluvias suele destruir algunas (Lám. XLIV).

Los *Chimúes* enterraban sus muertos en simples fosas que a veces aparecen señaladas externamente con un palo. El cadáver puede estar tanto en cuclillas y envuelto en telas, como en posición de decúbito supino o lateral. El ajuar comprende cerámica, tejidos, objetos de metal, madera, hueso, concha, etc.

De entre todos esos productos de la artesanía chimú, la cerámica es la más distintiva. Es siempre monocroma, generalmente negra, pero también la hay de rojiza. Las piezas están hechas con molde, y su decoración elude la pintura. Usa con profusión, en cambio, las incisiones, el relieve, el modelado, el paleteado [4], etc. La forma más general es el cántaro de gollete en forma de estribo, que es tradicional en la Costa norte, sólo que ahora su corte es más angular. Formas derivadas del período de Expansión tiahuanaquense son los cántaros de doble gollete con asa a manera de puente, los vasos dobles con una figura, los globulares con o sin asa, etc. Posteriormente se agregan algunas influencias incaicas.

El modelado de vasos y figuras ha perdido el notable realismo del arte mochica (Fig. 76). Las figuras chimúes son más difíciles de reconocer, y la estilización casi domina. Han desaparecido los interesantes vasos retratos.

Notables son igualmente los productos del arte textil. Las telas comunes están a menudo decoradas con pinturas, y con los métodos del *ikat* y *batik*. El vestido se componía de taparrabos, camisetas con o sin mangas, turbantes y mantas de corte distinto. Y como adorno personal vemos la predominancia de las orejeras. Muchas de éstas son de oro, de forma tubular y con decoración de finas incisiones.

La metalurgia chimú rayaba a gran altura. Conocía el trabajo del oro, la plata, el cobre y el bronce. Las herramientas agrícolas tienen punta de cobre o bronce, y del mismo metal

están hechos los cuchillos, las cabezas de porra y las agujas. Con el oro y la plata, en cambio, se hacían objetos ceremoniales o de adorno, como vasos, máscaras, adornos cefálicos, orejeras, cuentas de collar, etc.

FIG. 76. — Cerámica negra chimú. Representa un aguador que toca una quena. Museum für Völkerkunde de Berlín.

Otro notable desarrollo había logrado la organización social y política. Persisten, desde luego, las grandes diferencias sociales. Una casta aristocrática, que daba régulos y gobernantes, se elevaba muy por encima del habitante común. El modelado cerámico nos muestra a sus integrantes llevados en andas y literas [5]. Pero dentro de una misma capa social parece haber existido una gran igualdad entre los sexos.

Según nos cuentan los cronistas españoles [6], la justicia era muy severa. Se castigaban sobre todo los atentados contra la propiedad. Apenas se descubría un robo, se ponía a la población sobre aviso colgando unas mazorcas de maíz en los caminos, para que se buscara o delatara al delincuente. Y se castigaba no sólo a éste, sino que también a su padre y a sus hermanos. El adulterio y los delitos sexuales también se castigaban con rigor. Y lo mismo sucedía con el médico o curandero al que, por ignorancia o tratamiento equivocado, se le moría un paciente.

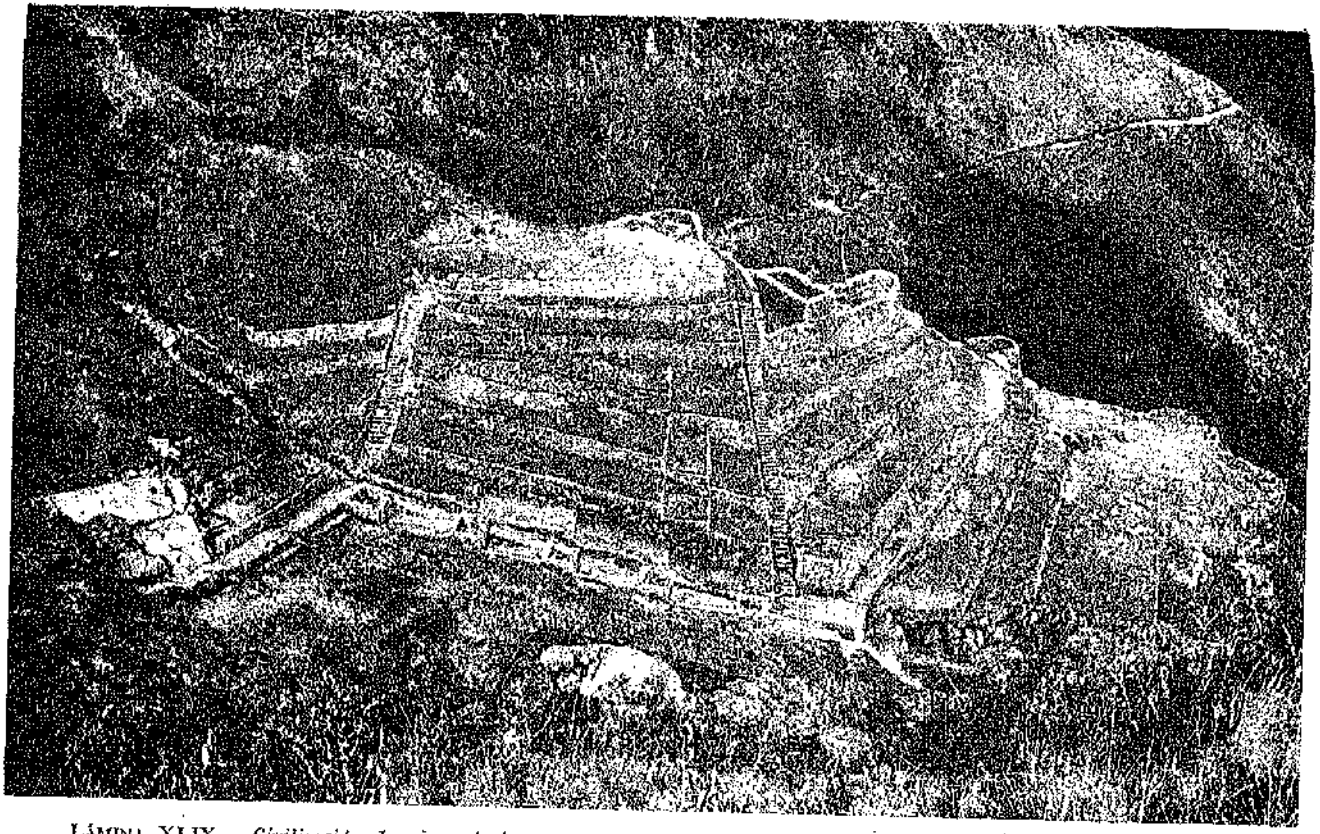


LÁMINA XLIX. — *Civilización Incaica. Andenes de cultivo en* Phuyu Pata Marka *(Cuzco-Perú).* (Foto P. Féjos.)

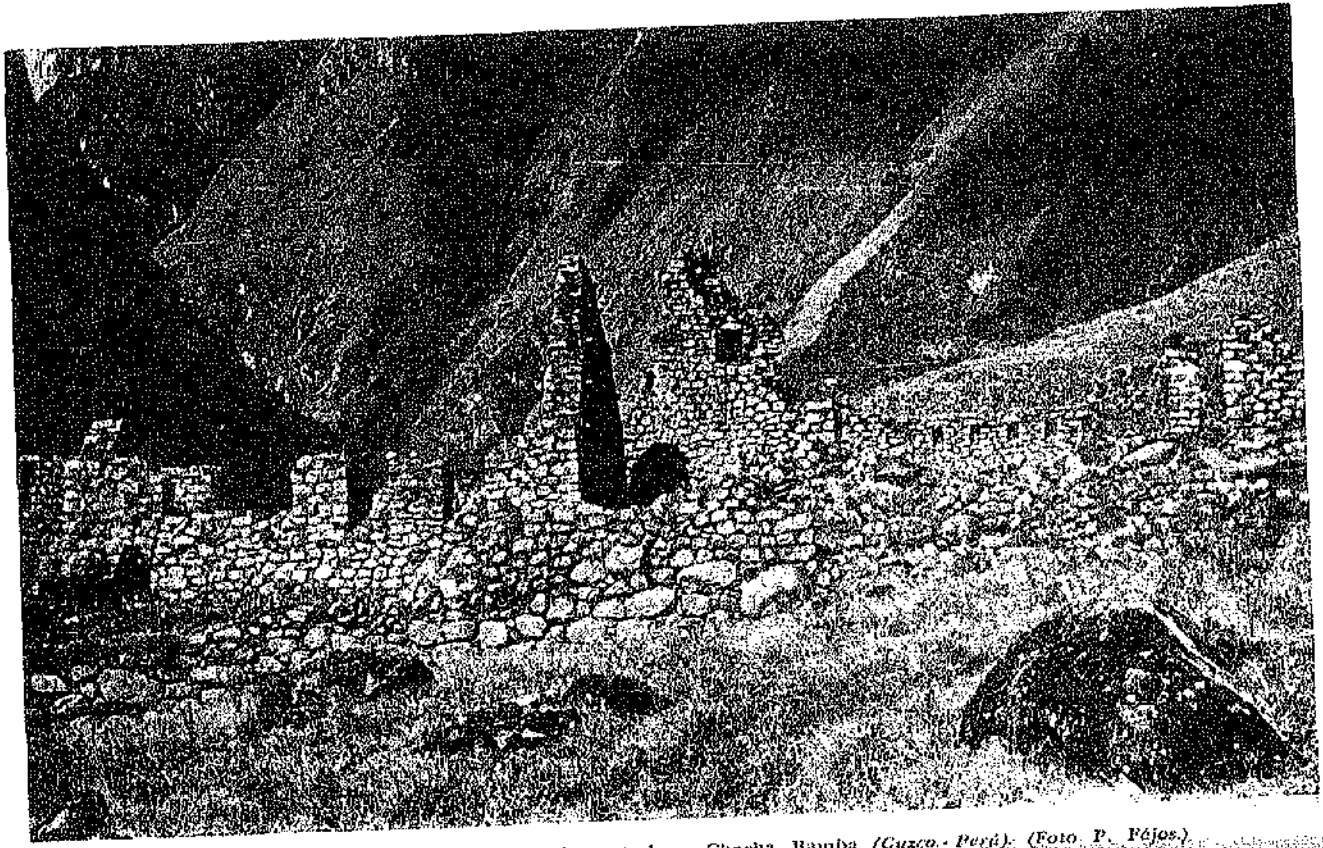


LÁMINA L. — *Civilización Incaica. Edificio central en Chacha Bamba (Cuzco - Perú).* (Foto P. Pájos.)

El castigo para el mal profesional consistía en atarlo al cadáver del muerto y, al enterrar a éste, dejarlo sobre la sepultura para que se lo comieran las aves de rapiña.

La deidad principal era la Luna, a la que llamaban *Si*, *Shin* o *Shinan*. El Sol tenía jerarquía menor. Y menos aún la constelación que llamaban *Patá*, que son nuestras "Tres Marías". Explicaban su predilección por la Luna diciendo que ésta se hallaba siempre en el firmamento, tanto de noche como de día, lo cual no es el caso del Sol. En el valle de Pacasmayo se encontraba el gran templo dedicado a la divinidad lunar, y allí le sacrificaban niños de unos cinco años de edad, creyendo que así quedaban deificados. También le sacrificaban distintos animales.

Los *Chimúes* conservaban varios relatos más o menos legendarios del establecimiento de las dinastías y la vida civilizada en sus valles. Como héroe civilizador de Lambayeque se consideraba a *Naymlap*, quien habría llegado desde el sur con una flota de balsas [7]. El de Moche era *Pacaynamo* [8] o *Pacatnamu*. También éste había venido navegando en balsas de palos desde "la otra parte del mar" [9]. En todo lo cual hemos de ver sin duda borrosos recuerdos de la llegada de los Polinesios.

2. *Los Reinos de Cuismancu y Chuquimancu*

Según los cronistas españoles, al producirse la incorporación de la Costa peruana al Imperio de los Incas, la parte Central de la misma estaba dividida en dos fuertes Estados feudales. Al norte de la región, los valles de La Barranca, Huaura, Chancay, Ancón, Rimac y Lurín, constituían un reino que era gobernado por *Cuismancu*, y este territorio es conocido arqueológicamente como el de la dispersión de la cerámica del Negro-sobre-Blanco de Chancay, amén de alguna otra modalidad estilística. Mientras que en los valles que siguen hacia el sur, o sea, en los de Mala, Chilca y Cañete, estaba el segundo Estado de la Costa Central, cuyo monarca era *Chuquimancu*. Desgraciadamente, nin-

gún estilo cerámico representativo nos es conocido de este segundo reino, y sólo sabemos que la conocida fortaleza de *Huarcu*, que rivalizaba en poder con la de *Paramonga*, correspondía a su territorio.

Lo que daba una importancia especial al reino de *Cuismancu* era el hecho de que la gran ciudad de *Pachacamac*, con su famoso santuario dedicado al Dios-Creador de ese nombre (Lám. XLV *b*), se encontraba dentro de sus fronteras [10]. Esta divinidad era una equivalencia de *Huiracocha*, el Dios-Creador serrano. Además, en las excavaciones realizadas en el lugar han aparecido numerosos restos de estilo tiahuanacoide [11]. De ahí que se haya supuesto que la ciudad ya se fundara en tiempos de Tiahuanaco, y como medio de afianzar su dominio [12].

En los tiempos posteriores a Tiahuanaco, *Pachacamac* era famoso en todo el Perú, y desde todas partes acudían a ella peregrinos. No obstante, parece que sólo los grandes señores y sacerdotes podían penetrar en el sagrado recinto, o ser enterrados en él. Se dice, además, que ciertas familias aristocráticas mantenían allí altares dedicados al Dios-Creador. La ciudad propiamente dicha, en cambio, estaba dividida en dos grandes secciones, una destinada a la habitación permanente de los súbditos de *Cuismancu*, y la otra a los miles de romeros foráneos que continuamente acudían allí.

Otras ciudades había fuera de *Pachacamac*, como *Cajamarquilla*, en el valle del Rimac o Lima (Lám. III *a*). Tanto una como otra ostentan el mismo planeamiento y combinación de pirámides, terrazas y jardines que *Chanchán*. Y también el mismo tipo de construcción con adobes y tapia, y el de decoración mural mediante dibujos que vimos en el reino Chimú [13].

Dentro de este mismo territorio se encuentran también las célebres necrópolis de *Ancón* [14]. Hay en ese lugar yacimientos pertenecientes a varios períodos. De los correspondientes al más antiguo, Ancón-Supe, ya tratamos en un capítulo anterior [15]. Tócanos ver ahora los otros, los que pertenecen al del Renacimiento Regional de que estamos tratando.

Los entierros correspondientes se encuentran en la parte baja de la zona arqueológica, al norte de la bahía. Desde los tiempos de Reiss y Stübel que son los descubridores, varios otros arqueólogos han trabajado allí [16]. Pero han sido los recientes trabajos realizados por el Museo Nacional de Antropología de Lima los que mayor material han proporcionado. Éstos se llevaron a cabo entre los años 1946 y 1950, y en su curso se abrieron 1.306 tumbas que produjeron más de 1.400 especímenes arqueológicos. Desgraciadamente, sólo alguna noticia escueta se ha dado de estos importantes descubrimientos [17].

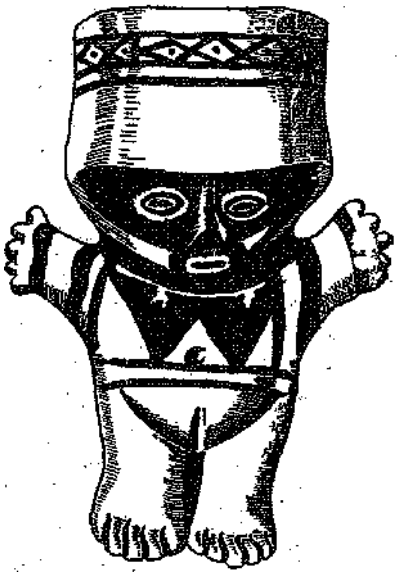


FIG. 77. — Figurilla de Chancay. Según Carrión Cachot.

La mayor parte del material pertenece al estilo cerámico llamado *Chancay*. Por lo general, se trata de formas simples y de vasijas de tamaño grande o mediano. Las hay de ovoides, que a veces llevan dos asas verticales en su parte media. Y de globulares, con asas del mismo tipo que salen del cuello. No faltan los pucos y platos de forma variada. El color de la arcilla es rojizo, pero las piezas llevan un engobe blanco lechoso, sobre el que se han pintado dibujos geométricos negros o marrón oscuro, a base de líneas verticales. Se encuentra también la ornamentación modelada, de confección burda, que suele representar aves, peces o lagartos. Más rara es la presencia de un rostro humano modelado en el cuello de ciertas vasijas.

Interesantes son las figurillas de barro que frecuentemente se encuentran al lado del fardo funerario. Son siempre femeninas, desnudas, con marcación de pechos y órgano genital. Están ataviadas con un tocado ornado con un registro de rombos con

un punto en el medio (Fig. 77). La doctora Carrión Cachot ha supuesto que se trata de una deidad lunar, que sería común a todos los pueblos costaneros [18].

Otro elemento alfarero que no carece de interés y que es bastante común en estos enterratorios, son unas llamitas de arcilla que llevan cabestro y carga simbólica de algodón en rama.

FIG. 78. — Máscaras funerarias. Proceden de *Ancón*. Según Schmidt.

Son de sexo distinto, y es posible que hagan referencia a algú rito propiciatorio de la multiplicación del ganado.

El resto del ajuar comprende objetos varios. Por ejempl costureros de mimbre o de madera, adornados los últimos c pirograbado; en su interior se encuentran ovillos de hilo de la y de algodón, husos, torteros, agujas y restos de tejidos. Va ceremoniales, adornadas con plumas, hilos de varios colores fragmentos de telas. Burdas máscaras funerarias, de tela, c nariz de madera y ojos representados por disquitos de cone (Fig. 78). Orejeras de madera, de barro, de hueso o de fib Escudos fabricados con un tejido de cañas revestido de tela algodón pintada. Y otros más.

Las tumbas son de forma distinta. Hay cámaras rectangu res con techo de palos de huarango y cañizos, cuyas paredes tán a veces revestidas. Otras son pozos botelliformes con cám lateral para el cadáver. Y un tercer tipo es de forma compl

mente irregular. El cadáver está envuelto en telas, sujetas con una serie de ataduras que simulan una red, y que forman el fardo funerario.

Relacionado con estos enterratorios están otros cuya cerámica es de tipo distinto. Tello los ha llamado tipo *Huaura*, y parecen ser algo más antiguos. Notables son los cadáveres de niños que aparecen recubiertos con grandes vasijas.

Tampoco aquí parece haber sufrido cambios de importancia la población en su larga evolución cultural [19].

3. *La Costa Sur*

Con los valles que siguen al sur del reino de *Chuquimancu*, y que son los de Lunaguana, Chincha, Pisco, Ica y Nazca, nos hallamos ya en la Costa Sur del Perú, y en los dominios de la antigua Cultura de Nazca.

No parece que en la época de que tratamos constituyera un solo Estado esta región. Al menos los cronistas españoles nos hablan de una serie de reyes o "grandes señores" que, independientemente uno de otro, gobernaban estos valles. Así, el de Lunaguana se llamaba *Caciarucana*, el de Chincha *Guabiarucana*, y el de Ica *Aranbilca*. Por debajo de ellos había caciques menores, y cada parcialidad disponía de tierras particulares para sembrar [20]. La población era de espíritu más bien belicoso, y la guerra con los vecinos estaba a la orden del día [21]. Pese a todo, es posible que los distintos régulos tuvieran algo así como una laxa federación.

Pero si no había en estos valles una verdadera unidad política, la Arqueología nos muestra que tuvieron su unidad cultural. Pues su territorio equivale al del área de dispersión de la *Cultura de Ica*, a veces llamada también de Chincha. Cultura que sobre base cerámica suele dividirse en dos subperíodos: uno, más antiguo, que es ica puro, y otro, más reciente, que ostenta algunas influencias incaicas [22].

No conocemos grandes ciudades de esta región, y es mu posible que no hayan existido nunca. Pero las grandes estructu ras que en todas partes se ven se parecen mucho, en su dispos ción y técnica constructiva, a las que vimos existir más al nort Pues, también las del sur constituyen una combinación de pir mides, terrazas y patios construídos con tapia y pequeños ad bes rectangulares.

Una de las más importantes de estas estructuras es *La Cen tinela*, en el valle de Chincha. Mide unos 600 metros por 35 y su altura es de más de 15 metros. En su interior se encue tran numerosas salas y cámaras, y parece haber sido fortaleza palacio a la vez. Importante es también *Tambo de Mora*, palaci piramidal construído alrededor de un patio central, que Uhl supone fuera la residencia de los grandes señores. *La Cumb* en cambio, pirámide aterrazada de unos 20 metros de altur puede muy bien haber sido el santuario de la principal deidá local [23], que según Cieza se llamaba *Chinchaycama* [24]. Finalme te, es probable que el gran palacio de *Tambo Colorado*, en valle de Pisco, que es uno de los mejor conservados del Per pertenezca también a este período (Lám. LIII *b*) [25].

Las tumbas son de dos clases: pozos con cámara lateral, cámaras simples, a menudo dotadas de un techo hecho con tro cos y paja. El cadáver parece haber estado envuelto en paja un trozo de piel, o en telas de algodón, atado el todo con sog y formando un paquete funerario.

Bien desarrollado estaba el arte textil, aunque sus produ tos sean inferiores a los del antiguo arte de Nazca. Perdura tapicería y el bordado de telas, si bien ambas técnicas ya só se usan en los bordes y en áreas más bien pequeñas. Los meta son abundantes, sobresaliendo de entre los artefactos metálic las pinzas para depilar. Hay mates decorados con pirograbad Interesantes son las palas y los cuchillones de madera para trabajo agrícola.

El arte figulino conoce dos formas principales: los pucos fondo redondeado y paredes laterales más o menos rectas, y

vasijas globulares de angosto cuello tubular y labios algo ensanchados. Los dibujos imitan los del arte textil, y son generalmente geométricos: cuadrados, rombos, etc., o forman hileras de peces y pájaros muy convencionales (Fig. 79). Los colores son el rojo, el blanco y el negro. En el subperíodo segundo se agregan algunas influencias incaicas, representadas sobre todo por grandes

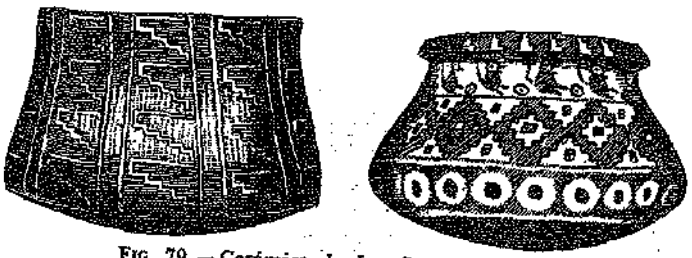
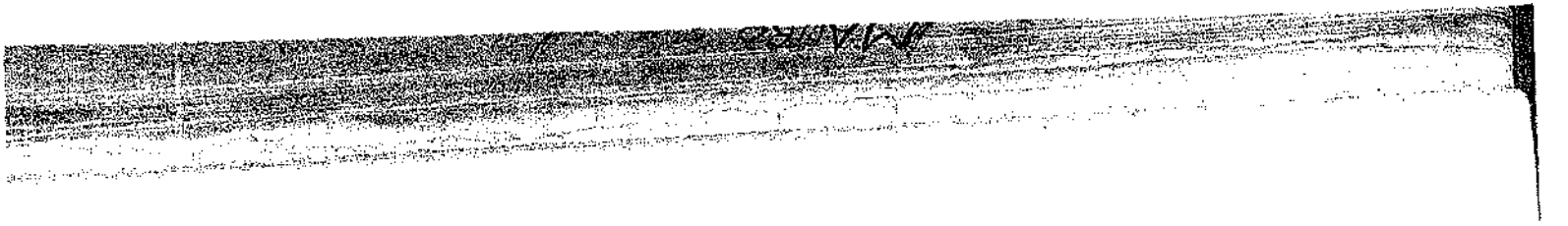


FIG. 79. — Cerámica de *Ica*. Según Schmidt.

asas y base puntiaguda en vasijas icas, o por aríbalos incaicos con decoración ica.

Otro interesante producto de la alfarería ica o chincha son las figurillas. Son también femeninas y se parecen algo a las que mencionamos de la Costa Central. Sólo que son más pequeñas (de unos 10 a 22 cms.) y tienen forma aplanada. La cara es cuadrada, una depresión circular figura el cuello, y las orejas, agujereadas, sobresalen lateralmente. Esto último ha de tener la finalidad de permitir atarlas y llevarlas en suspensión. La arcilla es de color rojo, pero están recubiertas de un engobe blanquecino. Estos objetos faltan por completo en las sepulturas que reflejan influencia incaica [26].

Fuera de lo expresado anteriormente, nada mas sabemos sobre la organización política y social de los *Chinchas*. Pero los indígenas conservaban el recuerdo de que al llegar sus antepasados a sus valles se habían encontrado con una población de estatura muy baja, que una vez sometida a los invasores se había ido consumiendo poco a poco. Tal vez sea esto el recuerdo de la pretérita presencia de poblaciones pescadoras de tradición mesolítica a lo largo de toda la Costa [27].



VI. EL RENACIMIENTO REGIONAL EN LA SIERRA

1. *Las Civilizaciones del Utcubamba*

Todavía no es mucho lo que se ha podido averiguar respecto de las civilizaciones que en la Sierra Norte peruana siguen al período de Expansión y Decadencia de Tiahuanaco. La situación se presenta algo confusa. Pues, parecería como si, al revés de lo que sucedió en la Costa, las influencias tiahuanaquenses hubiesen perdurado allí hasta muy cerca de la conquista incaica. O, lo que es lo mismo, que el período de Renacimiento Regional no tuvo la misma duración en todas partes. Es cierto que los primeros trabajos serios destinados a aclarar el problema se han producido en los últimos años, y los informes de los investigadores sólo se conocen en sus preliminares.

En la parte más septentrional de la Sierra, en el valle del Utcubamba que es un afluente derecho del Marañón, los esposos H. Reichlen acaban de poner al descubierto una serie de tres interesantes culturas. La primera, que ha sido llamada de *Kuelape*, tiene carácter formativo y está relacionada con Chavín. La segunda, o de *Chipuric*, es de influencias tiahuanaquenses y se confunde casi con la tercera o de *Revash* que, al menos en parte, ya pertenece al período incaico.

Es probable que los portadores de la cultura de *Revash*, como sus antecesores, vivieran en casas de piedra de forma circular con paredes que ostentan nichos y están revocadas con barro y pintura. Se vestían con camisetas de algodón y mantas de lana que prendían adelante con topus de hueso, madera o cobre.

Como adornos usaban las plumas y unos collares hechos de semillas.

Criaban la llama y cultivarían el maíz, pues se han encontrado morteros de piedra con sus correspondientes manos.

Enterraban sus difuntos en "aldeas de la muerte", compuestas por grupos de *kullpís* o casas funerarias de planta rectangular y a veces de dos pisos, que se construían dentro de grutas o abrigos rocosos. El cadáver se envolvía en tejidos y se ataba con sogas de manera de formar una red. Luego, el paquete funerario se depositaba en las *kullpís*, o directamente en una gruta acompañado de su ajuar.

La cerámica no utilitaria ostenta decoración pintada. La única forma que se pudo establecer es un pequeño vaso subglobular de cuello largo y derecho con un asa grande que une a éste con el vientre.

Sacos cuadrangulares de lana, redes para cargar, flautas de pan, quenas, mates y recipientes para coca, completan el instrumental conocido de esta cultura de *Revash*.

Interesante es que algunas de las piezas osteológicas extraídas de las grutas o casas funerarias, presentan caries dentales y lesiones de origen sifilítico [1].

2. *El Reino de Cajamarca*

Al sur del Utcubamba, en la retaguardia de la región Chimú en la zona de *Cajamarca*, famosa por la acción de Pizarro y muerte de *Atahualpa*, existió con anterioridad a la conquista incaica un antiguo reino, cuyo último gobernante sabemos que fué aliado del príncipe chimú.

Arqueológicamente, la región de *Cajamarca* ha sido explorada en diversas oportunidades y por viajeros distintos [2]. El historiador Horacio H. Urteaga agregó algunos bocetos históricos. Mas, los principales trabajos corresponden a Tello y, sobre todo, a los ya mencionados esposos Reichlen [4].

En investigaciones recientes [5], estos últimos autores lograron establecer una verdadera estratigrafía cerámica. Arranca ésta de la época de Chavín (Torrecitas - Chavín) y pasa por una sucesión de períodos evolutivos locales (Cajamarca I a III), hasta el de la llegada de los invasores tiahuanaquenses. Al parecer venían

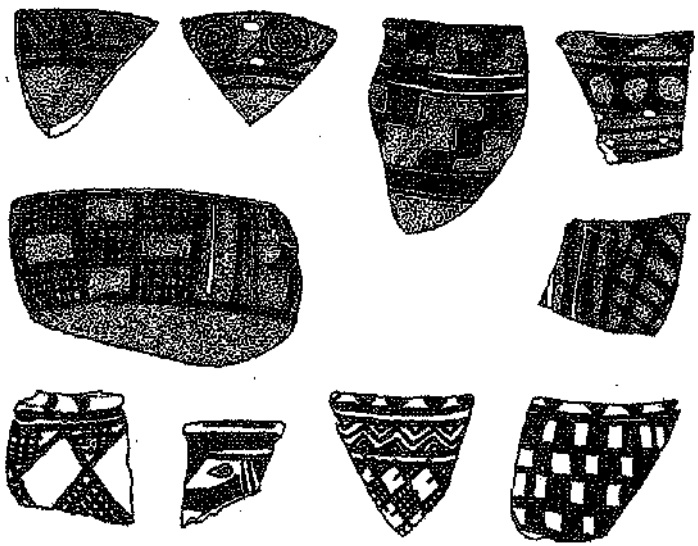


FIG. 80.—Cerámica de *Cajamarca*. Corresponde a la última época anterior a la incaica. Según Reichlen.

éstos de la costa, y en su seguimiento se hicieron presentes influencias chimúes (Cajamarca IV). Poco después aparece el último período de *Cajamarca* (Cajamarca V), ya con la presencia de alfarería incaica.

De todos estos períodos, sólo el IV y el V pueden interesar aquí. En la cerámica dominan los vasos trípodes, de pie alto y macizo, con dibujos negros y rojos de carácter semi-cursivo pintados sobre fondo de color crema. Pucos con base anular, de fondo blanco y decorados con motivos zoomorfos. Copas y pucos cilíndricos o tronco-cónicos, de base semi esférica, pintados con motivos geométricos blancos, negros y rojos sobre fondo claro (Fig. 80).

Infaustamente, en lo que hasta ahora se ha publicado, los autores no aportan otros detalles sobre las construcciones y el instrumental que corresponde a estos períodos.

3. *La Provincia de Huamachuco*

Directamente al sur de Cajamarca, en la parte meridional del hinterland serrano de la Costa Norte, la antigua *Provincia de Huamachuco* constituía con posterioridad a Tiahuanaco, un Estado que estaba gobernado por un príncipe independiente.

Todavía en época incaica, la provincia se distinguía etnológicamente de las circundantes. Tenía, por de pronto, lengua particular, que las fuentes han llamado Culli o Culle [6], y que todavía se habla en algunos apartados lugares de la región [7]. Su cultura era también distinta, aunque las vinculaciones con la Costa Norte y con el resto de la Sierra Norte sean por demás evidentes.

Marca Huamachuco, grupo de antiguas e imponentes ruinas inmediatas al moderno poblado de *Huamachuco*, era el centro del reino y lugar de adoración de sus principales deidades. Luego de haber sido visitada por distinguidos viajeros, la zona ha sido explorada a fondo primero por Uhle, y luego por Theodore D. McCown. Uhle no llegó a publicar su informe, pero McCown incluyó algunas referencias del mismo en el suyo propio, donde él da cuenta de sus propios trabajos [8].

La zona arqueológica comprende numerosas construcciones de piedra que McCown considera pertenecen a dos distintos y sucesivos períodos. Durante el más antiguo, llamado Huamachuco Medio, se erigen las grandes construcciones y se presenta la alfarería de estilo cursivo que ha de estar en relación con *Cajamarca*. Es el período de Expansión de Tiahuanaco. El siguiente, en cambio, bautizado de Huamachuco Tardío, correspondería al período del Renacimiento Regional que estamos tratando.

Como en otras partes, lo de "renacimiento" significa aquí

un mero eufemismo. Pues, el período es más bien de decadencia cultural. Por ejemplo, ya no se construyen las grandes estructuras pétreas, domiciliarias y ceremoniales, que caracterizan el período anterior. El pueblo vive ahora aislado en pequeñas viviendas de piedra, fabrica cerámica de no muy buena calidad, y toda

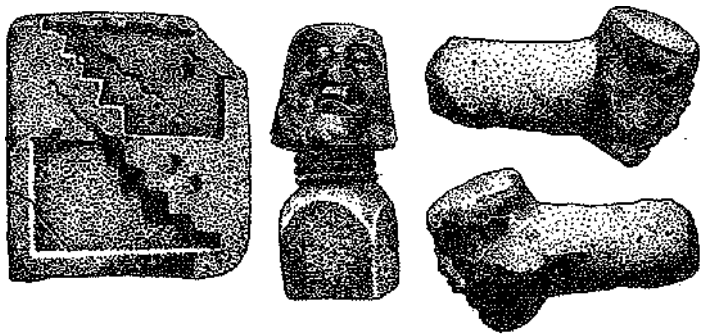


FIG. 81.—Esculturas en piedra de *Huamachuco*. Según McCown.

su cultura se muestra empobrecida. Es cierto que lo mismo sucede en casi todas las culturas contemporáneas.

La cerámica ceremonial puede ser tanto pintada como inciso-modelada. La del primer tipo comprende piezas con dibujos en rojo, o en negro y rojo sobre un engobe blanco, y también rojo, negro o una combinación de ambos colores sobre el fondo natural rojizo de la vasija. La decoración incisa, por su parte, usa los círculos y puntos hechos con el extremo de una caña o hueso, y el modelado se reduce a agregar externamente simples tiras de arcilla, a producir pequeñas efigies humanas en el cuello de las vasijas grandes, o a fabricar pequeños vasos-silbato.

En sus excavaciones, McCown no logró dar con tumba alguna. Pero Uhle excavó varias que estaban construídas en los muros. Desgraciadamente, ignoramos a qué época corresponden las mismas.

Esa falta de sepulturas, con su acostumbrado ajuar, es también la causante de que no podamos decir nada sobre cuáles eran, o qué forma tenían los artefactos de metal y de piedra que

usaban los antiguos habitantes de *Marca Huamachuco*. Lo que McCown ha publicado, en su mayoría recolectados por Uhle representan cabezas humanas de piedra con espiga para empo trar en los muros (Fig 81), puntas de flecha de forma triangula también de piedra, y cuchillos semi-lunares, agujas, topus y otro adornos de cobre y plata.

Por la relación de unos frailes agustinos que se establecieron en *Huamachuco* poco después de la conquista española, pode mos agregar algo sobre el carácter de la cultura espiritual de l época [9].

La población creía en la existencia de un Alto Dios "creado de todas las cosas", al que llamaban *Ataguju*. El servicio de est dios estaba en las manos de un Sumo Sacerdote que llevaba e nombre de *Xulimango*. El culto se practicaba en el interior d unos recintos de piedra, que los frailes llaman "corrales", dond se danzaba ceremonialmente y se hacían sacrificios de cuises chicha, coca y harina de maíz. Se adoraba también a tres otra divinidades creadas por *Ataguju*, o dependientes del mismo, qu se llamaban *Cautaguán*, *Catequil* y *Piguerao*, la primera de la cuales era la madre de las demás. Éstas tenían su santuario e *Porcón*, a cuatro leguas de *Huamachuco*. Los indios creían ve sus figuras en tres altos picos que se encuentran en el lugar.

Objetos de culto eran también unos pilares de piedra qu se encontraban en todas las aldeas. Se consideraba ser ellos lo "ojos" de la aldea y el guardián, tanto de ella misma como d los correspondientes campos de cultivo.

4. *La Primitiva Civilización Incaica*

Sólo recientemente se ha tenido confirmación de la esperad existencia de una cultura Incaica Primitiva, anterior y precu sora de la clásica civilización del tiempo del Imperio. Debemo su conocimiento a las excavaciones practicadas por la Univers dad del Cuzco, en los años de 1942-43.

Dentro del recinto de *Sacsahuamán*, la famosa fortaleza megalítica próxima a la ciudad del Cuzco, cuya superficie está plagada de fragmentos de cerámica incaica imperial, se encontró un sector en el que no aparecían los clásicos fragmentos, sino otros, de un tipo distinto que ha sido llamado *Killke*. Se excavó en el lugar, y en todo lo excavado no se halló otro tipo de cerámica que la killke. Lo mismo sucedió en otra parte del mismo

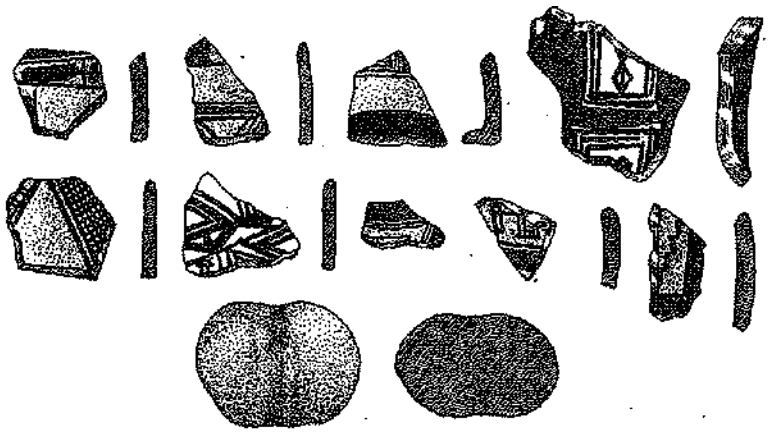


FIG. 82.—Cerámica Incaica Primitiva y martillo de piedra, procedentes de la excavación practicada en el Canchón, El Cuzco. Según Rowe.

valle del Cuzco, no lejos del Huancaro, donde superficialmente sólo se ve cerámica killke. En cambio; en *Kencha-Kencha*, siempre en la misma zona, donde existen los restos de una antigua ciudad, la alfarería killke aparece en la superficie mezclada con la clásica imperial. E igual cosa sucede en el centro mismo del Cuzco, en el *Canchón de Santo Domingo*, y en otros lugares más.

Se trata de una cerámica no muy fina, que por lo general es de color rojizo, y de formas parecidas a las del período siguiente. En las piezas no utilitarias, la decoración consiste siempre en líneas de pintura negra que se cruzan diagonalmente o forman series de rombos con un punto en medio (Fig. 82). Hay también *queros* en los que las líneas negras han sido trazadas sobre un engobe blanco.

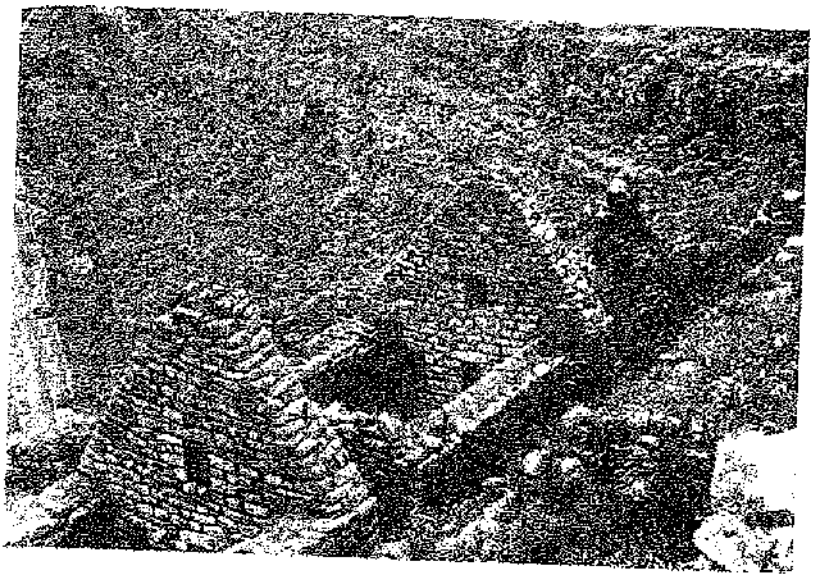
Varios restos de muros que se ha visto estaban asociados con esta cerámica, están construídos de piedra sin labrar y usando argamasa de barro. Se han encontrado también algunos objetos de metal, hueso, y unos cuchillos de pizarra que parecen ser característicos de esta cultura. Tienen forma más o menos hemisférica y, al revés de los *tumis*, el corte se encuentra en la parte recta. Por un extremo se sujetaban a un mango [10].

Es posible que algún día se encuentre la transición de esta cultura primitiva, que Rowe ubica entre 1200 y 1438, a la posterior y clásica del tiempo del Imperio [11].

5. *La Civilización Colla*

La expansión de Tiahuanaco significó a la larga, y para Tiahuanaco mismo, la decadencia de su antigua y próspera civilización. Los prolegómenos del proceso ya se advierten al iniciarse la segunda parte del período de Florecimiento y Expansión, cuando en la cerámica contemporánea comienza a desaparecer el pulimento, se va perdiendo la policromía de los dibujos, y se estilizan cada día más los motivos decorativos. Y corroborando lo señalado por la cerámica, se enrarece primero, y cede por completo después, el tallado de las grandes esculturas monolíticas y la erección de las ingentes estructuras pétreas que tanta fama dieron a esa civilización. Es por esto que entonces se habla de un Tiahuanaco Decadente. Y se comprende. Como se ha expresado recientemente, al comenzar a expandirse la notable alta cultura, el interés artístico de sus portadores pasa a ceder el puesto al interés militar [12].

Con la desaparición de Tiahuanaco, en la parte de Sierra Sur y del Altiplano Boliviano que fuera centro de dispersión de aquella cultura, comienza a producirse una nueva estructuración de los viejos elementos culturales. A ellos se agregan influencias y puntos de vista nuevos. Con el resultado de que pronto surge una cultura nueva sobre base menos rígida que la anterior. Esta



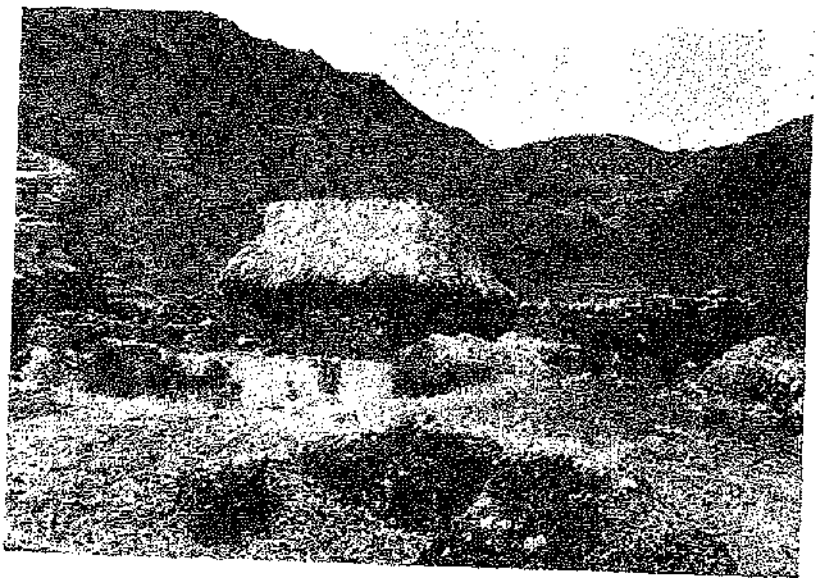


LÁMINA LI. — *La vivienda serrana en el Perú.*
a) *Vivienda arqueológica.*
b) *Vivienda actual.*

LÁMINA LII.—*Arquitectura mixta en el antiguo Cuzco. Palacio de Inca Roca.* (Foto F. de Aparicio.)

cultura es la que diversamente ha sido llamada "Chullpa", pero que nosotros creemos más apropiado denominar *Colla*, atendiendo a que el primer nombre se presta a confusión, y a que los indios de lengua Aymara llamados *Collas*, han sido sus más que evidentes portadores [13].

Por la época de que tratamos, los *Collas* estaban divididos en una serie de pequeños Estados más o menos independientes, pero cuyas poblaciones se diferenciaban una de otra por pequeños rasgos lingüísticos y culturales. Estaban ante todo los Collas propiamente dichos, en las llanuras regadas por los ríos Pucará y Ramis, en el Departamento de Puno, con su capital *Hatuncolla*. Ya en época incaica su nombre se generalizó, pasando a comprender también los demás grupos de lengua Aymara. Es posible que esta generalización se deba a la primacía que, según Sarmiento de Gamboa [14], habían adquirido los Collas entre los demás grupos aymaras. Seguían los Lupacas, sobre la margen sudoccidental del Titicaca, entre Puno y el Desaguadero, con su principal ciudad *Chucuito*. Otros grupos eran: los Canchis, en el Departamento del Cuzco; los Canas, en el de Puno; los Collaguas, en el de Arequipa; los Pacajes, sobre ambas márgenes del Desaguadero; los Carangas, al norte del lago Coipasa; los Charcas, al nordeste del lago Poopó, etc. Hacia mediados del siglo XV, todos estos grupos de *Collas* habían sido conquistados por los *Incas*, y su territorio incorporado al Imperio Incaico.

Mas, pese a esa temprana incorporación, la cultura particular de los *Collas* siguió subsistiendo. Perduró a través de todo el período incaico, con sólo leves modificaciones. Y hasta la aculturación española fué lenta y parcial. Con el resultado de que todavía se encuentran grandes grupos de *Collas* que en parte siguen viviendo su estilo de vida ancestral [15].

Los monumentos que más se destacan en el paisaje cultural colla, son sin duda las famosas torres funerarias, aquí llamadas *chullpas*. No pertenecen todas a un mismo período, como a veces se ha dicho inconscientemente. Pero, apenas podría dudarse de que todas ellas están tipológicamente relacionadas, y que to-

das son obra de los *Collas* posteriores a Tiahuanaco (Láms. XLVI y XLVII).

Hay *chullpas* de forma y tamaño distintos. Las más antiguas parecen ser las de adobe, que se encuentran sobre todo en la parte sur del Collao o territorio de los *Collas*; generalmente ostentan planta rectangular. Las de piedra labrada, de sección cuadrada o redonda, serían posteriores, y habrían surgido bajo influencia incaica; de ahí que se encuentren especialmente en la parte norte del Collao, esto es, más cerca del área de dispersión de los *Incas*. El interior de todas ellas forma una cámara cerrada hacia arriba por una especie de falsa bóveda, donde se depositaba el cadáver o los cadáveres con su correspondiente ajuar, y las eventuales ofrendas mortuorias posteriores. La altura más común es la de la talla de un hombre, pero las de los grandes personajes, donde según Cieza se enterraba a los señores con mujeres y criados [16], eran mucho más altas y lujosas. La entrada miraba siempre al este.

Otra clase de sepulturas que igualmente se encuentran dispersas por el Collao, toman la forma de cámaras subterráneas. También éstas son de planta y construcción distintas, con paredes de piedra o lajas, y en ellas aparecen los cadáveres en posición sentada. Según Rydén no hay duda de que también ellas pertenecen a los antiguos *Collas* [17].

Y de los mismos antiguos *Collas* han de proceder igualmente las tumbas circulares formadas con lajas puestas de canto que sobresalen como un metro del suelo. Dado que el espacio abierto superior está relleno de tierra, estas sepulturas toman el aspecto de pequeñas plataformas, y en ellas se enterraba una pluralidad de cadáveres [18]. Los restos aparecen algo revueltos, razón por la cual se ha supuesto que los entierros se efectuaban sucesivamente y en época distinta.

Dado que la perduración de esta cultura se sale del marco estricto del Renacimiento Regional, los estilos cerámicos que se le pueden atribuir son varios y sus caracteres no siempre están bien determinados. No obstante, hay algunos rasgos que parecen

ser comunes a todos ellos. Tal es el caso del color rojizo fundamental, y de la decoración linear con pintura negra, o negra con blanco, que han de ser generales. Algunos estilos que casi seguramente pertenecen aquí son los que M. Tschopik ha llamado Collao Común, Collao Negro-sobre-Rojo, Sillustani Negro-sobre-Rojo, Negro y Blanco-sobre-Rojo, y Allita Amaya Policromo. Lo mismo puede decirse de la cerámica Post Decadente de *Huancané* y del *Pucará de Khonkho*, traída por Rydén.

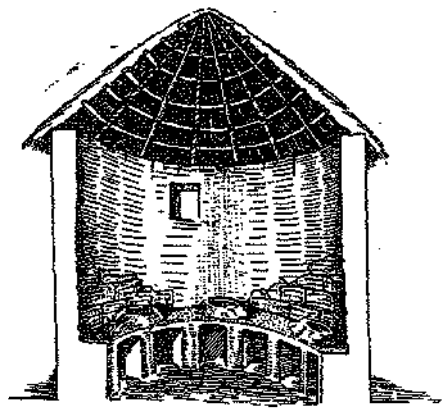


FIG. 83. — Corte ideal a través de una casa de sección redonda. *Kollana* (Dpto. de La Paz). Según Posnansky.

Las formas más destacadas de esta cerámica son los pucos semiesféricos, las ollitas con un asa, y los cántaros aribaloides de base plana. Estos últimos parecen ser el antecesor de los aríbalos incaicos, y todavía siguen fabricándolos los actuales *Aymaras*. Interesante es por las vinculaciones que ella ofrece, la decoración en campos de reticulado negro que se encuentra en todos los estilos citados.

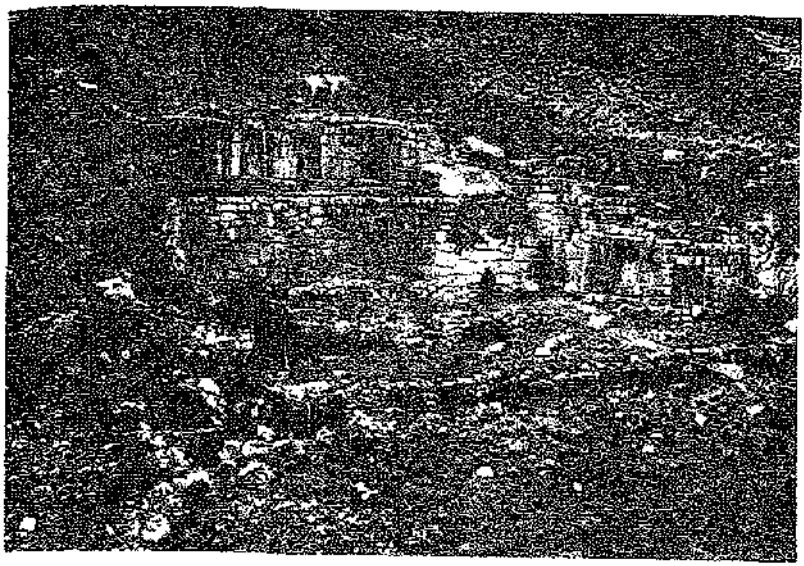
A juzgar por las que excavara Rydén en *Pucará de Khonkho*, la antigua vivienda colla era de planta circular (Fig. 83), tal como aún se construye en las apartadas o conservadoras aldeas, como *Killana* [19]. El P. Cobo corrobora el dato, agregando que el techo, de forma de bóveda, se construía con maderos y paja [20]. Tampoco el vestido se diferenciaría mucho del que todavía es usual entre los grupos que siguen aferrados a su antiguo sistema de vida. Por de pronto, la mujer ya usaba el *topu* de cobre o bronce como adorno y para prenderse las mantas sobre el pecho.

Los pocos otros datos que se pueden averiguar respecto de la ergología, es que los *Collas* tenían a la honda, al rompecabezas de piedra y a las bolas como armas principales. El *tumi*, o cu-

chillo semi-lunar, de bronce y con mango de madera, está también atestiguado.

Sobre la organización social y política de los antiguos *Collas* tampoco es mucho lo que se sabe. En cada uno de los Estados, el príncipe gozaba de una serie de privilegios, como el poder casarse con muchas mujeres, tener muchos servidores y un vestido especial, y ser llevado en andas y literas. También a los sacerdotes les correspondía un *status* especial. El pueblo, en cambio, estaba reunido en sus antiguas comunidades o *ayllus*. Más tarde, la conquista incaica introdujo una nueva aristocracia de origen parte local, parte foráneo [21].

Según algunos mitos que se han conservado, los *Collas* habrían tenido su origen en *Tiahuanaco*.



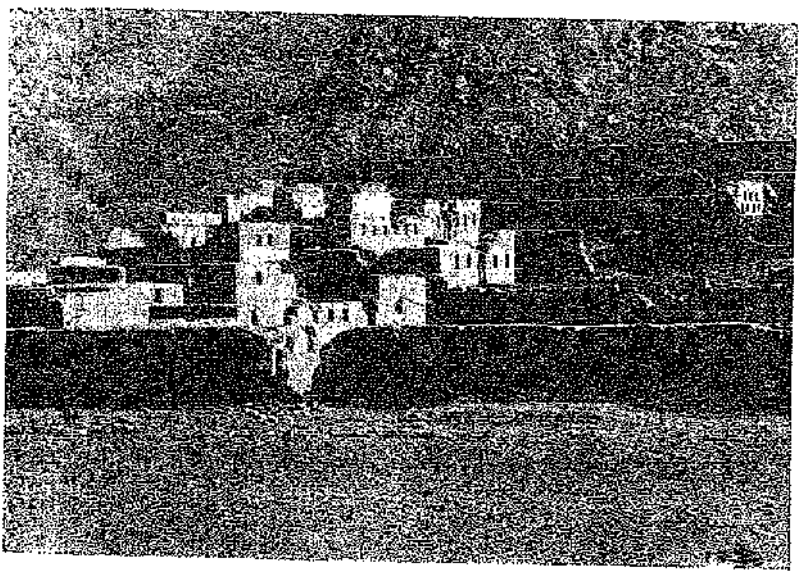


LÁMINA LIII. — *Los palacios imperiales.*
a) *En la Sierra:* Tambo Machay o *"Baineario del Inca" cerca del Cuzco.*
b) *En la Costa:* Tambo Colorado *en el Valle del Pisco.* (Foto Max Uhle.)

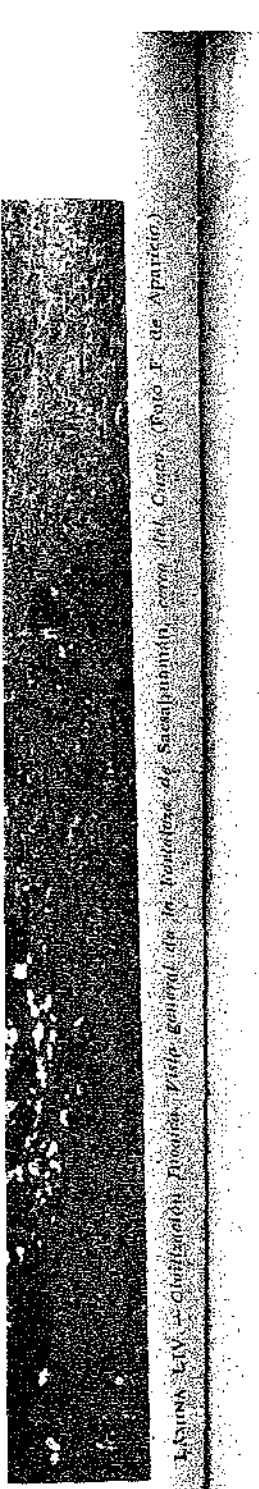


LÁMINA LIV. — *Civilización Incaica. Vista general de la fortaleza de Sacsahuamán, cerca del Cuzco.* (Foto F. de Aparicio.)

PARTE QUINTA

LAS ÚLTIMAS REALIZACIONES: EL IMPERIO INCAICO

I. ORIGENES E HISTORIA

1. *El Origen*

Poco es lo de cierto que sabemos sobre el origen de los *Incas*. En tiempos del Imperio y de la conquista española, existía en *El Cuzco* una tradición oficializada sobre el asunto, que los más antiguos y fehacientes cronistas españoles, sobre todo Cieza de León y Sarmiento de Gamboa, nos han conservado.

De acuerdo con ella, cuatro hermanos: *Ayar Manco, Ayar Auca, Ayar Cachi* y *Ayar Uchu*, junto con cuatro hermanas de nombre *Mama Ocllo, Mama Huaco, Mama Cura* y *Mama Raua*, vivían en un lugar llamado *Pacaritambo* o "Tambo de la Pacarina" [1], situado entre seis y ocho leguas al sur del *Cuzco*. La *pacarina* misma, o sea, el "lugar de origen", se halla justo al lado, y es un conjunto de tres grutas situadas al pie de una colina que tradicionalmente lleva el nombre de *Tambotoco*. El modo más general de traducir este nombre es como "Casa de ventanas", pero nosotros creemos mejor traducirlo como "Gruta residencial" [2]. De estas cavernas habrían salido los Ayares [3]. De la cueva del centro, llamada por esto *Capactoco* o "gruta real", salieron los ocho hermanos que pretendían ser hijos del Sol, mientras que de las grutas laterales surgieron los antepasados de algunos *ayllus* que más tarde fueron conocidos como ocupantes de la comarca del *Cuzco*. En un determinado momento, este conjunto de gente comenzó a moverse en dirección a aquella comarca, yendo en procura de tierras fértiles adonde asentarse.

Varios años duró esta migración, y en su decurso sucedieron muchas cosas. Especialmente, los hermanos Ayar fueron desapareciendo uno tras otro, hasta que *Ayar Manco* quedó como jefe único e indiscutido de los migrantes. Habíase éste casado con su hermana *Mama Ocllo*, y fué el fundador de la dinastía in-

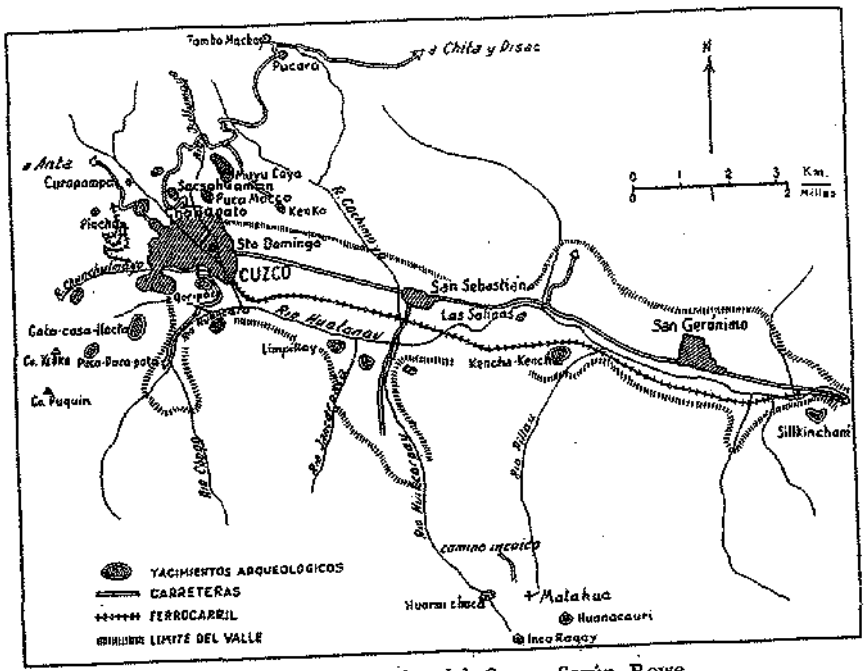


FIG. 84. — Vecindades del Cuzco. Según Rowe.

caica bajo el nombre de *Manco Capac*. Agreguemos que al tiempo de la llegada de los migrantes al Valle del Cuzco, hallaron la comarca ocupada por una población anterior a la que poco a poco fueron sujetando (Fig. 84) [4].

Este mito de origen o tradición ha sido diversamente analizado con la intención de extraer de ella el núcleo histórico que toda tradición suele contener. Así, Valcárcel ha señalado que los hermanos Ayar representan el grupo de fundadores de ayllus que en esa oportunidad fueron a establecerse en el Valle del Cuzco. *Ayar Manco* representaría a los *Mascas*, *Ayar Auca* a los

Chillques, Ayar Uchu a los *Tambus* y *Ayar Cachi* a los *Maras* [5]. Grupos de indios son éstos que aunque viviendo posteriormente en la comarca del Cuzco, eran allí considerados como advenedizos.

En todo esto es importante el hecho de que la casi totalidad de cronistas traen la versión de que los *Ayares* procedían de más allá que *Tambotoco*, de alguna parte del área colla, esto es, de la cuenca del Titicaca, y que por lo tanto eran de lengua Aymara. Talmente proceden, por ejemplo, tanto Fray Martín de Morúa, como Agustín de Zárate, Huamán Poma de Ayala, Gutiérrez de Santa Clara o Fernando de Montesinos. Al mismo tiempo hay una serie de indicios que parecen señalar una estirpe colla para los cuatro ayllus mencionados. Latcham, por ejemplo, cree que lo eran los *Mascas* [6]; el apelativo de los *Chillques* es realmente aymara [7]; lo mismo cabe decir de los *Maras*, con el agregado de que éstos salieron de una de las grutas de *Tambotoco* que lleva su nombre: *Marastoco* [8]; y los *Tambus*, por su parte, habrían salido de la otra ventana lateral, la *Sutictoco*. Además, el nombre de esta última parcialidad tiene igualmente etimología aymara [9].

De los autores modernos, son muchos los que decididamente admiten un origen colla de los *Incas*. Uhle, por ejemplo, basándose sobre todo en la equivalencia del término aymara *mallco* con el quichuizado *manco*, opinaba que *Manco Cápac* había sido un jefe colla [10]. Latcham, por su parte, agrega a la equivalencia anterior la de *sinchi*, título que lleva el Inca segundo, y que también sería aymara [11]. Mientras que Posnansky suma a ambas equivalencias una tercera, al expresar que el término quichua *inca* no era sino el aymara *huillca*, con el significado de "el caudillo" [12].

Otros autores llaman la atención sobre ciertas particularidades de la primitiva historia incaica que señalarían en el mismo sentido de un origen colla de los Ayares. De manera que es altamente probable, por no decir seguro, que el origen de la dinastía incaica se encuentre efectivamente en una invasión de un grupo de collas que desde aquende el Vilcanota migraran hacia

el norte y se establecieran sobre la antigua población del Valle del Cuzco a manera de aristocracia conquistadora.

Al suceder esto, en la primera mitad del siglo XIII, el valle estaba ocupado por una serie de ayllus carentes de organización estatal. La desaparición del poder coercitivo y, probablemente,

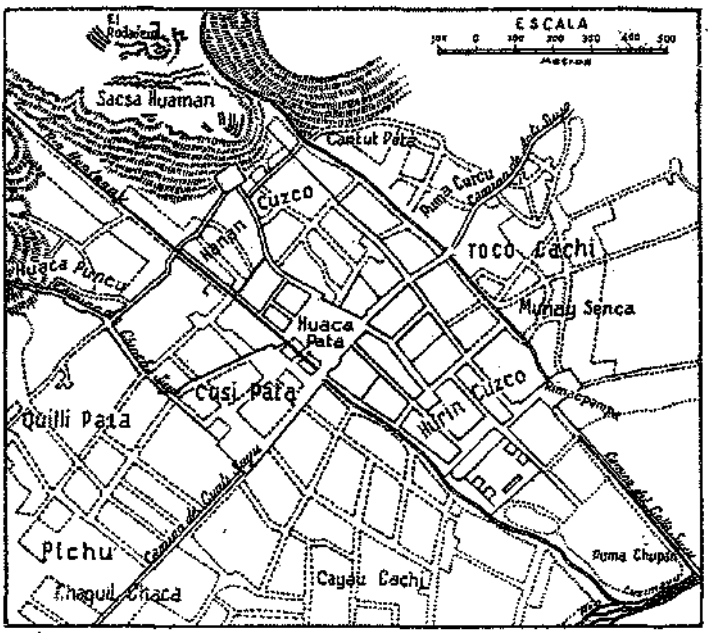


FIG. 85. — Plano del antiguo Cuzco. Según Means.

centralizador, de Tiahuanaco, hubo de producir en muchas partes de la Sierra situaciones análogas. Los cronistas, al menos, basados en los recuerdos y tradiciones de los indios, nos pintan para la época inmediatamente preincaica un estado político-social en el que sólo había jefes temporarios llamados *sinchis*. Pero en el que estaba inmanente la tendencia a la concreción y unificación de grupos en pequeños Estados. Un estrato muy antiguo de población preincaica estaba dado por los *Huallas*, los *Poques* y los *Lares*, que Valcárcel supuso fueran de origen aruac, y venidos por tanto de las selvas orientales. Más probable es a

nuestro entender que se tratara de restos de la primitiva población huárpida y paleolítica que por la época ya estarían, más o menos aculturados por las civilizaciones anteriores. Algo posteriores serían los grupos llamados *Sauseras*, *Antasayas* y *Allcahuizas*, con un estado político-social ya más adelantado.

Esa población anterior que los Ayares hallaron en el Valle del Cuzco era sin duda de lengua Quichua. Algunos autores han supuesto que hablaran también Aymara y en parte Atacameño [13]. Mas, no vemos razón alguna para admitir lo uno ni lo otro. Al contrario, todo parece indicar que los comienzos de la nación incaica están penetrados por una dualidad étnica, al igual que lo que sucediera con la nación romana. Y si bien el límite lingüístico entre el Aymara y el Quichua ha de haber estado antes más cerca del *Cuzco* que lo que lo estaba cuando la conquista española [14], es indudable que la fundación incaica se produjo en región de habla Quichua [15]. Es, además, probable que la antigua división de la ciudad en Hanan Cuzco y Hurin Cuzco correspondiera originariamente a esa dualidad étnica [16]. Según nos dice Garcilaso, en la parte alta de la ciudad (Hanan Cuzco) se habrían asentado los restos de la población primitiva, mientras que los invasores construyeron sus moradas en la parte baja (Hurin Cuzco). Y como es lógico admitir, fué la población de esa parte baja de la ciudad, es decir, el elemento invasor, la que dió los cinco primeros monarcas a la dinastía incaica (Fig. 85).

2. *Los Primeros Reinados*

Tampoco tenemos noticia cierta sobre la historia de los primeros reinados de la nación incaica. La tradición oficializada del tiempo del Imperio admitía una sucesión de ocho monarcas hasta llegar al reinado de *Pachacuti* con el que, en realidad, comienza la era imperial y los tiempos protohistóricos. A su vez, los primeros reinados llenan el lapso que arqueológicamente hemos denominado del dominio de la cultura Incaica Primitiva.

De acuerdo con la tradición, el primer Inca fué *Manco Cápac* (Lám. XLVIII *b*). Viviría hacia mediados del siglo XIII. Este primer soberano incaico fué el conductor de los invasores, el conquistador del territorio inmediato al *Cuzco*, y el fundador de la ciudad y de la monarquía incaica. La construcción del *Inticancha* o palacio del Sol, templo y residencia primera de los *Incas*, le es también atribuída. Ya antes de dar término a la peregrinación había desposado a su hermana *Mama Ocllo* y habido en ella un hijo, *Sinchi Roca*, que fué el Inca segundo.

Es conveniente recordar que el término "inca" suele usarse en un triple sentido. Primeramente llamamos Inca, a veces *Sapa Inca* o "Inca Supremo", al soberano que tenía su residencia en el *Cuzco*. Suele también llamarse Incas a la clase gobernante constituída sobre todo por los descendientes de los invasores, que los españoles llamaron "Orejones" por tener el lóbulo de las orejas desmesuradamente agrandado por las orejeras. Y, finalmente, también conocemos por *Incas* al conjunto de habitantes del Imperio Incaico.

El segundo Inca, *Sinchi Roca*, habría casado con *Mama Cura*. Según Cieza y otros autores era ésta hermana del monarca, pero Sarmiento de Gamboa y otros expresan, en cambio, que era la hija de un jefe del pueblo de *Saño*. Según ha recordado Means, desde el punto de vista del sentido común, lo último parece más probable. Pues, la hábil política consistente en que el conquistador contraiga matrimonio con las hijas de los jefes vencidos, ha sido regularmente seguida por los fundadores de imperios. Además, es posible que la costumbre de que el Inca se case con una hermana suya, sea de introducción más reciente. De acuerdo con Sarmiento de Gamboa, este Inca no salió nunca del *Cuzco*, ni agregó nada a lo conquistado o dispuesto por su padre.

Lloque Yupanqui es el tercer nombre del incario. Era hijo de *Sinchi Roca* y casó con *Mama Caua*, mujer del poblado de *Oma*, a dos leguas de la capital. Tampoco este monarca fué conquistador.

Mayta Cápac, hijo del anterior, es el cuarto Sapa Inca. El

mito se apoderó de este personaje para atribuirle algunos hechos milagrosos, en especial el de haber nacido a los tres meses de gestación. Mayor fundamento histórico ha de tener el vencimiento de un alzamiento de los *Allcahuizas*, que también le es atribuído. Había casado con *Mama Pacuráray*, natural del pueblo del mismo nombre.

El quinto y último Inca de la rama de Hurin Cuzco fué *Cápac Yupanqui*, hijo de *Mayta Cápac* y nombrado por el mismo. De él se dice que fué el primero que salió a conquistar fuera de la zona estricta del Cuzco, sujetando a los pueblos de *Cuyumarca* y *Andamarca*. Casó con una mujer llamada *Curihilpay*, posiblemente de Hanan Cuzco.

Es notable que el título de *Inca* no aparezca en los nombres de los cinco primeros soberanos, y sí en el sexto y otros posteriores. Mientras que los de *Manco* y *Sinchi* sólo se encuentran en los primeros. Es probable que esté esto en relación con la pertenencia de los soberanos a una u otra rama del Cuzco.

Inca Roca es el sexto Inca de la lista oficial, y se le considera procedente de Hanan Cuzco. Fué, empero, hijo del Inca anterior. Conquistó a *Muyna*, *Pinahua* y *Caitomarca*, lugares situados todos a unas cuatro leguas del *Cuzco*. Descubrió y encañó las aguas de la parte alta y de la parte baja de la ciudad. Casó con *Mama Micaya*, hija del *sinchi* del pueblo de *Patahuillacan*.

El séptimo Inca llamóse *Yahuar Huaca* y fué hijo del anterior. En su niñez llevaba el nombre de *Tito Cusi Hualpa*, pero habiéndolo raptado un grupo disidente y queriéndolo matar, el niño comenzó a llorar lágrimas de sangre. De lo cual le quedó el nombre de "llora sangre" que es la traducción del que registra el incario. Casó con *Mama Chiquia*, hija del jefe de los *Ayarmacas*, que había sido su raptor, sin duda para afianzar vínculos. A *Yahuar Huaca* se le atribuye la conquista de una decena de pueblos.

Viracocha Inca fué el octavo soberano incaico. Su nombre de niño era *Hátun Topa Inca*. Pero habiéndole aparecido en

persona la divinidad suprema, o *Ticci Viracocha*, y anunciándole grandes venturas, sus partidarios le impusieron el nombre del Dios-Creador. Casó con *Mama Rondocaya*, natural del pueblo de *Anta*. Parece que este *Viracocha* fué el primer gobernante incaico con aspiraciones imperialistas. Antes de él, no se pensaba en organizar las conquistas como dominio permanente. Se entraba a saco a los pueblos conquistados, a veces se les imponía un tributo; pero no se dejaba en ellos guarniciones militares para asegurar la conquista. De ahí que las peleas entre los pueblos sometidos, y las rebeliones cuando creían favorable el momento, estuviesen a la orden del día. Pero a partir de *Viracocha* la cosa cambia. Comienza este Inca asegurándose el dominio efectivo y permanente de los pueblos conquistados. Luego, afianzados los pueblos del Valle del Cuzco, comienza la conquista de las otras zonas, primero las más cercanas, luego las más alejadas. Para ello nombra como capitanes a dos hábiles estrategas, *Apo Mayta* y *Uicaquirao*, de la descendencia de *Inca Roca*. Con la efectiva ayuda de estos guerreros conquista a *Pacaicocha*, en el valle de Pisac. Sigue *Guaiparmarca*, *Mollaca*, *Calca*, *Caquea*, *Xaquixaguana* y muchas otras más. Con estas conquistas, la nación incaica se erige en una potencia similar a muchas otras que había en la región central y meridional de la Sierra peruana, al tiempo que entraba en rivalidad con ellas. Una de éstas era la famosa Confederación Chanca, que estaba surgiendo a la par de la de los *Incas*. Y como no podía menos de suceder dado el espíritu imperialista de la época, ambas potencias hubieron pronto de chocar. Sucedió primero un ataque de los *Chancas* al *Cuzco*. *Viracocha*, ya anciano, no quiso defender la capital, no encontrándose seguro dentro de ella. Pero uno de sus hijos, de nombre *Inca Yupanqui*, con algunos esforzados capitanes logra defender victoriosamente la ciudad y rechazar con pérdidas a los atacantes. *Inca Yupanqui* sale al paso a un segundo ataque, y la suerte le es nuevamente favorable, pues derrota y aniquila a los *Chancas*. Con lo cual desaparece el estorbo principal para la expansión imperialista del Estado incaico.

Esa Confederación Chanca estaba constituída por un determinado número de pequeñas entidades políticas con su correspondiente curaca al frente cada una de ellas. En un principio, los *Chancas* vivían al oeste de los *Quechuas*, pueblo que tenía su centro alrededor de *Abancay*. Pero a principios del siglo xv los *Chancas* batieron a los *Quechuas* y los expulsaron de la región de Andahuaillas, hecho que de rebote dió la supremacía entre las naciones quechuas, a los *Incas*. Desgraciadamente, no conocemos el origen de los *Chancas*. Lafone Quevedo sentó la hipótesis de que eran de origen amazónico [17]. Pero según sus propias tradiciones ellos habían venido de la zona de la actual *Castrovirreina* [18]. Tenían lengua particular, pero ignoramos sus características y afinidades. Y sólo es posible decir que en su territorio, que es la antigua provincia de Andahuaillas, la desinencia *ay* es común en los topónimos [19]

3. *La Época Imperial*

Con la terminación de las guerras chancas, que para los *Incas* tienen el mismo significado que las guerras púnicas tuvieron para Roma, quedó libre el camino para la expansión imperial del Estado incaico. Y como ya antes de vencer a sus poderosos rivales del oeste, los *Incas* hubiesen logrado la hegemonía sobre las demás naciones de habla quichua y adoptado su lengua, la nación incaica era ahora no sólo la potencia quichua por excelencia, sino que también una de las más importantes de la Sierra Central peruana.

Las guerras chancas tuvieron también la virtud de exaltar al poder a un príncipe ambicioso, hábil y poco escrupuloso que era el destinado a dar impulso y realce al Imperio Incaico. Con la fama que sus victorias sobre los *Chancas* le habían dado, el príncipe *Inca Yupanqui* incorporó a su nombre el título de *Pachacuti* [20] y se hizo nombrar Inca aún en vida de su padre contra la voluntad del mismo. *Viracocha Inca* había designado

sucesor a otro hijo llamado *Inca Urcon*, y éste ha de haber reinado algún tiempo. Mas, pronto fué desalojado y muerto por los partidarios del vencedor de los *Chancas*, y el mismo *Pachacuti* borró luego el nombre de su hermano y rival de la lista oficial de soberanos. De ahí que *Pachacuti Inca Yupanqui* sea considerado noveno Inca. Su coronación como Sapa Inca o, mejor, su imposición de la borla, ya que en esto consistía el simbolismo de la toma del poder, corresponde, según ha calculado Rowe, al año de 1438, y ésta es también la fecha en que comienza la Época Imperial del Estado Incaico.

El primer golpe serio que Pachacuti dió en el sentido de la expansión imperialista de su Estado, fué en dirección al sur. En la hoya del Titicaca, de entre los numerosos grupos de *Collas* organizados de manera más o menos independiente, sobresalían por la época el de los *Lupacas* y el de los *Collas* propiamente dichos. Ambos eran rivales, y no faltarían motivos que por una y otra parte impulsaran a una acción dirimente de la hegemonía. En cierta oportunidad, los Collas atacaron a los Lupacas, pero no tuvieron éxito. Antes al contrario, en una gran batalla librada cerca de Paucarcolla, vencieron los Lupacas. Mas de poco les valió la victoria a los vencedores. Pues no tardó en presentarse *Pachacuti* con numerosas tropas incaicas y, aprovechando la coyuntura, redujo a su gobierno gran parte del Collao.

Poco antes había ya incorporado a su Estado algunos pequeños grupos del valle del Urubamba, y también a otros situados hacia el oeste, más allá del territorio chanca, y hasta unas cuarentas leguas del *Cuzco*. Asegurada de este modo la retaguardia, pudo entonces dirigir su acción hacia el norte. En rápidas campañas los generales de *Pachacuti* conquistaron los Estados de *Angara*, *Huanca* y *Tarma*, en el valle central peruano. En cierta oportunidad, un contingente chanca que de mala gana acompañaba las tropas incaicas, hubo de desertar y, al mando de su jefe *Anco Aillo*, internarse por las selvas orientales a la altura de *Huánuco*. El general incaico *Cápac Yupanqui* salió en su seguimiento, pero no logró dar alcance a los fugitivos.

LÁMINA LVII. — *Civilización Tolteca. Cariátide del Templo Superior Tula (Estado de Hidalgo).* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

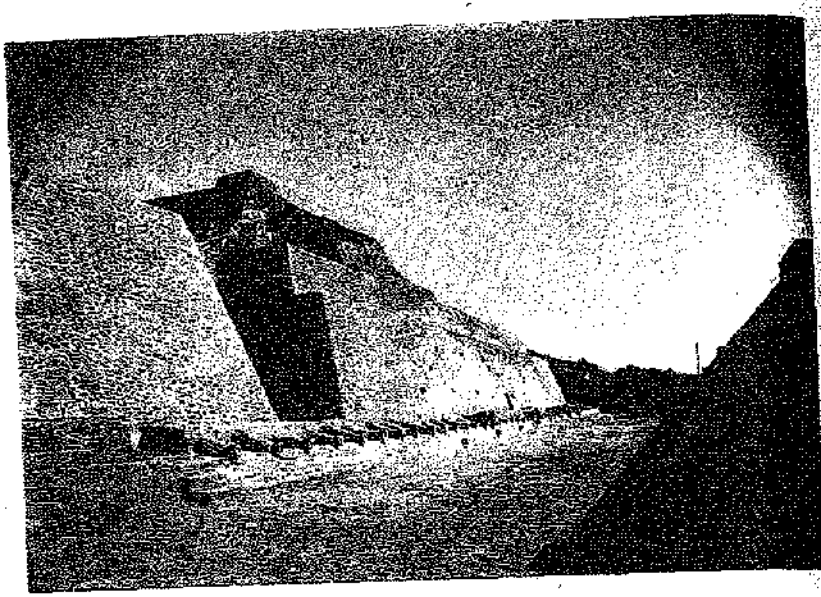


LÁMINA LVIII. — *La pirámide de* Tenayuca.
a) *Vista del lado sur.*
b) *Vista del lado norte.*

pudo, no obstante, llegar hasta *Cajamarca*, cuyo territorio ocupó. Lo cual, empero, no fué óbice para que luego pagara con su vida el contratiempo sufrido.

Topa Inca Yupanqui, hijo de *Pachacuti* y tan hábil estratega y político como su padre, pasados unos años tomó a su cargo la conquista del resto de la Sierra Norte. Saliendo de *Cajamarca* subyugó toda la región, especialmente el territorio de los *Paltas* y el de los *Cañaris*, estos últimos ya en el Ecuador. Siguió hasta el mismo *Quito*, cuyo reino incorporó al Imperio. Desde ahí bajó a la costa ecuatoriana, y hasta parece que llevó a cabo una expedición marítima por el Océano Pacífico, llegando probablemente hasta las islas Galápagos [21]. De regreso al *Cuzco*, atacó el Reino Chimú por el norte, lo dominó y siguió conquistando toda la costa hasta *Lurín*. Dirigió más tarde otra campaña en dirección de la costa sur y la conquistó igualmente, no obstante la seria resistencia que encontró en la fortaleza de *Huarco*.

Hacia 1471, *Pachacuti*, ya anciano, delegó el mando en su hijo. *Topa Inca Yupanqui* fué, pues, el décimo Inca. Poco después de que le fuera impuesta la borla, una nueva expedición militar lo llevó hacia las selvas del alto Madre de Dios, pero una rebelión surgida en el Collao le impidió realizar su cometido. Abandonó la empresa y se dirigió al sur. Ahí dominó el alzamiento, conquistó todo el Altiplano boliviano, y hasta invadió a Chile. Los pueblos del Noroeste argentino aprovecharon para someterse también. Unificada por ese lado el Área Andina, estableció los límites meridionales del Imperio en el río Maule por la parte de Chile, y al sur de Mendoza por la de la Argentina [22].

A partir de entonces, y luego de llevar a cabo otra pequeña campaña a las selvas orientales, *Topa Inca Yupanqui* se dedicó a organizar la administración de su vasto Imperio. Estaba en esto ocupado cuando la muerte le sorprendió después de un reinado de 22 años.

Le sucedió *Huayna Cápac*. Este hijo de *Topa Inca* es, pues, el undécimo monarca incaico. Le impusieron la borla hacia

1493, y murió en 1525. Continuó la obra de organización emprendida por su padre, y redujo numerosos alzamientos en las provincias. Redondeó el Imperio por la parte norte, agregando al mismo la región del Golfo de Guayaquil, el territorio de los *Chachapoyas* y la porción septentrional del actual Ecuador. El río Ancasmayo, en territorio de la actual Colombia, pasó a constituir el límite norte del Imperio.

Huayna Cápac murió inesperadamente en Quito, de resultas de una peste, y al morir todavía no había designado sucesor. *Huáscar*, su hijo mayor se hizo coronar en la ciudad del Cuzco, mientras que *Atahuallpa*, su otro hijo, quedaba en Quito con iguales pretensiones a ocupar el cargo. La rivalidad entre los dos hermanos produjo una guerra civil que duró varios años. La misma terminó con la victoria de *Atahuallpa* y la muerte de *Huáscar*, ordenada por el vencedor. Y quiso el destino que casi simultáneamente con la noticia de su victoria y de la muerte de su hermano, llegara también a *Atahuallpa* la nueva del desembarco de los españoles de Pizarro en las costas de su Imperio.

Era esto en 1532, y todo lo que sigue ya es historia americana.

4. *La Unificación del Imperio*

Pese a la enorme extensión que llegó a tener, y a la multiplicidad de sus componentes originarios, el Imperio Incaico había logrado tener en sus postrimerías una homogeneidad étnica bastante acentuada. Pues, en casi todo su territorio dominaba la misma cultura, la misma lengua y el mismo culto principal. Para llegar a estos resultados en un tiempo tan relativamente corto, los Incas se sirvieron de una serie de recursos cuya efectividad no podría ser negada.

Estaba, ante todo, la institución de los *mitmaccuna* o "mitimáes", cuya creación se atribuye al Inca *Pachacuti*, fundador del Imperio. Se trata de una obra política de un gran acierto para el fin que fuera concebida, pero terriblemente inhumana [33].

Consistía en trasladar parte de la población de una zona recientemente conquistada a otra que desde mucho antes pertenecía al Imperio. Y en el lugar que dejaban libres los trasladados se ubicaba a gente proveniente de regiones ya incaizadas, que habían de operar a guisa de célula o núcleo de incaización.

De esta manera, desnaturalizando a parte de las poblaciones del norte para asentarlas en el sur, y sacando las del este para situarlas en el oeste, se tendía a conseguir lo que de todo tiempo ha sido considerado como útil base política: la uniformidad de carácter de la población. Y esta uniformidad era, a su vez, el primer paso para la incorporación definiva de los pueblos subyugados a la nación dominadora.

Junto con esta institución de los mitimáes, los *Incas* emplearon también a la religión y al idioma para uniformar al Imperio. Apenas era conquistada una nueva región, que el dominador implantaba allí, obligatoriamente y para todos, el culto al Dios Sol y el aprendizaje de la lengua Quichua. A estos efectos se erigían templos y se mandaban sacerdotes que tenían como misión explicar a los dominados los misterios de la religión solar. Al mismo tiempo, personas encargadas de enseñar el *Runa-sini* o "lengua de los hombres", es decir, el Quichua, a las poblaciones dominadas, eran enviadas a todos los territorios que se incorporaban.

El sistema de los rehenes fué también utilizado con la misma finalidad. Conquistada una nueva provincia, y mientras se procedía a dividir las tierras y poblaciones de acuerdo con el sistema incaico, se sacaba del templo local al ídolo más importante y, acompañado por algunos sacerdotes regionales, era llevado al *Cuzco*, la capital del Imperio. Lo mismo sucedía con los herederos de los jefes vencidos y con los hijos de la nobleza provincial. Estos jóvenes eran luego sometidos a un intenso régimen de incaización, junto con los hijos de la nobleza imperial. Se efectuaba esto en la única escuela que conocieron los *Incas*, y cuyos cursos duraban cuatro años. En el primero se enseñaba la lengua oficial. El segundo estaba destinado a conocer la reli-

gión incaica, especialmente su teología y ritual. En el tercero se aprendía a conocer los secretos de los *quipus*, o sean, instrumentos mnemónicos compuestos de cordeles con nudos. Y, finalmente, durante el cuarto año se intensificaba este mismo estudio y se aprendía de los quipus mitología e historia de la clase dominante [24].

Otro factor importante de incaización fueron los caminos. Los *Incas*, al igual que los *Romanos*, reconocieron tempranamente su importancia y dieron gran impulso a su construcción. No hay duda empero de que los primeros aventajaron a los segundos en lo que a este tema se refiere, pese a la sencillez de los caminos incaicos. Como la América indígena no conoció los rodados, no eran vehículos los que debían transitar por ellos, y entonces su trazado podía ser siempre rectilíneo. Las subidas y las bajadas no importaban, y los grandes desniveles se salvaban mediante escalinatas. El piso estaba siempre limpio y plano, cuidando de su limpieza y conservación los indios vecinos. Además, cada 4 ó 5 leguas había un *tambo*, esto es, una especie de hostería con depósitos de agua, leña y alimentos, donde los viandantes podían pasar la noche y abastecerse de lo que necesitaban.

II. LA ECONOMIA

1. *La Agricultura*

La principal base económica de la cultura incaica era la agricultura, actividad a la que se hallaba dedicada la mayor parte de la población de ambos sexos.

Dada la fisiografía de la región, tan llena de valles y quebradas, el cultivo se hacía casi siempre sobre andenes o bancales. Éstos se construían en las laderas de las montañas o colinas por inclinadas que ellas fuesen, y permitían no sólo el aprovechamiento de las mismas para el cultivo, sino que también un aumento considerable de la superficie de tierra a cultivar. Y eran tantas y tan bien dispuestas estas terrazas de cultivo que llegaron a dar un aspecto nuevo a la topografía de grandes partes del país (Lám. XLIX).

En el Área Andina, el andén de cultivo es un elemento cultural muy antiguo, probablemente tan antiguo como la civilización misma. Sin embargo, los de la época incaica se diferencian notablemente de los más antiguos por una mejor construcción. En gran parte se construían con intervención de la comunidad, especialmente con labor de *mita*. El muro delantero o de contención estaba generalmente construído mediante la técnica de piedra seca y sin labrar que comúnmente se llama de *pirca*. Pero a veces se ven andenes de piedra labrada, como por ejemplo, en *Incaracay* [1]. Piedras salientes empotradas en el muro tendían a facilitar la subida. Por su parte, el relleno se

descomponía en varias capas, siendo la inferior de piedras, la intermedia de grava y la superior de tierra; todo ello para facilitar el drenaje. El riego se hacía mediante un sistema de canales y acequias que llevaban el agua a todas las partes donde hacía falta.

FIG. 86. — Labores agrícolas en época de los *Incas*. Dibujo según Poma de Ayala.

Como las civilizaciones americanas carecieron de animales de tiro, el arado fué desconocido de todas ellas. El trabajo que éste suele cumplir lo ejercían los *Incas* con una especie de arado de mano llamado *taclla*, todavía vastamente usado en la Sierra peruana. Se trata de un palo de unos 160 a 180 cms. de largo con punta de madera dura o de metal, en cuya parte inferior tiene un refuerzo para apoyar el pie y en la superior una especie de manija. El labrador clava con fuerza el instrumento en el suelo, ayuda con el pie y lo maneja con ambas manos al igual que se hace con nuestras palas de puntear. Fuera de este arado de mano, y para trabajos menores, se usaba una azada de larga hoja de bronce y corto mango de madera, y también una especie de rompecabezas de piedra con largo mango de palo. Estos últimos para romper los terrones (Fig. 86).

Los productos del trabajo agrícola eran distintos de acuerdo con la zona. En las partes altas y frías se cultivaba sobre todo la papa, la quinua y la oca. De estos tres productos la papa es sin duda el principal, cultivándose distintas variedades de ella. Se preparaba de manera igualmente distinta, debiéndose destacar la que tenía por objeto convertirla en *chuño* para su más larga conservación. Todavía se usa ampliamente. El proceso

consiste en dejar helar y luego deshelar los tubérculos, extraer el agua mediante presión, y secar la masa.

La quinua, el único grano de las zonas frías, es amarga sin preparar, y necesita varios lavados antes de poderla usar en la alimentación. Los pequeños granos se comen enteros y hervidos o molidos en forma de harina. En ciertas partes también se preparaba chicha con ella. En cuanto a la oca, una vez que los tubérculos habían sido expuestos al sol para que se desarrollara la sacarina que contienen, solían comerse tanto crudos como cocidos. Común era comer también la oca en forma de *cahui*, que es una especie de chuño.

En los valles más bajos y en la costa, la principal planta de cultivo era el maíz, que se comía de la más distinta manera. Las mazorcas se guardaban en trojes llamados *pirhuas*, y se hacía un gran consumo de ellas en la preparación de la chicha. La batata era un común producto de todas las zonas de clima suficientemente caliente. El ají, las calabazas, el maní, la mandioca, la achira, los porotos, el algodón y varias otras plantas más eran cultivadas allí donde las condiciones lo permitían, y especialmente en los valles costaneros.

Los métodos de cultivo no se diferenciaban grandemente de los que están todavía en uso. Se empleaba mucho el estiércol, dando preferencia al de llama en las regiones altas, al humano en las bajas, y al guano en la costa.

El trabajo agrícola comenzaba con un gran festival, y terminaba con otro que se celebraba al tiempo de la cosecha. El Inca en el *Cuzco*, y los gobernadores en provincia, recalcaban el valor que la agricultura tenía para la comunidad incaica asistiendo y presidiendo los festivales.

2. *Ganadería*

La ganadería incaica disponía de casi todos los animales que los americanos habían domesticado. Es así que se criaban llamas, alpacas, cuises, perros y patos.

La llama se criaba tanto para aprovechar su lana, como para comer su carne o emplearla como animal de carga. Se usaba también para el sacrificio religioso y para las prácticas agoreras. De ahí que en gran parte fueran ellas propiedad del Estado. Los llamados "corrales del Inca", o sean, grandes cercados de muros que dan fe del valor que tenían estos animales, son numerosos en toda la región peruana. Cuando las llamas servían al transporte de mercaderías, solían ir en grandes arreos, y hacían jornadas de unas cuatro leguas. La alpaca sólo se criaba por su lana, que es más fina que la de la llama.

Los cuises o "conejitos de Indias" parecen ser el primer animal que se domesticara en el Área Andina. También se ha podido fijar su zona de caracterización, que sería la de Arequipa[2]. Los *Incas* los criaban en grandes cantidades y los tenían en las casas, aproximadamente como en el Viejo Mundo los gatos. Al animal le correspondía un significado ceremonial y un gran valor como productor de carne.

El perro, por su parte, era de talla mediana y figura rechoncha. Por lo general, los *Incas* no comían su carne, sino que lo criaban para que eliminara los desperdicios. Pero había regiones en las que el perro servía igualmente a la alimentación, como entre los *Huancas*. Al menos es esto lo que nos dice Poma de Ayala, quien además los tilda de "comedores de perro" [3].

En cuanto al pato incaico, era el llamado "pato casero", que es de tamaño grande y se criaba para comer. Parece haber sido domesticado en Colombia [4].

3. *Caza, Pesca y Recolección*

Estos antiguos medios de obtener alimentos y otros productos de valor económico, perduraban, como es natural, en la civilización incaica. Sólo que en ella no tenían la importancia substantiva que les corresponde en las culturas inferiores.

La caza mayor, por ejemplo, estaba reservada al soberano y a la nobleza. Sólo periódicamente, y como medio de disminuir la población animal en los cotos de caza, a la vez que aumentar la provisión de carne, se organizaban grandes cacerías públicas llamadas *chacu*, en las que con el enorme júbilo y alborozo que es de imaginar tomaban parte centenares y millares de cazadores y ojeadores [5].

Una de las últimas de estas grandes cacerías que hicieron época fué la organizada en honor de Francisco Pizarro, el conquistador del Perú. Tuvo efecto hacia 1536 en el valle de Jauja. Más de 10.000 indios habrían tomado parte en ella, formando un círculo de batidores que, en sus comienzos, tenía más de 50 kilómetros de circunferencia. El círculo se iba achicando progresivamente, en tanto que sus componentes echaban los animales hacia el centro del mismo. Cuando el círculo era lo suficientemente reducido, entraban los cazadores y mataban tantos guanacos o venados como querían. En el caso mencionado habrían sido más de 11.000 animales, cuya carne se dedicó a la preparación de charqui.

Las armas de caza eran la honda, la macana y una boleadora pequeña llamada *ayllo*. Los pájaros se cazaban con esta última, con redes rectangulares fijadas a largos palos, y también con una liga que llamaban *pupa*.

La pesca se practicaba sobre todo en la costa, ya que los ríos serranos son muy correntosos y poco ricos en peces. Mucha importancia tenía, en cambio, en el lago de Titicaca. Tanto en ese gran lago como en la costa, se pescaba generalmente desde

las famosas balsas de juncos, los llamados "caballitos", que son un antiquísimo elemento cultural.

Tampoco la recolección de productos agrestes tenía gran valor económico. Los principales eran la sal, los higos de cacto, el fruto del capulí llamado *ahuaymanto*, y las hojas de numerosos vegetales que colectivamente llevaban el nombre de *yuyos*. Éstas se comían hervidas como verdura.

III. ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

1. *El Ayllu*

La formación social básica del Área Andina se conoce con el nombre de *ayllu*. Es ésta una antiquísima institución que se extendía por todo el territorio, y que ha sobrevivido en gran número y con pocas modificaciones hasta el mismo día de hoy. Pues, aunque no se conozca ninguna estadística oficial al respecto, se ha podido calcular que en la región peruana sola son más de 3.000 las comunidades de este tipo que todavía perduran. De lo cual puede inferirse cuán enraizada estaba la institución.

Debido a una cierta elasticidad del término quichua, la definición del *ayllu* no es siempre fácil. Pero, por lo general, se aplica el nombre a aquellos grupos de familias restrictas que están unidas por lazos de consanguinidad y por la creencia común de descender de un mismo antepasado mítico. Este antepasado puede ser tanto una persona, como un animal o un objeto natural, y recibía su correspondiente culto como *huaca*. El *ayllu* era dueño de un territorio determinado, la llamada *marca*, y dentro del cual cada hombre casado recibía un trozo de tierra para cultivar *(topu)*. Según nos dicen los cronistas, el tamaño de cada *topu* estaba de acuerdo con las necesidades de la familia que lo trabajaba. En tiempos de los *Incas*, anualmente se procedía a redistribuir estos lotes en un sistema de rotación que tendía a dar a cada jefe de familia idénticas posibilidades. Mas

no toda la tierra que constituía la *marca* de la comunidad era repartida en esta forma, sino sólo una tercera parte. Las otras dos partes eran trabajadas por los mismos indios en común, y el producto de la una se destinaba al sustento de los templos del Sol y de sus sacerdotes, y el de la otra al del Emperador, el Estado y la administración.

Parece que antiguamente el gobierno del *ayllu* había estado en manos de sus componentes. Una especie de consejo llamado *camachicoc*, de carácter permanente, habría sido quien elegía a su principal. Pero en tiempos del Inca el asunto cambió, pues entonces era el Emperador o su representante quien nombraba a los jefes de estas parcialidades que se llamaban *curacas*.

Los cronistas son poco explícitos en lo que toca la filiación de las familias dentro del *ayllu* incaico. En la actualidad, es general la descendencia masculina, al igual que en la demás población. Pero muy poco se sabe cómo era la situación anterior. Y tan poco es lo que al respecto sabemos, que las opiniones se han podido dividir entre matriarcalistas y patriarcalistas, esto es, entre los que admiten que en el *ayllu* incaico reinaba la filiación por la línea de la madre, y los que creen que la descendencia por vía patrilineal ha estado siempre en vigor.

Esta cuestión de la filiación del *ayllu* tiene una especial importancia para valorar la teoría evolucionista. Pues, como de acuerdo con ella la descendencia matriarcal habría precedido a la patrilineal en todas partes, lo mismo debería haber acaecido en el Perú. Es por esto que desde los tiempos de Bandelier [1], muchos autores consideran a los *ayllus* como clanes de derecho matrilineal, exógamos y totemistas. Y al advertir que no hay prueba clara para esa equiparación [2], entonces se habla de un desarrollo en sentido patriarcal que en tiempos más o menos recientes habría sobrevenido.

No ha de extrañar, pues, que Ricardo E. Latcham, aceptando la doctrina evolucionista, nos hable de la coexistencia de *ayllus* de variado sistema de filiación en plena época incaica. Los más antiguos y anteriores a los *Incas*, tendrían carácter matriarcal,

y la descendencia se habría entonces contado por la línea uterina. Las hijas heredaban las tierras y dignidades, y los hombres, al contraer matrimonio, pasaban a integrar el *ayllu* de la mujer. Se habría producido luego un sistema de transición, durante el cual los hombres comenzaron a dominar de hecho, y en vez de ir a vivir en casa de sus esposas, eran éstas las que se pasaban al *ayllu* del marido. Y aún más tarde, habría surgido el sistema patriarcal, en el que el *ayllu* sigue la filiación paterna y el poder es ejercido de modo incontrastable por el padre. En su forma más pura encuentra Latcham este sistema de filiación entre los primitivos *ayllus* incaicos [3].

Que en época incaica coexistieran *ayllus* de distinto sistema de filiación parece estar definitivamente asegurado [4]. Pues, son muy evidentes los restos de matriarcalismo que en varias partes se han señalado como todavía existentes al tiempo de la conquista española. Sólo que en nuestro sentir no puede tratarse de que los respectivos *ayllus* se encontraran en momentos distintos de una misma evolución general. Sino que la mencionada diversidad es más bien el resultado de la distinta situación que imperaba en las distintas partes del Área Andina, desde los tiempos anteriores al surgimiento de la Civilización. Así, mientras que originariamente dominaban en la Sierra las culturas de tipo inferior cuyos grupos sociales básicos tienen carácter patrilineal, en ciertas partes del norte del país y especialmente de la Costa y en los valles orientales, los grupos allí existentes se muestran fuertemente influenciados por las culturas amazónicas que son de derecho matrilineal [5]. Y no carece sin duda de interés recordar que las más claras pruebas que tenemos de una filiación patrilineal en época incaica corresponden justamente a la Sierra [6], y los rastros de filiación matrilineal a la Costa norte [7].

Si se tiene en cuenta lo que acabamos de manifestar, y se recuerda, a la vez, que los *ayllus* son, en esencia, comunidades agrícolas ancestrales [8], se habrá de convenir que el régimen del *ayllu*, sobre el cual tanto se ha escrito, sólo podrá buscarse en la transformación que las antiguas formaciones sociales de la

Sierra han de haber sufrido al irse convirtiendo, poco a poco y bajo la influencia de las culturas formativas venidas de la Costa, en comunidades sedentarias y agricultoras. Conversión que se hizo sobre la base de que los antiguos distritos de caza y recolección de los viejos pueblos serranos [9], pasaran a ser la *marca* o territorio comunal de los *ayllus*. Es decir, que al cambiar el estilo de vida de los integrantes de estas grandes familias, cambió también el destino del distrito territorial que desde tiempos inmemoriales les ha pertenecido.

2. *El Emperador y la Administración*

La administración del Estado incaico estaba estrictamente centralizada. A su frente se hallaba el Emperador, llamado *Inca* o *Sapa Inca*, y cuya persona divinizada resumía en sí al Imperio todo.

El Inca era un soberano absoluto cuya voluntad, sólo mitigada en algo por la tradición y las conveniencias del momento, era única norma y guía de su gobierno. Se tenía por descendiente directo del Sol, a través de *Manco Cápac*, el fundador de la monarquía. Los súbditos lo adoraban como tal. Nadie podía acercársele sino descalzo y en actitud de la más reverente sumisión, ni siquiera mirarle directamente a la cara. Y sólo sus mujeres y hermanas eran consideradas dignas de servir al semidios.

El Inca vestía cómo la generalidad de sus súbditos, pero con prendas de mejor calidad. Para su confección se empleaba lana de vicuña hilada y tejida por las *mamaconas* o "vírgenes del Sol". La prenda distintiva, y a la vez símbolo de su alta jerarquía, estaba en el tocado. Era éste una especie de vincha formada por una trenza multicolor que daba cuatro o cinco vueltas alrededor de la cabeza. Sobre la frente se destacaba el *llauto* o "borla", de color rojo, enmarcada en oro, y coronada por un pompón que remataba en tres raras y vistosas plumas. Otras insignias del po-

der del Inca estaban dadas por un cetro con cabeza estrellada de oro, y el estandarte imperial, generalmente llevado por ayudantes.

Privilegio del Emperador y de la nobleza era el poder casarse con muchas mujeres. Mas, la primera era siempre la principal y la que llevaba el título de *coya* o "emperadora" (Fig. 87). Además, desde los tiempos de *Topa Inca*, al menos, se había hecho costumbre de que la *coya* fuese una hermana del Emperador, por considerarse que sólo su sangre podía igualarse con la del Inca. Las demás mujeres tenían carácter de concubinas o esposas secundarias. Y era con el conjunto de hijos y descendientes en línea masculina de un Emperador, que se constituía su *ayllu*, linaje o parentela. Luego una vez fallecido el Inca, su *ayllu* quedaba a cargo de su palacio, de su momia y del mantenimiento de su tradición.

FIG. 87.—El Inca y la Coya son llevados en su litera doble. Dibujo según Poma de Ayala.

Administrativamente, el Imperio se dividía en cuatro grandes regiones llamadas *suyos*, razón por la cual el conjunto recibía el nombre de *Tahuantinsuyo*, o "Imperio de las Cuatro Regiones". Cada una de ellas estaba al mando de un gobernador general llamado *apo*, quien residía en el *Cuzco*, y que con los demás *apos* y un secretario, formaba una especie de Consejo de Estado. Las líneas divisorias entre las regiones no se conocen con exactitud, pero aproximadamente corrían en dirección norte-sur y este-oeste, y convergían todas en la ciudad del *Cuzco*, considerada "ombligo del mundo". La región del noroeste se llamaba *Chinchaysuyo*, y comprendía la mayor parte del Perú central y norte, incluso el Ecuador. La del nordeste era el *Anti-*

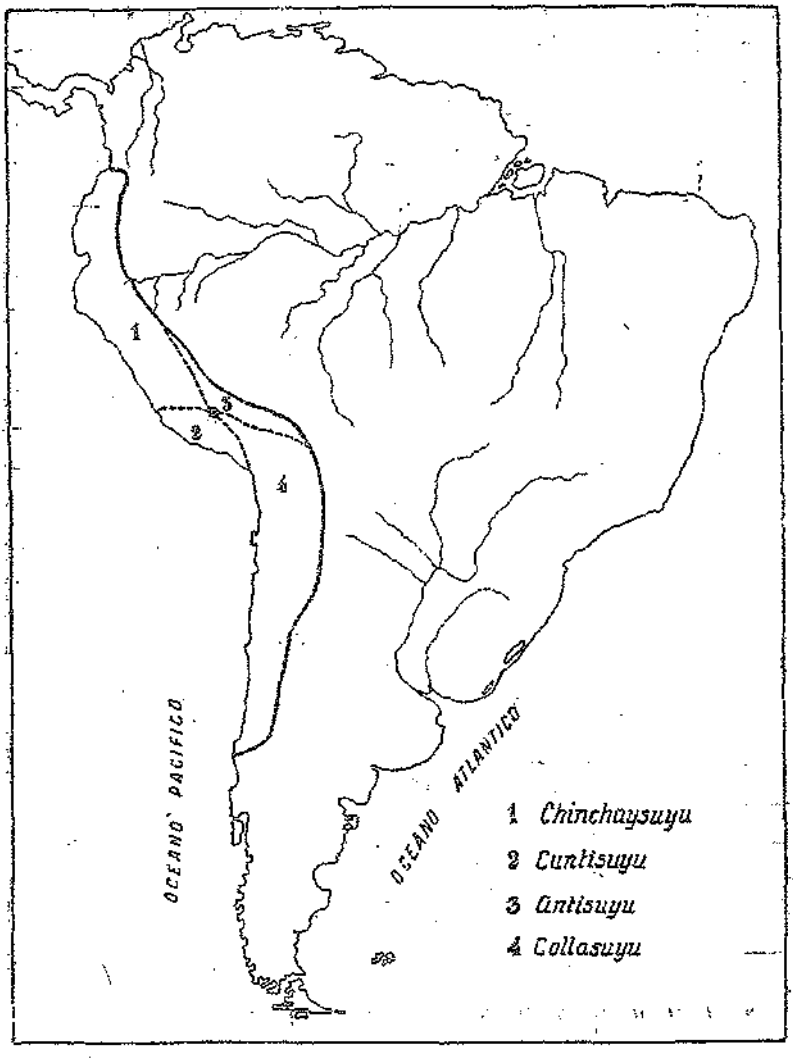


FIG. 38.—Extensión máxima del Imperio Incaico y su división en cuatro *suyus*.

suyo, y se extendía a lo largo de los Andes Orientales, con límites precisos sólo por el oeste. Seguía, al sudeste, el *Collasuyo* que involucraba la cuenca del Titicaca, la actual Bolivia, la mitad norte de Chile y la parte andina de la Argentina. Finalmente,

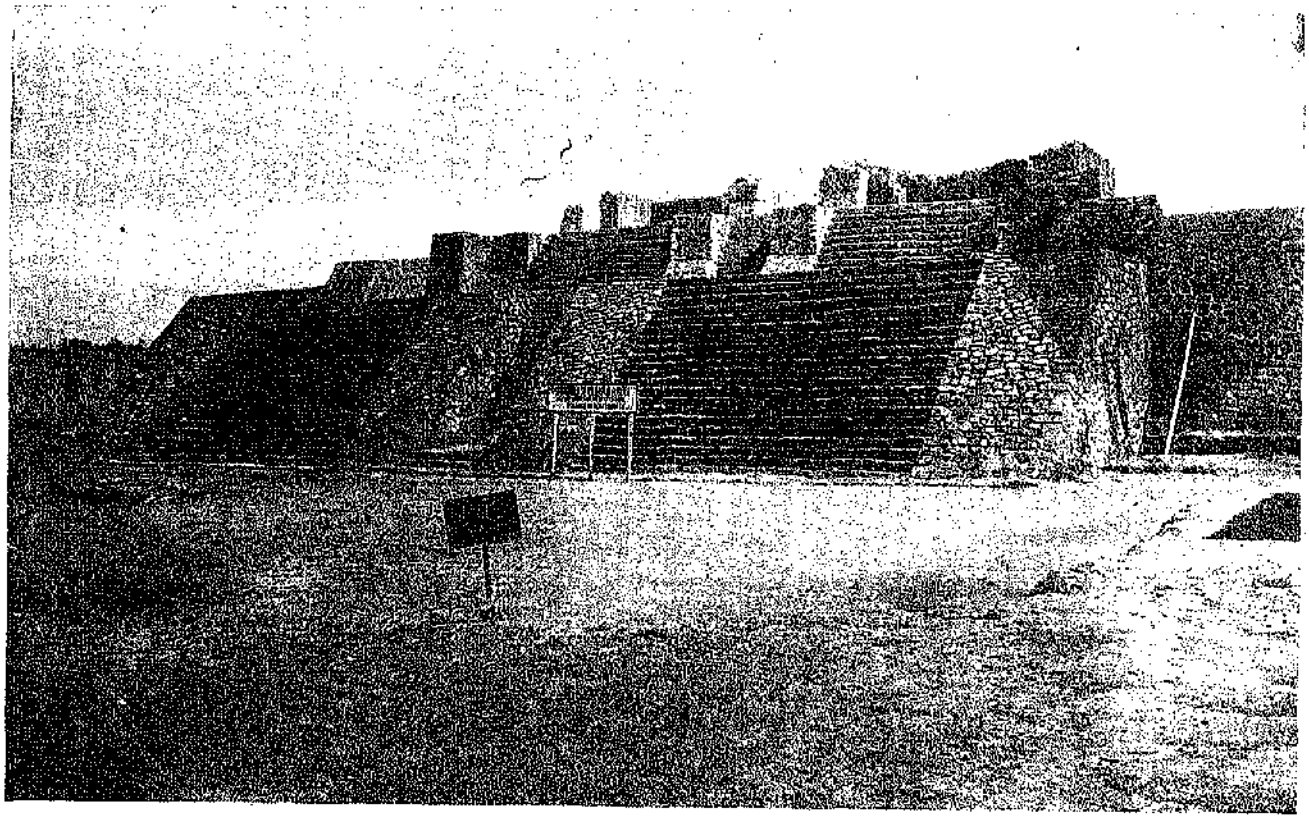
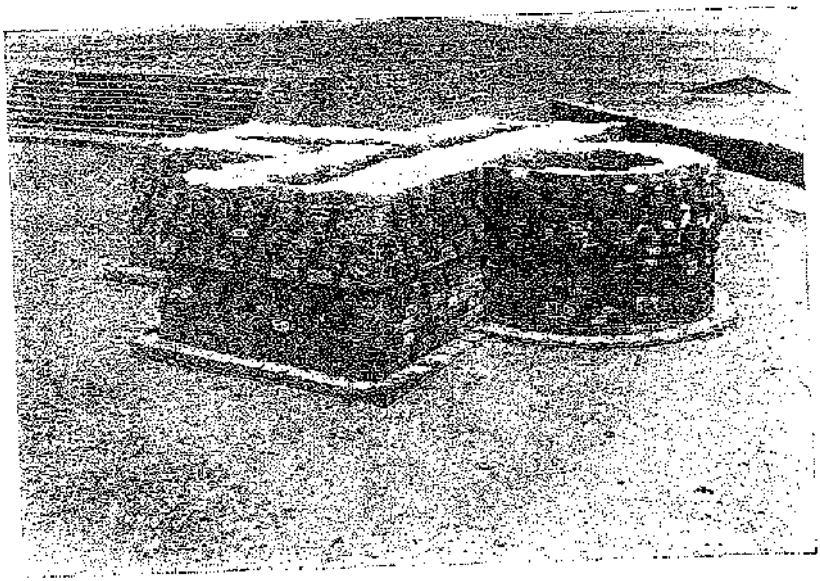


LÁMINA LIX.—*Pirámide de* Teopanzolco *(Estado de Morelos).* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)



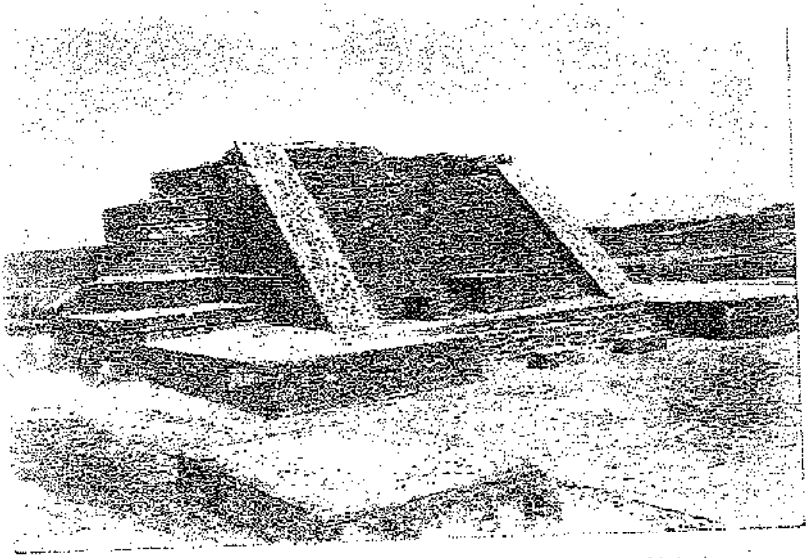


LÁMINA LX. — Tecaxica-Calixtlahuaca *(Estado de México)*.
a) *Templo cruciforme.*
b) *Templo circular.*

el *Cuntisuyo* o región del sudoeste, abarcaba la correspondiente parte del Perú, aproximadamente, entre el *Cuzco*, *Ica* y *Moquegua* [10]. Esta división parece haber sido hecha por *Pachacuti*, antes de que las fronteras del Imperio fueran llevadas tan lejos en dirección norte y en dirección sur (Fig. 88).

Las regiones se dividían en *huamanis* o provincias, y sus límites coincidían frecuentemente con los de los Estados preincaicos y preexistentes. En cada una de ellas se establecía una capital provincial, que generalmente llevaba el nombre de la provincia, más el aditamento de *hatún* o "grande". Así, *Hatuncolla* era la capital de la provincia de los Collas, *Hatunsora* la de los Soras. Esas capitales eran la sede del *tocricoc* o gobernador que estaba al mando de la provincia, y en ellas se establecían almacenes o depósitos imperiales, un templo del Sol, un convento de "mujeres escogidas", etc. Los habitantes de cada provincia debían distinguirse de los de las demás provincias por algún distintivo especial, generalmente por el tocado.

Las provincias, a su vez, se dividían en *sayas* o "partes". Por lo general eran dos, a ejemplo de lo hecho en el *Cuzco*, pero podían ser tres cuando la población era lo suficientemente numerosa. Y también como en la capital imperial, las *sayas* solían denominarse "de arriba" (*Hanansaya*) y "de abajo" (*Hurinsaya*).

Finalmente, las *sayas* comprendían un número variable de *ayllus*, cuya extensión era variable también. El nombre general de los jefes de *ayllu* era el de *curaca*; pero a este título se solía agregar un numeral que, *grosso modo* correspondía a la cantidad de indios tributarios o familias que tenía la unidad administrativa a su mando. Así, el jefe de una comunidad que contaba aproximadamente 100 familias, que en realidad eran la gran mayoría, se titulaba *pachacacuraca*, o sea "jefe de 100"; el que mandaba una cantidad de aproximadamente 500, era un *pichpachacacuraca* "o jefe de 500"; el que estaba tl frente de una de 1000 se llamaba *huarancacuraca*, o "jefe de 1000", y así sucesivamente. Este sistema decimalizado seguía también hacia abajo, ya que había una especie de capataz para cada 50 indios tributa-

rios, y otro para cada 10. Estos últimos eran nombrados por el correspondiente curaca.

Las funciones de todos estos funcionarios eran numerosas. Eran ellos los que establecían las estadísticas o facilitaban su establecimiento, comunicando a su superior jerárquico toda novedad acontecida en su grupo. Y eran ellos también los que repartían o entregaban los productos obtenidos, los que intervenían en la formación de las *mitas*, y los que pedían lo que la comunidad no tenía y necesitaba. A tales efectos, su función de vigilancia era continua.

3. *Las Clases Privilegiadas*

No solamente la administración imperial, sino que la sociedad toda estaba rígidamente jerarquizada y estratificada en el Imperio de los Incas.

Arriba de todo, y por debajo de sólo el Inca o Emperador, estaba la nobleza, que era de creación reciente. Por lo general se atribuye su fundación a *Pachacuti*, y todavía se hallaba en proceso de formación al sobrevenir la conquista española. La necesidad de disponer de un grupo de hombres aptos, del cual echar mano al proveer los altos cargos de guerra y de paz del Imperio, es lo que habría determinado su creación.

Integraban esa nobleza, por de pronto, los llamados "incas por la sangre", que estaban agrupados en once *ayllus* reales o linajes de los once emperadores habidos. En 1572, al escribir su *Historia* el capitán don Pedro Sarmiento de Gamboa, cada uno de estos *ayllus* tenía su representante, pues el cronista mencionado nos ha conservado los nombres de los principales que entonces vivían. Cuando un nuevo Inca asumía el poder, se separaba él mismo, automáticamente, del *ayllu* o linaje en el que hasta entonces había figurado, y pasaba a fundar uno nuevo en el que se agrupaban sus descendientes. Y luego, al morir el Emperador, sus bienes pasaban al linaje que él había fundado. El nuevo

soberano debía construirse un nuevo palacio y obtener en tributos o presentes los objetos que le eran necesarios.

Si la casta de "incas por la sangre" estaba sólo formada por los descendientes de los soberanos, la de los "incas por privilegio" comprendía a la totalidad de habitantes de la región de habla quichua, en cuyo centro estaba enclavada la ciudad del *Cuzco*. Formó este grupo el mismo *Pachacuti* cuando, luego de conquistar extensas porciones de territorio andino, dióse cuenta de que el núcleo de "incas por la sangre" era demasiado reducido para poder suplir la ingente necesidad de funcionarios aptos para el servicio del vasto Imperio. La calidad de quichuahablantes que correspondía a esta población era un elemento valiosísimo para la empresa de unificar culturalmente y cohesionar políticamente los vastos territorios conquistados. Es por esto que parte de esta población fué posteriormente llevada a las más distintas partes del Imperio para que sirviera de núcleo de incaización.

Los integrantes de ambas castas de nobles gozaban de ciertos privilegios, y especialmente del de llevar grandes orejeras, lo cual les valió el mote de "Orejones" que les aplicaron los españoles.

Fuera de esta primera clase de nobles que eran los que daban los altos funcionarios al Imperio, existía otra constituída por el conjunto de funcionarios de menor categoría. Ahí formaban todos los *curacas*, tanto los de las partes antiguas del territorio como los de las regiones recientemente conquistadas, y que los Incas habían respetado. Y al igual que los integrantes de la nobleza anterior, también éstos estaban exentos de toda clase de tributo.

Otra clase privilegiada que igualmente estaba sostenida por la comunidad era la de los *sacerdotes*. Tenían éstos a su cargo los servicios de la religión y la atención de los templos y *huacas* principales. Los había de categoría diversa, estando igualmente jerarquizados. A la cabeza de todos se hallaba el *huillac-umu* o Sumo Pontífice, que solía ser un tío o hermano del Inca. Seguían

los oficiantes, procedentes siempre de la nobleza, y cuyas funciones consistían en atender el templo, hacer sacrificios y elevar plegarias. En el más bajo rango estaban los asistentes. Había también adivinos *(achic)*, confesores *(ichori)* y magos *(omo)*. El mantenimiento de todos ellos lo proporcionaban los depósitos o almacenes en los que se vertía el producto de la explotación de la tercera parte de la *marca* de las comunidades.

4. *Los Indios Tributarios*

En el Imperio Incaico, que ha sido llamado "socialista", pero que mejor le cuadra el título de totalitario que le ha dado Kersten [11], toda carga de Estado tenía carácter personal. No había impuestos ni existía la moneda, y los gobernantes se procuraban los recursos por sólo el trabajo organizado de la población.

Mas, a ese efecto, no toda la población se encontraba en el mismo plano. Ya hemos visto que las clases privilegiadas, tanto la alta como la baja nobleza o los sacerdotes, estaban liberados de toda carga o imposición de carácter económico. Y no solamente no producían ni tributaban esas clases, sino que ellas mismas debían ser mantenidas por el trabajo de los demás.

El peso de todas las cargas de producción y de tributo recaía en la clase de los *puric* u hombres adultos que integraban los *ayllus* y eran los únicos tributarios. Pues éstos tenían a su cargo no sólo la casi totalidad de la producción agrícola y ganadera y gran parte de la industrial, sino que les correspondía también la atención de la mayor parte de servicios del Estado. Se efectuaba esto por medio de las tres funciones siguientes: primero, cultivando con sus hijos menores su lote particular de tierra, su *topu*, del que debían extraer lo necesario para mantenerse él y su familia. Segundo, sembrando y cosechando, junto con los demás tributarios, las partes de tierra correspondientes al Sol y al Inca, es decir, a la Religión y al Estado, e ingresando los productos en los respectivos almacenes y depósitos (Fig. 89). Terce-

ro, por el trabajo que realizaba a través de la institución de la *mita*.

La *mita*, a la que sólo estaban sujetos los indios tributarios, era la obligación, impuesta por el Inca, de prestar anualmente por un período más o menos largo, su concurso personal para la realización de los trabajos que exigía el Estado. El monto o duración de cada período de *mita* la fijaba el Emperador, pero en término medio duraba de dos a tres meses cada año. Como es natural, mientras el tributario estaba en este servicio, su mantenimiento corría por cuenta de la comunidad.

FIG. 89. — El encargado de unos depósitos imperiales da cuenta al Inca de las existencias guiándose por su *quipu*. Dibujo según Poma de Ayala.

Se apelaba a esta institución de la *mita* para efectuar todos los servicios y trabajos no muy especializados. Por ejemplo, extraer los minerales, que luego pasaban a ser de propiedad del Inca; construir los edificios públicos, los caminos y los puentes; tallar las piedras necesarias para las construciones; transportar las mercaderías; guardar los depósitos para evitar robos; atender el servicio personal del Inca y de los templos; servir en el ejército; hacer de *chasqui* o "correo del Inca", etc., etc. Y estaba tan enraizada en la conciencia de los gobernantes la necesidad de este servicio personal, que se dice que careciendo a veces de proyecto mejor, se había ordenado mudar de sitio un cerro, al sólo efecto de que los *mitayos* cumplieran con su acostumbrada obligación y no estuviesen ociosos [12].

Para saber cuál era la parte de la población que se encontraba en situación de *puric* o "adulto", y por lo tanto sujeto a todas

esas prestaciones y tributos, el conjunto de habitantes se dividía en 10 clases de edad, correspondientes a las usuales denominaciones de "lactante", "niño", "joven", muchacho", "anciano", etc. Y una vez establecido en un *ayllu* el número de los que figuraban en cada una de esas clases de edad, los respectivos funcionarios registraban todo cambio, y mantenían la situación siempre al día.

Como indio tributario, *puric* o "adulto", se consideraba a todo el que estaba entre los 25 y 50 años de edad y era apto para el trabajo. En razón de su edad debía estar casado y tener familia constituída. También el casamiento era aquí asunto de Estado. Anualmente, en cada aldea, el curaca procedía a reunir en la plaza a los jóvenes casaderos de ambos sexos en dos hileras. En la una se situaban los varones, en la otra las mujeres. Uno tras otro, cada joven procedía a elegir una muchacha y la colocaba detrás de sí. Si se presentaban dificultades, el curaca las allanaba. Y cuando todos estaban conformes, se procedía al ritualismo del casamiento, el que se efectuaba bajo los augurios del Emperador.

Inversamente con lo que sucedía entre las clases privilegiadas, ningún tributario podía casarse con más de una mujer.

Como se ve, la situación del indio tributario bajo el régimen incaico no ha de haber sido muy envidiable. Sobre todo porque, como acertadamente ha señalado Trimborn, a la pesada carga de los muchos trabajos se ha de haber agregado el sentimiento individual de verse reducido a un mero instrumento de un gran organismo central, sobre cuya voluntad estatal no podía influir, y a veces ni siquiera comprenderla [13].

5. *Las Clases Inmediatizadas*

No sería mejor, naturalmente, la suerte de las distintas clases sociales que hemos llamado inmediatizadas, por haber sido separados sus integrantes de su vínculo natural que es el *ayllu*, y p

sado a depender directamente del Inca. Pues, entonces su rango se confundía con el de una mercadería, de la que disponía a su antojo el Emperador. Sobre todo para obsequiar a aquellas personas que deseaba favorecer.

Especialmente mala era la situación de los *yanaconas*. Eran éstos una clase hereditaria de sirvientes que estaba muy próxima de la esclavitud [14]. Su origen se atribuye a *Topa Inca*, quien habría castigado la población de una provincia rebelde reduciéndola a servidumbre a perpetuidad [15]. En tiempos posteriores, la clase se componía de los descendientes de los primeros yanaconas y de los continuados aportes procedentes de fuente distinta. Se mencionan como tales: tributo en sirvientes impuestos a ciertas provincias por el Inca; castigos por determinados crímenes; prisioneros de guerra seleccionados que así salvaban la vida. Además, todo integrante de un ayllu podía ser, en principio y en cualquier momento, reducido al estado de yanacona por la sola voluntad del Inca.

Las tareas que estos yanaconas desempeñaban eran variadas, y por lo general las más bajas. Servían al Inca y a los grandes personajes en las tareas domésticas; cultivaban las tierras de sus amos; realizaban bajos menesteres en templos y conventos; acompañaban al ejército como cargadores. Como es natural, los yanaconas no pagaban tributo alguno, y ni siquiera se incluían en las estadísticas o en las clases de edad. Su trabajo tampoco tenía carácter social, ya que el producto del mismo pertenecía, particular y exclusivamente, al amo al que servían. De ahí que ciertos autores hayan supuesto que la clase estaba al margen de la sociedad incaica [16].

El único aspecto favorable que tenía la condición de *yanacona* era que, debido al contacto personal que a menudo se establecía con el amo, integrante siempre de la nobleza, podían por ese medio llegar a conquistarse un puesto de confianza y responsabilidad.

Si los trabajos más rudos y primarios se efectuaban por medio de la mita, las tareas finas y de especialización eran realizadas

por los artesanos. Formaban esta clase los metalurgos, los tapiceros, los contadores de quipus, los alfareros artísticos, los lapidarios, los orfebres. La clase se nutría con numerosos jóvenes seleccionados por funcionarios imperiales que a tal efecto recorrían las provincias. También éstos eran desligados de todo vínculo con su respectivo ayllu, y pasaban a depender directamente del Emperador. Su mantenimiento estaba a cargo de los almacenes imperiales, mientras que la totalidad del trabajo que realizaban era en provecho exclusivo del Inca. Claro que éste luego repartía entre sus súbditos todo lo que sobrepasaba sus propias necesidades.

También puede considerarse a las *acllacuna* o "mujeres escogidas" como clase social inmediatizada. Procedían de una selección que determinados funcionarios imperiales realizaban periódicamente entre la población. A tal efecto, visitaban las aldeas y elegían las niñas de 10 años de edad aproximadamente, que se distinguían por su perfección física. Las escogidas ingresaban en una especie de convento donde aprendían a hilar, tejer, cocinar, preparar chicha y atender otros menesteres caseros. Luego se procedía a una nueva selección de la que salían las *mamaconas*, mientras que las demás eran obsequiadas por el soberano a los nobles y guerreros distinguidos, quienes podían tener tantas mujeres como desearen. Una parte de las *mamaconas*, por su parte, se destinaba a servir al Sol y a los altares, y como hacían voto de eterna castidad, fueron llamadas "vírgenes del Sol". Mientras que la otra parte pasaba a servir al Emperador como concubinas.

6. *Justicia y Derecho Penal*

Para mantener este orden social y político fueron necesarias en un principio grandes medidas. De ahí que el derecho penal incaico fuera muy severo, tanto en su concepción como en su realización. Los delitos en general, y más de un hecho que nosotros difícilmente consideraríamos criminoso, eran rígidamente

penados. Débese ello ante todo a que toda violación de una ley era considerada como particular desobediencia al Emperador. Y dada la calidad de semi-dios que se atribuía al Inca, cada infracción equivalía a un sacrilegio.

El derecho incaico no era administrado por ningún juez especial. Sino que la potestad civil y la penal estaban en manos de los mismos funcionarios, los *curacas*, los *tocricoc*, los *apos*. Había, en cambio, inspectores encargados de vigilar a esos funcionarios y, llegado el caso, someterlos al juicio de una instancia superior. El Inca en persona conocía en ciertos crímenes y delitos contra el Estado, y especialmente los cometidos por los integrantes de la alta nobleza. Contra las sentencias no había apelación, y las penas se aplicaban inmediatamente de pronunciadas.

En términos generales, las penas eran distintas según se tratara de un indio común o de un integrante de la nobleza. Para el indio común no había cárceles; la justicia obraba rápida e inexorablemente. Pero si el inculpado pertenecía a la nobleza, entonces era llevado a una casa especial donde se le vigilaba mientras se investigaba su caso. Se quería a toda costa mantener en alto el prestigio de los nobles como clase. Lo cual implicaba que ciertas penas fueran menores cuando el delincuente pertenecía a una clase superior. Actuaba también la consideración de que siendo el sufrimiento algo subjetivo, determinadas penas que podían parecer de poca monta al hombre común, al ser aplicadas a los nobles cobraban gravedad. Tal, por ejemplo, la reprobación pública, de la que nos dice el P. Cobo que para un inca de sangre real era pena tan terrible como pudiera serlo la misma pena de muerte al indio vulgar [17]. En otros casos, en cambio, las penas eran mayores para los integrantes de la nobleza.

Para la generalidad de los indios toda comisión de delito representaba una infracción a uno de los cinco preceptos fundamentales siguientes: no ser mentiroso, no ser haragán, no ser ladrón, no ser asesino, no ser libertino [18]. Los crímenes de mayor gravedad eran aquellos que estaban dirigidos contra el Inca mismo, la religión o el Estado, como la traición, el robo

en los campos del Inca o del Sol, la quema de puentes, el asalto a un convento, la seducción de una escogida, etc.

La pena que merecían los que por primera vez eran declarados convictos de mentira o perjurio, era la de veinte azotes en público. Al reincidir se les aplicaba tormento. Y si se volvía a lo mismo, entonces cabía la pena capital.

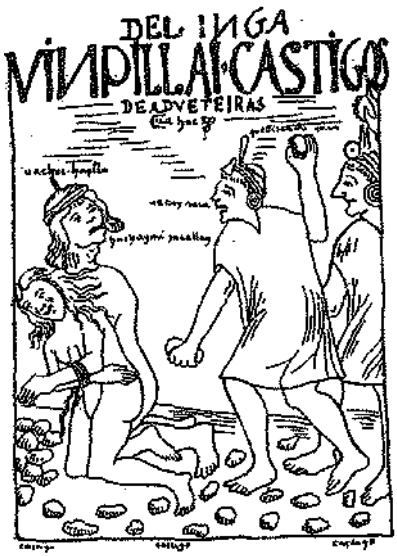


Fig. 90.—Justicia incaica. Ejecución de adúlteros por lapidación pública. Dibujo según Poma de Ayala.

La pereza, haraganería o vagancia se castigaban en la misma forma, sólo que el número de azotes era mayor. También el hurto o robo recibía en principio la misma pena, aunque ella variaba según las circunstancias. Por ejemplo, si el acusado había obrado bajo el imperio de la necesidad, quien recibía el castigo era el encargado de la manutención del reo, por haber hecho posible que se llegara a esa situación. Y si el robo se efectuaba en los campos del Inca o del Sol, se aplicaba la pena de muerte.

Todo atentado contra la vida de una persona tenía señalada la pena de muerte, excepción hecha de los casos de muerte en defensa propia o de mujer adúltera. También los delitos sexuales se castigaban por lo común con la pena capital. Muy grave se consideraba la muerte por envenenamiento o brujería.

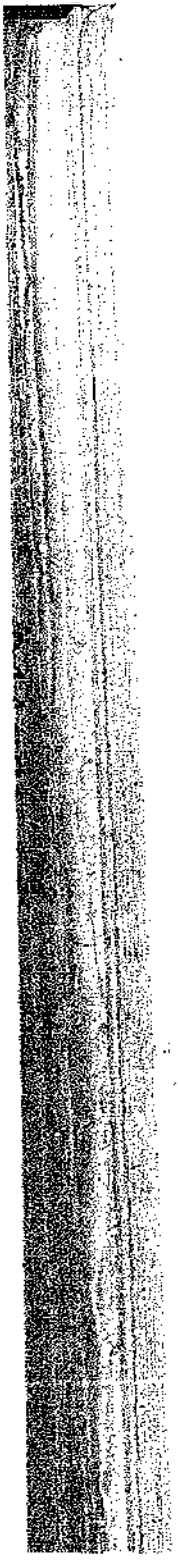
Había distintas clases de pena capital. A los convictos de los mayores delitos se les echaba en una prisión subterránea que estaba llena de fieras y animales ponzoñosos, la llamada *Samkahuasi*. El adulterio se castigaba con la lapidación (Fig. 90), y el estupro y la fornicación colgando a los reos del cabello. A los que habían matado por hechicería o envenenamiento se ejecutaba a golpes de macana. Había un lugar especial de suplicio llamado

Huinpillay. Otro tipo de muerte consistía en colgar al reo por los pies, y otro en ahogarle en el río. Este último era aplicable sobre todo a las mujeres.

Penas menos severas eran la pérdida del oficio, la reprobación pública, el exilio a las minas o a las plantaciones de coca, y las distintas clases de tormento.

Castigo especial para la nobleza era el *hihuaya*. Consistía en dejar caer sobre el lomo del reo una piedra desde una altura algo superior a un metro. Según nos dice Poma de Ayala, los que eran sometidos a esta pena, "algunos se morían, otros salían medio muertos. A estos últimos curaban, aunque quedaban tullidos..." [19].

Por otra parte, era principio general que toda reparación de cualquier perjuicio quedaba a cargo del que lo había causado.



IV. LA CULTURA MATERIAL

1. *Instalación y Vivienda*

La arquitectura incaica es una de las más perfeccionadas, técnicamente hablando, de la América indígena. Además, durante el período incaico, y especialmente en los cien años escasos que duró el Imperio, las actividades constructoras fueron extraordinariamente intensas. Sobre todo en lo que a obras públicas se refiere.

Como en el período anterior, la instalación humana conoció dos formas fundamentales: la aldea y la ciudad. Las primeras se ubicaban dentro de la misma *marca* del *ayllu*, y consistían en una serie de viviendas aisladas de una sola pieza, en la que moraba una sola familia. La planta de estas viviendas era generalmente rectangular, y el techo tenía forma empinada y a dos aguas. Los muros se construían con piedra bruta y barro, en tanto que el techo constaba de un esqueleto de palos recubierto de pasto *ichu*. Las puertas eran angostas, las ventanas muy poco frecuentes, y faltaba toda otra clase de ventilación. Es indudable que este tipo de habitación está muy enraizado en la más vieja cultura andina. En cambio, es rasgo específicamente incaico la presencia de hornacinas de forma trapezoidal en la cara interna de los muros (Láms. L y LI *a*).

Este mismo tipo de habitación es el que integraba también las estructuras mayores, aún aquellas de construcción más exquisita. Se ha dicho que la arquitectura incaica, al igual que

la lengua Quichua, se componía de unidades irreductibles que aun cuando pasasen a integrar estructuras mayores, nunca perdían por completo su individualidad [1]. De ahí que las grandes estructuras domiciliarias que se veían en las ciudades incaicas no fueran otra cosa que series de habitaciones yuxtapuestas del tipo señalado. En realidad, en otras altas culturas americanas sucedía lo propio. En el *Cuzco* mismo, las manzanas de la ciudad estaban rodeadas por un alto muro con una sola entrada, y adosadas al mismo se encontraban de cada lado las mencionadas habitaciones. Estos conjuntos de viviendas y espacios libres, donde hombres y bestias vivían conjuntamente, se llamaron desde antiguo *canchas*. Por otra parte, los palacios o casas de más esmerada construcción, se basaban en el mismo principio constructivo.

Las mismas construcciones se hacían también de adobes. En la Costa lo eran poco menos que todas, pero las había igualmente en la Sierra, e incluso en la región del *Cuzco*. Los cronistas las recuerdan hasta para la misma ciudad [2]. Y parece que en la parte baja de los valles, el empleo del tepe para la construcción de muros y cercas tampoco fuera desconocido [3].

El ajuar doméstico en estas viviendas no era numeroso ni muy variado. La mayoría de indios dormía en el suelo, sobre una manta que también servía de cobertor, y con todos los vestidos puestos; otros sobre una especie de baja plataforma de palos. Toda la familia descansaba en un mismo lecho. Servían de asiento la propia camiseta, una estera o una piel. No había sillas, ya que los llamados *duhos* [4] o especie de bajos asientos de madera tallados de una sola pieza, estaban reservados al Emperador y a los altos personajes que para usarlos obtenían una especial concesión del Inca. Los artefactos culinarios se reducían a morteros, ollas, platos y cántaros de factura y tamaño distintos, cuchillos semi-lunares de cobre o bronce, y cucharones de madera. Grandes recipientes hacían las veces de depósitos y bargueños, y clavos de piedra empotrados en las paredes, de ropero.

La disposición de las ciudades estaba de acuerdo con la topografía del lugar en el que estaban implantadas. Donde el espa-

cio lo permitía, los *Incas* introdujeron el plano urbano rectangular, como por ejemplo en *Ollantaytambo* [5]. Pero en aquellas que, como *Machu Picchu* y otras ciudades de la Cordillera Vilcabamba [6], se construían en lugares muy escabrosos, era necesario adaptarse a las posibilidades que ofrecía el terreno. De ahí que aun cuando esté siempre presente la idea de lo rectangular, se vean también estructuras de forma más o menos redondeada. Por lo demás, las viviendas circulares siguieron siendo comunes en varias partes del Imperio, como en el Collao.

Si bien las formas arquitectónicas ofrecen poca variación, el aparejo murario de las viviendas de la nobleza o de los edificios públicos se diferenciaba bastante del de las sencillas habitaciones que hemos mencionado. Estos edificios superiores estaban generalmente construidos total o parcialmente de piedra canteada. La técnica constructiva, siempre de gran perfección, muestra alguna diversidad en el detalle. Sobre todo el ensamble de las piedras es admirable. La variación reside en que no todos los elementos constructivos tienen siempre el mismo tamaño o forma, ni todas las hiladas ostentan la misma regularidad (lámina LII). Unas veces son bloques grandes, enormes, como en la famosa fortaleza de *Sacsahuamán*; la forma de estas grandes piedras es irregular. Un segundo tipo de cantería consta igualmente de piedras poligonales, pero de tamaño menor. Y en un tercero, es la regularidad en forma y tamaño de las piedras y en la disposición de las hiladas, lo que particularmente llama la atención. Sin embargo, no parece que estas diferencias impliquen secuencia alguna en lo que al tiempo se refiere, ya que el tipo de cantería ha de estar más bien determinado por la función que el muro debía desempeñar.

Característico de las construcciones incaicas de piedra canteada es que las junturas suelen estar algo rebajadas, de modo que las caras externas aparecen como almohadilladas. El recurso ha de responder a la intención de romper la monotonía de la superficie de los macizos muros. Peculiar es también la forma trapezoidal de puertas, ventanas y nichos. Y lo mismo cabe decir

de la presencia de protuberancias en los muros. Cuando éstos se encuentran en la parte superior suelen tener forma cilíndrica y servir para sujetar en ellas la armazón del techo.

La arquitectura incaica conoció el falso arco, pero sólo lo aplicó a las bóvedas pequeñas. De manera que el techo en mojinete que hemos visto dominar en la construcción de las simples viviendas, se usaba también en los edificios grandes.

En cuanto a las herramientas usadas por los canteros eran simples y pocas, y en su mayor parte de piedra.

2. *Vestido y Adornos*

Aunque más no fuera que por el clima, que en la región del *Cuzco* es bastante riguroso en invierno, los *Incas* se vestían completamente. Y de acuerdo con el producto predominante, la lana de camélido daba la casi única materia prima para ello. Se hilaba y tejía también el algodón, que venía de la costa, pero se usaba mucho menos.

Prenda de vestir principal y general de los hombres era la que los españoles llamaron "camiseta" y en quichua se conoce por *uncu*. Es una especie de túnica sin mangas que llegaba hasta las rodillas. Su uso era general desde los tiempos preincaicos en toda el Área Andina. Se fabrica cosiendo lateralmente dos trozos de tela del mismo largor, a guisa de saco, y dejando en la parte superior una abertura central para la cabeza y dos laterales para los brazos. Una franja triangular invertida decora comúnmente el cuello por delante, y otras horizontales hacen lo mismo en la cintura y en el borde inferior. La decoración de las camisetas ceremoniales solía ser más completa.

Por debajo de la camiseta, y a manera de prenda íntima, los varones vestían un taparrabo. Era un trozo de tela de unos quince centímetros de ancho y de largor suficiente para que pasando entre los muslos quedara sujeto, adelante y atrás, a una especie de cinturón y colgara por sus extremos. Esta prenda de vestir

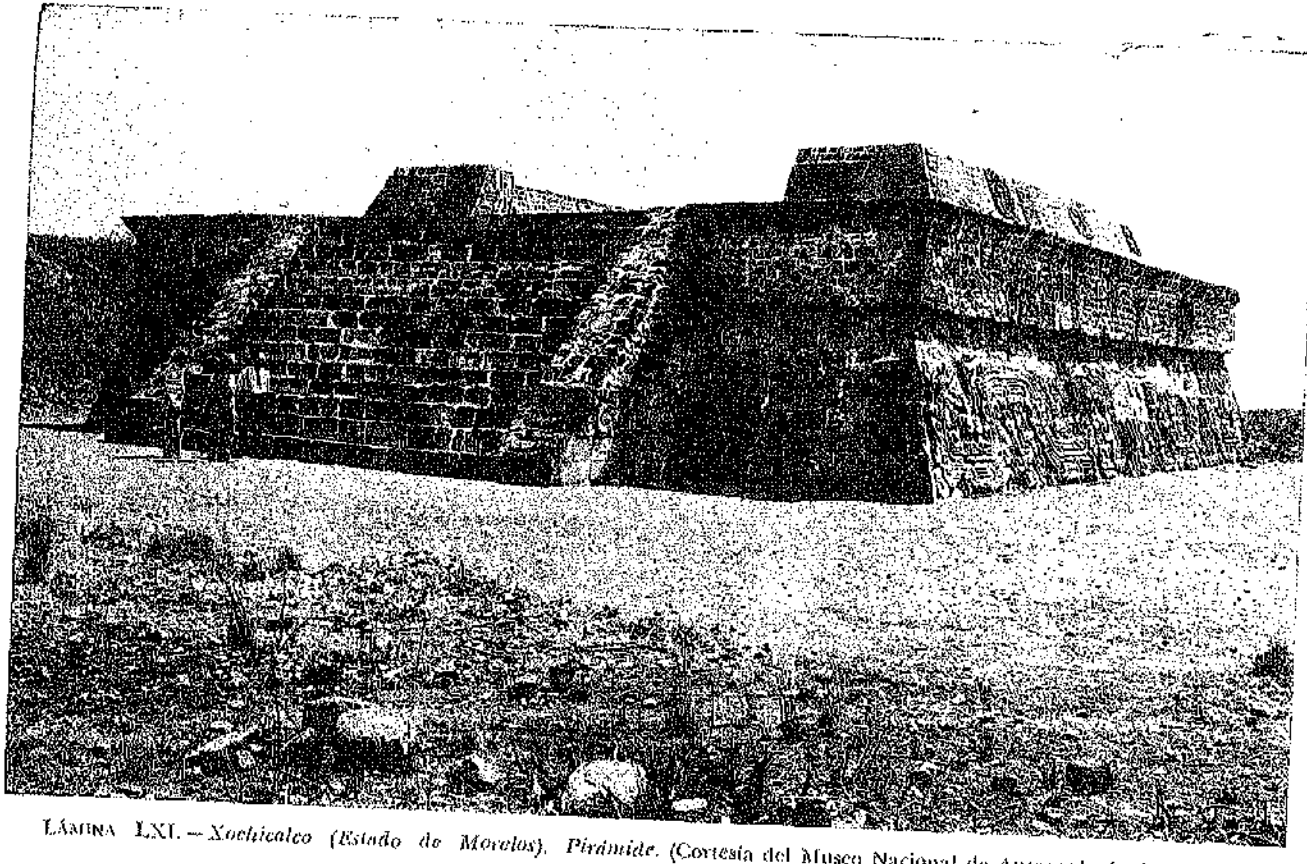


LÁMINA LXI. — *Xochicalco (Estado de Morelos). Pirámide.* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

LÁMINA LXII. — *Piedra del Sol ó Calendario Azteca. México.* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

que es una de las más antiguas que se conocen, tenía entre los *Incas* un valor especial y simbólico, ya que su imposición era el acto central del rito de madurez a que sometían a los muchachos al llegar a la época de su pubertad.

En los casos de necesidad o fiesta los hombres solían arroparse en una larga capa rectangular de unos 150 por 190 cms. Las dos puntas superiores se ataban sobre el pecho o sobre un hombro de manera de dejar un brazo libre.

El tocado era distinto según fuera la región. La forma más general consistía en una vincha tejida o trenzada que se llamaba *llauto*, y en la que llevaban el distintivo de su origen o función. A veces era una honda que dando varias vueltas alrededor de la cabeza servía de tocado y de ocasional arma a la vez. Distintivo especial de los *Aymaras* era su antiguo gorro de punto.

Ojotas en los pies, y una pequeña bolsa rectangular que se llevaba colgando debajo de una axila, completaban el atuendo masculino.

El vestido de las mujeres era aún más completo que el de los hombres. Consistía en un trozo largo de tela rectangular en la que se envolvían y que les cubría todo el cuerpo desde los sobacos hasta los tobillos. La prenda se sujetaba por encima de los hombros, en tanto que una amplia y vistosa faja llamada *chumbi*, la mantenía ceñida a la cintura. Para la parte superior del cuerpo agregaban una manta *(lliclla)* de corte parecido al de la capa de los hombres. Sólo que en lugar de atarse, se prendían ambos extremos sobre el pecho con un gran alfiler de metal llamado *tupu*. Éste representaba a un tiempo el más característico adorno femenino. La faja estaba generalmente decorada, y en el atuendo ceremonial lo estaban también las otras prendas.

Las mujeres llevaban el cabello largo y partido por el medio. Una pequeña cinta atada a la cabeza mantenía en orden la distribución. A veces agregaban un trozo de tela fina en varias dobladuras que, recubriendo la parte superior de la cabeza, colgaba por detrás hasta la altura del hombro *(uncha)*. En los pies usaban ojotas (Fig. 91).

La costumbre de las deformaciones cefálicas estaba bastante extendida. Mas, no en todas partes se usaba el mismo tipo de deformación. Los *Cavanas* de hacia la parte de *Arequipa*, por ejemplo, practicaban el tipo de cabeza aplanada en sentido ántero-posterior, que es el que hoy llamamos tabular oblicua; mientras que los *Aymaras* preferían el de la cabeza alargada hacia arriba y atrás, o deformación circunferencial [7]. Fray Martín de Morúa, que nos transmite estas noticias, agrega ingenuamente que lo último se hacía a fin de que pudieran calzar mejor el bonete de punto o *chou* que usan los *Aymaras* [8].

FIG. 91. — La Coya paseando. En el dibujo de Poma de Ayala se puede apreciar el carácter de los vestidos femenino y masculino.

También los adornos se diferenciaban de acuerdo al sexo y la casta. Las largas orejeras cilíndricas de oro, madera o de otro material, eran privativas de la nobleza. Algunos grupos provinciales se adornaban también con orejeras, pero eran de otro tipo. A los muchachos de los "orejones" se les horadaba el lóbulo de la oreja durante el mismo rito del *huara-chicoy* en que se les imponía el taparrabo. Muy generales eran los brazaletes, collares y pectorales. Fuera del *tupu*, cuya amplia y chata cabeza era a veces convertida en verdadera obra de arte, las mujeres sólo usaban los collares para engalanarse.

3. *Las Artes Industriales*

Las principales artes industriales de la época incaica son la textilería, la metalurgia y la alfarería. Artes menores eran la talla de la piedra y de la madera. Todas ellas resumen en sí las correspondientes artesanías de las épocas anteriores.

En la Sierra se hilaba y tejía principalmente la lana, y en la Costa el algodón. El arte textil se practicaba en su mayor parte en el plano doméstico, y era trabajo de las mujeres. Éstas hilaban como pasatiempo, cuando no tenían otra tarea más ardua que cumplir, usando para ello los husos de mano. Con el producto de su trabajo debían ellas subvenir a las necesidades de la familia en lo que a *ahuasca* o tejido común se refería. La materia prima necesaria procedía de la parte de agro que la familia tenía reservada, o la proporcionaba el Estado. Sólo el tejido fino, y especialmente la tapicería *(cumpi)*, era realizado por los artesanos masculinos especializados. Las llamadas "Vírgenes del Sol", a su vez, hilaban y tejían la lana de vicuña con la que luego fabricaban la vestimenta del Inca.

FIG. 92. — Tejedora incaica. Dibujo según Poma de Ayala.

El tejido se efectuaba sobre dos tipos de telares. El primero de ellos, vertical, parece ser muy antiguo. Consiste en dos postes hincados en el suelo sobre los que descansa un travesaño arriba y otro abajo. Los hilos de la urdimbre van fijos a los últimos, y la operadora trabaja de pie o arrodillada. El otro tipo, horizontal, está todavía en uso en muchas partes de la América Nu-

clear. Consta de dos palos paralelos aislados a cierta distancia, y a los que está arrollada la urdimbre. El superior se fija a un árbol o poste, mientras que el inferior se sujeta a la operadora misma mediante un cinturón que le pasa por la región renal. De esta manera, la mujer sentada en el suelo, dirige con su propio cuerpo la tensión del aparejo (Fig. 92).

La mano de obra de las minas se suplía con el trabajo for-

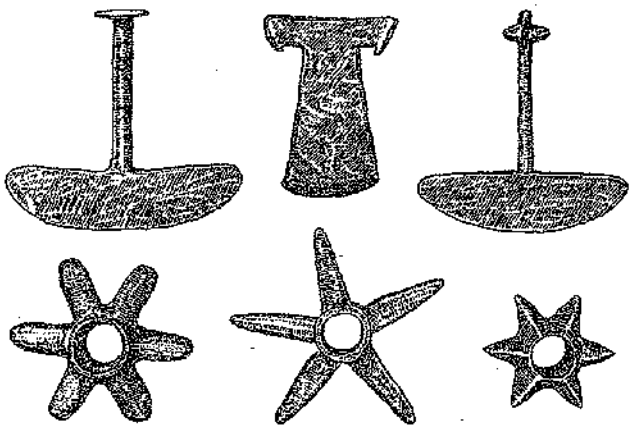


FIG. 93.—Tumis (cuchillos), hacha y rompecabezas estrelladas de época incaica. Según Schmidt.

zado de los condenados y con la *mita*. Posiblemente también el trabajo de purificación del mineral. Para ello se servían de grandes tiestos de barro con muchos agujeros, en los que se ponía carbón abajo y el mineral arriba. Estos fundidores, a los que llamaban *huairas*, eran colocados sobre las eminencias de los cerros a fin de utilizar el viento como fuelle [9]. En cambio, el trabajo fino de la metalurgia y orfebrería estaba igualmente a cargo de los artesanos especializados. Éstos conocían las distintas técnicas del martilleo, fundición, soldadura, vaciado, dorado, etc.[10]. Se trabajaba el oro, la plata, el cobre y el bronce. Los metales preciosos se consideraban de propiedad exclusiva del Inca, y a efectos de impedir que los mismos no fueran a parar a otras manos, en la entrada a las minas había guardianes. Las clases laboriosas sólo podían usar el cobre y el bronce, de cuyo metal estaban

hechos muchos artefactos utilitarios: rompecabezas para la guerra, cinceles para el trabajo de las piedras y madera, hachas de varias clases, puntas de *taclla* o arado de mano, *tumis* o cuchillos semicirculares, agujas para coser, pinzas depilatorias, pectorales, etc. (Fig. 93).

La cerámica ceremonial, cuya confección estaba igualmente a cargo de artesanos, se distinguía por su buena calidad. Con sus

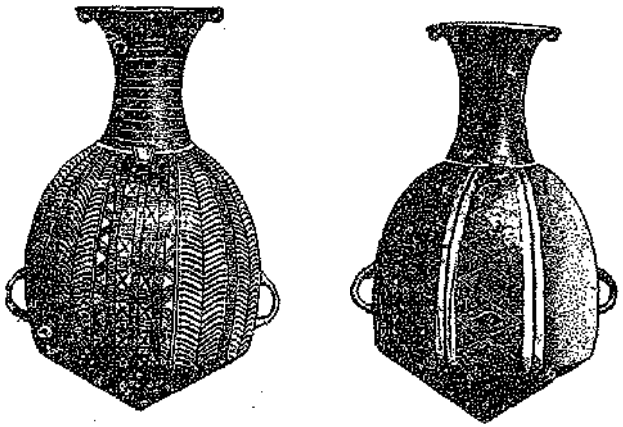


FIG. 94. — Aríbalos incaicos. Según Schmidt.

superficies bien pulidas, está pintada en varios colores, preciptuamente negro, blanco, amarillo, rojo y anaranjado. Su decoración es generalmente geométrica, abundando los círculos y puntos, el ajedrezado, los rombos, etc. Comunes son también las estilizaciones de mariposas, abejas y distintos elementos florales.

Una de las formas más características es sin duda el aríbalo (Fig.94). El fondo de esta vasija es cónico y puntiagudo, y el vientre globuloso; en su tercio inferior lleva dos asas verticales. El cuello es alargado, aunque proporcionadamente, y los labios están plegados rectamente hacia afuera. En la parte superior del vientre hay siempre una pequeña cabeza modelada de animal. Se trata de un tipo de vasija que servía para el transporte y almacenamiento de líquidos [11].

Otras formas características son: platos playos con un asa

en forma de cabeza de pájaro, que generalmente llevan decoración pintada por dentro; pucos bajos, de paredes rectas y dos asas horizontales; ollas con pedestal, tapa y un asa grande colocada oblicuamente; cantaritos de varios tipos con una o dos asas, etcétera.

La talla en madera, por su parte, producía los famosos *queros*, frecuentemente decorados con incrustaciones de plomo o laca; los asientos o *duhos* para la nobleza, y las cucharas de uso más vulgar y general. En tanto que los tallistas de piedra fabricaban rompecabezas y hachas de la misma forma que los de metal, figurillas humanas, platos ceremoniales, mazas para destripar terrones, etc.

4. *Transporte y Comunicaciones*

El único animal de transporte que conocieron los *Incas* es la *llama*, el simpático camélido americano cuya lana y carne se utilizaban también. Mas, no es mucho lo que individualmente puede cargar este animal. Además se cansa pronto. De ahí que para poder transportar una regular cantidad de mercaderías, los indios tuvieran que recurrir a recuas numerosas.

La llama no sirve para montar. Ella no podía, por tanto, usarse para dar prestigio y distinción a los altos personajes, a los "caballeros". Pero había andas y literas que cumplían esa misma función.

El uso de la litera incaica estaba reservado al Inca y a la más alta nobleza. El aparejo era simple: dos varas largas y paralelas que en medio sostenían una especie de caja con un asiento para el pasajero. A veces los asientos eran dos, y entonces estaban uno frente al otro. Las literas más lujosas, y especialmente las que usaba el Inca, estaban dotadas de un techito para mitigar los rigores del sol o de la lluvia. Los portadores eran cuatro, que se turnaban a menudo con otros. El Emperador disponía de un cuerpo de portadores especializados que generalmente

procedían de la provincia de los *Rucanas*. Y cuando salía de viaje, llevaba muchos de ellos para que se fueran turnando frecuentemente y el viaje no sufriera demoras por cansancio de los portadores (Fig. 87).

Unas andas menores, a las que algún cronista alude sin dar mayores detalles, habrían tenido la forma de una parrilla. Las hamacas también se usaron para el transporte de ciertas personas.

Como pueblo del interior, los *Incas* no se ocuparon grandemente de la navegación. En el lago de Titicaca, empero, y lo mismo en la Costa, las famosas balsas de totora estuvieron de todo tiempo en auge, y siguen estándolo hasta el mismo día de hoy. Pero tanto en una como en otra parte, este tipo de embarcación sólo sirve para la pesca.

Había, en cambio, otro tipo de embarcación que específicamente se destinaba al transporte de personas y carga. Pero su difusión parece haberse conservado sólo en el litoral del actual Ecuador. Nos referimos a las balsas de maderos que se construían atando cinco o siete largos troncos de madera de balsa, que es muy liviana, a una serie de travesaños del mismo material. El largo de los troncos y su posición respectiva era tal, que la proa formaba punta y la popa quedaba recta. Una plataforma, que se construía sobre el andamiaje, tendía a impedir que los pasajeros o la carga se mojaran. Es en este tipo de balsa, que solían munirse de velas, que *Topa Inca* realizó su expedición a las islas Galápagos.

Para las comunicaciones terrestres entre las distintas partes del Imperio, los *Incas* disponían de sus afamados caminos. En gran parte eran éstos verdaderas obras de ingeniería, ya que su construcción trataba de salvar todos los obstáculos, tanto los arenales de la costa como los bañados y montañas del interior, adaptándose siempre a la naturaleza del terreno. Por ejemplo, en partes desérticas su trazado era una simple faja de terreno limpio y recto, enmarcado por dos series de postes. En los valles irrigados corría entre paredones, estando a veces dotado de una acequia lateral y hasta de árboles de sombra. En las laderas de las

montañas tomaba el aspecto de cornisa. Y en los pantanos y bañados se elevaba sobre terraplenes.

Cuatro de estas largas rutas salían del Cuzco, una hacia el norte, otra hacia el sur, una tercera hacia el este, y la última hacia el oeste. Cada una de ellas llevaba el nombre de la región o parte a la que conducía. Pero el camino del *Chinchaysuyu* o

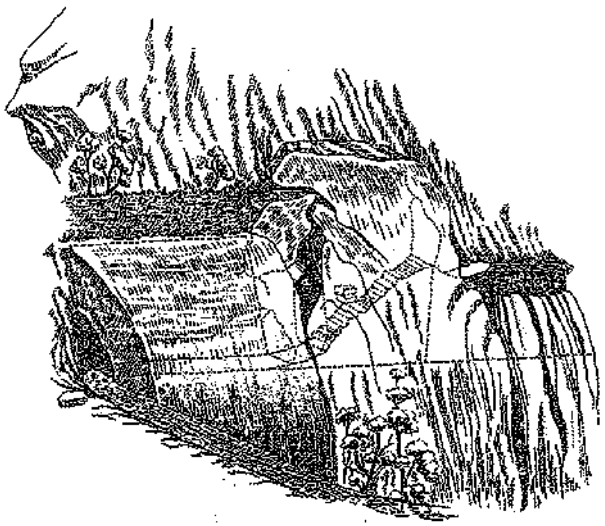


Fig. 95. — Camino incaico atravesando una peña. Según Fejos.

del norte, y el del *Collasuyu* o del sur, se bifurcaban pronto, de manera que en realidad eran seis los principales caminos. De éstos, dos discurrían por la Costa y cuatro por la Sierra. Había, además, numerosos caminos transversales. De manera que no hay exageración alguna al decir que la red de caminos incaicos era la más extensa y mejor del mundo, al menos en su época (Fig. 95).

Sobre esos "caminos del Inca" funcionaba un verdadero servicio de correos. Sólo que el mismo era también privativo del Emperador y del Estado. Lo mantenían los *chasquis*, personas acostumbradas al andar y correr. Aproximadamente cada media legua había un puesto donde dos corredores prestaban guardia

continuada. Apenas se divisaba a lo lejos la venida de algún correo, que uno de ellos salía corriendo en su busca. Una vez alcanzado daba media vuelta y, siempre corriendo al lado del que venía, recibía el mensaje, que generalmente era verbal. Llegados al puesto, el recién venido se quedaba a descansar, en tanto que el otro seguía corriendo hasta el puesto próximo donde sucedía lo mismo que en el anterior. De esta manera los mensajes imperiales eran transmitidos con toda celeridad, y se dice que el Inca hasta recibía pescado fresco desde la Costa por medio de este servicio.

Los ríos no interrumpían el tránsito sobre los caminos. Pues allí donde era necesario había puentes o pasarelas. El más sencillo constaba de sólo algunos palos largos y de un sistema de ramas o lajas puestas a través; servía para pasar ríos angostos y profundos que no se podían vadear. Para los cursos de agua más anchos, pero de poco tránsito, se usaban las *oroyas*, especie de cesta que funcionaba a manera de andarivel. La persona o la cosa se acomodaba dentro del cesto, al que hacían luego correr a lo largo de un cable sujeto a pilastres colocados en una y otra orilla.

Los mejores puentes eran los de suspensión. Sendas torrecillas de mampostería, construídas sobre ambas orillas, sostenían un sistema de gruesos cables en tensión. Tres de éstos, sobre los que descansaban numerosos travesaños, formaban el piso del puente, mientras que otros dos servían de pasamano. Estos puentes, por lo que transitaban tanto personas como animales, solían tener guardias a fin de impedir que los mismos fueran dañados. Y si esto llegaba a ocurrir, debían ser inmediatamente reparados.

5. *Armas y Guerra*

En la época incaica, las guerras dejaron definitivamente de ser lo que hasta entonces por lo general habían sido: luchas desorganizadas de un grupo contra otro grupo, a veces por funda-

mentales razones de supervivencia. Pues, entonces las guerras pasaron a tener un claro sentido de lucha organizada y un franco carácter imperialista.

Según un cronista español, los *Incas* justificaban sus guerras de conquista por la necesidad que sentían de extender por todas partes su propia civilización, especialmente su manera de adorar al Creador, a los dioses celestiales y a las huacas terrestres, la que en su criterio era la más elevada del mundo [12]. Y de ser ello cierto nada tendría de particular, ya que los *Incas* habrían obrado como suelen obrar todos los grandes conquistadores.

FIG. 96. — Guerreros incaicos luchando contra indios de Chile. Dibujo según Poma de Ayala.

Los cuadros del ejército incaico se nutrían por el sistema de la mita, vale decir, que los soldados eran todos indios tributarios. Vestían la clásica camiseta andina y el taparrabos, y como distintivo especial se tocaban con una especie de yelmo o morrión de madera, adornado con plumas. Llevaban, además, pectorales, y adornos en los tobillos y debajo de las rodillas (Fig. 96). La oficialidad, en cambio, estaba exclusivamente compuesta por nobles.

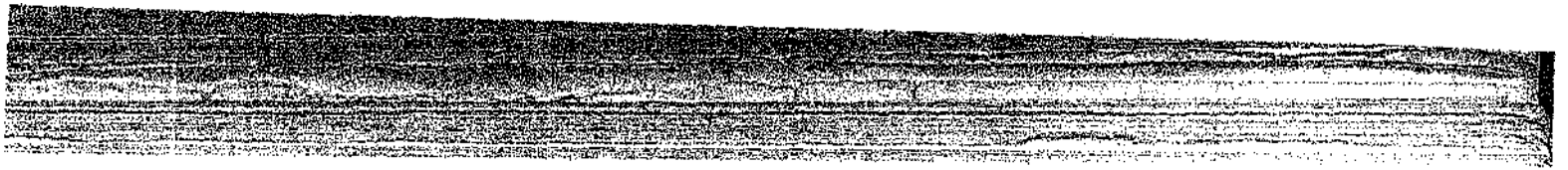
Como armas defensivas, los soldados llevaban un relleno de algodón o se envolvían el pecho con largas tiras de tela. Escudos circulares o cuadrados servían al mismo fin. Mientras que las armas ofensivas consistían en hondas y boleadoras para el combate a distancia. Para el mismo tipo de combate, los grupos procedentes del *Antisuyu* usaban el arco y flecha, y los de la Costa el dardo y propulsor. En tanto que para la lucha cuerpo a cuerpo,

las armas preferidas eran el rompecabezas estrellado, que podía ser de piedra o de metal; la lanza con punta de cobre o bronce; las hachas de combate, generalmente de forma de T para facilitar su enmangamiento; y la macana de doble filo.

Los *Incas* conocieron también, y utilizaron en gran escala, las obras defensivas, derivadas de los antiguos *pucaras*. Especialmente sobre la frontera oriental había un verdadero cíngulo de fortificaciones que defendían el acceso al corazón del Imperio. La más importante de todas era la de *Sacsahuamán*, que defendía al *Cuzco* mismo. Es esto una construcción grandiosa, constituída por tres gruesas murallas levantadas con piedras de dimensiones enormes que sostienen terrazas y parapetos. Dentro del recinto había tres torreones, dos cuadrados y uno redondo, además de numerosos cuarteles, depósitos y templos. Todavía hoy, después del desmantelamiento realizado por los españoles del tiempo de la Conquista, se considera como una de las más fuertes obras de defensa del mundo entero (Láms. LIV y LV).

Los prisioneros que se tomaban en las guerras eran llevados al *Cuzco*, para que el Emperador celebrara con ellos su victoria pasando por encima de sus cuerpos. Algunos de ellos eran sacrificados en acción de gracias, y otros reducidos a yanaconas. Pero la mayor parte eran nuevamente enviados a sus respectivas provincias.

El ejército incaico gustaba de la música bélica, especialmente de aquella procedente de instrumentos hechos con los despojos de enemigos muertos. Con los huesos largos se hacían quenas, y con la piel se forraban tambores.



V. LA CULTURA ESPIRITUAL

1. *Los Poderes Sobrenaturales*

Más que en el misticismo y en la espiritualidad, la religión incaica ponía su acento en el ritualismo y en la organización del culto. En realidad, el Área Andina ha sido siempre muy afecta al ceremonial, y sus intereses religiosos han estado generalmente en el terreno de lo práctico.

Illa-Ticsi Huiracocha Pachayachachic "Esplendor Originaria, Señor, Maestro del Mundo" o, simplemente, *Huiracocha*, como lo llamaron, abreviando su nombre, era la divinidad principal en el Imperio de los Incas. Era tenido por un Ser sin principio ni fin, que había creado a los otros dioses, al Hombre y a los animales y plantas, y que regía al mundo, su creación personal, un poco como el Inca gobernaba al Imperio. Generalmente se admite que esta divinidad era el dios propio de Tiahuanaco, y que la figura central de la Puerta del Sol era una representación suya. Los *Incas* no habrían hecho otra cosa que permanecer fieles a la antigua creencia, y conceder a su figura el primer puesto en su panteón. Por otra parte, esa misma divinidad era invocada en la Costa bajo el nombre de *Pachacamac*, y allí tenía su famoso templo del mismo nombre.

Es posible, y hasta muy probable, que este dios-creador fuera también la divinidad principal de Tiahuanaco. Mas, no por ello hemos de creer que el concepto de divinidad creadora haya surgido durante la época en que esa notable cultura dominaba en el

Área Andina. Pues, se trata, evidentemente, de una concepción mucho más antigua. Como que los pueblos más primitivos, y entre ellos hemos de contar a los de la Sierra peruana anteriores al advenimiento de la Civilización, ya reverenciaban la figura de un Alto Dios a la que habían dotado de atributos muy semejantes a los que los posteriores *Incas* reconocían a *Huiracocha*. Para ver esto bastará con que se recuerde que *Huiracocha*, al igual que el Alto Dios de los primitivos, era eterno, que había creado todas las cosas, moraba en el cielo, carecía de nombre propio (pues aquellos con que era invocado son sólo títulos derivados de sus atributos), y que en una época anterior había vivido en la Tierra para enseñar a los hombres.

Pese a ser *Huiracocha* la divinidad principal, él mismo no tomaba gran parte en los negocios de este mundo. Existía la creencia de que una vez retirado al cielo por la ingratitud de los hombres, había dejado a sus asistentes, o sea, a los demás dioses, el cuidado inmediato de todo lo creado. Y que sólo intervenía personalmente en los casos de grave crisis. De ahí que los demás dioses, cuyo papel era más activo, estuvieran más cerca del común de los hombres, que no la figura más intelectual y abstracta de *Huiracocha*.

El templo de *Quisuarcancha* albergaba una imagen de *Huiracocha* que, según Fray Martín de Morúa, había mandado hacer *Pachacuti*. Era de oro, tenía forma humana y era del tamaño de un niño de 10 años. Estaba de pie, el brazo derecho en alto, la mano cerrada, menos los dedos pulgar e índice que estaban en alto también, como persona en actitud de mandar [1].

El Sol, llamado *Inti*, era el primero de los dioses activos creados por *Huiracocha*. Era masculino, y la Luna, divinidad femenina conocida por *Quilla*, era su mujer. Se le consideraba ancestro de la dinastía incaica, y en esto fincaba otra razón de la gran importancia que se concedía al Sol en el Imperio. Se le representaba en forma de disco de oro con rayos.

El Trueno, en quichua *Illapa*, seguía en importancia al Sol y la Luna, como que era él quien gobernaba la lluvia. Ésta

procedía de la Vía Láctea, considerado río sideral, cuyas compuertas abría *Illapa* cuando quería. Se le representaba como hombre ataviado con reluciente vestido, que en una mano llevaba una porra y en la otra una honda. El relámpago era el fulgor que despedía su vestido al moverse; el trueno, la descarga de su honda; la piedra de rayo, el proyectil.

Diversas estrellas y constelaciones, como las Pléyades, eran también tenidas por divinidades. Y lo mismo sucedía con la Tierra, conocida por *Pachamama*, y con el mar, llamado *Mamacocha*. Como es lógico presumir, el primero de estos dioses femeninos tenía más adeptos entre los indios de la Sierra, y el segundo entre los de la Costa.

Fuera de estos dioses, asistentes y representantes directos de *Huiracocha*, los *Incas* adoraban infinidad de poderes sobrenaturales que se identificaban con determinados objetos y lugares. Son las *huacas*, que se encuentran esparcidas por todo el territorio incaico, y cuyo valor, como manifestaciones particulares del Hacedor, es sólo local. En principio pueden ser huacas tanto un cerro como una piedra de forma particular, una sepultura o el lugar de una batalla. En la región del *Cuzco* las huacas eran numerosísimas, y una de las principales la de *Huanacauri*: piedra natural en forma de huso que se creía representaba uno de los Ayares venidos de *Pacaritambo*.

Un tipo especial de huacas son las *apachetas*, montones de piedras sueltas que se encuentran en los pasos montañosos y a la vera de caminos difíciles. Al pasar, los indios se detienen para agregar una nueva piedra al montón o dejar alguna pequeña ofrenda. Estas apachetas están difundidas a lo largo de toda el Área Andina.

Finalmente, los *Incas* dispusieron de un cuerpo de creencias cosmogónicas según las cuales el mundo había sido creado cuatro veces y subsiguientemente vuelto a destruir por la voluntad divina.

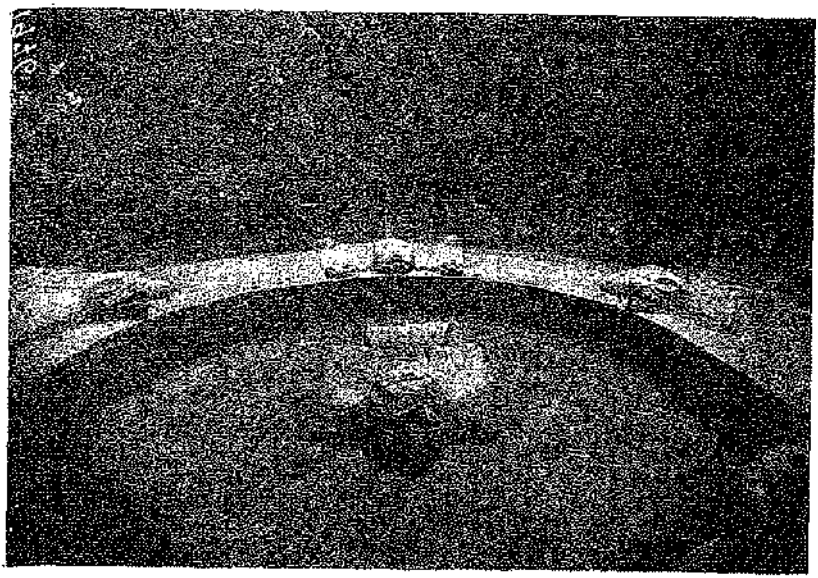
2. *Culto y Ritual*

El culto regular y, sobre todo, el oficial, se practicaba en los templos. El templo más sagrado y el que constituía el centro de todos los demás, era el *Coricancha* o "recinto de oro" que los españoles llamaron Templo del Sol, pese a que la divinidad solar no era la única que allí se adoraba, ni el mismo estaba constituído por un solo edificio.

Sino que de acuerdo con lo que era usual entre los *Incas*, y lo que indica su mismo nombre de *cancha*, era un conjunto de construcciones de un solo ambiente rodeado por un alto muro y con entrada singular. Es cierto que de estas construcciones, la principal estaba dedicada al Sol [2].

Esta "Casa del Sol" ocupaba uno de los lados —el norte— de un rectángulo formado por varios edificios y parte del muro exterior. Desgraciadamente, nada queda de la misma, ya que el lugar en que estaba lo ocupan hoy la iglesia y monasterio de Santo Domingo. Pero sabemos por los cronistas que su construcción era de sillería de la mejor calidad, y que ciertas partes de su frente estaban revestidas con láminas de oro. El techo en cambio, al igual que el de todos los edificios incaicos, era de madera y paja. El templo albergaba la imagen del Sol, una especie de mapa celeste y las momias de los once Emperadores.

Por el lado este del rectángulo, y adosadas al muro exterior, había otra dos construcciones que tanto Garcilaso como el P. Cobo califican de "capillas", que habrían estado dedicadas a otras deidades principales. Todavía quedan algunos restos de muros, incorporados a los del actual convento de Santo Domingo. Lo mismo sucedía por el otro costado, el del oeste: también aquí había otras dos "capillas", cuyos restos son perfectamente visibles, y que eran de mejores proporciones que las del otro lado. Luego, en el costado sur, estaba una sexta construcción, de la que no han quedado restos, y que ha de haber servido de residencia a los sacerdotes. Finalmente, un séptimo edificio, probablemente ocu-



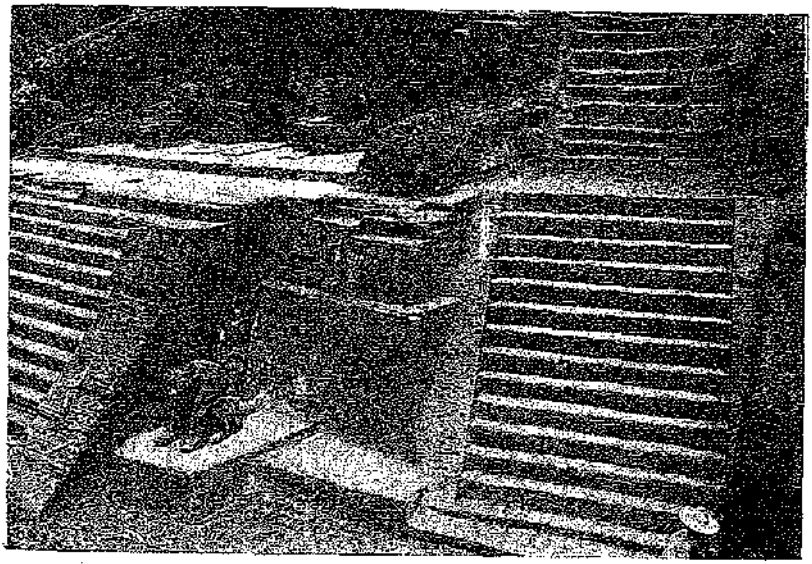


LÁMINA LXIII. — *El templo monolítico de* Malinalco *(México).*
a) *Recinto interior.*
b) *Escalinatas de acceso.*

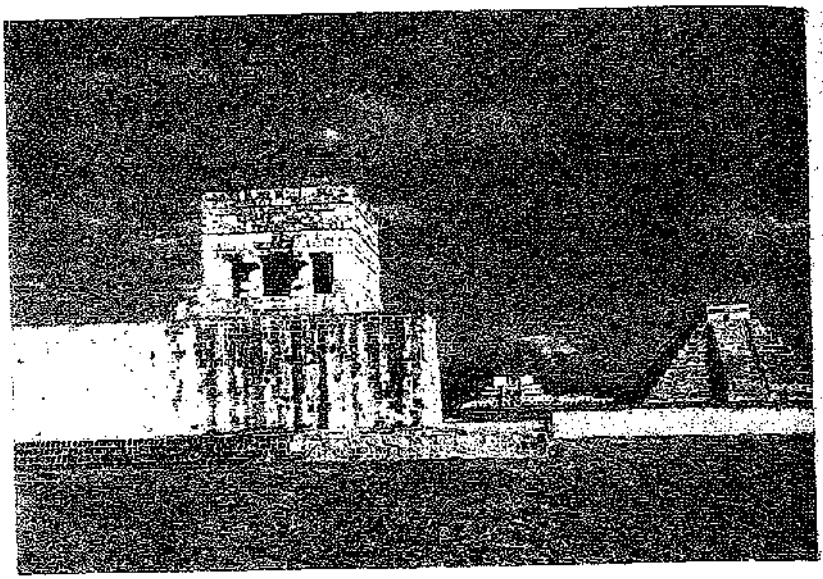


LÁMINA LXIV.—*Las ciudades del Nuevo Imperio.*

a) *Vista parcial de* Chichén Itzá, *con el Castillo (derecha) y Templo de los Tigres (izquierda).*

b) Uxmal. *Cuadrángulo de las Monjas.*

pado por las mamacoñas, se encontraba también al norte, pero ya fuera del estricto rectángulo [3].

Cuando el indio se dirigía a alguno de los dioses o al Emperador, se ponía en la actitud reverente que los españoles llamaron *mochar*. Consistía ésta en colocarse de frente a la divinidad, doblar hacia adelante la parte superior del cuerpo, extender paralelamente los brazos con las manos abiertas, hacer cierto ruido con los labios, y luego besarse la punta de los dedos.

FIG. 97. — El Inca presidiendo un rito religioso. Dibujo según Poma de Ayala.

Parte principal del culto lo constituían los sacrificios. El de más valor era el sacrificio humano. Pero sólo se efectuaba en las ocasiones más solemnes o cuando se quería conjurar grave peligro. Por ejemplo, al salir el Inca a la guerra o al enfermar. Las víctimas eran niños de unos 10 años de edad, físicamente perfectos y sin tacha. A veces, como en los casos de victoria guerrera, se sacrificaban también algunos adultos en acción de gracias. Más general y cotidianos eran los sacrificios de llamas y cuises. El ceremonial fijaba cuántos animales debían sacrificarse en cada ocasión y las condiciones que éstos debían reunir. Y cuando algo no estaba prefijado, se averiguaba por medio de la adivinación. Por lo general, las llamas de color oscuro se destinaban a *Huiracocha*, las blancas al Sol, y las de varios colores a *Illapa*. Se sacrificaban igualmente grandes cantidades de alimentos, chicha, tejidos y objetos preciosos. Los líquidos se vertían al suelo o en un recipiente de piedra enchapado en oro que a tal efecto había; los objetos preciosos se echaban al agua; la coca se enterraba, y el resto se quemaba. En los sacrificios, el fuego debía ser tomado

de un brasero que estaba cerca de la Casa del Sol y en el que siempre había leña ardiendo.

Los sacrificios ordinarios se efectuaban a fecha fija. Todas las mañanas, al aparecer el Sol, se le saludaba con toda alegría y con un sacrificio de comida especialmente preparada para ello. Algo más tarde se sacrificaba una llama y algunos cestos de coca. Las grandes ceremonias y los festivales estaban en gran parte en relación con el calendario. De éstos, el llamado *Cápac raymi*, que tenía lugar por el solsticio de diciembre, era el más importante (Fig. 97).

Los Incas conocían y practicaban el rezo. A veces rezaban en voz baja, y otras lo hacían en voz alta. Conocemos el texto de una serie de rezos, plegarias e himnos dedicados a *Huiracocha*, cuyo origen se atribuye a *Pachacuti*, y que nos han transmitido los cronistas españoles. Una de las oraciones dice así:

"¡Oh! Antiguo Señor, Remoto Señor, Excelentísimo Señor, que creastes el mundo diciendo: '¡Que sea el hombre, que sea la mujer!' Hacedor, que hicistes y establecistes todo lo humano, ¡concédeme que pueda yo vivir en paz y salvación!

¿Dónde estás? ¿Adentro? ¿Afuera? ¿En las nubes? ¿En las sombras? Óyeme, respóndeme y consiénteme. Dame para siempre la vida, tómame en tus brazos, condúceme de la mano. ¡Y donde quiera que estés, recibe esta ofrenda, oh Señor!" [4]

Tenían también su concepto del pecado. El asesinato, el robo, la desatención durante el culto y la desobediencia al Emperador eran los mayores. Estupro y fornicación eran igualmente pecado, pero solamente porque el Inca tenía prohibido esas acciones. Y cuando el indio estaba en pecado se hallaba en continuo peligro, y no podía tomar parte en las ceremonias y festivales. De lo cual surgía la necesidad de confesarse y purificarse. Los confesores eran los sacerdotes que estaban a cargo de las huacas e imponían una penitencia, generalmente ayunos o rezos. Cumplidos estos, el individuo se bañaba en agua corriente y quedaba nuevamente purificado.

El ayuno era considerado de gran valor religioso y se prac-

ticaba en grado distinto, según fuera el negocio que lo determinaba.

3. *Los Ritos de Tránsito*

Si bien los ritos de tránsito suelen incluirse entre los hechos de la organización social, nosotros hemos preferido mencionarlos aquí por el intenso ceremonialismo que los acompaña.

El primer rito relacionado con la vida individual de una persona parece haber sido el *rutuchicoy* o "ceremonia del corte del cabello". Se efectuaba en la época del destete, al año o dos del nacimiento. Hasta entonces el niño había estado atado a su cuna o gateando, como algo todavía impersonal y dependiente por completo de la madre que lo cuidaba y nutría. Pero ahora se reunían parientes y amigos para celebrar su paso a una vida más personal e independiente. La celebración consistía en bailes y comilonas, y en que el tío más importante del *huahua* o párvulo le cortaba cuidadosamente el cabello y las uñas por primera vez. Al mismo tiempo le imponía un nombre individual. Luego, todos los presentes elevaban una plegaria al Sol pidiendo protección y buena fortuna para el niño.

Al llegar el muchacho a la época de su pubertad, esto es, alrededor de los 14 años, se celebraba el rito de iniciación o maduréz conocido por *huarachicoy* o "ceremonia del taparrabo". Ignoramos el detalle de los actos que realizaban los indios tributarios y demás clases populares en esta oportunidad; los cronistas sólo nos han conservado el relato de lo que se hacía entre la nobleza o en el seno de la familia imperial. Pero sabemos que a cada chico se le imponía su primer taparrabo, y que a los hijos de la nobleza se les armaba caballero. Esta última ceremonia consistía en horadarles el lóbulo de las orejas para que de ahí en adelante pudieran lucir el adorno auricular que les consagraba como "orejones". En las clases elevadas la celebración se efectuaba con toda pompa, con peregrinaciones a las principales huacas, carreras y numerosos sacrificios.

El correspondiente rito en las muchachas se llamaba *quicuchicoy* o "ceremonia del peine". Se efectuaba en la época en que aparecía la primera menstruación. La niña debía ayunar durante tres días, permaneciendo en su casa en severa reclusión. Al cuarto día, su madre la lavaba, la peinaba y la vestía con prendas nuevas de mujer. Así, en su nuevo atavío, era presentada luego a los parientes y amigos que a tal efecto habían sido congregados, y éstos la regalaban con presentes, en tanto que el tío más venerable le imponía el nombre que iba a llevar en el futuro.

Como ya se ha dicho, el contraer matrimonio era asunto controlado y dirigido por el Estado. Pero la celebración de la boda dependía de la voluntad y posibilidades de las familias de los contrayentes. Es por esto que después de la anual atribución pública de una esposa a cada joven soltero de alrededor de 25 años, las familias arreglaban una celebración de acuerdo con las antiguas costumbres de cada región, las que naturalmente cambiaban.

Sólo el casamiento convertía al joven en verdadero hombre adulto. Como que únicamente a partir de entonces el individuo pasaba a registrar en la clase de edad correspondiente a indio tributario.

Cuando moría un indio, los parientes y allegados se vestían de negro y guardaban luto por un cierto tiempo. Las mujeres, además, se cortaban el pelo y se cubrían la cabeza con un paño. El viudo no podía volver a casarse antes de un año.

El funeral congregaba a parientes y amigos en un velatorio durante el cual se comía y bebía a voluntad. El cuerpo era envuelto en telas, esteras o pieles y era llevado a la tumba con una parte de sus bienes personales, mientras que la otra parte era quemada en una pira. Entre la nobleza era común que alguna de sus mujeres y algún criado se enterrara con el señor. Y cuando era el Inca quien moría, se suponía que su alma regresaba al seno del Sol, su padre, en tanto que su cuerpo era embalsamado y su momia era depositada en el *Coricancha*.

En la región del *Cuzco* las tumbas se encuentran entre las

rocas y en los abrigos rocosos. Por lo general son pequeñas construcciones de piedra sin labrar puestas en barro, que llevan el nombre de *pucullos*. El techo, que tiene forma de colmena, es también de piedra, construído en falsa bóveda. Una pequeña puerta que después del entierro se bloquea, da acceso a la sepultura. Está claro que es este el modo de entierro propio del período anterior, y que subsiste bajo el Imperio. Dentro del *pucullo*, el cadáver solía colocarse en posición acurrucada (lámina XXIII *b*).

Los *Incas* creían en la vida de ultratumba. Un *hanacpacha* o "mundo de arriba", era una especie de cielo donde se premiaba a los virtuosos y también a los integrantes de la nobleza; pues, no se concebía que éstos pudieran pecar. Allí la vida se desenvolvía de manera muy parecida a la que era usual en este mundo. Distinta, en cambio, era la situación en el *occopacha*, adonde iban a parar los pecadores y donde se sufría continuamente de hambre y de frío. En determinadas circunstancias, las almas de los muertos podían también quedarse a vagar por la Tierra, y entonces exigían que sus deudos les tributasen periódicamente ofrendas de comida y bebida.

4. *Las Bellas Artes*

Cual sucede en la religión, también en el arte incaico predominaba el factor utilitario. A este simple principio se ajusta poco menos que siempre el ideal estético de los *Incas*.

Esto ya puede observarse en la cerámica, donde uno de los vasos de mayor categoría y más bellamente decorados, y con estas palabras nos referimos al aríbalo, es en realidad una vasija culinaria destinada al transporte y almacenamiento de agua.

En realidad, apenas si podría considerarse a los *Incas* como grandes creadores de cultura. Más bien debería decirse que ellos supieron aprovechar la experiencia de los períodos anteriores para crear sobre su base, en una especie de sincretismo cultural,

un arte de un equilibrio verdaderamente armonioso. Y es ello tan así que, pese a que las formas y elementos que usa son relativamente pocos y se repiten continuamente, en ninguna parte vemos traslucir la monotonía! Los artistas incaicos supieron hallar siempre algún recurso para evitarla.

Al revés de lo que sucedía en períodos anteriores, los *Incas* no cultivaron la escultura, y mostraron poco interés por el mo-

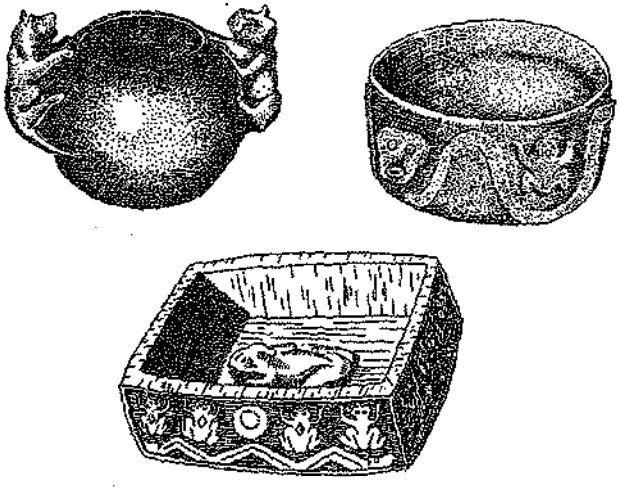


FIG. 98. — Morteros de piedra, decorados, de la región del Cuzco. Según Pardo.

delado y relieve. Que esto no sucedía por falta de habilidad técnica, lo demuestra el hecho de que algunos vasos de piedra de forma rectangular o redonda que están adornados con figuras de animales o motivos geométricos esculpidos, pueden muy bien compararse con los mejores trabajos de este tipo (Fig. 98).

Practicaron, en cambio, asiduamente, el arte decorativo. Así, los *queros* de madera, las piezas de cerámica y la tapicería se nos muestran a menudo delicadamente decorados con motivos geométricos o con escenas de la vida incaica. Los motivos fitomorfos y florales, las pequeñas figuras de insectos, llamas y pumas, generalmente muy estilizados y convencionales, son los dominantes

Mientras que las escenas suelen referirse a la caza, a la guerra o al rico ceremonialismo.

Estamos regularmente bien informados sobre la música inca. Los instrumentos nos son conocidos por ejemplares hallados en sus tumbas, y éstos nos muestran que varias de sus formas perduran en la actualidad. Los hay de tres clases: idiófonos, aerófonos y membranófonos [5].

Pertenecen a la clase primera los cascabeles de distinto origen que los hombres se ponían en la garganta del pie y debajo de la rodilla, y con los que al bailar trataban de producir sonidos más o menos rítmicos.

Aerófonos principales son las *quenas*. Las había de varios tipos. La quena propiamente dicha era y sigue siendo el instrumento musical más universal del Área Andina, que todavía hoy acompaña siempre la poesía popular. Es una flauta longitudinal, de una sola pieza, abierta en ambos extremos y con una serie de agujeros cuyo número suele estar entre 3 y 6. Variedades de la misma flauta son el *piruru*, más corto y de hueso, y el *pingollo* o caramillo, usadas ambas, sobre todo, para producir música bélica.

La flauta de pan, *antara* (quichua) o *sicu* (aymara) es un viejo instrumento actualmente muy difundido entre los *Aymaras*, pero que antiguamente se extendió por toda el Área y particularmente por la Costa peruana [6]. Su función entre los *Incas* parece haber tenido carácter sagrado [7].

El *pututu* es la caracola marina. Es también instrumento musical de gran antigüedad, y propia de casi todas las civilizaciones andinas. En los ritos de iniciación de los jóvenes nobles desempeñaba un importante papel, y era también la corneta que usaban los *chasquis*.

Los membranófonos, representados por los tambores, tenían la misma gran difusión. Se hacían de un tronco vaciado, y sus parches o membranas solían ser de piel de llama. A veces el Inca mandaba desollar a algún jefe rebelde y con su pellejo forrar un tambor. Los había de grandes y de chicos. Los primeros se

usaban sobre todo para la guerra, y los otros para los festivales. Según el P. Cobo, apenas si había mujer que no tuviese su tambor chico para tañer en los bailes y fiestas.

Pese a carecer de escritura corriente, los *Incas* tuvieron su literatura. Su carácter era, desde luego, oral y parece haberse desarrollado de antiguos poemas narrativos que recordaban temas mitológicos, legendarios e históricos, y que se transmitían de padre a hijo.

Desgraciadamente, no poseemos ninguna muestra literaria de la que pueda decirse con toda seguridad que es anterior a la conquista española. Pero en muchas versiones de himnos, poemas y *yaravíes*, que son los cantos de amor incaicos, y que los cronistas españoles nos han conservado, es posible ver su clara esencia indígena. Por lo que han de ser antiguos o haber sido compuestos en estilo antiguo en los primeros tiempos del período hispánico[8].

Uno de los yaravíes más característico y antiguo, conservado en su original por Huamán Poma de Ayala y traducido por Farfán, reza así:

¿Qué suerte adversa nos separa, mi reina?
¿Qué barrera, mi princesa, nos divide?
Hermosa mía, porque eres flor de chinchirkuma
en mi mente y en mi corazón te quisiera llevar.
Tú eres falso-espejo de agua;
Sólo reluciente líquido, ¿dónde mi moza estás?
Esa tu hipócrita madre causa nuestra separación,
Ese tu enemigo padre causa tu alejamiento.
Tal vez, reina, si el poderoso Dios quisiera
inmediatamente nos encontraríamos y Dios mismo nos uniría.
Recordando tus reidores ojos me causa melancolía:
recordando tu alegres ojos me siento enfermo.
Un poco, señor, un poco *así*
Si a llorar me condenas, ¿no sientes compasión?
¡A mares lamento, sobre el *qantus*, en cada valle,
esperándote, mi beldad!

5. *La Ciencia*

Los *Incas* no conocieron, o no practicaron, ninguna clase de escritura verdadera, entendiendo por tal a todo sistema gráfico de valor fonético o ideográfico. Pero conocieron y practicaron varios sistemas de recordación, entre los cuales es el *quipu* el más notable.

Los *quipus* (Fig. 89) son sistemas de cordeles, en los que de uno más grueso y transversal penden otros más delgados y verticales. Los últimos son desiguales en lo que a su largor y a su color se refiere, y presentan grupos más o menos numerosos de nudos que están situados a intervalos distintos [10]. Cada uno de estos elementos, y también su posición, tienen un significado distinto. Pero parecería como si las convenciones sobre las que reposaba la técnica del *quipu*, no fueran las mismas en todo el país. De manera que sólo la persona que había "escrito" un *quipu*, podía "leerlo" sin dificultad. Se usaban, sobre todo, para cuentas y estadísticas, pero también para conservar el recuerdo de genealogías y acontecimientos históricos [11]. Es decir, representaba lo que se ha llamado una escritura mnemotécnica convencional [12]. Un cuerpo de personas especializadas en su uso e interpretación, los llamados *quipucamayoc*, eran los contadores del Imperio a la vez que sus archiveros.

De otro sistema mnemónico nos hablan los cronistas españoles. Consistía en unas "ruedas", probablemente de arcilla, sobre las que se fijaban ciertas pedrezuelas de distinto tamaño y color. Por medio de estos artefactos los indios comunes conservaban el recuerdo exacto de lo que se quería recordar, como el texto de los rezos cristianos después de la conquista española. Todavía hoy, en varios lugares apartados de Bolivia, los indios usan dispositivos mnemónicos de este tipo [13].

Los mismos cronistas se refieren también a tablas y lienzos en los que estaría pintada "por sus figuras", la efigie y la historia de los distintos Emperadores que había tenido el país. Un

conjunto de ellos se conservaba en el *Coricancha* del *Cuzco*. Desgraciadamente, ninguna de estas pinturas ha llegado hasta nuestros días, ni siquiera una serie de ellas que en el año de 1572 le fuera mandada a Felipe II de España, y que se supone perdida. De modo que ignoramos cuál es el carácter que corresponde a estas tablas y lienzos.

Pese a la carencia de letras, y a las dificultades que ello presupone para toda tarea intelectual, los Incas habían desarrollado una serie de conocimientos que pueden llamarse científicos. Sólo que estos conocimientos no eran patrimonio de la población en general, sino que había un cuerpo de especialistas, los llamados *amautas*, que eran los depositarios de este saber.

Los movimientos de los astros y planetas eran lo suficientemente conocidos como para basar en ellos el calendario. Este tenía carácter solar, pero se componía de doce meses lunares y de una serie de días complementarios. Cada mes comenzaba con la luna nueva, llevaba nombre distinto y reconocía como propio un distinto festival. Las observaciones astronómicas se efectuaban desde un conjunto de pequeñas torres de mampostería que estaban situadas, en parejas, a derecha e izquierda de la plaza principal del *Cuzco*, la célebre *Huacaypata*. Esas observaciones servían tanto para poner de acuerdo el año solar con los meses lunares, como para determinar el momento en que debían comenzar las distintas labores agrícolas.

Los *Incas* disponían de toda clase de medidas. Las de longitud se basaban en el cuerpo humano, como el *yucu* o "jeme", el *ccapa* o "palmo", la *ricra* o "braza". Las grandes distancias se medían por *topos*, iguales a legua y media. Medida de volumen era el *ccullu* con un contenido parecido al de la fanega. Usaban también las balanzas, e incluso la romana.

La medicina, en cambio, tenía carácter primitivo y precipuamente mágico [14]. Se partía del supuesto de que toda enfermedad era debida a causas no naturales, y el tratamiento debía por tanto acomodarse a esta situación. El origen de una enfermedad podía hallarse tanto en una transgresión o pecado cometido por el

individuo, como en una pérdida del alma a consecuencias de un susto repentino o de un ataque invisible de algún hechicero enemigo o malintencionado. De ahí que los *hampicamayoc* o "médicos" debieran ser adivinos para hallar la causa del mal, a la vez que magos para poder atacarla. A veces eran simples *camascas* o "curados", es decir, personas que por el hecho de haber pasado por una grave enfermedad y vencídola rápidamente, se suponía que habían adquirido la potencialidad necesaria para combatir otras.

No obstante, las curas con hierbas y otros remedios derivados de un conocimiento empírico eran bastante comunes. Y hasta las intervenciones quirúrgicas, como la trepanación, estaban a la orden del día [15]. Desgraciadamente, todavía no está bien aclarado cuál era la función exacta de la trepanación. Pero atendiendo al hecho de que los cráneos trepanados son casi siempre masculinos, y que la intervención ha sido practicada generalmente en su lado izquierdo, es probable que por su intermedio se tratara de curar las heridas de cráneo producidas por las armas contundentes de entonces, cual la porra o el rompecabezas. Pues, estas partes eran las más afectadas por las heridas en el combate cuerpo a cuerpo [16]. Uno de los métodos de trepanar más usados consistía en producir, con el *tumi* o cuchillo semicircular, dos pares de cortes paralelos, uno de los cuales cruzaba el otro. Y como la intervención era muy dolorosa, se operaba después de llevar al paciente a un estado de relativa insensibilidad con la ayuda de ciertas plantas estupefacientes [17].

Parte Sexta

EL IMPERIO AZTECA

I. ORÍGENES E HISTORIA

1. *Los Toltecas*

En tiempos antiguos, el límite norte de la alta cultura que en la Meseta Central mexicana discurre transversalmente por el territorio de los actuales Estados de Guanajuato, Querétaro e Hidalgo, representa no sólo un límite cultural, sino que tenía también carácter antropológico y lingüístico.

En efecto, al sur de esa línea, los pueblos portadores de las altas culturas de la Etapa Clásica eran, como ya sabemos, de tipo racial Centrálido y de lengua perteneciente al Grupo Macro-Otomangue. Mientras que al norte de la línea, ocupando la mayor parte del norte y noroeste de México, eran grupos de cultura inferior, tipo racial Sonórido y lengua Yuto-Azteca, los que por allí merodeaban [1].

Como es fácil de imaginar, a lo largo de este límite etnológico, no siempre bien definido por accidentes orográficos o hidrográficos de importancia, las posiciones han de haber fluctuado frecuentemente. Por de pronto no hay duda de que aquí sucedió lo que en muchas otras partes ha sucedido con harta frecuencia: Que pueblos de menor desarrollo cultural y habitantes de territorios poco favorecidos, se ven atraídos por las regiones de cultura mayor y de ambiente menos severo que les son vecinas. Y esa atracción suele convertirse en continuados ataques de los pueblos "bárbaros" a las zonas civilizadas. Para mencionar algunos casos, que por corresponder a la Historia Universal son más co-

nocidos, recordaremos los ataques de los montañeses del Elam a las ciudades sumerias, las invasiones de los pueblos nórdicos a los países mediterráneos y occidentales, y las correrías de las hordas nómadas centrasiáticas hasta el mismo corazón de Europa.

En la región central de México, los pueblos "bárbaros" que estaban del otro lado de la línea demarcatoria mesoamericana, eran, sobre todo, los que integran la rama Pima-Nahua de la familia lingüística Yuto-Azteca. Se trata de un grupo de pueblos que nos es bien conocido, en razón de que todavía tiene numerosos representantes en el norte del país, como los *Coras*, los *Huicholes*, los *Tarahumaras*. Con el agregado de que en gran parte han sabido éstos mantenerse al margen de la civilización moderna y conservar una relativa independencia cultural.

Es casi seguro que hacia el final de la Etapa Clásica, y en varias oportunidades, grupos más o menos numerosos de indios de ese origen, generalmente conocidos como Nahuas, pasaron la línea demarcatoria para establecerse entre los pueblos de alta cultura. Y lo es también que todos ellos, al entrar en contacto con la anterior población, se iban poco a poco civilizando. Desgraciadamente, las tradiciones históricas no recuerdan siempre estos acontecimientos. Y así tenemos que los primeros datos concretos de que disponemos sobre este interesante proceso, van referidos a los *Toltecas*, pese a que todo induce a pensar que no fueron éstos los que abrieron el camino.

Los datos de referencia pertenecen a los siglos IX y X de nuestra Era, y nos señalan la existencia de invasores nahuas en el centro de México. Mas ignoramos si ya antes habían estado en contacto con la civilización teotihuacana, que es la que entonces dominaba en esa parte del país. Además, los datos aprovechables son escasos en esta primera época de historia tolteca, cuando la cultura de estos advenedizos estaba lejos de ser brillante. La situación cambia, empero, con la aparición de un gran conquistador llamado *Mixcóatl*, quien convierte a los *Toltecas* en dueños de un extenso Imperio con la capital en *Colhuacán*. Sucedió esto alrededor del año 908 [2].

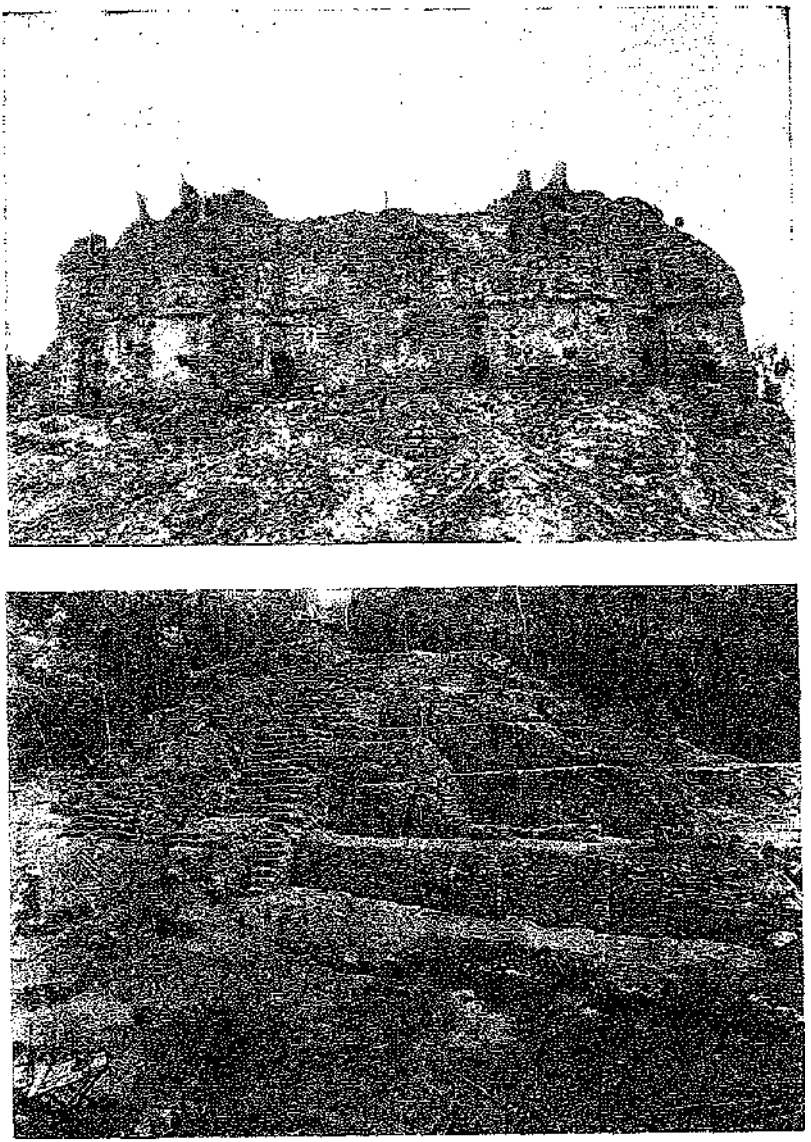


LÁMINA LXV.—*Las ciudades del Viejo Imperio Maya.*
a) Uaxactun, *Estructura A-XVIII.*
b) Piedras Negras, *Estructura Ic-5.*

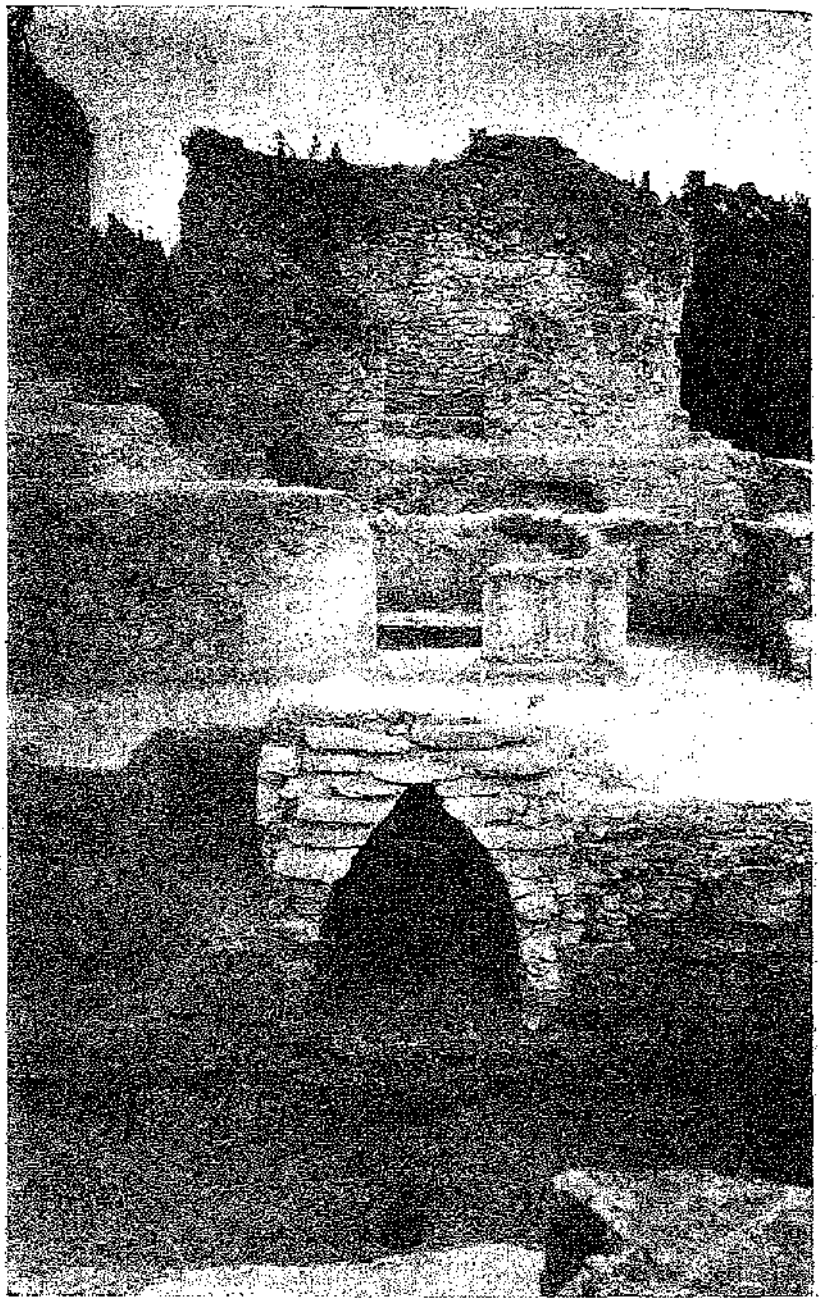


LÁMINA LXVI. — *Civilización Maya: Estructura A-V de* Uaxactun *(Petén-Guatemala).* (Cortesía de la Carnegie Institution of Washington.)

Mixcóatl murió asesinado, al parecer en el mismo año de 947 en que le nació un hijo, habido en una mujer del país. La madre murió del parto, y el hijo, conocido por *Ce Acatl Topiltzin*, fué educado por sus abuelos maternos, residentes en el actual Estado de Morelos, y en la tradición local de la cultura teotihuacana. Ya adulto *Topiltzin*, y luego de castigar al asesino de su padre y usurpador del trono, logró erigirse él mismo en rey-sacerdote, adoptando para ello el título de *Quetzalcóatl*, nombre relacionado con una divinidad teotihuacana [3]. Al mismo tiempo, y hacia el 977, establece su corte en la ciudad de Tula, donde unas figuras, acompañadas de una inscripción, muy probablemente recuerden el acontecimiento [4].

Topiltzin-Quetzalcóatl tomó a su cargo la noble tarea de incrementar en su pueblo, todavía bárbaro, los principios de la clásica civilización mesoamericana. Dió impulso a las artes, mejoró las costumbres e inició una reforma religiosa. Pero encontró fuerte resistencia entre los adoradores de la deidad nacional de los Nahuas que se llamaba *Tezcatlipoca* [5]. Un antiguo mito se refiere a estos acontecimientos reduciéndolos a una lucha habida entre *Tezcatlipoca* y *Quetzalcóatl*, entre lo antiguo y lo nuevo, lo propio y lo extraño. En la lucha perdió *Topiltzin*, y hacia el año 999 se vió obligado a abandonar a *Tula* al frente de numerosos partidarios. La migración se dirigió hacia el este, para establecerse finalmente en la región maya, donde luego lo encontraremos bajo el nombre de *Kukulcán*. En tanto que en *Tula* se iniciaba otra dinastía con *Matlaczóchitl*.

Esta segunda dinastía tolteca da una serie de soberanos a su Imperio. Se suceden *Nauhyotzin*, *Matlaccoatzin*, *Tlilcoatzin* y *Huemac*. Mas, el centro de perturbación del norte sigue en actividad. En 1168, durante el reinado de *Huemac*, una nueva invasión nahua destruye e incendia la ciudad de *Tula*. Poco después, hacia 1172, aparecen nuevas hordas norteñas, y un grupo grande de *Toltecas* ya civilizados, los llamados *Acolhuas*, emigra hacia el sur y se establece en *Colhuacán*, lugar situado no lejos de la actual ciudad de México. Pero las hordas crecientes de

Nahuas los vencen también allí, y hacia 1194 el Imperio Tolteca desaparece para siempre.

El período Tolteca tiene una importancia muy especial, pues es en su curso que se establecen las bases de la posterior cultura azteca. Los *Aztecas*, que eran nahuas también, tuvieron en mucho a los *Toltecas*, y el nombre que les aplicaron es más o menos sinónimo de "civilizado" y "artífice". Ambos nombres se explican perfectamente si se tiene en cuenta que fueron ellos los primeros Nahuas que se civilizaron. Es decir, fueron aquella parte de su estirpe que recibió el legado de Teotihuacán. Desgraciadamente, todavía no están bien definidas las diferencias culturales entre lo teotihuacano y lo tolteca, pues la creencia que hasta ahora prevaleciera de que la *Tula* de los cronistas fuera la ciudad arqueológica de *Teotihuacán*, ha producido mucha confusión.

En 1940 se iniciaron, es cierto, las excavaciones arqueológicas en el emplazamiento de la antigua ciudad de *Tula*, inmediato a la ciudad moderna del mismo nombre del Estado de Hidalgo, dirigidas por los arqueólogos R. Acosta y H. Moedano Koer, del Instituto de Antropología e Historia de México [6]. Mas, todavía están lejos de estar terminadas, y tampoco se han publicado los informes referentes a las últimas campañas. De todas maneras, ellas demuestran sin lugar a dudas que *Tula* era una ciudad tolteca [7].

La cultura tolteca es el producto de la adopción de la vieja civilización autóctona por un grupo alóctono que supo dar interpretaciones nuevas a mucho de lo existente, al tiempo que introducía las más distintas innovaciones derivadas de su propia tradición cultural. El período Tolteca adquiere, así, caracteres propios. Se introduce el uso de los metales; en la arquitectura aparecen las cariátides que soportan mesas o tronos, algunas de dimensiones enormes (Lám. LVII), y los anillos en los juegos de pelota; en la escultura se nota la presencia del *chac-mool*; en la ergología se introducen el arco y flecha y la *chita* o red de cargar; en lo social aparecen las sociedades guerreras del Tigre y del

Aguila, en tanto que en lo espiritual se modifica la escritura preexistente, y casi todos los posteriores dioses aztecas ya hacen su aparición [8].

Arqueológicamente, el período Tolteca inicia la Etapa Postclásica, que es la última en el desarrollo cultural de Mesoamé-

FIG. 99.—Cerámica nahua. En la fila superior, el primer plato lleva decoración Mazapán y el segundo Coyotlatelco, en tanto que el tercero es de estilo Culhuacán o Azteca I. Las figurillas de la fila intermedia son Coyotlatelco y las de la inferior, Mazapán. Según Vaillant.

rica. Caracterizan el período en su aspecto regional las cerámicas llamadas de Mazapán y Coyotlatelco. La primera ostenta decoración roja sobre fondo color café claro o crema, consistente en líneas paralelas y ondulantes. La segunda es de decoración también roja, pero sobre fondo amarillento, y su acabado y pulimento son más finos que en la anterior (Fig. 99).

De dispersión general son, en cambio, los tipos de cerámica llamados Plomiza o de reflejos metálicos, y Anaranjada Delgada,

que proceden de un centro de dispersión aún no bien determinado [9]. Y también los grupos de lengua y cultura Nahua que se manifiestan en varias partes, en Yucatán, en la costa del Golfo, en Centroamérica, etc., y que se consideran restos del naufragio tolteca.

2. *Los Chichimecas*

Tanto el abandono de la ciudad de *Tula*, la capital del Imperio Tolteca, en 1168, como su destrucción en 1172, coinciden con la llegada desde el norte de nuevos contingentes de Nahuas. Eran los primeros *Chichimecas* que, encabezados por *Xolotl*, ocupan el Valle de México e inundan los de Puebla y Tlaxcala. Con ello comienza para la Región Mexicana un nuevo período oscuro, lleno de inseguridad y de disturbios, que duró cerca de 250 años.

Este nuevo período, que es el que sigue al del florecimiento de los *Toltecas* y antecede al del Imperio Azteca, tiene cierta similitud con la Alta Edad Media europea. Pues, al igual que lo que sucediera allá, también aquí tenemos numerosos movimientos de pueblos bárbaros que resultan en la formación de efímeros Estados, en la lucha de unos contra otros por la supremacía, y en el estancamiento general de la cultura. Y sólo con el predominio azteca que se logra en 1428, el poder político se estabiliza y en su consecuencia se produce un notable renacimiento cultural.

Las fuentes tradicionales mexicanas llamaron "Chichimecas" a todos los pueblos nómadas que originariamente vivían al norte de la línea demarcatoria de la Civilización y que, como ya se ha dicho, eran generalmente Nahuas o estaban nahuaizados. Llamaron también así a muchos *Otomíes* que eran sedentarios y cultivadores, pero que habían caído bajo la influencia de aquellos pueblos norteños. Las listas de nombres de tribus chichimecas que nos han conservado las fuentes son varias y no siempre coincidentes. Pero las que desempeñaron un papel de primer orden

durante este período fueron, sobre todo, los *Matlatzincas*, los *Tlahuicas*, los *Tepanecas*, los *Acolhuas* y los *Chalcas*, además de muchas otras más. También los *Toltecas* y, posteriormente, los *Aztecas*, fueron en sus comienzos chichimecas.

El período Chichimeca se resume en la historia de las principales ciudades que florecieron durante el período. Y para conocer con algún detalle lo ocurrido habría que dar cuenta de la historia particular de cada una de ellas. Lo cual no sería difícil, ya que disponemos de muchas fuentes indígenas e hispánicas que nos informan detalladamente sobre ello, aunque no siempre a un mismo tenor [10].

No obstante no vamos a perdernos en detalles carentes de transcendencia histórica. Y nos limitaremos a señalar que en un primer subperíodo, los Chichimecas protohistóricos de *Xolotl*, después de larga peregrinación terminan por asentarse en *Tenayuca*, en el actual Estado de México. Mientras que los toltequizados *Acolhuas* salidos de Tula, repoblaban a *Colhuacán*. Mas, siguen llegando nuevos contingentes de Chichimecas, y con el incremento que éstos reciben, pueden extenderse por toda la región. *Colhuacán* mismo es ocupada por ellos en 1194. Posteriormente, esta última ciudad adquiere una gran importancia cultural y política, y domina en la parte occidental del Valle de México. Mientras que *Tenayuca* y *Tetzcoco* dominan en el norte y oriente. Esta situación dura hasta 1348, en que *Colhuacán* es destruída por los *Tepanecas* de *Azcapotzalco*, y con ello termina el subperíodo (Fig. 100). Arqueológicamente caracteriza esta primera época chichimeca la cerámica Tenayuca Negro-sobre-Anaranjado, que antiguamente se conociera como Azteca II, así como las partes más antiguas de la célebre pirámide de *Tenayuca* (Lám. LVIII).

Esta pirámide de *Tenayuca* ofrece la particularidad de estar construída sobre otras cinco pirámides superpuestas, cada una con doble escalinata que mira al oeste, y sobre la que había templetes. La costumbre de superponer una estructura piramidal a otra, sin destruir la anterior, parece corresponder a las

ceremonias del Fuego Nuevo, que los pueblos nahuas celebraban cada 52 años. La última ceremonia de este tipo que se celebró fué en el año de 1507, y la construcción de la primera pirá-

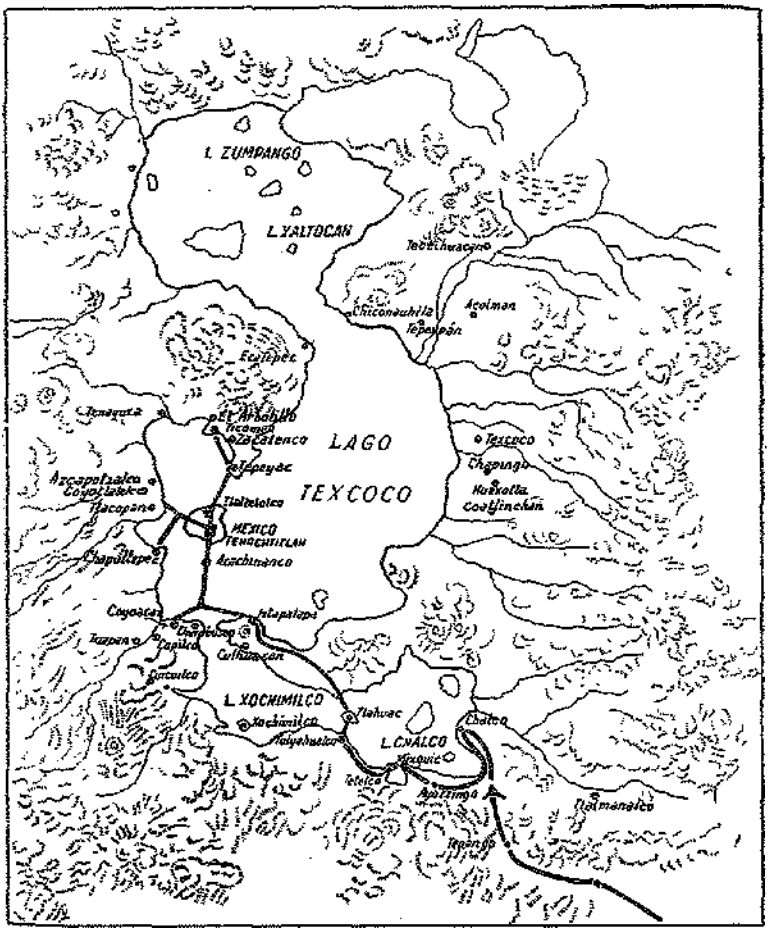


FIG. 100.—Alrededores de la ciudad de México. El trazo grueso señala la ruta seguida por Cortés. Según Vaillant, simplificado.

mide ha de corresponder, por tanto, al 1250, aproximadamente [11].

El segundo subperíodo está bajo el predominio de *Azcapotzalco*, la metrópoli tepaneca. Esta ciudad mantuvo la situación entre los años de 1348 en que venció a *Colhuacán*, y 1427 en que

ella misma cayó abatida por una coalición de tres ciudades que se conoce por Triple Alianza, y la que sentó las bases para el poderío azteca. *Azcapotzalco* tuvo a muchas otras ciudades como aliadas y tributarias, y entre ellas a la de *México-Tenochtitlán*. Durante casi todo el subperíodo, reinó en *Azcapotzalco* un solo soberano: *Jezozomoctzin*. Y fué sólo al morir éste y ocupar el trono su hijo *Maxtla* mediante una revolución palaciega, que comenzó su ocaso. En lo arqueológico es la cerámica Tenochtitlan Negro-sobre-Anaranjado o Azteca III, lo más característico.

También fuera del Valle de México dejaron los Chichimecas su impronta política y cultural. Tal, por ejemplo, en Morelos, donde la cultura Tlahuica ostenta modalidades arquitectónicas y cerámicas comparables con las de aquel valle. Y lo mismo cabe decir de la cultura Matlatzinca, cuyo centro mejor conocido es *Calixtlahuaca*, cerca de Toluca (Lám. LX).

La vieja ciudad de *Cholula*, cerca de la actual Puebla, desempeñó igualmente un importante papel en este período, después de haber hecho lo mismo en época teotihuacana. Ahí tuvo su centro un complejo cultural que es conocido como Cultura Cholulteca. Se expandió por Puebla y Tlaxcala, y hasta envió ramificaciones a Oaxaca y Veracruz. La pirámide de Cholula es la más grande de México, y recubre otros templos más antiguos de época teotihuacana. Las ciudades de *Tlaxcala* y *Huexotzingo* corresponden a la misma cultura. Igualmente que la de *Tizatlan*, donde hay numerosos vestigios arqueológicos e incluso pinturas murales.

3. *Los Méxicas o Aztecas*

De acuerdo con las propias tradiciones históricas, los *Aztecas* o *Méxicas* comenzaron su gran migración, que les iba a llevar al Valle de México, en el año de 1168. Pero es muy posible que sea ésta una fecha arbitraria, surgida en época posterior. Vaillant ha expresado que más que los comienzos de la peregrina-

ción, esa data puede señalar el año en que el llamado calendario azteca fuera introducido en el centro de México [12].

Las fuentes tradicionales mexicanas están más o menos de acuerdo en considerar como lugar de origen de los *Aztecas* o *Méxicas* a un país mítico llamado *Aztlán*, de cuyo nombre deriva el de *Aztecas*. Por lo general se lo representan como una isla o zona lacustre, y los libros pintados indígenas que hacen referencia a la migración, suelen poner al principio de la misma el paso del agua en canoas [13]. Sin embargo, modernamente se tiende a considerar el paisaje acuático del famoso *Aztlán* como una mera transferencia a la época mítica de una situación posterior, que es la que existía en la histórica ciudad de México.

En un lugar cercano a *Aztlán* según unas fuentes, o en el mismo *Aztlán* según otras, había un monte con pico algo curvo llamado *Teocolhuacán*, que era la morada del dios tribal de los *Méxicas*. Se llamaba *Huitzilopochtli*, y se les aparecía en forma de colibrí para hablarles y darles consejos. Fué también él quien les aconsejó la migración. De ahí que durante todo el curso de su largo viaje, los *Méxicas* llevaran siempre consigo la imagen del dios, y que en cada etapa que hacían su primer trabajo fuera construir un zócalo o altar para colocar el ídolo.

Junto con *Aztlán* y *Teocolhuacán*, las fuentes tradicionales mencionan también a *Chicomoztoc* o lugar de las "Siete Cuevas". De ellas habrían salido los siete grupos de Chichimecas que ya hemos visto. Mas, pese a que a veces los *Aztecas* se consideraran uno de ellos, no es probable que originariamente tuvieran a las "Siete Cuevas" como a su lugar de origen. Pues, en lo que a ellos respecta, las fuentes mencionan a *Chicomoztoc* más como lugar de tránsito y de reunión de los demás Chichimecas. Además, el P. Sahagún, que es una de las mejores fuentes históricas, nos dice expresamente no ser cierto que los *Méxicas* hubiesen salido de allí [14]. Por lo tanto, es posible que alguno de los pueblos autóctonos que luego se incluyeron entre los Chichimecas, hubiese conservado la creencia de haber salido de esas grutas en la misma manera en que los *Incas* salieron de las

suyas. Y que siendo ese pueblo de fama esclarecida, los demás grupos se "gloriaran" después de haber tenido el mismo origen.

Ninguno de los topónimos relacionados con el origen y la primera parte de la migración, ha podido ser identificado en la geografía actual. De ahí que por esas fuentes no se pueda establecer con seguridad de dónde vinieron los *Aztecas*. Sólo al acercarse al Valle de México el itinerario comienza a precisarse, indicándonos que estuvieron en el emplazamiento de *Tula* y que entraron al Valle por el noroeste. Lo cual es un nuevo argumento en favor de la tesis dominante de que todos los Nahuas sólo pueden haber procedido del norte u oeste del país [15].

Ya en el escenario de su posterior actuación, los *Méxicas* se asentaron en *Chapultepec*, sobre la orilla occidental del lago de Tetzcoco, muy posiblemente con el permiso de los tepanecas de *Azcapotzalco*. Sucedió esto en 1267, o sea, 99 años después de su salida de *Aztlán*.

En su nueva instalación, los primeros decenios fueron tranquilos para los *Aztecas*. Mas, luego sobrevinieron conflictos con los vecinos. Se produjeron éstos porque los jóvenes aztecas tenían la costumbre de ir a robar mujeres en las comunidades vecinas, y esto produjo el enojo de los perjudicados. Se unieron éstos, y hacia 1298, batieron a los *Méxicas*. Con tan feliz resultado que mientras el jefe principal y la mayor parte de los *Aztecas* eran reducidos a servidumbre en territorio de *Colhuacán*, el resto se veía obligado a refugiarse en unos islotes que había en medio de la laguna.

El cautiverio en *Tizapán* no duró mucho. Pues los reducidos, a raíz de una nueva mala acción, a las que eran muy propensos los primitivos *Aztecas* y por las que eran odiados por todos los vecinos, logran evadirse y reunirse con los hermanos de la laguna. Y una vez reunidos todos los jefes, en número de 20, establecen formalmente, en el año 1325, una comunidad urbana que de acuerdo con su propia organización social dividieron en veinte "barrios", y la que fué llamada *México-Tenochtitlán*, nombre que significa "Ciudad de los Méxicas de Tenoch", por el

apelativo de uno de los principales jefes. Más tarde, unos trece años después, se produjo una escisión entre los *Méxicas*, y el bando separatista estableció a cierta distancia, pero siempre dentro de la misma laguna, una ciudad rival llamada *México-Tlaltelolco*, que conservó su independencia hasta muy cerca de la conquista española [16].

En esos primeros tiempos las comunidades méxicas en la laguna tenían una base muy débil y su instalación era muy precaria. Los residentes eran pocos, y el habitat palustre carecía de los materiales más indispensables, e incluso de los de construcción. De ahí que cuando necesitaban algo, ya fuera madera, cal o piedra, se vieran obligados a pedirlo a los vecinos en trueque por pescado, patos, ranas y otros productos de la laguna, y aún así no siempre lo conseguían. Pero no obstante estas dificultades, las comunidades aztecas iban creciendo, sobre todo por el aporte de numerosos refugiados procedentes de las ciudades vecinas.

Con todo, los *Méxicas* seguían en la dependencia política de *Colhuacán*. Pero cuando, en 1348, esta ciudad pierde su independencia, las comunidades méxicas pasan a ser tributarias del vencedor, la ciudad tepaneca de *Azcapotzalco*. Y como siguieran aquellas creciendo, al cabo de unos decenios creyeron ya estar en situación de solicitar su autonomía y darse dinastías propias. Es así que hacia 1375, *Tlaltelolco* recibe un rey de *Azcapotzalco*, y *Tenochtitlán* otro de *Colhuacán*.

Acamapichtli, hijo de padre méxica y madre colhua, fué el primer rey de *México-Tenochtitlán*. Siguieron dos décadas de paz exterior, durante las cuales la ciudad se fué fortaleciendo. *Acamapichtli* murió en 1396, y le sucedió *Huitzilihuitl*, y a éste, *Chimalpopoca* veinte años después. Se sucedieron guerras con varias ciudades vecinas, y en 1426 subió al trono *Itzcoatl*, el primer gran rey de los *Méxicas*.

Un año después se establece una unión entre *Tetzcoco*, *Tlacopán* y *Tenochtitlán*, que ha sido llamada la Triple Alianza. Tenía la doble finalidad de abatir a *Azcopotzalco*, que por enton-

ces detentaba la supremacía, e independizarse de esa ciudad. La guerra duró varias semanas, y en ella los aliados salieron victoriosos. Con lo cual los *Méxicas* no sólo lograron su definitiva independencia política, sino que hasta ganaron territorios en tierra firme y un ingente botín, lo cual dió la primera base a su imperio.

Además de independizar a su nación, *Izcoatl* fué un gran gobernante e inteligente reformador. Urbanizó la ciudad, construyó caminos que la unieron con tierra firme, comenzó a edificar templos y casas de piedra, ordenó el gobierno, estableció una jerarquía religiosa. Y es sólo con estas reformas que los *Aztecas* pasaron a compartir, y luego a impulsar, la notable civilización que lleva su nombre, y que en realidad no es otra cosa que un sincretismo de culturas anteriores. Sólo algunos aspectos, y especialmente el énfasis puesto en los sacrificios humanos y en la manera de efectuarlos abriendo el pecho de las víctimas para extraerles el corazón, parece ser específicamente azteca.

Itzcoatl murió en 1440. Le sucedió *Moctezuma Ilhuicamina*. Se había éste distinguido en las guerras anteriores, y quiso seguir por el mismo camino. En una serie de campañas bélicas logró dominar gran parte del Valle de México. Cruzó luego las montañas y ganó territorios en Puebla y Veracruz, en Morelos y Guerrero. Se ocupó también del aspecto cultural. Construyó un acueducto que traía agua potable desde *Chapultepec*, e hizo diques en la laguna.

En 1469 murió el primer *Moctezuma*. Le sucedió *Axayacatl*, quien siguió con las guerras de conquista. Por el sur llegó hasta Oaxaca y Tehuentepec, y por el oeste dominó el actual Estado de México y se acercó a Michoacán. En esta última parte sufrió una seria derrota. Mas, pudo sobreponerse y abatir a *Tlaltelolco*, la ciudad vecina y rival que se había hecho célebre por sus mercaderes. En el campo cultural impulsó la organización y el ritualismo religioso, y mandó esculpir la famosa Piedra del Sol, que es una pesada mole pétrea de más de veinte toneladas (lámina LXII). Murió en 1479.

Le sucedió su hermano *Tizoc*, que murió asesinado, y en

1486 su otro hermano, *Ahuitzol*. Éste se dedicó especialmente a terminar el Templo Mayor y a juntar prisioneros de guerra para inmolar a la divinidad el día de su consagración. A tal efecto solicitó la ayuda de su aliado *Nazahualpilli* de *Tetzcoco*, y juntos emprendieron una serie de campañas por el sur que duraron

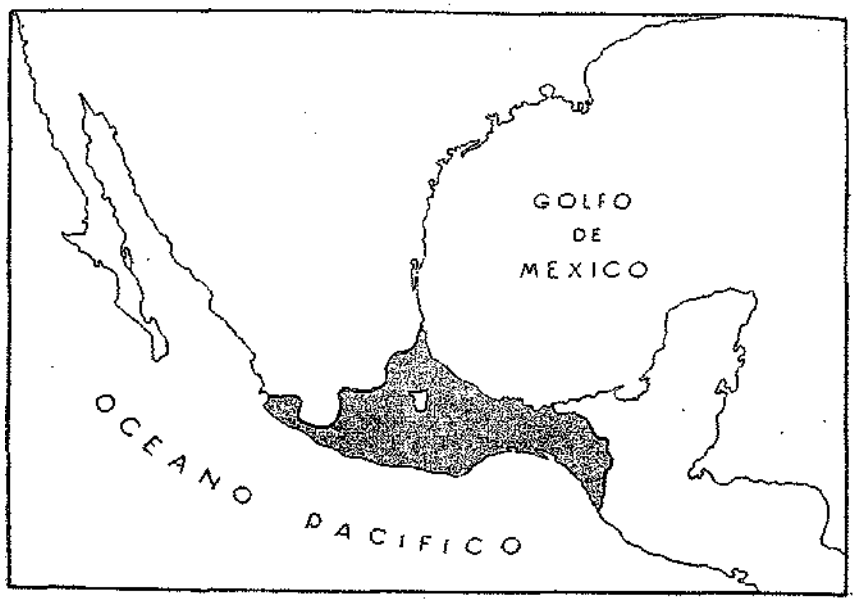


FIG. 101. — Límites aproximados del Imperio Azteca.

dos años, y en los que se hicieron 20.000 prisioneros. Según nos refieren las crónicas, todos ellos habrían sido sacrificados conjuntamente el día de la inauguración del templo. En lo cual hay sin duda, exageración.

Otras campañas le llevaron cerca de Guatemala por el sur y hasta la Huaxteca por el nordeste. No pudo, empero, dominar a *Tlaxcala* ni a *Cholula*, las dos ciudades rivales. En tanto, la ciudad seguía creciendo y fué preciso construir un nuevo acueducto, y poner diques nuevos en la laguna.

Moctezuma II, apodado *Xocoyotzin* o "el joven", hijo de *Axayacatl*, sucedió en 1503 a su tío. Dedicó sus principales afa-

nes a combatir diversos levantamientos en provincias y a reunir cautivos para el sacrificio. Tampoco tuvo suerte en sus guerras contra *Tlaxcala*, ciudad que pudo seguir independiente. Poco después recibía *Moctezuma* noticia del desembarco de los españoles en la costa de Veracruz, y en 1519 el mismo Hernán Cortés se presentaba en la ciudad de México. *Moctezuma* murió este mismo invierno.

Su sucesor *Cacama* desapareció semanas después, parece que a resultas de la viruela. Y en cuanto a *Cuahtemoc*, el último soberano azteca que defendió la capital contra los españoles, fué ejecutado cuatro años después en el curso de la expedición de Cortés a Honduras.

II. ECONOMIA

1. *Agricultura*

La economía de los *Aztecas*, como la de todos los pueblos de alta cultura, se basaba en el cultivo de la tierra.

Las tierras de cultivo estaban en manos de tres distintas categorías de propietarios. La primera y la más importante era el grupo social, llamado *calpulli*, que poseía enormes extensiones dentro de su distrito. Las tierras estaban divididas en lotes, y a cada familia le era adjudicado uno, de extensión relacionada con sus necesidades. En su fracción, cada familia actuaba como si fuera su propietario real, sólo que no podía venderlo ni traspasar ninguno de sus derechos a terceros. Cuando moría el cabeza de familia, su lote pasaba en herencia a sus hijos, y si no los tenía la tierra volvía al calpulli para su redistribución. Lo mismo sucedía si el interesado dejaba pasar dos años sin cultivar su parcela. Había fracciones que eran trabajadas en común, y cuyo producto se destinaba al mantenimiento de los sacerdotes y el culto, al avituallamiento de los guerreros y al pago de los tributos.

La segunda categoría de propietarios estaba constituída por los jefes y otros componentes de la nobleza. Las tierras que éstos poseían era en propiedad particular, por haberlas obtenido, ellos mismos o sus antepasados, en recompensa de servicios prestados al Estado. Estos bienes pasaban en herencia de padres a hijos, y podían ser enajenados en cualquier momento. Las trabajaban siervos ligados al agro, y parece que los vecinos estaban también obligados a ayudar al tiempo de las cosechas.

Los guerreros distinguidos componían la categoría tercera. Las tierras por ellos poseídas estaban en país conquistado, y les habían sido donadas en premio a su distinción en la guerra. Pasaban en herencia de padres a hijos, pero no podían venderse. Cuando moría un beneficiario sin dejar descendencia, las tierras volvían al Estado. Los naturales del país conquistado tenían obligación de trabajar estas tierras.

Dado que el Valle de México ha estado siempre relativamente bien poblado, las tierras de cultivo no han sobrado nunca. Los *Aztecas* o *Méxicas* fueron los últimos en llegar, y hubieron de quedar cortos en el reparto. Y como, además, se vieron forzados a vivir en medio de la laguna, trataron de resolver su problema de la tierra de cultivo de la misma manera en que lo habían resuelto otros grupos ribereños: creando *chinampas*.

Las *chinampas* son una suerte de islotes artificiales que todavía subsisten en algunas partes aledañas de la ciudad de México, como en *Xochimilco* y *Chalco*. Para formarlas, se acumulan espesos mantos o enfaginados de plantas acuáticas y lodo en determinados lugares de ciénagas y lagos de poco fondo, cuyo conjunto se fija con cañas y estacas de sauce. Y como continuamente se va agregando fango extraído del mismo fondo de la laguna, la fertilidad de las chinampas se mantiene siempre muy alta [1].

En las partes altas del país, el cultivo fuera de las chinampas se hacía mediante la ayuda de la irrigación por acequia sacada de ríos o arroyos, o con riego a brazo desde fuentes o estanques. Para mejorar la calidad de las tierras se usaba mucho el estiércol humano. En las partes bajas, en cambio, el sistema de cultivo en roza o milpa era lo general. Consiste éste en derribar los árboles, dejar que se sequen sobre el mismo terreno y pegar luego fuego al conjunto de ramas y maleza. Llegada la época propicia, se hace la siembra en el suelo fertilizado por las cenizas. Instrumento agrícola universal es la *coa*, especie de palo de cavar con la punta inferior ensanchada (Fig. 102).

El maíz era el principal producto del cultivo. Se consumía

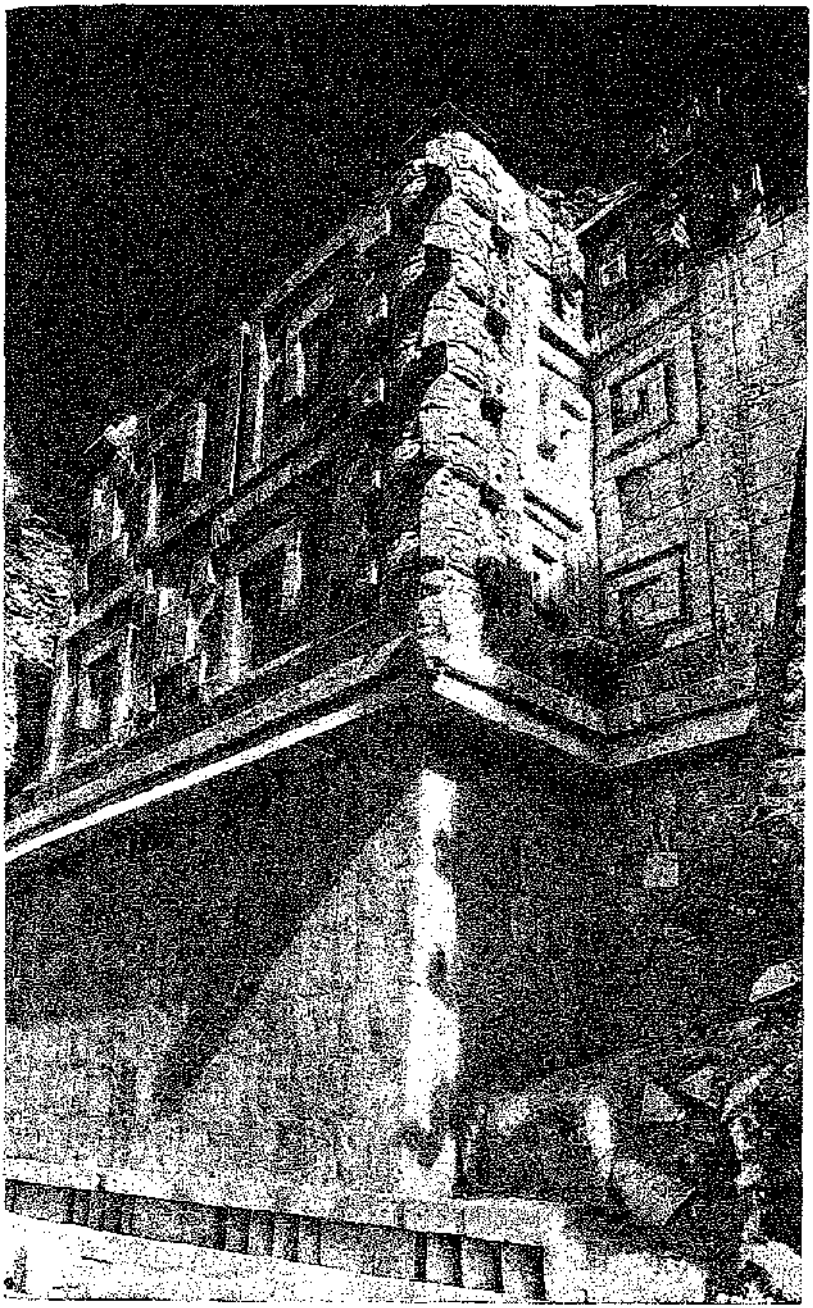


LÁMINA LXVII.—*Civilización Maya. Detalle del Palacio del Gobernador en* Uxmal. (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

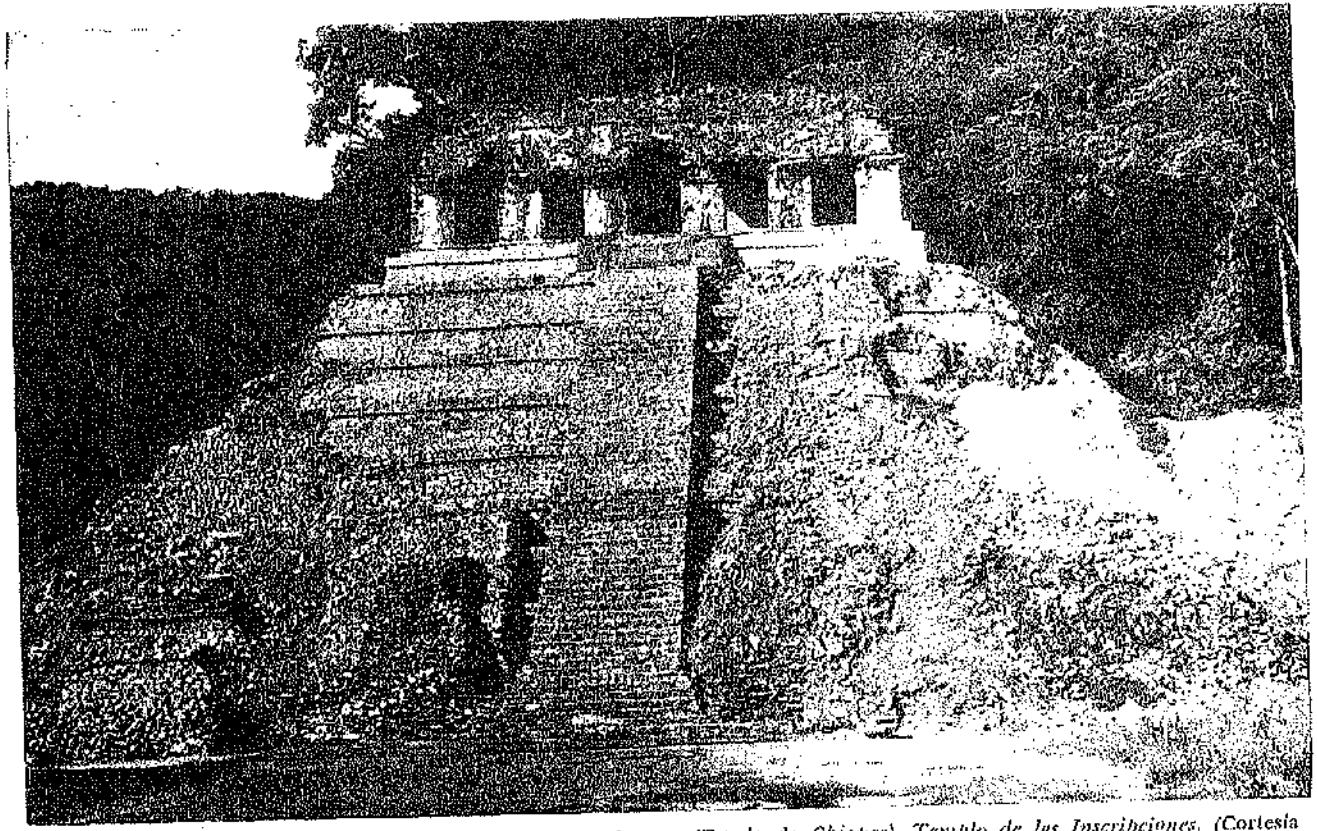


LÁMINA LXVIII. — *Las ciudades del Viejo Imperio.* Palenque *(Estado de Chiapas). Templo de las Inscripciones.* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

de la más diversa manera. Para preparar las afamadas tortillas, que representaban el pan nuestro de cada día de los naturales, era necesario ablandar el hollejo de los granos de maíz. A tal efecto, los granos se ponían en agua y cal durante una noche. Al día siguiente se lavaban, se molían en los conocidos metates de piedra, generalmente de tres patas y mano cilíndrica, y se cocinaban sobre un disco de arcilla que se ponía sobre el fuego. También se hacían *tamales*, o sean, bollos cocidos al vapor que se aderezan con ají y se completan a veces con carne. Sin olvidar el *atole*, especie de sopa que se prepara cociendo en agua la masa de maíz y agregándole algunos otros ingredientes.

FIG. 102. — Labrador azteca sembrando maíz con la *coa*. Códice Florentino.

Los fríjoles constituían otro producto principal del cultivo que era fundamental en la dieta azteca. Los tenían de clase variada, y con ellos se preparaban diversos manjares. Los tomates, las calabazas, los ajíes y la batata se cultivaban y usaban corrientemente.

En la alimentación azteca intervenían productos varios procedentes de la tierra caliente, como el cacao y los aguacates. Al primero de éstos le correspondía una importancia capital, pues fuera de usarse para la preparación del chocolate, al que nuestros indios eran muy aficionados, sus granos se empleaban también como moneda. Interesante es que en la preparación del chocolate intervenían varias especias, y principalmente el ají.

Planta de gran importancia económica era el maguey. Con su jugo se preparaba el pulque, bebida embriagante, y con las fibras de sus hojas se fabricaba cordelería y un tejido algo basto, muy parecido al yute.

2. *Animales Domésticos*

Los Mexicanos no conocieron los camélidos andinos, y carecieron por tanto no sólo de animales de tiro, sino que también de bestias de carga. Sus únicos animales domésticos fueron el perro, el pavo y las abejas.

La domesticación del perro pertenece al círculo cultural mesolítico. Pero como es natural, no todas las variedades que hoy conocemos fueron domesticadas entonces. Desgraciadamente, todavía no se ha determinado bien cuáles son las razas originarias y cuáles las que derivan de ellas.

De las distintas variedades que criaron los *Aztecas* ya sea para la alimentación ya para el sacrificio, hay una que merece mención especial. Carecía de pelo, y parece ser la antecesora de la raza moderna de Chihuahua [2]. Según el P. Sahagún, estos perros no nacían así, sino que perdían el pelo a consecuencia de ciertas manipulaciones a que se les sometía. Agrega que como solían tener frío, de noche había que envolverlos en mantas de algodón [3].

El pavo parece haber sido domesticado en México, muy probablemente en Oaxaca, a juzgar por el hecho, aducido por Sauer, de que la forma silvestre no pasa al sur del istmo de Tehuantepec [4]. Los *Aztecas* lo criaban en grandes cantidades. Los españoles, al describirlo lo llamaron "gallina" por analogía, y esto ha conducido a muchos errores [5]. Los había blancos, rojos y negros. Todos ellos servían a la alimentación, generalmente preparada su carne con salsa de ají.

Las abejas domésticas carecían de aguijón, y se tenían en colmenas hechas con un palo hueco. De ellas usaban tanto la cera como la miel. La costumbre se ha conservado hasta el día de hoy entre grupos apartados de habla mexicana [6].

3. *Caza, Pesca y Recolección*

En la economía azteca, la caza y la pesca constituían un necesario complemento a la dieta proporcionada por el trabajo agrícola y la escasa cría de animales. Menos importancia tenía, en cambio, la recolección de productos agrestes.

La caza podía practicarse aislada o colectivamente. De manera general puede decirse que los animales de caza no eran muy

FIG. 103. — Entrega de productos agrícolas a Cortés; a su lado, Marina.

numerosos, ya que desde los tiempos de las culturas formativas el principal de ellos, el venado, venía siendo sistemáticamente exterminado. Más numerosas eran las bandadas de patos y otras aves acuáticas en las lagunas del Valle de México. La caza colectiva se efectuaba sobre la base del ojeo, en el que los ojeadores haciendo todo el ruido posible, hacen converger los animales hacia un sitio determinado donde los cazadores los pueden fácilmente matar.

La pesca se practicaba con una especie de tridente, con redes o con trampas de variada especie. La más común de éstas era una nasa fabricada con cañas, que se colocaba en medio de una corriente donde era mantenida en suspensión por medio de flotadores de calabaza.

III. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

1. *El Calpulli*

En la época de la conquista española, la comunidad que por sus caracteres y función debe considerarse base del Estado y de la sociedad organizada, se llamaba *calpulli*. La nación azteca se dividía entonces en veinte calpullis.

Es casi seguro que se trataba de una muy vieja institución, equivalencia del *ayllu* andino. Y es posible también que en algún momento de su larga historia, su organización haya tenido carácter exogámico y determinados rasgos matriarcales. Mas, a comienzos del siglo XVI el calpulli se había convertido en un "clan geográfico", como lo llamara Thompson [1], esto es, una institución cuyas bases se hallaban tanto en el parentesco como en la unidad territorial. Pues cada uno de ellos poseía en propio un determinado distrito y era el propietario real de las tierras que el mismo comprendía, por lo que los españoles los llamaron "barrios". Además, lejos de persistir en la exogamia de clan, el calpulli era ambilateral, con tendencia a la endogamia [2].

Aunque supeditado al poder supremo del Estado, el calpulli funcionaba como entidad dotada de gran independencia. A él pertenecían las familias que habitaban en el distrito, las que se consideraban parientes y reconocían como propio a un mismo ancestro. El calpulli tenía sus propios funcionarios, que él mismo elegía, y sus guerreros integraban un contingente independiente que tenía sus propias insignias. La comunidad poseía también

su templo particular, con su correspondiente divinidad protectora, cuyo mantenimiento corría por cuenta del producto de las tierras cultivadas en común. Aunque es también probable que los calpullis recibieran una parte de los tributos que las regiones sometidas entregaban al Estado.

La dirección del calpulli estaba en manos de dos jefes distintos, uno militar y otro civil. El primero se llamaba *teachcauh*, y sus deberes consistían en la preservación del orden social en tiempos de paz, y en mandar la formación de los guerreros del calpulli en los de guerra. A ese efecto, los calpullis disponían de escuelas llamadas *telpochcallis*, donde los jóvenes aprendían el manejo de las armas. En cambio, el segundo jefe, que llevaba el nombre de *calpullec*, estaba dedicado a preservar el orden económico, para lo cual tenía en su mano la distribución y registro de las fracciones de tierras, las declaraba vacas cuando correspondía y decidía todas las disputas sobre las mismas. Además, administraba los almacenes públicos. Todo integrante del calpulli estaba obligado a ejercer las tareas de carácter administrativo que esta ordenación requería.

Junto con los mencionados jefes funcionaba un consejo constituído por los ancianos de la comunidad. Presidido por el *calpullec*, celebraba sus sesiones en la casa comunal, la cual también servía de lugar de reunión de los hombres.

Cuatro grupos de cinco calpullis cada uno constituían otras tantas entidades superiores, intermedias entre el clan y el Estado. La división en cuatro era común entre los *Aztecas*, y respondía a la división ritual en cuatro puntos cardinales. Cada una de estas grandes divisiones tenía también su templo y su divinidad, un colegio para los jóvenes nobles llamado *Calmelac* y un depósito de armas. Los miembros de los cinco calpullis que las componían se consideraban parientes lejanos, aunque de un mismo origen. Su jefe era siempre un alto jefe militar, probablemente de sangre real, que no reconocía otro superior que el Emperador mismo. Y en cuanto a su organización interna, es probable que no se diferenciara grandemente de la de los calpullis.

Los calpullis, a su vez, se subdividían en dos, tres y algunas pocas veces más, *tlaxilacallis*. Éstos eran núcleos de casas o subbarrios constituídos por grandes familias, es decir, por series de familias consanguíneas. La familia se regía por el derecho patrilineal y estaba bajo la jefatura del más anciano. Existía el levirato, esto es, la antiquísima costumbre que hace que al morir un hombre casado, su hermano heredara la esposa y los hijos del fallecido. Por lo demás la familia tenía carácter monógamo, al menos para el común. Pues, a los nobles les era permitido tener tantas esposas como podían mantener. En estos casos, todos los hijos habidos en las distintas mujeres eran considerados legítimos. Pero cuando se tenía una mujer escogida de antemano para que los hijos habidos en ella sucedieran al padre en sus cargos y preeminencias, eran sólo éstos los que heredaban los derechos reales y personales [3].

El matrimonio mismo se celebraba con gran solemnidad, tendiente a hacer resaltar la trascendencia y el significado que la institución tenía para la vida social. Los jóvenes se casaban alrededor de los 20 años.

2. *Las Clases Sociales*

No hay uniformidad de pareceres respecto de la interpretación estricta de la sociedad azteca. Pues, mientras que para unos autores, como Adolfo Bandelier [4], la organización social de los *Aztecas* tenía carácter tribal y democrático, para otros, cual Manuel M. Moreno [5], se basaba en una serie de clases perfectamente caracterizadas. En cambio, un tercer grupo de autores, más recientes y más acertados, defiende la tesis de que se trataba de una sociedad que al producirse la conquista española estaba en plena evolución.

La institución del calpulli, parece ser muy antigua entre nuestros indios. Pues, lo vemos existir desde el mismo momento en que los *Aztecas* aparecen en el escenario de la historia humana. Y todo induce a creer que en tiempos de la migración, el calpulli

ya conocía dos categorías de integrantes a las que podemos denominar clases: el de los *piles* o señores, y el de los *macehuales* o gente del común. Los primeros tenían a su cargo la dirección y organización del clan; los segundos la ejecución de todo trabajo manual que la comunidad demandaba [6] (Fig. 104).

FIG. 104. — Pobres y ricos. Códice Florentino.

La situación originaria se fué empero modificando con el transcurso del tiempo. La importante aculturación sufrida por los *Aztecas* no dejó de influir sobre la situación social originaria. Fué primero el asentamiento de los grupos en el Valle de México. Luego la ampliación enorme y paulatina del territorio tribal por numerosas guerras de conquista. Bajo la influencia de éstos y otros factores, la clase superior se amplió y adquirió nuevas preeminencias, entre ellas la de poseer grandes extensiones de tierras cultivables en propiedad particular. Esta nobleza era heredable por la sangre y se transmitía por mayorazgo, o se adquiría por méritos de guerra. En tanto que una buena parte de los integrantes de la clase inferior, que ya no era necesaria para el cultivo de las tierras, comenzó a trabajar en actividades especializadas. Las fuentes históricas mencionan nada menos que treinta oficios distintos como existentes en una sola ciudad, la de *Tetzcoco*: carpinteros, alfareros, navajeros, cesteros, plumereros, plateros, etc.

Una posición intermedia entre ambas clases fundamentales

es la que adquirieron varios sectores sociales nuevos que poco a poco fueron surgiendo. De entre ellos se destacan los magistrados o empleados judiciales, los *calpixques* o recaudadores de tributos en provincias, los embajadores, los *teopixques* o sacerdotes [7], las agrupaciones militares, etc. Los integrantes de estas profesiones procedían de aquella parte de la nobleza que sólo heredaba el título nobiliario y no era, por tanto, propietaria de tierras. Algunos de estos sectores, como el militar y el sacerdotal, tendían a convertirse en nuevas clases sociales.

En el mismo caso se encontraba el importante gremio de los mercaderes. Se llamaban *pochteca*, y a diferencia de los integrantes de las profesiones anteriores, procedían de la clase de los *macehuales*. Pero a principios del siglo XVI el sector había adquirido tanta importancia, riqueza y prestigio, que en parte se asimilaba a los grupos privilegiados.

Una de las razones del notable relieve que los *pochteca* habían adquirido en la sociedad azteca, está dado por su contribución a la expansión nacional. Casi todas las grandes conquistas eran precedidas por penetraciones comerciales que los mercaderes habían iniciado. A tal efecto, los *pochteca*, viajando en grupos y munidos de sus atributos, un bastón y un abanico de plumas, visitaban las regiones apartadas donde todavía no habían llegado los guerreros, y luego, al regresar, no sólo traían toda clase de mercaderías que no producía el Valle de México, sino que también daban cuenta detallada de la topografía, la demografía y la situación política imperante en las regiones visitadas [8]. Hasta parece que habían conquistado por cuenta propia varias comarcas y fundado diferentes pueblos [9].

La sociedad azteca conoció también dos clases de servidumbre. Una de ellas era la esclavitud. Era una esclavitud menos decisiva e infamante que la del Viejo Mundo, es cierto [10]. Se caía en ella por causas diversas. Por ejemplo, en castigo de ciertos crímenes, como el robo; por deudas de carácter económico; por propia decisión con el objeto de lograr seguridad social o algún beneficio, etc. La esclavitud equivalía a que el individuo

perdiera sus derechos como miembro del calpulli y quedara convertido en propiedad de la persona que había sido lesionada en sus intereses (Fig. 105).

Los esclavos podían pasar de unas a otras manos y venderse en el mercado. El precio común era el de veinte mantas de algodón. Pese a ello, la situación de los mismos no era desesperada. Es cierto que una vez adquirida, la calidad de esclavo quedaba regida por la herencia. Pero había muchas maneras de dar término a la situación. Por ejemplo, en ciertos casos era posible que un esclavo dejara de serlo si su hermano se esclavizaba en su lugar. Los amos solían a veces liberar también a los esclavos. Además, era bastante frecuente que un amo se casara con una esclava suya, o que una viuda libre contrajera enlace con un esclavo dejado por el marido muerto. Y en todos estos casos el matrimonio determinaba liberación de la esclavitud.

FIG. 105. — Familia de esclavos aztecas. Códice Florentino.

Otro tipo de servidumbre era el de los *mayeques*. Éstos eran siervos, que más que a un amo pertenecían a una propiedad territorial. Y como elementos indispensables y pegados al suelo que eran, se enajenaban con la tierra que trabajaban. Felizmente, esta servidumbre era para una sola vida, ya que el hijo del *mayeque* nacía libre. Pero mediante esta institución, los señores podían disponer de una importante masa rural para el cultivo de sus tierras. Es probable que se tratara de los últimos restos de las poblaciones anteriores a los *Aztecas*.

3. *La Organización Política*

La organización política de los *Aztecas* tenía como base la federación de calpullis.

Un Gran Consejo o *Tlatocán*, cuyo núcleo estaba compuesto por los veinte representantes de los veinte calpullis que llevaban el nombre de *tlatoanis* u "oradores" y eran elegidos de entre los varones más sabios y distinguidos de cada barrio, era el organismo fundamental en el Estado azteca. Las funciones de este Consejo eran múltiples, y tenían carácter directivo, administrativo y judicial.

Una de sus principales funciones era la de elegir un pequeño consejo de cuatro funcionarios que a su vez elegía al jefe supremo del Estado, al *Tlatecuhtli* o Emperador como lo llamaron los españoles. Parece que desde los tiempos de la Triple Alianza, estos cuatro príncipes que siempre se elegían en determinadas familias y eran los jefes de las cuatro agrupaciones de calpullis, tenían como misión principal la de asesorar al Emperador. Y al morir éste, nombraban a otro gobernante y desaparecían ellos mismos. El Gran Consejo elegía inmediatamente otros cuatro electores, los que debían cumplir idéntica misión que los anteriores. Y parece también que desde aquellos mismos tiempos, los reyes de *Tlacopán* y *Tetzcoco* intervenían en la elección, elevándose así a seis el número de electores.

La dignidad de jefe supremo o Emperador no era hereditaria en México, aunque por lo general las personas que eran investidas con ella se elegían de entre los miembros de una misma familia. Una vez electos, solían mantenerse hasta la muerte en su función, aunque podían ser destituídos en cualquier momento si su conducta no estaba de acuerdo con lo que se esperaba. Así, cuando *Moctezuma* fué tomado prisionero por Cortés, el consejo le depuso inmediatamente. Razones fueron tanto su alegada cobardía como el hecho de su prisión. Pues, se veía imposibilitado de atender las funciones de gobierno.

Como jefe nominal de la nación azteca, el Emperador era tratado con los máximos honores. Vivía en un magnífico palacio rodeado de un lujo esplendoroso. Vestía prendas riquísimas. Gozaba de todos los privilegios. Los que se le acercaban, e incluso los más altos jefes, debían hacerlo con la frente baja, los pies descalzos y vestidos con sencillez. Cuando quería trasladarse de uno a otro lugar era transportado en una litera cuyos brazos descansaban sobre los hombros de cuatro altos jefes, en tanto que otros dignatarios sostenían sobre su cabeza una especie de dosel hecho con plumas verdes y ornado con oro y pedrerías. Sus pies no podían tocar directamente el suelo, por lo que había servidores que extendían mantas por donde tenía que pasar.

Junto al Emperador había otro jefe supremo que llevaba el curioso nombre de *Cihuacóatl* o "mujer serpiente". Era desde luego un hombre, cuyo rango nominal era igual al del Emperador, y ostentaba el mismo distintivo: una especie de diadema ornada con piedras preciosas. Su origen parece hallarse en un héroe nacional del tiempo de las guerras tepanecas. Posteriormente, este co-emperador tuvo múltiples funciones: reemplazaba al Emperador cuando éste se hallaba fuera de la ciudad; presidía el *Tlatocán*; estaba encargado de la recolección y almacenamiento de los tributos, etc. En caso de guerra, mandaba los contingentes tenochcas cuando el Emperador tenía el comando sobre el conjunto de fuerzas de la confederación.

Porque no se debe olvidar que lo que llamamos Imperio Azteca era en realidad una confederación de tres ciudades-Estado: la de *Tenochtitlán*, la de *Tetzcoco* y la de *Tlacopán* (actualmente *Tacuba*), aunque bajo la supremacía del primero. El resto del territorio estaba formado por provincias sometidas o conquistadas. De éstas las había cuya sujeción era puramente nominal, y otras que estaban sometidas al régimen de los tributos. En total eran alrededor de 50 [11].

Pero aún entre las regiones tributarias había diferencias. Unas tributaban realmente, pero conservaban su propio señor, que era el encargado de recaudar el tributo y de enviarlo a la

ciudad conquistadora. En otras, en cambio, se había destituído al señor, que se hallaba ahora en *Tenochtitlán* en calidad de rehén, y eran funcionarios aztecas, los ya mencionados *calpixques*, quienes recaudaban los tributos. Pero tanto en uno como en otro caso y de acuerdo con la costumbre mexicana, las provincias no eran absorbidas por la nación conquistadora, sino que cada una de ellas quedaba con su propia lengua, su propia religión y con la organización interna que tenía antes de su incorporación al Imperio.

Los tributos eran de la más diversa índole, aunque generalmente en especie. Y justamente uno de los libros prehispánicos que se han conservado es el llamado "Matrícula de los Tributos" [12], en el que están figuradas las clases y cantidades de tributos que cada región conquistada debía entregar. Y allí puede verse que los tributos estaban siempre de acuerdo con la naturaleza y las posibilidades del tributario. Los más comunes eran alimentos y vestidos, esclavos y materiales de construcción. Pero también plumas vistosas, oro, vírgenes, piedras preciosas, etc., etc.

4. *El Derecho Penal*

El derecho penal azteca era muy severo. Se ha dicho que la causa de ello radicaba en que estando asentada la sociedad azteca sobre bases fundamentalmente militares, era de todo punto necesario mantener una disciplina vigorosa y estricta, a la espartana, para impedir todo síntoma de disolución social o relajamiento colectivo, el que hubiese sido fatal para el poderío azteca, forjado como estaba a base de violencia y conquista [13]. Por lo cual, las penas más usuales eran la muerte y la esclavitud.

La ley castigaba tanto los delitos generales contra las personas, la propiedad y las buenas costumbres, como aquellos otros más específicos que tenían carácter militar o religioso. El derecho era consuetudinario, y existía una diferenciación de la pena según fueran las circunstancias del delito. Por ejemplo, el Estado

tenía interés en proteger las concentraciones comerciales, y si un ladrón era descubierto robando en el mercado, solía ser inmediatamente muerto a palos. En cambio, si el robo se efectuaba en otro lugar y en otras circunstancias, entonces el ladrón debía devolver lo robado o era reducido a esclavitud. Se protegía también el trabajo de la orfebrería, y todo el que sustraía oro, plata o jade era sacrificado al dios *Xipe*, patrono de los orfebres. Pese a esa severidad, cualquier persona hambrienta podía sacar dos o tres mazorcas de maíz de un campo de cultivo, aunque no más. Pues, si cortaba más de lo necesario para satisfacer su hambre momentánea, era también la muerte lo que correspondía. No es de extrañar, pues, que los delitos contra la propiedad fueran excepcionalmente raros, y que hasta las casas carecieran de puertas.

FIG. 106. — Justicia azteca. Sendos pares de jueces dictan sentencia de muerte por estrangulación y por golpes a la cabeza. Códice Florentino.

El asesinato se penaba igualmente con la muerte, aunque la persona asesinada fuera un esclavo. El aborto y el infanticidio común se penaban igual que el asesinato. Ni siquiera en el caso de una mujer adúltera, hallada *in fraganti*, podía el marido ofendido hacerse justicia por su propia mano. Es que la vida de la persona era sagrada en todos los casos, y el Estado el único juez reconocido.

La forma de aplicar la pena de muerte era muy variada. La más corriente era la horca, que correspondía al asesinato. Pero se usaba también el estrangulamiento, la flagelación y el descuartizamiento. A los nobles la ejecución era en privado, y en pú-

blico en los demás casos. Los adúlteros solían ser lapidados en el patio del *Tecpán* o casa comunal, o en el mismo mercado. Pero también podían ser ahogados, flechados con dardos o muertos dejándoles caer piedras sobre la cabeza (Fig. 106).

Se penaba igualmente algunos delitos que para nosotros difícilmente lo serían. Tal, por ejemplo, el casamiento entre personas que antes se habían divorciado, el usar ropas del sexo opuesto, o el recolectar el maíz antes de su madurez.

La embriaguez era también mal vista y no permitida fuera de en ciertas ocasiones solemnes. Sólo los ancianos de uno y otro sexo podían beber a su gusto en toda ocasión. Las demás edades, en cambio, y especialmente los jóvenes, se veían expuestos a ser lapidados o flagelados hasta la muerte si mostraban demasiado a las claras su intemperancia.

Tampoco se permitía la hechicería o magia negra, y los contraventores eran sacrificados.

Un notable principio del derecho penal azteca permitía eludir la pena judicial en determinadas circunstancias. Eran aquellas en que el delito se cometía por primera vez y el criminal confesaba su acción ante el sacerdote de la respectiva divinidad y hacía los correspondientes sacrificios y penitencias.

Los *Aztecas* no conocían las prisiones ni la reclusión como régimen punitivo. Lo que más se acercaba a una prisión en nuestro sentido eran unas jaulas de madera en las que se recluía a las personas mientras esperaban su juicio o ejecución, aunque por lo general las sentencias se ejecutaban tan pronto como eran dictadas.

Las noticias de las fuentes antiguas respecto del sistema judicial azteca son a menudo contradictorias. Pero parece que los tribunales de primera instancia, que conocían de las controversias del pueblo, estaban constituídos por tres jueces y sus correspondientes tenientes, que eran los encargados de ejecutar las sentencias. Los juicios eran verbales, y se actuaba a diario y durante todo el día. El tribunal de instancia superior era el *Tlacxillán*, compuesto por cuatro jueces y presidido por el *Cihua-*

cóatl. Éste conocía en apelación de las resoluciones de los tribunales inferiores, y sus decisiones tenían fuerza definitiva.

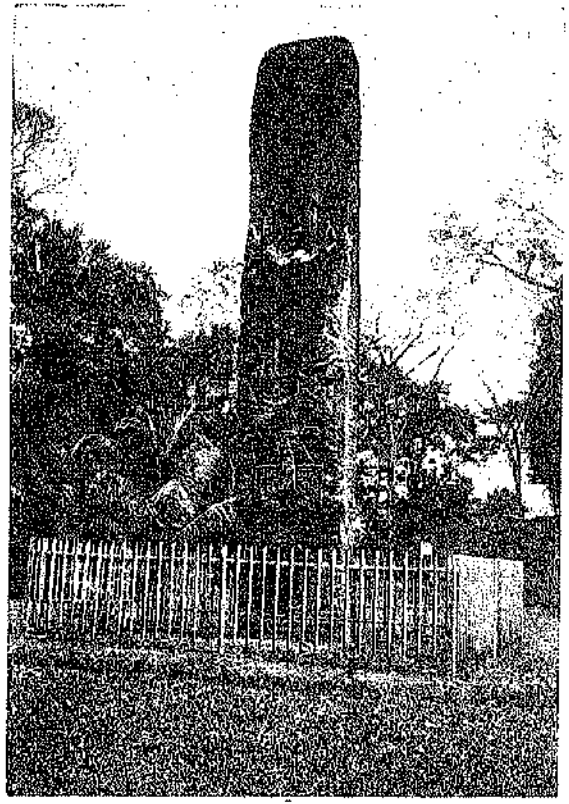
Los delitos militares eran juzgados por tribunales especiales. Para todos los delitos de este tipo había pena de muerte, y al tratarse de traición se agregaba la esclavitud para todos los parientes del reo. También los mercaderes tenían fuero especial, y sólo podían ser juzgados por sus propias autoridades.

5. *La Guerra*

La guerra constituía un factor importante en la economía y religión aztecas. En la economía, porque por su intermedio se obtenía botín y tributos en especie que aumentaban considerablemente, y reemplazaban en parte, la propia producción. Y en la religión, porque con los cautivos que en las guerras se hacían se alimentaban los debidos sacrificios a los dioses.

Todo hombre adulto y útil estaba obligado al servicio de las armas, cuyo manejo se enseñaba en el *telpochcalli* o escuelas comunes. Las formaciones militares tenían como base al calpulli, cuyo contingente constituía un regimiento aparte. Lo comandaba el jefe militar del clan, y se subdividía en conjuntos de 20 hombres comparables a nuestras compañías o pelotones. A su vez, los cinco regimientos correspondientes a cada uno de los cinco cuarteles municipales en que se subdividía la ciudad, formaban sendas divisiones que estaban a las órdenes del respectivo jefe militar. Cada cuartel tenía su correspondiente *tlacochcalco* o "depósito de dardos" que era arsenal y lugar de concentración a la vez, y donde todos acudían en caso de alarma para ser equipados.

Fuera del ciudadano común, cuyos intereses, como es natural, estaban más de acuerdo con la vida civil, había grupos de guerreros profesionales que constituían órdenes militares. Los más conocidos eran los llamados Caballeros Águilas y Caballeros Tigres, cuyos distintivos especiales eran pieles de águila y ocelote, y que mandaban las unidades inferiores. Para formar en estas



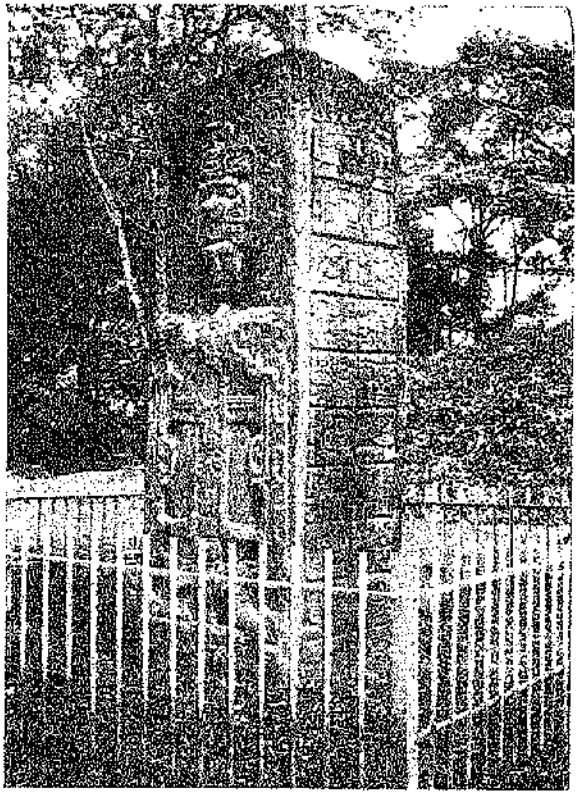


LÁMINA LXIX. — *Las estelas mayas de* Quiriguá *(Guatemala).*
a) *Estela E.*
b) *Estela H.*

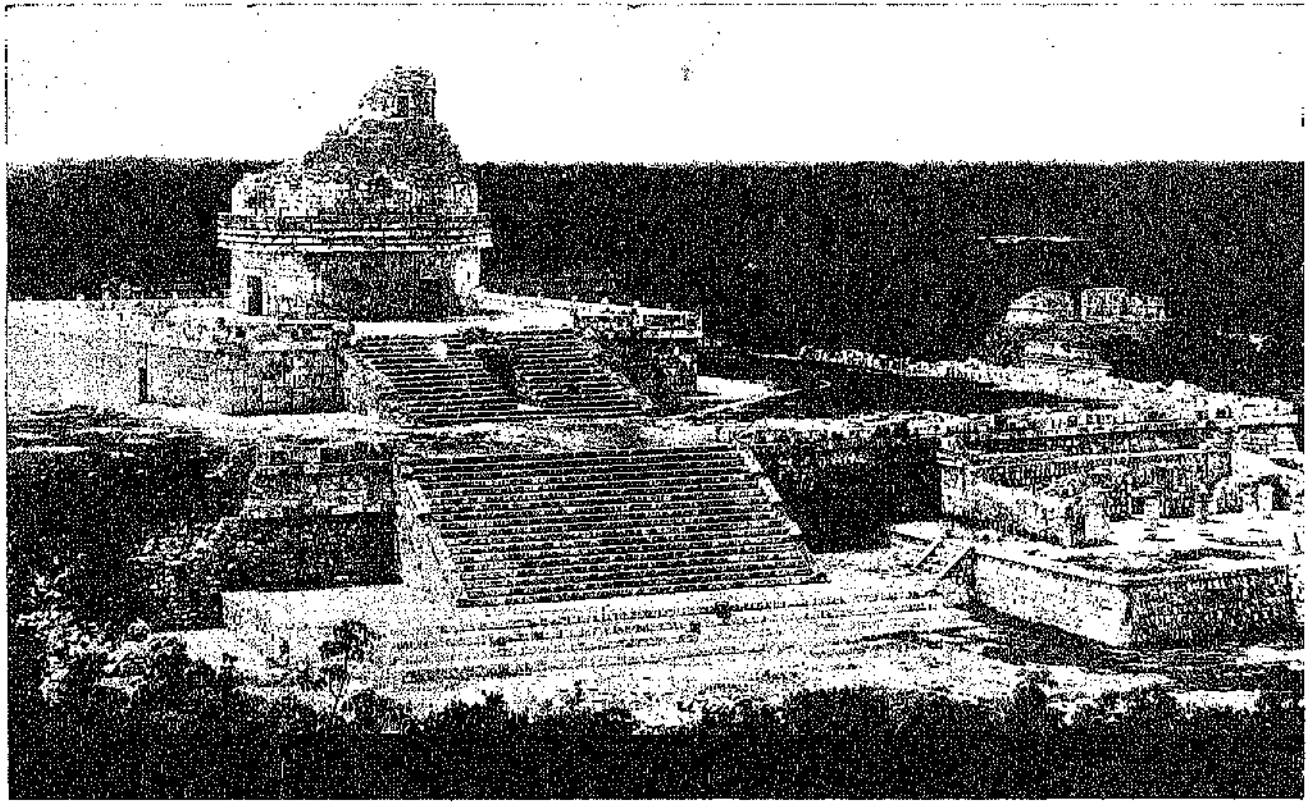


LÁMINA LXX. — *Civilización Maya. El Caracol de* Chichén Itzá *(Yucatán).* (Cortesía del Museo Nacional de Antropología de México.)

órdenes debían seguir cursos en el *Calmelac* y ser luego iniciados en el templo del dios de la guerra. Subían de grado a medida que se distinguían en los combates.

Las principales armas ofensivas eran las macanas de madera con doble filo de hojas de obsidiana, y el propulsor con sus correspondientes dardos. Se usaban también los arcos y flechas, las hondas y las lanzas, aunque en escala menor. Como armas defensivas servían los escudos redondos, hechos generalmente de madera con cubierta de cuero, que los caballeros y nobles adornaban con plumas y pedrería. Y los acolchados de algodón, especie de coraza que resultaba de tal efectividad frente a los tiros de dardo o flecha, que los españoles la adoptaron en seguida (Fig. 107).

FIG. 107. — Guerreros aztecas en combate ceremonial. Códice Florentino.

Dado que una de las principales causas para promover una guerra era la necesidad de obtener cautivos para sacrificar a los dioses, los guerreros aztecas no trataban de matar enemigos, sino de apresar el mayor número posible. Toda su táctica y espíritu de lucha iba dirigido a esto, y el prestigio y rango que cada uno lograba dependía en gran parte del número de prisioneros que había hecho. Dándose hasta el caso de que si un guerrero novel entraba reiteradamente en acción sin lograr tomar ningún cautivo, fuera devuelto a la vida civil con el calificativo de cobarde.

Esta loca necesidad de obtener cautivos para sacrificar había llegado a ser tan grande, que en las épocas en que no había gue-

rras normales se practicaban las llamadas "guerras floridas". En estas guerras, que se hacían con algunas ciudades vecinas, no se pretendía ganar tierras ni señoríos, ni siquiera salir del campo de batalla que previamente se había elegido. Sino que lo único que interesaba era demostrar su destreza y valentía y hacer prisioneros. A tal efecto se procuraba que entraran en combate igual número de combatientes por uno y otro bando, y todos los que se capturaban eran luego sacrificados en la respectiva ciudad.

Durante los combates, los ejércitos hacían el mayor ruido posible gritándose denuestos, golpeando tambores y tocando caracolas. Los guerreros se pintaban, y los jefes y nobles se tocaban con cascos que tenían la figura de animales feroces.

Dado el tipo de guerra que practicaban los *Aztecas*, que era a base de estratagemas, emboscadas y luchas cuerpo a cuerpo, las fortificaciones eran poco menos que innecesarias y, por lo tanto, raras. Las había, no obstante, como las de *Tlaxcala* y *Huexotla*, ciudad esta última vasalla de *Tetzcoco*, y Estado independiente la primera, que nunca pudo ser dominada. Por el oeste las había también, como la célebre de *Oztuma*, en el actual Estado de Guerrero. Por lo general estas fortificaciones servían de sede a una guarnición, y constaban de un fortín y de una serie de parapetos [14]. Más común que erigir fortificaciones era la de situar las ciudades en terrenos fácilmente defendibles.

IV. LA CULTURA MATERIAL

1. *Instalación y Vivienda*

Durante el período Azteca, la disposición de las ciudades era de carácter rectangular. En el centro de cada una de ellas había una plaza, en torno de la cual estaban dispuestos los principales edificios religiosos, y de la cual arrancaban las calles principales y los caminos que se dirigían al exterior.

Pese a ser este un período de gran intranquilidad, frecuentes cambios y guerras continuadas, la defensa de las ciudades se confiaba más a su posición natural en el paisaje que a las formales fortificaciones de carácter militar. Así, muchas de ellas se establecían sobre colinas cuya cima previamente se aplanaba, o en otros lugares de acceso algo difícil. Otras, como *Tenochtitlán* y *Tlatelolco*, estaban situadas en medio de la laguna. La primera, sobre todo, representaba un caso especial de instalación humana. Rodeada de agua por todas partes, la gran urbe tenía enlace con tierra firme sólo por tres caminos elevados que se dirigían hacia el norte (*Tepeyac*), el este (*Tlacopán*) y el sur (*Ixtapalapa* y *Coyoacan*). Fuera de estas calzadas, toda otra comunicación sólo era posible a través del agua de la laguna.

En toda ciudad azteca el templo era el edificio principal. El de *Tenochtitlán*, conocido por Gran Teocalli o Templo Mayor, estaba dedicado a *Huitzilopochtli* y *Tlaloc*, y tenía frente al poniente. Estaba en el centro mismo de la ciudad, donde sus ruinas todavía se encuentran sepultadas en la esquina de las calles

Guatemala y Seminario de la actual capital mexicana. A su lado había otros templos menores, dedicados a otros dioses, así como *tzompantlis* o altares de cráneos, juegos de pelota y otras construcciones varias. El conjunto formaba un centro religioso que ocupaba un extenso cuadrado de más de 200 metros de lado. Estaba rodeado por un muro de cerca de dos metros y medio de altura, con tres únicas entradas que correspondían a las tres principales avenidas de la ciudad, y cuyas superficies externas estaban decoradas con representaciones de serpientes emplumadas.

Los templos representaban siempre construcciones de piedra notables. Una alta pirámide, cuya línea de perfil se veía interrumpida tres veces por angostas terrazas y daba por tanto la impresión de constar de cuatro cuerpos distintos, terminaba en una plataforma sobre la que descansaba el templo propiamente dicho. Éstos podían ser dos sobre una misma plataforma, como en el caso del Gran Teocalli, constando cada uno de una cámara donde se hallaban los ídolos, y de una antecámara destinada a los sacerdotes. Una ancha y empinada escalinata, bordeada por alfardas, conducía a la plataforma, a cuyo frente se hallaba la piedra de sacrificios.

La vivienda azteca era de dos tipos. Una choza simple, con paredes de cañas o ramas generalmente recubiertas con barro y empinado techo de paja, era el más antiguo. Todavía las hay, numerosas, en las más distintas partes del México rural. El otro tipo era más reciente y más propio de las aglomeraciones urbanas. Sus paredes estaban construídas con piedra o adobes puestos en argamasa, y solían tener techo plano, a veces revestido de estuco.

De manera general puede decirse que la arquitectura domiciliaria azteca era relativamente simple. Las viviendas tenían planta rectangular y carecían de ventanas, por lo que su profundidad no podía ser muy grande. Las de la gente del pueblo constaban de una sola habitación, complementada frecuentemente por graneros y *temascallis*, "estufas", o sudatorios. Los palacios de los ricos y nobles, en cambio, comprendían una serie de habitaciones que estaban dispuestas en torno de uno o varios patios.

En unas y otros la idea constructiva era la misma, diferenciándose los palacios de las viviendas del común sólo por su mayor número de habitaciones y su mejor construcción y acabado.

Relativamente sencillo era también el ajuar doméstico. En las viviendas comunes se cocinaba en un ángulo de la habitación o en una pequeña construcción anexa. Se comía y dormía en el suelo, sobre esteras y mantas. Las casas de los ricos, en cambio, disponían de unos bajos asientos de madera y de algunos otros muebles del mismo material.

Interesante complemento de la instalación azteca era el aspecto sanitario. Como la laguna era salada, se traía el agua desde tierra firme por medio de dos largos acueductos. En las casas se recogía la orina en vasos de arcilla, y luego se usaba con fines industriales. Y tampoco faltaban canoas atadas a lo largo de las riberas con funciones de retretes públicos.

2. *Vestido y Adornos*

El vestido de los macehuales o gente del común consistía en el *maxtli* o taparrabos, y una manta que se anudaba sobre el hombro derecho. Esto en lo que se refiere a los hombres. Porque las mujeres vestían *enagua* y *huipil*, es decir, falda y blusa larga sin mangas.

Ambos sexos llevaban el pelo largo, dispuesto el de las mujeres en dos largas trenzas. En tiempo frío solían calzar sandalias de cuero con talonera alta, o de tipo más sencillo hechas de fibra de maguey.

Nobles y ricos se atenían al mismo tipo de vestido, sólo que en ellos era de mejor textura, material más fino y ostentaba adornos bordados. Las telas eran de algodón, las más finas, y de fibra de maguey, las más ordinarias. En tanto que los adornos, de los que había gran variedad, se hacían de oro, plata, cobre, concha, jade y otras clases de piedras preciosas. Los hombres agregaban a veces adornos nasales y una especie de tembetá que

colgaba del labio inferior. Más comunes eran las orejeras, con las que podían adornarse tanto uno como otro sexo.

Guerreros, sacerdotes y mercaderes se distinguían también por su vestimenta y adornos. En realidad, las diferencias en la indumentaria respondían aquí, como en muchas otras partes, a diferencias sociales y de rango. Esto vale, sobre todo, para los guerreros, los que ponían un acento particular en sus numerosos adornos, divisas e insignias. Muchas de éstas estaban hechas de plumería, y se llevaban a la espalda o en el escudo. Se ataviaban también con despojos de águilas y ocelotes, auténticos o figurados. Por su parte, los sacerdotes se engalanaban con los vestidos correspondientes a sus respectivos dioses. Atributo de señores y mercaderes era el abanico de plumas.

Los círculos privilegiados gustaban mucho de los collares. Éstos se hacían de metal y pedrería, especialmente de jade, que en Mesoamérica ha sido siempre la piedra más preciada. Entre el numeroso conjunto de adornos que Cortés remitió al Emperador Carlos V, se encontraba un collar que no sólo representaba un verdadero tesoro, sino que podía considerarse muestra digna de la orfebrería azteca. Se componía de 163 perlas de jade, 132 de otra clase, 27 de oro y cuatro grandes amuletos de piedras preciosas engastadas en oro que servían de centro.

3. *Las Artes Industriales*

Fuera de la orfebrería a la que nos acabamos de referir, los *Aztecas* practicaron otras industrias que, cual la metalúrgica, la de la piedra, el tejido, la cerámica y la plumería, continúan en su mayor parte las tradiciones del período Tolteca.

La metalurgia tenía como principal materia prima al cobre, con el que fabricaban hachas, cuchillos, agujas, cascabeles y varias clases de ornamentos. México no llegó a conocer, o al menos a practicar, la aleación del cobre y el estaño, y no produjo por tanto objetos de bronce. Conoció, en cambio, la del cobre y

el oro, y también la soldadura de estos dos metales. Las técnicas que empleaban fueron sobre todo el martilleo en frío y la fundición por el procedimiento de la cera perdida. Pese a ello, los artefactos metálicos no estuvieron nunca en boga, y las principales herramientas siguieron siendo de piedra.

Se trabajaba el sílex y la obsidiana, en cuyas materias fabricaban la mayor parte de instrumentos cortantes. Sobre todo la

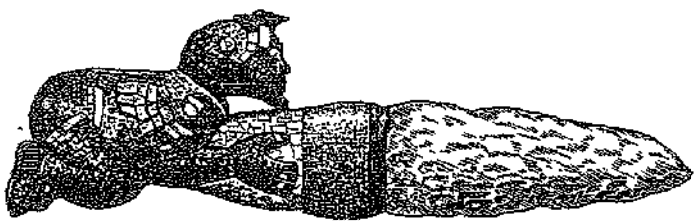


FIG. 108.—Cuchillo de pedernal especialmente destinado al sacrificio humano. El mango, adornado en forma de mosaico, representa un Caballero Águila. British Museum de Londres.

obsidiana, muy común dada la naturaleza volcánica del país, se presta admirablemente para ello. A tal efecto, se desprenden lascas de un trozo mayor, generalmente llamado núcleo, las que pueden servir de cuchillos sin necesidad de mayores retoques. Un acabado muy minucioso tenían en cambio los cuchillos usados en los sacrificios, con su mango de madera tallado en forma de hombre agazapado todo incrustado con piedras preciosas (Fig. 108). Hermosas obras de arte eran también muchas puntas de flecha de sílex, en tanto que las hachas tenían hoja de diorita o diabasa y cabo de madera.

Del arte textil conocemos muy pocos restos que hayan podido resistir la acción del tiempo y llegado hasta nosotros. Sabemos, no obstante, que las mujeres hilaban y tejían las fibras del algodón y el maguey, y en escala mucho menor, el pelo de perro y conejo. Se hilaba en husos con tortero de barro cocido, frecuentemente decorados, y se tejía sobre telares de tipo horizontal, iguales que los peruanos (Fig. 109). Hasta el modo de tejer era el mismo en ambos Imperios: el Azteca y el Incaico.

Parecidos eran también, en ambas partes, los procedimientos seguidos para la decoración de las telas. Los sellos de barro o pintaderas, el dibujo en deshilado, el brocado y el bordado fueron las técnicas más comunes para llegar a este resultado. A las que cabe agregar el teñido común y el que conocemos con el nombre de batik.

La cerámica azteca es una mera continuación de la que existía en el anterior período. El conjunto de formas conocidas de entre las que sobresalen las copas, los "cajetes" o escudillas, y los platos de triple soporte plano, generalmente decorados con dibujos negros sobre fondo anaranjado, ha sido dividido en cuatro tipos de los que ya mencionamos a dos: el Tenayuca y el Tenochtitlan. El tipo propio de la última época prehispánica es el conocido con las denominaciones de Tlatelolco o Azteca IV, aunque perdura el anterior de Tenochtitlán. La principal diferencia que separa uno y otro tipo es que mientras el Tenochtitlán ostenta decoración geométrica en líneas finas y paralelas, el Tlatelolco que cronológicamente es el último, muestra una decoración de tipo naturalista con la frecuente figuración de pájaros, peces y elementos vegetales diversos [1].

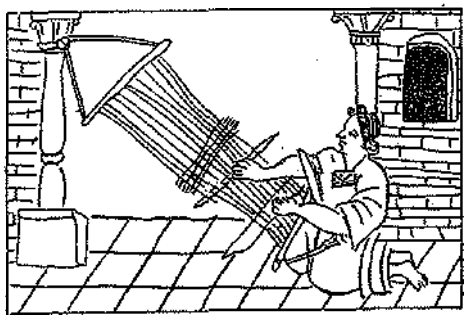


Fig. 109. — Tejedora azteca. Códice Florentino.

Fuera de estas formas y decoraciones cerámicas más generales y características, hay también otras formas y otros tipos de decoración. Por ejemplo, las policromas. En las propiamente aztecas, el fondo de la vasija es de color rojo oscuro, y los dibujos, que predominantemente son geométricos, están hechos con pintura blanca y negra. Mayor policromía ofrece la cerámica de *Cholula*, que aunque no es azteca debemos mencionarla, pues corresponde al período. Es ésta una de las más bellas alfarerías de México,

con su fino pulimento logrado sin ayuda de barniz alguno, y con su fondo igualmente anaranjado y sus dibujos pintados en negro, blanco y en hasta cuatro distintas tonalidades del rojo. En estos tipos policromos, el cajete, o escudilla, es también la forma más general.

Se fabricaba también toda clase de vasijas y otros objetos de barro cocido, ya para el ajuar doméstico ya para el servicio de los dioses. Los vasos para pulque, los discos para las tortillas, los braseros, los sahumadores, las figurillas, las pintaderas y los torteros son las principales categorías del arte del alfarero.

El arte plumario fué igualmente objeto de un esfuerzo concienzudo, y sus productos se nos presentan a menudo combinados con el oro. Los artistas que hacían esta clase de trabajos llevaban un nombre especial: *amantecas*, y disfrutaban de una posición privilegiada. El P. Sahagún, en su importante obra, se refiere detalladamente a las técnicas que los *amantecas* practicaban para producir sus vistosos mosaicos [2], ya fueran prendas para vestir o adornos e insignias con que distinguirse.

4. *Transporte y Comunicaciones*

No deja de ser notable el hecho de que pese a que en varias partes de México se han encontrado juguetes de barro montados sobre ruedas, en ninguna de sus culturas llegara a usarse el sistema de rotación para el transporte u otro fin industrial, fuera del antiquísimo hilado a mano. Y como el país tampoco conoció animales de tiro o carga, el único portador fué el hombre mismo.

Los portadores humanos constituían un importante gremio que se reclutaba entre las clases humildes y los esclavos. Utilizaban la *chita* o red de cargar, que sostenida en la frente descansa sobre la espalda. Y es de esta única manera que se realizaba todo el transporte terrestre de mercaderías.

Más desarrollado estaba el transporte acuático, ya que en las

lagunas que circundaban a *México-Tenochtitlán*, las embarcaciones eran numerosas y poco menos que imprescindibles. En su mayor parte eran canoas monóxilas, es decir, grandes troncos vaciados por medio del fuego y de hachas de piedra. Las figuraciones de las mismas que nos han conservado los varios códices indígenas muestran la proa y la popa algo levantadas, rasgo que las distingue de las usadas en las culturas medias, que es donde pertenece el tipo (Fig. 110).

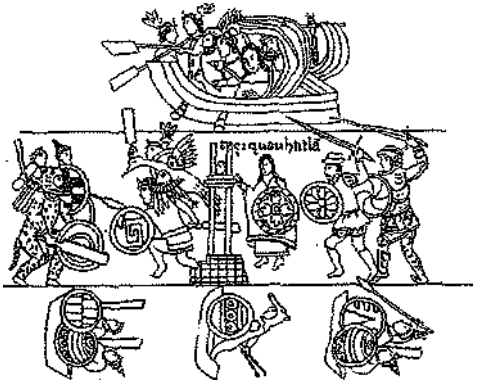


FIG. 110.—La lucha de Cortés por la ciudad de México, según el *Lienzo de Tlascala*. En la parte inferior del dibujo se ven tres canoas indígenas.

Se usaban también balsas compuestas de varios maderos atados, cual las usan todavía los chinamperos de *Xochimilco*. Sólo que ahora las tablas ya no se atan como antes, sino que van pegadas una a otra.

V. LA CULTURA ESPIRITUAL

1. *Los Poderes Sobrenaturales*

Al producirse la conquista española, la religión azteca, al igual que el resto de su cultura, se hallaba en plena evolución.

Un politeísmo basado en la adoración de una gran cantidad de dioses personales, era lo que entonces predominaba. Pero mientras que el pueblo tendía a acrecentar aún más el número de sus deidades, los sacerdotes lo querían reducir tratando de demostrar que muchos de estos dioses no eran otra cosa que aspectos distintos de una misma divinidad.

Junto con este aspecto politeísta que era, digámoslo así, la visión oficial y más reciente de la religión azteca, persistían también aspectos más antiguos que todavía gozaban de cierto favor popular o que estaban a punto de encontrar un vigoroso renacimiento. Tal la idea de la magia y de la presencia de fuerzas impersonales y ocultas que se manifestaba en amplios sectores de la población. O la antigua creencia en un principio creador que las mentes superiores aztecas se representaban en forma dual, cōmo *Tonacatecuhtli* y *Tonacacíhuatl*, y al que tanto los dioses como los hombres y el mundo todo, debían su origen. Y tampocō faltaba la idea de renovar la antiquísima adoración a un solo dios, invisible e irrepresentable, cuya morada es el cielo y del que dependen todas las cosas. El notabilísimo rey *Netzahualcoyotl* de *Tetzcoco* fué partidario de esta última doctrina, y en su ciudad había un templo en el que se rendía culto a esta abstracción bajo el nombre de *Tloque Nahuaque* [1].

En realidad, la religión azteca se diferenciaba bastante, en su práctica y en sus propósitos, de las formas religiosas de nuestras civilizaciones occidentales. Pues, el aspecto ético de la misma deja mucho que desear, y las normas que suelen dictarse para hacer posible la convivencia humana estaban relegadas a la esfera de las costumbres tradicionales. Más que un cielo o un infierno para premiar o castigar el comportamiento de los hombres, interesaba al azteca atraer a sí aquellas fuerzas de la Naturaleza que son, o pueden ser, propicias a la existencia humana, y apartar en cambio aquellas otras que le son, o le pueden ser, perjudiciales. Y a esto tendía en el fondo la personificación y deificación de los elementos naturales.

El politeísmo azteca había surgido de la misma manera que suelen producirse todos los politeísmos de los primitivos grandes imperios. Es decir, por la incorporación al propio panteón de las divinidades de los pueblos que se conquistan o cuya cultura se hereda. Y como los *Aztecas* no sólo heredaron la civilización tolteca, sino que además se extendieron mediante conquista por gran parte de regiones del centro y sur de México donde ya existían muchos dioses, su panteón llegó a asumir proporciones enormes.

De entre los varios centenares de dioses reconocidos por la religión azteca, *Huitzilopochtli* era sin duda la figura principal. Su nombre significa "Hechicero colibrí", según una etimología, y "Colibrí del sur" según otra. Originariamente había sido el dios tribal de los *Aztecas*, y quien les aconsejara y acompañara en su gran migración. Pero por la época tenía que compartir con otros el panteón, y, ocupar un lugar en el mismo. En el que se le había asignado mantenía la preeminencia, pues era considerado dios de la guerra y del cielo diurno, además de deidad particular de *Tenochtitlán*. Se le representaba vestido de plumas de colibrí y armado de escudo, dardos y propulsor. El Gran Teocalli le estaba dedicado junto con *Tlaloc*, y era sobre todo a él que se hacían los grandes sacrificios de corazones humanos que tanta repugnancia nos provocan hoy día.

Tezcatlipoca, "Espejo Humeante", era otra divinidad de pri-

mera fila en el panteón azteca, y en cierta manera un complemento de la anterior, ya que era dios del cielo nocturno. En *Tetzcoco* era la divinidad principal. Parece proceder del norte, traído por los Nahuas, y al llegar su figura al Valle de México, algunos de sus poderes y atributos pasaron a otras deidades tribales. Se le representaba de distinto color y ataviado con un espejo negro donde, según la creencia popular, se reflejaban los hechos de los hombres.

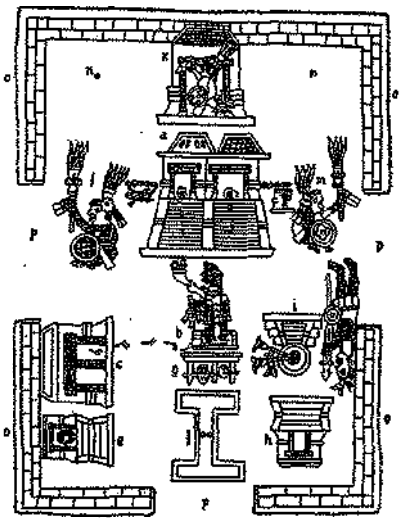


FIG. 111.—El Gran Teocalli de la ciudad de México según la representación del Códice Florentino.

El tercero de los dioses principales es *Quetzalcóatl*, "Serpiente Emplumada", dios de la sabiduría, del sacerdocio, del viento y del planeta Venus. En *Cholula*, donde se habían refugiado los *Toltecas* después de la destrucción de *Tula*, era la divinidad capital. Desgraciadamente, existe la mayor confusión en torno de esa figura, medio histórica, medio mitológica. Entre las ruinas de *Teotihuacán* encontramos la efigie de una serpiente emplumada, y esto nos indica que la divinidad existía ya en aquellos tiempos. Pero Armillas ha señalado que el complejo de dios creador, héroe cudltural, dios del viento y del planeta Venus que integraba el concepto de *Quetzalcóatl* en tiempos aztecas, no se encuentra allí [2]. Es probable, pues, que varios de estos atributos, y especialmente el de héroe cultural, hayan surgido después, en época tolteca o azteca. Caso es de opinión que se trata de una figura antiquísima y de gran difusión en Mesoamérica [3].

Fuera de estos tres grandes dioses y de las divinidades creadoras a que nos referimos antes, numerosas otras deidades del firmamento, de la lluvia y de la fertilidad, de la Tierra, del fuego y del hogar, de la muerte y del pulque integraban el panteón az-

teca. Y como es imposible de todo punto referirnos a todos, vamos a mencionar sólo algunos. *Tláloc*, dios de la lluvia, es igualmente una de las más viejas divinidades de Mesoamérica. Caso cree que ya existía en época formativa [4], y para ciertos autores era deidad propia de los *Otomíes* [5]. Entre los *Aztecas* presidía el conjunto de dioses de la fertilidad. En *Tenochtitlán* compartía con *Huitzilopochtli* el Gran Teocalli, lo cual es una prueba de su alta estima y de la importancia que se atribuía a sus funciones. La diosa del agua y de la humedad, *Chalchihuitli*, "La de la Falda de Turquesas", se consideraba su mujer. Moraba ésta en el mar, en los lagos y en los ríos, y tenía derecho sobre todas las personas que se aventuraban sobre las aguas.

Tonatiuh, el Sol, era el principal dios del firmamento, y *Huitzilopochtli* y *Tezcalipoca* sus encarnaciones.

Chicomecóatl, "Siete Serpientes", diosa del maíz, es sin duda la más importante de todas las deidades de la vegetación. Probablemente procede también de las culturas formativas. *Xipe Totec*, "El Desollado", está igualmente relacionado con la agricultura y fertilidad de la tierra. Se le supone de procedencia zapoteca.

A *Huehueteotl*, "Dios Viejo", dios del fuego y del hogar, lo encontramos también en las culturas preclásicas o formativas. Los *Aztecas* lo confundían frecuentemente con *Xiuhtecuhtli*, cuyos atributos son parecidos.

Tlaltecuhtli, "Señor de la Tierra", y *Coatlicúe*, también diosa de la Tierra y madre de dioses, se representaban como seres terribles. En realidad, el concepto que los *Aztecas* se hacían de la Tierra era el de un horrible monstruo anfibio o rana fantástica, y la representación de sus dioses estaba de acuerdo con el concepto. Lo mismo cabe decir de *Mictlantecuhtli*, el dios de los muertos, cuya figura está compuesta por huesos humanos (Fig. 14).

La religión azteca conoció también algunas figuras de deidades amables, como la de *Xochiquetzal*, "Flor de Pluma Rica", diosa de la belleza y del amor. *Mayáuel* era la diosa del maguey y del pulque, la bebida embriagante, cuyos 400 hijos estaban en relación con la embriaguez.

2. *Culto y Ritual*

Culto y ritual estaban en manos de los sacerdotes. Y como la vida entera de los Mexicanos se veía completamente dominada por lo religioso, y eran muchas las tareas que debían cumplir, el número de sacerdotes era muy elevado. Torquemada nos dice que sólo el Gran Teocalli de *Tenochtitlán* tenía afectadas a su servicio unas 5.000 personas.

Por lo general, los sacerdotes aztecas se reclutaban entre los hijos menores de la nobleza. Se educaban en el *Calmelac*, donde estaban sometidos a una severa disciplina, abstinencia y entrenamiento. Una vez egresados de esta escuela de la nobleza pasaban a prestar sus servicios en los templos y en las distintas escuelas. Comenzaban con bajas tareas, las que mejoraban en calidad a medida que los ministros iban subiendo de grado. Había una verdadera jerarquía sacerdotal en cuya cúspide se hallaban dos altos sacerdotes que ostentaban el título de *quetzalcóatl*. Y tampoco faltaban las sacerdotisas.

Las tareas sacerdotales relacionadas con el culto a los dioses comprendían el servicio en los templos y los numerosos sacrificios, ayunos, penitencias, oraciones y cantos que en la misma debían realizar. Además de las confesiones y de los múltiples consejos que en todo momento debían prodigar al pueblo. Pues predecían el tiempo, combatían los brujos, avisaban la llegada de plagas, etc. Sin contar que el manejo del *Tonalámatl*, libro en el que estaban pintadas las distintas combinaciones del calendario religioso, se encontraba igualmente entre sus atribuciones.

De entre todos los actos correspondientes al culto, los sacrificios representaban la parte primordial. En principio se ofrecía a los dioses todo aquello que para el Hombre tenía valor, como ser: comida, vestidos, flores, joyas, etc. De manera especial, se dedicaban a los númenes los primeros frutos del campo y los de toda actividad productiva. Se les ofrecía también incienso, generalmente copal, que se quemaba en incensarios de barro cocido

que se ponían frente a los ídolos. Pero no siempre se contentaban los dioses con sacrificios incruentos. Sobre todo el Sol, respectivamente *Huitzilopochtli*, exigía sacrificios de sangre, razón por la cual se decapitaban en su honor grandes cantidades de codornices.

Mayor valor tenían a ojos de los dioses los sacrificios de sangre humana. Existía la creencia de que ellos, y especialmente *Huitzilopochtli*, tenían a la sangre humana como a su mejor mantenimiento del que en cierto modo dependían. Es por esto que uno de los sacrificios sacerdotales que más asiduamente practicaban era agujerearse con una espina de maguey diversas partes del cuerpo, y especialmente el lóbulo de las orejas, ofreciendo, así, su propia sangre. La gente procedía de la misma manera cuando hacía penitencia o cuando quería purificarse. En tanto que el Estado o la comunidad efectuaban sacrificios de corazones humanos. A cambio de estos sacrificios, los dioses demostraban su buena voluntad a los *Aztecas* y les permitían ganar muchas victorias.

Las personas que se sacrificaban eran, por lo general, los prisioneros de guerra. Esto explica el porqué más de una guerra fué emprendida con la única finalidad de reponer el abastecimiento de víctimas para el sacrificio. Para los *Aztecas* los sacrificios eran necesarios, y el tomar parte en las guerras que proporcionaban las víctimas, un deber religioso. Pero los sacrificios llegaron a asumir proporciones extraordinarias. Se ha calculado que los que se efectuaron en los últimos 50 años anteriores a la conquista española sumaron alrededor de los 15.000 anuales [6].

Los sacrificios humanos se llevaban a cabo de acuerdo con técnicas distintas según fueran las circunstancias o la divinidad a que se ofrecían. El más peculiar y ordinario consistía en colocar a la víctima de espaldas sobre la piedra de sacrificios, mantenido en esta posición por cuatro sacerdotes, en tanto que el sacrificador, abriéndole el pecho con un cuchillo de pedernal, metía la mano por la herida y le arrancaba el corazón, que inmediatamente ofrecía al Sol (Fig. 112).

De manera distinta se procedía en los sacrificios al dios *Xipe*.

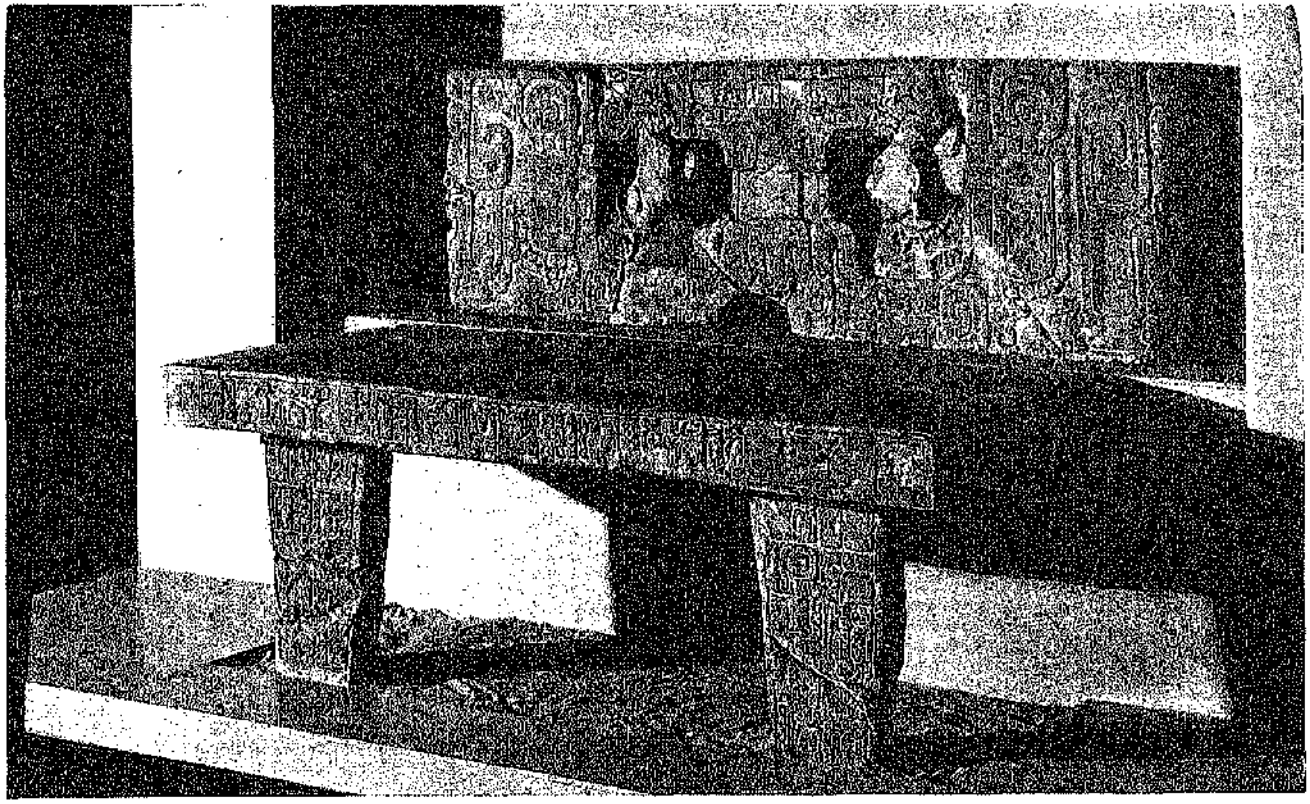


LÁMINA LXXI. — *Civilización Maya. Trono N. I de* Piedras Negras *(Estado de Oaxaca).* (Cortesía de University Museum de Filadelfia.)

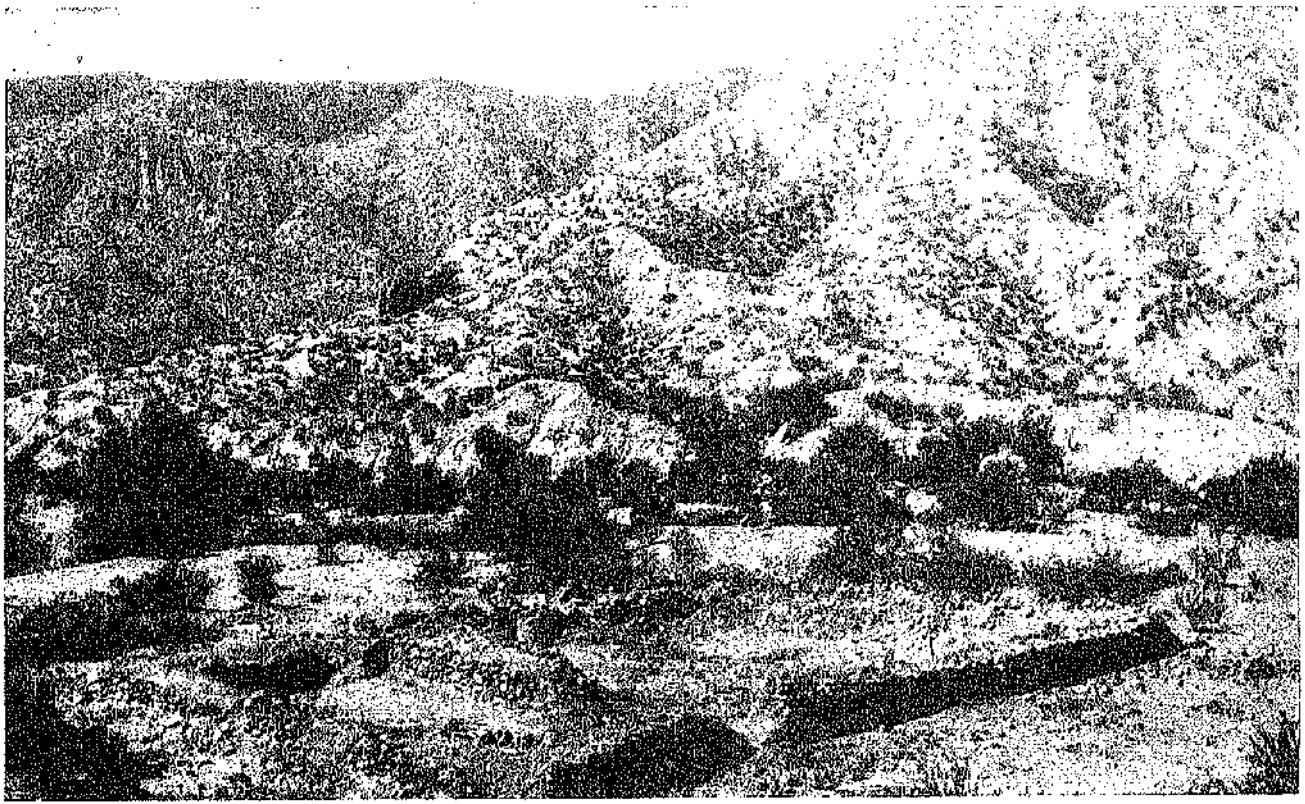


LÁMINA LXXII. — *Noroeste Argentino. Recinto ceremonial de los Diaguitas.* (Foto A. R. González.)

En el día de su fiesta se ataba un prisionero a una especie de marco elevado y allí era objeto de tiros de flecha hasta morir. Se creía que la sangre de la víctima, al caer despacio sobre la tierra, la iba fertilizando, al tiempo que mágicamente producía la caída de otro líquido precioso: el agua.

Otra forma de sacrificio conectada con el mismo *Xipe* y los dioses de la Tierra, consistía en desollar un prisionero. Luego, el sacerdote se revestía con el pellejo de la víctima y así ataviado efectuaba una danza ritual que era una alusión al manto de vegetación que anualmente recubre la tierra en primavera.

FIG. 112.—Típico sacrificio humano por extracción del corazón. Códice Florentino.

La mayoría de estos sacrificios estaba en relación con el calendario. Pues, éste fijaba las fiestas, de las que unas eran fijas y otras movibles. Las fiestas fijas eran 18, que celebraban en el último día de cada mes.

En una de estas fiestas, la de *Tezcalipoca*, se sacrificaba una personificación de este dios. La víctima era un hermoso mancebo al que se tenía en grandes honores durante un año entero. Llevaba una vida sibarítica y andaba por las calles de la ciudad acompañado de un gran cortejo. Pero al cumplirse el año debía morir. A tal efecto, era llevado al templo, cuyas gradas subía solo, rompiendo en su camino unas flautillas de barro de agudo sonido que le habían acompañado en su representación del dios. Llegado a la plataforma del templo era sacrificado arrancándole el corazón [7].

Los juegos de pelota formaban igualmente parte del ritual azteca. Los partidos se jugaban en canchas especiales llamadas *tlachtlis*, cuyo plano tenía la forma de una doble T, con una raya

en el medio. Se empleaba una pelota de goma maciza, y el juego consistía en enviar la pelota de uno a otro campo, a través de la raya. Y si uno de los partidarios lograba hacerla pasar por uno de los anillos de piedra que estaban empotrados en las paredes laterales, era éste el que ganaba el juego. La pelota sólo podía ser impulsada con golpes dados con el codo, la rodilla o la cadera [8].

Carácter religioso tenía también el juego del *patolli*. Se parece al de la oca y se jugaba con fríjoles marcados de determinada manera, o con medias cañas marcadas en su parte cóncava. En la parte primera de esta obra ya hemos puesto de manifiesto las semejanzas que este juego ofrece con otro de la India.

3. *Los Ritos de Tránsito*

Al nacer un niño, sus padres comenzaban consultando al sacerdote para saber cuál sería su sino de acuerdo con el día del nacimiento. La ceremonia equivalente a nuestro bautismo se celebraba generalmente cuatro días después, en el patio de la casa. En esta oportunidad la comadrona tomaba en sus brazos al niño, le rociaba con agua los labios, el pecho y la cabeza, y lo pasaba cuatro veces por encima del fuego sagrado que se había encendido en honor de *Huehueteotl*, el dios del fuego y del hogar, al comenzar la labor del parto. Y en tanto que los asistentes echaban al fuego pulque y bocaditos de comida, el niño era ofrecido a los dioses.

Una especie de confirmación de la ceremonia anterior se efectuaba en el templo cada cuatro años. Entonces se imponía nombre a los niños nacidos en el intervalo y se les perforaba el lóbulo de las orejas.

El niño podía llevar este nombre o el que correspondía al día de su nacimiento, verbigracia: "Uno Flor" o "Cinco Caña". Y más tarde podía agregar los títulos que adquiriera por su comportamiento.

Las madres llevaban los niños a la espalda, descansando en cu-

nas de mimbre. Solían amamantarlos hasta los tres años. La primera educación corría por cuenta de los padres, al igual que el enseñarle a ser útil. Pero al llegar a los 15 años el niño ingresaba en el *telpochcalli* o "casa de la juventud", donde recibía instrucción en el manejo de las armas, en artes y oficios, en historia y tradiciones de la nación y en la observancia religiosa. Y tan sólo al absolver esta escuela el joven era considerado miembro pleno de la comunidad.

A los 20 años los jóvenes estaban en edad de casarse, en tanto que las chicas ya se consideraban maduras a los 16. Entonces correspondía el matrimonio, que concertaban los padres, aunque con la aprobación de los hijos y anuencia del sacerdote. Algunos ancianos de ambos sexos actuaban de casamenteros, regulando todo lo concerniente a la dote que recibía la novia y de la que dependía la suma de regalos que el novio debía aportar. La noche de la boda, la joven era conducida a su futuro hogar, con acompañamiento de parientes que llevaban teas encendidas. Una vez allí, y luego de varias alocuciones de carácter moral, los novios se sentaban sobre una estera y el sacerdote les ataba las puntas de sus respectivos mantos, simbolizando de esta manera la unión. El matrimonio se consumaba sólo cuatro días más tarde, luego de pasar el lapso en su retiro ayunando, orando y haciendo sacrificios.

Las prácticas religiosas estaban de acuerdo con el rango de la persona fallecida y las circunstancias de su muerte. Por lo general se vestía el cadáver con las ropas correspondientes a su rango, se le ponía en cuclillas y se liaba en esta posición. Durante los cuatro días que duraba el funeral, los asistentes al mismo rociaban con agua la cabeza del muerto. Al cuarto día se colocaba el paquete funerario sobre una pira junto con incienso, algunos utensilios y el cuerpo de un perrito rojizo que debía ayudar al muerto a cruzar el río que se pasa para llegar al *Mictlán*, la región de los muertos. Y se pegaba fuego al conjunto.

Si el fallecido era persona principal, además del perro y de los demás objetos que iba a necesitar para abrirse camino hasta el *Mictlán*, se lo hacía acompañar por algunas mujeres y esclavos

que sacrificaban a fin de que siguieran sirviéndole en el más allá.

Las personas que morían ahogadas, fulminadas por el rayo o por determinadas enfermedades que se relacionaban con los elementos naturales, no se cremaban, sino que se enterraban, y se suponía que sus almas iban directamente al *Tlalocán* o paraíso de *Tlaloc*. En cambio, las almas de los guerreros pasaban directamente a la morada del Sol. Las mujeres muertas en el parto se asimilaban a los guerreros muertos en la lucha o sobre la piedra de sacrificios.

4. *Las Bellas Artes*

Dado el carácter pictográfico de la escritura mexicana, que no ofrece posibilidad alguna de representar conceptos generales o de expresar ideas abstractas, entre los *Aztecas* no pudo florecer una literatura escrita. Floreció, empero, la literatura oral. Lo cual explica que apenas los españoles aprendieran la lengua del país, y los nativos la manera de escribir de Castilla, se comenzara a escribir en lengua Española o Azteca, pero con caracteres romanos y ortografía española, numerosos discursos y oraciones, himnos religiosos, pláticas educativas y cantares elegíacos que habían vivido tradicionalmente en la memoria de los sacerdotes. Se prodigaron también las anotaciones explicativas a los libros pintados indígenas.

De esta literatura, que pese a su oscuridad manifiesta no carece de fantasía ni de poética imaginación, se han publicado algunas muestras. El P. Sahagún insertó en su *Historia*, que escribiera en lengua Náhuatl o Azteca, una serie de veinte cantos a diversos dioses que el gran americanista E. Seler tradujo al alemán, y de los que hay también versión española [9]. En la Biblioteca Nacional de México se encuentra un manuscrito intitulado *Cantares de los Mexicanos*, que contiene 72 cantares elegíacos reunidos por varias personas; el norteamericano D. Brinton vertió al inglés a 27 de ellos, y los publicó bajo el nombre de *Ancient Nahuatl Poetry*. Por su parte, el primitivo historiador mexicano

Ixtlilxóchitl incluyó en su *Historia Chichimeca* algunos de los cantares que se atribuyen a *Netzahualcóyotl,* séptimo rey de *Tetzcoco*. Reproducimos a continuación un fragmento de uno de estos cantares, según la versión dada por Castillo Ledón. Dice así:

"Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelan la duración, al fin un inopinado fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un cierzo los derriba y la avanzada edad los agobia y entristece; siguen las púrpuras las propiedades de la rosa en el color y la suerte; dura la hermosura de éstas en tanto que sus castos botones avaros recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la aurora, y económica deshace y derrite en líquidos rocíos; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el más ligero rayo de sus luces, les despoja su belleza y lozanía, haciendo que pierdan, por marchitas, el encendido y purpúreo color con que agradablemente ufanas se vestían. En breves períodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados, porque las que por la mañana ostentan sorbebiamente engreídas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste decadencia de su trono, y los repetidos paroxismos que las impelen al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro. Todas las cosas de la Tierra tienen término . . ." [10].

Música y danza fueron practicadas con relativa frecuencia, sobre todo acompañando el ritual y los cantos a que nos acabamos de referir. Había escuelas especiales para el aprendizaje de uno y otro arte. Desgraciadamente, no conocemos ninguna anotación musical indígena prehispánica ni del tiempo de la Conquista. Pero, vistos los instrumentos que sabemos se usaron puede decirse que su música fué simple y primitiva, con escala musical no mayor de cinco tonos. Los tambores fueron tal vez el instrumento más destacado en todo conjunto musical. Los había de dos clases. Los unos, llamados *huehuetl,* eran cilíndricos y verticales, tenían una sola membrana y se tañían con las manos. Los otros, conocidos como *teponatzlis,* tenían también forma cilíndrica pero ho-

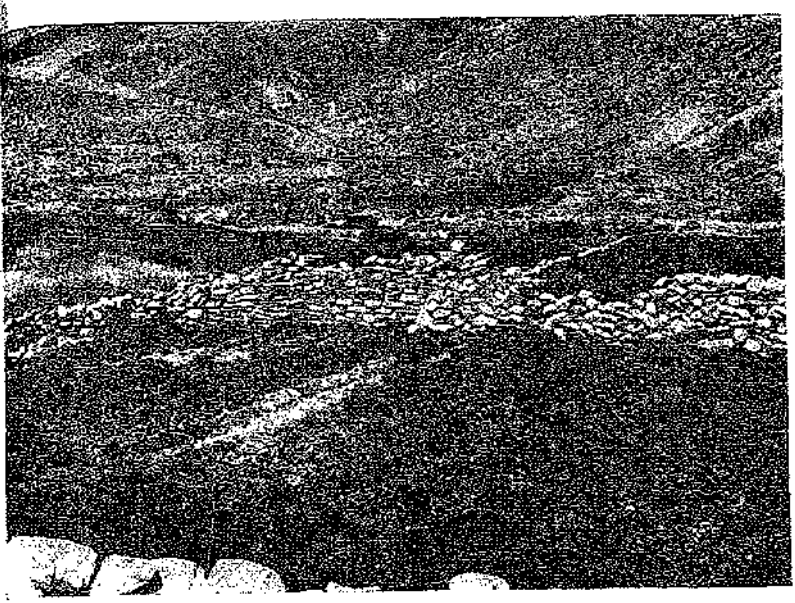
rizontal, carecían de membranas y se golpeaban con dos palos. Pueden agregarse las flautas de caña y barro cocido, las caracolas y las sonajas de calabaza [11].

Más que en la literatura y en la música sobresalieron los *Aztecas* en las artes plásticas, especialmente en la escultura. De la misma tenemos numerosas muestras, generalmente de carácter religioso. Su estilo es sobrio y equilibrado, al igual que su arquitectura. La obra de arte de este tipo más conspicua y más conocida es sin duda la llamada Piedra del Sol (Lám. LXII). Es un monolito de grandes dimensiones que pesa más de 24.000 kilogramos. Su parte superior, circular, está llena de figuras esculpidas que representan al Sol (figura central), las cuatro edades que existieron antes de la actual (segundo círculo) y que fueron destruídas por jaguares, huracanes, fuego e inundaciones. Siguen (tercer círculo) los veinte signos de los días aztecas y varias otras representaciones mitológicas. El círculo más exterior representa dos grandes serpientes que simbolizan el Universo.

Cierta analogía con el monumento anterior tiene la Piedra de Tizoc. Es también circular y está completamente esculpida. En su parte superior va figurada una alegoría del Sol, y en sus superficies laterales hay numerosas figuraciones que se refieren a las guerras del rey *Tizoc* y a sus victorias sobre sus enemigos. Se cree que es una de las piedras que servían de plataforma a los cautivos que se obligaba a combatir con cuatro guerreros, antes de ser sacrificados.

El monolito de la Guerra Sagrada es otro magnífico ejemplo de la escultura azteca, aunque sus dimensiones son más reducidas. Reproduce una pirámide con su correspondiente edículo en la plataforma superior. El frente de este último lleva esculpida una representación del disco solar, con las efigies de *Huitzilopochtli* y *Tezcatlipoca* a uno y otro lado, que simbolizan la lucha sagrada entre el Sol diurno y el nocturno, el día y las tinieblas. Una escalinata de 13 escalones conduce a la plataforma.

La estatua de la diosa *Coatlicúe* es también muy conocida y representativa tanto de las posibilidades de la escultura azteca



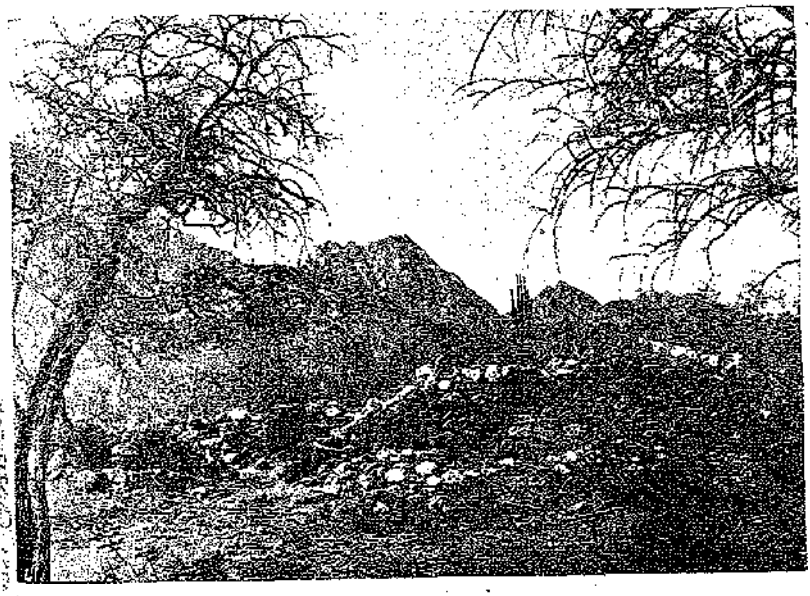
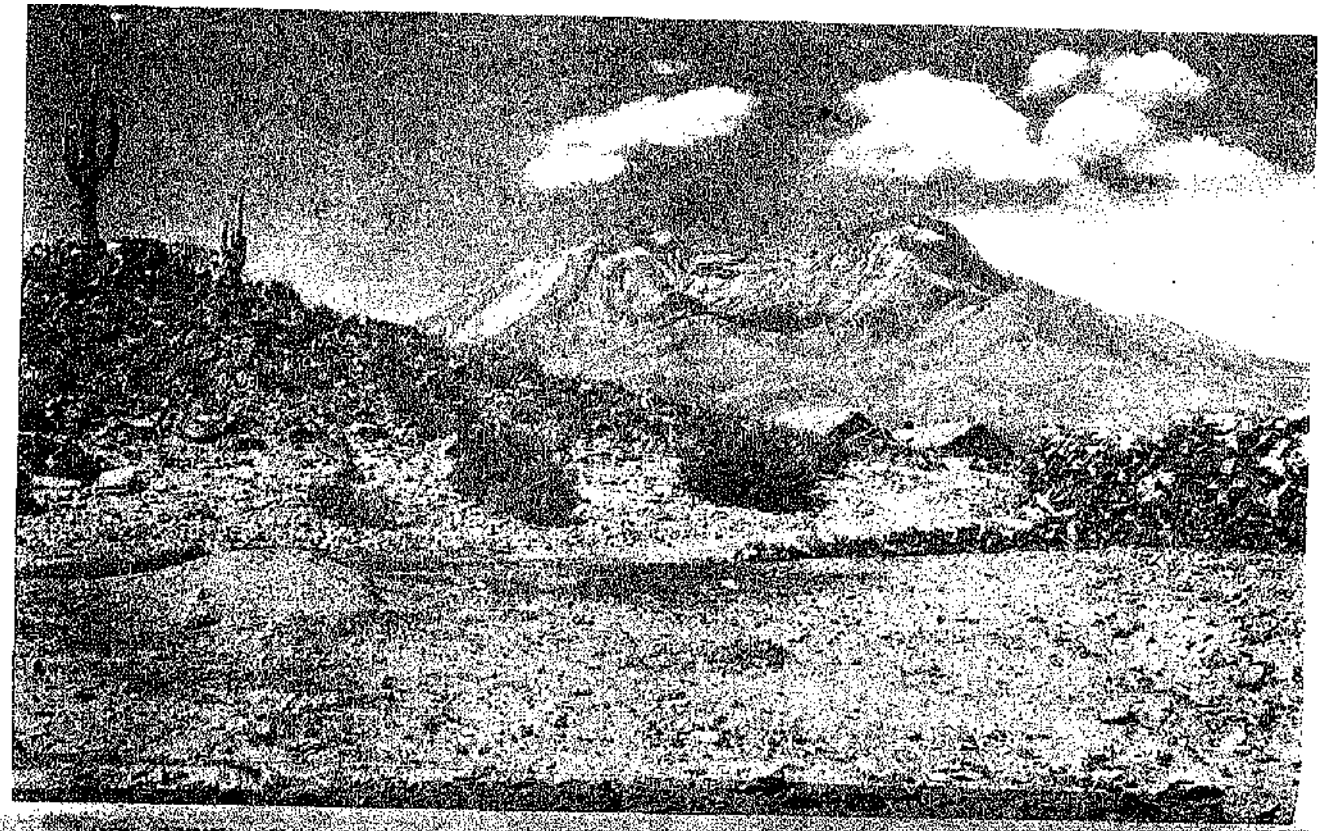


LÁMINA LXXIII. — *Las construcciones Incaicas en el Noroeste Argentino.*
a) *Muro de* Incahuasi, *Salta.*
b) *Muro de* Chincal, *Catamarca.*



Así, el más antiguo monumento fechado de acuerdo con el sistema maya que se ha encontrado en esa parte de la península es el célebre dintel N. 1 de *Oxkintok*, que corresponde al año de 475. Siguiéndole de cerca la estela N. 1 de *Tulum*, que es del 564 [2].

La antigua cultura maya también se modifica y adquiere numerosos rasgos nuevos con el advenimiento del Nuevo Imperio. Ya en época del florecimiento del gran período anterior, durante la Etapa Clásica, las dispersas ciudades del norte de Yucatán habían comenzado a diferenciarse de las del sur, que estaban más agrupadas y que contaban en su medio con los grandes centros de la cultura tradicional maya del tipo de *Uaxactún*. Es por esto que el gran mayista norteamericano Sylvanus G. Morley (1883-1943) llamara "provinciales" a las ciudades del norte, y que el calificativo está plenamente justificado. Más lejos apunta, desde luego, la notable arqueóloga-artista Tatiana Prouskariakoff, cuando expresa que las diferencias estilísticas que se notan entre la escultura del norte de Yucatán y la clásica escultura del Viejo Imperio son tales, que no se puede considerar a la primera como derivando íntegramente de la segunda [3]. Y ello se explica fácilmente, puesto que la distancia, el distinto ambiente geográfico y la diversidad de las culturas formativas preexistentes en ambas regiones, sin ninguna duda han de haber influído para hacer que desde un principio, la cultura maya del norte se diferenciara de la del sur.

A esto se agregan los numerosos rasgos de neto origen "mexicano" que se hacen presentes a comienzos del Nuevo Imperio, y que apartan aún más la cultura de la Etapa Postclásica de la Clásica en el norte de Yucatán. Los nuevos elementos perduran, unos más, otros menos, durante el Nuevo Imperio. Pues, es a partir de entonces que las ciudades dejan de ser simples centros ceremoniales para irse convirtiendo en verdaderos núcleos residenciales; que las obras de fortificación, que apenas se conocieran antes, aparecen ahora con toda su preponderancia; que los sacerdotes pierden su antigua función rectora, para dar lugar a una

aristocracia belicosa, de origen extranjero, que rinde culto a la guerra; que los sacrificios humanos toman un gran incremento; que aparecen los metales, y que en todas partes surgen nuevas ideas en el campo de la ergología, del arte, de la arquitectura y de la religión.

Todo lo cual justifica, cumplidamente, que se hable de un Nuevo Imperio Maya, pese a la innegable continuidad en lengua y cultura que existiera en toda la península a lo largo de todo su desarrollo histórico.

2. *El Período Mexicano*

Se suele hacer comenzar la historia del Nuevo Imperio Maya con el año 987, fecha en que, según rezan las crónicas indígenas, llegaron al norte de Yucatán varios grupos de gentes extrañas, que se impusieron a la población preexistente. Pues, fueron esos grupos alóctonos los que al inyectar savia nueva a la antiquísima cultura, produjeron un renacimiento.

La procedencia inmediata de los recién llegados era la región de *Champotón*, al sudoeste de la península. Es, por tanto, casi seguro que hablaban la lengua Maya, pese a que sabemos de sus relaciones íntimas con los pueblos Nahuas. Mas, todavía ignoramos si en su mayoría eran de estirpe maya y sólo los jefes mexicanos, o si se trataba en su totalidad de Nahuas que se habían mayaizado en una más o menos larga convivencia con los *Mayas* de la región de su inmediata procedencia. Es posible también, y hasta lo más probable, que existieran diferencias entre los grupos en cuanto a su grado de mayaización. Mas, sea de ello lo que fuere, lo indudable es que una buena parte de ellos, y en especial los jefes, tenían como ulterior origen las tierras altas de México y eran de estirpe tolteca. Es cierto que la mayoría de fuentes indígenas se limita a decirnos que se trataba de Mexicanos. Pero una de ellas, el *Libro de Chilam Balam de Maní*, especifica más claramente y recuerda que uno de estos

grupos procedía de *Tulapan Chiconauhtla*, país que estaba situado al oeste de *Zayua* [4], y ambos topónimos son indudablemente nahuas y están relacionados con los *Toltecas* de *Tula*.

Ignoramos también cuál fué el carácter que tuvo la ocupación del norte de Yucatán por los recién llegados, si pacífico o violento. Del más importante de sus grupos, el de los *Itzáes*, sabemos que se estableció en la zona de *Chichén Itzá* (Fig. 116),

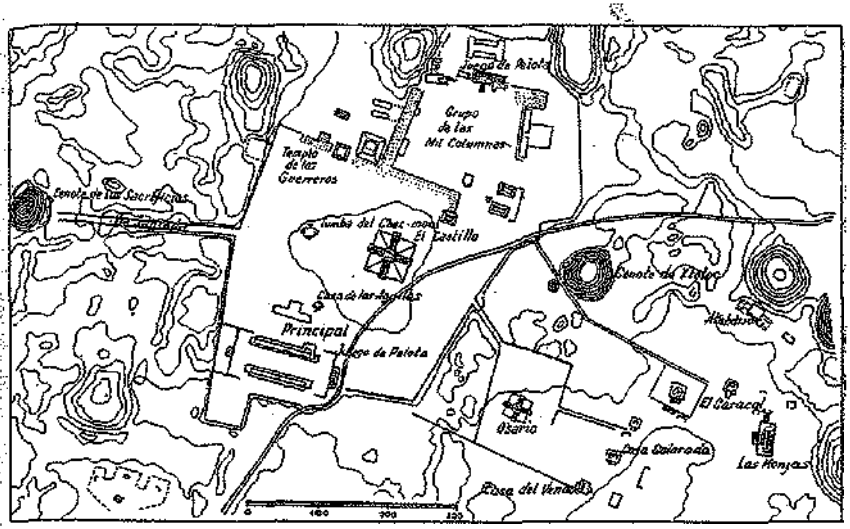


FIG. 116.—Plano de *Chichén Itzá*. Según Marquina.

que, al parecer, habían ya antes ocupado [5], después de una larga peregrinación de cerca de cuarenta años, durante la cual estuvieron viviendo "bajo los árboles, bajo la maleza, bajo los bejucos, sufriendo" [6]. Y como este grupo parece haber sido esencialmente maya por su estirpe [7], es muy probable que el movimiento de retroceso lo realizaran bajo la presión de los Nahuas que por la época se iban extendiendo por la costa del Golfo. Y es probable también, que si al establecerse nuevamente en *Chichén Itzá* no estaban ya al mando de jefes mexicanos, pasaran a estarlo muy poco tiempo después (Lám. LXIV *a*).

En *Chichén Itzá* gobernó durante algún tiempo un jefe me-

xicano llamado *Kukulkán*, que suele identificarse con el tolteca *Quetzalcóatl*. Ambos nombres significan lo mismo, "Serpiente Emplumada", el primero en lengua Maya, y el segundo en la Nahuatl. Este personaje fué en Yucatán un gran reformador e introductor de ideas toltecas y mexicanas en general. Fundó también una nueva ciudad, a la que puso el nombre maya-mexicano de *Mayapán* o "Capital de los Mayas" [8], y entregó su gobierno a la familia *Cocom*. Poco después, y luego de haber erigido un hermoso edificio en una isla cercana a *Champotón* para perpetuar su memoria [9], desapareció *Kukulkán* por la misma parte que había venido.

Hacia el mismo tiempo se estableció la tercera gran ciudad del Nuevo Imperio. Es *Uxmal*, fundada por otro príncipe de indudable origen mexicano: *Ah Zintok Tutul Xiu* [10]. Y con ello queda establecida la trilogía de grandes ciudades-estados y de grandes familias reinantes que informaran la historia de este primer período del Nuevo Imperio: *Itzáes* en *Chichén Itzá*, *Cocomes* en *Mayapán* y *Xiues* en *Uxmal*. Y para asegurarse los beneficios de la unidad y sujeción del país dominado, los gobernantes establecen, hacia el año 1004, la llamada Liga de Mayapán, que era una confederación de las tres ciudades.

Una larga era de paz y tranquilidad siguió al establecimiento del nuevo régimen. En su transcurso, floreció el arte y la arquitectura. Aumentó el número de centros poblados. Crecieron las ciudades, especialmente *Chichén Itzá*, donde los imponentes templos-pirámides, con sus columnas de serpientes emplumadas y sus representaciones de los Guerreros Águila y Guerreros Tigre perduran en todo su esplendor hasta el mismo día de hoy (lámina LXIV *a*). Menos evidente es esta influencia en *Uxmal*, donde algunos edificios como el Palacio del Gobernador y la Casa de las Monjas son típicos exponentes de un renacimiento de la antigua arquitectura maya que ha sido llamada Puuc (láminas LXIV *b* y LXVII).

Fué éste el último período esplendoroso de la larga historia maya, y sólo duró unos doscientos años. Terminó con la expul-

sión de los *Itzáes* de su ciudad capital, hecho que aconteció en 1204 a raíz de una desastrosa guerra fratricida.

3. *La Decadencia Maya*

La rivalidad existente entre las dos grandes ciudades, la del este o *Chichén Itzá*, y la del oeste o *Mayapán*, dió origen a la guerra fraticida que terminó con la era de paz determinada por la Liga de Mayapán.

Hacia fines del siglo XII reinaba en Mayapán el "gran señor" *Hunac Ceel*, llamado también a veces *Ah Nacxit Kukulkán*, de la dinastía de los *Cocomes*, en tanto que hacía lo propio en *Chichén Itzá* el *halach uinic Chac Xib Chac*, de la casa de los *Itzáes*. Espíritus románticos han atribuído el rompimiento de hostilidad a un motivo parecido al que produjo la guerra de Troya: *Hunac Ceel* habría atacado a *Chichén Itzá* porque su monarca había raptado la esposa de *Ah Ulil*, señor de *Izamal*. El ataque fué llevado por tropas mercenarias mexicanas que *Hunac Ceel* llamó en su ayuda, y que estaban acontonadas en *Xicalango* (Figura 117). Con este poderoso apoyo venció *Mayapán*, y los *Itzáes* fueron para siempre expulsados de la región.

FIG. 117. — Representación de guerreros mayas (izquierda) y mexicanos (derecha), en un disco de oro procedente del Pozo de los Sacrificios de *Chichén Itza*.

En la época que siguió a estos acontecimientos, *Mayapán* predominó políticamente en todo el norte de Yucatán. Durante este tiempo las familias mexicanas se fueron mayaizando siempre más, hasta el punto de que muchos rasgos mexicanos que habían tenido su apogeo en el período anterior, fueron desapareciendo paulatinamente en el nuevo. En tal caso están, por

ejemplo, las órdenes militares de los Águilas y los Tigres, y hasta el mismo culto a *Kukulkán-Quetzalcóatl*, que de unos y de otros apenas si quedó el recuerdo en Yucatán.

La hegemonía de Mayapán duró alrededor de dos siglos y medio. En su decurso, la ciudad tiranizó a los demás centros poblados. Obligó a los jefes mayas a residir en la capital que estaba doblemente amurallada [11], y a que éstos administraran los asuntos de sus respectivas ciudades por medio de delegados. Numerosos habitantes fueron reducidos a esclavitud.

Las consecuencias de estos procedimientos les fueron fatales a la familia reinante en *Mayapán*. Pues, un buen día se amotinaron los jefes tenidos en rehenes. Mataron a todos los integrantes de la familia *Cocom* menos a uno que estaba ausente, y saquearon la ciudad. Cumplido esto, abandonaron *Mayapán*, la que no volvió a resurgir ya más, y se retiraron cada uno a su propia provincia. Sucedió esto en 1441, a partir de cuya fecha todo gobierno centralizado dejó de existir en Yucatán. El país se disolvió en una veintena de reinos de taifas que continuamente estaban en guerra entre sí.

También decayeron muchas de las grandes ciudades. Los *Itzáes* se habían refugiado muy al sur, en *Tayasal*, sobre el lago *Petén Itzá*. El único sobreviviente de los *Cocomes* fijó la nueva residencia de sus sujetos en *Sotuta*. Los *Cheles*, importante familia de *Mayapán*, se establecieron en *Tecoh*. Y ni siquiera los *Xiues*, que se consideraban vencedores, quisieron volver a *Uxmal*, su antigua capital, y fundaron en cambio otra nueva a la que llamaron *Maní*.

A la anarquía política siguieron numerosas calamidades. Hacia 1464 se produjeron fuertes huracanes. Por 1480 hubo una gran epidemia de peste de gusanos. En 1496 acontecieron grandes mortandades a consecuencia de enconadas guerras producidas por antiguos recelos y disenciones. Otro gran exterminio se produjo en 1516 a consecuencia de una peste fétida. Y en 1536, cuando los españoles ya habían reconocido las costas de Yucatán y se hallaban firmemente asentados en México, el jefe *Nachi*

Cocom, en venganza de anteriores agravios, determinó una gran hecatombe entre los *Xiues*. Se dirigían éstos en peregrinación religiosa a los sagrados lugares de *Chichén Itzá*, y al pasar por *Otzmal*, territorio cocom, fueron todos asesinados por orden del señor de *Sotuta*.

Poco después, entre 1540 y 1546, se producía la conquista española de Yucatán, y en 1697 la del Petén.

II. LA ECONOMÍA

1. *Los Cultivos*

Todavía hoy, los grupos mayas supérstites y los mestizados que viven en Yucatán tienen al maíz como su principal cultivo. Se ha calculado que más de las tres cuartas partes de lo que en su sustento consume el indio maya moderno, es maíz en una u otra forma. Y eso que en los tiempos históricos se han agregado algunos cultivos que los *Mayas* antiguos no conocieron, y que han ampliado en cierta medida el número de plantas comestibles. Por este solo hecho ya se puede inferir la importancia que nuestro cereal ha tenido de todo tiempo en la economía maya.

Junto con el maíz solían sembrar fríjoles, semilla que ocupa el segundo lugar en la lista de productos alimenticios mayas. Los hay de dos variedades: negros y colorados, y es la variedad primera la que más se consume. El fríjol se siembra a menudo conjuntamente y en los mismos hoyos que el maíz, y entonces, al crecer éste, su caña sirve de sostén al otro.

La yuca o mandioca también se cultivaba, aunque indudablemente en escala mucho menor que en tiempos premayas [1]. Otros tubérculos cultivados son la jícama y la batata. Importantes eran las plantaciones de cacao, aunque sólo en la parte sur de la península. El norte, en cambio, tenía necesidad de importarlo, ya que fuera del consumo que del mismo se hacía, sus granos servían de moneda. El ají, el tomate, las calabazas y otros productos completaban la lista de plantas alimenticias.

Los métodos de cultivo siguen todavía siendo los mismos

que en tiempos antiguos. La *milpa* es y ha sido poco menos que universal en los dos o tres últimos milenios [2]. Y también el único sistema de cultivo que está completamente adaptado al clima y a la calidad del suelo. Yucatán es una península rocosa, sin ríos, y donde la tierra vegetal constituye apenas una delgada capa de algunos centímetros.

El sistema de milpa se llama en Maya *col*, y consiste en elegir convenientemente un terreno de varias hectáreas, derribar con el hacha de piedra *(bat)* los árboles en la época de las lluvias (agosto), cuando éstos están llenos de humedad y se cortan más fácilmente, dejar luego el todo sobre el mismo terreno para que se seque, y en marzo o abril, después de que los fervientes soles de enero y febrero lo han secado por completo, pegar fuego a árboles y maleza. Entonces las cenizas pueden servir de abono.

La siembra se realiza inmediatamente después de las primeras lluvias, por lo general en mayo o junio. Con el palo de cavar, cuya punta endurecida al fuego *(xul)* penetra más fácilmente en la tierra humedecida, se hacen hoyos de unos 10 cms. de profundidad y en cada uno se echa de 3 a 6 granos de maíz, o de maíz y fríjol conjuntamente, y se tapa con el pie. Los hoyos se hacen en líneas más o menos rectas, dejando entre una y otra hilera alrededor de 1,25 cms.

Durante la época de vegetación del maíz, la milpa necesita una o varias escardas, a cargo, como todo el trabajo agrícola, de los hombres. La cosecha se hace a partir de noviembre, almacenando el maíz sin desgranar en graneros hechos con palos.

Nuestros *Mayas* cultivaban también algunas plantas industriales. La principal, el algodón, cuyas fibras servían para hilar y tejer; con las del henequén, se fabricaba cordelería y sandalias.

2. *Animales Domésticos*

Los *Mayas*, al igual que los *Aztecas*, carecieron de animales de carga o tiro.

De animales domésticos conocieron al perro, que criaban tanto para comer como para la caza o el sacrificio. Según Fray Diego de Landa era una variedad de perro que no ladraba ni hacía mal al Hombre. Pero era muy útil para hacer levantar perdices o para seguir el rastro de los venados. Además, en los sacrificios suplía frecuentemente a las víctimas humanas.

Criaban también el pavo, que igualmente servía para la alimentación y el sacrificio. Pues, era costumbre que muchas ceremonias comenzaran con la decapitación de un pavo. Practicaban igualmente la apicultura, guardando cerca de sus casas, en colmenas chicas hechas de paja o en calabazas y ollas, enjambres de abejas menudas. Todavía está en uso la apicultura indígena en Yucatán. Según nos dice el mismo Landa, estas abejas no hacían panal como las nuestras, sino que juntaban su miel en ciertas vejiguitas de cera del tamaño de una nuez que aparecían bien apretadas una junto a la otra [3].

Con la miel preparaban los *Mayas* el *balché*, la bebida fermentada de hidromiel con la que solían embriagarse. Se preparaba dejando fermentar durante unos días una mezcla de miel y agua con cuatro trozos de corteza del árbol balché *(Lonchocarpus longistulus)*. Todavía está en uso el mismo procedimiento.

3. *Caza, Pesca y Recolección*

Es probable que, como sugiere Tozzer [4], los Mayas contaran con cazadores profesionales cuya misión era la de abastecer con carne a la comunidad. Pero no hay duda de que los demás habitantes practicaron también la caza cuando disponían de tiempo u ocasión para ello.

Acostumbraban realizar grandes cacerías colectivas, al final de las cuales asaban sobre parrillas la carne de las piezas cobradas para evitar que se echara a perder. Las armas que más se usaban eran el arco y flecha. Cazaban diversas clases de pájaros con la cerbatana *(dzonche)*, antiquísima arma que deriva de las

culturas medias, y que todavía se sigue usando en Yucatán. Varias clases de lazos y trampas se usaban también. De éstas, en el Códice Tro-Cortesiano, que se encuentra en Madrid, figura el lazo corredizo atado a una rama flexible con el que se atrapaban

FIG. 118.—Fresco del Templo de los Guerreros de *Chichén Itzá*, representando una aldea marítima.

venados y puercos de monte, y la trampa de cajón empleada para cazar armadillos.

Se pescaba con el arco y flecha, y con redes y anzuelos, y esto tanto en el mar como en las lagunas (Fig. 118). Para la caza del manatí, que los indios practicaban con todo entusiasmo, se usaban arpones y canoas. El pescado solían salarlo o secarlo al fuego o al sol, y entonces se convertía en artículo de exportación.

La recolección de la sal era también, en gran parte, asunto comunal, al igual que la caza y la pesca. Del producto de cada una de estas actividades se debía dar parte al señor. La sal se exportaba a Tabasco y a Ulúa (Honduras).

III. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

1. *La Comunidad*

Ninguna fuente antigua, indígena o española, nos habla de manera clara de la existencia de una organización social superior a la familia, entre los *Mayas* de la época de la Conquista. Pero hay sí en ellas numerosos indicios por los que se puede inferir que los *Mayas* antiguos conocieron alguna entidad social del tipo del *calpulli* azteca o el *ayllu incaico*.

Por de pronto sabemos que la tierra de labor era de propiedad comunal, y en parte se trabajaba colectivamente [1]. Más común era, es cierto, que las familias ocuparan la que necesitaban y la trabajaran por cuenta propia, aunque también en estos casos los labradores solían ayudarse mutuamente cada vez que sus respectivas tareas lo requerían.

Un indicio de la existencia del clan puede verse en el dato traído por Landa, de que todas las personas que llevaban el mismo nombre se consideraban parientes, y que el casarse entre sí era tenido por gran infamia [2]. Y ha de haber estado tan arraigada en la mente de nuestros indios esta costumbre exogámica, que todavía hoy, ciertos grupos supérstites de indios mayas que ahora llevan apellido español, tampoco se casan entre sí cuando el apellido es el mismo [3].

Por otra parte, una compulsa bibliográfica de las antiguas fuentes realizada recientemente por el gran mayista norteamericano Erich Thompson, ha demostrado que los *Itzáes* anterio-

res a su conquista ocurrida en el siglo XVII, se dividían en cuatro "barrios" con un cacique a su frente cada uno de ellos. Los indios llevaban todos su nombre propio individual, y como agregado otro nombre que era el mismo de su respectivo cacique [4]. Lo cual es fuertemente sugestivo de la existencia de una organización gentilicia.

Finalmente, una organización clánica y totemista se ha conservado entre los *Lacandones*, grupo de habla maya que vive en su refugio boscoso del sur de Yucatán. Estos indios llevan nombres de familia que corresponden al de ciertos animales, llaman al respectivo animal *in yonen*, "mi pariente", y practican una estricta exogamia. Su derecho es patrilineal [5].

Sin embargo, no siempre ha prevalecido el derecho patrilineal. Al menos hay una serie de datos que señalan en el sentido de que en alguna parte o en algún momento ha de haber existido la herencia por la línea de la madre. Tal la costumbre que perdurara en Yucatán hasta los tiempos históricos, de que el novio al casarse tuviera que servir al padre de la novia durante una serie de años que, al decir de Landa, eran cinco o seis.

Por lo tanto, es indudable que la sociedad maya había evolucionado en el transcurso de su larga historia. Y que en tiempos de la conquista española existió cuando menos el recuerdo de algún tipo de organización social parecido al calpulli o al ayllu. Esta organización puede haber sido con o sin totemismo, de derecho matrilineal o patrilineal, o ambas cosas a la vez. Por la época subsistían dos términos distintos que se referían al linaje: la descendencia por la línea del padre se llamaba *chibal* y la por vía de la madre *dzacab* [6].

2. *Las Clases Sociales*

La existencia de clases sociales distintas está fuera de toda duda.

Había, ~~por de pronto~~ no una clase social superior, cuyos integrantes eran llamados *ah mehenob* por los *Mayas*, y "señores" y

"nobles" por los españoles. A ella pertenecían las distintas familias reinantes, tanto el jefe supremo, *halach uinic* o "gran señor" de cada ciudad-estado, y los demás jefes y dignatarios. Es indudable que esta nobleza derivaba en línea más o menos recta de los invasores mexicanos. Y para que no llegara al cargo nin-

FIG. 119. — Piedra de *Chinkultic* (Edo de Chiapas), representando un jugador de pelota. Museo Nacional de Antropología.

guna persona extraña a las tradiciones toltecas, todo aspirante a ocuparlo debía demostrar tener ciertos conocimientos esotéricos que sólo se transmitían verbalmente de padre a hijo en las familias que se consideraban de ese origen. Las referencias que se hacen a esos conocimientos son bajo el nombre de "lenguaje de Zuyua", término nahuatl que está indisolublemente ligado a la penetración nahua en Yucatán[7].

Por debajo de esta clase superior y privilegiada estaba la que constituía la mayoría del pueblo. Los documentos históricos del

tiempo de la Conquista conocen a sus componentes con el nombre mexicano de *maceguales*, y en el norte de Yucatán todavía se llama así a los indios mayas. Eran éstos los que realizaban todos los trabajos manuales necesarios a la comunidad y al Estado, y los que además debían subvenir al mantenimiento de las clases privilegiadas y del culto. Se efectuaba esto mediante los tributos que eran siempre en labor o en especie. Los últimos podían consistir en productos del cultivo, aves domésticas, sal extraída del mar, mantas y otros tejidos, pescado seco, caza de varias clases, sartas de cuentas de jade o de coral, etc. Desgraciadamente, si bien conocemos muchos de sus deberes, ignoramos por completo qué derechos les correspondían en la comunidad.

Los esclavos formaban la clase más inferior dentro de la sociedad maya, y su existencia parece venir de lejos. Al menos es posible inferirlos para los tiempos del Viejo Imperio de las numerosas representaciones de cautivos que vemos figurar en los relieves, frescos y pinturas que corresponden a esa época. Se trata de guerreros que aparecen despojados de sus armas y con las manos atadas con cuerdas a la espalda. Son indudablemente prisioneros que han sido reducidos a esclavitud, ya representen a un solo y destacado individuo, ya colectivamente a un pueblo entero.

De la existencia de la esclavitud en el Nuevo Imperio tenemos, en cambio, plena prueba documental. En cierta manera era ella más benigna que la del Viejo Mundo, pues al igual que la esclavitud azteca, entre los *Mayas* el esclavo podía ser redimido fácilmente y volver a la libertad. Pero, por otra parte, su suerte era mucho peor que la del europeo, ya que nuestros indios sacrificaban la mayor parte de los esclavos a sus dioses.

Se podía caer en la esclavitud por causa distinta. La mayor parte de los esclavos habían sido cautivos de guerra. Los prisioneros de alto rango solían ser sacrificados, pero los de baja alcurnia eran reducidos a esclavitud. Por lo general pertenecían al guerrero que los había capturado, y éste podía guardarlos o venderlos a otra persona. Los ladrones sorprendidos robando

LÁMINA LXXV. — *Las civilizaciones del Norte de Chile.*
a) *Petroglifo de* Zorrilla, *Coquimbo.*
b) *Cista diaguita-chilena.*

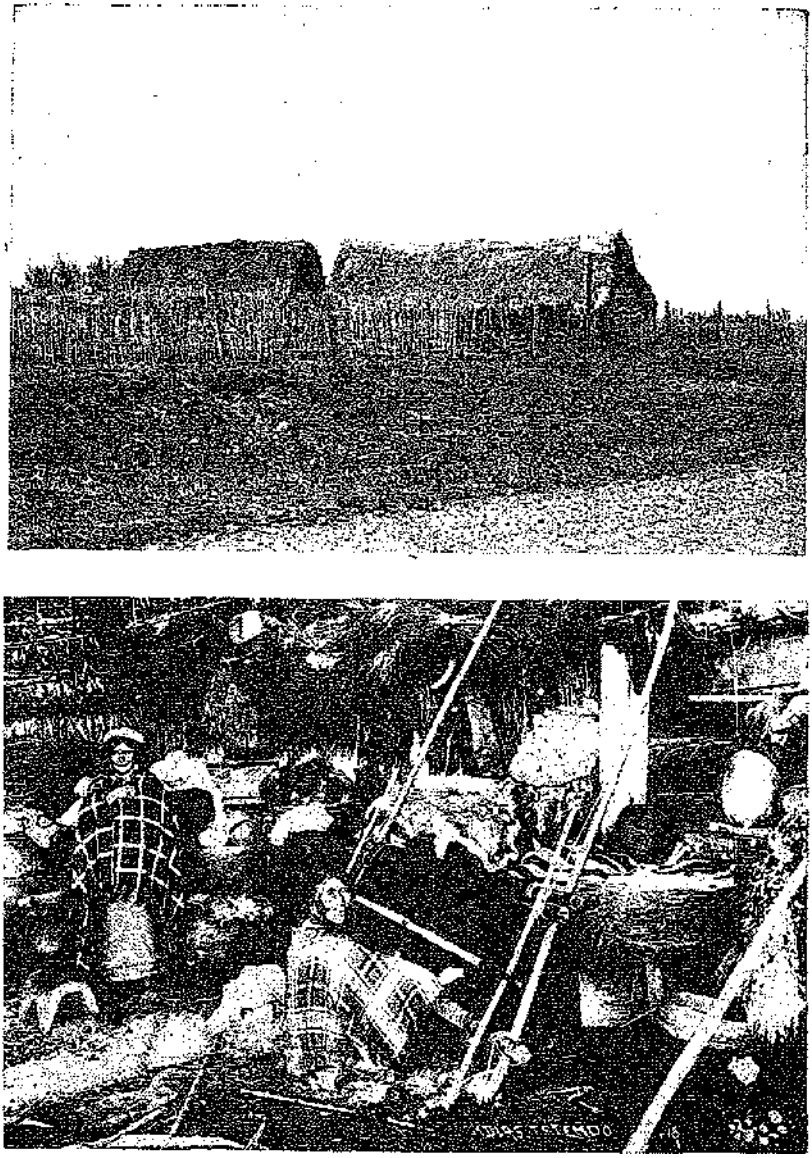


LÁMINA LXXVI. — *Viviendas Araucanas.*
a) *Rucas actuales.*
b) *Interior de una ruca.*

eran entregados a la persona damnificada, quedando como esclavos del mismo hasta que pudieran restituir el importe de lo robado. Y también los huérfanos podían o solían convertirse en esclavos.

Uno de los esclavos más célebres ha sido sin duda *Marina*, la compañera de Cortés, que tan útiles servicios prestó a los conquistadores españoles.

3. *La Organización Política*

Como ya se ha expresado antes, ni el Viejo Imperio ni el Nuevo fueron verdaderos "Imperios", ni organismos políticos que se parecieran a uno. Cultural y lingüísticamente el país estaba unificado, pero bajo el aspecto político la situación era muy distinta. Ella puede ser comparada con la que reinara en la antigua Grecia, en la Liga Hanseática alemana, o en la Italia del Renacimiento. Pues, tanto en una como en otra parte la entidad política era la ciudad-estado.

En los últimos tiempos del Nuevo Imperio, el norte de Yucatán reconocía la existencia de 19 entidades políticas distintas, de las que las correspondientes a *Chichén Itzá*, *Uxmal* y *Mayapán* eran las principales. Al frente de cada una de ellas estaba el *halach uinic*, rey, príncipe o gran señor, jefe supremo del Estado. Sus insignias eran un escudo y un cetro o un arma. La dignidad era hereditaria en la línea masculina.

A juzgar por lo que se había conservado entre los *Itzáes* del siglo XVII, parecería como si este jefe supremo hubiese tenido a su lado, al igual que lo que sucedía entre los *Aztecas*, al Sumo Sacerdote o *Ahuacán*, que en cierta manera compartía con él las tareas de gobierno. La analogía con la situación azteca se extendía también al título que en ambas partes llevaba este personaje. Pues, el maya *Ahaucán* o "Señor Serpiente" está indudablemente relacionado con el azteca *Cihuacóatl* o "Mujer Serpiente".

Una de sus principales funciones era la de nombrar los magistrados y jefes locales que tenían a su cargo la administración de los asuntos de las ciudades que dependían de su circunscripción territorial. Estos jefes locales se llamaban *batab* y sus funciones eran múltiples. En tiempos de paz ejercían el poder ejecutivo y judicial dentro de sus respectivos distritos. Presidían los consejos locales y cuidaban de que tanto la ciudad como los individuos cumplieran con las obligaciones que tenían asignadas, especialmente la entrega de tributos. En tiempos de guerra comandaba el contingente de guerreros de su propia jurisdicción. Funcionarios inferiores, llamados *ah kulel* o "delegados" acompañaban al *batab* a todas partes y actuaban como ayudantes suyos.

El *batab* disponía de un consejo que estaba formado por varios *ah cuch cab* o "regidores". Éstos actuaban y votaban como hacían los regidores en los cabildos españoles, y nada podía hacerse sin su consentimiento. Cada uno de ellos era jefe de una parcialidad o barrio, es decir, de una subdivisión de la ciudad.

Los pequeños pueblos y aldeas tenían a su frente a un jefe de categoría menor que se llamaba *hol pop*, término maya que significa "el que está a la cabeza de la estera". La estera se tomaba a menudo como símbolo del gobierno, y esto puede explicar el concepto. Las funciones de estos mandones son algo inseguras. Pero entre ellas estaba la de ser jefe de la *popolna*, o casa de los hombres, y encargado de los bailes e instrumentos musicales.

La última categoría de funcionarios era la de los *tupiles*, especie de alguaciles o policías cuya misión consistía en velar para que no fueran transgredidas las leyes.

4. *Justicia y Derecho Penal*

Al igual que lo que sucedía entre *Incas* y *Aztecas*, la justicia de los *Mayas* era muy severa.

Las causas comunes, criminales y civiles, eran juzgadas por el *batab*, quien, como ya se ha dicho, tenía también carácter de

juez. Y los casos de mayor importancia se resolvían en consulta con el *halach uinic* o jefe supremo.

El obispo Landa y algunas otras fuentes menores nos han conservado el recuerdo de las penas que se aplicaban a los que cometían delitos y eran habidos. Por ellas sabemos que el adúltero era entregado atado al marido ofendido para que él hiciera lo que creía oportuno. Podía perdonarlo, y en este caso quedaba inmediatamente libre. Y podía matarlo de varias maneras. La forma de ejecución más común era dejarle caer una piedra sobre la cabeza desde gran altura. Es decir, una pena parecida a la que para otros delitos usaban *Aztecas* e *Incas*. Otra forma de ejecución era por flechamiento. Y era común que antes se expusiera la pareja culpable a la vergüenza pública. La mujer no solía recibir otro castigo que el abandono y la infamia, "que entre ellos era cosa muy grave" al decir del obispo Landa. El estupro se penaba con la lapidación pública.

Todo homicidio, aunque fuere accidental, se castigaba con la muerte. Pero en determinados casos, sobre todo cuando la muerte se había producido sin voluntad ni malicia, se podía arreglar el asunto entregando un esclavo a los parientes del muerto. El hurto se castigaba con la esclavitud, al menos hasta que se devolviera el importe del daño causado. Y si el ladrón pertenecía a la nobleza, se le labraba el rostro desde el mentón hasta la frente por ambos lados, lo cual era tenido por un gran deshonor. El incendio intencional y el matar los pájaros de rico plumaje, se castigaba igualmente con la muerte.

Las causas eran verbales y la investigación se hacía con ayuda de testigos y defensores.

5. *Armas y Guerra*

Las materias de guerra estaban en manos de dos capitanes. Uno de ellos, cuyo cargo era a perpetuidad y hereditario, era el mismo *batab* quien, como ya se ha dicho, comandaba el contingente de

guerreros de su propia jurisdicción. El otro era elegido cada tres años y se llamaba *nacom*. Durante su mandato no podía tener relación con mujeres ni comer carne. Este último era quien conducía las operaciones.

Los *holcanes* o guerreros comunes eran mercenarios pagados por el capitán y alimentados por la ciudad. Su paga no era muy alta, sobre todo en tiempos de paz, y algo más elevada en tiempos de guerra. Como la táctica guerrera consistía casi exclusivamente en atacar por sorpresa al enemigo o prepararle emboscadas, cuando los guerreros salían a campaña iban silenciosos, llevando a su frente una bandera. Pero al atacar lo hacían en medio de un gran estruendo, golpeando caparazones de tortugas, tocando caracolas y lanzando grandes y feroces gritos, todo con la sana intención de amedrentar al enemigo. Su atuendo tendía a lo mismo, ya que se pintaban el cuerpo de negro y colorado. Al regreso de una campaña los *holcanes* solían exigir que se les festejara dignamente, sobre todo si se había cautivado algún enemigo principal.

Sus principales armas eran el arco y flecha, hachas pequeñas de metal y lanzas con puntas de pedernal. Los arcos eran siempre de tamaño inferior al de la estatura del que lo usaba, y las flechas, llevadas en carcajes, tenían astil de caña, con su parte anterior reforzada con un trozo de madera dura en el que estaba inserta la punta de pedernal. Su largo estaba alrededor de los 1,10 ms. Los actuales *Lacandones* todavía usan hoy arcos y flechas de este mismo tipo [8]. Para la defensa usaban rodelas hechas de un trenzado de cañas con forro de piel de venado, vendas alrededor de los miembros y cortos sacos acolchados con algodón en rama.

Los jefes agregaban morriones de madera con adornos de plumas, y ciertos guerreros se vestían con plumas y pieles de puma y de jaguar.

IV. LA CULTURA MATERIAL

1. *Instalación y Vivienda*

La mayor parte de la península de Yucatán consiste en terrenos bajos y llanos, cuyas elevaciones más altas no sobrepasan los 500 metros sobre el nivel del mar. Su base rocosa es caliza y de origen relativamente reciente. Se puede decir que la región carece de ríos, puesto que el Usumacinta, que es la única vía fluvial que merece este nombre, se encuentra muy al sur, en la base misma de la península. Hay, en cambio, numerosas corrientes subterráneas que afloran en muchas partes formando lo que regionalmente se llaman *cenotes* o pozos. Tampoco faltan algunos lagos permanentes, ni un número mayor de temporarios que se forman en la época de las lluvias.

Como es natural, la instalación humana sólo podía producirse en aquellos lugares donde abunda el agua, ya sea cerca de los cenotes ya en las cercanías de las muchas "aguadas", que son cisternas naturales o artificiales, o ambas cosas a la vez. Además, cuando lo necesitaban, los *Mayas* solían aumentar su caudal de agua mediante la excavación de *chultunes*.

Si pretendiéramos medir las ciudades mayas por lo que pasa en las nuestras, apenas si nos merecieran el nombre de tales. Las del Viejo Imperio fueron simples centros ceremoniales alrededor de los cuales se concentraban, en un radio más o menos grande, los pobladores. Algo más apiñada estaba la población en las ciudades del Nuevo Imperio. Mas, ni en unas ni en otras, los gran-

des edificios, los templos, los palacios, los juegos de pelota, etc., estaban dispuestos a lo largo de calles, cual sucede entre nosotros, sino alrededor de patios y plazas. Pero es casi seguro que al menos en el norte de Yucatán, salían de cada uno de estos centros urbanos cuatro avenidas pavimentadas en dirección de los cuatro puntos cardinales. Las construcciones residenciales se hallaban más o menos dispersas en los espacios libres entre una y otra avenida. En ciertos lugares el centro del poblado lo constituía un mercado, y a su vera estaban situados los edificios públicos.

Interesante es la manera de disponer las construcciones residenciales dentro del plano de la ciudad. Pues, según nos dice el obispo Landa, en torno al centro religioso o cívico formado por los templos y otros edificios públicos, estaban las casas de los señores y sacerdotes. En la ciudad de *Mayapán* este núcleo estaba cercado por un muro. Y fuera de él, extendiéndose hacia los suburbios, seguían las residencias de los vecinos ricos y principales, y sólo después de éstos venían las sencillas viviendas de la gente común. La mayor parte de las casas estaban rodeadas por huertas con árboles frutales y otros cultivos[1].

Algunas ciudades del Nuevo Imperio, como *Mayapán*, tenían todo el conjunto urbano defendido con una muralla.

No todas las casas presentaban el mismo tipo, ya que el desarrollo histórico y la situación social y económica de sus habitantes influían sobre su calidad. En su mayoría tenían planta rectangular, aunque tampoco faltaban las ovaladas[2], en lo que hemos de ver la persistencia de una situación anterior. Las viviendas antiguas y las más modernas se nos presentan frecuentemente construídas sobre una plataforma de mampostería. Pese a que había muchas construcciones de cal y canto, en su mayor parte tenían paredes de material deleznable. El techo era casi siempre de paja y de forma piramidal. De manera general puede decirse que las viviendas antiguas se parecían mucho a las que todavía construyen los *Mayas* de hoy.

El moblaje era sencillo. Se dormía sobre un lecho de palos tapándose con mantas de algodón, o también en hamacas. Esto

último sucedía sobre todo cuando se viajaba o para descansar. En las fuentes antiguas hay algunas referencias a sillas, pero sin mayores detalles. Es probable que, al igual que lo que se hace todavía en el norte de Yucatán, se cocinara en una pequeña construcción anexa a la principal [3].

2. *Vestido y Adorno*

La parte más importante de la indumentaria de los hombres era el taparrabo, llamado *ex* o "mástil" en idioma maya. Consistía en una tira de algodón teñida a varios colores y del ancho de una mano. Se pasaba entre las piernas y se ataba a la cintura de tal modo que un extremo colgara por delante y otro por detrás. Además de esta prenda indispensable, todos los varones, e incluso los mismos esclavos, usaban una manta cuadrada que les cubría la parte superior del cuerpo. La solían pasar por debajo de un brazo y atarla sobre el otro hombro. La manta podía ser blanca o de color, ser lisa o estar adornada con plumería.

Los nobles usaban otra prenda cuyo origen parece ser mexicano. Era una especie de blusa sin mangas llamada *xicul*, que adornaban con vivos colores y con bordados y plumerías. De la misma manera, los "mástiles" usados por la gente de pro llevaban hermosos adornos de plumería.

Las mujeres vestían la *enaguas* o faldellín ceñida a la cintura, que les bajaba hasta media pierna. El busto solía estar desnudo, pero decorado con tatuajes. Ciertas mujeres agregaban un pañuelo de algodón que pasándoles por un sobaco y colgando por el otro hombro, les cubría los pechos. Y hasta vestían una manta grande, que de noche les servía de cobertor.

Ambos sexos se dejaban crecer el cabello. Los hombres se cortaban una especie de tonsura en la parte superior de la cabeza, y con el resto del cabello formaban una trenza que disponían alrededor de la cabeza formando una especie de guirnalda. En tanto que las mujeres se arreglaban con el suyo dos largas

trenzas. Hombres y mujeres iban descalzos o llevaban sandalias hechas de piel de venado y con ataduras de henequén.

Los adornos más comunes consistían en collares de cuentas de jade, concha, dientes de animales, etc. Y en brazaletes, ajorcas y rodilleras de plumería. El Nuevo Imperio conoció también los adornos de oro y cobre.

En la nariz y en la oreja se llevaban igualmente adornos. Los primeros consistían en un trozo de ámbar colocado en un orificio que a tal efecto se labraban en el septo nasal, o en cuentas de jade que se ponían en las aletas. Lo primero era costumbre típicamente maya, practicada ya en el Viejo Imperio; lo segundo importación mexicana. En nuestra figura 117 pueden observarse ambos adornos llevados por guerreros mayas y mexicanos, respectivamente. Los adornos auriculares, por su parte, consistían en zarcillos y pendientes.

Los *Mayas* tuvieron como adorno a toda una serie de deformaciones corporales, cual la deformación craneana, el aguzamiento de los dientes, las incrustaciones dentarias, el tatuaje, etc., costumbres que practicaron extensamente. Hasta el estrabismo les parecía digno de imitación, y las madres trataban de que sus hijos bizquearan. A tal efecto, según nos cuenta Landa, les ataban un "pegotillo" al pelo que les llegaba hasta media ceja, y como éste se moviera continuamente y los niños quisieran seguirlo con la vista, venían a quedar bizcos [4]. Y lo bueno del caso es que este dato del famoso Obispo de *Maní* se ve confirmado por otras fuentes independientes.

3. *Las Artes Industriales*

La cerámica, el tejido, la plumería y la metalurgia son las actividades industriales más notables practicadas por los *Mayas* del Nuevo Imperio.

Los tipos de cerámica que prevalecen en los yacimientos de uno y otro período, el Mexicano y el de Decadencia, no son exac-

amente los mismos. En el período primero predomina una cerámica indígena de color pizarra (Fig. 120) muy característica, que ya comienza a aparecer a fines del Viejo Imperio. Frecuentemente ostentan una forma cilíndrica, que puede ser lisa o estar decorada con interesantes relieves planos producidos por medio

FIG. 120. — Cerámica pizarra de Yucatán. Según Morley.

de cortes e incisiones. Y a pesar de que las vasijas decoradas de esta suerte no carecen de cierta ruda belleza, están lejos de ser comparables con los espléndidos ejemplares de cerámica policroma producida por el Viejo Imperio.

Durante este mismo período Mexicano aparece en el norte de Yucatán la cerámica anaranjada delgada. Se trata de una loza a la que corresponde un gran valor cronológico. Parece ser característica no sólo del Nuevo Imperio donde la vemos florecer en ambos períodos (Fig. 121), sino de gran parte de Mesoamérica postclásica, y en especial de toda la costa del Golfo de Campeche. Pues, ella se encuentra también en la *Isla de Jaina*, en la de *Sacrificios*, en *Cerro Montoso*, en *Los Tuxtlas* y en otros lugares de Veracruz y Tabasco, siendo probable que su origen se encuentre en algún lugar todavía no descubierto de este último Estado mexicano [5]. Las piezas son de una pasta muy homogénea, que varía en color desde un rojo terracota al anaranjado.

En Yucatán, esta misma cerámica continúa durante el período de Decadencia. Perdura la fina contextura de la pasta, y hasta los colores y las técnicas decorativas son las mismas. Pero sus formas y terminación han cambiado. Ahora predomina la incisión a través de un baño de color, que puede ser el rojo, el negro o el blanco.

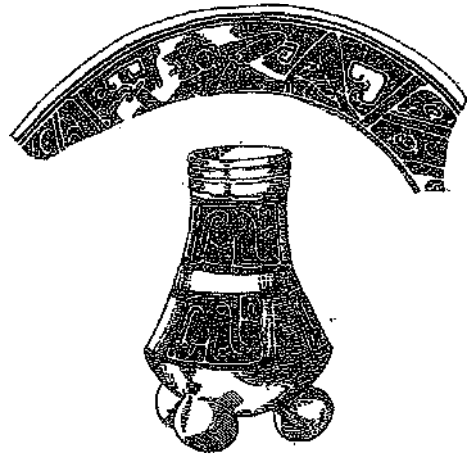


FIG. 121. — Cerámica anaranjada delgada de *Chichén Itzá*. Según Morley.

Decididamente artículo de importación es la cerámica plomiza o de reflejos metálicos, que igualmente se encuentra en las ciudades del Nuevo Imperio, y que se supone haber sido fabricada en alguna parte del sur o sudeste en los Altos de Guatemala o en el vecino Salvador (Fig. 122). De entre ella se destacan las formas que llevan como apéndice una cabeza modelada.

Las muestras de tejidos son extraordinariamente escasas y apenas vale la pena mencionarlas. Los restos más importantes han sido extraídos del cenote de los sacrificios de *Chichén Itzá*, y nos muestran la existencia de muchas y complicadas texturas. Los relieves y las pinturas murales nos han conservado también numerosos testimonios que dicen de su abundancia y variedad.

La tejeduría era trabajo de la mujer, y en ella se usaba el viejo telar de tipo horizontal que usaban *Incas* y *Aztecas*, y que todavía siguen usando los *Lacandones* o *Mayas* supérstites de Chiapas (Fig. 123). Se tejía el algodón, con el que se fabricaban telas cuya anchura no podía sobrepasar el metro, puesto que éste es el ancho máximo del telar. De ahí que cuando se necesitaban anchuras mayores se tuvieran que coser dos tiras juntas.

Los *Mayas* del Viejo Imperio no conocieron o no emplearon

los metales. Los del Imperio Nuevo, en cambio, si bien los conocieron no practicaron su laboreo ni su fundición. En realidad la mayor parte de objetos de metal hallados en el norte de Yucatán han sido extraídos del pozo de los sacrificios de *Chichén Itzá* que es donde se echaba a las víctimas y demás ofrendas a los dioses. Como los análisis han podido demostrar, casi todos ellos son artículos de importación, fabricados en México central o en Centroamérica. Los pocos ejemplares trabajados localmente lo fueron con materia prima importada y por la sola técnica del repujado.

FIG. 122. — Cerámica plomiza del período mexicano de Yucatán. Según Morley.

Mucha importancia tuvo, en cambio, el arte plumario entre los *Mayas*. No ha llegado hasta nosotros ninguna muestra del mismo pero las numerosas representaciones en relieves y pinturas son buena prueba de su popularidad y perfección. Las vistosas plumas de las aves tropicales que las leyes trataban de resguardar, se usaban tanto para fabricar complicados penachos y copetes con que se engalanaban los jefes y los guerreros, como para ser agregados en calidad de flecos o recamados, a los tejidos de algodón.

FIG. 123. — La diosa lunar *Ixchel* tejiendo. Códice Tro-Cortesiano.

Gonzalo G.
y
Katy

4. *Transporte y Comunicaciones*

Tampoco los *Mayas*, al igual que los *Aztecas*, conocieron otro animal de carga que el Hombre mismo, ni otro medio de transporte terrestre que la hamaca y las literas en que se viajaba o se conducía a los altos personajes. De estas últimas las había que estaban todas adornadas con plumería.

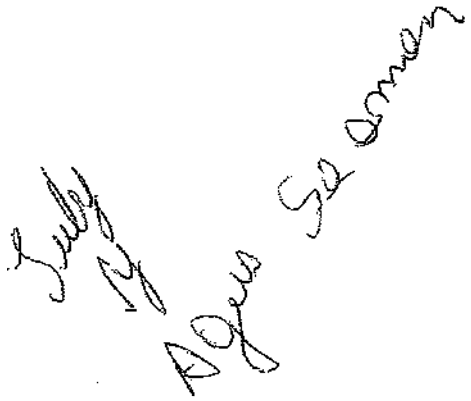
Todo transporte terrestre de mercaderías debía efectuarse, forzosamente, sobre las espaldas de cargadores humanos, posiblemente esclavos. Menos mal que existía una buena red de caminos, de los que un historiador antiguo nos dice que eran como caminos reales [6]. Enlazaban una ciudad con otra, y algunos de sus tramos eran verdaderas calzadas. Todavía se ven los restos de muchas de ellas. La que unía *Yaxuná* con *Cobá* procede del Viejo Imperio.

Esta calzada tiene unos cien kilómetros de largo, una anchura de más de cuatro metros, y en ciertas partes se eleva hasta los 2,50 metros sobre el nivel del suelo circundante. Y no deja de tener interés recordar que sobre uno de sus tramos se encontró un rodillo de piedra que serviría como aplanadora [7].

Para el transporte marítimo usaban los *Mayas* las canoas monóxilas que llamaban *chem*. En el fresco de *Chichen Itzá* que reproducimos en la figura 118, se pueden ver estas embarcaciones, y darse cuenta de que se parecen a las aztecas. Pero las había también de más grandes, tripuladas por numerosas personas, y con las que hacían largos viajes a lo largo de las costas. Según nos dice Landa, hasta tenían dispuestas señales en árboles destacados de algunas islas de la Bahía de Términos para facilitar la navegación [8].

El Nuevo Imperio mantenía un activo intercambio con los países vecinos. Rutas comerciales, terrestres y marítimas, llevaban hasta Ulúa por el sudeste, y Tabasco por el sudoeste. Los productos que se exportaban eran sal, pescado seco, mantas de

algodón, plumas, copal, cera, miel y armas de pedernal. Y recibían, en cambio, cacao, cuentas de piedras preciosas, plumas de tipo distinto, y cascabeles y otros objetos de metal [9]. Algunos lectores habrán de recordar que Cristóbal Colón, en su cuarto viaje, se encontró con dos de estas grandes canoas yucatecas cargadas de mercaderías, sobre la costa del Golfo de Honduras [10].



V. LA CULTURA ESPIRITUAL

1. *Los Poderes Sobrenaturales*

El panteón maya no nos es tan bien conocido como el azteca. No obstante, puede decirse que similarmente a lo que sucedía con los mexicanos, la mayor parte de los diosos mayas eran personificaciones de las fuerzas de la Naturaleza.

Nuestra ignorancia es mayor en lo que respecta al Viejo Imperio, puesto que de esa época han sobrevivido muy pocas representaciones de dioses. Sin embargo, y dada la íntima continuidad que reinara entre uno y otro gran período, es de suponer que la mayor parte de los dioses mayas fueran los mismos a lo largo de todo su desarrollo histórico. Las novedades se han de referir a lo introducido por los Mexicanos a comienzos del Nuevo Imperio, y a las modificaciones que pueden haber determinado las distintas circunstancias reinantes en el norte de Yucatán.

La religión maya tiene mucho de dualística, y en gran parte refleja la eterna lucha entre las influencias del bien y del mal sobre el destino del Hombre [1]. Hay dioses benévolos y amigos de los humanos. Éstos producen el trueno, el rayo y la lluvia que hace fructificar el maíz y garantizan la abundancia. Y hay otros que determinan la muerte y la destrucción, que causan las sequías, las hambres y las guerras.

Pero antes de recordar a algunos de estos dioses, creaciones de las sencillas mentes agricultoras que fueran los *Mayas* o de sus más intelectuales sacerdotes, debemos mencionar que según va-

rias fuentes nuestros indios habían conservado el recuerdo de un antiquísimo dios universal, creador de todas las cosas, invisible e irrepresentable, al que llamaban *Hunab Ku* o "Dios Único". Según especifica una de esas fuentes antiguas, era éste el único dios vivo y verdadero, y de él no existían imágenes.

FIG. 124. — Los principales dioses del panteón maya, tal como aparecen en los distintos códices. Se trata de *Ah Puch*, *Itzamná*, *Chac* y *Yum Kax*. Según Morley.

Los indios decían que al ser concebido incorporóreo no podían representarse su figura. La especulación teológica posterior lo asimiló en cierta manera al Sol, y lo hizo padre de la primera figura del panteón, el dios *Itzamná*.

Itzamná (Fig. 124) era la primera de las deidades benévolas y amigas del Hombre, a la que se invocaba especialmente para que evitara las calamidades públicas. Era señor del cielo de día y del cielo de noche. La figura de *Kinich Ahau* o dios solar, no

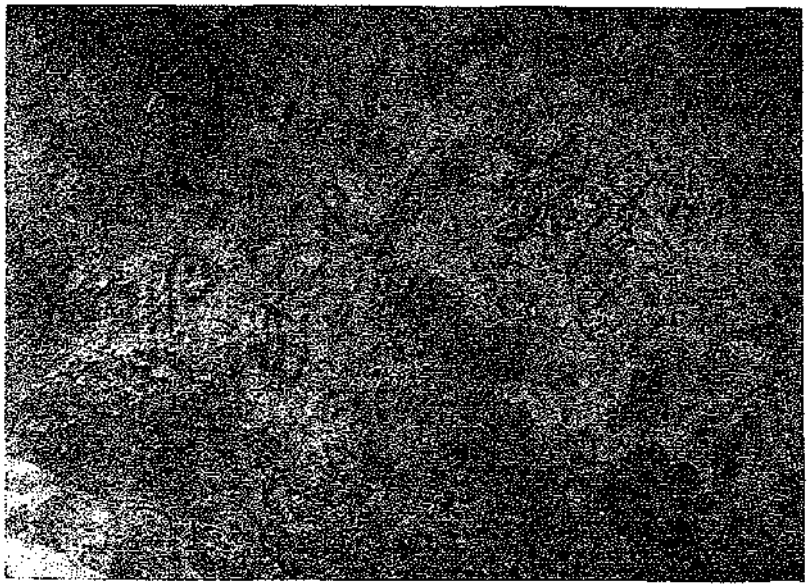


LÁMINA LXXVII. — *La Meseta de Bogotá, hábitat Chibcha.*
a) *El paisaje.*
b) *Una pictografía.*

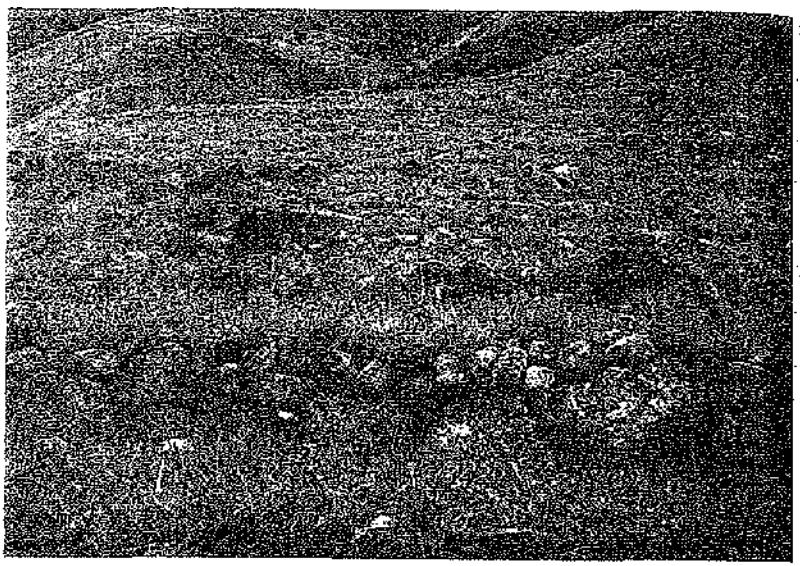


LÁMINA LXXVIII. — *La Sierra Nevada de Santa Marta.*
a) *Restos de andenes de cultivo.*
b) *Una aldea actual.*

era en realidad sino una manifestación diurna de este dios, así como la de *Ixchel* o diosa lunar era su manifestación nocturna. A *Itzamná* se le consideraba también héroe cultural, pues había sido él quien inventara la escritura jeroglífica, el calendario y la cronología. Y al extenderse los *Mayas* por el norte de Yucatán, había sido igualmente él quien repartiera las tierras al pueblo y diera nombre a los distintos lugares.

El dios *Chac*, señor de la lluvia, ha de haber sido más invocado en el Nuevo Imperio que en el Antiguo. Pues, la parte norte de Yucatán es mucho más seca y árica que el Petén. Se lo representaban con una larga nariz de proboscídeo y con dos colmillos salientes (Fig. 124). No se trataba de una sola deidad, sino de cuatro en una. Pues cada punto cardinal tenía su *Chac* especial que se distinguía de los otros por el color. Así, el *Chac* rojo reinaba en el este; el blanco en el norte; el negro en el oeste, y el amarillo en el sur.

Yumkax era dios del maíz y de la agricultura. Lo figuraban como deidad joven, frecuentemente adornada con una flor o una mazorca de maíz. Era también deidad benévola, como las dos anteriores, dios de la vida y de la vegetación.

En cambio, *Ah Puch* era el dios de la muerte y la principal deidad malévola. En sus representaciones tiene una calavera por cabeza, y los huesos del esqueleto se ven a través del cuerpo. Estaba asociado con el dios de la guerra y de los sacrificios humanos, y generalmente iba acompañado por el perro, el ave *Moán* y la lechuza, tres animales de muerte y de mal agüero.

Fuera de estos dioses principales, los *Mayas* reconocían la existencia de muchos otros más, que sería largo detallar aquí. Según su concepción del Universo, el mismo se componía de trece mundos superiores que podemos llamar cielos, y de nueve mundos inferiores o infiernos. La disposición de estos mundos era en capas, y en cada una de ellas presidía una distinta divinidad. *Itzamná* era la deidad dominante en los mundos superiores, y *Ah Puch* y *Cumhau* los dioses máximos en los mundos inferiores.

Había también una serie de dioses que el pueblo no podía adorar si no era a través de los jefes. Es casi seguro que estos dioses de la nobleza fueran importaciones mexicanas [2]. El principal de ellos era *Kukulkán*, el *Quetzalcóatl* maya. Una vez al año, señores y sacerdotes se reunían en la ciudad de *Maní*, en el templo dedicado a este dios, para honrarle con un festival que duraba cinco días.

2. *Culto y Ritual*

Según nos dice Fray Diego de Landa y confirman otras fuentes, el culto que los *Mayas* rendían a sus dioses no tenía otra finalidad que la de hacer que esas potencias sobrenaturales les dispensaran vida y salud y mantenimientos [3]. Es decir, que perseguían fines prácticos y utilitarios.

Se invocaba y se aplacaba a los dioses por medio del ayuno, de la penitencia y del sacrificio. La ofrenda y el sacrificio eran los actos religiosos más importantes. Ofrendaban toda clase de cosas útiles y valiosas, desde alimentos crudos o cocidos y ornamentos de toda índole, hasta el sacrificio de hombres, mujeres y niños.

Según fuera lo que se pedía a los dioses, tal era el monto y la calidad de la ofrenda. En ocasiones ordinarias, cuando se pedía lluvia, salud o una buena cosecha, era suficiente un sacrificio moderado. Ofrecer su propia sangre, extraída mediante punción del lóbulo de la oreja, la lengua, los labios o los genitales, era usual desde los tiempos del Viejo Imperio. Pero en casos de calamidad pública, o cuando peligraba la vida del monarca, se solía apelar al sacrificio humano.

Los sacrificios humanos constituyen una innovación venida con los Mexicanos. De manera general puede decirse que el Viejo Imperio no practicó, o lo practicó muy moderadamente, este tipo de sacrificio [4]. La forma en que se llevaba a cabo en el Nuevo Imperio es, en gran parte, típicamente mexicana. Pues, la extracción del corazón y el flechamiento eran procedimientos más

comunes. Sólo en *Chichen Itzá*, y tal vez en algunas otras partes, se acostumbraba echar personas jóvenes, generalmente doncellas, en el Cenote Sagrado. El propósito principal de este tipo de sacrificio era el de que la víctima, como enviado especial, pidiera personalmente lluvia a los dioses. De todas maneras, no parece que la intensidad con que se practicó el sacrificio humano en el Nuevo Imperio llegara ni de lejos a la impresionante vehemencia que tuvo entre los *Aztecas*.

Encargados de los sacrificios eran los sacerdotes. De éstos los había de varias clases y jerarquías. A su cabeza estaba el *Ahaucán*, como ya se ha expresado en otra parte. En alto honor eran tenidos también los llamados *chilanes*, que tenían a su cargo las profecías y la interpretación de los deseos de los dioses. Justamente varias de las crónicas indígenas de Yucatán que han llegado hasta nuestros días contienen las profecías del más célebre de los *chilanes*, el llamado *Chilam Balam* que viviera poco antes de la conquista española [5]. Los *nacomes*, en cambio, que eran los que practicaban los sacrificios humanos, no eran tenidos en tan alta estima. Al menos al decir de Landa, porque hay varios hechos que parecen oponerse a este pasaje de la obra del célebre Obispo de *Maní* [6]. Había, finalmente, en cada lugar, cuatro ancianos, elegidos por el pueblo, que servían de ayudantes en los sacrificios y se llamaban *chaces*.

Los templos constituían en todas partes el centro de la ciudad. Por lo general se trataba de estructuras piramidales con una sola o con cuatro escalinatas monumentales. Los sacrificios se efectuaban en público, ya en el patio inferior, abajo de la pirámide, ya en la plataforma superior donde estaba la piedra de sacrificios. Sabemos, además, de la existencia de adoratorios particulares de la nobleza donde se celebraban importantes ceremonias.

Fuera de los sacrificios, los sacerdotes debían cumplir con varias otras funciones. Por de pronto tenían a su cargo el calendario y las necesarias observaciones astronómicas. El edificio llamado "El Caracol", de *Chichén Itzá*, se supone haber sido un

Ubaldina y Diego 2/6/93

observatorio astronómico (Lám. LXX). Sobre la base del calendario, los sacerdotes podían comunicar al pueblo las épocas propicias para la caza, la guerra y las labores agrícolas. Tomaban, además, confesión a la gente, predicaban y actuaban en los bautismos, matrimonios y otras ceremonias domésticas.

De entre los numerosos ritos que Fray Diego de Landa nos relata detalladamente, el del Año Nuevo era sin duda el principal. El mismo se celebraba durante los cinco días aciagos con que terminaba el año. Cada año estaba regido por uno de los dioses de los cuatro puntos cardinales, y las ceremonias tenían por finalidad principal la de celebrar con numerosas formalidades el término de la función de uno y la entrada a la regencia del otro.

La Fiesta de los Katunes tenía también significado sustantivo. Se celebraba al final de cada período de 7.200 días, unidad de tiempo a la que los *Mayas* llamaban *katún*, y consistía en la erección de un monolito que llevaba grabada la fecha del día, de acuerdo con el cómputo maya. Los katunes eran trece, cada uno con su correspondiente número, el cual recurría cada 256 años. Y cada katún tenía igualmente su divinidad protectora que regía sus destinos. Diez años antes de que terminara un katún se colocaba un ídolo en el templo, frente al del dios que reinaba, y como "huésped" del mismo. Ahí permanecía durante estos diez años, y los otros veinte de su propio período. Sólo que en los últimos diez años debía compartir su poder con el sucesor que en tanto había pasado a ser huésped suyo.

En realidad, y esto vale tanto para el Viejo como para el Nuevo Imperio, se han encontrado hasta ahora muy pocas estatuas de piedra que puedan ser consideradas imágenes de dioses. Una tradición bastante generalizada en Yucatán quiere que hayan sido los Mexicanos los introductores del culto a los ídolos. Tal vez se refiera esto a la costumbre muy extendida y general que existió durante el Imperio Nuevo de hacer pequeñas figuras de dioses de barro, madera y piedra, que los indios tenían y veneraban en sus casas. Pero vale la pena recordar que los *Man-*

the Choles, grupo supérstite de *Mayas* del sur, carecían completamente de ídolos, y que sacrificaban a los bosques, montañas, pasos peligrosos, remolinos de agua, etc., por creer que de ellos venía todo lo que era necesario a la vida [7]. Y no es posible dejar de considerar la posibilidad de que la religión de los *Mayas* anteriores a las invasiones mexicanas hubiese tenido parecidos aspectos.

3. *Los Ritos de Tránsito*

La vida toda de los *Mayas* estaba dominada por la religión.

La primera ceremonia relacionada con la vida del individuo, tenía lugar a poco de haber nacido. Era cuando su madre lo llevaba al sacerdote para que le impusiera su primer nombre, le hiciera su horóscopo de acuerdo con el día de su nacimiento, y le indicara la profesión que convenía siguiera.

Los niños se amamantaban hasta cerca de los cuatro años. Durante todo este tiempo solían andar desnudos. Pero al llegar a los cuatro o cinco años, se entregaba a los niños su primer taparrabo, y su primera enagua a las niñas. Además, se ataba a los primeros una cuenta blanca sobre la coronilla, y a las segundas una concha roja a la cintura que simbolizaba su virginidad. Estos adornos se llevaban puestos hasta que se cumpliera el segundo rito de tránsito, que es el que Landa llama "bautismo".

Realizábase éste cuando los niños de uno y otro sexo llegaban a la pubertad. La ceremonia tenía carácter colectivo. A tal efecto, periódicamente se reunían todos los niños que estaban en esta situación, acompañados de sus respectivos padres, en casa de una persona principal del pueblo, que hacía las veces de padrino de la fiesta. El rito consistía en que el sacerdote, luego de purificar convenientemente el ambiente, entregaba a cada niño o niña un poco de maíz molido e incienso, que éste echaba luego en un brasero encendido. Seguidamente, rociaba a cada uno con agua bendita, al tiempo que sus ayudantes les echaban bocanadas de humo de tabaco. Finalmente, el sacerdote les cor-

taba los distintivos de su puerilidad, se hacía entrega de presentes, y a partir de este momento los jóvenes eran considerados casaderos. Los varones pasaban a dormir en un gran edificio público que también servía de lugar de reunión de los hombres.

El matrimonio solía realizarse antes de los 20 años. El arreglo del mismo se dejaba al cuidado de casamenteros profesionales, los que disponían todo lo relativo al precio en vestidos u otros artículos que el padre del novio debía pagar al de la novia por la mano de su hija. La ceremonia se celebraba en casa de ésta y con la presencia del sacerdote, quien bendecía y daba instrucciones a los contrayentes. Desde ese día la pareja vivía en casa de los padres de la mujer, y el marido trabajaba para su suegro durante unos cinco o seis años.

Para el común del pueblo el matrimonio era generalmente monógamo, aunque la separación era fácil. Si se producía un divorcio, los niños de corta edad se quedaban con la madre; y los ya grandecitos se dividían, quedando los varones con el padre y las chicas con la madre. A todo divorcio podía seguir una nueva unión, la que se efectuaba sin mayor ceremonia. Las clases privilegiadas, en cambio, practicaban la poliginia, aunque por lo general sólo la primera mujer era del mismo rango que el marido.

Al morir un individuo, se envolvía su cuerpo en una tela de algodón y le ponían un poco de maíz molido y una o varias cuentas de jade en la boca: viandas para el camino y óbolo para *Caronte*. Si pertenecía a la clase de los maceguales, el cadáver se enterraba en el mismo piso de su vivienda o detrás de ella. Si, en cambio, era de la nobleza, se procedía a su cremación y a depositar las cenizas en una vasija, la que luego se guardaba debajo del piso de algún templo o pirámide.

4. *Las Bellas Artes*

De entre las bellas artes que con mayor asiduidad practicaron los *Mayas*, se debe nombrar en primer término a la escultura. Nuestros indios supieron dar forma bella al barro, a la madera y a la piedra. Especialmente la escultura en este último material es sobresaliente y de acabada belleza. Y su realización nos causa tanto mayor asombro cuanto sabemos que sus principales instrumentos fueron sólo cinceles y martillos de piedra.

Más que en producir estatuas en redondo, los *Mayas* del Viejo Imperio pusieron esmero en esculpir las famosas estelas, que son monumentos verticales, aproximadamente rectangulares, que llevan fechas y figuras en alto y bajo relieve (lámina LXIX). Tallaron también dinteles, altares y tableros (lámina LXXI). Pero se debe tener presente que, en general, estos monumentos no solían tener existencia autónoma, sino que eran parte ornamental de la arquitectura de los grandes edificios (lámina LXVII). El trabajo se hacía por desgaste, restregando y desgastando las superficies que debían dar realce al dibujo.

Las primeras esculturas son todavía torpes y pesadas, y la presentación de la figura humana es en gran parte de perfil. Pero poco a poco van aprendiendo los escultores mayas a superar las dificultades que les presenta la piedra como medio de expresión artística. Y así surge, en lo que se ha llamado el gran período de la cultura maya, el desarrollo más brillante que en el Nuevo Mundo conoció la escultura [8].

De entre las numerosas piezas correspondientes a esa época, la más hermosa es sin duda el tablero mural N. 3 de *Piedras Negras*. Esta conocida obra maestra de la escultura indígena americana muestra a un gran señor sentado en esplendoroso trono y rodeado por una serie de figuras de pie, en tanto que otras están sentadas en un plano inferior. Al ser descubierto, este notable grupo escultórico estaba muy deteriorado y rotas varias de sus figuras. Pero, felizmente fué posible su restauración.

En el Imperio Nuevo la escultura decae grandemente. Las estelas cuando todavía se producen, son de calidad muy inferior y carecen de lo que se ha llamado "Series Iniciales". Lo que sobre todo se produce entonces son estatuas de atlantes (Fig. 125), *chac mooles* y figuras de águila y de jaguar, es decir, esculturas de neta influencia mexicana.

FIG. 125.—Atlante maya-tolteca de *Chichén Itzá*. Museo Nacional de Antropología.

La pintura fué otra de las bellas artes que más se destacaron entre los *Mayas*. Esto ya puede verse por las pinturas que ostentan los vasos policromados del Viejo Imperio, y por las pinturas de los códices que se han salvado y que son de época del Nuevo Imperio.

Pero es sobre todo en los frescos o pinturas murales, que se encuentran tanto en el Viejo como en el Nuevo Imperio, donde el genio pictórico de los Mayas se muestra en su mayor esplendor.

Los murales del Viejo Imperio conocidos o conservados no son muchos. El más antiguo de cierta importancia es el que fué encontrado en una cámara exterior del edificio B-XIII de *Uaxactun*. Representa una pequeña construcción en rojo frente a la cual se encuentran figuras, diferentemente ataviadas, que están cumpliendo alguna ceremonia [9]

Pero las más importantes son sin duda las de *Bonampak*, descubiertas no ha mucho. Representan varias escenas, la principal de las cuales nos muestra a un alto personaje rodeado de numerosos dignatarios. Otro representa un grupo de músicos que tocan sonajas, tambores y caparazones de tortuga. Y un tercero reproduce una danza de personas que llevan máscaras de

animal. Al lado de las anteriores hay otras figuras de batallas y laceraciones que sólo se conocen por fotografía. La soltura del trazo es extraordinaria, y si a ello agregamos la libertad de línea y la expresión realista de algunas de estas figuras no nos extrañará que Salvador Toscano (1912-1949) pudiera decir de ellas que eran la obra maestra de la pintura maya [10].

Los murales conocidos del Nuevo Imperio son más numerosos que los del Imperio Viejo. Se encuentran en *Chichén Itzá*, en *Tulum*, en *Santa Rita Corozal* y en otros lugares del norte de Yucatán. Pero los más importantes son los de la ciudad primera. Ahí, en el Templo de los Guerreros se encuentra el interesante cuadro de la vida en una aldea marítima que reproducimos en la figura 118. Otra pintura, que se halla en el Templo de los Jaguares, nos muestra el ataque a un poblado maya. Y un tercero, que se encuentra igualmente en el Templo de los Guerreros, refiere nuevamente una acción bélica.

La gama de colores que usaron los pintores mayas es muy extensa, y la pintura empleada, tanto de origen mineral como vegetal, de calidad excelente.

Las demás artes bellas desaparecen casi frente al auge tomado por la escultura y la pintura mural. La música comprendía los usuales instrumentos: largas trompetas, tambores verticales de una sola membrana que se tocaban con la mano; sonajas; caparazones de tortugas; tambores horizontales hechos de un tronco vaciado *(tunkul)* que se golpeaban con un palo con cabeza de goma; caracolas, y silbatos de caña y hueso. Landa nos habla de todos ellos, y disponemos además de ejemplares arqueológicos, y de las figuraciones murales de *Bonampak*.

5. *La Ciencia*

Los únicos conocimientos que podríamos llamar científicos y que estaban en posesión de los *Mayas*, son aquellos que tienen relación con el calendario y la escritura, además de ciertos aspectos del arte de curar.

En realidad, la medicina maya comprendía no sólo conocimientos empíricos, sino que también normas mágicas y religiosas. Los encargados del arte de curar eran, según Fray Diego de Landa, los hechiceros, los médicos y los cirujanos. Pero parecería como si los tres nombres fueran referidos a una misma clase de personas. Los recursos terapéuticos de estos practicantes comprendían tanto los de orden físico, cual los baños de sudor y las sangrías, como los medicamentos de origen animal y vegetal, y los rezos y encantamientos. Para dar un ejemplo de algunos remedios usados podemos mencionar que con excrementos de iguana se trataban ciertas enfermedades de los ojos, y con una tintura de "gusanitos colorados" las llagas e hinchazones. Muy extensa era, empero, su farmacopea vegetal.

El calendario maya es un sistema cronológico más perfecto que el azteca, aunque más complicado. Al igual que la mayoría de pueblos mesoamericanos, los *Mayas* tenían el año solar de 365 días y el año sagrado de 260. A este último llamaban *Tzolkín* o "cuenta de los días". Constaba de 13 períodos de 20 días y era parecido, en su función y en su significado, al *tonalamatl* azteca. Sólo los nombres y signos de los días eran aquí distintos; pues se llamaban:

Ik	*Manik*	*Eb*	*Caban*
Akbal	*Lamat*	*Ben*	*Eznab*
Kan	*Muluc*	*Ix*	*Cauac*
Chichán	*Oc*	*Men*	*Ahau*
Cimú	*Chuan*	*Cib*	*Imix*

El año solar o *Haab*, por su parte, se componía de 18 meses de 20 días, más un período adicional de 5 días aciagos. El nombre de los meses era el siguiente:

Pop	*Xul*	*Yax*	*Pax*
Uo	*Yaxkin*	*Zac*	*Kayab*
Zip	*Mol*	*Ceh*	*Cumhu*
Zotz	*Chen*	*Mac*	
Tzec	*Kankin*	*Muan*	

El período de los cinco días aciagos con el que se completaba el año se llamaba *Uayeb* (Fig. 126).

También este año, que comenzaba siempre con 0 Pop, funcionaba esencialmente de la misma manera que el correspondiente azteca. Y de nuevo similarmente a lo que sucedía entre los *Aztecas* y otros pueblos del centro de México, cada día maya quedaba caracterizado por la conjunción de los cuatro elementos siguientes: 1, número que el día en cuestión asumía dentro del período de los 13 números del *Tzolkin*, los cuales se seguían eternamente; 2, nombre y signo de ese día; 3, número que le correspondía dentro del mes, entendiéndose que la numeración iba de 0 a 19; 4, nombre del mes. De manera que el mencionar una fecha maya cuya referencia, por ejemplo, podía ser 5 Ik 13 Pop, equivalía a como si nosotros, refiriéndonos a nuestro propio sistema, dijéramos: 3º día de la semana, martes, 12 de enero.

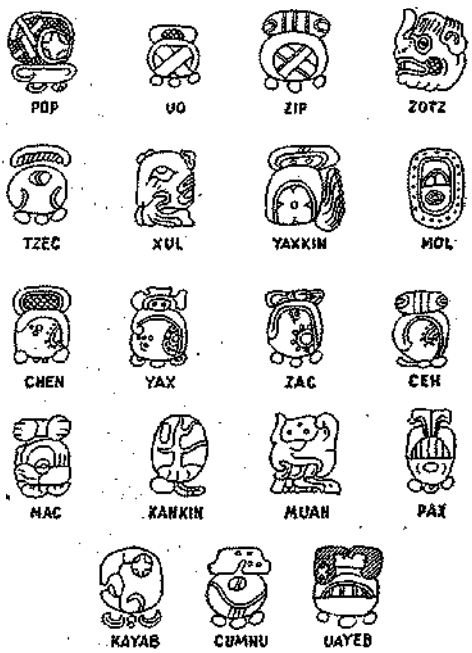


FIG. 126.—Signos de los meses mayas.

La novedad y los adelantos del sistema maya de contar el tiempo se manifestaban sobre todo al recordar las fechas del pasado. Pues los *Mayas* contaban con una Fecha Inicial fija, situada muy atrás en el tiempo, y a la cual referían cualquier fecha posterior. La referencia se hacía al indicar cuántos días habían transcurrido desde la Fecha Inicial. Y como las cantidades eran naturalmente grandes, su sistema vigesimal de contar permitía agrupar el número de días en *bactunes* o unidades de 144.000

días, en *katunes* o "edades" de 7.200 días, en *tunes* o años de 360 días [11], en *uinales* o meses de 20 días y en *kines* o días sueltos (Fig. 127).

En las inscripciones calendáricas que se esculpían en las estelas o se pintaban en los códices, las cifras que expresaban estas cantidades seguían siempre este mismo orden de presentación. Se leían de arriba abajo, y de izquierda a derecha. De manera que las cifras 8.14.10.13.5 que, expresadas en puntos y barras con el valor de uno y cinco respectivamente, figuran esculpidas en la estela Nº 9 de *Uaxactún*, significan que al erigirse este monolito había transcurrido desde la Fecha Inicial 8 bactunes, 14 katunes, 10 tunes, 13 uinales y 5 kines. O, lo que es lo mismo, 1.265.665 días (Fig. 129).

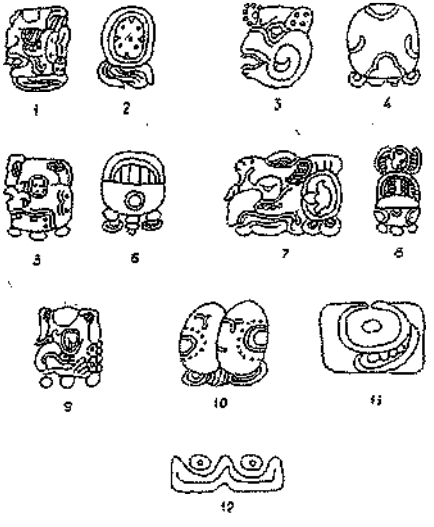


FIG. 127. — Glifos calendarios mayas. Significan: 1 y 2, el *kin* o día; 3 y 4, el *uinal* o mes; 5 y 6, el *tun* o año; 7 y 8, el *katun* o período de 7.200 días; 9 y 10, *baktún* o períodos de 144.000 días; 11, glifo lunar; 12, glifo de Venus. Según Thompson.

La Fecha Inicial maya lleva el nombre de 4 Ahau 8 Cumhu, y se considera que es completamente hipotética o que recuerda alguna fecha mítica. Retrocediendo en el tiempo, ella vendría a caer en el año 3113 antes de Cristo. Y, naturalmente, nadie puede admitir que en esa lejana fecha existieran ya los *Mayas* como entidad étnica independiente. De ahí que Spinden y otros autores hayan supuesto que nuestros indios comenzaron a emplear su sistema cronológico a principios del 7 bactún, o sea, en la fecha maya 7.0.0.0.0, la que correspondería al año 353 antes de nuestra Era. Posteriormente, E. Bunge ha calculado que la fecha de referencia ha de ser 7.12.10.0.0, que sería el momento en que los *Mayas* introdujeron el año solar de 365 días.

Las transcripciones de las fechas mayas a las nuestras propias que aquí damos, son las de la llamada Correlación Goodman-Martínez Hernández-Thompson, que es la más generalmente aceptada. Pero no se debe ignorar que hay otra correlación hoy bastante caída en desuso, que es la de Spinden, y que envejece en unos 260 años todas las fechas mayas. Y hay también una tercera llamada de Escalona Ramos, que rejuvenece en otros 260 años la más generalmente aceptada.

Los *Mayas* conservaban también el recuerdo de un año lunar, y lo usaban para controlar su cómputo solar común. A tal efecto, en las inscripciones calendáricas de las estelas, a los jeroglíficos que indicaban los días transcurridos desde la Fecha Inicial, hacían seguir otra serie de cinco jeroglíficos con determinaciones de carácter lunar, que ha sido llamada Serie Complementaria. Y por si esto fuera poco, agregaban la llamada fórmula de corrección, que estaba destinada a poner el año calendárico de acuerdo con el año trópico que, como se sabe, es de 365,24 días.

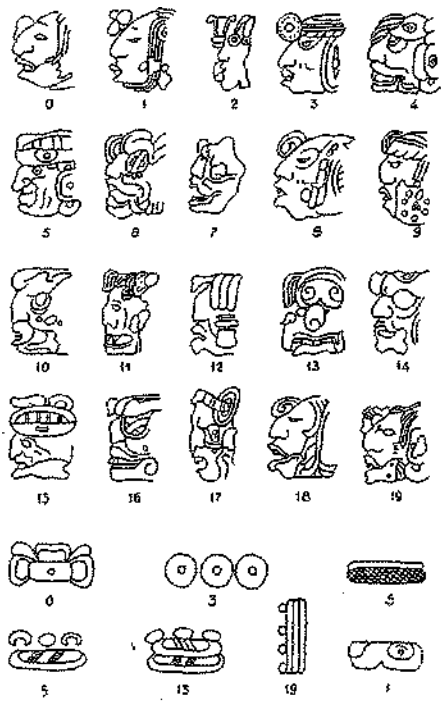


FIG. 128. — Numerales mayas. Las primeras cuatro filas son variantes de la cabeza; las dos inferiores representan el sistema de puntos y barras. Según Joyce.

Este exactísimo, pero complicado modo de fechar, que se conoce como Cuenta Larga, se fué poco a poco modificando en el correr de los siglos. Y hacia el final del Nuevo Imperio ya se estaba usando un sistema abreviado, conocido por Cuenta Corta. Las ventajas de este nuevo sistema se ponen de manifiesto al señalar que mientras que con el antiguo se necesitaban nada menos

que 10 glifos para grabar una fecha cualquiera, con el nuevo bastaba uno solo. Claro que esto se hacía a costas de la exactitud, pues toda fecha recurría al cabo de 256 años.

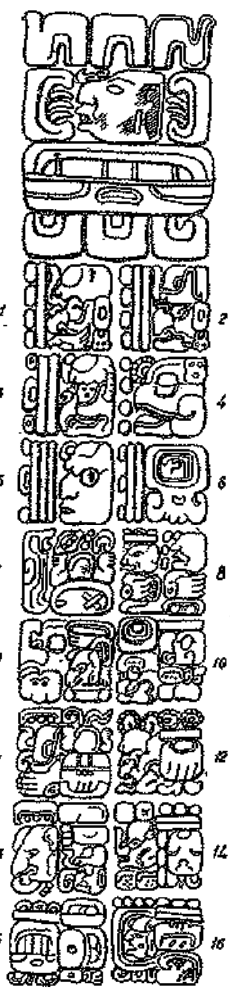


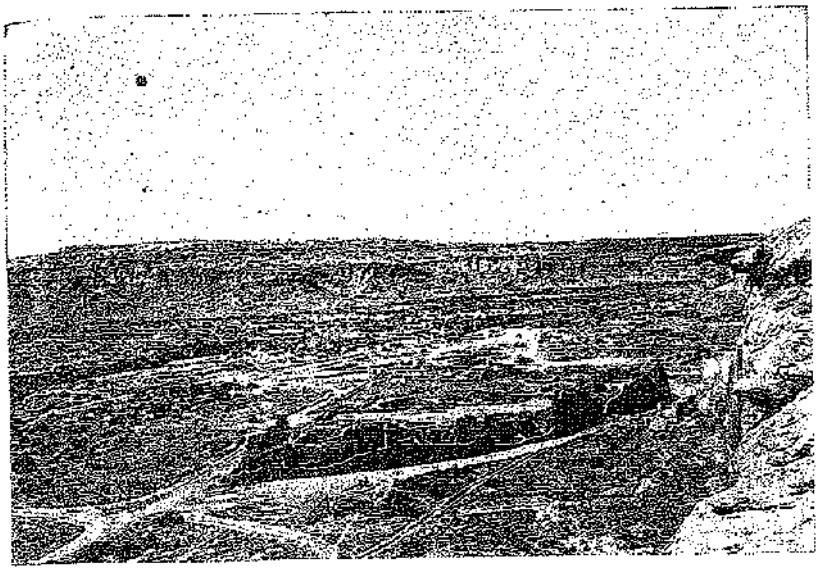
FIG. 129.—Inscripción maya típica. Según Spinden.

Si los conocimientos astronómicos que tenían los *Mayas* pueden sorprendernos por su alto desarrollo y exactitud, máxime si se tiene en cuenta que sus sacerdotes sólo disponían del ojo desnudo para sus observaciones, su sistema de escritura debe calificarse de relativamente primitivo. Pues, su carácter es esencialmente ideográfico, vale decir, que todos sus jeroglíficos parecen sólo contener símbolos de la idea que se quiere expresar. Es cierto que todavía no conocemos de ella más que una tercera parte de sus signos, que son aquellos que tienen carácter calendárico y algunos otros más.[12]. Pero no es probable que cuando se consiga descifrar el resto, pueda el mismo proporcionarnos grandes sorpresas.

Los *Mayas* tenían también sus libros pintados en los que conservaban muchos de sus conocimientos. Desgraciadamente, del desastre deparado por el tiempo y por algunos sacerdotes españoles, sólo se han podido

alvar tres de ellos. El más importante parece ser el *Códice Dres-dénsis*, cuyo contenido es esencialmente astronómico, y se halla en la Staatsbibliothek de Dresden, en Alemania. El *Códice Tro-Cortesiano* se encuentra en el Museo de Arqueología de Madrid, y contiene sobre todo material para la adivinación. En tanto que el *Códice Peresiano* es fundamentalmente ritualista, y pertenece a la Bibliothèque Nationale de París [13].

Fuera de estos códices que fueron pintados en época aún pre-hispánica, hay otra serie de obras, escritas también por mayas, o por mestizos, con letras y ortografía españolas, y a comienzos del período hispánico. Se trata sobre todo de los llamados *Libros de Chilam Balam*, los que además de contener las profecías a que nos referimos antes, están llenos de sugestivos datos de carácter histórico y mitológico que se habían conservado tradicionalmente [14].



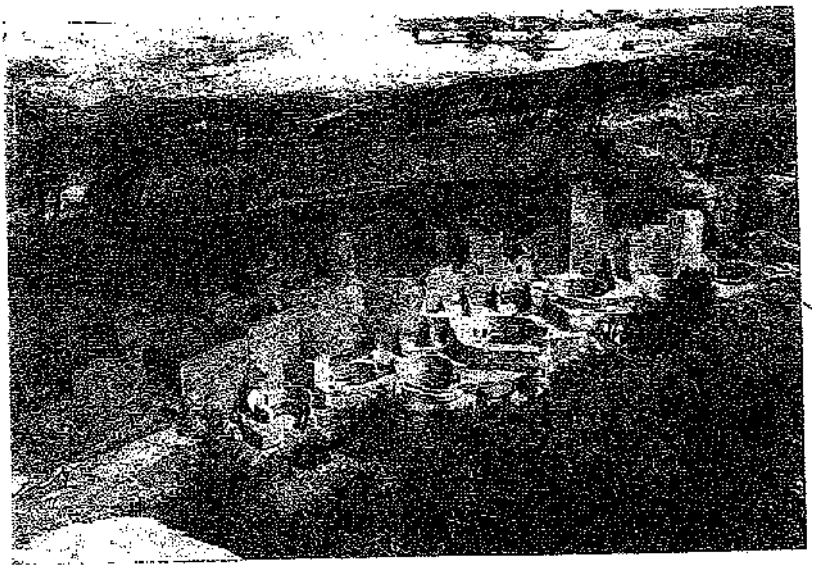


LÁMINA LXXIX. — *Cultura Anazasi.*
a) *Vista de* Pueblo Bonito *(Nuevo México).*
b) *Vista de* Cliff Palace *(Colorado).*

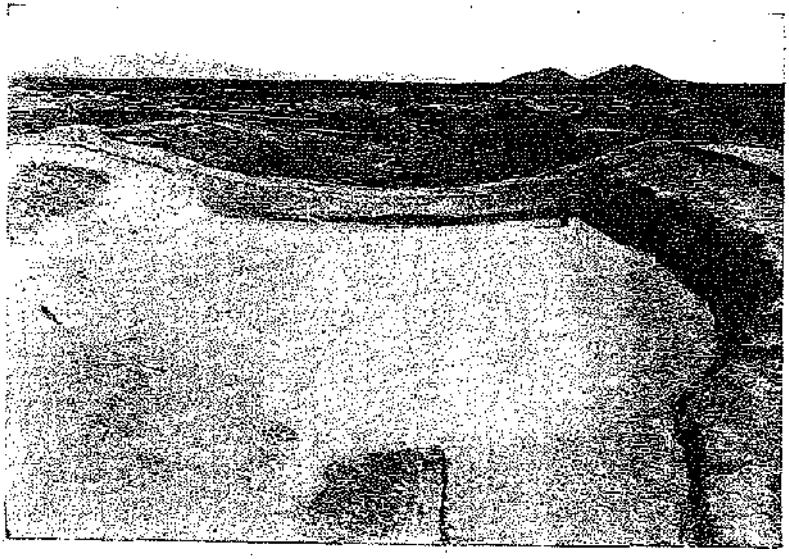


LÁMINA LXXX. — *Cultura Hohokam.*
a) *Vivienda semisubterránea en* Snaketown *(Arizona).*
b) *Juego de pelota en* Snaketown.

Parte Octava

LAS CIVILIZACIONES DE LA PERIFERIA

I. EL NOROESTE ARGENTINO

1. *El Desarrollo Cultural*

Es indudable que el Noroeste Argentino, o sea, la extensa región andina que ocupa el noroeste de la República y que comprende las partes montañosas de las actuales provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y el norte de San Juan, representa lo que modernamente se entiende por un área de co-tradición. Es decir, un conjunto de territorios que pese a cobijar a varios pueblos y culturas más o menos distintas, constituye no obstante una unidad mayor que perdura a través del tiempo y del espacio [1].

La mencionada unidad se evidencia a través de los tres periodos en que puede dividirse el desarrollo de las culturas regionales. Comenzando con el primero, que es el que corresponde a la Etapa Pre-clásica, vemos que una misma cultura formativa se extiende a través de la mayor parte de la región, cual lo demuestra el hecho de que su principal elemento diagnóstico, la cerámica que Bennett bautizara de *Huiliche monocroma*, y que entre nosotros suele llamarse "Barreal grabada", se encuentre no sólo en los "barreales" catamarqueños donde primeramente fuera hallada y que han de representar su principal centro de producción, sino que se halla también muy lejos de allí, en el extremo sur del área, en *Jáchal*, y en el norte, en el Valle Calchaquí [2], y en todas las demás partes del Noroeste donde consta la existencia de una temprana población sedentaria [3].

Este primer período de evolución cultural ha de haber tenido una larga duración en el Noroeste. Mas, todavía no es posible fijarle límites si no es de una manera muy aproximada y a título precario. Con estas reservas se puede admitir que los comienzos fueran anteriores al año 500 antes de Cristo, y que su término se hallare en algún momento posterior al 300 de nuestra Era. Pues, es alrededor de esta fecha que generalmente se hace comenzar la Etapa Clásica, arqueológicamente caracterizada por la predominancia de la cerámica policroma. El florecimiento de este primer período puede haber durado unos ocho o diez siglos.

Tampoco es posible decir de manera segura, al menos por ahora, de dónde vinieron, y qué carácter tenían, los impulsos que llevaron a la formación de esta primera civilización en territorio hoy argentino. Pero es evidente que ellos sólo pueden haber venido del norte, a través del Altiplano Boliviano, o del oeste, de allende la Cordillera. En el estado actual de nuestros conocimientos, esta segunda posibilidad parecería ser la más probable, ya que sabemos positivamente que en el Norte de Chile hubo varias culturas formativas, en tanto que, hasta ahora, nada sabemos de cierto respecto de la existencia de culturas de este tipo en Bolivia. Es, además, probable que los mencionados impulsos fueran traídos por grupos de invasores que se asentaron en la región y que en parte modificaron su aspecto antropológico. Téngase presente que la anterior población era de tipo racial Huárpido, y que durante el período Formativo o Preclásico comienza a preponderar el tipo Andino.

Con la terminación del primer período, claramente formativo, lo repetimos, se inicia el segundo, que ya corresponde a la Etapa Clásica. Durante el mismo se hacen presentes influencias nuevas, procedentes de las regiones vecinas, y entre las cuales hemos de suponer estaban las tiahuanacoides. Otras tenían su origen inmediato en las llanuras vecinas, donde se desarrollaran culturas como la de *La Candelaria* [4] y la *Chaco-Santiagueña* [5], que compartían rasgos andinos y rasgos amazónicos por igual. Entre estos últimos estaba el de enterrar a los muertos en gran-

des vasijas, y el uso del arco y flecha como arma de caza y guerra. Y es casi seguro que ambos elementos amazónicos pasaron a la región andina y se incorporaron a sus culturas por esta vía, aunque la costumbre de enterrar en urnas quedó aquí limitada a sólo los párvulos. Y con estos elementos han de haber llegado también grupos más o menos grandes de pobladores.

Otra innovación que se produce durante este segundo período es la práctica de decorar con pintura policroma la cerámica ceremonial. Los más antiguos productos decorados con esta nueva técnica se encuentran en el área cacana, y son los estilos llamados La Ciénaga policroma y Condorhuasi [6], todavía no bien situados cronológicamente [7].

Las nuevas influencias se extendieron por igual a través de todo el Noroeste, y en su seguimiento se establecieron varias entidades culturales que, pese a sus diversidades estilísticas, ostentan los mismos rasgos fundamentales en todas partes. Con las mismas reservas anteriores se puede considerar que este segundo período duró igualmente cerca de un millar de años.

El tercero y último período es el que corresponde a la Etapa Postclásica, y es también el más corto. Hacia mediados del siglo XV se manifiestan serias influencias peruanas que denotan una íntima vinculación del Noroeste con el Imperio de los Incas. Esta vinculación sólo puede ser el resultado de una incorporación de nuestro territorio al mencionado Imperio, ya sea por vía de una conquista lograda por los ejércitos del Inca, como generalmente se admite, ya por una sumisión voluntaria a aquel poder, como quiere Garcilaso [8]. Ninguna otra solución estaría de acuerdo con la intensidad y calidad de esas relaciones, con los antecedentes históricos conocidos, ni con todo lo que sabemos del proceso de expansión del Imperio Incaico.

La vinculación política del Noroeste Argentino con el mencionado Imperio ha sido reiteradamente controvertida, pese a que desde antiguo la tradición literaria y popular fué siempre afirmativa. En los tiempos recientes, le tocó primeramente a Ambrosetti poner en duda el valor de esta tradición [9], y posterior-

mente le siguió Vignati [10]. Esto fué posible porque entonces la tradición venía poco menos que sola, ya que nadie se había pre ocupado de estudiar a fondo el asunto, y reunir pruebas confir matorias del decir popular. Pero lo que todavía era posible 25 años atrás, ya no sería factible hoy día, pues son numerosísimas las pruebas de carácter histórico, arqueológico y etnográfico que se han acumulado en los últimos años. Y éstas nos muestran sin lugar a dudas que el Noroeste Argentino ha formado parte, en una u otra manera, del Imperio Incaico.

Los datos históricos que se refieren a una incorporación de nuestra región al gran organismo cuzqueño, son varios. La mencionan cronistas como Garcilaso, Juan de Santa Cruz Pachacuti, Montesinos, Lizárraga, el P. Techo. Su mención figura también en muchas otras constancias documentales. Más importantes son aún las pruebas arqueológicas. Un "camino del Inca" que unía al Cuzco con Chile, atraviesa de norte a sur toda la región, y a lo largo del mismo se encuentran numerosos "tambos" y obras defensivas que llevan la impronta de lo incaico. *La Paya* e *Inca Huasi*, en la provincia de Salta, fueron lugares ocupados por los *Incas*. Lo mismo pasa con *Chañar Yaco* y *El Chincal* (lámina LXXIII), en la de Catamarca [11]. San Juan y Mendoza aun disponen de obras de irrigación que ya encontraron allí los primeros españoles y que sólo pueden haber sido establecidas por los Incas, como lo proclama la tradición. *Uspallata*, sobre el camino a Chile, fué asiento de mitimáes peruanos, y en las cercanías de la misma ciudad de Mendoza existió una antigua fortaleza incaica que destruyeron los primeros colonizadores españoles [12]. Sin contar que en la cerámica, en la metalurgia, en el trabajo de la piedra y en el folklore regional, las influencias incaicas son por de más manifiestas y no admiten dudas [13].

2. *La División Étnica*

Como es natural, ignoramos qué pueblos fueron, y cómo se llamaron, los creadores de las culturas que florecieron durante la Etapa Clásica en el Noroeste Argentino. Pero sabemos que en época ya postclásica, cuando nuestra región tomó su primer contacto con los europeos, o sea, a mediados del siglo XVI, los habitantes de la región eran en su mayoría de baja estatura y cabeza corta, por cuya razón se suelen incluir en el tipo racial Andido. Sabemos también que se dividían en seis entidades étnicas distintas que hablaban lenguas hoy ya extintas, pero que por varios datos históricos, onomásticos y toponímicos podemos suponer que fueran más o menos afines. Se trata de los *Apatamas*, los *Omaguacas*, los *Pulares*, los *Calchaquíes*, los *Diaguitas* y los *Capayanes*.

El primero de estos grupos, el de los *Apatamas*, ocupaba la parte argentina del Altiplano generalmente llamada Puna de Jujuy y Puna de Atacama. Es todavía poco conocido, sabiéndose muy poco de sus formas culturales prehistóricas. Por su última realización cultural muestran tener una gran afinidad con los *Atacameños* de allende la frontera occidental, que veremos en el capítulo siguiente.

Dentro de la subregión apatama había una pequeña serie de enclavas que la más primitiva documentación menciona a menudo, y cuyos habitantes eran de origen alóctono. Nos referimos a *Calahoyo* y *Moreta*, *Casabindo* y *Cochinoca*. Los dos primeros nos son dados como de estirpe chicha, es decir, de origen boliviano, por el Oidor Matienzo [14]. Muy probablemente habían sido establecidos allí para que sirvieran de núcleo de incaización o atendieran el "camino del Inca", que pasaba por el lugar. Los otros dos poblados, en cambio, eran omaguacas, y es posible que fueran llevados al borde oriental de la Puna por sus primeros encomenderos españoles.

Los *Omaguacas*, el segundo grupo, poblaban la parte norte y

extrapuneña de la región. Su límite septentrional es poco más o menos coincidente con la actual frontera argentino-boliviana; por el sur limitaban con los *Pulares*, el próximo grupo; por el oeste alcanzaban el borde oriental de la Puna, y por el este partían límites con los pueblos del Chaco norte-occidental. Se puede decir, entonces, que el habitat omaguaca comprendía la gran quebrada longitudinal de Humahuaca y sus quebradas laterales, el Valle de Jujuy y la montuosa región subandina del este.

Los *Omaguacas* se dividían en una serie de parcialidades que estaban al mando de sus correspondientes caciques. Las más conocidas son las de Humahuaca, Purmamarca, Ocloyas, Osas, Fiscará, Jujuy, etc., todas las cuales han dejado su nombre en la toponimia. Reconocían también la autoridad de un cacique general, al menos en tiempos de guerra. En la segunda mitad del siglo XVI, es decir, al principio de la colonización española, su jefe supremo era el famoso *Viltipoco*, que tanto diera que hacer a los conquistadores españoles.

Al sur de los *Omaguacas* comenzaban los grupos cacanos. Llamamos así al conjunto de las tres entidades siguientes que ocupaban la parte central de la región, y que son los *Pulares*, los *Calchaquíes* y los *Diaguitas*. Como los tres grupos parece que hablaban una misma lengua, generalmente llamada *Caca* o *Cacana*, esto es, "montañesa", es posible considerarlos como integrando una entidad lingüística superior que hemos denominado Cacana [15]. Es indudable que en este caso la evolución cultural que interrumpieron los españoles tendía a una mayor diversificación de los grupos.

Dentro del área cacana, constituída como se ha dicho por la parte central del Noroeste Argentino, los *Pulares* ocupaban el sector del norte, representado sobre todo por el Valle de Salta y el extremo septentrional del de Calchaquí. Hacia el sur, en el sector medio, seguían los *Calchaquíes*, cuyo habitat estaba constituído por los dos valles de Calchaquí y Yocavil, en la provincia de Salta, y por las porciones contiguas al último, de Tucumán y Catamarca. En tanto que los *Diaguitas* se extendían por el

sector sur, que integran la casi totalidad de la provincia de Catamarca y la parte norte-oriental de La Rioja.

Cada uno de estos grupos se componía de numerosas parcialidades que por lo general ocupaban un solo poblado llamado con el mismo nombre que la parcialidad. Parcialidades pulares fueron, por ejemplo, los Chicoanas, los Escoypes y los Luracataos; calchaquíes los Tolombones, los Colalaos y los Amaychas; diaguitas los Paccipas, los Hualfines y los Andalgalás.

Los pueblos del Noroeste Argentino opusieron una tenaz resistencia al invasor español, la que sólo aplicando los métodos incaicos del traslado de poblaciones enteras pudo ser dominada. El principal de estos traslados fué el último, efectuado a raíz del levantamiento provocado por el célebre embaucador Bohorquez, durante el cual se habrían sacado de los riscos y quebradas del Noroeste nada menos que "once mil almas", al decir del historiador Lozano, en lo cual hay sin duda exageración. Los desnaturalizados fueron distribuídos en varias ciudades del llano, y hasta se fundó con ellos la hoy floreciente ciudad de *Quilmes*, en los bañados de Buenos Aires.

Los *Capayanes* representan el pueblo más meridional del Noroeste Argentino. Hasta hace poco nadie se acordaba de su existencia pretérita, y tanto la zona como sus habitantes se incluían gratuitamente entre los Cacanos. Pero a consecuencia de empeñosos estudios realizados en los últimos tiempos en la vieja documentación histórica y en distintos museos, logramos deslindar situaciones y bosquejar de nuevo el esquema de un pueblo que el velo del tiempo había borrado.

Los *Capayanes* vivían al sur de los *Diaguitas*, en la región montañosa que se intercala entre las cuencas del río Colorado que separa Catamarca de La Rioja, al norte, y la del Jáchal-Zanjón, en la provincia de San Juan, al sur, quedando ambos ríos dentro de sus dominios. La alta Cordillera constituía su linde occidental, y por el este el límite era fluctuante. Pues los valles de Famatina, Sanagasta y Yacampis situados a una y otra parte de la cadena del Velasco, en La Rioja, estaban ocu-

pados por poblados capayanes y diaguitas en más o menos pacífica mescolanza. Es ésta una situación que sólo puede ser explicada mediante la admisión de que uno de estos dos pueblos, casi seguro el primero, se hallaba en franco proceso de expansión en el momento histórico de la conquista española. Y en el mismo sentido señala el hecho de que tres importantes parcialidades capayanas, la de los Anguinanes, la de los Calianos y la de los Quilmes, fueran sorprendidos por los conquistadores muy al norte de su lugar de origen, en el Valle de Yocavil, donde se hallaban en empeñada lucha con los *Calchaquíes*, que eran los dueños de la zona.

Fuera de las parcialidades capayanas expatriadas que hemos nombrado, la vieja documentación menciona el nombre de muchas otras más. Entre ellas recordaremos la de los Guandacoles, la de Quilmitamux y la de Quichahan [16].

3. *El Contenido de las Culturas*

Al igual que todas las culturas andinas, las civilizaciones post-formativas del Noroeste Argentino tenían como base económica el cultivo del maíz y la cría de llamas. Se cultivaban también los zapallos, los porotos y la quinua. Mas, ninguno de estos cultivos, ni tampoco la algarroba que era un preciado producto de la recolección, tenía la importancia sustantiva que correspondía al maíz. Éste se comía de muchas maneras y hasta servía para preparar chicha, el indispensable brebaje de toda celebración indígena. En cuanto a las llamas, se apreciaban tanto como animales de carga como para producir lana y carne.

Por lo general, los cultivos se hacían sobre andenes construídos en las faldas y laderas de las montañas, y con ayuda de la irrigación artificial. Algunos de estos antiquísimos sistemas de riego que se establecieron entonces y que en sus líneas esenciales se han conservado hasta el día de hoy, muestran ser verdaderas obras de ingeniería. Ejemplo, *El Alfarcito*, en Jujuy [17].

La vivienda y el vestido tenían también neto carácter andino. La primera se construía a menudo de piedra seca, por el sistema de la llamada "pirca", y se la dotaba de un techo de paja o torta. Un segundo tipo de vivienda era de quincha e, igual que la otra, de planta rectangular. Y en cuanto al vestido, la clásica

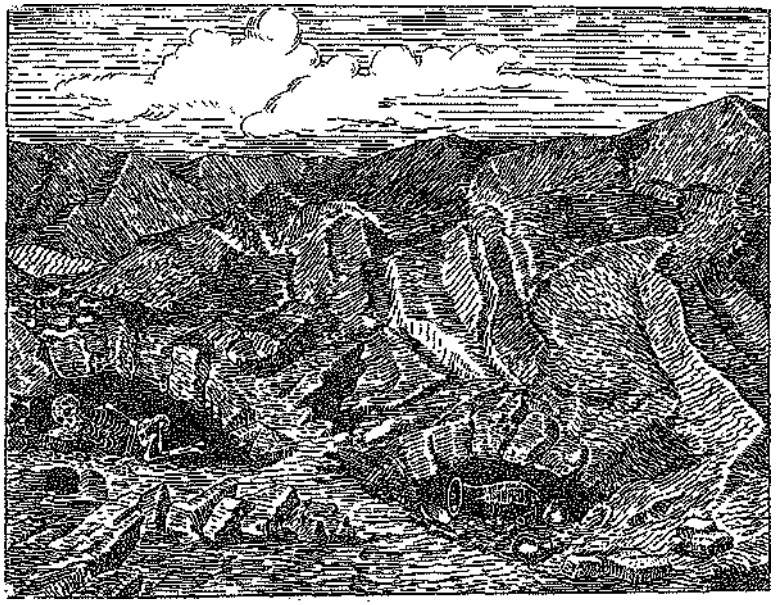


FIG. 130.—Sepulturas en bóveda del Noroeste Argentino. Según ten Kate.

"camiseta" andina y las ojotas eran prendas universales en todas las subregiones.

Teóricamente, la familia era polígama. Es decir, los hombres podían casarse con cuantas mujeres pudieran sustentar a un tiempo. Pero la mayoría de los indios se conformaba con una sola, sin duda por imperio de la necesidad. En el fondo, la pluralidad de mujeres estaba reservada a los jefes y hombres de pro, únicos que podían pagarse el lujo de mantener a varias. Existía el levirato, o sea la costumbre de que al morirse el marido, la mujer y los hijos pasaban en herencia al hermano menor. Y también su contraparte, el sororato, que consistía en un derecho

que adquiere el hombre al casarse sobre las hermanas menores de su mujer.

Los pueblos del Noroeste no desarrollaron en mayor medida la organización política, y carecieron por tanto de toda organización estatal. Por encima de la familia estaba la parcialidad, cada una con su respectivo cacique. Y de sólo los *Omaguacas* y los

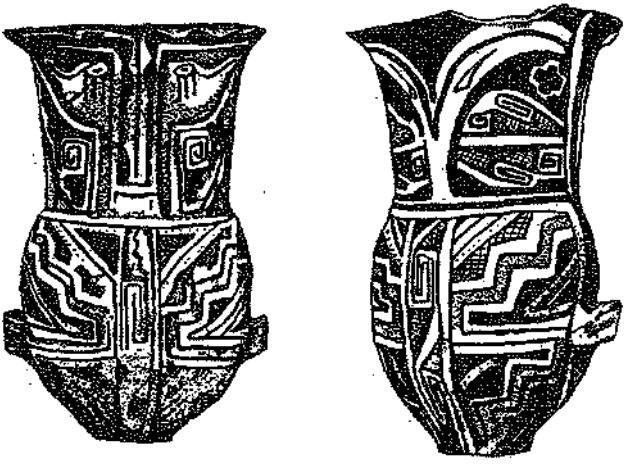


FIG. 131.— Urnas para párvulos de los *Calchaquíes* cacanos.

Calchaquíes sabemos que habían dado un paso más y disponían de cacique general. Es decir, que se habían constituído en una especie de federación de parcialidades.

Uno de los caracteres más salientes y más peculiares de estas culturas es la costumbre de enterrar a los niños de corta edad en urnas de barro. Mas, no sabemos si esa costumbre era general y valedera para todos los niños por igual, o si era una práctica circunstancial que se efectuaba sólo en determinados casos, como en el de un sacrificio. En varias oportunidades se han encontrado cementerios en los que sólo había entierros de párvulos en urnas, y generalmente se los supone sacrificados. Los adultos, en cambio, se enterraban con su correspondiente ajuar, ya fuera directamente en la tierra, ya depositando sus restos en bóvedas construídas expresamente (Fig. 130).

En la forma y decoración de las urnas funerarias es donde mejor se observan las diferencias estilísticas que separan a los distintos pueblos. Así, el estilo más difundido es el *Santamariano*, que era propio de los *Calchaquíes* (Fig. 131). Se caracteriza por formas ovoides de amplio y alto cuello y decoración policroma. Dos anchas asas horizontales adornan el vientre del vaso. La decoración figura una cara humana muy estilizada, de cuyos ojos salen unas rayitas verticales que representan lágrimas. Esta figura antropomorfa aparece a veces complementada con algún elemento modelado. Otro estilo importante es el llamado *Belén*, particular de los *Diaguitas*, que produce urnas rojizas de vientre subglobular cuello corto y amplia boca. La decoración es geométrica y está pintada en negro, a veces delimitadas las zonas pintadas por incisiones. Los rasgos de los ojos que lloran se encuentran también aquí, aunque menos estilizados y frecuentemente en relieve. Las asas son parecidas a las del tipo anterior. Un tercer estilo, el *Angualasto*, corresponde a los *Capayanes*. Son urnas de suave perfil bicónico, con base y boca estrechas, y decoración geométrica igualmente pintada en negro sobre el fondo rojizo del vaso.

Todos estos pueblos fueron grandes alfareros. Y junto a las mencionadas urnas vemos muchos otros tipos de vasijas. Predominan, desde luego, los pucos y ollas, especialmente en la cerámica común. Particular de la época postclásica son los numerosos vasos derivados de formas incaicas, como ser cántaros aribaloides, yuros, platos ornitomorfos, etc. Es, además, frecuente la mezcla de rasgos incaicos y locales en una misma vasija [18].

La metalurgia, especialmente la del cobre y bronce, tomó un gran desarrollo en el Noroeste Argentino. Producía pectorales decorados con interesantes figuras, campanas, pinzas depilatorias, tumis, topos, hachas de varias formas [19]. De manera general puede decirse que los procesos metalúrgicos están muy relacionados con los del Perú. Una vez extraído el mineral se le trituraba en los célebres *marayes*, que son grandes piedras labradas que actuaban a manera de molinos. Luego se fundía en las

llamadas *huayras*, especie de grandes hornallas de barro que se situaban sobre la cumbre de un cerro para poder utilizar mejor la acción del viento en la tarea de avivar el fuego. Finalmente, derretido el metal, se echaba en crisoles o moldes de barro.

Los pueblos del Noroeste tuvieron un carácter decididamente belicoso. Lo prueban sin lugar a duda las numerosas fortifi-

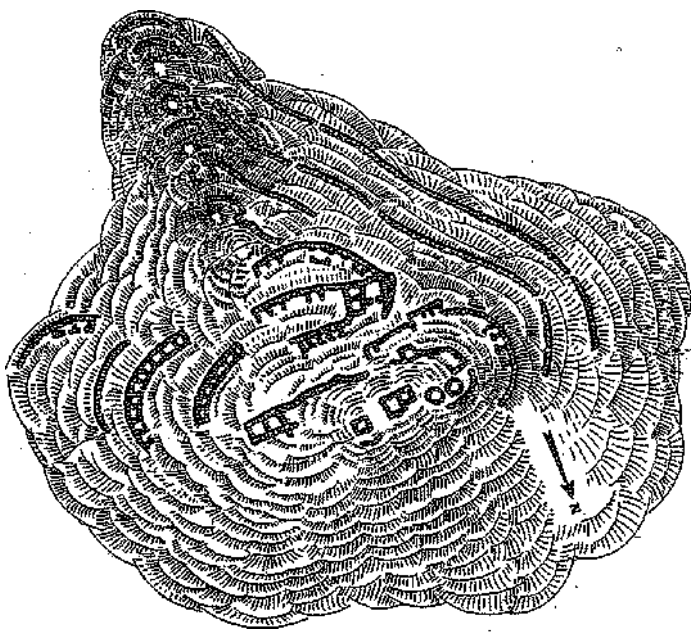
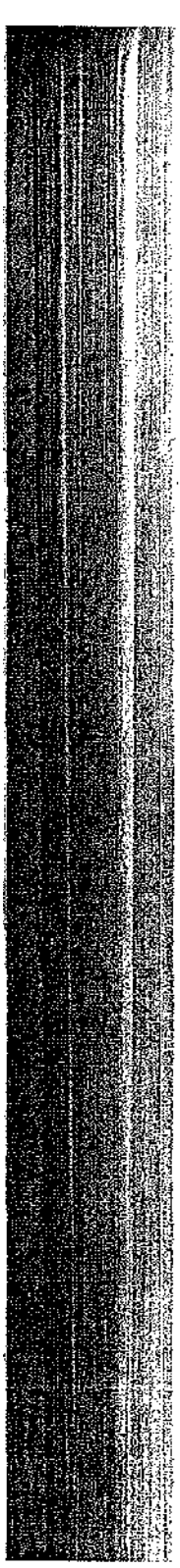


FIG. 132. — Una fortaleza cacana. Ruinas de *Fuerte Quemado*. Según ten Kate.

caciones que se encuentran a lo largo de toda la región. Fuera grande o chico, cada poblado tenía cerca su pucará o recinto fortificado, por lo general de acceso difícil, donde los habitantes se retiraban en los casos de ataque enemigo (Fig. 132). Al entrar en combate acostumbraban hacer mucho ruido dando grandes alaridos y tocando pingollos, para amedrentar al enemigo. Las armas principales eran el arco y flecha [20].

No es mucho lo que sabemos de la religión de nuestros indios. Los misioneros mencionan un culto al Sol, que han de haber

introducido los *Incas*. *Pachamama*, la diosa de la Tierra, sería también venerada, ya que todavía subsiste su recuerdo entre los actuales descendientes mestizos. El dato más positivo sea tal vez la presencia, sobre todo en territorio calchaquí, de unos lugares sagrados o de culto en los que había infinidad de varillas revestidas con plumas, a los que los misioneros llamaron "mochaderos" [21], y donde se practicaba no sabemos qué culto. Fuera de estos adoratorios, ninguna referencia a templos ha llegado hasta nosotros de ninguna parte del Noroeste Argentino. Y de sólo el sector diaguita se mencionan recintos ceremoniales (lámina LXXII).



II. EL NORTE DE CHILE

1. *El Desarrollo Cultural*

El Norte de Chile, la región que compartieran, además de los antiquísimos *Changos*, los *Atacameños* y *Diaguita-Chilenos*, se distingue netamente por sus caracteres etnológicos del resto del país, tradicionalmente considerado como hábitat de los *Araucanos*. La distinción se debe ante todo al hecho de su mayor proximidad al Perú, lo cual a su vez condiciona una mayor participación de los últimos grupos en la cultura india, y la consiguiente inclusión de la región entre las que constituyen los Andes Meridionales.

Se trata, sobre todo, de las actuales provincias de Coquimbo, Atacama, Antofagasta y Tarapacá, las que se extienden desde el río Choapa al norte hasta la frontera con el Perú. En la actualidad el ambiente natural es más bien árido y en gran parte desértico, especialmente en su sector norte (Lám. LXXIV). Pero parecería como si antiguamente la región hubiese gozado de mayor humedad. Esto es, al menos, lo que sugieren las numerosas acequias de riego en lugares actualmente secos, y los bosques enteros de algarrobos que han sido sepultados por las arenas [1].

Desde los tiempos preclásicos, la región ha albergado importantes civilizaciones. La de *Punta Pichalo*, al norte, y la de *El Molle*, al sur, son las que hasta ahora se conocen de aquella época. De una y otra nos ocupamos en su correspondiente lugar.

Lo que allí sucedió en la Etapa Clásica, no está todavía

bien aclarado. Ricardo E. Latcham, basándose en anteriores ideas expresadas por Uhle [2], estableció en 1938 una secuencia cultural para el Norte de Chile que dividía los tiempos postformativos en cuatro distintos períodos. El más antiguo de ellos correspondería a la época de Tiahuanaco, que el mismo autor ubicaba entre los 600 y los 900 años de nuestra Era. Habría sido a comienzos de este período, que desde el norte u oriente se habría introducido la primera civilización, representada sobre todo por la cerámica policroma. Seguía el período Atacameño Indígena, entre los 900 y los 1100. Venía, luego, el Chincha-Atacameño, entre los 1100 y 1350. Y finalmente, el período Incaico que comenzaba en 1350 y terminaba con la conquista española de mediados del siglo XVI [3].

De acuerdo con este esquema, la región que nos ocupa habría iniciado su clásica civilización con la expansión de Tiahuanaco. Desde el norte u oriente, y a través del Altiplano boliviano, habrían llegado los elementos nuevos portadores de la metalurgia del cobre y la cerámica policroma. Sobre la base que entonces se estableció, se habría producido luego un florecimiento regional propio, en el cual la cerámica fué asumiendo formas y caracteres peculiares que son los que la distinguen de las demás. Esta nueva forma cultural, ya característicamente atacameña, habría sido más tarde influenciada por otra civilización que tenía su centro en el sur del Perú y que Uhle llamara "chincha". Hasta que finalmente se produjera la conquista incaica que modificó nuevamente, y ya en forma definitiva, el haber cultural de la región.

Esta división fué primeramente establecida para el sector norte del territorio, que estaba ocupado por los *Atacameños* (Lám. LXXIV). Pero posteriormente se ha extendido también al sector sur, hábitat de los *Diaguita-Chilenos*. En este sector meridional, Francisco L. Cornely ha hecho también una división del desarrollo cultural en cuatro etapas que, *mutatis mutandi*, se corresponden bien con los períodos de Latcham [4].

La secuencia Uhle-Latcham ha sido reiteradamente cuestio-

nada por varios autores y desde distintos puntos de vista. Lo que mayor resistencia despierta es la suposición de que las culturas clásicas comenzaran solamente con la expansión de Tiahuanaco, o sea, en una época que, de acuerdo con la cronología actual, ha de ser posterior al 900. Máxime si se considera que en los artefactos de madera, que son un elemento cultural atacameño de primer orden, se ven numerosas formas decorativas de tipo Tiahuanaco Clásico, que es anterior a la expansión. Además, en excavaciones practicadas por Bird en *Arica*, la cerámica de tipo tiahuanaquense aparece mucho después de la típica alfarería atacameña [5]. Por lo tanto, los comienzos de las civilizaciones clásicas del Norte de Chile han de ser forzosamente anteriores a la expansión de Tiahuanaco.

Por otra parte, tampoco está justificado el supuesto de una invasión de portadores de la cultura chincha en el Norte de Chile. Kroeber ha señalado que el único argumento que se puede aducir respecto de una seria influencia de los *Chinchas* sobre nuestra región, es la ocurrencia en una y otra área de un jarro de base redonda y amplia boca con dos asas laterales. Agregando que ni en el Norte de Chile ni en el Sur del Perú tienen estos vasos una particular importancia, y ni siquiera son siempre exactamente iguales [6]. Y como es natural, sobre esta sola base no se puede construir toda una invasion.

La separación estricta de un período Atacameño puro de otro influenciado por los *Chinchas*, tampoco tendría razón de ser. Ya Bird había señalado que en sus trabajos de excavación en *Arica* la cerámica de uno y otro tipo aparecía mezclada en todas las capas estratigráficas por él identificadas. Poco después, la doctora Grete Mostny, que también realizara excavaciones en la misma zona, encontró la misma situación [7]. Por lo tanto, ni el desarrollo cultural clásico comenzó en el Norte de Chile con la expansión de Tiahuanaco, ni la cultura de los *Chinchas* influyó en ese desarrollo de manera tal como para justificar un período Chincha-Atacameño.

Es por esto que Bennett ha postulado otra secuencia que se

ajusta más a los hechos conocidos, al menos para el sector norte. De acuerdo con ella, una clásica cultura básica que desde un principio puede ser llamada Atacameña, se estableció en la región en una época temprana, y desde luego anterior al período de Tiahuanaco. De tiempo en tiempo, influencias alóctonas se hicieron sentir en la región, incluyendo las de Tiahuanaco, el Noroeste Argentino, el sur del Perú (especialmente el estilo Churajón-Arequipa), y los *Incas*. Mas ninguno de estos movimientos habría eliminado o suplantado por completo la básica cultura atacameña, la que persistió en el fondo hasta la conquista española [8].

En cuanto al sector sur, que es donde moraban los *Diaguita-Chilenos*, la situación parece ser algo distinta, puesto que la cultura básica atacameña no se manifiesta. Allí surge, en cambio, la que fuera llamada Diaguita-Chilena por Latcham y que según este autor comenzaría también en la época de Tiahuanaco. Habría llegado desde el Noroeste Argentino, y posteriormente recibido influencias atacameñas, chinchas e incaicas [9]. Pero tampoco aquí se puede aceptar que la primera cultura clásica sea de época de Tiahuanaco. Es cierto que Cornely sitúa esos comienzos hacia el siglo V o VI de nuestra Era [10]. Hacia esa época, la llamada "Cultura Diaguita-Chilena" habría sucedido a la de *El Molle*.

Que con los comienzos de esta cultura se produjera un cambio de población, puede verse por el hecho de que a partir de entonces, los restos de los portadores de la cultura de *El Molle*, que se caracterizan por cráneos de paredes muy gruesas, comienzan a escasear y pronto desaparecen del todo [11]. En cambio, no es seguro que la primera oleada de elementos vinieran de este lado de los Andes.

2. *La Civilización Atacameña*

Pese a que el terreno cultivable no ha de haber sido nunca muy extenso en su hábitat, los *Atacameños*, o *Likan Antai* como ellos mismos se llamaran, fueron esencialmente cultivadores. Cultivaban sobre todo el maíz, pero también las calabazas, la quinua y los ajíes. En los últimos tiempos cultivaron igualmente la papa, y casi seguro que hicieron lo mismo con el algodón y el tabaco. El cultivo se hacía con ayuda de la irrigación artificial, única manera de lograr alguna cosecha, y allí donde el terreno lo exigía se construían andenes [12]. La tierra se removía con palas de piedra, de madera o de cobre, y luego, con grandes cuchillones de palo, se desmenuzaban los terrones.

De tanta o mayor importancia que el cultivo del suelo era para nuestros indios la cría de llamas. Es éste un camélido muy apropiado para la región y para las circunstancias que allí imperaban. De ahí que nuestros indios los poseyeran en grandes manadas. Con sus recuas traficaban a través de toda la región, con la costa y con los países vecinos. Intercambiando productos, especialmente sal y cobre, en bruto o manufacturado, por pescado seco, coca, cochinilla, etc.[13] Además, se comía la carne del animal, se hilaba su lana, y con sus huesos y pellejo se fabricaban numerosos utensilios.

La pesca y la caza de animales marinos estaban a cargo de los *Changos* costaneros, que según Lozano Machuca tributaban productos del mar a los *Atacameños* [14]. En esas faenas seguían usándose los mismos implementos introducidos en los lejanos tiempos del Mesolítico americano [15]. Una de las pocas innovaciones que a este respecto se manifiestan en estos indígenas a través de los tiempos, es la presencia de anzuelos de cobre, que en realidad ya empezaron a usarse en la Etapa Formativa. Para la caza terrestre, que ellos mismos practicaban, y también para la guerra, los *Atacameños* tenían el arco y flecha como arma principal. Las flechas se guardaban en carcajes de cuero, y el atuendo guerrero se com-

pletaba con armas defensivas de cuero también y con mazas de cabeza de piedra anular.

Las ruinas de sus poblados, generalmente llamados "ciudades", son de relativamente poca extensión y, al igual que lo que sucede en el Noroeste Argentino, los hay de dos clases. En la primera de ellas, los poblados están fortificados. Se sitúan sobre

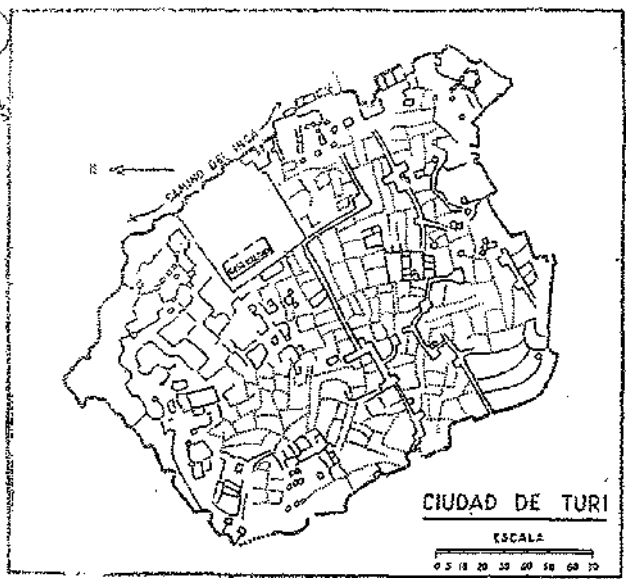


Fig. 133.—Plano de la ciudad atacameña de *Turi*. Según Mostny.

alguna eminencia, y las apiñadas construcciones aparecen rodeadas por un muro de defensa, frecuentemente dotado de troneras. Los de la otra clase (Fig. 133), tienen un perímetro más amplio, se encuentran cerca de las tierras de cultivo, y en su interior hay mayores espacios libres [18].

Las viviendas mismas son, por lo general, pequeñas, de un solo ambiente y de planta rectangular. Están construídas con piedras sin labrar, pero puestas en argamasa (Lám. II *a*). El techo, de ramas y barro, era plano o con una leve inclinación hacia un solo lado.

El vestido de los *Atacameños* estaba de acuerdo con las reglas generales del Área Andina. Los hombres llevaban la clásica camiseta, ceñida en la cintura por una faja, y encima de la misma se ponían una especie de poncho. Es probable que debajo de la camiseta llevaran taparrabos [17]. Las mujeres vestían una prenda parecida a la camiseta de los hombres, sólo que era más larga. Ambos sexos calzaban ojotas, y se ponían sombreros de cestería o gorros de piel. Como adornos se usaban: anillos, brazaletes, pectorales, zarcillos y otros, generalmente de metal.

La cerámica atacameña puede considerarse de buena calidad. La de tipo no utilitario se divide en dos estilos, que son los que Uhle y Latcham supusieran corresponder a dos períodos arqueológicos distintos. Uno de ellos, el propiamente atacameño en la terminología de aquellos autores, comprende escudillas o pucos de forma hemisférica, vasos asimétricos, ollas globulares con dos asas verticales u horizontales, cántaros u ollitas con una sola asa y vasos pseudo-ápodos. La decoración es en grandes dibujos geométricos, ejecutados en negro sobre fondo rojo, o en negro y rojo sobre un engobe blanco, y generalmente están dispuestos en registros verticales.

El estilo segundo, que corresponde al "Chincha-atacameño" de Uhle y Latcham, comprende las mismas formas anteriores. Tal vez con un mayor predominio de los cántaros u ollitas de una sola asa. La decoración presenta varios colores sobre engobe rojo, y consta de pequeños dibujos geométricos acompañados a veces por pequeñas figuras de hombres y animales. Su disposición es en registros horizontales [18].

La metalurgia se practicaba con cierta asiduidad, usando sobre todo el cobre y el bronce. Pinzas de depilar, cinceles y otros objetos varios era lo que esta industria producía. En los distintos yacimientos se han encontrado hachas ceremoniales y tumis que por su parecido con los del Noroeste Argentino, han de ser de esa procedencia [19].

Característico de esta civilización es el trabajo en madera. Representan sus principales productos las famosas "tabletas de

ofrendas", que en realidad servían para moler paricá, con sus respectivos tubos por los que se absorbía el polvo [20]; las horquetas para asegurar la carga de las llamas; los grandes cuchillones usados en la agricultura; los cencerros, cajitas y otros objetos más.

El arte textil atacameño producía, a su vez, las prendas de vestir y adorno que estos indios usaban, así como mantas de varias clases y tamaños, etc.[21]. Se trenzaban redes y esteras y mediante la técnica del trenzado en espiral, que los *Atacameños* tomarían de los costaneros *Changos* de tradición cultural mesolítica, se fabricaban tazas, botellas y platos, además de los canastos de forma más común [22]. Con las calabazas desecadas se preparaban también recipientes que solían decorarse con pirograbados [23].

Tampoco de esta región se conocen templos ni adoratorios de ninguna clase. Sabemos, en cambio, de la existencia del shamanismo, como lo demuestran tanto el uso del paricá, que solía estar reservado a los shamanes en actividad, como el hallazgo de máscaras de cuero en las tumbas.

Esas tumbas son de varios tipos. A veces se encuentran dentro del mismo poblado, y otras están reunidas en cementerios situados en el exterior. El tipo más común es un simple pozo cilíndrico, frecuentemente dotado de cámara lateral, donde yace el cuerpo momificado, en posición doblada y envuelto en paños formando un paquete funerario [24]. El cráneo suele estar deformado. En otras ocasiones, las momias, con todo su ajuar, se colocaban a lo largo de los muros de espaciosas cámaras que se comunicaban por medio de una rampa con el exterior.

Interesante es que en la zona del río Loa han aparecido también cementerios especiales para párvulos, aunque aquí los restos no están depositados en urnas como en el Noroeste Argentino.

El *Kunza* es el idioma hoy casi completamente desaparecido que hablaban los antiguos *Atacameños* [25].

3. *La Civilización Diaguita-Chilena*

En la provincia chilena de Coquimbo, y en la mitad meridional de la de Atacama, o, para ser más exactos, entre los ríos Copiapó y Choapa, se encuentran los restos de una antigua civilización que es evidentemente distinta de la que dominaba más al norte —la Atacameña— y de la que preponderaba más al sur —la Araucana. Las fuentes históricas conocidas no atribuyen este sector meridional del Norte de Chile a ningún pueblo indígena en particular, razón por la cual Latcham la bautizara de Diaguita-Chilena.

Las razones que tuvo el meritorio etnólogo chileno para dar este nombre a la innominada cultura, son de carácter lingüístico y arqueológico. Según él mismo expresara oportunamente, al llegar los primeros españoles a Chile se habrían encontrado con que los aborígenes situados al sur de los *Atacameños* no entendían el Quichua ni el Aymara. Y que, en cambio, los indios de su propio acompañamiento, que eran naturales de Jujuy y Catamarca, se entendían bien con ellos. De ahí dedujo Latcham que los indígenas de Coquimbo y Atacama tenían que haber hablado la lengua Cacana. Tesis que luego trató de reforzar mediante la presentación de una serie de topónimos y apellidos indígenas chilenos correspondientes a este sector que tienen cierta similitud con otros propios de la parte oriental de la Cordillera [26].

Sin embargo, con los datos hasta ahora aportados no creemos que se pueda afirmar sin lugar a dudas cuál era la lengua que nuestros indios hablaban. Primero, porque falta saber si los indios naturales del Noroeste Argentino que mostraron entenderse directamente con los chilenos eran los de Jujuy, y por tanto omaguacas, o los de Catamarca, que pueden haber sido diaguitas. Pues ya se ha dicho que unos y otros hablaban lengua distinta [27]. Luego, no toda la toponimia y onomástica dada por diaguita lo es efectivamente, ni es siempre natural de este sector chileno. Y tampoco todos los nombres comparados tienen en Chile una

existencia prehispánica segura. Por ejemplo, uno de los topónimos chilenos más llamativos y que se incluye en la lista dada por Latcham: *Antofagasta*, ha resultado ser de origen muy reciente y artificial [28].

Con esto no se quiere significar que los pueblos de un lado de la Cordillera hayan carecido de todo vínculo lingüístico con los del otro. Nuestra opinión es de que ha existido un parentesco general entre los pueblos de los Andes Meridionales. Pero que todavía no está bien establecido cuál es el grupo cisandino que mayor afinidad lingüística posee con el que se ha venido en llamar de los *Diaguita-Chilenos*.

En la civilización de que estamos tratando, la cerámica es el elemento cultural que más se destaca. Las formas más generales son aquí las escudillas o pucos, que según Cornely importan nada menos que el 80 por ciento de toda la cerámica pintada. En esto se distingue de las culturas cacanas, en las que las urnas y las piezas mayores representan lo más genuino y característico. La decoración diaguita-chilena también se distingue de la argentina, preponderando aquí las figuras geometrizantes, con rara aplicación de las figuras zoo y antropomorfas.

Otra forma cerámica muy característica de esta cultura es la de los llamados "jarros pato". Se trata de hermosos y bien decorados vasos que dan la impresión de ser dos en uno. La influencia peruana es en ellos innegable. Presentan sección ovalada, aunque la base sea circular y plana. La parte anterior remata en una cabeza de animal o humana, modelada y pintada, con lágrimas que salen de los ojos en el segundo caso. La posterior termina en un gollete bajo y ancho. Un asa aplanada une a manera de puente, el modelado con el gollete. La pintura es en negro, rojo y blanco.

El territorio ha producido también algunas urnas (Fig. 134). Por su forma y por la cara antropomorfizada que presentan, se parecen bastante a las diaguitas argentinas, y con ellas han sido a menudo comparadas [29]. Sin embargo, la decoración es distinta, y al revés de lo que sucedía en el Noroeste Argentino, las urnas

hilenas no parecen haberse usado para el entierro de párvulos [30].

Y ha sido basándose, sobre todo, en los detalles de forma y ecoración de la cerámica, que Cornely ha dividido el desarrollo ultural diaguito-chileno en cuatro fases distintas y sucesivas. Las es primeras caen dentro de nuestra Etapa Clásica, mientras que cuarta y última corresponde a la época incaica. De manera eneral, los pucos hemisféricos ertenecerían a la fase más anti-ua, y los de paredes más o me-os rectas a la que precedió la onquista incaica. La fase segun-a sería detransición entre la pri-era y la tercera.

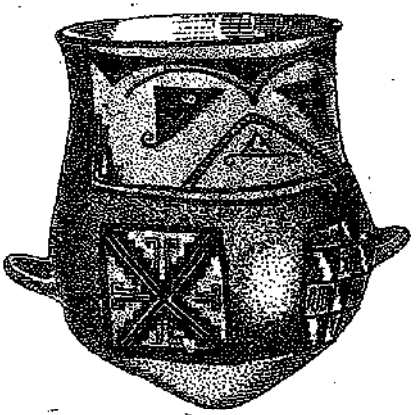


Fig. 134. — Urna diaguita-chilena hallada en *Copiapó*. Según Looser.

Esta división en fases de des-rrollo se evidencia también en as sepulturas, con sus distintas odalidades. La fase más antigua nhumaba directamente en la tie-ra, encuadrando el cadáver en n marco de simples rodados. n la segunda, el cuerpo se depositaba también en una fosa, pero e resguardaban los restos mediante una o dos lajas puestas oblicuamente sobre ellos. En la tercera los restos se colocaban en cis-as recubiertas, modo este de enterrar que es el más característico (Fig. 135). La cuarta y última fase, incaica, usaba distintos odos de sepultar a los muertos (Lám. LXXV *b*).

Los enterratorios diaguita-chilenos nos han dado una serie de interesantes detalles sobre esa cultura. Por ejemplo, los cráneos aparecen generalmente deformados por el empleo de cunas de base dura. En muchas tumbas se encuentra un esqueleto de auquénido (posiblemente llama) junto con el humano. En otras e ha encontrado a un alto personaje enterrado junto a algunas de sus mujeres y esclavos. Y tampoco faltan aquellas en las que se ven huesos de la falange primera o segunda de un dedo humano en los platos de ofrenda que componen el fúnebre ajuar [31].

Rasgo característico es también la poca frecuencia con que aparecen aquí las fortificaciones, que tanto abundan del lado argentino. Las que se han dado a conocer representan series concéntricas de gruesos muros construídos sin argamasa. También se han encontrado algunas bases de muros de vivienda que de-

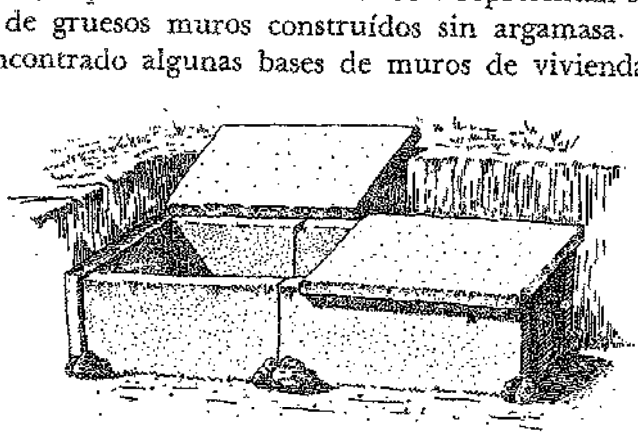


FIG. 135. — Cista diaguita-chilena. Según Cornely.

muestran que éstas eran pequeñas, se construían de pirca y tenían planta rectangular.

La metalurgia diaguita-chilena trabajaba el cobre y el bronce, y sus productos son de tipo general andino. Los cinceles, las pinzas de depilar, los tumis y cuchillos se parecen a los argentinos. Faltan, en cambio, las hachas perforadas, las azuelas, los anillos y los pectorales decorados que aparecen de este lado de los Andes.

También el trabajo en hueso tiene sus similitudes y particularidades. Las espátulas, bellamente decoradas y adornadas con motivos antropomorfos, son comunes en el territorio daguita-chileno. Se encuentran, además, torteros, puñales, barbas para arpón, etc., todo del mismo material.

Y en cuanto a la piedra, los objetos que han sido trabajados con ella comprenden puntas de flecha, cabezas de maza del tipo anular, cuentas de collar, conanas, platos, etc.

Nada sabemos de la religión ni del vestido de los *Diaguita-Chilenos*.

III. LA CIVILIZACIÓN ARAUCANA

1. *Generalidades*

En la Actualidad, se conoce con el nombre de *Araucanos* al njunto de indios de Chile que en el momento de su primer ntacto con los españoles ocupaban todo el territorio que se tiende entre el río Choapa y el archipiélago de Chiloé. Se di-dían en tres grandes grupos: *Picunches* al norte, *Mapuches* centro y *Huilliches* al sur. Ello no obstante, y dicho sea de nera general, todos ellos hablaban una misma lengua, osten-ban parecido aspecto físico, y participaban de una cultura milar.

Como a menudo suele suceder, el nombre general con que nocemos hoy a estos indios no se corresponde con ninguno de s que ellos mismos se daban. Sino que es el producto de una debida generalización de parte de los españoles. Con el agre-do de que existe la posibilidad de que el topónimo del cual riva el gentilicio moderno responda a una errónea equipa-ción.

En efecto, la tesis más generalmente aceptada hace derivar topónimo *Arauco*, del que a su vez proviene el gentilicio raucano", del nombre de una "provincia" del sur de Chile e la primera documentación escrita nos da como *Rauco* y *bco* [1], y que según Febrés es una deformación española de *gh co*, que en lengua araucana significa "agua gredosa" [2]. La rovincia" estaba situada en aquella parte del país donde ma-

yores dificultades hallara la conquista española, y donde más dura y largamente se peleara. Así que el nombre llegó a ser muy mentado en aquella época. Sobre todo después de haberse establecido allí un fortín con guarnición española que fué llamado con el mismo nombre. Sólo que la primitiva forma en "Rauco" no perduró mucho tiempo, puesto que a partir de 1550 ya se dice *Arauco*, según generalmente se cree por haberse aglutinado la preposición *a* con el nombre originario [3]. Poco después, Ercilla ya nos habla no sólo de *Arauco*, sino que también de *Araucanos*, al referirse a los indios que vivían y batallaban en aquella zona [4]. El proceso de fijación del nombre termina cuando el historiador Molina extiende el nombre de *Araucanos* a todos los indios que hablaban el *Chilidungu* o "Lengua de Chile" [5].

Ahora bien, la conversión del nombre originario en el posterior y actual por la vía señalada, presenta una seria dificultad de orden fonético. Y es que si se hubiese aglutinado *Rauco* con la preposición *a*, como generalmente se admite haber sucedido, es más que probable que el resultado hubiese sido "Arrauco". Otra dificultad surge del hecho de que la grafía *Arauco*, con estas mismas letras, aparece en el Perú desde antiguo, y posiblemente desde 1542, pero ligada con el Noroeste Argentino [6]. Si esta temprana mención se refiriera a lugar distinto del que está situado en el sur de Chile, como nosotros creemos, entonces ella sería anterior a la más primitiva chilena que, como ya hemos dicho, es de 1550 [7]. Y no carecería de toda razón quien, basándose en la inseguridad que reinaba en la época de la Conquista en todo lo referente a denominaciones y localizaciones geográficas, conjeturara que el *Arauco* chileno surgió por mera transferencia del *Arauco* argentino. Claro que aún en el caso de poderse demostrar que la conversión se produjo, efectivamente, de la manera insinuada, el nombre de *Araucanos* debería quedar para los mencionados indios de Chile, ya que se trata de un nombre tradicional, que es, además, generalmente aceptado.

En realidad, este problema del origen del nombre apenas si ha sido planteado, tal vez por considerarse que carece de ver

dadera importancia. Mucho más lo ha sido, en cambio, el que se refiere al origen de los mismos *Araucanos*.

La tesis tradicional y la que mejor se aviene con los datos conocidos, es la que admite una formación chilena de los *Araucanos* sobre la base de las anteriores poblaciones pescadoras, más el aporte de elementos venidos del norte. Don Tomás Guevara defendió particularmente esta opinión [8]. Pero en 1909, Ricardo E. Latcham quiso introducir una modificación, y la defendió con ardor durante toda su vida [9]. De acuerdo con ella, el elemento determinante en la formación de los *Araucanos* no habría venido del norte, sino del este, de las pampas argentinas. Esta tesis admite que al trasponer los Andes, los invasores eran un pueblo nómada, que vivía de la caza, se vestía con cueros de animales y habitaba toldos del mismo material. Pero al llegar a Chile se habría encontrado con poblaciones más adelantadas y sedentarias, que conocían la agricultura y el pastoreo, el tejido y la cerámica. Desgraciadamente, no nos dice Latcham de dónde procedían estas poblaciones de cultura superior. Aspecto por demás importante, ya que según nuestro autor habrían sido ellas las que impusieron su lengua, y en parte su cultura, a los invasores.

La teoría de Latcham falla por el solo hecho de que tanto en las pampas argentinas como en la región cordillerana que limita con ellas, sólo han vivido indios de gran estatura en los últimos milenios. En tanto que los *Araucanos* han sido siempre conocidos por de talla bastante moderada. Para ver bien esto bastará con recordar que según el mismo Latcham, los cordilleranos *Pehuenches* ostentaban una talla media de unos 169 cms., en tanto que la de los *Araucanos* no pasa de los 161 los hombres y 144 las mujeres [10]. Y no hablemos de los *Patagones* y antiguos *Pampas*, cuya estatura era verdaderamente prócer [11]. Por lo tanto, la supuesta invasión desde las pampas debe ser rechazada, a menos que no se la ubique varios milenios atrás, en una época de la que carecemos de datos.

Una tercera teoría sobre el origen de los *Araucanos* ha sido

más insinuada que expuesta sistemáticamente por varios autores. Es la que ve a elementos oceánicos como factor preponderante de la formación de aquellas poblaciones. Alejandro Cañas Piñochet sostuvo, ya desde 1907, que la población del archipiélago de Chiloé, que es también de habla araucana, se había derivado de inmigraciones procedentes de los innumerables archipiélagos oceánicos. Naturales de esas islas, y por causas involuntarias o eventuales, habrían sido arrastrados hacia esa parte del litoral chileno. Luego, desde Chiloé, los primitivos chilotes habrían pasado al continente, y los posteriores *Araucanos* serían sus descendientes [12].

Aureliano Oyarzún (1858-1947), que antes había aceptado la tesis de Latcham [13], reconocía posteriormente el pleno valor de lo sugerido por Cañas Piñochet. Y en un análisis que hace de la cultura de los Chilotes, encuentra en ella una serie de elementos culturales que según su opinión sólo pueden tener un origen polinesio [14].

A esta última tesis opuso Latcham un argumento de dudoso valor, cual es el de la diferencia que existe entre los Polinesios de hoy y los actuales Chilotes, en lo que a caracteres antropológicos se refiere. Y decimos dudoso valor, porque es indudable que en Polinesia ha existido y sigue existiendo una verdadera dicotomía antropológica. Autores como Sullivan [15] y Handy [16] la mencionan expresamente para la Polinesia central, y ella surge también de los datos traídos por aquellos que no la mencionan. Compárense, por ejemplo, los datos sobre el índice cefálico horizontal de las Marquesas, Tahiti o Nueva Zelanda que traen Sergi, por un lado [17], y Weinert [18], por otro y se verá que mientras para unos los Polinesios son dolicoides, para los otros son decididamente braquioides. La misma población de la isla de Pascua, la más cercana a Chile de las polinesias, nos es dada por Bates y Pinart como de baja estatura, y por Bórmida y otros por de estatura alta [19]. De todas maneras, Latcham tenía razón al afirmar que las poblaciones de hoy de Polinesia y Chiloé, tomadas en su conjunto, pertenecen a "razas" distintas.

En definitiva, ninguna de las tres teorías enunciadas está e acuerdo con la totalidad de los hechos conocidos. La que más e acerca es todavía la tradicional, esto es, la que proclama una ormación chilena de los *Araucanos* sobre la base de las antiguas oblaciones pescadoras, y el aporte de elementos étnicos venidos e más al norte. Pero a estos factores constitutivos habremos de gregar fuertes influencias oceánicas. Pues todo induce a suponer ue las costas chilenas han sido más de una vez lugar de arribada e navegantes polinesios.

2. *La Forma Cultural de los Promaucáes*

Promaucáes es el primer nombre que los españoles del tiem- o de la Conquista dieron a los indios que moraban al sur del lo Maule, límite meridional del Imperio Incaico. En realidad e trataba de los sectores Mapuche y Huilliche de los *Arauca- os*. Aquel término proviene del quichua *purum aucá*, que puede raducirse por "enemigo no sometido". Según el historiador Barros Arana, los *Incas* ya habían llamado así a los indios men- ionados, por la simple razón de encontrarse fuera de sus fronte- as. De manera que los españoles no hicieron otra cosa que ser- irse de la denominación incaica y adaptarla a las características e su propia lengua [20].

Hasta hace poco se ha venido admitiendo que la civilización raucana era de origen incaico. Que habían sido los *Incas* los ue trajeron a los *Araucanos* los principios del sedentarismo, del ultivo de la tierra, de la cerámica, del hilado y tejido. De tal nodo, que todo lo que había precedido el período incaico era arbarie, behetría, cultura inferior. Y si bien los esfuerzos de tnólogos modernos como Guevara, Latcham y Oyarzún combaieron tenazmente esta opinión gratuita, todavía quedan en mu- has partes resabios de ella. De manera que no estará de más ue veamos brevemente cuál era el estado cultural de los *Arau- anos* anteriores a la conquista incaica del norte del país.

Desgraciadamente, todavía no se ha realizado ningún estudio estratigráfico dentro del área de civilización araucana. Pero dado que los mencionados "Promaucáes" no fueron dominados por los *Incas*, podemos fundadamente suponer que tampoco fueron influenciados culturalmente por ellos. La permanencia de los *Incas* en la mitad norte de Chile fué corta, y su influencia cultural relativamente tenue. Y aún en el caso de que se hubiesen podido infiltrar algunas influencias incaicas en territorio enemigo, éstas sólo pueden haber sido de muy escasa magnitud. Que en esto no andamos equivocados, puede verse por el solo hecho, señalado ya por Oyarzún, de que en territorio promaucá, "faltan los aríbalos, las huinchas, las ollas de pie, los vasos de asa horizontal y lateral, etc., característicos todos de la cultura incaica" [21]. Y este argumento negativo puede aún complementarse en sentido positivo, señalando que los principales elementos de la alta cultura estaban presentes en partes tan alejadas de los límites extremos del Imperio Incaico como son las actuales provincias chilenas de Valdivia, Osorno, Llanquihué y Chiloé, especialmente en la última, que a su mayor lejanía agrega aún su carácter insular.

Así, en las varias descripciones que tenemos de la cultura tradicional de Chiloé, y especialmente en la que debemos al mismo Oyarzún [22], podemos perfectamente ver que su población aborigen era sedentaria y cultivadora. Que pese al clima poco propicio, los Chilotes cultivaban con ahínco la papa, el mango o trigo chilote *(Bromus mango)*, la quinua, el maíz y el ají. Y que para sus trabajos agrícolas se servían de una forma de pala de cavar, que llamaban *luma*, y de una especie de azadón en forma de media luna, conocida por *hualato*.

De las provincias continentales inmediatas por el norte y habitadas por promaucáes, tenemos también algunos datos sobre cultivos. Por ejemplo, el navegante Juan Bautista Pastene, que en 1544 reconociera la costa sur de Chile por encargo de Pedro de Valdivia, encontró numerosas sementeras de maíz, quinua y papas en las provincias de Osorno y Valdivia [23]. Y lo mismo di-

cen otros navegantes que en la época de la Conquista visitaron las costas del sur de la Araucania [24].

La llama o chilihueque, animal típicamente andino, fué igualmente conocido por los Promaucáes. Las había tanto en Chiloé como en las tierras continentales vecinas, según los mismos testimonios. Y apenas podría dudarse de que tanto el cultivo como la cría de llamas eran muy antiguos en el país.

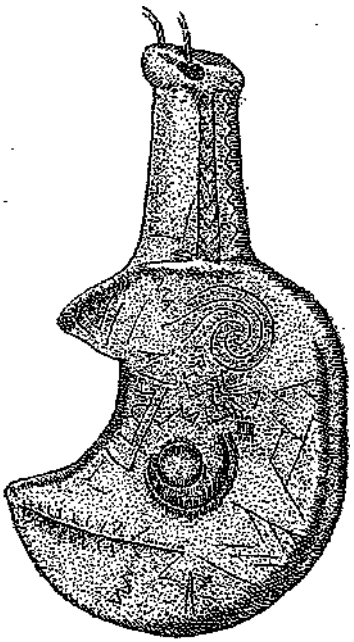


FIG. 136. — Clava cefalomorfa de la Araucanía. Según Reed.

Chilotes y Promaucáes continentales se vestían de la lana de sus *chilihueques*, que tejían sobre telares de tipo vertical. Alonso de Ercilla, el poeta que fuera uno de los primeros soldados españoles que pisara la isla de Chiloé, nos dice que aquellos indios vestían "manto y floja túnica", palabras que han de ir referidas al poncho y al chamal. En la cabeza llevaban un gorro ajustado que remataba en punta, colgada por detrás y estaba teñido en varios colores [25].

Las viviendas se construían de madera, tenían planta rectangular y techo de paja. Se situaban apartadas una de otra, sin formar ciudades ni caseríos. El arco era su arma principal, secundado por lanzas, y por porras con cabeza de piedra. Las flechas se guardaban en carcajes.

La cerámica era de uso general, aunque estaba limitada en sus formas. Predominaba el cántaro de una sola asa vertical que va desde el borde del cuello al principio del vientre, y que generalmente es llamado *metahue*. En su mayoría carece de decoración, y cuando la tiene, la influencia atacameña es en ella innegable.

Fuera de las puntas de lanza y flecha y las piedras horadadas para cabeza de porra o de palo de cavar, tallaban también artefactos de confección más refinada. Tal las numerosas hachas de piedra, y especialmente las de tipo ceremonial o *toquis*. Las hay que son una duplicación de las polinesias (Fig. 136), y es imposible decir si fueron traídas de allá o son de fabricación local [26]. Y en contra de lo que se creía antes, tampoco desconocieron el arte de la estatuaria, aunque lo hayan practicado poco [27].

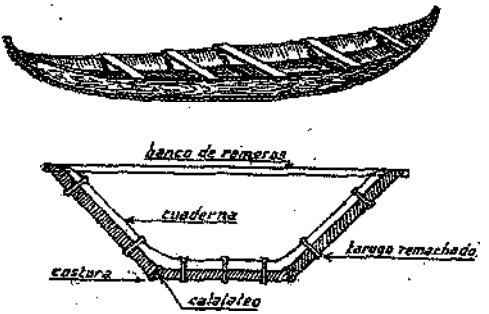


FIG. 137. — Una dalca de Chiloé. Por el corte transversal puede verse su simple construcción. Según Finsterbusch.

Los Promaucéas conocieron también el uso de los metales. Los más primitivos cronistas como Mariño de Lovera, se refieren reiteradamente a las puntas de lanza y hachas de cobre por ellos usadas [28]. Claro que no podríamos decir en qué medida practicaron la metalurgia, ni si conocían ya la platería.

Interesante es, por las sugerencias mesolíticas y polinesias que suscita, la embarcación típica de Chiloé que se conoce por *dalca* (Fig. 137). Parece ser una transformación del antiguo bote de corteza de árbol que usan los pueblos pescadores de tradición mesolítica que todavía viven en el extremo sur. Como el bote de corteza, la dalca tiene perfil arrufado, se compone de tres partes que van cosidas entre sí, y se cose y calafatea con elementos vegetales. Para viajar en alta mar se agregaban velas trapezoidales que recuerdan las polinesias. Mayor es aún la semejanza en lo que respecta a los *sachos* o anclas que, tanto en Chiloé como en Polinesia, son de madera, tienen cuatro uñas y están lastradas con una piedra [30].

A un tipo más general y difundido que la dalca pertenece, en cambio, otro tipo de embarcación que despierta sugerencias más antiguas que aquélla. Nos referimos a la balsa fabricada

con varios haces de tallos vegetales, especialmente de totora. Surgió en el Paleolítico Superior, la usaban los *Mochicas* y *Nazcas* preincaicos, y todavía la usan los *Uros* del Titicaca. Hasta hace poco se usó también en las lagunas de Guanacache, de este lado de la Cordillera y, en general, a lo largo del litoral chileno. Latcham las vió en *Arica* y W. Knoche halló una en la provincia de Colchagua [31]. Según el P. Rosales nuestros Promaucáes las construían "de enea, totora, juncos y carrizo", y los indios de las islas de Santa María y La Mocha atravesaban con ellas el mar [32].

Otra singular analogía con Polinesia está dada por el *curanto*, horno de tierra revestido con piedras que está todavía en uso, y en el que se preparan muy sabrosas comidas.

También los recipientes tallados en madera, tan comunes en Chiloé y en toda la Araucania, pueden ponerse en relación con Polinesia. De este material hay aquí *chungas* o cubos, *concheos* o artesas, *ralíes* o platos, *dellegües o vasos* [33]. Y la poca importancia que Polinesios y *Araucanos* otorgaron al arte alfarero se explica sin duda por la costumbre tan desarrollada de fabricar recipientes de palo.

Por lo tanto, surge de este pequeño análisis que la civilización araucana es en mucho anterior a la conquista incaica. Y que en ella persistían numerosos rasgos de origen mesolítico y polinesio.

3. *Los Araucanos de Época Incaica*

Llamamos aquí *Araucanos de época incaica*, al estilo de vida que desarrollaron los *Araucanos* con posterioridad a la conquista incaica, pero anteriormente a la manifestación de toda influencia hispánica. Es decir, a la segunda y última forma prehispánica de la civilización araucana. Que en gran parte hubo ésta de coincidir con la que existía antes, se puede admitir *a priori*, visto el corto tiempo que les fué dado a los *Incas* permanecer en el país. Además, el breve resumen que damos a continuación habrá de mostrarlo sobradamente.

Producida la conquista incaica en el último cuarto del siglo XV, durante el reinado de *Tupac Inca Yupanqui* [34], al llegar a Chile la expedición de Almagro en 1536, ya las autoridades incaicas y las tropas de ocupación habían abandonado el territorio, en razón sin duda de la llegada de los españoles al Perú, que se produjera cinco años antes [35]. De ahí que la permanencia de los Incas en territorio araucano sólo pueda haber durado unos cinco o seis decenios. Plazo demasiado corto sin duda para que dentro del mismo se haya podido ejercer una influencia decisiva sobre la población sometida.

En la economía, por ejemplo, muy poco es lo que los *Araucanos* deben a la influencia incaica. La cría de llamas, las plantas cultivadas y los implementos usados en las faenas agrícolas tienen en Chile existencia preincaica. Un caso particular está dado por el maní, que carece de nombre araucano, y ha de ser por tanto de introducción reciente. Lenz supuso que lo podrían haber traído los *Incas*, pero Latcham, basándose en el hecho de que el nombre del producto procede de las Antillas, cree más bien que fueron los españoles los introductores.

Tampoco es visible una influencia peruana sobre el tipo de habitación. La vivienda, llamada *ruca*, era la misma que vimos entre los Promaucáes. Es decir, era de gran tamaño, de sección rectangular y construída de tablas y otros elementos vegetales (Lám. LXXVI). Por lo general se elevaban sobre alguna eminencia, y formaban pequeñas agrupaciones de varias unidades. Se dormía en el suelo, sobre un lecho de pieles o hierba seca, y se tapaban con ponchos. Un tronco de árbol, una piedra o un manojo de hierba servían de almohada.

Los hombres vestían el *chamal*, que es una manta cuadrada que se envolvía alrededor del cuerpo, y se sujetaba a la cintura. La parte superior del cuerpo se resguardaba con un poncho. Las mujeres llevaban una manta larga, llamada *quipam*, que pasándoles por debajo de un brazo se ataba sobre el otro hombro y les bajaba hasta cerca de los pies (Fig. 138). Posteriormente se agregaron el *chiripá* para los hombres y la *uquella* para las mu-

jeres. Esta última se ponía a la espalda y se prendía adelante con un *topu*. Dado que estos últimos nombres son quichuas, es probable que las respectivas prendas fueran introducidas por los *Incas*.

Ambos sexos llevaban una vincha tejida en la cabeza, el *traru lonco*. Las mujeres se adornaban, además, con collares de *llancas*

FIG. 138. — El vestido de los *Araucanos* en la primera mitad del siglo XVII. Según Marcgrav.

o cuentas de piedra de color verde, que eran muy apreciadas, y con pendientes de metal.

El matrimonio se celebraba por compra de la novia y un simulacro de rapto, o por rapto verdadero [36]. Persistían, aunque atenuadas en parte, las antiguas costumbres del sororato y levirato. De todo lo cual resulta la presencia real de la poliginia entre los *Araucanos*. Además de a una familia estricta, los indi-

viduos pertenecían también a un linaje o "apellido". Éstos se llamaban *cüngas*, y todavía no está bien aclarado el carácter que tenían.

El derecho pertenecía al tipo patriarcal, aunque Latcham percibiera en el mismo reminiscencias de un más antiguo derecho matrilineal. La población se dividía en tres clases: caciques

FIG. 139. — Rompecabezas de los *Araucanos*.

y hombres de pro, hombres libres, y esclavos y cautivos. Los grupos socio-políticos estaban al mando de sus respectivos caciques, generalmente llamados *toquis* por el hacha ceremonial que llevaban como símbolo de autoridad.

Al igual que en los tiempos anteriores a los *Incas*, el arco y flecha era el arma principal de nuestros indios. El arco tenía sección redonda y era de cortas dimensiones; las flechas se llevaban en carcajes. El atuendo bélico se completaba con lanzas, hondas y porras. Los guerreros usaban a veces armas defensivas de cuero.

La decoración de los tejidos araucanos tiene fama de haber recibido las influencias de los *Incas*. Es siempre de tipo geométrico, con pirámides escalonadas, grecas, cruces, paralelógramos con gradas, etc. [37]. El telar nada tiene de incaico, ya que sigue siendo el viejo cuadro vertical. También la alfarería sigue fabricándose en los mismos tipos que antes, aunque en territorio picunche se ha encontrado también cerámica de formas incaicas, y hasta un cementerio incaico [38]. Pero tanto estas formas como su decoración se muestran influenciados por los estilos del Norte de Chile. Por lo tanto, tampoco se puede decir que la alfarería araucana haya recibido muchas influencias incaicas.

Los ritos funerarios tampoco muestran influencias de ese ori-

en. El cadáver se exponía sobre una plataforma, el techo de la sa o un árbol. Una canoa, hecha de exprofeso, servía de ataúd. uego de varios días o semanas de exposición, se enterraba el dáver y se señalaba exteriormente la tumba con un madero una lanza con gallardete. Los restos de los guerreros muertos jos de la patria, solían cremarse. Recientemente se ha llamado atención sobre la existencia de una antropofagia ritual y li-itada a determinados enemigos prisioneros [39]. Y tampoco esto una costumbre incaica.

Conocemos varias formas religiosas araucanas. La creencia un Ser Supremo llamado *Nguenechen* o "Dueño de los Hom-res", creador de todas las cosas y dominador de las fuerzas e la Naturaleza, es sin duda el más antiguo, ya que claramente eriva del viejo concepto de Alto Dios de las culturas primiti-as. Le dirigían ruegos y le hacían sacrificios para solicitarle avores, generalmente comida abundante y una vida larga. El to más característico y difundido relacionado con *Nguenechen* el llamado *Nguillatun*, que todavía practican los *Araucanos* e hoy [40]. Una manifestación especial de la divinidad, que a eces se confunde con *Nguenechen*, se llamaba *Pillán*, y estaba sociada con los fenómenos dramáticos de la Naturaleza, como r erupciones volcánicas, inundaciones, tormentas, etc. [41]. Mu-ha importancia tenía el shamanismo, con shamanes femeninos feminizados que se llamaban *machis* [42]. El uso de la pandereta, l del tabaco y la recitación de fórmulas mágicas en la actua-ión de los shamanes, nos retrotraen a distintas épocas de la volución cultural, y son una demostración clara del origen de a civilización araucana.

Como se ve, y en contra de la opinión hasta hace poco pre-aleciente, no es mucho lo que la civilización araucana debe a os *Incas*. Numerosos son, en cambio, los rasgos que en ella se erciben de un claro o posible origen polinesio. En esta cate-oría podemos incluir a elementos tales como la vivienda de ablas, el entierro en una canoa, el *toqui* como hacha ceremo-al y del cacique, la manta arrollada a la cintura, el vestido

femenino atado sobre un hombro, el poncho [43], la vela tropezoidal, la lanza con gallardete puesta sobre la tumba, el arco corto de sección redonda, las vinchas trenzadas, la honda, el rapto de la novia como rito ceremonial, la limitada antropofagia, etc.

Si a esos elementos de claro o posible origen polinesio agregamos aquellos otros que derivan de las antiguas poblaciones pescadoras de tradición mesolítica, y los que proceden, o puedan haber procedido, de las civilizaciones del Norte de Chile, tendremos una idea de cuáles fueron los principales factores que intervinieron en la formación del pueblo y civilización araucanos.

IV. LA REGIÓN CHIBCHA

1. *Generalidades*

El término "Chibcha" suele aplicarse a dos cosas algo distintas. Primero a un grupo grande de pueblos que está desparramado por toda el amplia área que va desde el Ecuador hasta Honduras. Todos ellos hablan lenguas afines, y en su conjunto constituyen lo que suele llamarse una macro familia lingüística. Es indudable que fueron integrantes de este gran grupo de pueblos los que difundieron por la Región Colombiano-Centroamericana los principios de la primitiva civilización, llevándola hasta los mismos confines del Área Maya [1].

Luego calificamos también de Chibcha a un restringido grupo de agrupaciones étnicas, rama de la macro familia anterior, que hablan la lengua Muisca o Chibcha propiamente dicha, o alguno de sus dialectos. La parte principal de ellos vive o vivía en las tierras altas de la Cordillera Oriental de Colombia, en la Meseta de Bogotá (Lám. LXXVII), y otra parte menor en la Sierra Nevada de Santa Marta (Lám. LXXVIII). La solución de continuidad que actualmente se observa entre los grupos radicados en los valles y mesas del Altiplano, por un lado, y los de la Sierra Nevada, por otro, es casi seguro que no existía antes. Y parece serlo también que fueron pueblos de cultura media procedentes del este, los que al irrumpir por los boquetes que deja la Sierra de Perijá, produjeron la actual separación entre los pueblos de lengua y cultura chibchas que habitaban estas regiones.

Por sus caracteres antropológicos, los pueblos Chibchas propiamente dichos —únicos que nos toca considerar en este capítulo— pueden y suelen incluirse en el tipo racial Centrálido. Así, una serie de seis cráneos procedentes de territorio chibcha y traídos por Silva Celis [2], mostraron ser braquoides (índice craneano de 82,6), de relativamente baja bóveda craneana (índice medio de altura 81,6), de cara baja también (índice facial superior de 47,7), y nariz tendiente a la camerrinia (índice nasal 53,5).

Coincidentes con estos datos son los de otras series procedentes de la misma región, como la de 11 cráneos extraídos por Schottelius de una cueva de *Los Santos*, Departamento de Santander [3]. Y en cuanto a la estatura, la de los hombres parece haber estado alrededor de los 160 cms.

Esto es al menos lo que nos señalan los pocos datos antropológicos dados a conocer. Junto con los cráneos ya mencionados, de la cueva de *Los Santos* extrajo Schottelius 7 fémures masculinos que, tratados de acuerdo con el método de Manouvrier, dieron para sus poseedores una talla de 160,8 cms. En cambio, una momia antigua hallada en la misma zona mostró haber tenido unos 145 cms. de estatura solamente. Está claro que esta última ha de haber sido la de una mujer [4].

Entre los restos vivos de indios Chibchas que han llegado hasta nuestros días y en sus descendientes, prevalece con mucho el mismo tipo. Pérez de Barradas, por ejemplo, nos dice que el actual "tipo indio de Cundinamarca y Boyacá tiene una talla media de 156 cms. y un índice cefálico... de 82-85. Con frecuencia el cráneo es asimétrico, con cierta tendencia a la oxicefalia. La nariz es ancha y chata, la boca grande, los pómulos salientes..." [5].

Pero junto con este tipo de caracteres centrálidos se halla también presente otro cuyos rasgos craneométricos son bastante distintos. Es dolicoide, de alta bóveda craneana y de cara más alargada que el primero. Por su morfología es decididamente paleoamericano, muy probablemente láguido, al igual que el cráneo tunebo publicado hace algunos decenios por Verneau [6].

va Celis nos dice que este segundo tipo aparece en una pro-rción del 15 al 20 por ciento entre los restos chibchas [7]. Debe-mos, pues, admitir que en el origen de nuestros indios han ido mucho que ver un pequeño número de paleoamericanos otro mayor de tipo distinto que se superpusieron a los ante-res.

Al mismo resultado puede llegarse sobre base estrictamente nográfica. Pues no son pocos los elementos presentes en la cul-ra chibcha que tiene carácter inferior, y que han de proceder, r tanto, de la población paleoamericana. Muy recientemente aude Levi-Strauss ha señalado una serie de coincidencias lin-ísticas entre los pueblos chibchas y los *Ñambicuaras*, pobla-ón lagoide del Brasil occidental, que muy bien podrían repre-ntar una perduración de rasgos lingüísticos paleoamericanos tre las poblaciones chibchas [8].

Por lo tanto, parece seguro que al establecerse los Chibchas su actual habitat montañoso, encontraron el territorio ocu-do por poblaciones paleoamericanas, a las que desplazaron en rte y en otra se mezclaron con ellas.

2. *Los Muiscas*

El grupo mayor y más importante de Chibchas en sentido tricto, aquel que por sus realizaciones culturales ha sido fre-uentemente comparado con *Incas* y *Aztecas*, suele conocerse mo *Chibcha*, a secas. Mas, en los últimos tiempos se tiende preferir el nombre de *Muiscas* "hombres", que además de ser que ellos mismos se daban, es mucho más preciso y no se resta a confusiones.

Al llegar el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, en 536, al Altiplano de Bogotá, los *Muiscas* constituían una serie e pequeños Estados más o menos independientes que luchaban or la hegemonía. El primero de todos y el que mayor ventaja levaba en esta pugna, era el del *Zipa*, que comprendía seis

cacicazgos distintos. Ocupaba la parte más meridional del territorio muisca, y su capital era *Bacatá*, lugar que dió su nombre a la moderna ciudad de *Bogotá*. Al nordeste de este primer y más poderoso Estado, estaban los dominios del *Zaque*, que era su principal contrincante. Residía éste cacique principal en *Hunsa*, la moderna *Tunja*. Seguía luego, por el mismo lado este y rumbo norte, el territorio de *Sogamoso-Tundama*, mientras que el lado opuesto estaba ocupado por varios cacicazgos de importancia menor. Finalmente, en el extremo septentrional y ocupando la hoya del río Suárez y la parte media del Chicamocha, estaban los Guanes, cuyo señor ostentaba el título de *Guanentá*.

Los *Muiscas* cultivaban la tierra, a la que hacían producir maíz, papas y quinua, fuera de algunos productos tropicales o subtropicales allí donde el clima lo permitía. El cultivo era de secano, practicándose el riego sólo en el norte, entre los Guanes. El trabajo agrícola correspondía a ambos sexos, y parece que los campos cultivados fueran de propiedad particular, y pasaran en herencia de padres a hijos.

Practicaban también un activo comercio, y canjeaban los productos del Altiplano como la sal, las telas de algodón y las esmeraldas, por los de los países vecinos, principalmente el oro.

Las viviendas muiscas solían tomar una forma circular u ovalada, aunque las había también de planta rectangular. Se construían de material deleznable, como ser cañas entretejidas para las paredes, y paja larga para el techo. Se dormía sobre "barbacoas" o pequeñas plataformas hechas de cañas, y se tapaban con mantas. Las casas de los grandes personajes, y también los templos, se construían con el mismo material, sólo que su fábrica era más esmerada. Además, se las rodeaba de una o varias empalizadas. Todo esto explica el porqué no se encuentran ruinas superficiales en territorio muisca.

El vestido consistía en mantas de algodón, generalmente blancas. Los integrantes de las clases superiores las usaban decoradas con dibujos estampados o pintados a pincel. Solían ser dos: una

puesta alrededor del cuerpo y otra a la espalda. Esta segunda la ataban los hombres sobre un hombro, cual hacían los Mexicanos, y las mujeres la prendían sobre el pecho con un topu, a la manera peruana. Ambos sexos llevaban los pies descalzos, pero en la cabeza solían ponerse rodetes, vinchas trenzadas o gorros de algodón o de piel de animal salvaje. Llevar el pelo largo era costumbre general.

Muchos autores han supuesto, basándose en un dato del obispo Piedrahita que es de la segunda mitad del siglo XVII, que los *Muiscas* hubiesen vestido la camiseta andina [9]. Pérez de Barradas ha llamado la atención sobre el hecho de que autores más antiguos, y por lo tanto más cercanos a la Conquista, la niegan expresamente, como el P. Simón, quien en sus *Noticias historiales* impresas en 1627 dice que "traer camisetas no es hábito de los muiscas, sino de los del Perú..." Agregando que las que en su tiempo pudieran verse las habían traído los españoles del Perú. "Los indios viejos jamás andan con camiseta..." [10].

Los *Muiscas* se engalanaban pintándose las partes que llevaban descubiertas, o con adornos de oro, tumbaga, concha y plumas. Sólo que ciertas categorías estaban reservadas a determinadas clases sociales.

Porque es del caso mencionar que también existían las clases sociales. Arriba de todo estaban los jefes y nobles, investidos los primeros de un poder absoluto y dueños de vida y muerte de sus súbditos. Poseían numerosos privilegios, como el de cazar venados y comer su carne; ser llevados en literas; sentarse en *duhos* o banquitos de madera, etc., y solían conceder alguno de éstos a las personas que querían distinguir. La persona del jefe era sagrada, y nadie podía mirarle directamente a la cara sin exponerse a ser muerto.

También los *guechas* o guerreros constituían una clase especial. Su distintivo consistía en llevar el pelo cortado. Llevaban también perforaciones en el septo nasal, en los labios y en los lóbulos de las orejas, donde colocaban adornos apropiados al número de enemigos que habían muerto. Sus armas eran el pro-

pulsor, la honda, la lanza y la porra con cabeza de piedra. Para la defensa personal usaban escudos de madera [11].

Los *jeques* o sacerdotes eran los encargados de ofrecer los sacrificios a las divinidades. Niños muy jóvenes se seleccionaban para ejercer este ministerio, siendo sometidos a un largo aprendizaje. El sacerdote principal era a la vez cacique o "iraca" de

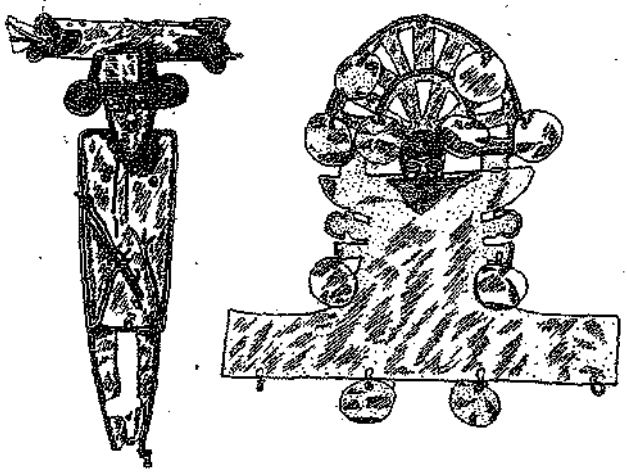


FIG. 140. — Objetos de oro chibchas. Según foto de Avianca.

Sogamoso, la ciudad sagrada donde se hallaba el templo principal. Había también shamanes o hechiceros, los que solían peregrinar vendiendo remedios, descubriendo objetos perdidos y prediciendo el porvenir.

En el último peldaño de la escala social estaba el común del pueblo, es decir, todos aquellos individuos que no quedan incluídos en alguna de las clases anteriores. Su principal misión era la de obedecer ciegamente a los jefes, y pagarles tributo en trabajo y en productos industriales.

En ergología, el trabajo del oro era sin duda el que mayor importancia tenía entre los *Muiscas* (Fig. 140). Las técnicas no eran, sin embargo, muy variadas ni de alto desarrollo, puesto que sólo practicaban el vaciado, el laminado y la filigrana. El metal se usaba sólo para los adornos: pectorales, brazaletes, nari-

gueras, orejeras, topus, etc. Las herramientas y demás artefactos, incluso las hachas y cuchillos, seguían siendo de piedra, hueso, etcétera. Importante era también el trabajo del hilado y tejido del algodón, junto con el arte de decorar las telas. En cambio, la cerámica no se distinguía por su perfección. Producían, sobre todo, vasijas comunes de forma globular llamadas "múcuras", y otras de carácter ceremonial, antropomorfas, que se destinaban a recibir las ofrendas en templos y adoratorios.

Su religión recordaba la existencia de un dios creador de todo lo existente, al que llamaban *Chiminichagua*. Diosés principales eran el Sol *(Súa)* y la Luna *(Chía)*, con templos expresamente dedicados a ellos y servidores que practicaban los sacrificios. La mayoría de éstos consistían en objetos de oro, esmeraldas y telas. Al Sol le ofrecían también sacrificios humanos, especialmente niños. Se consideraba que el astro se alimentaba con ellos. Igual sacrificio hacían al construirse las casas de los caciques, creyendo que sin ellos la vivienda y sus moradores estaban expuestos a toda clase de calamidades. Otras deidades eran *Cuchaviva*, protectora de las madres y de los enfermos de calentura; *Bachúe*, diosa de la agricultura; y *Nentacoa*, patrono de los tejedores. Las lagunas eran generalmente sagradas, y diversos ritos, especialmente el que diera origen a la famosa leyenda de "El Dorado", estaban asociados con ellas.

Un carácter especial tenía el héroe cultural *Bochica*, que se consideraba enviado del dios creador para que enseñara a los hombres. Los conocimientos relacionados con el hilado, tejido y pintado de telas habían sido traídos por *Bochica*. Pocos datos tenemos sobre las costumbres funerarias que no sean las relacionadas con la muerte de los caciques. Al morir un jefe, su cuerpo se embalsamaba, se envolvía en numerosas mantas y era reducido a paquete funerario. Luego se depositaba el mismo, junto con los cuerpos de sus mujeres preferidas y los de algunos fieles servidores, en una tumba oculta. Algunos enterratorios hallados en fosas simples han de haber pertenecido a indios comunes (Lám. XIII *a*).

3. *Laches, Tunebos y Morcotes*

Los *Laches, Tunebos* y *Morcotes*, vecinos por el nordeste y este de los *Muiscas*, ocupaban las vertientes orientales de la Cordillera Oriental de Colombia. Cultural y lingüísticamente se confundían unos con otros, al menos los dos primeros, que muy poco sabemos de los últimos. Con los *Muiscas* tenían íntima afinidad cultural, y hablaban dialectos de su idioma. Es probable que representaran una antigua población menos chibchaizada que la muisca.

De los tres pueblos, el de los *Laches* es el mejor conocido, ya que disponemos de una monografía sobre ellos que debemos a Silva Celis. De ahí que nos atendremos especialmente a ellos [12].

Desde el punto de vista físico constituían una población mezclada surgida de los mismos elementos que los *Muiscas*, aunque con una evidente mayor proporción del paleoamericano. Así, una serie de cráneos procedentes de *Chiscas*, territorio lache, y estudiados por Silva Celis [13], mostraron en su promedio ser sólo moderadamente braquioides (índice craneano de 80,9), y de más alta bóveda craneana que los muiscas (índice medio de altura superior a 85). De alta bóveda craneana era también, y además dolicoide, una momia femenina hallada en la misma zona. Se pudo calcular su estatura, la que resultó ser de unos 150 cms.[14]. Los hombres suelen ser unos 10 cms. más altos.

Por su cultura se diferenciaban igualmente en numerosos puntos de los *Muiscas*, aunque en lo fundamental se parecieran a ellos. Sus viviendas, por ejemplo, que podían tener planta circular o rectangular, se construían de piedra y argamasa y se techaban con paja. Los templos, en cambio, parecen haber tenido sólo el basamento de piedra.

Los *Laches* eran muy aficionados a unas luchas de pugilato que llamaban *momas*, a las que acudían muy engalanados con plumas. Se trataba de un juego más bien bárbaro, que a menudo producía víctimas. De ahí que los españoles lo prohibieran tem-

pranamente. Las prácticas homosexuales parecen haber estado al orden del día.

El trabajo agrícola estaba sobre todo a cargo de las mujeres, siendo el maíz el principal producto cultivado. La industria textil utilizaba el algodón, el fique o agave, y el cabello humano. Con el primero se tejían mantas, con el segundo se hacían redes, y con el tercero se fabricaban cordones y trenzados. Como los *Muiscas*, los *Laches* comerciaban la sal que obtenían de las lagunas de su territorio, y conocían el trabajo de la orfebrería.

FIG. 141. — Paquete funerario de los *Laches* (Chibchas). Según Silva Celis.

La cerámica arqueológica que se ha extraído del territorio lache, tiene carácter utilitario o ceremonial, y es consecuentemente lisa o decorada. La decoración puede ser tanto grabada, como pintado o modelada. Y en cuanto a las formas, hay ollas, múcuras, platos, copas, cucharas, escudillas y figuras zoo y antropomorfas. Interesante es una forma de vasija de base angosta y alto y estrecho cuello, con tres asas verticales, que recuerda un tanto a los aríbalos peruanos. Esta vasija se fabrica en la actualidad.

Las costumbres funerarias se parecían a las muiscas. Según se tratara de indios comunes o de jefes, las prácticas eran distintas. En el primer caso se doblaba el cadáver haciendo que adoptara la posición fetal, y se lo enterraba directamente en fosas simples. En el caso segundo, el cuerpo se embalsamaba, se envolvía en mantas y redes, y se depositaba en cuevas o en cavidades rocosas acondicionadas a tal efecto (Fig. 141).

De su religión sabemos que rendían culto al Sol y a la Luna, y que algunos de sus ritos estaban igualmente asociados

con las lagunas. Al decir de un autor contemporáneo, todavía hoy, cuando los viajeros y campesinos regionales pasan cerca de ellas, "procuran no hacer ruido ni molestar sus aguas, por temor de enojar a la divinidad o al encantamiento que allí reside" [15].

Según Piedrahita, nuestros indios veneraban también las piedras, pues creían que los hombres se convertían en piedras, y éstas podían volver a tomar la figura de hombres [16].

4. *La Cultura Tairona*

La *Cultura Tairona* es la que florecía en la región de la Sierra Nevada de Santa Marta al producirse la conquista española. Se trata de un complejo cultural cuyo conocimiento es principalmente arqueológico, puesto que sus portadores desaparecieron en los primeros tiempos hispánicos. Hasta su lengua se extinguió sin que se hiciera de ella "Arte y Vocabulario", como los tenemos de muchas otras lenguas americanas. Pese a lo cual, desde antiguo se ha venido admitiendo que las afinidades culturales y lingüísticas de los *Taironas* estaban del lado de los demás pueblos de habla chibcha que todavía ocupan la región. Y esta suposición ha sido plenamente confirmada en los últimos años.

Ya Konrad Th. Preuss en 1919, y Williard Z. Park en 1946, habían supuesto que los extinguidos *Taironas* tenían algo que ver con los supérstites *Cágabas* que actualmente pueblan aquella región. Se basaban, para ello, en las tradiciones, en el material mitológico y en algunos rastros de evidencia lingüística [17]. Y Preuss admitía también, que los *mámas* o sacerdotes cágabas habían preservado en sus ritos parte de la lengua Tairona [18]. Muy recientemente, intensas investigaciones arqueológicas, etnográficas y lingüísticas practicadas por Gerardo Reichel-Dolmatoff han demostrado que los pueblos que actualmente se incluyen en el grupo Chibcha-Arhuaco, y que todavía ocupan la región serrana de Sierra Nevada, representan en lo esencial una mezcla de elementos remanentes taironas con otros de origen distinto, despla-

rados de su antiguo habitat con posterioridad a la conquista [19].

El conocimiento arqueológico de la cultura Tairona comenzó con las exploraciones y excavaciones llevadas a cabo por J. Alden Mason en 1923. Casi un cuarto de siglo después, Reichel-Dolmatoff reanudó los trabajos, y él mismo fué luego seguido por otro investigador [20]. Desgraciadamente, todavía no se han publicado los informes correspondientes a los últimos trabajos, y sólo tenemos de los mismos algunas referencias ocasionales. En cambio, Reichel-Dolmatoff ha hecho una valiosa compulsa de la documentación histórica que complementa los datos ofrecidos por la arqueología.

FIG. 142. — Camino empedrado en la Sierra Morena. Cultura Tairona.

Las viviendas de los *Taironas* estaban agrupadas alrededor de una plaza en cuyo centro se alzaba una casa ceremonial. Lo único que de ellas queda son los basamentos de piedra, de sección circular. Tenían dos entradas, situadas en lados opuestos, y dotada cada una de su correspondiente dintel de piedra. El techo sería de paja y tendría forma cónica, al igual que el de las casas de los actuales ocupantes de la región.

Las aldeas eran relativamente grandes, se dividían en barrios y estaban al mando de jefes civiles. Pero parece que estos caciques estaban supeditados a los jefes religiosos llamados *naomas*.

Los cultivos de maíz, yuca, batata, etc., se practicaban sobre andenes construídos en la falda de los cerros. Toda la región

está llena de sus restos, que los indígenas actuales, *Cágabas*, *Icas* y *Sankás* consideran como sagradas reliquias y no utilizan (lámina LXXVIII *a*). Restos de viejos estanques, revestidos con lajas y piedras menores, atestiguan el uso de la irrigación artificial.

Interesantes son las calles y caminos empedrados, las escalinatas y los puentes de lajas, que facilitan grandemente las comunicaciones entre una y otra casa y una y otra aldea (Fig. 142).

De la ergología tairona, lo mejor conocido es la cerámica. La hay de dos tipos. Por una parte, fuentes, escudillas y cántaros rojizos, de gruesas paredes, y decorados a pastillaje. Y por otra, pucos de base anular, copas, vasijas de doble pico, cántaros tetrapodos, etc., negros y con decoración incisa. Hay, también, grandes vasijas con tapa, que a veces están decoradas con figuras policromas. Y tampoco faltan las figuras modeladas.

Otra industria importante es la textil, que estaba en manos de los hombres. Producía mantas de algodón, con las que ambos sexos se vestían. Fabricaban también redes del mismo material. Al vestido de algodón agregaban los *Taironas* gorros hechos de plumas o piel de jaguar. También hacían vestidos y abanicos de plumas.

La orfebrería conoció y practicó el trabajo de la filigrana, el procedimiento de la cera perdida, la aleación del oro y cobre. Y con estas técnicas producían anillos, cuentas de collar y zarcillos. A estos adornos se agregaban los de hueso y concha.

Su religión parece haber girado en torno al culto astral. Relacionados con la vida ceremonial han de haber estado las ocarinas, los silbatos y sonajeros de barro que nos ha dado la Arqueología. Y los tambores con membrana de cuero, las flautas hechas de huesos humanos y las caracolas de que nos habla la vieja documentación histórica. Reichel-Dolmatoff, que trae estos últimos datos, se refiere también a la presencia de quipus y de la numeración vigesimal [21].

De sus costumbres funerarias sólo sabemos que enterraban sus muertos en posición fetal, ya fuera en fosas simples, ya en cistas o bóvedas revestidas con piedra labrada.

V. LAS SIETE CIUDADES DE CÍBOLA

1. *Generalidades*

El área norteamericana que en los primeros siglos del período hispánico se conociera con el nombre de "Las Siete Ciudades de Cíbola", se encuentra en el sudoeste de los actuales Estados Unidos, separada del límite norte de Mesoamérica por muchos centenares de kilómetros. La forman la casi totalidad de Arizona, la mitad occidental de Nuevo México, la porción sudoriental de Colorado y la meridional de Utah.

Se trata de un importante sector del territorio estadounidense que desde tiempos inmemoriales ha sido poblado por el Hombre, y en el que se han encontrado los más antiguos vestigios de cultura americana. En la actualidad siguen todavía viviendo allí los restos de una antigua población que, además de llevar el nombre español de *Pueblos*, se caracteriza por una serie de otras notables particularidades. Particularidades que hacen un tanto difícil todo intento de clasificación.

Una primera incongruencia está dada por el hecho de que pese a que se trata de una verdadera área de co-tradición [1], y los indios supérstites ocupan sólo un número reducido de pueblos o aldeas —en total 26—, ni racial ni lingüísticamente constituyen ellos una unidad. Pues por su aspecto físico pueden tanto ostentar una alta estatura, como sucede con los del pueblo de *Isleta*, que tienen una media de 168 cms., como ser de talla relativamente reducida, cual los de *Sia* que sólo miden unos 160 cms.

en promedio. Parte de ellos son, además, dolicoides de alta bóveda craneana (por ejemplo los de *Hawikuh*), y otra parte es braquicránea de bóveda baja, como los *Hopis* [2]. Sin contar que por su idioma pertenecen nada menos que a cuatro distintas familias lingüísticas: la Shoshona, la Tano, la Queres y la Zuñi [3].

Tenemos, luego, que no obstante encontrarse en toda el área señalada numerosas ruinas de antiguos poblados y otros restos arqueológicos atribuibles a esas poblaciones o a sus antecesores directos, al llegar los primeros españoles al país, o sea, en la primera mitad del siglo XVI, la parte ocupada estaba reducida a sólo tres grupos de aldeas que en lo esencial son los mismos que todavía vemos existir hoy día: el grupo del río Grande, el más oriental, con aldeas o pueblos de lengua Tano y Queres; el grupo del nordeste de Arizona, el más occidental, con poblados de habla Hopi (Shoshona) y un grupo central, situado sobre el límite de Nuevo México y Arizona, que está poblado por indios de idioma Zuñi. Y al rededor de estos núcleos, y moviéndose en continuados ataques, pueblos de origen y cultura distinta, como los *Apaches*.

Finalmente, a pesar de que las aldeas de los *Pueblos* estaban construídas de mampostería, sus moradores no conocieron o no practicaron el tallado de la piedra monumental ni desarrollaron la estatuaria lítica. Y en tanto que la cestería, el tejido y la cerámica estaban relativamente muy desarrollados, no conocieron o no practicaron la metalurgia en ninguna de sus formas. Carecieron también de toda marcada distinción social o de clase, pese a que su ritualismo religioso se nos antoja complejo y evolucionado.

Ahora bien, el área de que tratamos es una de las más intensamente investigadas desde el punto de vista etnológico. Las excavaciones arqueológicas y los trabajos de campo de carácter etnográfico, lingüístico y de psicología social que se han realizado allí son innumerables. Hasta se podría decir que la región constituye el laboratorio o campo de experimentación donde el hoy numeroso gremio de etnólogos o antropólogos norteamericanos hace

sus primeras armas, y donde muchos afamados representantes de la profesión han hecho trabajo de campo. No habrá de extrañar, pues, no sólo que el área nos sea etnológicamente bien conocida, sino que tampoco falten los trabajos destinados a destacar su evolución cultural, explicando a un tiempo las mencionadas anomalías.

Tampoco han faltado, claro está, los puntos de vista dispares. Mas, en los últimos años se han logrado fijar algunos hitos que han tenido la virtud de acercar mucho las distintas opiniones. Muy valiosos en este sentido nos parecen ser dos trabajos recientes, que fueron redactados casi al mismo tiempo e independientemente uno de otro, y que sólo se diferencian por pequeños detalles [4]. De acuerdo con ellos y con datos traídos por otros autores, se puede considerar que la evolución cultural del Sudoeste de Estados Unidos ha tenido aproximadamente el curso siguiente:

Sobre la base de una antiquísima cultura recolectora que puede identificarse con la de Cochise o alguna de sus equivalencias [5], hacia comienzos de la Era cristiana surge en toda el área un nuevo tipo de cultura que ha sido llamada Formativa. Se caracteriza por la presencia de una vivienda semi-subterránea, que sin duda finca en la tradición mesolítica de los pueblos costaneros, y por la de una serie de elementos distintos que han de proceder del sur [6]. Los más significativos de estos elementos son: cultivo del maíz; producción de cerámica de varios tipos, negro-gris, con engobe rojo y con pulimento parduzco; uso frecuente de figurillas de arcilla para fines rituales. Las fases culturales correspondientes a clasificaciones antiguas que se incluyen en esta nueva clasificación, son la de los *Basket Makers* para la parte alta y septentrional del área, la Mogollón para el sudoeste de Nuevo México, y la Pionera para la cuenca más o menos desértica de los ríos Salt y Gila, en Arizona meridional.

Esta cultura formativa dura hasta aproximadamente el año 700 de nuestra Era. Hacia esta fecha, la confluencia de algunos progresos alcanzados en la evolución interna regional, más la

llegada de nuevas influencias externas, especialmente mexicanas, terminan por constituir un interesante estado de cultura que ha sido llamado Florescente. Al mismo tiempo, las configuraciones de rasgos especializados que se notaran en el período anterior, llevan a una división bimodal en la que las dos principales regiones que componen el área desarrollan tipos distintos de cultura. La que se desarrolla en las altas mesas y valles del norte se conoce con el nombre de *Pueblo* o "Anazasi", y la que florece en los desiertos del sur, *Hohokam*. En seguida pasamos a tratar en particular de estas dos formas culturales que son también las únicas que aquí interesan [7].

2. *La Cultura Hohokam*

Como ya se ha expresado anteriormente, la cultura Hohokam es la que floreció en la parte meridional de Arizona, en la región bañada por el Gila y su afluente derecho, el Salt. Pero es posible que la misma se extendiera también más al sur, por la región mexicana contigua.

El término con que se la designa pertenece al idioma de los *Pimas* y *Pápagos*, habitantes históricos de la región, y equivale a "los desaparecidos". Los indígenas actuales lo usan para referirse a los indios prehistóricos que les precedieron en el hábitat, y a las numerosas ruinas y otros restos que los mismos dejaron. Y es de ellos, y para usarlo con idéntico sentido, que lo ha tomado la Arqueología.

La evolución cultural de los *Hohokam* suele dividirse en cuatro períodos. En la primera clasificación, que fuera propuesta por Gladwin en la Conferencia de Gila Pueblo de 1931 y que todavía goza de general predicamento, con los cuatro períodos se abarcaba solamente la parte de evolución regional que corresponde a los *Hohokam* propiamente dichos. Es decir, a la de aquellos grupos que se muestran más o menos influenciados por las civilizaciones mexicanas. Cronológicamente cubren los trece si-

glos que median entre los comienzos de nuestra Era y el año 1400, en que desaparece todo testimonio arqueológico atribuible a esa antigua población. Se suele conocer a los períodos como Pionero, Colonial, Sedentario y Clásico [8].

Más recientemente se tiende a simplificar los esquemas. Y si bien los trabajos mencionados antes siguen manteniendo una división cuatripartita, todo el lapso de los trece siglos de florecimiento cultural hohokam se incluye en sólo tres períodos, quedando el cuarto o, mejor dicho, el primero, para las formas culturales que existieron en los tres primeros milenios anteriores a Cristo, y que no interesan aquí. En el nuevo sistema, los períodos se conocen como Formativo, Florescente y de Fusión, entendiéndose que el Florescente comprende las dos fases intermedias del sistema de Gladwin. Y como esta segunda división coincide con la que hemos aplicado al resto de América, es a ella a la que nos atenemos.

Al primero de estos tres períodos, que sirve de base a los siguientes, ya nos hemos referido al mencionar la cultura Formativa común a la región Pueblo y a la Hohokam. El período siguiente o Florescente se desarrolla entre los 700 y los 1300, y ve la continuación de varios aspectos de la cultura anterior y la introducción de elementos nuevos. De entre éstos, varios son de indudable origen mexicano.

El complejo cultural de la época nos muestra un tipo de trabajo agrícola que se basaba en un extenso y muy desarrollado sistema de irrigación por canales que llevaban el agua del río a todas partes[9]. Se trabajaba la tierra con el palo de cavar y con palas de las que solamente conocemos la hoja de piedra, pero que han de haber tenido cabo de madera. El maíz, los fríjoles, las calabazas y el algodón, eran los principales productos cultivados.

La vivienda sigue siendo lo que fuera en el período anterior: simples chozas semisubterráneas construídas con ramas [10]. La arquitectura doméstica no fué nunca el punto fuerte de los *Hohokam* (Lám. LXXX *a*).

Los más antiguos *Hohokam* tenían la costumbre de cremar a sus muertos, y por lo tanto tenemos pocos testimonios de cómo eran los elementos culturales deleznables. Pero en varios yacimientos, y entre ellos en la famosa gruta de *Ventana Cave*, que cae en su territorio, han aparecido numerosos paquetes funerarios que contienen sendos esqueletos envueltos en telas de algodón y aderezados con sus vestidos y adornos [11]. Los hallazgos nos muestran que en determinado momento, que Haury calcula fuera hacia el año 1000, los *Hohokam* cambiaron sus antiguas costumbres mortuorias y pasaron a enterrar a sus muertos. Y esta circunstancia feliz nos permite hoy conocer cuál era su manera de vestir.

Los hombres vestían un sencillo taparrabos. Cuando lo creían necesario agregaban una manta de algodón o de pieles de conejo. La momia de un hombre apareció adornada con grandes pendientes y con un tarugo cilíndrico de madera puesto en la nariz.

En ergología, la cerámica representa un ítem principal. Se encuentran las más variadas formas, desde las grandes vasijas lisas con función culinaria o de almacenamiento de alimentos, hasta aquellos recipientes de perfil más excéntrico destinados a fines rituales. La decoración más generalizada lleva dibujos pardo-rojizos pintados sobre fondo bayo claro.

Destacada importancia tuvo la confección de adornos de concha. De manera general puede decirse que los *Hohokam* sobresalieron en el trabajo de esta materia prima, en la que fabricaron anillos y brazaletes que frecuentemente ostentan pequeñas figuras en relieve. Los pendientes son numerosos, ya sea en forma de disco o de figura de pájaro u otro animal. Conocieron también, y al parecer antes que en Europa, el arte de grabar objetos de concha, especialmente adornos, con ayuda de ácidos corrosivos. Se supone que el que usaban lo preparaban dejando fermentar el jugo del cacto gigante, que da una suerte de ácido acético. Las partes que no debían ser expuestas a la corrosión se revestían con una substancia resistente al ácido, y se pintaban luego a variado color.

Otro importante elemento ergológico está representado por talla de pequeños objetos de hueso y piedra blanda. Con este timo material se fabricaban hermosas vasijas, cuyo uso nos es sconocido. Exteriormente llevan motivos geométricos incisos, figuras en relieve, generalmente de serpientes u otros anima- s del desierto. Frecuentes son los hallazgos en enterratorios de bletas rectangulares, talladas en pizarra, que a veces ostentan lornos marginales en bulto (Fig. 143). Se parecen mucho a s que en los Andes Meridionales se destinaban a moler paricá.

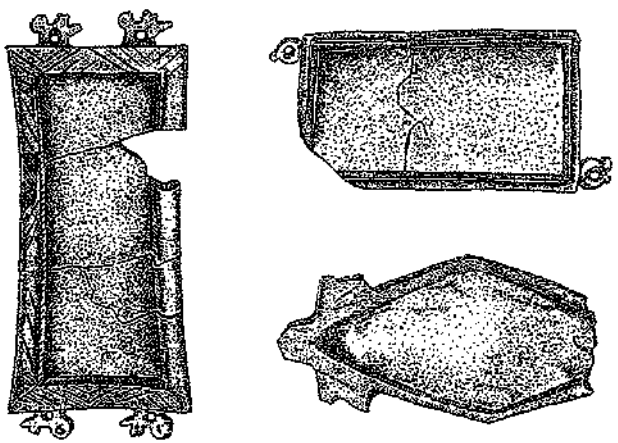


FIG. 143. — Tabletas de pizarra de la Cultura Hohokam. Los Angeles County Museum.

ero como en el fondo de las hohokam se han hallado rastros e pigmentos, se puede inferir que ellas sirvieron para moler inturas destinadas al embellecimiento corporal.

Elemento típicamente mexicano son los juegos de pelota. n realidad, no es que los que se han descubierto en la región lohokam sean idénticos a los mexicanos. No lo son por su cons- rucción y características, con piso rebajado, forma oval y una ngitud que puede llegar a los 65 metros (Lám. LXXX *b*). Pero lo son por sus principios y por su función. Como en México, quí se usaban pelotas de goma, una de las cuales fué hallada uardada en una vasija en uno de los yacimientos.

Otro interesante elemento del mismo origen son los espejos. Están hechos con un disco de piedra, una de cuyas caras va cubierta con pequeños trozos de pirita bien ajustados y pegados a manera de mosaico. No se diferencian de los hallados en Yucatán, por lo que puede atribuírselos a importación mexicana.

Importación mexicana han de ser, igualmente, los cascabeles de cobre que se han hallado en varios yacimientos. Los *Hohokam* no conocieron la metalurgia, y no pueden por tanto haberlos fabricado. Además, es éste el único elemento metálico hallado en el sector. Por otra parte, se trata de ejemplares idénticos a los que se hallan en Michoacán.

El tercero y último período comienza con una extensión al sur de parte de indios *Pueblos*, portadores de una cultura llamada "Salado". Se establecieron en varias partes cercanas a los ríos, y parecen haber convivido pacíficamente, al menos en algunas partes, con los primitivos habitantes. En realidad ignoramos qué carácter tuvo ésta, si fué pacífica o violenta. Y sólo es posible decir que los invasores introdujeron en la región Hohokam una serie de elementos culturales nuevos, como la construcción de casas multicelulares de adobe o mampostería, la de grandes montículos de tierra, rodeados de gruesas paredes, y con alguna construcción encima; la práctica de la inhumación extensiva; los torteros especializados; la cerámica policroma, etc.

Mas, poco duró tanto esplendor. Hacia el año 1400 termina la actividad constructiva en las cuencas del Salt y del Gila. La región parece haber sido abandonada entonces, sin que sepamos por qué. Hay indicios de que la creciente invasión de indios *Apaches*, grupo atapasco venido del lejano norte [12] que suplantó a otros grupos sedentarios antiguos, haya tenido mucho que ver en el asunto. De todas maneras, caso de que los antiguos habitantes se expatriaran también, no pueden haber ido muy lejos; pues son numerosos los datos que señalan que los *Pimas* y *Pápagos* que todavía pueblan el sur de Arizona y el norte del Estado mexicano de Sonora, son los descendientes más o menos directos de los antiguos *Hohokam* [13].

3. *La Cultura Pueblo*

El primer europeo que pisara la región de los indios *Pueblos* fué el célebre Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que posteriormente fuera Adelantado del Río de la Plata. En su largo viaje a pie que realizara en compañía de otros tres sobrevivientes de la desdichada expedición de Pánfilo Narváez a la Florida, hubo de rozar la parte meridional del área. Había salido de la isla de Galveston, en el Golfo de México, y caminando primero hacia el noroeste, fué a dar en la región de las grandes manadas de bisontes, que llamó "vacas corcovadas", y descendiendo luego hacia el sudoeste pudo llegar a *Culiacán*, en el Golfo de California [14].

Era en 1536 cuando Cabeza de Vaca llevó a la ciudad de México la noticia de su peregrinación y de las cosas que en ella había visto. De todas, la que más llamó la atención fué la de que en una región tan al norte de México existieran indios vestidos, cultivadores de fríjoles y maíz, y que vivían en "casas de asiento" formando poblados. De ahí que no se tardara mucho sin que un fraile andariego y fantaseador, Fray Marcos de Niza, se dirigiera allí llevando como guía a Estebanico el Negro, compañero de aventura de Cabeza de Vaca. Ambos viajeros llegaron hasta la vista del primer pueblo, *Zuñi* o "Cíbola", donde al penetrar el moreno en él para iniciar conversaciones, fué muerto por los indios. En vista de lo cual, Fray Marcos regresó a México.

Con las fantásticas noticias traídas por Fray Marcos, adicionadas al contenido manifiesto de ciertos mitos indígenas [15], y lo que contaran Cabeza de Vaca y sus compañeros, se fué gestando la leyenda de que muy al norte de México existían las opulentas "Siete Ciudades de Cíbola" [16]. Esto trajo como consecuencia que en el año de 1540 se formara en México una expedición militar que se destinó a la conquista del país de ensueño. Las fuerzas iban al mando de Francisco Vázquez de Coronado, quien estableció su primera base en el mismo pueblo de *Zuñi*, desde donde mandó partidas de reconocimiento en todas direcciones.

Por el oeste fué la de Don Antonio de Tovar, que luego de explorar la zona de los *Hopis*, descubrió el Gran Cañón del Colorado. Por el norte, la de Alvarado llegó hasta el pueblo de *Taos*. Por el sur, Mondragón reconoció las riberas del río Grande. Y el mismo Coronado, por el este y nordeste pudo llegar con el grueso de la tropa a una indeterminada *Quivira*, en el actual Estado de Kansas [17]. Desde allí regresó la expedición, sin que los infinitos trabajos pasados llevaran a la ocupación definitiva de la región, lo cual sólo se produjo a fines del mismo siglo. Se logró, en cambio, el primer conocimiento exacto de lo que la quimera representaba.

El conocimiento moderno comienza en la segunda mitad del siglo pasado. Fué primero el descubrimiento de que además de los *Pueblos* históricos con los que diera Vázquez de Coronado, la región había albergado grupos anteriores, de cultura distinta, que fueron llamados *Basket Makers* "cesteros", por la profusión de restos de canastería que se encontraba en sus yacimientos. De acuerdo con el concepto que poco a poco se fué formando, éstos habrían sido un pueblo de dolicoides que hacia el año 700 de nuestra Era fué reemplazado por los *Pueblos* propiamente dichos, los que racial y culturalmente eran distintos de los anteriores. La sistematización de estos puntos de vista quedó consagrada en la Conferencia de Pecos de 1927, en la que se estableció una secuencia cultural de tres fases de *Basket Makers* y cinco de indios *Pueblos* [18]. Mas, como no nos es posible entrar en demasiados detalles, siguiendo el mencionado trabajo de Daifuku nosotros reducimos las tres fases de "Cesteros" a un solo período, el Formativo, y las cinco de *Pueblos* a sólo dos, el Florescente y el de Fusión. De esta manera, la evolución cultural de toda el área queda conceptualmente unificada.

Durante el período Florescente, que es el que dura del 700 al 1300, aproximadamente, el elemento cultural más conspicuo está dado por la aparición y desarrollo de las grandes estructuras domiciliarias comunales. Están construídas en adobes o mampostería, se ubican tanto al aire libre como en grandes grutas, y

nstan de numerosas viviendas particulares yuxtapuestas y su-rpuestas, en filas escalonadas (Lám. LXXIX).

El antiguo tipo de vivienda semi-subterránea, propia de los Cesteros" y que perdurara de manera general en la región Ho-pkam, sólo se conservó aquí aisladamente, y de manera especial n las *kivas*, que son las estructuras ceremoniales de los *Pue-*

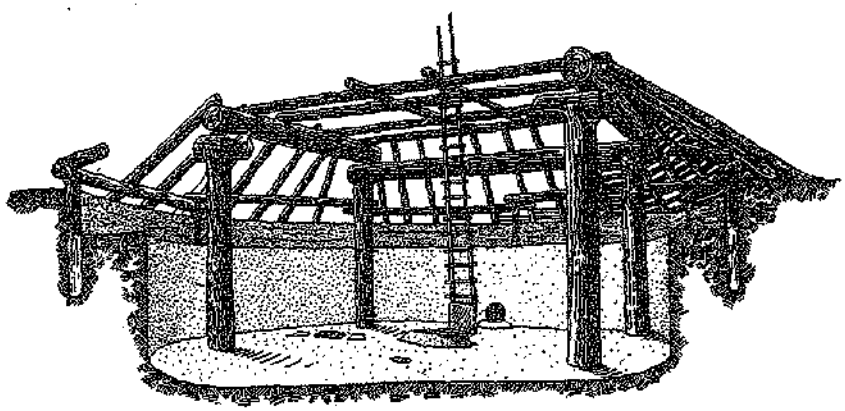


FIG. 144. — Interior de una kiva. Según Roberts.

blos (Fig. 144). Es regla general que la arquitectura religiosa sea en todas partes más conservadora que la profana.

Kiva es voz del idioma Hopi, y los grupos de otro origen tienen términos distintos para la cámara ceremonial. Los antiguos españoles las conocieron como "estufa", y así se la llama en la vieja documentación. Su forma puede ser rectangular, redonda u ostentar una arquitectura más complicada. Se entraba a ellas por una abertura en el techo. Tampoco su interior es igual en todas partes, pues mientras unas tienen poyos y nichos en las paredes, otras carecen de ellos. Más generales son dos excavaciones en el piso. Una, central, para el fuego, y otra, conocida por *sipapu*, representa simbólicamente la abertura por la cual salieron los míticos gemelos que dieron origen a la Humanidad. Con cierta frecuencia se encuentran pinturas murales en las paredes [19].

Los *Pueblos* cultivaban el maíz, los fríjoles, las calabazas y

el algodón. El trabajo agrícola era función masculina, lo mismo que el hilado y el tejido. Regaban sus cultivos mediante el desbordamiento de ríos, arroyos y fuentes. El maíz se molía en metates de forma de batea, con los extremos abiertos, o en simples conanas. Como animales domésticos tenían al perro y al pavo.

Cestería y cerámica eran trabajos de la mujer. La cerámica culinaria más antigua es generalmente de color gris, y suele mostrar en el cuello y a manera de decoración, los rodetes de arcilla con que fueran fabricadas las vasijas, sin alisar. Más tarde aparecieron las imbricaciones, las que pueden recubrir todo el cuerpo de la vasija. Al mismo tiempo surgió la decoración pintada. En esta última categoría, forma y decoración son muy variadas, aunque predominan las formas globulares y los motivos geométricos. Hay un negro sobre blanco que perdura a través de todo el período. Otro tipo muy difundido tiene decoración negra sobre rojo o bayo. Interesantes son unas escudillas cuyo color externo es pardo-rojizo, y por dentro llevan figuras en negro bruñido. Cuando el período está ya muy avanzado, aparece la cerámica polícroma. Ésta suele estar uniformemente cocida en ambiente oxidante, y bien decorada con dibujos en negro, rojo, blanco y anaranjado.

El vestido consistía en un taparrabos para los hombres y una especie de poncho o camisa con o sin mangas. Mientras que las mujeres usaban una suerte de toga de tela azul oscura que dejando un hombro al descubierto se ceñía a la cintura. El peinado de las mujeres hopis es muy característico, con dos grandes moños que caen sobre las sienes. Ambos sexos calzaban sandalias, y en sus adornos gustaban mucho de las turquesas.

Las hachas de piedra y el arco y flecha eran las armas principales. El arco es corto y simple, las puntas de flecha suelen tener forma triangular y muescas laterales cerca de la base. Las hachas son de surco total o incompleto. Una antiquísima arma cual el bumerang, todavía se usa en la caza de conejos (Fig. 145).

Al comenzar el período de Fusión, la antigua tendencia de

las aldeas de fortificarse se torna muy manifiesta. Muchas de ellas se rodean de gruesos muros, en tanto que otras buscan defensas naturales y se construyen en lo alto de reducidas mesas de acceso difícil. En los lugares estratégicos aparecen numerosas torres de observación o defensa. Al mismo tiempo se produce un cambio notable en el área de ocupación de estos indios, la cual queda considerablemente restringida. La cuenca del río San Juan, en el norte, se abandona completamente, al tiempo que ciertos grupos se corren hacia el sur, invadiendo la región Hohokam, o hacia el este, ocupando la comarca del alto río Grande.

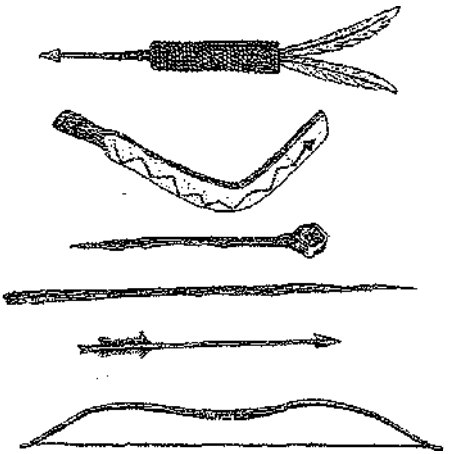


FIG. 145. — Armas de los Acomas. Según Stirling.

Son varias las causas que se han señalado para explicarse estos fenómenos. Pero es indudable que la principal y determinante fué la presencia siempre más numerosa de grupos de indios de cultura inferior. Al llegar los españoles al país, *Apaches* y *Navajos* ya rodeaban el área de ocupación pueblo, no sólo por el norte, sino que también por el este y sur, habiendo quedado reducida a sus actuales dimensiones. Y durante gran parte del período hispánico, los advenedizos siguieron atacando las aldeas pueblos [20].

No habrá pues de extrañar que en este período se produjeran muchos cambios, seguidos de un estancamiento general de la cultura. Con la concentración de refugiados, los pueblos se tornan más grandes y poderosos. El carácter de la cerámica cambia abruptamente. Desaparece el negro-sobre-blanco, y es reemplazado por el negro-sobre-amarillo, los dibujos policromos y las superficies barnizadas.

Como es natural, la parte menos conocida de toda cultura

arqueológica es la social y espiritual. Felizmente todavía subsisten grupos bastante numerosos de indios pueblos que siguen en gran parte viviendo su antiguo estilo de vida. Y a ellos podemos acudir para completar en algo nuestra información que procede casi exclusivamente de la Arqueología. Pues es casi seguro que la mayoría de rasgos que todavía vemos en ellos, deriva de los tiempos antiguos.

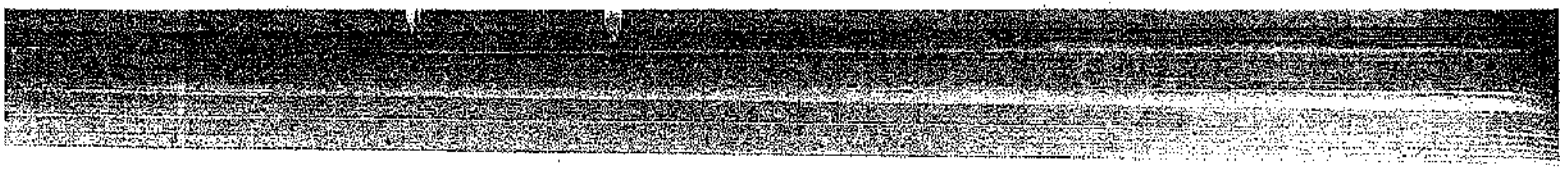
Así como los *Pueblos* carecieron de unidad racial y lingüística, así carecieron también de unidad política. Fuera de la comunidad aldeana, con su cacique al frente, su jefe de guerra y, probablemente, su consejo, no había otra organización política. La familia, monogámica, comparte todavía rasgos de origen patri y matrilineal. Fuera de la comunidad y de la familia, subsisten entre los actuales *Pueblos* cierto tipo de sociedades o fraternidades que han de proceder igualmente de los tiempos antiguos. Por lo general están constituídas por varones, y su función primaria estriba en la celebración periódica de ceremonias rituales. Éstas duran de uno a nueve días, y suelen tener una parte secreta, que se realiza en la *kiva*, y otra pública que se celebra en la plaza. Las celebraciones consisten en danzas, rezos, cantos, etc., en los que es común el uso de máscaras, determinadas pinturas y distintos objetos rituales.

La más célebre danza ceremonial de los *Hopis* es la de las serpientes. En ella, los oficiantes llevan en la boca víboras de cascabel vivas, que luego liberan en el campo, en el supuesto de que servirán de emisarios ante los dioses de la lluvia para que éstos favorezcan con el preciado líquido a la comunidad. Y hasta hace poco era un secreto de cómo en estos actos no se producían accidentes fatales. El misterio se ha revelado recientemente al comprobarse que los indios extirpan con anterioridad a la danza los colmillos y conductos venenosos a los crótalos [21].

Fuera de los dioses de la lluvia, el panteón pueblo reconoce también la existencia de una diosa del maíz, dioses de la caza, etcétera. Los *kachinas* son seres sobrenaturales que se supone fueron creados en la época en que aparecieron los primeros hom-

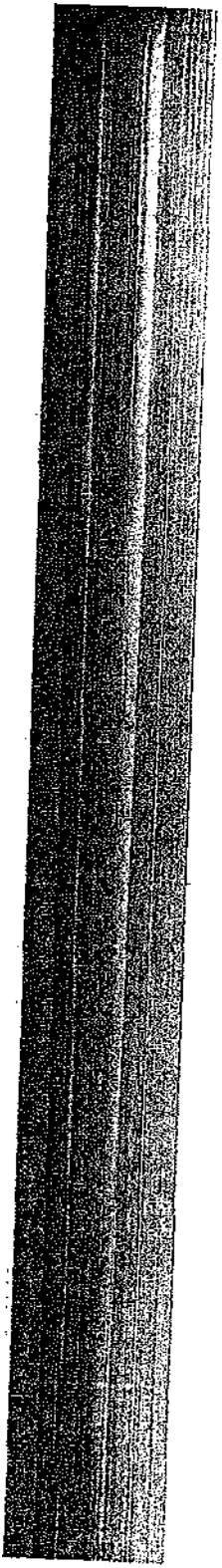
bres. De ellos hay una gran variedad, y cada uno está referido a algún aspecto de la Naturaleza relacionado con la salud y el bienestar del pueblo. En ciertas ceremonias determinados indios personifican a los *kachinas*, y también se hacen imágenes de los mismos. Éstas suelen ser a manera de muñecas de madera que llevan puesta una máscara y están vestidas con telas de vivos colores.

Para el establecimiento de la cronología pueblo ha prestado y sigue prestando un enorme servicio la *dendrocronología*. Es éste un sistema que permite fechar cualquier ruina, siempre y cuando se encuentre en ella algún trozo de viga de la armazón. Fué ideada por A. E. Douglass, astrónomo que investigando el efecto de las manchas solares sobre el clima, descubrió que la cantidad anual de precipitaciones se reflejaba exactamente en el aspecto y tamaño de los anillos de crecimiento de los árboles. Y sobre esta sencilla base se han confeccionado unas tablas, mediante las cuales se puede establecer el año en que fué cortada la madera que se utilizó en la construcción [22]. Desgraciadamente, el sistema no es aplicable a la región Hohokam, por carecer ésta de árboles.



25642

APÉNDICE



NOTAS

PARTE I

CAPÍTULO I

1. Para mayores detalles sobre esencia y contenido de estos tres tipos de cultura, se puede consultar nuestra *Prehistoria de América* (1950).
2. Esto puede verse, por ejemplo, en la reciente traducción francesa que Marc Sauter ha hecho de una obra nuestra. El distinguido colega ha puesto generalmente "civilisation" donde nosotros escribimos "cultura". Ver CANALS FRAU, S., *Préhistoire de l'Amérique*, pág. 48.
3. KROEBER, A. L.-KLUCKHOHN, C., *Culture, a critical review of concepts and definitions* (1952).
4. El eminente prehistoriador V. Gordon Childe ha publicado varios trabajos en los que aplica aquellos conceptos. De uno de ellos, de *What happened in history* (1942) hay traducción española bajo el título de *Qué sucedió en la historia* (1950).
5. SAUER, C. O., *Agricultural origins and dispersals* (1952).
6. Según Rieth, el torno del alfarero aparece en Sumeria en el 4º milenio anterior a Cristo, y en Egipto y Valle del Indo en el 3º. En cuanto a los vehículos rodados, en Sumeria ya se encuentran por los 3500 antes de Cristo (CHILDE, V. G., *Man makes himself*, pág. 124).
7. KIRCHHOFF, P., *Mesoamérica* (1943).
8. CASO, A., *New World culture history: Middle America*, página 226.
9. STEWARD, J. H., *The Circum-Caribbean tribes. An introduction* (1948).
10. KROEBER, A. L., *Anthropology*, pág. 779.
11. Esta afirmación se basa en el hecho de que son ya varios los hallazgos de ruedas de barro cocido, dispuestas en juguetes, que se han encontrado en Mesoamérica. Ver, CASO, A., *¿Conocieron la rueda los indígenas mesoamericanos?* (1946).

CAPÍTULO II

1. BASTIAN, A., *Der Mensch in der Geschichte* (1860).
2. MORGAN, L. H., *La sociedad primitiva* (1935). TYLOR, E. B.,

Antropología (1918). BACHOFEN, J. J., *Das Mutterrecht* (1861). MACLENNAN, J. F., *Studies in Ancient History* (1886).

3. La mencionada obra de Federico Ratzel se publicó en tres tomos en 1885/1888. Hay traducción española en dos volúmenes que llevan el título de *Las razas humanas* (1...).
4. NUMELIN, R., *Les migrations humaines*, pág. 11.
5. La traducción española, que hicimos nosotros mismos, se publicó bajo el título de *Metodología etnológica*, y la Universidad Nacional de La Plata la incluyó en su "Colección Teoría".
6. SCHMIDT, W., *Handbuch der kulturhistorischen Ethnologie* (1937). IMBELLONI, J., *Epítome de culturología* (s. a.).
7. LINTON, R., *Estudio del hombre*, pág. 368. GILLIN, J., *The ways of man*, pág. 555.
8. GILLIN, J., l. c., pág. 556. SCHADEN, E., *Aspectos fundamentais da cultura guarani*, pág. 47.
9. Algunos autores, siguiendo el ejemplo del escritor cubano F. Ortiz, emplean este término como equivalencia de la voz inglesa *acculturation*. Nosotros hemos preferido dar a ambos términos el sentido más generalizado.
10. KROEBER, A. L., *Stimmulus diffusion* (1940).

CAPÍTULO III

1. CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, pág. 129 y sigs.
2. TORQUEMADA, J. DE, *Monarquía indiana*, pág.
3. BRINTON, D. G., *On various supposed relations*, etc., pág. 95.
4. ACOSTA, J. DE, *Historia natural y moral de las Indias*, pág. 111.
5. Sabido es que el reconocimiento de la costa del noroeste americano es obra del siglo XVIII, con los viajes de Bering, Vancouver y otros.
6. Las teorías antropológicas de Ameghino se encuentran principalmente en *Filogenia* (1884), de cuya obra hay varias ediciones.
7. Mangelsdorf es de opinión que también procede del Brasil.
8. MANGELSDORF, P. C.,-REEVES, R. G., *The origin of Indian corn* (1939).
9. BIRKET-SMITH, K., *The origin of maize cultivation* (1943).
10. SAUER, C. O., *Cultivated plants of South and Central America*, pág. 494.
11. SAUER, C. O., l. c., pág. 515.
12. BIRD, J., *Preceramic cultures in Chicama and Virú*, pág. 24.
13. KELLY, I., *The bottle gourd and Old World contacts*, pág. 209.
14. WHITAKER, TH. W., *Lagenaria: a pre-Columbian cultivated plant*, pág. 63.
15. CARTER, G. F., *Plant evidence for early contacts with America* (1950). HUTCHINSON, J. B. Y COLABORADORES, *The evolution of Gossypium* (1947). SAUER, C. O., l. c., pág. 533 y sig.
16. NORDENSKIÖLD, E., *Origin of the Indian civilizations* (1933).
17. La técnica comúnmente conocida como "á la cire perdue", es la que consiste en figurar en cera el objeto que se quiere fabricar, recubrir luego la figura

con barro, cocer éste, durante cuyo proceso se derrite la cera, y en el molde así obtenido verter luego el metal fundido.

18. MONTANDON, G., *Traité d'ethlogie culturelle*, pág. 68. Ver también la carte 28.
19. NORDENSKIÖLD, E., l. c., página 278.
20. Las excepciones son, según Nordenskiöld, la *Lagenaria vulgaris* y *Cocos nucifera*. Ambas habrían venido de Oceanía.

CAPÍTULO IV

1. HORN, G., *De originibus americanis* (1652).
2. LAET, J. DE, *Responsio ad dissertationen secundam Hugonis Grotii* (1644).
3. GAFFAREL, P., *Les Phéniciens en Amerique* (1875).
4. GARCÍA, G., *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, pág. 84.
5. ROCHA, D. A., *Origen de los indios del Perú* (1681).
6. CLARK, H., *Les origines des langues, de la mythologie et de la civilisation de l'Amérique* (1877).
7. GLADWIN, H., *Men out of Asia* (1947).
8. ALLEN, F. A., *La tres ancienne Amérique ou origine de la civilisation primitive du Nouveau Monde* (1878).
9. HEINE-GELDERN, R.-EKHOLM, G. F., *Significant paralels in the symbolic arts of Southern Asia and Middle America* (1951).
10. PISSURLANCAR, P. S. S., *Recherches sur la découverte de l'Amérique par les anciens hommes de l'Inde* (1920).
11. CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, pág. 147 y sig.
12. ANDERSON, E., *A variety of maize from the Rio Loa* (1943).
13. LAUFER, B., *The introduction of maize into Eastern Asia* (1907).
14. Como dato de referencia cabe consignar que en la actual Yugoeslavia, el maíz comenzó a cultivarse en 1611. MAYER, M., *Die Landwirschaft der Königreiche Croatien und Slavonien*, citado por Gudmund Hatt en el trabajo que se menciona en la nota siguiente.
15. HATT, G., *The Corn Mother in America and Indonesia* (1951).
16. La obra de Fr. G. García intitulada *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, fué publicada en 1607, y en segunda edición ampliada por anónimo autor en 1729.
17. GROOT, H. DE, *Disertatio de origine gentium Americanorum*. Amsterdam y París, 1643.
18. GUIGNES, J. DE, *Recherches sur la navigation des chinois du coté de l'Amérique* (1761).
19. PARAVEY, H. DE, *L'Amérique sous le nom de Fou-sang a-t-elle eté connue en Asie des le cinquieme siecle de notre ere?* (1844).
20. QUATREFAGES, A. DE, *Introduction a l'étude des races humaines*, pág. 150.
21. AMEGHINO, F., *La antigüedad del hombre en el Plata*, pág. 41.
22. QUATREFAGES, A. DE, l. c., pág.
23. BANCROFT, H. H., *The native races of the Pacific states*, tomo V, pág. 52.
24. TSI YUAN PEI, *Analogie entre l'écriture des nombres chez les*

anciens américains et les anciens chinois (1924).

25. HORNBOSTEL, E. M. VON, *Chinesische Ideogramme in Amerika* (1930).
26. ERKES, E., *Chinesisch-amerikanische Mythenparallelen* (1926).
27. HENTZE, K., *Objects rituels, croyances et dieux de la Chine antique et de l'Amérique* (1936).
28. COVARRUBIAS, M., *El arte "olmeca" o de La Venta*, pág. 174.
29. ADAM, L., *Das Problem der asiatisch - altamerikanischen Kulturbeziehungen* (1931).
30. UHLE, M., *La marcha de las civilizaciones*, pág. 369.
31. UHLE, M., l. c., pág. 370.

CAPÍTULO V

1. HEINE-GELDERN, R.-EKHOLM, G. F., l. c., pág. 306.
2. CANALS FRAU, S., *El Antiguo Oriente y el nacimiento de las civilizaciones americanas* (1954).
3. CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, pág. 419 y sig.
4. CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, pág. 480 y sig.
5. IMBELLONI, J., *El toki mágico* (1930).
6. ROUGET, G., *La conque comme signe des migrations océanniennes en Amérique* (1947).
7. MOEDANO KOER, H., *Jaina: un cementerio maya*, pág. 225.
8. CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, pág. 423.
9. Uhle los encontró en *Arica*, Bird en *Punta Pichalo*, Tello en *Paracas*, etc.
10. Por ejemplo, en *Huaca Prieta* y *Huaca Negra*.
11. SAUER, C. O., *Cultivated plants of South and Central America*, pág. 506.
12. CARTER, G. F., *Plant evidence for early contacts*, pág. 165.
13. PALAVECINO, E., *Elementos oceánicos en el quechua* (1926).
14. CHRISTIAN, F. W., *Polynesian and Oceanic elements in the Chimu and Inca languages*
15. HANDY, E. S. C., *Probable sources of Polynesian culture*, página 2470. CARRION CACHOT, R., *La luna y su personificación en el arte chimú*, pág. 587.
16. Fuera de la posibilidad de que la batata haya sido difundida por Oceanía desde América, está también el hecho de que algunos elementos culturales americanos se encontraban en Polinesia con anterioridad al Descubrimiento. Las balsas de las islas Mangareva, por ejemplo, parecen ser uno de estos. Otro podrían ser los anzuelos compuestos, que aunque anteriores a la Civilización, son idénticos en una y otra parte. A lo que se agrega la existencia en Mangareva de una tradición según la cual un jefe habría llegado allí desde el este en tiempos muy antiguos. Véase el mencionado trabajo de F. W. Christian y también: HORNELL, J., *Was there precolumbian contact between the peoples of Oceania and South America?* (1945).
17. Para ver cuán poco merecían el nombre de botes o canoas las embarcaciones polinesias, bastará con recordar que las llamadas *pahi* en Tahití tenían hasta 35 metros de eslora, según pudo medir Cook.

18. DIXON, R. B., *Contacts across Southern Pacific*, pág. 353.
19. CANALS FRAU, S., l. c., pág. 486 y siguientes.
20. En el archipiélago de las Marquesas, este elemento era conocido con el nombre de *makauiana*. La denominación pasó en tiempos ya históricos a las Hawaii. A partir de entonces, en el último archipiélago el nombre de *Menehune* se tornó legendario. Ver, LUOMALA, M., *The menehune of Polynesia* (1951).
21. PIGGOTT, ST., *Prehistoric India*, pág. 238. FÜHRER-HAIMENDORF, CH. VON, *Altindien*, pág. 488.
22. BEST, E., *The origin of the Maori* (1923). SMITH, S. P., *Hawaiiki, the original home of the Maori* (1904).
23. DAMM, H., *Methoden der Feldbewässerung in Ozeanien* (1951).
24. HEINE-GELDERN, R., *Die Osterinselschrift*, pág. 817.
25. Ver, por ejemplo, HANDY, E. S. C., *Two unique petroglyphs in the Marquesas which point to Eeaster Island* (1943).
26. HANDY, E. S. C., *The problem of Polynesian origins* (1930). Id., *Polynesian religion* (1927). CANALS FRAU, S., *El Antiguo Oriente y el nacimiento de las civilizaciones americanas* (1954).

PARTE II

CAPÍTULO I

1. Coincidente con este punto de vista, Julián H. Steward ha llamado la atención sobre la imposibilidad de que los patrones socio-políticos esenciales y las elaboraciones estéticas de las técnicas básicas de la Civilización, hayan surgido en regiones de selva tropical. Véase, STEWARD, J. T., *The circum-caribbean tribes*, pág. 13.
2. BENNETT, W. C.-BIRD, J., *Andean culture history*, pág. 123 y siguientes.
3. LARCO HOYLE, R., *Cronología arqueológica del norte del Perú* (1948).
4. Una forma muy primitiva de maíz se cultivaba antiguamente en Sudamérica. La conocemos por antiquísimas reproducciones en barro (ver fig. 18) de la Sierra peruana y por hallazgo en antiguos yacimientos. Dobrighoffer le da el nombre guaraní de "abatyguaycurú". En el Río de la Plata se conoce por *pisingallo*.
5. EMORY, K. P., *Polynesian stone remains*, pág. 10.

CAPÍTULO II

1. CANALS FRAU, S., *Exploraciones arqueológicas en el antiguo Valle de Uco* (1950).
2. DEBENEDETTI, S., *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan*, pág.
3. CANALS FRAU, S., *Las ruinas de Malargüé, en la provincia de Mendoza* (1948).
4. DEBENEDETTI, S., *L'ancienne civilisation des Barreales* (1931).
5. BENNETT, W. C. y colab., *Northwest Argentine archeology*, página 101.

6. BENNETT, W. C. y colab., l. c., pág. 102.
7. BRUCH, C., *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*, pág. 1 y sig.
8. CORNELY, F. L., *Nuevos descubrimientos arqueológicos en la provincia de Coquimbo* (1940). Id., *Cultura de El Molle* (1953).
9. LATCHAM, R. E., *La edad de piedra en Taltal* (1939).
10. BIRD, J., *Excavations in Northern Chile*, pág. 301 y sigs. MOSTNY, G., *Excavaciones en la costa chilena*, pág. 101.
11. CORNELY, F. L., *Apuntes arqueológicos de Guanaqueros* (1947).
12. Recientemente, y en el trabajo titulado *Nuevos hallazgos arqueológicos* (1953), el señor Jorge Iribarren Charlin ha agregado algunos nuevos yacimientos a los que ya se conocían de esta cultura.
13. BIRD, J., *Excavations in Northern Chile*, pág. 253 y sigs. DEL MISMO, *The cultural sequence of the North Chilean Coast* (1946).
14. SCHREITER, R., *Nota preliminar sobre una exploración arqueológica en la loma La Florida* (1936). PAULOTTI, O. y colab., *Contribución a la craneología de Catamarca* (1949).

CAPÍTULO III

1. UHLE, M., *Die Müschelhügel von Ancon* (1912).
2. UHLE, M., *Ueber die Frühkulturen in der Umgebung von Lima* (1908). Id., *Report on explorations at Supe* (1925).
3. STRONG, W. D.-WILLEY, G. R., *Archeological notes on the Central Coast* (1943).
4. GÁLVEZ, L. F., *Las grandes necrópolis de Ancón* (1952).
5. CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, pág. 375 y siguientes.
6. Esto es lo que surge del estudio de los restos antropológicos traídos por Uhle. Ver, NEWMAN, M. T., *Indian skeletal material from the Central Coast of Perú* (1947).
7. RAIMONDI, A., *El departamento de Ancachs y sus riquezas minerales* (1873).
8. WIENER, CH., *Pérou et Bolivie* (1880).
9. MIDDENDORF, E. W., *Das Hochland von Peru* (1895).
10. TELLO, J. C., *Antiguo Perú* (1929). Id., *Andean civilization* (1930).
11. ROOSEVELT, C., *Ancient civilizations of the Santa Valley and Chavín* (1935).
12. BENNETT, W. C., *The North highlands of Peru* (1944).
13. WILLEY, G. R., *The Chavín problem. A review and critique* (1951).
14. LARCO HOYLE, R., *Los Cupisniques* (1941).
15. LARCO HOYLE, R., *Los Cupisniques*, págs. 7 a 11. Id., *A culture sequence for the North Coast of Peru*, pág. 149.
16. LOTHROP, S. K., *Gold ornaments von Chavin style from Chongoyape, Peru* (1941).
17. Según Larco Hoyle, que fuera también quien la diera a conocer, la estructura de *Queneto* sería anterior a la clásica civilización Mochica, y representaría "el

primer santuario con que una raza inicia su ascensión a planos superiores" (*Los Mochicas*, tomo I, pág. 18).

Para Wendell C. Bennett se trataría de un templo cuya identificación y posición cronológica, son difíciles de determinar (*Archaeology of the North Coast of Peru*, pág. 27).

Por su parte, Imbelloni cree que el doble rectángulo pertenece a dos épocas distintas, una pre-Mochica (vale decir, cupisnique), y Mochica la otra (*Visita a algunos "Kalasaya" de la costa peruana*, pág. 19).

También para Willey el "templo" de *Queneto* es pre-Mochica (*Prehistorie settlement patterns*, pág. 425.)

18. Rowe, J. H., *An introduction to the archaeology of Cuzco* (1944).
19. Willey, G. R., *The Chavin problem. A review and critique* (1951).

CAPÍTULO IV

1. Saville, M. H., *The antiquities of Manabi* (1907-1910). Id., *Archaeological researches on the coast of Esmeraldas* (1910).
2. Uhle, M., *Estudios esmeraldeños* (1927). Id., *Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas* (1927).
3. Jijón y Caamaño, J., *Una gran marea cultural* (1930).
4. Bushnell, G. H. S., *The archaelogy of the Santa Elena Peninsula* (1951).
5. Ferdon, E. N., *The archaeological survey of Ecuador* (1940). Id., *The excavations at La Libertad* (1941). Id., *Preliminary notes on the artifacts from La Libertad* (1941).
6. Tello, J. C., *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*, pág. 680. Id., *Discovery of the Chavin culture*, pág. 159.
7. Collier, D., *Peruvian stylistic influences in Ecuador*, pág. 83. Willey, G. R., *The Chavin problem. A review and critique*, pág. 133.
8. Véase, por ejemplo, lo que al respecto dicen Bennett, W. C.-Bird, J., *Andean culture history*, pág. 86.
9. Jijón y Caamaño, J., *Las civilizaciones del sur de Centro América*, pág. 169.
10. Jijón y Caamaño, J., l. c., página 169.
11. Jijón y Caamaño, J., *Puruhá*, tomo I, pág. 9-19.
12. Caldas, F. J., *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, tomo IV, pág. 42.
13. Preuss, K. Th., *Monumentale vorgeschichtliche Kunst* (1929). Hay traducción española, publicada en Bogotá en 1931.
14. Pérez de Barradas, J., *Arqueología agustiniana* (1943). Duque Gómez, L., *Los últimos hallazgos arqueológicos de San Agustín* (1946).
15. Hernández de Alba, G., *The archaeology of San Agustín and Tierradentro*, pág. 852.
16. Cieza de León, P., *Primera parte de la crónica del Perú*, capítulo LII.

CAPÍTULO V

1. Ver nuestra *Prehistoria de América*, pág. 415 y siguientes.
2. Indicios de este origen pueden verse tanto en los numerosos paralelismos y en la afinidad general existente entre las culturas de Chavín, San Agustín y Chibcha en general, como en la procedencia meridional de las lenguas chibchas. Esta procedencia surge, a su vez, de las relaciones que ostentan las lenguas ecuatorianas con las del norte del Perú, por una parte, y las de las chibchas con las ecuatorianas, por otra.
3. MASON, J. A., *The languages of South American Indians*, página 174 y siguientes. JOHNSON, F., *The linguistic map of Mexico and Central America* (1940).
4. STEWARD, J. H., *The circum-caribbean tribes*, pág. 13.
5. RIVET, P., *La influencia Karib en Colombia* (1943). REICHEL-DOLMATOFF, G., *Las zonas culturales de Colombia*, pág. 14.
6. Por corresponder a la región de que tratamos podemos mencionar el importante trabajo de REICHEL-DOLMATOFF, G., *Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena* (1951).
7. Constituyen buenos resúmenes de estas culturas: HERNÁNDEZ DE ALBA, G., *Sub-Andean tribes of the Cauca Valley* (1948). Id., *Tribes of the North Colombia Lowlands* (1948). MÉTRAUX, A.-KIRCHHOFF, P., *The northeastern extension of Andean culture* (1948).
8. STONE, D., *The basic cultures of Central America* (1948).
9. Stone incluye también los entierros en urnas y en mounds, que son elementos propios de las culturas medias.
10. CASTILLERO, E. J., *Descubrimientos arqueológicos en Panamá* (1951).
11. STIRLING, M. W., *Exploring ancient Panama by helicopter* (1950).
12. GORDON, G. B., *Researches in the Uloa Valley, Honduras* (1898).
13. POPENOE, D. H., *Some excavations at Playa de los Muertos, Ulua River, Honduras* (1934).
14. STRONG, W. D. y colab., *Preliminary report on the Smithsonian Institution-Harvard University archaeological expedition* (1938).
15. STRONG, W. D., *The archaelogy of Honduras*, pág. 119.
16. STONE, D., *The basic cultures of America*, pág. 178.
17. STEWARD, J. H., *The circum-caribbean tribes*, pág. 10. Id., *South American cultures*, página 769. STIRLING, M. W., *Hunting prehistory in Panama jungles*, pág. 290. RICHARDSON, F. B., *Non-Maya monumental sculptures*, pág. 416. WILLEY, G. R., *Ceramics*, pág. 192. KIDDER, A. V., *South American penetrations in Middle America*, pág. 452.
18. COMAS, J., *La antropología física en México y Centro América*, pág. 71 y siguientes. Sobre los *Miskitos* puede consultarse: CONZEMIUS, E., *Ethnographical survey of the Mishito and Sumu*

Indians of Honduras and Nicaragua, especialmente pág. 12.

CAPÍTULO VI

1. GAMIO, M., *Cultural evolution in Guatemala* (1926-1927).
2. KIDDER, A. V. y colab., *Excavations at Kaminaljuyú* (1946).
3. SHOOK, E. M., *The present status of research on the Pre-Classic horizons*, pág. 97.
4. Véase el capítulo segundo de la tercera parte.
5. RICKETSON, O. G. - RICKETSON, E. B., *Uaxactun, Guademala, Group E, 1926-1931* (1937).
   SMITH, A. L., *Uaxactun, Guatemala; excavations of 1931-1937* (1950).
6. SMITH, R. E., *Ceramics of Uaxactun* (1936).
   SMITH, R. E., *Ceramics of the Peten*, pág. 243.
7. Estos últimos tipos son mencionados por Wauchope en *A tentative sequence of pre-classic ceramics*, pág. 217.
8. BRAINERD, G. W., *Early ceramic horizons in Yucatan* (1951).
9. MELGAR, J. M., *Antigüedades mexicanas* (1869).
10. SELER-SACHS, C., *Altertümer des Kanton Tuxtla* (1922).
11. WEYERSTALL, A., *Some observations on Indian mounds, idols, and pottery* (1932).
12. STIRLING, M. W., *Discovering the New World oldest work of man* (1939). Id., *Great stone faces in the Mexican jungle* (1943). WEIANT, C. W., *An introduction to the ceramics of Tres Zapotes* (1943). DRUCKER, PH., *Ceramic sequences at Tres Zapotes* (1943).
13. WEIANT, C. W., l. c., pág. XL.
14. DRUCKER, PH., l. c., pág. 78, nota.
15. STIRLING, M. W., *Stone monuments of Southern Mexico*, páginas 30-31.
16. STIRLING, M. W., *An Initial Series from Tres Zapotes, Vera Cruz* (1940). DRUCKER, PH., l. c., pág. 118.
17. EKHOLM, G. F., *Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca* (1942).
18. EKHOLM, G. F., l. c., pág. 505.

CAPÍTULO VII

1. GAMIO, M., *Arqueología de Azcapotzalco* (1912).
2. GAMIO, M., *Las excavaciones del Pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del Valle de México* (1920).
3. SPINDEN, H., *Ancient civilizations of Mexico and Central America*, pág. 45 y siguientes.
4. VAILLANT, G. C., *Excavations at Zacatenco* (1930).
5. VAILLANT, G. C., *Excavations at Ticomán* (1931).
6. VAILLANT, G. C., *Excavations at El Arbolillo* (1935).
7. VAILLANT, G. C., *Early cultures of the Valley of Mexico*, página 296.
8. COVARRUBIAS, M., *Tlatilco: El arte y la cultura preclásica del Valle de México* (1950).
9. PORTER, M. N., *Tlatilco and the pre-classic cultures*, pág. 29.
10. COVARRUBIAS, M., l. c., pág. 157.
11. VAILLANT, S. B. AND G. C., *Excavations at Gualupita* (1934).
12. NOGUERA, E., *Exploraciones en "El Opeño", Michoacán* (1942). Id., *Cultura de "El Opeño"* (1946).

13. NOGUERA, E., *La cultura de El Opeño*, pág. 153.
14. DÁVALOS HURTADO, E., *Una interpretación de los Danzantes de Monte Albán* (1951).
15. ROMERO, J., *Monte Negro, centro de interés antropológico* (1951).
16. CASO, A., *Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán* (1947).

PARTE III

CAPÍTULO I

1. ARMILLAS, P., *Tecnología, formaciones socio-económicas y religión*, pág. 24.
2. CASO, A., *New World culture history*, pág. 235.
3. ARMILLAS, P., *El problema de la cerámica anaranjada delgada* (1944). LINNÉ, S., *The thin orange pottery of Mexico and Guatemala* (1947).

CAPÍTULO II

1. STIRLING, M. W., *Discovering the New World's oldest work of man* (1939). Id., *Great stone faces of the Mexican jungle* (1940). Id., *Finding jewels of jade in a Mexican swamp* (1942). Id., *La Venta's green stone tigers* (1943). Id., *On the trail of La Venta man* (1947). DRUCKER, PH., *La Venta, Tabasco* (1952).
2. *Mayas y Olmecas*, pág. 75.
3. COMAS, J., *Osteometría olmeca* (1945).
4. KRICKEBERG, W., *Olmeken und Tolteken*, pág. 23.
5. FOSTER, G. M., *The geographical and cultural position of the Popoluca* (1945).
6. *Mayas y Olmecas*, pág. 80. Melgarejo Vivanco, en su *Historia de Veracruz*, también identifica a los actuales *Popolocas de Veracruz* como a los descendientes de los antiguos *Olmecas*.
7. COVARRUBIAS, M., *El arte olmeca o de La Venta* (1946).
8. STIRLING, M. W., *Stone monuments of Southern Mexico* (1943). WEIANT, C. W., *An introduction to the ceramics sequences of Tres Zapotes* (1943). DRUCKER, PH., *Ceramic sequences at Tres Zapotes* (1943).
9. Ver, por ejemplo, el interesante trabajo de FOSTER, G. M., *Sierra Popoluca folklore and beliefs* (1945).

CAPÍTULO III

1. En la cronología seguimos la correlación más generalmente aceptada, que es la de Goodman-Thompson-Martínez Hernández, no obstante reconocer que esta correlación no puede ser definitiva.
2. Se trata de la estela C de *Tres Zapotes* (fig. 39), y de la famosa estatuita de *Tuxtla* (fig. 46). Las correspondientes fechas son 31 antes de Cristo y 162 después de Cristo, respectivamente. Ver, STIRLING, M. W., *An initial series from Tres Zapotes* (1940).
3. Nos referimos a la estela I de *El Baúl*, en el Departamento de Escuintla.
4. Dan cuenta detallada de esta expedición el mismo Cortés en la Carta Quinta de sus *Cartas*

de Relación de la conquista de México, y su compañero Bernal Díaz del Castillo en los capítulos CLXXIV y siguientes de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

Si se recuerda la visita que hizo Cortés a *Tayasal*, sobre el lago Peten Itzá, se podría creer que el conquistador vió al menos una de las antiguas ciudades del Viejo Imperio, y así también lo expresa Morley en *La civilización maya*, pág. 141. Mas débese tener en cuenta que el *Tayasal* de 1524 era una ciudad nueva que los *Itzaes*, venidos de Yucatán, habían establecido en la isla en que actualmente se encuentra el moderno pueblo de *Flores*. Mientras que las ruinas de la antigua ciudad se hallaban en una península de la ribera sur del lago. Ver, THOMPSON, J. E. S., *The Itza of Tayasal*, pág. 390. Por otra parte, el mismo Morley ya había expresado antes, en la pág. 83 de la obra citada, que cuando la expedición de Cortés, "todas las ciudades del Viejo Imperio estaban completamente abandonadas".

5. GARCÍA DE PALACIO, D., *Relación hecha por el Licenciado ...* al *Rey Felipe II* (1866).
6. Las de *Tikal* y *Yaxchilán*, vistas en 1696 en ocasión de las expediciones que llevaron a la conquista de los *Itzáes*. Ver, MORLEY, G., l. c., pág. 148.
7. La relación de Antonio del Río fué primeramente dada a conocer en traducción inglesa: *Description of the ruins of an ancient city discovered near Palenque* (1822). El texto español se encuentra en CASTAÑEDA PAGANINI, R., *Las ruinas de Palenque* (1946).
8. La conocida obra *Antiquities of Mexico*, editada por Lord Kingsborough, trae una traducción inglesa. El texto español se encuentra en el ya citado libro de Ricardo Castañeda Paganini.
9. BRASSEUR DE BOURBOURG, CH. E., *Monuments ancients du Mexique* (1866). WALDECK, J. F. M., *Sur l'archéologic americaine* (1875). Respecto de la duda sobre *Copan*, ver CLINE, H. F., *The apocryphal early career of J. F. Waldeck*, pág. 296.
10. GALINDO, J., *Informe de la comisión científica* (1834).
11. STEPHENS, J. LL., *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán* (1841), e *Incidents of travel in Yucatán* (1834). Hay traducción española de ambas obras.
12. BLOM, F., *Coronel Modesto Méndez* (1940).
13. GANN, TH.-GANN, M., *Archeological investigations in the Corozal district* (1939).
14. SMITH, A. L., *Uaxactun, Guatemala: Excavations of 1931-1937*, pág. 89.
15. HOOTON, E. A., *Skeletons from the Cenote of Sacrifice* (1940).
16. STARR, F., *The physical characters of the Indians of Southern Mexico* (1902).
17. STEGGERDA, M., *Anthropometry of adult Maya Indians* (1932). Id., *Maya Indians of Yucatan* (1941).
18. Por ejemplo, en la reiteradamen-

te citada obra de Morley, *La civilización maya* (1947).

19. Gould, H. H., *Anthropometry of the Chol Indians*, pág. 94.
20. Moedano Koer, H., *Jaina: Un cementerio maya*, pág. 231.
21. Smith, A. L., l. c., pág. 89.
22. Ricketson, O. G.-Ricketson, E. B., *Uaxactun, Guatemala: Group E, 1926-31* (1937). Smith, A. L., *Uaxactun, Guatemala: Excavations of 1931-1937* (1950).
23. Cerezo Dardón, H., *Breve historia de Tikal* (1951). Shook, E. M., *Investigaciones arqueológicas en las ruinas de Tikal* (1951).
24. Armillas, P., *Visita a Copán* (1950). Gordon, G. B., *Prehistoric ruins of Copan, Honduras* (1896). Longyear, J. M., *A historical interpretation of Copan archeology* (1951).
25. Shook, E. M., *Exploration in the ruins of Oxkintok* (1940).
26. Lothrop, S. K., *Tulum* (1924).
27. Thompson, E. R. S. y col., *Preliminary study of the ruins of Coba* (1932). Thompson, E. R. S., *The causeways of the Coba District* (1928).
28. Ruz Lluiller, A., *Chichen-Itza y Palenque, ciudades fortificadas* (1951).
29. Ruz Lluiller, A., *Investigaciones arqueológicas en Palenque* (1952). Séjourné, L., *Palenque, una ciudad maya* (1952).
30. L. Satterthwaite ha dado a conocer los resultados de esas excavaciones en una serie de informes publicados en varias revistas, pero especialmente en *Piedras Negras Preliminary Papers*, Nos. 1 a 5 (1933-1936).

CAPÍTULO IV

1. Lord Kingsborough, *Antiquies of Mexico*, vol. V (1832). Holmes, W. H., *Archeological studies among the ancient cities of Mexico*, pág. 211 y siguientes
2. Batres, L., *Exploration of Mount Alban* (1902).
3. Seler, E., *Die Wandmalereien von Mitla* (1895).
4. Noguera, E., *Excavations at Tehuacan* (1940).
5. Starr, F., *The physical characters of the Indians of Southern Mexico* (1902).
6. Leche, S. M., *Anthropometry of Zapotecas and Mixtecas* (1936).
7. Johnson, F., *The linguistic map*, pág. 103.
8. Caso, A., *Las tumbas de Monte Albán* (1933).
9. Caso, A.-Bernal, I., *Urnas de Oaxaca* (1952).
10. Caso, A., *Culturas mixteca y zapoteca* (1936).
11. Bernal, I., *La cerámica grabada de Monte Albán* (1949).
12. Buen ejemplo del arte lapidario de los *Zapotecas* es el célebre pectoral hallado en *Monte Albán* en 1946, que en realidad es una máscara del Dios Murciélago, compuesta por 34 piezas distintas que posiblemente estaban montadas sobre madera (fig. 50). Ver, Acosta, J. R., *El pectoral de jade de Monte Albán* (1949).
13. Caso, A., *Las estelas zapotecas* (1928).
14. Caso, A., *Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán* (1947).

CAPITULO V

1. Reyes, Fray A. de los, *Arte de la lengua Mixteca* (1890).
2. Herrera, A. de, *Historia general de los hechos de los castellanos*, déc. III, lib. III, caps. 11 y 12.
3. Las referencias a los trabajos en ese lugar se hallan dispersas en varios informes. Actualmente se está preparando el informe definitivo.
4. Caso, A., *Explicación del reverso del Códice Vindobonensis* (1951).
5. Bernal, I., *Exploraciones en Coixtlahuaca*, pág. 74.
6. Caso, A., *El mapa de Teozacoalco* (1949).
7. Starr, F., *The physical characters of the Indians of Southern Mexico* (1902).
8. Leche, S. M., *The anthropometry of Zapotecas and Mixtecas* (1936).
9. El trabajo de Romero está todavía inédito. Comas, que parece haber tenido acceso a los originales, habla de mediciones correspondientes a 45 hombres. Ver, Comas, J., *La antropología física en México*, pág. 39.
10. Según cálculos nuestros. Notamos que respecto de la población de *Tilantongo* hay una pequeña discrepancia. Comas, l. c., le atribuye una estatura de 1.567 milímetros, mientras que el mismo Romero, en *Monte Negro, centro de interés antropológico*, pág. 326, le otorga sólo 1.557.
11. También aquí hay discrepancia entre Comas y Romero. Pues, mientras el primero pone un índice de 81,35 para la población de *Tilantongo*, Romero habla de 81,91. Claro que la diferencia es mínima y no altera el resultado.
12. Hay cierta inseguridad en eso. Nosotros aceptamos la recomendación de la Segunda Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. Ver, *Mayas y Olmecas*, pág. 79.
13. Caso, A., *Culturas mixteca y zapoteca* (1939).
14. Se trata del *Vindobonensis*, que se encuentra en una Biblioteca de *Viena*; el Museum für Völkerkunde de la misma ciudad, publicó en 1928 una hermosa reproducción facsimilar. El *Zouche-Nuttal*, que se encuentra en *Parham* (Inglaterra), fué publicado por el Peabody Museum de la Universidad Harvard, de *Cambridge*, Mass. El *Colombino* se publicó en *México* en 1892, en *Antigüedades Mexicanas*, de la Junta Colombina. El *Becker I* se encuentra igualmente en Viena; originariamente fué adquirido de un cacique mixteca, razón por la cual Henri de Saussure lo publicó bajo el nombre de *Manuscrit du Cacique*, en *Ginebra* y 1892. El *Becker II*, también en *Viena*, es todavía inédito. El *Bodley* y los *Selden I* y *Selden II* están en la Biblioteca Bodleyana, de *Oxford*, y fueron publicados por Lord Kingsborough en *Mexican Antiquies*, vol. I.

    C. A. Burland considera también mixteca al *Códice Waeker-Götter* (Egerton 2895). Ver su trabajo *The tree of the Mixteca*, pág. 69.

15. JIMÉNEZ MORENO, W., *Códice de Yanhuitlan*, pág. 70.
16. CORTÉS, H., *Cartas de relación*, pág. 76.
17. BERNAL, I., *Exploraciones en Coixtlahuaca*, pág. 7.
18. CASO, A., *La tumba de Monte Albán es mixteca* (1932).
19. CASO, A., *El mapa de Teozacoalco*, pág. 179.

CAPÍTULO VI

1. STREBEL, H., *Alt Mexiko* (1885-89). Recientemente se ha dicho que el doctor Strebel no había estado nunca en México, y que el relato de sus exploraciones se debían en realidad a otra persona.
2. Los informes de Francisco del Paso y Troncoso sobre sus exploraciones en *Cempoala* se publicaron en el *Diario Oficial* de México del 18 de abril de 1891.
3. FEWKES, J. W., *Certain antiquities of Eastern Mexico* (1907). SELER, E., *Die Alterthümer vom Castillo de Teayo* (1904).
4. SPINDEN, E. S., *The place of Tajin in Totonac archaelogy* (1933).
5. DU SOLIER, W., *A reconnaissance on Isla de Sacrificios* (1943).
6. GARCÍA PAYÓN, J., *Sinopsis de algunos problemas arqueológicos* (1947). *Exploraciones arqueológicas en el Totonacapan* (1947). Id., *Zempoala. Compendio de su estudio arqueológico* (1949). Id., *La pirámide de El Tajin* (1951).
7. KRICKEBERG, W., *Los Totonaca* (1945).
8. GARCÍA PAYÓN, J., *Sinopsis de algunos problemas arqueológicos*, pág. 305.
9. STARR, F., *The physical characters of the Indians of Southern Mexico* (1902).
10. GÉNIN, A., *Note sur les objets nommés indument Yugos* (1928).
11. EKHOLM, G. F., *The probable use of Mexican stone yokes* (1946).
12. SAHAGÚN, FR. B. DE, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, vol. III, pág. 129.
13. LARSEN, H., *The Mexican Indian flying pole dance* (1937). HELFRITZ, H., *El Juego de los Voladores* (1944). STRESSER PÉAN, G., *Les origines du volador* (1949).
14. TORQUEMADA, FR. J. DE, *Monarquia indiana*.

CAPÍTULO VII

1. SELER, E., *Die Teotihuacán-Kultur des Hochlands von Mexico* (1915).
2. GAMIO, M., *La población del Valle de Teotihuacán* (1922).
3. El informe está todavía inédito. Ver, ARMILLAS, P., *Teotihuacán, Tula y los Toltecas*, pág. 43 y siguientes.
4. Vaillant no llegó a publicar el informe detallado de sus excavaciones en *Teotihuacán*. Pero Armillas pudo ver los correspondientes manuscritos. Véase el trabajo del arqueólogo mexicano mencionado en la nota anterior.
5. LINNÉ, S., *Archaeological researches at Teotihuacan* (1934). Id., *The expedition to Mexico sent out in 1934-35* (1936). Id.,

Mexican highland cultures (1942).

6. ARMILLAS, P., *Exploraciones recientes en Teotihuacán* (1944).
7. TORQUEMADA, J. DE, *Monarquía indiana*, libro III, cap. 18.
8. JIMÉNEZ MORENO, W., El enigma *de los olmecas*, pág. 141.
9. JIMÉNEZ MORENO, W., l. c., página 139.
10. LINNÉ, S., *Mexican highland cultures*.
11. KIRCHHOFF, P., *Los pueblos de la Historia Tolteca-Chichimeca* (1940).
12. STARR, F., *The physical characters of the Indians of Southern Mexico* (1902).
13. Actualmente se ven cinco cuerpos. Mas, Rémy ha demostrado que el quinto tiene carácter reciente. Surgió por división del cuarto en el intento de reconstruirla hecha por Batres. Ver, RÉMY, B., *The pyramid of the Sun in Teotihuacan* (1951).
14. CASO, A., *El paraíso terrenal en Teotihuacán* (1942).
15. VILLAGRA CALETI, A., *Las pinturas de Atetelco* (1951).
16. ARMILLAS, P., *El problema de la cerámica anaranjada delgada* (1944). LINNÉ, S., *The thin orange pottery* (1947).
17. ARMILLAS, P., *Los dioses de Teotihuacan* (1945).

CAPÍTULO VIII

1. CASO, A., *Informe preliminar de las exploraciones realizadas en Michoacán* (1929). NOGUERA, E., *Exploraciones arqueológicas en las regiones de Zamora y Pátzcuaro* (1931).
2. ACOSTA, J. R., *Exploraciones arqueológicas realizadas en el Estado de Michoacán* (1939). RUBIN DE LA BORBOLLA, D. F., *Exploraciones arqueológicas en Michoacán* (1941).
3. PORTER DE MOEDANO, M.-ESTRADA BALMORÍ, E., *Estudio preliminar de la cerámica de Chupícaro* (1945).
4. La Relación fué publicada en Morelia, 1903. Mas, la edición deja mucho que desear.
5. STANISLAWSKI, D., *Tarascan political geography* (1947).
6. HRDLICKA, A., *The region of ancient Chichimecs* (1903). STARR, F., *The physical characters of the Indians of Southern Mexico* (1902). GÓMEZ ROBLEDA, J., *Pescadores y campesinos tarascos* (1940).
7. ESTRADA BALMORÍ, E., *Funeraria en Chupícuaro*, pág. 82.
8. RUBÍN DE LA BORBOLLA, D., *Antropología. Tzintzuntzan-Ihuatzio*, pág. 106.
9. ESTRADA BALMORÍ, E., l. c., página 81.
10. CORONA NÚÑEZ, J., *Los dioses tarascos* (1946).
11. Las crónicas se refieren a ellos, y la Arqueología los ha comprobado por el hallazgo de esculturas tan características como el *chac-mool*.
12. En *Chupícuaro*, por ejemplo, se establecieron estratigráficamente dos épocas distintas: una "Arcaica" y otra propiamente "Chupícuaro". Ver ESTRADA BALMORÍ, E., *La decoración en la cerámica de Chupícuaro*, página 110.

CAPÍTULO IX

1. KIDDER, A. V. Y COLAB., *Excavations at Kaminaljuyu* (1946). KIDDER, A. V., *Addenda and corrigenda* (1948).
2. HABEL, S., *The sculptures of Santa Lucia Cosumahualpa* (1878). LOTHROP, S. K., *Zacualpa* (1936). WAUCHOPE, R., *Excavations at Zacualpa* (1948). SMITH, A. L. y colab., *Excavations at Nebaj* (1951).
3. Ver pág. 145 de este libro.
4. KIDDER, A. V., *Archaeological problems of the Highland Maya* (1940). THOMPSON, J. E. E., *Tentativa de reconocimiento en el área maya meridional* (1950).
5. SMITH, A. L. y colab., l. c.
6. D'ALOJA, A., *Informe sobre la investigación antropológica realizada en Centroamérica* (1939).
7. SHEPARD, A. O., *Plumbate. A Mesoamerican trade ware* (1948).
8. ACOSTA, J., *Las ruinas de Zaculeu* (1930).
9. THOMPSON, J. E. S., *An archaeological reconnaissance in the Cotzumalhuapa region* (1948).
10. SELER-SACHS, C., *Auf alten Wegen in Mexico und Guatemala*, pág. 176 y siguientes.
11. En efecto, hasta ahora se había creído que esos monumentos databan de alrededor del año 1100. Pero el mismo Thompson que antes fijara esa fecha aproximada, en un nuevo trabajo supone que son anteriores al 900. Véase, THOMPSON, J. E. R., *Dating of certain inscriptions of non-mayan origin*, pág. 56. Id., *An archaeological reconnaissance.*
12. Ver: POPOL VUH, *edición de Adrián Recinos* (1947). Comentarios completamente dispares son: IMBELLONI, J., *El "Génesis"*, I^a (1940), y GIGARD, R., *El Popol-Vuh, fuente histórica* (1952).

PARTE IV

CAPÍTULO I

1. EICKSTEDT, E. VON, *Rassenkunde und Rassengeschichte*, pág. 724.
2. IMBELLONI, J., *Recientes estudios craneológicos* (1946).
3. CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América* (1950).
4. NEWMAN, M. T., *A summary of the racial history of the Peruvian area*, pág. 17 y siguientes.
5. Las dos series tratadas por Newman son las de *San Damián*, cuyo índice cefálico medio es de 78,9; y la de *Paucarcancha*, que ostenta 75,5. Ver, NEWMAN, M. T., *A metric study of undeformed Indian cranea from Peru* (1943).
6. NEWMAN, M. T., *The Sequence of Indian physical types*, página 81.
7. ROUMA, G., *Quichuas et Aymaras* (1933).
8. ROWE, J. H., *Inca culture*, página 205.

CAPÍTULO II

1. LARCO HOYLE, R., *Cultura Salinar* (1945).
2. LARCO HOYLE, R., *La cultura Virú* (1945). BENNETT, W. C., *The Gallinazo group* (1950).
3. LARCO HOYLE, R., *Los Mochicas*, tomo I, pág. 54.

4. UHLE, M., *Die Ruinen von Moche* (1913).
5. Los cántaros de este tipo que se encuentran en los distintos museos del mundo son verdaderamente legión, y muchísimos de ellos han sido publicados. Buenos repertorios son: LARCO HOYLE, R., *Los Mochicas* (1938). SCHMIDT, M., *Kunst und Kultur von Peru* (1929). TELLO, J. C., *Arte antiguo peruano* (1938).
6. KROEBER, A. L., *Peruvian archeology in 1942*, pág. 71; se refiere a esta ingente obra.
7. GILLIN, J., *Moche, a peruvian coastal community*, pág. 34 y siguientes.
8. Véase nuestra fig. 65.
9. La interpretación que hiciera primero Eduard Seler y más recientemente Rafael Larco Hoyle, según la cual unos corredores que frecuentemente se ven figurados serían mensajeros antecesores de los chasquis incaicos, es hoy generalmente aceptada. Muy recientemente se ha querido dar otra interpretación a esos corredores, pero con escasa fortuna. Ver, KUTSCHER, G., *Ritual races among the early Chimu* (1951).
10. STRONG, W. D., *Finding the tomb of a Warrior-God* (1947). STRONG, W. D.-EVANS, C., *Cultural stratigraphy in the Viru Valley*, pág. 150 y siguientes.
11. DE LA CARRERA, F., *Arte de la lengua Yunga* (1644).
12. UHLE, M., *Uber die Frühkulturen in der Umgebung von Lima* (1908).
13. WILLEY, G. R., *Excavations in the Chancay valley* (1943).
14. GAYTON, A. H., *The Uhle collections from Nieveria* (1927).
15. Véase, por ejemplo, lo que al respecto dice Bennett en su *Archeology of the Central Andes*, pág. 99.
16. JIJÓN Y CAAMAÑO, J., *Maranga*, pág. 492.
17. JIJÓN Y CAAMAÑO, R., l. c., página 388.
18. GAYTON, A. H.-KROEBER, A. L., *The Uhle collections from Nazca* (1927).
19. D'ARCOURT, R., *Tressage de frondes* (1949).
20. CARRIÓN CACHOT, R., *Paracas* (1949). KROEBER, A. L., *Paracas Cavernas and Chavín* (1953).
21. TELLO, J. C., *Antiguo Perú*, página 117 y siguientes.
22. O'NEALE, L. M., *Paracas caverns and its Gran Necropolis* (1942). De la misma autora puede también consultarse *Textils of the Early Nazca period* (1937).
23. YAKOVLEFF, E., *Arte plumaria entre los antiguos peruanos* (1933).
24. UHLE, M., *Die alten Kulturen Perus* (1935). KROEBER, A. L., *Peruvian archeology in 1942*, pág. 23.
25. CARPIO, A., *Datos sobre la arqueología de los valles de Acarí y Yauca* (1940).

CAPITULO III

1. SELER, E., *Peruanische Alterthümer* (1893).
2. Buenos conjuntos de ilustraciones de este material contienen los trabajos de Julio C. Tello, especialmente *Wira-kocha* (1923) y *Antiguo Perú* (1929).

3. BENNETT, W. C., *The North Highlands of Peru* (1944).
4. SCHAEDEL, R., *Stone sculpture in the Callejón de Huaylas* (1948).
5. VALCÁRCEL, L. E., *Informe sobre Pukara*. Id., *El gato de agua* (1923). Id., *Cerámica y litoescultura de Pukara* (1935).
6. FRANCO INOJOSA, J. M., *Arqueología sudperuana* (1940). KIDDER, A., *Preliminary notes on the archaelogy of Pucara* (1940). Id., *Some early sites in the northern Titicaca bassin* (1943).
7. VALCÁRCEL, L. E., *El personaje mítico de Pukara* (1932).

CAPÍTULO IV

1. CIEZA DE LEÓN, P., *La crónica del Perú*, pág. 264 y siguientes.
2. D'ORBIGNY, A., *Viajes por la América Meridional* (19). CASTELNAU, F. DE, *Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud*, tomo III (1852). MITRE, B., *Las ruinas de Tiahuanaco* (1879). STÜBEL, A.,-UHLE, M., *Die Ruinenstätte von Tiahuanacu* (1892).
3. GALLO, A., *Las ruinas de Tiahuanacu* (1925).
4. OTERO, G. A., *Tiahuanacu*
5. De entre los muchos escritos del Ing. Posnansky, podemos mencionar *Una metrópoli prehistórica en la América del Sur* (1914). El relato de las excavaciones de Bennett está contenido en *Excavations at Tiahuanaco* (1934). En cuanto a las excavaciones dirigidas por Casanova, sólo se han publicado artículos periodísticos, además de *Investigaciones arqueológicas en el Altiplano Boliviano* (1937), y *Dos yacimientos arqueológicos en la península de Copacabana* (1942).
6. CRÉQUI-MONFORT, C. DE, *Fouilles de la Mission Scientifique Française a Tiahuanaco*, página 534 y siguientes.
7. BENNETT, W. C., *Archaeology of Central Andes*, pág. 111.
8. Siguiendo en esto a Bennett, queremos referirnos aquí a una pequeña colección encontrada por Bandelier en la isla mencionada, y que este viajero clasificara como "chullpa". Ver BANDELIER, A., *The islands of Titicaca and Koati* (1910).
9. POSNANSKY, A., *El calendario de Tiahuanacu* (1933).
10. UHLE, M., *Los jeroglíficos de la Portada de Tiahuanaco* (1934).
11. MEANS, PH. A., *Ancient civilizations of the Andes*, pág. 130 y siguientes.
12. No han aparecido restos del arco procedentes de este período, pero sí hay puntas de flecha. Además, se conocen varias reproducciones de esta arma. Ver POSNANSKY, A., *Un detalle muy importante*, etc. (1932). SCHMIDT, M., *Kunst und Kultur von Peru*.
13. Partidario de una inmigración de gente de las tierras bajas orientales en los orígenes de *Tiahuanaco* es, por ejemplo, el sueco Stig Rydén. Ver su *Archeological researches*, pág. 478.
14. UHLE, M., *Pachacamac* (1903).
15. REICHLEN, H. ET P., *Recherches archeologiques dans les Andes de Cajamarca* (1949).

16. BENNETT, W. C., *Excavations at Wari* (1953).
17. IBARRA GRASSO, D. E., *Un nuevo panorama de la arqueología boliviana* (1953).
18. LATCHAM, R. E., *Arqueología de la región atacameña* (1938).
19. UHLE, M., *Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina* (1912). DEBENEDETTI, S., *Influencias de la cultura de Tiahuanaco* (1912).
20. BOMAN, E., *Los ensayos de establecer una cronología prehispánica* (1923).

CAPÍTULO V

1. ROWE, J. H., *The kingdom of Chimor* (1948).
2. NEWMAN, M. T., *The sequence of physical types*, pág. 79.
3. RIVET, P., *Les langues de l'ancien diocèse de Trujillo* (1949). ZEVALLOS QUIÑONES, J., *Primitivas lenguas de la Costa* (1948).
4. KROEBER, A. L.-MUELE, J. C., *Cerámica paleteada de Lambayeque* (1942).
5. CARRIÓN CACHOT, R., *Andas y literas de la costa peruana* (1940).
6. Los cronistas que mayor cantidad de datos nos han conservado sobre los antiguos *Chimúes*, son el P. Fernando de la Carrera en su *Arte de la lengua Yunga*, que es de 1644; la *Crónica moralizada* de Fray Antonio de la Calancha, que se publicó en Barcelona en 1638; la *Miscelánea antártica* del P. Miguel Cabello de Bamboa fué escrita en 1586 y se encuentra todavía inédita. Finalmente, una anónima *Relación de Trujillo* que parece ser de 1604. Ver nota crítica sobre esta bibliografía en ROWE, J. H., *The kingdom of Chimor*.
7. Relata la historia de *Naymlap* Cabello de Balboa en su manuscrito. Means da un resumen de la misma en las págs. 51 a 53 de su *Ancient civilizations*. Lo mismo hace Rowe en las páginas 36 y siguientes de *The kingdom of Chimor*.
8. En la copia publicada de este relato se dice "Tacaynamo", pero es evidente que ha de ser como lo ponemos nosotros.
9. VARGAS UGARTE, R., *Los Mochicas y el cacicazgo de Lambayeque*, pág. 476. Se publica en este trabajo la ya mencionada *Relación de Trujillo*, anónima, que parece ser de 1604, y que contiene la historia de *Pacaynamo*. El P. Calancha es quien llama *Pacatnamu* a este conquistador (*Corónica moralizada*, Libro III, capítulo 1). Es el antecedente indígena del actual *Pacasmayo*.
10. UHLE, M., *Pachacamac* (1903).
11. STRONG, W. D.-CORBETT, J. M., *A ceramic sequence at Pachacamac* (1943).
12. MEANS, PH. A., *Ancient civilizations*, pág. 185.
13. MUELLE, J. C.-WELLS, J. R., *Las pinturas del templo de Pachacamac* (1939).
14. REISS, W.-STÜBEL, A., *The necropolis of Ancon* (1880-1887).
15. Ver pág. 103 de esta obra.
16. Sobre todo Uhle y Willey. Ver, STRONG, W. D., *The Uhle pottery collections from Ancon* (1925). WILLEY, G. R., *A suple-*

ment to the pottery sequence at Ancon (1943).

17. CARRIÓN CACHOT, R., *Ancon* (1951). GÁLVEZ, L. F., *Las grandes necrópolis de Ancón* (1952).
18. CARRIÓN CACHOT, R., *Ancón*, pág. 12.
19. NEWMAN, M. T., *Indian skeletal remains*, pág. 31.
20. *Relación y declaración*, etc., de Fray Cristóbal de Castro y Diego de Ortega Morejón (1558).
21. CIEZA DE LEÓN, P., *La crónica del Perú*, pág. 208.
22. KROEBER, A. L.-STRONG, W. D., *The Uhle collections from Chincha* (1924).
23. UHLE, M., *Explorations at Chincha* (1924).
24. CIEZA DE LEÓN, P., l. c., pág. 209.
25. KROEBER, A. L., *Peruvian archeology*, pág. 41.
26. KROEBER, A. L.-STRONG, W. D., l. c., pág. 28.
27. CIEZA DE LEÓN, P., l. c., página 208.

CAPÍTULO VI

1. REICHLEN, H. ET P., *Recherches archéologiques dans les Andes du Haut Utcubamba* (1950).
2. Entre los principales se pueden nombrar a STEVENSON, W. B., *Relation historique et descriptive* (1832); WIENER, CH., *Pérou et Bolivie* (1880); HORKHEIMER, H., *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú* (1944).
3. URTEAGA, H. H., *Los reynos preincaicos del Norte del Perú* (1919).
4. Tello puede ser considerado como el verdadero descubridor de la arqueología de *Cajamarca*. Ver, *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas* (1942) donde describe por primera vez la civilización de *Cajamarca*.
5. REICHLEN, H. ET P., *Recherches archéologiques dans les Andes de Cajamarca* (1949).
6. ZEVALLOS QUIÑONES, J., *Primitivas lenguas de la Costa*, página 118 y sig. RIVET, P., *Les langues de l'ancien diocese de Trujillo*, pág. 3 y siguientes.
7. RIVET, P., l. c., pág. 3.
8. MCCOWN, TH. D., *Pre-incaic Huamachuco* (1945).
9. SAN PEDRO, FR. J. DE-DEL CANTO, FR. J., *Relación de los ritos del Perú*.
10. ROWE, J. H., *An introduction to the archaeology of Cuzco*, pág. 60 y siguientes.
11. ROWE, J. H., *Inca culture*, página 199.
12. IBARRA GRASSO, D. E., *Un nuevo panorama de la arqueología de Bolivia*, pág. 153.
13. Han llamado igualmente *Colla* a esta cultura, tanto Rydén como Ibarra Grasso. Ver, RYDÉN, ST., *Archeological researches in the Highlands of Bolivia* (1947). IBARRA GRASSO, D. E., l. c. (1952).
14. SARMIENTO DE GAMBOA, P., *Historia de los Incas*, pág. 188.
15. POSNANSKY, A., *Antropología y sociología de las razas interandinas*, pág. 87.
16. CIEZA DE LEÓN, P., *La crónica del Perú*, pág. 257.
17. RYDÉN, ST., l. c., pág. 459.
18. En un caso hasta 16 personas. TSCHOPICK, M. H., *Some notes on the archaeology of the Department of Puno*, pág. 19.

19. MÉTRAUX, A., *Civilización material de los indios Uru-Chipaya*, pág. 114.
20. COBO, B., *Historia del Nuevo Mundo*, tomo IV, pág. 166.
21. TSCHOPICK, H., *The Aymara* (1946).

PARTE V

CAPITULO I

1. Esta traducción, que nos parece ser la única posible de las varias presentadas, ha sido sugerida por Jorge C. Muelle en su interesante trabajo *Pacarectambo*, pág. 154.
2. Como el idioma Quíchua antepone el genitivo, la traducción corriente no se aviene con la estructura de aquella lengua en que está expresado el topónimo. Para ser correcta en español, la forma traducida debiera estar al revés: "Ventana del Aposento". Además, *toco* es "agujero, gruta", y sólo por extensión "ventana". En consecuencia, y dado que en realidad se trata de cuevas, la traducción nuestra nos parece más apropiada que la tradicional.
3. En la América Nuclear era muy común la creencia de que los primeros grupos humanos salieron del interior de la tierra a través de sus oquedades naturales. Entre los *Incas* era general, como puede verse por los distintos mitos de *Huiracocha*, su deidad principal.
4. Esta tradición está contenida en los capítulos VI a IX de *Del señorío de los Incas*, de Pedro Cieza de León, y en los capítulos 11 a 14 de la *Historia de los Incas*, de Pedro Sarmiento de Gamboa. Otros autores, como Juan de Betanzos, el P. Cobo, Garcilaso de la Vega y Fray Martín de Morúa, se refieren igualmente a ella. En cuanto a la identificación de estos lugares, es casi seguro que *Tambotoco* es la actual colina *Pumaorco*, cerca de la cual se hallan las ruinas de una antigua ciudad incaica abandonada, que lleva el nombre de *Mauca Llacta* o "pueblo antiguo". Una y otra están cerca de *Mollebamba*, en la provincia de *Paruro*. La colina de referencia tiene, efectivamente, una serie de grutas y construcciones incaicas anejas. Lo que hoy se conoce por *Mauca Llacta* ha de haber sido antiguamente *Pacaritambo*, y al ser trasladado el poblado a cierta distancia donde todavía subsiste bajo el viejo nombre, quedóle al anterior emplazamiento la denominación de "pueblo antiguo". La distancia que separa estos lugares de la ciudad del *Cuzco* está de acuerdo con la que señalan los cronistas. Ver MUELLE, J. C., *Pacarectambo* (1946). PARDO, L. A., *La metrópolis de Paccaricta mpu* (1946).
5. VALCÁRCEL, L. E., *Sobre el origen del Cuzco* (1939).
6. LATCHAM, R. E., *Los Incas, sus orígenes y sus ayllus* (1928).
7. Ver el *Vocabulario de la lengua Aymara* de Bertonio, *sub voce*.
8. VALCÁRCEL, L. E., l. c., pág. 202.
9. VALCÁRCEL, L. E., l. c., pág. 203. Los descendientes de los *Tam-*

pus o *Tambus* constituían en el siglo XVI el *Sutictoco ayllu*, según testimonio de Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*, cap. 11.

10. UHLE, M., *Los orígenes de los Incas* (1912).
11. LATCHAM, R. E., *Los Incas, sus orígenes y sus ayllus.*
12. POSNANSKY, A., *Quiénes eran los Incas* (1922).
13. Jijón y Caamaño, por ejemplo, considera a los *Allcahuizas* de origen colla y atacameño. Ver, *Los orígenes del Cuzco*, página 128.
14. En efecto, indicios varios nos señalan que tanto los *Chumpivilcas*, como los *Omasayos* y los *Aymarás* eran de lengua Aymara. Ver ROWE, J. H., *Inca culture*, págs. 189 y 190.
15. El solo hecho de que el Quichua quedara como lengua oficial de la nación incaica, ya es un serio argumento para admitir que la ciudad capital se encontraba rodeada de población de esa lengua.
16. No nos referimos aquí al origen de la institución de las *sayas* o "mitades" que, naturalmente, es muy anterior a la llegada de los Ayares al Valle del Cuzco, sino a su aplicación en la fundación de la ciudad.
17. LAFONE QUEVEDO, S., *The Chanca Confederacy* (1912).
18. CIEZA DE LEÓN, P., *Crónica del Perú*, pág. 239.
19. VARGAS, A., *Hegemonía chanca*, pág. 114.
20. El significado de este término nos es dado en forma distinta por los diversos autores, y hasta parecería que no siempre se ha querido significar lo mismo al emplearlo. Ver IMBELLONI, J., *Los vocablos "Pachacuti" y "Pachacútec"* (1939). Mas, atendiendo al hecho de que según los cronistas *Pachacuti* adoptó el título luego de dominar el peligro trágico de las guerras chancas, creemos que en este caso la traducción que corresponde ha de ser la que da Sarmiento de Gamboa y que equivale a "volvedor de la tierra". Está claro que aquí hay que dar al verbo "volver" el sentido de "devolver o restituir" que conocidamente también tiene. En el español de hoy sería algo así como "restituidor de la tierra (patria)".
21. Sarmiento de Gamboa y el P. Cabello de Balboa se refieren a esta expedición marítima. Ella habría sido sugerida por la vista de unos mercaderes que en unas balsas habían llegado a la costa ecuatoriana. Según el relato, *Topa Inca Yupanqui* llegó a unas islas que llamaron *Hauhanchumbi* la grande, y *Ninachumbi* la menor. De allí habría traído alguna gente de piel oscura, oro, una silla de latón y una piel y quijadas de caballo. Sarmiento de Gamboa identifica estas islas con las que él mismo descubrió en 1567, y que se supone sean las Galápagos. El viaje se realizó en una flota de balsas de maderos impulsadas por velas, como las que se usaban en aquella costa.
22. El límite meridional cisandino del Imperio Incaico todavía no

está bien determinado. Un camino incaico que viene del Cuzco y lleva a Chile, va hasta *Uspallata*, a la altura de la ciudad de Mendoza. En *Uspallata* mismo hubo una colonia de *mitimáes*. La documentación relacionada con la fundación y primeros años de vida de la ciudad de Mendoza se refieren reiteradamente a un fuerte incaico que existió en el lugar, y que hoy ya ha desaparecido. Más al sur, los rastros incaicos escasean, si bien no faltan del todo. Nuestra impresión es que las famosas ruinas de *Malalhué* podrían representar el límite sur del Imperio. Si esto pudiera comprobarse, resultaría que esta frontera habría tenido la misma latitud en uno y otro lado de la cadena andina.

23. Franco Inojosa, J. M., *Mit-maj. Esquema para un ensayo de la colonización* (1942).
24. Morúa, Fr. M. de, *Los orígenes de los Incas*, pág. 84.

CAPÍTULO II

1. Franco Inojosa, J. M., *Arqueología del Cuzco*, pág. 260.
2. Castle, W. E.-Wright, S., *Studies of inheritance in Guinea pigs* (1916).
3. Pom de Ayala, F. H., *El primer nueva corónica*, pág. 267.
4. Sauer, C. O., *Agricultural origins and dispersals*, lámina II.
5. Gandía, E. de, *Contribución al estudio de los orígenes de las cacerías* (1934).

CAPÍTULO III

1. Bandelier, A., *The islands of Titicaca and Coati* (1910).
2. De una compulsa de los cronistas que recientemente llevara a cabo John H. Rowe, sacó este autor la conclusión de que el *ayllu* incaico no era matrilineal, ni exógamo, ni totemista. Ver Rowe, J. H., *Inca culture*.
3. Latcham, R. E., *Los incas, sus orígenes y sus ayllus* (1928).
4. Puga, M. A., *El ayllu. Su naturaleza y régimen económico-social* (1950).
5. Esta influencia se percibe a través de numerosos hechos. Especialmente en la presencia de la cultura precerámica de la Costa Norte que, correcta o incorrectamente, ha sido llamada de los "primitivos cultivadores". Se trata de una forma cultural de tradición mesolítica que utilizaba los productos de algunas plantas cultivadas, aunque no el maíz. Ver Bird, J., *Preceramic cultures* (1948). Además, en la presencia de numerosos rasgos amazónicos, como entierro de adultos en urnas, cabezas-trofeo, el arco y flecha, el hacha neolítica, los tembetás, etc.
6. Según Trimborn, los primitivos *ayllus* incaicos y, en general, todos los del sur del Perú y de la Puna Boliviana, eran de carácter patrilineal. Ver Trimborn, H., *Die Gliederung der Stände im Inka-Reich* (1927).
7. Por ejemplo, Fray Reginaldo de Lizárraga dice, al referirse a la zona de *Motupe*, Departamento de Lambayeque, Costa Norte del Perú, que "quienes

antiguamente gobernaban esta provincia eran las mujeres..." *Descripción colonial*, tomo I, pág. 57.

8. BAUDIN, L., *El Imperio socialista de los Incas*, págs. 147 y siguientes.
9. En realidad, todavía no está demostrado que los antiguos grupos serranos anteriores a la Civilización, poseyeran sus distritos de caza. Pero ello puede inferirse de ciertos datos y, sobre todo, de que otros pueblos huárpidos y cordilleranos de tradición paleolítica los tuvieran. Por ejemplo, los *Primitivos montañeses*. Ver CANALS FRAU, S., *Las poblaciones indígenas de la Argentina*, pág. 366.
10. ROWE, J. H., *Inca culture*, página 262.
11. BAUDIN, L., *El Imperio socialista de los Incas* (1943). KARSTEN, R., *A totalitarian state of the past* (1949).
12. CIEZA DE LEÓN, P., *Del señorio de los Incas*, pág. 297. MORÚA, M., *Los orígenes de los Incas*, pág. 111.
13. TRIMBORN, H., *Die Gliederung der Stände im Inka-Reich*, página 319.
14. Algunos autores como Trimborn han supuesto que los *yanaconas* eran verdaderos esclavos. No creemos que se les pueda considerar así. Aunque más no fuere porque no podían ser enajenados por los particulares. Sólo el Emperador acostumbraba regalar *yanaconas* a los nobles que quería favorecer.
15. SARMIENTO DE GAMBOA, P., *Historia de los Incas*, pág. 229. Cabello de Balboa relata el mismo acontecimiento.
16. Por Means, por ejemplo. Ver, *Ancient civilizations of the Andes*, pág. 297.
17. COBO, B., *Historia del Nuevo Mundo*, libro XII, cap. XXVI.
18. MEJÍA XESPE, T., *Los cinco preceptos de la administración incaica* (19..).
19. POMA DE AYALA, F. H., *Nueva crónica y buen gobierno*, pág. 313.

CAPITULO IV

1. ROWE, J. H., *Introduction to the archaeology of Cuzco*, página 24.
2. Fray Martín de Morúa, por ejemplo. Ver, *Los orígenes de los Incas*, libro IV, cap. II.
3. ROWE, J. H., *Inca culture*, pág. 223.
4. Como varios autores ya han señalado, el término *duho* no es quichua, sino que pertenece al vocabulario antillano. No obstante, los españoles lo emplearon en el Perú.
5. LLANOS, L. A., *Trabajos arqueológicos en el Departamento del Cuzco* (1936). PARDO, L. A., *Ollantaytampu* (1946).
6. FEJOS, P., *Archaeological explorations in the Cordillera Vilcabamba* (1944).
7. IMBELLONI, J., *Los pueblos deformadores de los Andes* (1937).
8. MORÚA, M. DE, *Los orígenes de los Incas*, libro III, cap. LII.
9. CIEZA DE LEÓN, P., *La crónica del Perú*, cap. CIX.
10. ROOT, W. C., *Metalurgy*, página 222.

11. PARDO, L. A., *Hacia una nueva clasificación de la cerámica cuzqueña* (1939). LAFÓN, C. R., *El aribalo incaico* (1950). ROWE, J. H., *An introduction to the archaeology of Cuzco*, pág. 43 y siguientes.
12. *Informe del licenciado Juan Polo de Ondegardo*, pág. 132.

CAPÍTULO V

1. MORÚA, M. DE, *Los orígenes de los Incas*, libro III, cap. XLIV.
2. LEHMANN-NITSCHE, R., *Arqueología peruana. Coricancha* (1928). ROWE, J. H., *Introduction to the archaeology of Cuzco*, pág. 26 y siguientes.
3. Los restos de muros que Uhle dice haber visto en 1905 dentro de la actual iglesia, podrían muy bien ser los de este edificio. Ver, UHLE, M., *El templo del Sol de los Incas* (1930).
4. Traducción algo libre del texto de Molina dado por Rowe en *Eleven Inca prayers from the zithuwa ritual* (1953).
5. D'HARCOURT, R. ET M., *La musique des Incas et ses survivances* (1925).
6. VEGA, C., *La flauta de pan andina* (1934). SAS, A., *Ensayo sobre la música nazca* (1939).
7. JIMÉNEZ BORJA, A., *Instrumentos musicales peruanos*, pág. 71.
8. FARFÁN, J. M. B., *Poesía folklórica quechua* (1942).
10. ALTIERI, R., *El quipu peruano* (1937). DEL MISMO, *Sobre 11 antiguos kipus peruanos* (1939).
11. MORÚA, M. DE, *Los orígenes de los Incas*, pág. 124 y siguientes.
12. IMBELLONI, J., *Escritura mochica y escrituras americanas* (1942).
13. IBARRA GRASSO, D. E., *La escritura indígena andina* (1953).
14. LASTRES, J. O., *Algunos problemas modernos de la medicina incaica* (1946).
15. CORNEJO BOURONGLE, J., *Las momias incas. Trepanaciones craneanas en el antiguo Perú* (1940).
16. LOUGBOROUGH, J. L., *Notes on the trepanation of prehistoric crania* (1946). PARDAL, R., *Medicina aborigen americana*, página 149 y sig. DIETSCHY, H., *La medicina en el Perú de antaño* (1938).
17. CORNEJO BOURONGLE, J., l. c., pág. 40.

PARTE VI

CAPÍTULO I

1. Los tipos raciales Centrálido y Sonórido han sido detalladamente descriptos en nuestra *Prehistoria de América* (1950).
2. En los datos referentes a la cronología tolteca seguimos, de manera general, a su mejor conocedor, el historiador mexicano W. Jiménez Moreno. Ver su *Cronología de la historia precolombiana de México* (1946), así como sus contribuciones a RUZ, A., *Guía arqueológica de Tula* (1945).
3. Armillas ha discutido la presencia del dios *Quetzalcóatl* en la cultura teotihuacana. Ver ARMILLAS, P., *Los dioses de Teotihuacán* (1946). Pero otros autores, y especialmente Caso, la admiten plenamente.

4. MEYER, E., *Noticia sobre los petroglifos de Tula, Hgo.* (1939).
5. W. Jiménez Moreno, en RUZ, A., *Guía arqueológica de Tula*, pág. 13.
6. ACOSTA, J. R., *Exploraciones en Tula, Hdo.* (1940). Id., *Los últimos descubrimientos arqueológicos en Tula* (1941). Id., *La tercera temporada de exploraciones arqueológicas en Tula* (1942).
7. ACOSTA, J. R., *La cuarta y quinta temporadas de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo.* (1945).
8. CASO, A., *New World culture history*, pág. 235.
9. Algunos autores admiten que la cerámica Plomiza procede de Guatemala, y la Anaranjada Delgada de la costa del Golfo. Ver BERNAL, J., *Mesoamérica*, pág. 69.
10. Una discriminación de fuentes históricas antiguas que esté a la altura de los conocimientos actuales, no se ha hecho aún, aunque los trabajos previos son ya numerosos. Es posible, empero, que la tengamos pronto, ya que sabemos que se está trabajando en ello.
11. VAILLANT, G. C., *La cultura azteca*, pág.
12. Es notable que este mismo año de 1168 sea también el de la destrucción de *Tula*.
13. Tal hacen el *Codice Boturini*, el *Códice Azcatitlan* y la *Historia Mexicana de 1576*, todavía inédita.
14. SAHAGÚN, B. DE, *Historia general de las cosas de Nueva España*, tomo III, pág. 142.
15. ZINGG, R. M., *A reconstruction of Uto-Aztecan history* (1939).
16. Otro nombre de *Tlatelolco* es *Ocelopan* o "Bandera del Tigre", por el nombre de otro jefe principal que acaudillaría el grupo separatista, y que según los Códices Mendocino y Sigüenza habría participado en la fundación de *Tenochtitlan*. Ver BARLOW, R. H., *Los caciques precortesianos de Tlatelolco* (1945).

CAPÍTULO II

1. WEST, R. C.-ARMILLAS, P., *Las chinampas de México* (1950).
2. THOMPSON, J. E., *La civilization aztèque*, pág. 58.
3. SAHAGÚN, B. DE, *Historia general de las cosas de Nueva España*, tomo III, pág. 160.
4. SAUER, C. O., *Agricultural origins and dispersals*, pág. 73.
5. TERMER, F., *Die "Hühner" der Azteken* (1951).
6. HENDRICHS, P. P., *El cultivo de abejas indígenas* (1940-1941).

CAPÍTULO III

1. THOMPSON, E., *La civilisation aztèque*, pág. 81.
2. MONZÓN, A., *El calpulli en la organización social de los Tenochca* (1949).
3. LÓPEZ DE GOMARA, F., *Crónica de la Nueva España*, pág. 277.
4. BANDELIER, A., *On the social organization and mode of government of the ancient Mexicans* (1880).
5. MORENO, M. M., *La organización política y social de los Aztecas* (1931).

6. MONZÓN, A., *La organización social de los Aztecas*, pág. 793.
7. ACOSTA SAIGNES, M., *Los teopixque* (1946).
8. ACOSTA SAIGNES, M., *Los Pochteca*, pág. 10.
9. ACOSTA SAIGNES, M., l. c., página 14.
10. BOSCH GARCÍA, C., *La esclavitud prehispánica entre los Aztecas* (1944).
11. BARLOW, R. H., *The exient of the Empire of the Culhua Mexica* (1949).
12. La "Matrícula de Tributos" se conserva en el Salón de Códices del Museo Nacional de Arqueología de México. Una copia de la misma se encuentra en el *Códice Mendocino*.
13. MORENO, M. M., *Organización política y social* (1931).
14. ARMILLAS, P., *Oztuma, Gro., fortaleza de los Mexicanos en la frontera de Michuacán* (1944).

CAPÍTULO IV

1. GRIFFIN, J. B.-ESPEJO, A., *La alfarería correspondiente al último período de ocupación nahua* (1950).
2. En los capítulos XVIII a XXI del libro IX, pág. 389 y siguientes de la *Historia general de las cosas de Nueva España*.

CAPÍTULO V

1. CASO, A., *Los hijos del Sol*, página 18.
2. ARMILLAS, P., *Los dioses de Teotihuacán*, pág. 57.
3. CASO, A., *Los hijos del Sol*, página 40 y siguientes.
4. CASO, A., *New World culture history*, pág. 228.
5. BEUCHAT, H., *Manual de arqueología americana*, pág. 303.
6. S. F. Cook, en *Human Biology*, tomo XVIII, pág. 81-102 (1946).
7. MARTÍ, S., *Flautilla de la penitencia. Fiesta grande de Tezcalipoca* (1953).
8. ACOSTA, J. R.-MOEDANO KOER, H., *Los juegos de pelota* (1946).
9. Se encuentra en el tomo V de la obra del P. Sahagún, edición de México, 1938.
10. CASTILLO LEDÓN, L., *La literatura*, pág. 681.
11. ROMERO, J. C., *Música precortesiana* (1947).
12. GARCÍA PAYÓN, J., *Los monumentos arqueológicos de Malinalco* (1946).
13. SAHAGÚN, B. DE, *Historia general*.
14. MARQUINA, I.-RUIZ, L. A., *La orientación de las pirámides* (1934).
15. Alfonso Caso emplea este término para referirse no al año solar, sino al de 260 días que inmediatamente veremos. *Los hijos del Sol*, págs. 86, 87, 88, etcétera.
16. Para Alfonso Caso este nombre se refería solamente al libro que contenía las distintas combinaciones de este calendario, pero no al calendario mismo.
17. DIBBLE, CH. A., *El antiguo sistema de escritura en México* (1940).

PARTE VII

CAPÍTULO I

1. BARRERA VÁSQUEZ, A., *La historia de los Mayas de Yucatán*, pág. 120.
2. MORLEY, S. G., *La civilización maya* (1947).
3. PROUSKARIAKOFF, T., *Some non-classic traits in the sculpture of Yucatan*, pág. 108.
4. BRINTON, D. G., *The Maya chronicles*, pág. 100. BARRERA VÁSQUEZ, A., *El libro de los libros de Chilam Balam*, página 51.
5. Según las fuentes indígenas, los *Itzáes* habían abandonado *Chichén Itzá* en el año de 692 para establecerse en *Champotón*.
6. BARRERA VÁSQUEZ, A., l. c., página 61.
7. Esto surge de numerosos datos y de la etimología maya de su nombre. Ver BARRERA VÁSQUEZ, A., l. c., pág. 53.
8. *Pan*, en realidad, es la raíz de la voz azteca *pantli* "bandera". Pero aparece con frecuencia como terminación de topónimos mexicanos, y es altamente probable que la interpretación dada, que fuera sugerida por Genet, sea la correcta.
9. Según anota Genet, el cronista Herrera establecería que en tiempos de la Conquista aun se veían los restos del antiguo templo en la bahía de *Champotón*.
10. Que los *Tutul Xiues*, o *Xiues* a secas, fueran mexicanos por su origen, es generalmente admitido. Lo indica su nombre, que en Nahuatl significa "ave de turquesa", y lo expresan de manera general las crónicas. Son ellos los que procedían de *Tulapan Chiconautlan*.
11. A estas murallas se refieren tanto los autores antiguos como los modernos. Según nos dice Landa, a causa de estas murallas los indios llamaban a *Mayapán* "Ychpa, que quiere decir dentro de las cercas". *Relación de las cosas de Yucatán*, pág. 72.

CAPÍTULO II

1. MORLEY, S. G., *La civilización maya*, pág. 21.
2. MORLEY, S. G., l. c., pág. 161.
3. LANDA, D. DE, *Relación de las cosas de Yucatán*, pág. 235.
4. TOZZER, A. M., *Landa's Relación*, pág. 31.

CAPÍTULO III

1. LANDA, D. DE, *Relación de las cosas de Yucatán*, pág. 111. TOZZER, A. M., *Landa's Relación*, pág. 230.
2. LANDA, D. DE, l. c., pág. 113.
3. REDFIELD, R.-VILLA, A., *Notes on the ethnography of Tzeltal communities*, pág. 112.
4. THOMPSON, J. E. S., *The Itza of Tayasal* (1951).
5. TOZZER, A. M., l. c., pág. 99.
6. TOZZER, A. M., l. c., pág. 99.
7. ROYS, R. L., *The book of Chilam Balam of Chumayel*, páginas 88, 164 y 192.
8. TOZZER, A. M., *Landa's Relación*, pág. 121.

CAPÍTULO IV

1. LANDA, D. DE, *Relación de las cosas de Yucatán*, pág. 95.
2. WAUCHOPE, R., *Domestic architecture of the Maya*, pág. 233.
3. ROYS, R. L., *The Indian background of colonial Yucatan*, página 17.
4. LANDA, D. DE, *Relación de las cosas de Yucatán*, pág. 105.
5. BRAINERD, G. W., *Fine orange pottery in Yucatan* (1941).
6. LÓPEZ DE COGOLLUDO, D., *Historia de Yucatán* (1867).
7. THOMPSON, J. E. S., *The causeways of the Coba District* (1928).
8. LANDA, D. DE, *Relación*, página 58.
9. TOZZER, A. M., *Landa's Relación*, pág. 94.
10. MÁRTIR DE ANGLERÍA, P., *Décadas del Nuevo Mundo*, página 228.

CAPÍTULO V

1. MORLEY, S. G., *La civilización maya*, pág. 243.
2. ROYS, R. L., *The Indian background*, pág. 76.
3. LANDA, D. DE, *Relación*, página 138.
4. Sólo dos casos de representación del sacrificio humano se conocen del Viejo Imperio, y ambos corresponden a *Piedras Negras*, ciudad situada muy al sur, sobre la periferia del área maya.
5. Los más conocidos *Libros de Chilam Balam* son los de *Chumayel*, que tratan sobre todo de los *Itzáes*, y los de *Mani* y *Tizimín*, que se refieren principalmente a los *Xiues* e *Itzáes*. Véase *El Libro de los Libros de Chilam Balam*, de Barrera Vásquez.
6. Uno de estos hechos es el de que los jefes podían en ciertas circunstancias asumir las funciones de sacrificador.
7. THOMPSON, J. E. S., *Sixteenth and seventeenth century reports*, pág. 593 y siguientes.
8. PROUSKORIAKOFF, T., *A study of classic maya sculpture* (1950).
9. SMITH, A. L., *Uaxactun, Guatemala* (1950).
10. TOSCANO, T., *Los murales de Bonampak* (1947).
11. Para estos y otros cómputos, los días del año solar eran sólo 360. Es decir, se eliminaban de la cuenta los cinco días aciagos.
12. THOMPSON, J. E. S., *Maya hieroglyphic writing* (1950).
13. VILLACORTA, C. y colab., *Códices mayas. Dresdensis, Peresianus, Tro-Cortesianus* (1933).
14. BARRERA VÁSQUEZ, A., *El Libro de los Libros de Chilam Balam* (1948).

PARTE VIII

CAPÍTULO I

1. BENNETT, W. C., *The Peruvian co-tradition* (1948).
2. En efecto, tanto en el Museo Regional de *Jáchal* (San Juan), como en la Colección Bravo de *Animaná* (Salta), y en el Museo Arqueológico de *Tucumán*, se encuentra cerámica de este tipo que procede de las respectivas zonas.
3. Este no es el caso, como se sabe, de la Quebrada de Humahuaca

ni de la parte argentina del Altiplano. Por los datos de que hasta ahora se dispone, parecería que ambas subregiones fueron ocupadas tardíamente por población sedentaria.

4. RYDÉN, ST., *Archaelogical researches in the Department La Candelaria* (1936).
5. WAGNER, E. R. y D. L., *La civilización Chaco-santiagueña y sus correlaciones* (1934). Confrontar los distintos trabajos contenidos en el tomo segundo de *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (1940).
6. La hermosa obra de Salvador Debenedetti intitulada *L'ancienne civilisation des Barreales du Nord-ouest Argentin* (1931), contiene numerosas reproducciones de cerámica de tipo La Ciénaga policroma, junto con otras de Huiliche monocroma. La cerámica Condorhuasi está tratada en SERRANO, A., *La cerámica tipo Condorhuasi y sus correlaciones* (1944).
7. Alberto R. González, por ejemplo, que tiene en estudio una de las mayores colecciones arqueológicas del Noroeste Argentino, la de Muñiz Barreto, depositada en el Museo de la *Ciudad Eva Perón* (ex La Plata), y ha realizado, además, dos campañas de excavaciones en la provincia de Catamarca, tiende a creer que Condorhuasi sigue inmediatamente a las dos fases de "Barreales" por él admitidas (según comunicación personal).
8. GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los comentarios reales.*
9. AMBROSETTI, J. B., *Notas de arqueología calchaquí* (1899).
10. VIGNATTI, M. A., *Los elementos étnicos del Noroeste Argentino*, pág. 140 y siguientes.
11. Respecto del carácter de *La Paya* y *Chañar Yaco* ver SERRANO A., *Los aborígenes argentinos*, pág. 18. *Inca Huasi* ha sido mencionado por Aparicio en una conferencia de 1941 en el Instituto Popular de Conferencias. Que las ruinas de *El Chincal* fueran de origen incaico, lo habíamos sospechado de tiempo atrás, e identificado el lugar como uno de los famosos "asientos del tiempo del Inca" que estaban a la vera del "camino real del Inca del Perú a Chile" que pasaba por "tierra de Diaguitas", de que nos habla Sotelo Narváez. Lo cual acaba de ser confirmado por A. R. González, según comunicación personal que nos ha hecho llegar el mencionado arqueólogo.
12. CANALS FRAU, S., *Etnología de los Huarpes*, pág. 132 y sig.
13. BENNETT, W. C. y colab., *Northwest Argentine archaelogy* (1948). Ya en imprenta esta obra hemos tenido noticias de la publicación de Márquez Miranda, *Región Meridional de América del Sur* (1954), que dedica varias páginas a demostrar la influencia incaica en el Noroeste Argentino.
14. *Carta a S. M. del Oidor de los Charcas, Lic. Juan de Matienzo*, pág. 43.
15. Esta entidad superior ha carecido hasta hace poco de nombre general. Es por esto que los autores modernos han empleado

alternadamente el de una de sus partes, llamando ora "Diaguitas" ora "Calchaquíes" al conjunto. Más ajustado a las normas internacionales de la nomenclatura era llamarlo "Grupo Diaguita-Calchaquí", como alguna vez se ha hecho. En una obra reciente, nosotros la bautizamos de *Cacana*, atendiendo al nombre de su principal vínculo de unidad, la lengua. Posteriormente nos enteramos de que ya Ambrosetti había propuesto como una alternativa el nombre de Kakan o Kakano para el conjunto. Ver AMOROSETTI, J. B., *La question calchaquie*, página 430.

16. Para todo lo relacionado con los pueblos del Noroeste Argentino, pueden consultarse los respectivos capítulos de nuestra obra reciente *Las poblaciones indígenas de la Argentina* (1953).
17. DEBENEDETTI, S., *Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito* (1918).
18. BREGANTE, O., *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino* (1926).
19. AMBROSETTI, J. B., *El bronce en la región calchaquí* (1904).
20. MÁRQUEZ MIRANDA, F., *Los Diaguitas y la guerra* (1942-43).
21. Del verbo quíchua hispanizado *mochar*, que significa "adorar" y "reverenciar".

CAPÍTULO II

1. BOMAN, E., *Antiquités de la République Argentine et du Desert d'Atacama*, pág. 714.
2. Especialmente en su trabajo sobre *La arqueología de Arica y Tacna* (1919).
3. LATCHAM, R. E., *Arqueología de la región atacameña* (1938).
4. CORNELY, F. L., *Cultura Diaguita-Chilena*, págs. 127 y 142.
5. BIRD, J., *Excavations in Northern Chile* (1943).
6. KROEBER, A. L., *Peruvian archaelogy*, pág. 17.
7. MOSTNY, GR., *Excavaciones en Arica*, pág. 139.
8. BENNETT, W. C., *The Atacameño*, pág. 602.
9. LATCHAM, R. E., *Alfarería indígena chilena* (1928).
10. CORNELY, F. L., *Cultura Diaguita-Chilena*, pág. 142.
11. CORNELY, F. L., l. c., pág. 139.
12. RUDOLPH, W. E., *El Loa*, página 69 y siguientes.
13. RYDÉN, ST., *Contributions to the archaeology of the Río Loa region*, pág. 211.
14. *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II, apéndice, página XXV.
15. CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, pág. 392 y siguientes.
16. MOSTNY, GR., *Ciudades atacameñas* (1949).
17. BENNETT, W. C., *The Atacameño*, pág. 609.
18. LATCHAM, R. E., *Notas sobre la alfarería atacameña* (1937).
19. LATCHAM, R. E., *Metalurgia atacameña* (1936).
20. OYARZÚN, A., *Las tabletas y los tubos para preparar y aspirar la paricá* (1931).
21. OYARZÚN, A., *Tejidos de Calama* (1931). LATCHAM, R. E., *Tejidos atacameños* (1939).
22. OYARZÚN, A., *Cestería de los antiguos Atacameños* (1930).

23. OYARZÚN, A., *Las calabazas pirograbadas de Calama* (1929).
24. MOSTNY, GR., *Una tumba de Chiu-Chiu* (1952).
25. VAISSE, HOYOS ECHEVERRÍA Y REYES, *Glosario de la lengua atacama* (1896).
26. LATCHAM, R. E., *Prehistoria chilena*, pág. 101.
27. Ver el artículo anterior, pág.
28. Según demostrara el profesor Romualdo Ardissone en comunicación al Instituto de Geografía de Buenos Aires, el 22 de octubre de 1952.
29. Por ejemplo, en LOOSER, G., *Urnas funerarias de greda de tipo diaguita* (1931).
30. LOOSER, G., l. c., pág. 150. CORNELY, F. L., *Cultura Diaguita-Chilena*, pág. 147.
31. CORNELY, F. L., l. c., pág. 252.

CAPÍTULO III

1. La primera mención de *Rauco* la encontramos en el acta del Cabildo de Santiago correspondiente al 11 de agosto de 1541, es decir, seis meses después de la fundación de la ciudad (*Colección de Historiadores de Chile*, tomo I, pág. 98). Como se sabe, la fundación se hizo el día 12 de febrero de 1541. Con la grafía *Rabco* aparece el topónimo en un poder que Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile y fundador de la ciudad de Santiago, otorga a Juan Bautista Pastene, en 1544 (*Colección* citada, tomo II, pág. 217).
2. FEBRÉS, A., *Diccionario Araucano-Español* (1765).
3. La primera mención del *Arauco* chileno la encontramos en la tercera carta de Valdivia, que es de 1550 (*Colección de Historiadores de Chile*, tomo I, pág. 46).
4. Alonso de Ercilla estuvo en Chile, donde tomó parte en la guerra de Arauco, en los años de 1557 y 1558. La primera parte de su celebrado poema épico, *La Araucana*, se publicó en Madrid en 1569.
5. LENZ, R., *Diccionario etimológico*, s. v. (1904).
6. CANALS FRÁU, S., *La entrada de Diego de Rojas*, pág. 105 y sig.
7. Ya se ha dicho en la nota 1 que todavía en 1544, Valdivia escribe *Rabco* al referirse al topónimo chileno.
8. Sobre todo en su libro *Chile Prehispano* (1929) y en *Sobre el origen de los Araucanos* (1930).
9. LATCHAM, R. E., *Antropología chilena*, pág. 245 y siguientes. Id., *Los indios de la cordillera*, pág.
10. LATCHAM, R. E., *Antropología chilena*, págs. 289 y 291.
11. CANALS FRAU, S., *Las poblaciones indígenas de la Argentina*, (1953).
12. CAÑAS PIÑOCHET, A., *Breve diccionario de la lengua Veliche* (1907). Id., *Estudios de la lengua Veliche* (1911).
13. Por ejemplo, en *Los aborígenes de Chile*, pág. 537.
14. OYARZÚN, A., *Cultura aborigen de Chiloé* (1935).
15. SULLIVAN, R. R., *Marquesan somatology* (1923).
16. HANDY, E. S. C., *The problem of Polynesian origins.*
17. SERGI, G., *L'Uomo*, pág. 143 y siguientes.

18. WEINERT, H., *Die Rassen der Menschheit*, pág. 110.
19. BÓRMIDA, M., *Somatología de la isla de Pascua*, pág. 192 y sig.
20. BARROS ARANA, D., *Historia general de Chile*, pág.
21. OYARZÚN, A., *Influencias de la cultura de Atacama en la Araunia*, pág. 281.
22. OYARZÚN, A., *Cultura aborigen de Chiloé* (1935).
23. VIDAL GORMAS, F., *Exploración de las costas chilenas*, pág. 466 y siguientes.
24. VIDAL GORMAS, F., l. c., página
25. ERCILLA, A. DE, *La Araucana*, canto.
26. REED, C. S., *Descripción de insignias líticas* (1927). CORNELY, F. L.-LINDBERG, I. K., *Dos clavas cefalomorfas de piedra* (1952).
27. Figuras antropomorfas de piedra han sido reiteradamente encontradas en diversas partes del territorio promaucá. El estilo que ellas muestran es bastante uniforme en los distintos ejemplares conocidos. Ver LOOSER, G., *La representación de figuras humanas y de animales* (1929). BULLOCK, D. S., *Una estatua de piedra de Nahuelbuta* (1952).
28. MARIÑO DE LOVERA, P., *Crónica del Reyno de Chile*, págs. 112, 119, 159, etc.
29. OYARZÚN, A., *Hachas de cobre usadas por los Araucanos* (1920).
30. LATCHAM, R. E., *La dalca de Chiloé* (1930). FINSTERBUSCH, G. A., *Las dalcas de Chiloé y los chilotes* (1934).
31. KNOCHE, W., *Ein Binsenboot bei Cahuil* (1930).
32. ROSALES, D. DE, *Historia general de el Reyno de Chile*, tomo I, pág. 172.
33. CAVADA, F., *Chiloé y los chilotes*, págs. 333, 314, 403, 335, etc.
34. *Tupac Inca Yupanqui* reinó entre 1471 y 1493, aproximadamente.
35. MEDINA, J. T., *Los aborígenes de Chile*, pág. 330. LATCHAM, R. E., *Correlaciones arqueológicas*, pág. 274. Es por demás sabido que el desembarco de Pizarro en Túmbez corresponde al 1532.
36. LATCHAM, R. E., *La organización social y las creencias de los antiguos Araucanos* (1922).
37. LOOSER, G., *Araucanian textiles* (1927).
38. MOSTNY, GR., *Un cementerio incásico en Chile central* (1947).
39. GUNCKEL, H., *Antropofagia entre los primitivos Mapuches* (1943).
40. GUEVARA, T., *Chile prehispano*, pág. 438 y sig. MOESBACH, E. W. DE, *Vida y costumbres de los indígenas araucanos*, pág. 371 y sig. ZAMORANO, M., *El nguillatun araucano y su sentido* (1949).
41. COOPER, J. M., *The Araucanians*, pág. 474 y siguientes.
42. MÉTRAUX, A., *Le shamanisme araucan* (1942).
43. El poncho ha sido considerado por algunos, injustamente, posthispánico. Véase, MILLÁN DE PALAVECINO, M. D., *El poncho* (1954).

CAPÍTULO IV

1. Véase el capítulo V de la Segunda Parte de este libro.
2. SILVA CELIS, E., *Sobre antropología chibcha* (1945).
3. SCHOTTELIUS, J. W., *Arqueología de la Mesa de los Santos*, página 225.
4. SCHOTTELIUS, J. W., l. c., página 225.
4. SCHOTTELIUS, J. W., l. c., página 225.
5. PÉREZ DE BARRADAS, J., *Los Muiscas antes de la Conquista*, tomo I, pág. 291.
6. VERNEAU, R., *Cranes d'Indiens de la Colombie* (1924).
7. SILVA CELIS, E., *Sobre antropología chibcha*, pág. 551.
8. LEVI-STRAUSS, CL., *Sur certaines similarités structurales des langues Chibcha et Nambikwara* (1948).
9. El dato se encuentra en el tomo segundo de la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*, de Lucas Fernández de Piedrahita, primeramente publicada en 1688.
10. PÉREZ DE BARRADAS, J., *Los Muiscas antes de la Conquista*, tomo I, pág. 369.
11. JIMÉNEZ ARBELÁEZ, E., *Los Chibcha*, pág. 125. KROEBER, A. L., *The Chibcha*, pág. 904.
12. SILVA CELIS, E., *Contribución al conocimiento de la civilización de los Lache* (1945).
13. SILVA CELIS, E., *Cráneos de Chiscas* (1946).
14. SILVA CELIS, E., *Un esqueleto precolombino* (1948).
15. SILVA CELIS, E., *Contribución al conocimiento*, etc., pág. 383.
16. FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, L., *Historia general*, tomo I, pág. 26.
17. PREUSS, K. TH., *Forschungsreise zu den Kágaba* (1919-1926). PARK, W. Z., *Tribes of the Sierra Nevada* (1946).
18. PREUSS, K. TH., l. c., pág. 353.
19. REICHEL-DOLMATOFF, G., *Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada*, pág. 57.
20. MASON, J. A., *Archaeology of Santa Marta* (1931-1939). REICHEL-DOLMATOFF, G., *Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta* (1954).
21. REICHEL-DOLMATOFF, G., *Contactos y cambios culturales*, página 58.

CAPÍTULO V

1. BENNETT, W. C., *The Peruvian co-tradition*, pág. 6.
2. SELTZER, C. C., *Racial prehistory of the Southwest* (1944). HRDLICKA, A., *The Pueblos* (1935).
3. SCHMIDT, W., *Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, pág. 194 y siguientes.
4. Nos referimos a MARTIN, P. S.-RINALDO, J. B., *The Southwestern co-tradition* (1950) y DAIFUKU, H., *A new conceptual scheme for prehistoric cultures* (1952). Compárese, además, RINALDO, J. B., *On Daifuku's new conceptual scheme for the prehistoric Southwest* (1952).
5. Véase nuestra obra anterior *Prehistoria de América*, pág. 222 y siguientes.
6. HAURY, E. W., *The problem of contacts between the Southwestern United States and Mexico* (1945).

7. STIRLING, M. W., *Indian tribes of Pueblo land* (1940). MCGREGOR, J. C., *Southwestern archaeology* (1941).
8. GLADWIN, W.-GLADWIN, H. S., *A method for the designation of cultures and their variations* (1934).
9. HAURY, E. W., *Arizona's ancient irrigation builders* (1945).
10. Las excavaciones de antiguos poblados de la región Hohokam son numerosos. Para la cuenca del río Gila se puede ver; GLADWIN, H. S. Y COLABORADORES, *Excavations at Snaketown* (1937), y para la del Salt: HAURY, E. W., *The excavations of Los Muertos and neighboring ruins* (1945).
11. HAURY, E. W., *The stratigraphy and archaeology of the Ventana Cave* (1950).
12. Que estos indios vinieran del lejano norte, lo señalan no sólo sus vinculaciones culturales y lingüísticas, sino que también sus mitos de origen. Véase, por ejemplo, REAGAN, A. B., *Notes on the Indians of the Fort Apache region* (1950).
13. GLADWIN, H. S., *Excavations at Snaketown: comparisons and theories*, pág. 105. RUSSELL, F., *The Pima Indians* (1908).
14. Es en el capítulo XXXI y siguientes de su conocida obra titulada *Naufragios*, que Cabeza de Vaca se refiere a su llegada a la región, donde halló "casas de asiento... mucho maíz allagado... calabazas y frijoles y mantas de algodón".
15. Especialmente lo de las "siete Cuevas" de donde habían salido los *Aztecas*.
16. "Cíbola" parece ser una españolización del término indígena *Shiwona*, con que los *Zuñis* designaban a su tierra. Véase FRIEDERICI, G., *Amerikanistisches Wörterbuch*, pág. 188 y siguientes. Y en el siglo XVI, las aldeas o pueblos de los *Zuñis* parecen haber sido, efectivamente, siete.
17. WINSHIP, G. P., *The Coronado expedition 1540-1542* (1896).
18. KIDDER, A. V., *Southwestern archaeological conference* (1927).
19. SMITH, W., *Kiva mural decorations at Awatowi and Kawaika-a* (1952).
20. O'BRYAN, D., *The abandonment of the Northern Pueblo in the thirteenth century* (1952).
21. BOGERT, C. M., *The Hopi Snake Dance* (1941).
22. GLOCK, W. S., *Principles and methods of tree ring analysis* (1937).

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, J. R., *Exploraciones arqueológicas realizadas en el Estado de Michoacán durante los años 1937 y 1938*. Rev. Mex. Est. Antrop., III, 85-98 (1940).

ACOSTA, J. R., *Las ruinas de Zaculeu*. Anal. Soc. Geogr. e Hist. Guatemala, VI (1930).

ACOSTA, J. R., *Exploraciones en Tula, Hdo., 1940*. Rev. Mex. Est. Antrop., IV, 172-194 (1940).

ACOSTA, J. R., *Los últimos descubrimientos arqueológicos en Tula, Hdo., 1941*. Rev. Mex. Est. Antrop., V, 239-248 (1941).

ACOSTA, J. R., *La tercera temporada de exploraciones arqueológicas en Tula, Hdo., 1942* (1942).

ACOSTA, J. R., *La cuarta y quinta temporadas de exploraciones arqueológicas en Tula, Hdo., 1943-1944*. Rev. Mex. Est. Antrop., VII, 23-64 (1945).

ACOSTA, J. R., *El pectoral de jade de Monte Albán*. Anal. Inst. Nac. Antr. e Hist., III, 17-25 (1949).

ACOSTA, J. R.-MOEDANO KOER, H., *Los juegos de pelota*. Méx. Prehisp., 365-384 (1946).

ACOSTA, J. DE, *Historia natural y moral de las Indias*. 2 tomos. Madrid, 1894.

ACOSTA SAIGNES, M., *Los Pochteca. Ubicación de los mercaderes en la estructura social tenochca*. México, 1945.

ACOSTA SAIGNES, M., *Los Teopixque*. Rev. Mex. Est. Antrop., VIII, 147-205 (1946).

ADAM, L., *Das Problem der asiatisch-altamerikanischen Kulturbeziehungen mit besonderer Berücksichtigung der Kunst*. Wiener Beitr. z. Kunst u. Kulturgesch., V (1931).

ALTIERI, R., *Sobre 11 kipu peruanos*. Rev. Inst. Antrop. Tucumán, II, 177-211 (1941).

ALTIERI, R., *El kipu peruano*. Rev. Geogr. Amer., I, 1-14 (1937).

ALLEN, F. A., *La tres ancienne Amèrique ou origine de la civilisation primitive du Nouveau Monde*. II Congr. Intern. Amer. Luxembourg, 1878.

AMBROSETTI, J. B., *Notas de arqueología calchaquí*. Bs. Aires, 1899.

AMBROSETTI, J. B., *El bronce en la región calchaquí*. Anal. Mus. Nac. Hist. Natur., IV, 163-314.

AMBROSETTI, J. B., *La question calchaquie et les travaux de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Buenos Aires*. XVI Congr. Int. Amer. Wien und Leipzig, 1910.

AMEGHINO, FL., *Filogenia. Principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas.* Buenos Aires, 1884.

AMEGHINO, FL., *La antigüedad del Hombre en el Plata.* La Plata, 1915.

ANDERSON, E., *A variety of maize from the Rio Loa.* Ann. Missouri Bot. Gard., XXX, 469-474 (1943).

ARMILLAS, P., *Oztuma, Gro., fortaleza de los Mexicanos en la frontera de Michoacán.* Rev. Mex. Est. Antrop., VI, 165-175 (1944).

ARMILLAS, P., *El problema de la cerámica anaranjada delgada.* México, 1944.

ARMILLAS, P., *Tecnología, formaciones socio-económicas y religión en Mesoamérica.* XXIX Congr. Int. Amer., I, 19-30. New York, 1951.

ARMILLAS, P., *Los dioses de Teotihuacán.* Anal. Inst. Etnol. Amer., VI, 35-59 (1945).

ARMILLAS, P., *Exploraciones recientes en Teotihuacán, México.* México, 1944.

ARMILLAS, P., *Teotihuacán, Tula y los Toltecas. Las culturas postarcaicas y pre-aztecas del centro de América.* Runa, III, 37-70 (1950).

ARMILLAS, P., *Visita a Copán.* Cuad. Amer., LII, 143-152 (1950).

BACHOFEN, J. J., *Das Mutterrecht.* Stuttgart, 1861.

BANCROFT, H. H., *The native races of the Pacific states.* 5 tomos. San Francisco, 1883.

BANDELIER, A., *On the social organization and mode of government of the ancient Mexicans.* Twelfth Ann. Rep. Peab. Mus., II, 557-699 (1880).

BANDELIER, A., *The islands of Titicaca and Coati.* New York, 1910.

BARLOW, R., *The extent of the Empire of the Culhua Mexica.* Ibero-Amer., 28. Berkeley, 1949.

BARLOW, R., *Los caciques precortesianos de Tlaltelolco en el Códice García Granados.* Mem. Ac. Mex. Historia, IV, 4 (1945).

BARLOW, R., *El Códice Azcatitlán.* Journ. Soc. Amer. Paris, 101-135 (1949).

BARRERA VÁZQUEZ, A., *La historia de los Mayas de Yucatán a través de sus propias crónicas.* XXIX Congr. Int. Amer., I, 119-122. New York, 1951.

BARRERA VÁZQUEZ, A., *El Libro de los Libros de Chilam Balam.* México, 1948.

BARROS ARANA, D., *Historia jeneral de Chile.* 16 tomos. Santiago, 1884.

BASTIAN, A., *Der Mensch in der Geschichte.* Berlin, 1860.

BASTIEN, R., *The pyramid of the Sun in Teotihuacan. A new interpretation.* XXIX Congr. Int. Amer., I, 62-67. New York, 1951.

BATRES, L., *Explorations of Mount Alban.* México, 1902.

BAUDIN, L., *El Imperio socialista de los Incas.* Santiago de Chile, 1943.

BENNETT, W. C., *The North Highlands of Peru. Excavations in the Callejón de Huaylas and at Chavín de Huántar.* Anthr. Papers Amer. Mus. Nat. Hist., XXXIX, 5-114 (1944).

BENNETT, W. C., *Archaelogy of the North Coast of Peru. An account of exploration and excavation in Viru and Lambayeque valleys.* Anthr. Papers Amer. Mus. Nat. Hist., XXXVII, 5-153 (1939).

BENNETT, W. C., *Chavin stone carving*. Yale Anthr. Stud. III (1942).

BENNETT, W. C., *The Gallinazo group, Viru Valley, Peru*. Yale Univ. Publ. Anthrop. N. 35 (1950).

BENNETT, W. C., *Archaelogy of the Central Andes*. Handb. South Amer. Ind., II, 61-147. Washington, 1946.

BENNETT, W. C., *The Atacameño*. Handb. South Amer. Ind., II, 599-619. Washington, 1946.

BENNETT, W. C., *The Peruvian co-tradition*. Mem. Am. Anthr. Ass. N. IV, 1-7 (1948).

BENNETT, W. C. Y COL., *Northest Argentine archaelogy*. Yale Univ. Publ. Anthr. N. 38 (1948).

BENNETT, W. C.-BIRD, J., *Andean culture history*. New York, 1949.

BERNAL, I., *Exploraciones en Coixtlahuaca, Oaxaca*. Rev. Mex. Est. Antrop., X, 5-76 (1948/9).

BERNAL, T., *Mesoamérica*. México, 1953.

BERNAL, I., *La cerámica grabada de Monte Albán*. Anal. Inst. Nac. Antr. e Hist., III, 59-77 (1949).

BERTONIO, L., *Vocabulario de la lengua Aymara*. Leipzig, 1879.

BEST, E., *The origin of the Maori. The hidden homeland of the Maori and its probable location*. Journ. Polyn. Soc., XXXII, 10-20 (1923).

BETANZOS, J. DE, *Suma y narración de los Incas*. Bibliot. Hisp.-Ultramarina, 5 (1880).

BEUCHAT, H., *Manual de arqueología americana*. Madrid, 1918.

BIRD, J., *Excavations in Northern Chile*. Anthr. Pap. Amer. Mus. Nat. Hist., XXXVIII, 173-318 (1943).

BIRD, J., *The cultural sequence of the North Chilean coast*. Handb. South Amer. Ind., II, 587-597. Washington, 1946.

BIRD, J., *Preceramic cultures in Chicama and Virú*. Mem. Soc. Amer. Arch. N. 4, 25-28 (1948).

BIRKET-SMITH, K., *The origin of maize cultivation*. Det kgl. Danske Vidensk. Selsk., XXIX, 3 (1943).

BLOM, F., *Coronel Modesto Méndez, explorador del Petén, Guatemala. 1848 y 1852*. Anal. Soc. Geogr. e Hist., XVI, 167-179 (1940).

BOGERT, C. M., *The Hopi Snake Dance*. Nat. History, XLVII, 276-283 (1941).

BOMAN, E., *Antiquités de la région Andine de la République Argentine et du Desert d'Atacama*. 2 tomos. Paris, 1908.

BOMAN, E., *Los ensayos de establecer una cronología prehispánica en la región Diaguita*. Bol. Ac. Nac. Hist., VI, 1-31. Quito, 1923.

BÓRMIDA, M., *Somatología de la isla de Pascua*. Runa, IV, 178-222.

BOSCH GARCÍA, C., *La esclavitud prehispánica entre los Aztecas*. México, 1944.

BRAINERD, G. W., *Fine orange pottery in Yucatan*. Rev. Mex. Est. Antrop., V, 163-183 (1941).

BRAINERD, G. W., *Early ceramic hohizons in Yucatan*. XXIX Congr. Int. Amer., I, 72-78. N. York, 1951.

BRINTON, D. G., *The Maya chronicles*. Philadelphia, 1882.

BRASSEUR DE BOURBOURG, CH. E., *Monuments ancients du Mexique*. Paris, 1866.

BREGANTE, O., *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino*. Buenos Aires, 1926.

BRINTON, D. G., *On various sup-*

posed relations between the American and Asian races. Congr. Int. Amer. Chicago, 1894.

BRUCH, C., *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca.* La Plata, 1911.

BULLOK, D. S., *Una estatua de piedra de Nahuel Buta.* Bol. Soc. Biolog. XXVII, 181-185, Concepción, 1952.

BURLAND, C. A., *The tree of the Mixteca. A short study of the historical codices of Mexico.* XXIX Congr. Int. Amer., I, 68-71. New York, 1951.

BUSHNELL, G. H. S., *The archaelogy of the Santa Elena peninsula in Southwest Ecuador.* London, 1951.

CABELLO DE BALBOA, M., *Miscelánea antártica.* Ms., 1586.

CABEZA DE VACA, A. N., *Naufragios y comentarios.* Colecc. Austral. Buenos Aires, 1942.

CALANCHA, A. DE LA, *Crónica moralizada.* Barcelona, 1638.

CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América.* Buenos Aires, 1950.

CANALS FRAU, S., *El Antiguo Oriente y el nacimiento de las civilizaciones americanas.* Imago Mundi, N. 3, 23-37 (1954).

CANALS FRAU, S., *Préhistoire de l'amérique.* Paris, 1953.

CANALS FRAU, S., *Exploraciones arqueológicas en el antiguo Valle de Uco (Mendoza).* Córdoba, 1950.

CANALS FRAU, S., *Las ruinas de Malargüé, en la provincia de Mendoza.* Anal. Inst. Etnol. Amer., IV, 9-46 (1943).

CANALS FRAU, S., *La entrada de Diego de Rojas.* Anal. Inst. Etn. Nac., IV, 101-130 (1951).

CANALS FRAU, S., *Etnología de los Huarpes. Una síntesis.* Anal. Inst. Etnol. Amer., VII, 9-147 (1946).

CANALS FRAU, S., *Las poblaciones indígenas de la Argentina.* Buenos Aires, 1953.

CAÑAS PINOCHET, A., *Estudios de la lengua Veliche.* I Congr. Cient. Panamericano, III. Secc. I, 331-404. Santiago de Chile, 1911.

CAÑAS PINOCHET, A., *Breve diccionario de la lengua Veliche.* Rev. Chil. Hist. Nat. Santiago, 1907.

CARFIO, A., *Datos sobre la arqueología de los valles de Acarí y Yauca.* XXVII Congr. Int. Amer., I, 485-529. Lima, 1940.

Carta del Factor de Potosí Juan Lozano Machuca al Virrey del Perú. Relac. Geogr. Indias, II, Ap. Nº 3. Madrid, 1885.

Carta a Su Magestad del Oidor de los Charcas Lic. Juan de Matienzo. Relac. Geogr. Indias, II. Madrid, 1885.

CARTER, G. F., *Plant evidences for early contacts with America.* Southw. Journ. Anthr., VI, 161-182 (1950).

CARRERA, F. DE LA, *Arte de la lengua Yunga 1644.* Tucumán (1939).

CARRIÓN CACHOT, R., *Elementos culturales de tres épocas hallados en las necrópolis de Ancón.* Lima, 1951.

CARRIÓN CACHOT, R., *Andas y literas de la costa peruana. Importante ejemplar hallado recientemente en el Valle de Huaura.* Chaski, I, 49-70 (1940).

CARRIÓN CACHOT, R., *La luna y su personificación ornitomorfa en el arte chimú.* XXVII Congr. Int. Amer., I, 571-587. Lima, 1940.

CARRIÓN CACHOT, R., *Paracas.* Lima, 1949.

CASANOVA, E., *Investigaciones arqueológicas en el Altiplano boliviano*. Rel. Soc. Arg. Antropol., I, 167-172 (1937).

CASO, A., *Informe preliminar de las exploraciones realizadas en Michoacán*. Anal. Mus. Nac., 4ª Época, VI, 446-452 (1929).

CASO, A., *El mapa de Teozacoalco*. Cuad. Amer., XLVII, 145-181 (1949).

CASO, A., *La tumba de Monte Albán es mixteca*. Univ. México, IV, 117-150 (1932).

CASO, A., *Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán*. Obras Compl. M. O. de Mendizábal, 5-90. México, 1947.

CASO, A., *Las tumbas de Monte Albán*. Anal. Mus. Nac., 4ª Época, VIII, 641-648 (1933).

CASO, A., *Las estelas zapotecas*. México, 1928.

CASO, A., *New World culture history: Middle America*. Anthr. of Today, 226-237. New York, 1953.

CASO, A., *¿Conocieron la rueda los indígenas mesoamericanos?* Cuad. Amer., XXV, 193-197 (1946).

CASO, A., *Culturas mixteca y zapoteca*. Barcelona, 1936.

CASO, A., *Explicación del reverso del Códice Vindobonensis*. Mem. Col. Nac., V, 5. México s/a.

CASO, A., *Los hijos del Sol*. México, 1953.

CASO, A., *El paraíso terrenal en Teotihuacán*. Cuad. Amer., VI, 127-136 (1942).

CASO, A.-BERNAL, I., *Urnas de Oaxaca*. Mem. Inst. Antr. e Historia. México, 1952.

CASTAÑEDA PAGANINI, R., *Las ruinas de Palenque*. Guatemala, 1946.

CASTELNAU, F. DE, *Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud*. Troisieme Partie. Antiquités des Incas. Paris, 1852.

CASTILLERO, E. J., *Descubrimiento arqueológico en la República de Panamá*. Rev. de Indias, Nº 48, 1-5. Madrid, 1952.

CASTILLO LEDÓN, L., *La literatura*. Méx. Prehisp., 664-682. México, 1946.

CASTLE, W. E.-WRIGHT, S., *Studies of inheritance in Guinea pigs and rats*. Carneg. Inst. Publ. 241. Washington, 1916.

CASTRO, C. DE-ORTEGA MOREJÓN, D., *Relación y declaración del modo que este valle de Chincha y sus comarcanos se governavan antes de que oviese ingas y después*. Quellen z. Kulturg. Stud. z. Kulturk., III, Stuttgart, 1936.

CAVADA, F., *Chiloé y los chilotes*. Santiago, 1914.

CEREZO DARDÓN, H., *Breve historia de Tikal*. Antrop e Hist. Guatemala, III, 1-8 (1952).

CIEZA DE LEÓN, P., *Del señorío de los Incas*. Buenos Aires, 1943.

CIEZA DE LEÓN, P., *Primera parte de la crónica del Perú*. Col. Austr. Buenos Aires, 1945.

CLINE, H. F., *The apocryphical early career of J. F. Waldeck pioneer americanist*. Acta Amer., V, 278-300 (1947).

COBO, B., *Historia del Nuevo Mundo*. 4 tomos. Sevilla, 1890/95.

CÓDICE BOTURINI. En: KINGSBOROUGH, *Antiquities of Mexico*, I. London, 1831.

CÓDICE YANHUITLÁN. Inst. Nac. Antrop. e Hist. México, 1940.

COMAS, J., *Osteometría olmeca. Informe preliminar sobre los restos hallados en Cerro de las Mesas*

(Estado de Veracruz, México). Anal. Inst. Etnol. Amer., VI, 169-207. Mendoza, 1945.

COMAS, J., *La antropología física en México y Centro-América.* México, 1943.

COOPER, J. M., *The Araucanians.* Handb. South Amer. Ind., II, 687-760. Washington, 1946.

CLARKE, H., *Les origines des langues, de la mythologie et de la civilisation de l'Amerique dans l'Ancient Monde.* II C. Int. Amer., I, 156-200. Luxembourg, 1878.

COLLIER, D., *Peruvian stylistic influences in Ecuador.* Mem. Soc. Amer. Archaeol. Nº 4, 80-86 (1948).

CONZEMIUS, E., *Ethnographical survey of the Miskito and Sumu Indians.* Bur. Amer. Ethnol. Washington, 1941.

CORNEJO BOURONCLE, J., *Las momias incas. Trepanaciones craneanas en el antiguo Perú.* XXVII Congr. Int. Amer., I, 35-48. Lima, 1940.

CORNELY, F. L., *Cultura diaguita-chilena.* Rev. Chil. Hist. Nat., LI-LIII, 119-262 (1952).

CORNELY, F. L., *Cultura de El Molle.* La Serena, 1953.

CORNELY, F. L., *Apuntes arqueológicos de Guanaqueros.* Bol. Soc. Arqueol. La Serena, Nº 3 (1947).

CORNELY, F. L., *Nuevos descubrimientos arqueológicos en la provincia de Coquimbo.* Bol. Mus. Nac., XVIII, 9-16 (1940).

CORNELY, F. L.-LINDBERG, I. J., *Dos clavas cefalomorfas de piedra de los Araucanos.* Bol. Soc. Arqueol. La Serena, Nº 6, 6-7 (1952).

CORTÉS, H., *Cartas de relación de la conquista de Méjico.* Col. Austr. Buenos Aires, 1946.

CORONA NÚÑEZ, J., *Los dioses tarascos.* Méx. Prehisp., 526-541 (1946).

COVARRUBIAS, M., *Tlatilco. El arte y la cultura preclásica del Valle de México.* Cuad. Amer., LI, 149-162 (1950).

COVARRUBIAS, M., *El arte olmeca o de La Venta.* Cuad. Amer., XXVIII, 153-179 (1946).

CRÉQUI-MONFORT, C. DE, *Fouilles de la Mission Scientifique Française a Tiahuanaco.* XIV Congr. Int. Americ., 531-551. Stuttgart, 1906.

CHILDE, V. G., *Man makes himself.* Thinker's Libr. London, 1941.

CHILDE, V. G., *Qué sucedió en la Historia.* Buenos Aires, 1950.

CHRISTIAN, F. W., *Polynesian and oceanic elements in the Chimu and Inca languages.* Journ. Polyn. Soc., XLII, 144-156 (1932).

DAIFUKU, H., *A new conceptual scheme for prehistoric cultures in the Southwestern United States.* Amer. Anthr., LIV, 191-200 (1952).

D'ALOJA, A., *Informe sobre la investigación antropológica-demográfica realizada en Centroamérica.* México, 1939.

DAMM, H., *Methoden der Feldbewässerung in Ozeanien.* Südseestudien. Basel, 1952.

DÁVALOS HURTADO, E., *Una interpretación de los Danzantes de Monte Albán.* En: *Homenaje a Alfonso Caso,* 133-141 (1951).

DEBENEDETTI, S., *L'Ancienne civisation des Barreales du Nord-Ouest Argentin.* Paris, 1931.

DEBENEDETTI, S., *Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, Prov. de Jujuy).* Bol. Acad. Nac. Córdoba, XXXIII. Buenos Aires, 1918.

DEBENEDETTI, S., *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de San Juan.* Buenos Aires, 1916.

DEBENEDETTI, S., *Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del Noroeste Argentino.* Buenos Aires, 1912.

DÍAZ DEL CASTILLO, B., *Conquista de la Nueva España.* 2 tomos. Madrid, 1933.

DIBBLE, CH. A., *El antiguo sistema de escritura en México.* Rev. Mex. Est. Antr., IV, 105-128 (1940).

DIXON, R. B., *Contacts with America across the Southern Pacific.* Toronto, 1933.

D'ORBIGNY, A., *Viajes por la América Meridional.*

DRUCKER, PH., *Ceramic sequences at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico.* Bur. Amer. Ethnol. Washington, 1943.

DRUEKER, PH., *La Venta, Tabasco. A study of Olmec ceramics and Art.* Bur. Amer. Ethnol. Washington, 1952.

DUQUE GÓMEZ, L., *Los últimos hallazgos arqueológicos en San Agustín.* Rev. Inst. Etnol., II, 5-43. Bogotá, 1946.

DU SOLIER, W. A., *A reconnaissance on Isla de Sacrificios.* Notes Middl. Amer. Arch. Ethnol., número 14 (1943).

EICKSTEDT, E. VON, *Rassenkunde und Rassengeschichte der Menschheit.* Stuttgar, 1934.

EKHOLM, G. F., *The probable use of Mexican stone yokes.* Amer. Anthropol., XLVIII, 593-606 (1946).

EKHOLM, G. F., *Excavations at Tampico and Pánuco in the Huasteca, Mexico.* Anthr. Pap. Amer. Mus. Nat. Hist., XXXVIII, 321-512 (1944).

EMORY, K. P., *Polynesian stone remains.* Papers Peab. Mus. Cambridge, XX, 9-21 (1943).

ERCILLA ZÚÑIGA, A. DE, *La Araucana.* Colecc. Austral. Buenos Aires, 1947.

ERKES, E., *Chinesisch-amerikanische Mythenparalellen.* Mitt. Deutsch. Amerikanistenver. I. Würzburg, 1926.

ESTRADA BALMORÍ, E., *La decoración en la cerámica de Chupícuaro.* Rev. Mex. Estud. Antropol. VII, 103-112 (1945).

ESTRADA BALMORÍ, E., *Funeraria en Chupícuaro, Guanajuato.* Anal. Inst. Nac. Antr. e Hist., III, 79-84 (1949).

FARFÁN, J. M. B., *Poesía folklórica quechua.* Rev. Inst. Antropol. II, 525-625. Tucumán, 1942.

FEJOS, P., *Archaelogical explorations in the Cordillera Vilcabamba Southeastern Peru.* Viking Fund Publ. New York, 1944.

FERDON, E. N., *Preliminary notes on artifacts from La Libertad, Ecuador.* El Palacio, XLVIII, 204-210 (1941).

FERDON, E. N., *The excavation at La Libertad.* El Palacio, XLVIII, 38-42 (1941).

FERDON, E. N., *The archaelogical survey of Ecuador.* El Palacio, XLVII, 137-145 (1940).

FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, L., *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada.* Amberes, 1688.

FEWKES, J. W., *Certain antiquities of Eastern Mexico.* 25th Ann. Rep. Bur. Amer. Ethnol., 221-284 (1907).

FINSTERBUSCH, C. A., *Las dalcas de Chiloé y los Chilotes.* Santiago, 1934.

FOSTER, G. M., *Sierra Popoluca folklore and beliefs.* Univ. Calif. Public., XLII, 177-250 (1943).

FOSTER, G. M., *The geographical, linguistic and cultural position of the 'Popoluca' of Veracruz.* Amer. Anthropol., XLV, 531-546 (1945).

FRANCO INOJOSA, J. M., *Arqueología sudperuana. Informe sobre los trabajos arqueológicos de la Misión Kidder en Pukara.* Rev. Mus. Nac., IX, 128-142 (1940).

FRANCO INOJOSA, J. M., *Arqueología del Cusco. Ruinas de Chamankalla, Quillarumi, Inkarakay y Salakaka.* Rev. Mus. Nac., VIII, 250-264 (1939).

FRANCO INOJOSA, J. M., *Esquema para un ensayo retrospectivo de la colonización inca.* XXVII. Congreso Int. Amer., II, 211-227, Lima, 1942.

FRIEDERICI, G., *Amerikanistisches Wörterbuch.* Hamburg, 1947.

GAFFAREL, P., *Les Phéniciens en Amérique.* I. Congr. Int. Amer., Nancy, 1875.

GALINDO, J., *Informe de la Comisión Científica formada para el reconocimiento de las antigüedades de Copán (1834).* Anales Soc. Geogr. e Hist. Guatemala, XX, 217-228 (1945).

GÁLVEZ, L. F., *Las grandes necrópolis de Ancón.* Mercurio Peruano, XXXIII, 313-331 (1952).

GALLO, A., *Las ruinas de Tiahuanaco.* Rev. Univ. Buenos Aires, 5. Secc., I, 45-152 (1925).

GAMIO, M., *La población del Valle de Teotihuacán.* 3 tomos, México, 1922.

GAMIO, M., *Las excavaciones del Pedregal de San Angel y la cultura arcaica del Valle de México.* Amer. Anthropol., XXI (1920).

GAMIO, M., *Arqueología de Azcapotzalco, D. F., México.* XVIII Congr. Int. Amer. London, 1912.

GAMIO, M., *Cultural evolution in Guatemala.* Art a. Archaelogy, XXII y XXIII (1926-1927).

GANDÍA, E. DE, *Contribución al estudio de los orígenes de las cacerías Chacú.* XXV Congr. Int. Amer., I, 127-134. La Plata, 1934.

GANN, TH.-GANN, M., *Archaelogical investigations in the Corozal District of Britisch Honduras.* Anthrop. Papers Nº 7. Bur. Amer. Ethnol. Washington, 1939.

GARCÍA PAYÓN, J., *Sinopsis de algunos problemas arqueológicos del Totonacapan.* El Méx. Ant., VI, 301-332 (1947).

GARCÍA PAYÓN, J., *Exploraciones arqueológicas en el Totonacapan meridional (Reg. de Misantla, Ver.).* Anal. Inst. Nac. Antr. e Hist., II, 73-111 (1947).

GARCÍA PAYÓN, J., *La pirámide del Tajín. Estudio Analítico.* Cuad. Amer., LX, 153-177 (1951).

GARCÍA PAYÓN, J., *Zempoala. Compendio de su estudio arqueológico. México,* 1949.

GARCÍA PAYÓN, J., *Los monumentos arqueológicos de Malinalco, Estado de México.* Rev. Mex. Est. Antrop., VIII, 5-63 (1946).

GARCÍA DE PALACIO, D., *Relación hecha por el Licenciado Palaciò al Rey D. Felipe II en la que describe la provincia de Guatemala.* Col. Doc. Inéd. Amér. y Oceanía, VI, 5-40. Madrid, 1866.

GARCILASO DE LA VEGA, *Comenta-*

rios reales. 2 tomos. Buenos Aires.

GAYTON, A. H., *The Uhle collections from Nieveria*. Univ. Calif. Publ., XXI, 305-329 (1927).

GAYTON, A. H.-KROEBER, A. L., *The Uhle collections from Nazca*. Univ. Calif. Publ., XXIV, 1-46 (1927).

GÉNIN, A., *Note sur les objects précorteziens nommés indûment Yugos*. XXII Congr. Int. Amer., 521-528. Roma, 1928.

GILLIN, J., *Moche, a peruvian coastal community*. Inst. Soc. Anthrop. Publ. N. 3. Washington, 1947.

GILLIN, J., *The ways of men*. New York, 1948.

GIRARD, R., *El Popol-Vuh, fuente histórica, I: El Popol-Vuh como fundamento de la historia maya-quiché*. Guatemala, 1952.

GLADWIN, H. S., *Men out of Asia*. New York, 1947.

GLADWIN, H. S., *Excavations at Snaketown: comparisons and theories*. Gila Pueblo Medaill. Pap. N. 26. Globe, 1937.

GLADWIN, W.-GLADWIN, H. S., *A method for the designation of cultures and their variations*. Gila Pueblo Med. Pap. N. 15. Globe, 1934.

GLADWIN, H. S. y colab., *Excavations at Snaketown: material culture*. Gila Pueblo Med. Pap. N. 25. Globe, 1937.

GLOCK, W. P., *Principles and methods of thee ring analysis*. Carn. Inst. Publ. N. 486. Washington, 1937.

GÓMEZ ROBLEDA, J., *Pescadores y campesinos tarascos*. México, 1940.

GORDON, G. B., *Prehistoric ruins of Copan, Honduras. A preliminary report of the excavations by the Musseum, 1891-1895*. Mem. Peab. Mus. Harvard, 1896.

GORDON, G. B., *Researches in the Ulua Valley, Honduras*. Mem. Peab. Mus. Harvard, I, 4 (1898).

GOULD, H. N., *Anthropometry of the Chol Indians of Chiapas, Mexico*. Middl. Amer. Research Rec., I, 91-122 (1946).

GRAEBNER, F., *Metodología etnológica*. La Plata, 1940.

GRIFFIN, J. B.-ESPEJO, A., *La alfarería correspondiente al último período de ocupación nahua del Valle de México*. Tlatelolco a Trav. de los Tiempos, IX, 10-26 y XI, 15-90 (1950).

GUZMÁN POMA DE AYALA, F., *El nuevo corónica y buen gobierno*. París, 1936.

GROTIUS, H. DE, *Disertatio de origine gentium americanorum*. Amsterdam, 1643.

GUEVARA, T., *Sobre el origen de los Araucanos*. Rev. Chil. Hist. y Geogr., LXIX, 137-143 (1930).

GUEVARA, T., *Chile prehispano. Historia de Chile*. I. Santiago, 1929.

GUIGNES, J. DE, *Recherches sur la navigation des Chinois du côté de l'Amérique*. Mém. Acad. Inscript. et Bell. Lettr., XXVIII. Paris, 1761.

GUNCKEL, H., *Antropofagia entre los primitivos mapuches*. Bol. Soc. Biolog., Concepción, 1943.

HABEL, S., *The sculptures of Santa Lucia Cosumalhuapa*. Smiths. Contrib. to Knowledge. Washington, 1878.

HANDY, E. S. C., *The problem of Polynesian origins*. Honolulu, 1930.

HANDY, E. S. C., *Two unique petroglyphs in the Marquesas which*

point to Easter Island and Malasia. Pap. Peab. Mus. Harvard, XX, 22-31 (1943).

HANDY, E. S. C., *Probable sources of Polynesian culture.* Proc. Third Pan-Pacf. Sc. Congr., II, 2459-2468. Tokyo, 1928.

HANDY, E. S. C., *Polynesian religion.* Honolulu, 1927.

HARTCOURT, R. D', *Tressage de frondes a Nazca.* Journ. Soc. Amer. Paris, XXXVIII, 91-99 (1949).

HARTCOURT, R. et M. D', *La musique des Incas et ses survivances.* Paris, 1925.

HATT, G., *The Corn Mother in America and Indonesia.* Anthropos, XLVI, 853-914 (1951).

HAURY, E. W., *The problem of contacts between the Southwestern United States and Mexico.* South. Journ. Anthrop., I, 55-74 (1945).

HAURY, E. W., *Arizona's ancient irrigation builders.* Nat. History, LIV, 300-310 (1945).

HAURY, E. W., *The excavation of Los Muertos and neighboring ruins in the Salt River Valley, Southern Arizona.* Pap. Peab. Mus. Harvard, XXIV, 1 (1945).

HAURY, E. W., *The stratigraphy and archaeology of Ventana Cave, Arizona.* Alburquerque, 1950.

HEINE-GELDERN, R., *Die Osterinseltschrift.* Anthropos, XXXIII, 815-909 (1938).

HEINE-GELDERN-EKHOLM, G. F., *Significant paralels in the symbolic arts of Southern Asia and Middle America* XXIX Congr. Int. Amer., I, 299-308. New York, 1951.

HELFRITZ, H., *El juego de los voladores en México.* Rev. Geogr. Amer., XXII, 277-281 (1944).

HENDRICHS, P. R., *El cultivo de abejas indígenas en el Estado de Guerrero.* El México Antiguo, V, 365-373 (1940-41).

HENTZE, K., *Objects rituels, croyances et dieux de la Chine antique et de l'Amérique.* Anvers, 1936.

HERNÁNDEZ DE ALBA, G., *Sub-Andean tribes of the Cauca Valley.* Hand. South Amer. Ind., IV, 297-327. Washington, 1948.

HERNÁNDEZ DE ALBA, G., *Tribes of the North Colombia lowlands.* Handb. South Amer. Ind., IV, 329-338. Washington, 1948.

HERNÁNDEZ DE ALBA, G., *The archaelogy of San Agustin and Tierradentro.* Handb. S. Amer. Ind., II, 851-859. Washington, 1946.

HERRERA, A. DE, *Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y Tierra-Firme de el Mar Océano.* 10 tomos. Asunción del Paraguay, 1944.

HOLMES, W. H., *Archaelogical studies among the ancient cities of Mexico.* Field Columb. Mus. Anthrop. Series, I (1895-97).

HORKHEIMER, H., *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú.* Trujillo, 1944.

HORN, G., *De origibus americanis.* 1652.

HONBOSTEL, E. M. VON, *Chinesische Ideogramme in Amerika.* Anthropos, XXV, 953-960 (1930).

HOOTON, E. A., *Skeletons from the Cenote of Sacrifice at Chichen Itzá.* The Mayas a. their Neighb., 272-280. New York, 1940.

HRLICKA, A., *The Pueblos, with comparative data on the bulk of the tribes of the Southwest and Northern Mexico.* Amer. Journ. Phys. Anthropol. XX, 235-460 (1935).

HUTCHINSON, J. B. y colab., *The evolution of Gossypium and the differentiation of the cultivated cottons*. Oxford, 1947.

IBARRA GRASSO, D. E., *Un nuevo panorama de la arqueología boliviana*. Cuad. Amer., LXXI, 143-167 (1953).

IBARRA GRASSO, D. E., *La escritura indígena andina*. La Paz, 1953.

IMBELLONI, J., *El "Génesis" de los pueblos protohistóricos de América. La narración guatemalteca*. Bol. Acad. Argent. Letras, VIII, 539-628. Buenos Aires, 1940.

IMBELLONI, J., *Escritura mochica y escritura americana*. Rev. Geogr. Amer., XVIII, 212-226.

IMBELLONI, J., *Sobre los vocablos "Pachacuti" y "Pachacutec" de los cronistas y sus determinantes gramaticales y semánticas*. XXVII Congr. Int. Amer., II, 61-73. Lima, 1942.

IMBELLONI, J., *Los pueblos deformadores de los Andes*. Anal. Mus. Nac. Hist. Nat., XXXVII, 209-254 (1933).

IMBELLONI, J., *Recientes estudios craneológicos sobre los antiguos peruanos. Nueva fase de la vieja cuestión de los dolicocéfalos del Perú*. Bol. Bibl. Antr. Americana, VII, 85-99 (1946).

IMBELLONI, J., *Visita a algunos "balasaya" de la costa peruana*. Anal. Inst. Etn. Amer., III, 9-22. Mendoza, 1942.

IMBELLONI, J., *El ioki mágico; la fórmula de encantamiento del carpintero maorí al derribar un árbol, conservada textualmente en el cuento chileno del Viejo Tatrapay*. Bol. Soc. Cient. Santa Fe, III, 1 (1931).

IMBELLONI, J., *Epítome de culturología. Bibl.* Humanior. Buenos Aires, s. a.

IRIBARREN CHERLIN, J., *Nuevos hallazgos arqueológicos de la cultura de El Molle*, Rev. Universit. XXXVII, 191-219. Santiago de Chile, 1953.

IXTLILXÓCHITL, F. DE A., *Historia chichimeca*. Kingsborough, Antiquities of Mexico, IX, 197-316.

JIJÓN Y CAAMAÑO, J., *Maranga. Contribución al conocimiento de los aborígenes del Valle del Rimac, Perú*. Quito, 1949.

JIJÓN Y CAAMAÑO, J., *Los orígenes del Cuzco*. Anal. Univ. Central, LII y LIII (1934).

JIJÓN Y CAAMAÑO, J., *Una gran marea cultural en el noroeste de Sudamérica*. Journ. Soc. Amer., XXII, 107-197 (1930).

JIJÓN Y CAAMAÑO, J., *Puruhá. Contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia del Chimborazo*. 2 tomos. Quito, 1927.

JIJÓN Y CAAMAÑO, J., *Las civilizaciones del sur de Centro América y el noroeste de Sud América*. XXIX Congr. Int. Amer., I, 165-172. New York, 1951.

JIMÉNEZ, E., *Los Chibcha*. Bol. Arqueología, I, 119-131. Bogotá, 1945.

JIMÉNEZ BORJA, A., *Instrumentos musicales peruanos*. Rev. Mus. Nacional XIX-XX, 37-190 (1950-51).

JIMÉNEZ MORENO, W., *El enigma de los Toltecas*. Cuad. Amer. V (1942).

JIMÉNEZ MORENO, W., *Cronología de la historia precolombiana de México*.

JOHNSON, F., *The linguistic map of Mexico and Central America.* The maya a. their Neighb., 88-114. New York, 1940.

KARSTEN, R., *A totalitarian state of the past. The civilization of the Inca Empire in Ancient Peru.* Helsingfors, 1949.

KELLY, I., *The bottle gourd and Old World contacts.* En: Homenaje a A. Caso, 207-214. México, 1951.

KIDDER, A. V., *South American penetrations in Middle America.* The Mayas a. their Neighb., 441-459. New York, 1940.

KIDDER, A. V., *Kaminaljuyú, Guatemala. Addenda and corrigenda.* Notes on Middl. Amer. Arch. a. Ethnol. N. 89, 224-232. Washington, 1948.

KIDDER, A. V., *Archaeological problems of Higland Maya.* The Mays a. their Neighb., 117-125. New York, 1940.

KIDDER, A. V., *Southwestern archaeological conference reported.* Science, LXVI, N. 1716 (1927).

KIDDER, A. V. y colab., *Excavations at Kaminaljuyú.* Carneg. Inst. Publ., 561. Washington, 1946.

KIDDER, A., *Preliminary notes on the archaeology of Pucara, Puno, Peru.* XXVII Congr. Int. Amer., I, 341-345. Lima, 1940.

KIDDER, A., *Some early sites in the Northern Lake Titicaca Bassin.* Pap. Peab. Mus. Harvard, XXVII, 1 (1943).

KIRCHHOFF, P., *Los pueblos de la Historia Tolteca-Chichimeca, sus migraciones y parentescos.* Rev. Mex. Est. Antr., IV, 77-104 (1940).

KIRCHHOFF, P., *Mesoamérica.* Acta Americana, I, 92-107 (1943).

KNOCHE, W., *Ein Binsenboot bei Cahuil.* Zeitschr. f. Ethnol., LII, 307-309 (1930).

KRICKEBERG, W., *Los Totonaca.* México, 1933.

KRICKEBERG, W., *Olmèken und Tolteken. Nach den jüngsten Ergebnisse der mexikanischen Archäologie.* Zeitschr. f. Ethnol., LXXV, 13-35 (1950).

KROEBER, A. L., *Antropologia general.* México, 1945.

KROEBER, A. L., *Stimmulus diffusion.* Amer. Anthrop., XLII, 1-20 (1940).

KROEBER, A. L., *Peruvian archaelogy in 1942.* Viking Fund Publ. N. 4. New York, 1944.

KROEBER, A. L.-STRONG, W. D., *Uhle collection from Chincha.* Univ. Calif. Publ., XXI, 1-54 (1924).

KROEBER, A. L., KLUCKHOHN, C., *Culture. A critical review of concepts and definitions.* Pap. Peab. Mus. Harvard, XLVII, 1 (1952).

KROEBER, A. L.-MUELLE, J. C., *Cerámica paleteada de Lambayeque.* Rev. Mus. Nacional, XI, 1-24 (1942).

KUTSCHER, G., *Ritual races among the early Chimu.* XXIX Congr. Int. Amer., I, 244-251. New York, 1951.

LAET, J. DE, *Responsio ad dissertationem secundam Hugonius Grotii.* 1644.

LAFÓN, C. R., *El aríbalo incaico. Ensayo de una clasificación tipológica.* Runa, III, 211-217 (1950).

LAFONE QUEVEDO, S., *The Chanca confederacy,* 1912.

LARCO HOYLE, R., *Los Mochicas.* 2 tomos. Lima, 1938-1939.

LARCO HOYLE, R., *A culture sequence for the North Coast of Peru.*

Hand. South Amer. Ind. II, 149-182. Washington, 1946.

LARCO HOYLE, R., *Los Cupisniques*. Lima, 1941.

LARCO HOYLE, R., *La cultura Virú*. Buenos Aires, 1945.

LARCO HOYLE, R., *La cultura Salinar*. Buenos Aires, 1945.

LARCO HOYLE, R., *Cronología arqueológica del norte del Perú*. Buenos Aires, 1948.

LARSEN, H., *The Mexican Indian flying pole dance*. Nat. Geogr. Magazine, LXXI, 387-400 (1937).

LASTRES, J. B., *Algunos problemas modernos de la medicina incaica*. Rev. Mus. Nacional, XV, 33-49 (945).

LATCHAM, R. E., *La edad de piedra en Taltal*. Bol. Mus. Hist. Nat., XVII, 3-32. Santiago, 1939.

LATCHAM, R. E., *Arqueología de la región atacameña*. Santiago, 1938.

LATCHAM, R. E., *Los Incas, sus orígenes y sus ayllus*. Santiago, 1928.

LATCHAM, R. E., *La alfarería indígena chilena. Santiago*, 1928.

LATCHAM, R. E., *Metalurgia atacameña*. Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., XV, 107-151 (1936).

LATCHAM, R. E., *Notas sobre la alfarería atacameña*.

LATCHAM, R. E., *Los indios de la Cordillera y la Pampa en el siglo* XVI. Rev. Chil. Hist. y Geogr. Nº 33-69 (1929-30).

LATCHAM, R. E., *Antropología chilena*. Rev. Mus. La Plata, XVI, 241-319 (1909).

LATCHAM, R. E., *Correlaciones arqueológicas entre Perú y Chile*. XXVII Congr. Int. Amer., I, 267-275. Lima, 1940.

LATCHAM, R. E., *La dalca de Chiloé y los canales patagónicos*. Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., XIII, 63-72 (1939).

LATCHAM, R. E., *La organización social y las creencias de los antiguos Araucanos*. Publ. Mus. Etn. y Antropol., III, 245-868 (1922).

LATCHAM, R. E., *La prehistoria chilena*. Santiago, 1928.

LAUFER, B., *The introduction of maize into Eastern Asia*. XV Congreso Int. Amer., I, 223-257. Quebec, 1907.

LECHE, S. M., *Anthropometry of Zapotecas and Mixtecas*. 1936.

LEHMANN-NITSCHE, R., *Arqueología peruana. Coricancha. El templo del Sol en el Cuzco y las imágenes de su altar mayor*. Rev. Mus. La Plata, XXXI, 1-260 (1928).

LENZ, R., *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. 2 tomos. Santiago, 1904-10.

LEVI-STRAUSS, CL., *Sur certaines similarités structurales des langues Chibcha et Nambikwara*. XXVIII Congr. Int. Amer., 185-192. Paris, 1948.

LINNÉ, S., *The expedition to Mexico sent out in 1934-35 by the Ethnographic Museum of Sweden*. Ethnos, I, 31-48 (1936).

LINNÉ, S., *Mexican highlands cultures*. Stockholm, 1942.

LINNÉ, S., *Archaeological researches at Teotihuacán*. Stokholm, 1934.

LINNÉ, S., *The thin orange pottery of Mexico and Guatemala*. Ethnos, XII, 127-137 (1947).

LINTON, R., *Estudio del Hombre*. México, 1942.

LIZÁRRAGA, R. DE, *Descripción colonial*. 2 tomos. Buenos Aires, 1916.

LONGYEAR, J. M., *A historical inter-*

pretation of Copan archaeology. XXIX Congr. Int. Amer., I, 86-92. New York, 1951.

LOOSER, G., *Urnas funerarias de greda de tipo diaguita halladas en Chile.* Rev. Inst. Etnol., II, 145-154. Tucumán, 1931.

LOOSER, G., *Araucanian textiles.* Chile, III, 5-9. New York, 1927.

LOOSER, G., *La representación de figuras humanas y de animales por los Araucanos.* Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., XII, 25-41 (1929).

LÓPEZ DE COGOLLUDO, D., *Historia de Yucatán.* 2 tomos. Mérida, 1867-68.

LÓPEZ DE GOMARA, F., *Crónica de la Nueva España.* Madrid, 1749.

LORD KINSBOROUGH, *Antiquities of Mexico.* 9 tomos. London, 1831-48.

LOTHROP, S. K., *Gold ornaments of Chavin style from Chongoyape, Peru.* Amer. Antiquity. VI, 250-262 (1941).

LOTHROP, S. K., *Zacualpa. A study of ancient Quiche artifacts.* Washington, 1936.

LOTHROP. S. K., *Tulum. An archaeological study of the East Coast of Yucatan.* Carneg. Inst. Publ. N. 335. Washington, 1924.

LOUGHBOROUGH, J. L. *Notes on the trepanation of prehistoric crania.* Amer. Anthrop., XLVIII, 416-422 (1946).

LUOMALA, M., *The menehune of Polynesia.* Honolulu, 1951.

LLANOS, L. A., *Trabajos arqueológicos en el Departamento del Cuzco. Informe sobre Ollantaytambo.* Rev. Mus. Nacional, V, 123-156 (1936).

MACCOWN, TH. D., *Pre-incaic Huamachuco. Survey and excavations in the region of Huamachuco and Cajabamba.* Univ. Calif. Publ., XXXIX, 223-400 (1945).

MACGREGOR, J. C., *Southwestern archaeology.* New York, 1941.

MACLENNAN, J. F., *Studies in ancient history.* London, 1886.

MANGELSDORF, P. C.-REEVES, R. G., *The origin of Indian corn and its relatives.* College Station, 1939.

MARIÑO DE LOVERA, P., *Crónica del Reyno de Chile.* Colec. Hist. Chile, VI. Santiago, 1865.

MÁRQUEZ MIRANDA, F., *Región meridional de América del Sur.* México, 1954.

MÁRQUEZ MIRANDA, F., *Los diaguitas y la guerra.* Anal. Inst. Etnol. Amer., III y IV. Mendoza, 1942-43.

MARQUINA, I.-RUIZ, L. A., *La orientación de las pirámides.* XXV Congr. Int. Amer., II, 101-106. La Plata, 1934.

MARTÍ, S., *Flautilla de penitencia. Fiesta grande de Tezcatlipoca.* Cuad. Amer., LXXII, 147-157 (1953).

MARTIN, P. S.-RINALDO, J. B., *The Southwestern co-tradition.* Southw. Journ. Anthrop., VII, 215-229 (1950).

MÁRTIR DE ANGLERÍA, P., *Décadas del Nuevo Mundo.* Buenos Aires, 1944.

MASON, J. A., *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona culture.* Field Mus. Nat. Hist. Anthrop. Series, XX (1931-1939).

MASON, J. A., *The languages of South American Indians.* Handb. South Amer. Ind., VI, 157-317. Washington, 1950.

MEANS, PH. A., *Ancient civilizations of the Andes.* New York, 1931.

MEDINA, J. T., *Los aborígenes de Chile*. Santiago, 1882.

MEJÍA XESPE, T., *Los cinco preceptos de la administración incaica*. Rev. Arqu. Mus. Larco Herrera, II. Lima, 1924.

MELGAR, J. M., *Antigüedades mexicanas*. Bol. Soc. Mex. Geogr. y Estadística, I, 292-297 (1869).

MELGAREJO VIVANCO, *Historia de Veracruz*. Jalapa, 1949.

MÉTRAUX, A., *Le shamanisme Araucan*. Rev. Inst. Antrop., II, 309-362. Tucumán, 1942.

MÉTRAUX, A., *Civilización material de los indios Uro-Chipaya de Carangas (Bolivia)*. Rev. Inst. Etnol., III, 85-130. Tucumán, 1935.

MÉTRAUX, A.-KIRCHHOFF, P., *The Northeastern extension of Andean culture*. Handb. S. Amer. Ind., IV, 349-368. Washington, 1948.

MEYER, R., *Noticia sobre los petroglifos de Tula, Hgo*. Rev. Mex. Est. Antrop., III, 122-128 (1940).

MIDDENDORF, E. W., *Das Hochland von Peru. Peru III*. Berlin, 1895.

MILLÁN DE PALAVECINO, M. D., *El poncho (Estudio etno-geográfico)*. Buenos Aires, 1954.

MITRE, B., *Las ruinas de Tiahuanaco. Recuerdos de viaje*. Buenos Aires, 1879.

MOEDANO KOER, H., *Jaina: un cementerio maya*. Rev. Mex. Est. Antrop., VIII, 217-242 (1946).

MOESBACH, P. E. W. DE, *Vida y costumbres de los Araucanos en la segunda mitad del siglo* XIX. Rev. Chil. Hist. y Geogr. Nº 66-71. Santiago, 1930-31.

MONTANDON, G., *L'ologenese culturelle. Traité d'Ethnologie cyclo-culturelle et d'ergologie systematique*. Paris, 1934.

MONZÓN, A., *La organización social de los aztecas*. Mex. Prehispánico, 791-803. México, 1946.

MONZÓN, A., *El calpulli en la organización social de los Tenochca*. México, 1949.

MORENO, M. M., *La organización política y social de los Aztecas*. México, 1931.

MORGAN, L. H., *La sociedad primitiva*. La Plata, 1935.

MORLEY, S. G., *La civilización maya*. México, 1947.

MORÚA, M. DE, *Los orígenes de los Inkas*. Lima, 1946.

MOSTNY, G., *Ciudades atacameñas*. Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., XXIV, 125-211 (1949).

MOSTNY, G., *Una tumba de Chiuchiu*. Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., XXVI, 1-55 (1952).

MOSTNY, G., *Un cementerio incásico en Chile Central*. Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., XXIII, 17-41 (1947).

MOSTNY, G., *Excavaciones en Arica*. Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., XXII, 135-145 (1944).

MOSTNY, G., *Informe preliminar sobre las excavaciones efectuadas en la costa chilena entre Pisagua y Coquimbo*. Bol. Mus. Nac. Hist. Nat., XX, 97-132 (1942).

MUELLE, J. C., *Pacarectambo. Apuntes de viaje*. Rev. Mus. Nacional, XIV, 152-160 (1945).

MUELLE, J. C.-WELLS, J. R., *Las pinturas del templo de Pachacamac*. Rev. Mus. Nacional, VIII, 265-282 (1939).

MURIEL PORTER, N., *Tlatilco and the pre-classic cultures of the New World*. Viking Fund Publ. Nº 19. New York, 1953.

NEWMAN, M. T., *Indian skelettal*

material from the Central Coast of Peru. Anthr. Pap. Peab. Mus. Harvard, XXVII, 1-71 (1947).

NEWMAN, M. T., *A metric study of undeformed Indian crania from Peru.* Amer. Journ. Phys. Anthrop., I, 21-45 (1943).

NEWMAN, M. T., *The sequence of Indian physical types in South America.* The Physic. Anthr. Amer. Ind. 69-97. New York, 1951.

NEWMAN, M. T., *A summary of the racial history of the Peruvian area.* Mem. Soc. Amer. Archaeol. Nº 4, 16-19 (1948).

NOGUERA, E., *Exploraciones en "El Opeño", Michoacán.* XXVII Congreso Int. Amer., 574-586. México, 1942.

NOGUERA, E., *Cultura de El Opeño.* El Méx. Antiguo (1946).

NOGUERA, E., *Exploraciones arqueológicas en las regiones de Zamora y Pátzcuaro, Estado de Michoacán.* Anal. Mus. Nac., 4ª Época, VII (1931).

NOGUERA, E., *Excavations at Tehuacan.* The Mayas a. their Neighb., 305-319. New York, 1940.

NORDENSKIÖLD, E., *Origin of the Indian civilizations in South America.* Toronto, 1933.

NUMELIN, R., *Les migrations humaines.* Paris, 1939.

O'BRYAN, D., *The abandonment of the Northern Pueblos in the thirteenth century.* XXIX Congr. Int. Amer., III, 153-157. New York, 1952.

O'NEALE, L. M., *Archaeological explorations in Peru: Textiles of the early Nazca period.* Anthr. Mem. Field Mus., II, 119-218 (1937).

O'NEALE, L. M., *Textil periods in ancient Peru: II, Paracas Caverns and the Grand Necropolis.* Univ. Calif. Publ., XXXIX, 143-202 (1942).

OTERO, A., *Tiahuanacu.* Colección Buen Aire. Buenos Aires s/a.

OYARZÚN, A., *Hachas de cobre usadas por los Araucanos en la guerra de la conquista de Chile.* Publ. Mus. Etnol. y Antrop., II, 175-181 (1920).

OYARZÚN, A., *Influencias de la cultura de Atacama en la Araucanía.* XXVII Congr. Int. Amer. I, 277-287. Lima, 1940.

OYARZÚN, A., *Cultura aborigen de Chiloé.* Santiago, 1935.

OYARZÚN, A., *Las calabazas pirograbadas de Calama.* Rev. Chil. Hist. y Geogr. Nº 66, 82-104 (1929).

OYARZÚN, A., *Cestería de los antiguos Atacameños.* Rev. Chil. Hist. y Geogr. Nº 68, 178-184 (1930).

OYARZÚN, A., *Los aborígenes de Chile.* En: Festschrift P. W. Schmidt, 530-541.

OYARZÚN, A., *Tejidos de Calama.* Santiago, 1930.

OYARZÚN, A., *Las tabletas y los tubos para preparar la parica en Atacama.* Rev. Chil. Hist. y Geogr. Nº 72, 68-76 (1931).

PALAVECINO, E., *Elementos oceánicos en el quechua.* Gaea, II, 256-263 (1926).

PARAVEY, H. DE, *L'Amérique sous le nom de Fou-Sang a-t-elle été connue en Asie dès le cinquième siècle de notre ère?* Paris, 1884.

PARDAL, R., *Medicina aborigen americana.* Bibliot. Humanior. Buenos Aires s/a.

PARDO, L. A., *La metrópoli de Paccaritampu.* Rev. Secc. Arqueol. del Cuzco, II, 3-46 (1946).

PARDO, L. A., *Ollantaytampu (una ciudad megalítica)*. Rev. Secc. Arqueol. del Cuzco, II, 47-73 (1946).

PARDO, L. A., *Hacia una nueva clasificación de la cerámica cuzqueña del antiguo Imperio de los Incas*. Rev. Inst. Arqueol. Cuzco, III, 3-22 (1938).

PARK, W. Z., *Tribes of the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*. Handb. South Amer. Ind., II, 865-886. Washington, 1946.

PAULOTTI, O. Y COL., *Contribución a la craneología de Catamarca*. Rev. Inst. Antrop. Tucumán, IV, 249-268 (1949).

PÉREZ DE BARRADAS, J., *Los Muiscas antes de la Conquista*. Madrid, 1950.

PÉREZ DE BARRADAS, J., *Arqueología agustiniana*. Bogotá, 1943.

Piedras Negras Preliminary Papers. University of Pennsylvania. Nos. 1 a 5. Philadelphia, 1933-36.

PIGGOTT, ST., *Prehistoric India*. Hardmondsworth, 1952.

PISSURLANCAR, P. S. S., *Recherches sur la découverte de l'Amérique par les anciens hommes de l'Inde*. Sanquelim-Goa, 1920.

POLO DE ONDEGARDO, J., *Informe del licenciado Juan Polo de Ondegardo al licenciado Briviesa de Muñatones sobre la perpetuidad de las encomiendas en el Perú*. Rev. Histórica, XIII, 125-196. Lima, 1940.

POPENOE, D. H., *Some excavations at Playa de los Muertos, Ulua River, Honduras*. Maya Research, I, 61-86 (1934).

POPOL VUH, *Las antiguas historias del Quiché*. Edición de Adrián Recinos. México, 1947.

PORTER DE MOEDANO, M.-ESTRADA BALMORÍ, E., *Estudio preliminar de la cerámica de Chapicuaro, Gto*. Rev. Mex. Est. Antrop., VII, 89-112 (1945).

POSNANSKY, A., *Antropología y sociología de las razas interandinas y de las regiones adyacentes*. La Paz, 1937.

POSNANSKY, A., *El calendario de Tiahuanacu y su adaptación para el hombre de la cultura actual*, en *La Prensa*, diario de Buenos Aires, número del 2-4-1933.

POSNANSKY, A., *Una metrópoli prehistórica en la América del Sur*. Berlín, 1914.

POSNANSKY, A., *Un detalle muy importante*, en *La Nación*, diario de Buenos Aires, número del 29-5-1932.

POSNANSKY, A., *Quiénes eran los Incas*. XX Congr. Int. Amer., II, 217-251. Río de Janeiro, 1928.

PREUSS, K. TH., *Forschungsreise zu den Kágaba*. Anthropos, XIV-XV a XXI (1919-1926).

PREUSS, K. TH., *Arte monumental prehistórico*. 2 tomos. Bogotá, 1931.

PROUSKARIAKOFF, T., *A study of classic maya sculpture*. Carneg. Publ. 593. Washington, 1950.

PROUSKARIAKOFF, T., *Some non-classic traits in the sculpture of Yucatan*. XXIX Congr. Inter. Amer., I, 108-118. New York, 1951.

PUGA, M. A., *El ayllu: su naturaleza y régimen económico-social*. Amer. Indíg., X, 283-299 (1950).

QUATREFAGES, A. DE, *Introduction a l'étude des races humaines*. Paris s/a.

RAIMONDI, A., *El Departamento de Ancachs y sus riquezas minerales*. Lima, 1872.

RATZEL, F., *Las razas humanas*. 2 tomos. Barcelona.

REAGAN, A. B., *Notes on the Indians of the Fort Apache region*. Anthr. Pap. Amer. Mus. Nat. Hist. XXXI, 281-345 (1930).

REDFIELD, R.-VILLA, A., *Notes on the etnography of Tzeltal comunities*. Carneg. Inst. Contr. Amer. Anthr. a. Hist. Nº 28, 105-119 (1939).

REED, C. S., *Descripción de insignias líticas chilenas*. Publ. Mus. Antr. y Etnolog. Chile, IV, 69-135 (1927).

REICHEL-DOLMATOFF, G., *Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada*. Rev. Colomb. Antropol., I, 15-122 (1953).

REICHEL-DOLMATOFF, G., *Las zonas culturales de Colombia y sus elementos constitutivos*. Bol. Arqueol., II, 3-17. Bogotá, 1946.

REICHEL-DOLMATOFF, G. Y A., *Investigaciones arqueológicas en el Depto. del Magdalena, Colombia, 1946/1950*. Bol. Arqueol., III, 5-321. Bogotá, 1951.

REICHEL-DOLMATOFF, G., *Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta*. Rev. Colomb. Antr. II, 145-206 (1954).

REICHLEN, H. ET P., *Recherches archéologiques dans les Andes du Haut Utcubamba*. Journal Soc. Amer. Paris, 219-246 (1950).

REICHLEN, H. ET P., *Recherches archéologiques dans les Andes de Cajamarca*. Journ. Soc. Amer. Paris, XXXVIII, 137-174 (1949).

REISS, W.-STÜBEL, A., *The necropolis of Ancon in Peru*. 3 tomos. Berlin, 1880-1887.

REYES, A. DE LOS, *Arte de la lengua Mixteca*. México, 1890.

RICHARDSON, F. B., *Non-maya monumental sculpture of Central America*. The Mayas and their Neighbors, 395-416. New York, 1940.

RICKETSON, O. G.-RICKETSON, E. B., *Uaxactun, Guatemala, Group E, 1926-1931*. Carn. Inst. Publ. 477. Washington, 1937.

RINALDO, J. B., *On Daifuku's new scheme for the prehistoric Southwest*. Amer. Anthrop., LIV, 580-586 (1952).

RIVET, P., *La influencia Karib en Colombia*. Rev. Inst. Etnológ. Nac., I, 55-93 y 285-295. Bogotá, 1943.

RIVET, P., *Les langues de l'ancien diocèse de Trujillo*. Journ. Soc. Amer. Paris, XXXVIII, 1-51 (1949).

ROCHA, D. A., *Origen de los indios del Perú*. Lima, 1681.

ROMERO, J. C., *Música precortesiana*. Anal. Inst. Nac. Antr. e Hist., II, 229-257 (1946).

ROMERO, J., *Monte Negro, centro de interés antropológico*. En: Homenaje A. Caso, 317-328. México, 1951.

ROOSEVELT, C., *Ancient civilizations of the Santa Valley and Chavin*. Geogr. Review, XXX, 21-42 (1935).

ROOT, W. C., *Metalurgy*. Handb. South Amer. Ind., II, 205-225. Washington, 1946.

ROSALES, D. DE, *Historia general de el Reyno de Chile*. 3 tomos. Valparaiso, 1877-78.

ROUGET, G., *La conque comme signe des migrations océaniennes en Amérique*. XXVIII. Congr. Int. Amer., 297-305. Paris, 1948.

ROUMA, G., *Quichuas et Aymaras; étude des populations autochtones des Andes Boliviennes*. Bull.

Soc. R. Anthrop. Prehist., XLVIII. Bruxelles, 1933.

ROWE, J. H., *Eleven Inca prayers from the Zithuwa ritual.* Kroeber Anthr. Soc. Pap. Nos. 8-9, 82-99. Berkeley, 1953.

ROWE, J. H., *An introduction to the archaeology of Cuzco.* Anthr. Pap. Peab. Mus. Harvard, XXVII, 2 (1944).

ROWE, J. H., *The Kingdom of Chimor.* Acta Amer., VI, 26-59 (1948).

ROWE, J. H., *Inca culture at the time of the Spanish conquest.* Handb. South Amer. Ind., II, 183-330. Washington, 1946.

ROYS, R. L., *The book of Chilam Balam of Chumayel.* Washington, 1933.

ROYS, R. L., *The Indian background of Colonial Yucatan.* Washington, 1943.

RUBÍN DE LA BORBOLLA, D., *Antropología Tzintzuntzan-Ihuatzio.* Rev. Mex. Est. Antrop., III, 99-121 (1941).

RUBÍN DE LA BORBOLLA, D., *Exploraciones arqueológicas en Michoacán, Tzintzuntzan, Temporada III.* Rev. Mex. Est. Antr., V, 5-20 (1941).

RUDOLPH, W. E., *El Loa.* Rev. Chil. Historia y Geogr., LIX (1928).

RUSSELL, F., *The Pima Indians.* Twenty-sixth Ann. Rep. Bur. Amer. Ethn. Washington, 1908.

RUZ, A., *Guía arqueológica de Tula.* México, 1945.

RUZ LHUILLIER, A., *Investigaciones arqueológicas en Palenque.* Cuad. Amer., LXVI, 149-165 (1952).

RUZ LHUILLIER, A., *Chichen-Itzá y Palenque, ciudades fortificadas.* En: Homenaje A. Caso, 331-342. México, 1951.

RYDÉN, ST., *Contribution to the archaeology of the Rio Loa region.* Göteborg, 1944.

RYDÉN, ST., *Archaeological researches in the department of La Candelaria (Prov. Salta, Argentina).* Etnologiska St., III, 1-327 (1936).

RYDÉN, ST., *Archaeological researches in the Higlands of Bolivia.* Göteborg, 1947.

SAHAGÚN, B. DE, *Historia general de las cosas de Nueva España.* 5 tomos. México, 1938.

SAN PEDRO, J. DEL-DEL CANTO, J., *Relación de la religión y ritos del Perú, hecha por los primeros religiosos agustinos que allí pasaron para la conversión de los naturales.* Informaciones acerca de la Rel. y Gob. de los Incas. Lima, 1918.

SARMIENTO DE GAMBOA, P., *Historia de los Incas.* 3ª ed. Buenos Aires, 1947.

SAS, A., *Ensayo sobre la música nazca.* Rev. Mus. Nacional, VIII, 124-135. Lima, 1939.

SAUER, C. O., *Agricultural origins and dispersals.* New York, 1952.

SAUER, C. O., *Cultivated plants of South and Central America.* Handb. South Amer. Ind., VI, 487-543. Washington, 1950.

SAVILLE, M. H., *The antiquities of Manabí, Ecuador.* 2 tomos. New York, 1907-10.

SAVILLE, M. H., *Archaeological researches on the coast of Esmeraldas, Ecuador.* XVI Congr. Int. Amer., II, 331-345. Wien, 1910.

SCHADEN, E., *Aspectos fundamentais da cultura guaraní.* Sao Paulo, 1954.

SCHAEDEL, R., *Stone sculpture in*

the Callejón de Huaylas. Mem. Soc. Amer. Archaeol., N. 4, 66-79 (1948).

SCHMIDT, M., *Kunst und Kultur von Peru.* Berlín, 1929.

SCHMIDT, W., *Die Sprachfamilien und Sprachekreise der Erde.* Heidelberg, 1926.

SCHMIDT, W., *Handbuch der Methode der kulturhistorischen Ethnologie.* Münster, 1937.

SCHOTTELIUS, J. W., *Arqueología de la Mesa de los Santos.* Bol. Arqueol., II, 213-225. Bogotá, 1946.

SCHREITER, R., *Nota preliminar sobre una exploración arqueológica en la zona de La Florida, Corral Quemado, departamento de Belén (Catamarca).* Bol. Mus. Hist. Nat., Nº 7. Tucumán, 1936.

SÉJOURNÉ, L., *Palenque, una ciudad maya.* México, 1952.

SELER, E., *Wandmalereien von Mitla.* Berlín, 1895.

SELER, E., *Die Teotihuacán-Kultur des Hochlandes von Mexico.* Berlín, 1915.

SELER, E., *Peruanische Alterthümer.* Berlín, 1893.

SELER, E., *Die Alterthümer vom Castillo de Teayo.* XIV Congr. Int. Amer. Stuttgart, 1906.

SELER-SACHS, C., *Alterhümer des Kanton Tuxtla.* Festschrift Ed. Seler, 543-556 (1922).

SELER-SACHS, C., *Auf alten Wagen in Mexico und Guatemala.* Stuttgart, 1925.

SELTZER, C. C., *Racial prehistory of the Southwest.* Pap. Peab. Mus. Harvard, XXIII, 1 (1944).

SERGI, G., *L'Uomo. Secondo le origini, l'antichita, le variazioni e la distribuzione geografica.* Torino, 1911.

SERRANO, A., *Los aborígenes argentinos.* Buenos Aires, 1947.

SERRANO, A., *La cerámica tipo Condorhuasi y sus correlaciones.* Córdoba, 1944.

SHEPARD, A. O., *Plumbate. A mesoamerican trade ware.* Carn. Inst. Publ., 573. Washington, 1948.

SHOOK, E. M., *Investigaciones arqueológicas en las ruinas de Tikal, Departamento del Petén, Guatemala.* Antrop. e Historia Guatemala, III, 9-12 (1952).

SHOOK, E. M., *Exploration in the ruins of Oxkintok, Yucatan.* Rev. Mex. Est. Antrop., IV, 165-171 (1940).

SHOOK, E. M., *The present status of research on the pre-classic horizons in Guatemala.* XXIX Congr. Int. Amer., I, 93-100. New York, 1951.

SILVA CELIS, E., *Sobre antropología chibcha.* Bol. Arqueol., I, 531-551. Bogotá, 1945.

SILVA CELIS, E., *Contribución al conocimiento de la civilización de los Lache.* Bol. Arqueol., I, 369-424. Bogotá, 1945.

SILVA CELIS, E., *Un esqueleto precolombino. Investigaciones arqueológicas y antropológicas en Chiscas (Boyacá, República de Colombia).* XXVIII Congr. Int. Amer., 63-83. Paris, 1948.

SILVA CELIS, E., *Cráneos de Chiscas.* Rev. Inst. Etnol. Nac., II, 43-59. Bogotá, 1946.

SMITH, A. L., *Uaxactun, Guatemala: excavations of 1931-1937.* Carn. Inst. Publ., 588. Washington, 1950.

SMITH, S. P., *Hawaiki, the original home of the Maori.* Honolulu, 1904.

SMITH, R. E., *Ceramics of the Peten.* The Maya and Their Neighb., 242-249 (1940).

SMITH, R. E., *Ceramics of Uaxactun: A preliminary analysis of decorative technics and design.* Carn. Inst. Publ. Washington, 1936.

SMITH, W., *Kiva mural decorations at Awatowi and Kawaika-a.* Anthr. Pap. Peab. Mus. Harvard, XXXVII, 1-363 (1952).

SMITH, A. L.-KIDDER, A. V., *Excavations at Nebaj, Guatemala.* Carneg. Inst. Publ., 594. Washington, 1951.

SOCIEDAD MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA, *Huastecos, Totonacos y sus vecinos.* México, 1953.

SOCIEDAD MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA. *Mayas y Olmecas. Segunda reunión de mesa redonda.* Tuxtla Gutiérrez, 1942.

SOCIEDAD MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA, *El Occidente de México.* México, 1948.

SPINDEN, H., *Ancient civilizations of Mexico and Central America.* 3ª ed. New York, 1928.

SPINDEN, E. S., *The place of Tajin in Totonac archaeology.* Amer. Anthrop., XXXV, 225-270 (1933).

STANISLAWSKI, D., *Tarascan political geography.* Amer. Anthrop., XLIX, 46-55 (1947).

STARR, FR., *The physical characters of the Indians of Southern Mexico.* Decennial Publ. Univ. Chicago, IV, 63-109 (1902).

STEPHENS, J. L., *Viaje a Yucatán 1841-1842.* 2 ts. México, 1937-1938.

STEPHENS, J. L., *Incidentes de viaje en Centro América, Chiapas y Yucatán.* 2 tomos. Quetzaltenango, 1939-40.

STEGGERDA, M., *Maya Indians of Yucatan.* Carn. Inst. Publ., 531. Washington, 1941.

STEGGERDA, M., *Anthropometry of adult Maya Indians. A study of their physical and physiological characteristics.* Carn. Inst. Publ., 434. Washington, 1932.

STEVENSON, W. B., *Rélation historique et descriptive d'un séjour de vingt ans dans l'Amérique du Sud.* 2 tomos. Paris, 1832.

STEWARD, J. H., *South American cultures: An interpretative summary.* Handb. South Amer. Ind., V, 669-772. Washington, 1949.

STEWARD, J. H., *The Circum-Caribbean tribes.* Handb. South Amer. Ind., IV, 1-41. Washington, 1948.

STIRLING, M. W., *Exploring ancient Panamá by helicopter.* Nat. Geogr. Magazine, XCVII, 227-246 (1950).

STIRLING, M. W., *Discovering the New World's oldest datest work of man.* Nat. Geogr. Magazine, LXXVI, 183-218 (1939).

STIRLING, M. W., *Great stone faces of the Mexican jungle.* Nat. Geogr. Magazine, LXXVIII, 309-334 (1940).

STIRLING, M. W., *Stone monuments of Southern Mexico.* Bur. Amer. Ethnol. Bull., 138. Washington, 1943.

STIRLING, M. W., *An initial Series from Tres Zapotes, Vera Cruz, Mexico.* Washington, 1940.

STIRLING, M. W., *Hunting prehistory in Panama jungles.* Nat. Geogr. Magazine, CIV, 271-290 (1953).

STIRLING, M. W., *On the trail of La Venta man.* Nat. Geogr. Magazine, XCI, 137-172 (1947).

STIRLING, M. W., *La Venta's green stone tigers.* Nat. Geogr. Magazi-

ne, LXXXIV, 321-332 (1943).

STIRLING, M. W., *Finding jewels of jade in a Mexican swamp.* Nat. Geogr. Magazine, LXXXII, 635-661 (1942).

STIRLING, M. W., *Indian tribes of Pueblo Land.* Nat. Geogr. Magazine, LXXVIII, 549-596 (1940).

STONE, D., *The basic cultures of Central America.* Handb. South Amer. Ind., IV, 169-193. Washington, 1948.

STREBEL, H., *The sculptures of Santa Lucia Cotzumalhuapa, Guatemala, in the Hamburg Ethnological Museum.* Ann. Rep. Smiths. Inst., 1899, 549-561 (1901).

STREBEL, H., *Alt-Mexico. Archäologische Beiträge zur Kulturgeschichte seiner Bewohner,* 2 tomos. Hamburg, 1885-89.

STRONG, W. D., *The archaeology of Honduras.* Handb. South Amer. Ind., IV, 71-120. Washington, 1948.

STRONG, W. D., *The Uhle pottery collections from Ancon.* Univ. Calif. Publ., XXI, 135-190 (1925).

STRONG, W. D., *Finding the tomb of a warrior-god.* Nat. Geogr. Magazine, XCI, 453-482 (1947).

STRONG, W. D.-EVANS, CL., *Cultural stratigraphy in the Viru Valley, Northern Peru.* New York, 1952.

STRONG, W. D.-CORBETT, J. M., *A ceramic sequence at Pachacamac.* Columb. St., I, 27-122. New York, 1943.

STRONG, W. D.-WILLEY, G. R., *Archaelogical notes on the Central Coast.* Columb. Studies, I, 1-25. New York, 1943.

STRONG, W. D. Y COL., *Preliminary report on the Smithsonian Institution-Harvard University Expedition to Northwest Honduras.* Washington, 1938.

STÜBEL, A.-UHLE, M., *Die Ruinenstätte von Tiahuanacu.* Leipzig, 1892.

SULLIVAN, R. R., *Marquesan somatology, with comparative notes on Samoa and Tonga.* Honolulu, 1923.

TELLO, J. C., *Discovery of the Chavín culture in Peru.* Amer. Antiquity, IX, 135-160 (1943).

TELLO, J. C., *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas.* XXVII Congr. Int. Amer., I, 589-720. Lima, 1940.

TELLO, J. C., *Wira Kocha.* Inca, I, 93-320 y 583-606. Lima, 1923.

TELLO, J. C., *Antiguo Perú. Primera época.* Lima, 1929.

TELLO, J. C., *Andean civilization. Some problems of Peruvian archaeology.* XXIII Congr. Int. Amer., 259-290. New York, 1930.

TERMER, F., *Die "Hühner" der Azteken.* Zeitschr. f. Ethnol., LXXVI, 205-215 (1951).

THOMPSON, J. E. R., *Dating of certain inscriptions of non-maya origin.* Washington, 1941.

THOMPSON, J. E. R., *Sixteenth and seventeenth century reports on the Chol Mayas.* Amer. Anthropol., XL, 584-604 (1938).

THOMPSON, J. E. R., *Tentativa de reconocimiento en el área maya meridional.* Antrop. e Hist. Guatemala, I, 2ª, 23-48 (1949).

THOMSON, J. E. R., *The Itzá of Tayasal.* En: Homenaje A. Caso, 389-400. México, 1951.

THOMPSON, J. E. R., *The causeways of the Coba District, Eastern Yucatan.* XXIII Congr. Int. Amer., 181-184. New York, 1930.

THOMPSON, J. E. R., *Maya hieroglyphic writing*. Carneg. Inst. Publ., 589. Washington, 1950.

THOMPSON, J. E. R., *La civilization aztèque*. Paris, 1934.

THOMSON, J. E. S. Y COL., *Preliminary study of the ruins of Coba, Quintana Roo, Mexico*. Carneg. Inst. Publ., 424. Washington, 1932.

TORQUEMADA, J. DE, *Los veinte y un libros rituales y Monarchia Indiana, con el origen y guerras de los Indios Occidentales*. 3 tomos. Madrid, 1723.

TOSCANO, S., *Los murales de Bonampak*. Rev. Mex. Antrop., IX, 5-9 (1947).

TOZZER, A. M., *Landa's Relación de las cosas de Yucatan*. Papers Peab. Mus. Harvard, XVIII (1941).

TRIMBORN, H., *Die Gliederung der Stände im Inkareich*. Journ. Soc. Amér. Paris, XIX, 303-344 (1927).

TSCHOPIK, H. M. H., *Some notes on the archaeology of the Department of Puno*. Papers Peab. Mus. Harvard, XXVII, 3 (1946).

TSCHOPIK, H. M. H., *The Aymara*. Handb. South Amer. Ind., II, 501-573. Washington, 1946.

TSI YUAN PEI, *Analogie entre l'écriture des nombres chez les ancients Américains et les anciens Chinois*. XXI Congr. Int. Amer., I. Den Haag, 1924.

TYLOR, E. B., *Antropología*. Madrid, 1912.

UHLE, M., *Die Muschelhügel von Ancon*. XVII Congr. Int. Amer., 22-45. London, 1912.

UHLE, M., *Uber die Frühkulturen in der Umgebung von Lima*. XVI Congr. Int. Amer., 347-370. Wien, 1908.

UHLE, M., *Report on explorations at Supe*. Univ. Calif. Publ., XXI, 257-263 (1925).

UHLE, M., *Die alten Kulturen Perus im Himblick auf die Archäologie und Geschichte des amerikanischen Kontinents*. Berlin, 1935.

UHLE, M., *Explorations at Chincha*. Univ. Calif. Publ., XXI, 55-94 (1924).

UHLE, M., *Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina*. XVII Congr. Int. Amer., 509-540. Buenos Aires, 1912.

UHLE, M., *Los Jeroglíficos de la portada de Tiahuanaco*. XXV Congr. Int. Amer., II, 199-220. La Plata, 1934.

UHLE, M., *Estudios esmeraldeños*. Anal. Univ. Central, Nº 262, 219-279. Quito, 1927.

UHLE, M., *Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas*. An. Univ. Central, Nº 259, 107-136. Quito, 1927.

UHLE, M., *Pachamac. Report of the William Peruvian Expedition of 1896*. Philadelphia, 1903.

UHLE, M., *Die Ruinen von Moche*. Journ. Soc. Amer. Paris, X, 95-117 (1913).

UHLE, M., *Los orígenes de los Incas*. XVII Congr. Int. Amer., 230-253. Buenos Aires, 1912.

UHLE, M., *El Templo del Sol de los Incas en Cuzco*. XXII Congr. Int. Amer., 291-295. New York, 1930.

UHLE, M., *La arqueología de Arica y Tacna*. Bol. Soc. Ecuator. Est. Hist. Americanos, III, 1-48 (1919).

UHLE, M., *La marcha de las civilizaciones*. XXVII Congr. Int. Amer., I, 369-382. Lima, 1940.

URTEAGA, H. H., *Los reinos preincaicos del norte del Perú y el cacicazgo de los Casamarcas*. Lima, 1919.

VAILLANT, G. C., *Aztecs of Mexico*. New York, 1941.

VAILLANT, G. C., *Excavations at Zacatenco*. Anthr. Pap. Amer. Mus. Nat. History, XXXII, 1-197 (1930).

VAILLANT, G. C., *Excavations at Ticoman*. Anthr. Pap. Amer. Mus. Nat. History, XXXII, 199-439 (1931).

VAILLANT, G. C., *Excavations at El Arbolillo*. Anthr. Pap. Amer. Mus. Nat. History, XXXV, 137-279 (1935).

VAILLANT, G. C., *Early cultures of the Valley of Mexico*. Anthr. Pap. Amer. Mus. Nat. History, XXXV, 281-328 (1935).

VAILLANT, G. C., *Excavations at Gualupita*. Anthr. Pap. Amer. Mus. Nat. History, XXXV, 1-135 (1954).

VAISSE, E. F. Y COL., *Glosario de la lengua atacameña*. Anal. Univ. Chile, XCI, 532 y siguientes. Santiago, 1895.

VALCÁRCEL, L. E., *El personaje mítico de Pukara*. Rev. Mus. Nacional, I, 18-30 (1932).

VALCÁRCEL, L. E., *Cerámica y litoescultura de Pukara*. Rev. Mus. Nacional, IV, 25-28 (1935).

VALCÁRCEL, L. E., *Informe sobre Pukara*. Rev. Mus. Nacional, IV, 25-28 (1935).

VALCÁRCEL, L. E., *El gato de agua. Sus representaciones en Pukara y Naska*. Rev. Mus. Nacional, II, 3-27. Lima, 1932.

VALCÁRCEL, L. E., *Sobre el origen del Cusco*. XXVII Congr. Int. Amer., II, 325-330. Lima, 1942.

VARGAS, A., *Hegemonía Chanka*. Rev. Mus. Nacional, VIII, 111-116. Lima, 1939.

VARGAS UGARTE, R., *Los Mochicas y el cacicazgo de Lambayeque*. XXVII Congr. Int. Amer., II, 475-482. Lima, 1942.

VEGA, C., *La flauta de pan andina*. XXV Congr. Int. Amer., I, 333-347. La Plata, 1934.

VERNEAU, R., *Crânes d'Indiens de la Colombie. L'élement papoue en Amérique*. L'Anthropologie, XXXIV, 353-386 (1924).

VIDAL GORMAS, F., *Exploración de las costas chilenas. El viaje de Juan Bautista Pastene*. Anuar. Hidrogr. Chile, V. Santiago, 1879.

VIGNATI, M. A., *Los elementos étnicos del Noroeste Argentino*. Notas Prelim. Mus. La Plata, I, 115-157 (1931).

VILLACORTA, C. Y COL., *Códices mayas. Dresdensis, Peresianus, Tro-Cortesianus*. Guatemala, 1933.

VILLAGRA CALETI, A., *Las pinturas de Atetelco en Teotihuacán*. Cuad. Amer., LV, 153-162 (1951).

WALDECK, J. F. M., *Sur l'archéologie américaine*. Arch. Soc. Américe. France, 2ª Serie, I, 143-146 (1875).

WAGNER, E. R. Y D. L., *La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo Mundo*. Buenos Aires, 1934.

WAUCHOPE, R., *Domestic architecture of the Maya*. The Mayas a. their Neighb., 232-241. New York, 1940.

WAUCHOPE, R., *Excavations at Zacualpa*. New Orleans, 1948.

WAUCHOPE, R., *A tentative sequence of pre-classic ceramics in Middle America*. Middle America Rec., I, 211-250. New Orleans, 1950.

WEIANT, C. W., *An introduction to the ceramics of Tres Zapotes, Veracruz, Mexico*. Bur. Amer.

Ethnol., Nº 139. Washington, 1943.

WEINERT, H., *Die Rassen der Menschheit*. Leipzig, 1939.

WEST, R. C.-ARMILLAS, P., *Las chinampas de México*. Cuad. Americ., L., 165-182 (1950).

WEYESTALL, A., *Some observations on Indian mounds, idols, and pottery in the lower Papaloapan Basin, State of Vera Cruz, Mexico*. Tulane Univ. Middl. Amer. Series, IV, 23-69 (1932).

WIENER, CH., *Pérou et Bolivie*. Paris, 1880.

WILLEY, G. R., *Ceramics*. Handb. South Amer. Ind., V, 139-204. Washington, 1949.

WILLEY, G. R., *A supplement to the pottery sequence at Ancon*. Columb. Stud., I, 197-212 (1943).

WILLEY, G. R., *Excavations in the Chancay Valley*. Columb. Stud., I, 123-196 (1943).

WILLEY, G. R., *The Chavin problem: A review and critique*. Southw. Journ. Anthr., VII, 103-144 (1951).

WILLEY, G. R., *Prehistoric settlement patterns in the Virú Valley, Perú*. Bureau Amer. Ethnol., Bulletin 155. Washington, 1953.

WHINSHIP, G. P., *The Coronado Expedition 1540-1542*. Fourteenth Ann. Rep. Bur. Amer. Ethnology. Washington, 1896.

YACOVLEFF, E., *Arte plumaria entre los antiguos peruanos*. Rev. Mus. Nacional, II, 137-158. Lima, 1933.

ZAMORANO, M., *El ngillatun araucano y su sentido*. Bol. Est. Geográficos, 2, 35-52. Mendoza, 1949.

ZEVALLOS QUIÑONES, J., *Primitivas lenguas de la Costa*. Rev. Mus. Nacional, XVII, 114-119. Lima, 1948.

ZINGG, R. M., *A reconstruction of Uto-Aztecan history*.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Parte Primera

ORIGEN DE LAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

Figura		Página
1	*La Civilización en el Viejo Mundo*	15
2	*Tumba real de Sumeria*	18
3	*La Civilización en el Nuevo Mundo*	20
4	*Rueda americana de juguete*	22
5	*Variedades de arco*	28
6	*Lagenaria americana prehispánica*	42
7	*Uso americano del quitasol*	46
8	*El motivo del loto en la India y América*	55
9	*Representación china del maíz*	57
10	*Varias representaciones de Tlaloc*	60
11	*Flautas de pan oceánica y americana*	66
12	*Anzuelos polinesios y americanos*	67
13	*Vivienda polinesia con el motivo lengua afuera*	68
14	*Motivo de la lengua afuera en México*	69
15	*Coco americano prehispánico*	70
16	*Doble canoa polinesia*	72
17	*Escritura del Indo y de Pascua*	74

Parte Segunda

LAS CULTURAS PRECLÁSICAS O FORMATIVAS

18	*Maíz antiguo peruano*	85
19	*Momia de Calingasta*	90
20	*Cerámica de Agrelo y Calingasta*	91

Figura Página
21 *Morteros de piedra de Barreales* 94
22 *Monolito de Tafí* 95
23 *Objetos de metal de El Molle* 97
24 *Entierro en cesta de Punta Pichalo* 100
25 *Material arqueológico de Ancón* 106
26 *Paño de muro de Chavín* 108
27 *Plano de Chavín de Huántar* 110
28 *Objetos de oro de Chongoyape* 113
29 *Cántaros cupisniques* 114
30 *Excavación en Chanapata* 117
31 *Asiento de Manabí* 123
32 *Cerámica protopanzaleo I* 126
33 *Objetos de madera de la cueva funeraria de La Paz* 137
34 *Estatua de Barriles* 141
35 *Cerámica de Playa de los Muertos* 143
36 *Hongos de piedra de Kaminaljuyú* 148
37 *Cerámica Mamom de Uaxactun* 150
38 *Cabeza Colosal de Tres Zapotes* 154
39 *Estela C de Tres Zapotes* 155
40 *Estructuras ceremoniales huastecas* 157
41 *Figurillas de El Arbolillo* 162
42 *Cerámica de Tlatilco* 165
43 *Estela, con inscripción, de Monte Albán* 168

Parte Tercera

LAS CLÁSICAS CIVILIZACIONES MESOAMERICANAS

44 *Mutilaciones dentarias olmecas* 177
45 *Figura de jadeíta de tipo olmeca* 178
46 *Estatuita de Tuxtla* 182
47 *Clásica cabeza maya* 187
48 *Placa de Leyden* 191
49 *Urna zapoteca* 199
50 *Dios murciélago* 200
51 *Escena histórica de un códice mixteca* 208
52 *Pectoral de Monte Albán* 209

Figura		Página
53	*Monolito de Tuxpan*	215
54	*Reconstrucción de El Tajín*	217
55	*Juego del Volador*	218
56	*Fresco del Templo de la Agricultura*	227
57	*Vasos tectihuacanoides*	228
58	*Incensario teotihuacano*	229
59	*Cerámica tarasca*	235
60	*Perrito funerario tarasco*	236
61	*Vaso de Kaminaljuyú*	243
62	*Monolito de Cotzumalhuapa*	245

PARTE CUARTA

LAS CLÁSICAS CIVILIZACIONES ANDINAS

63	*Pintura mural representando la rebelión de los artefactos*	256
64	*Vasos mochicas representando una pirámide y una vivienda*	257
65	*Pintura representando un taller de tejedores*	259
66	*Representación del dios Ai apaec*	260
67	*Cerámica Nazca*	264
68	*Guerrero de Recuay*	268
69	*Estatuas de Huaraz*	269
70	*Estatua de Pucara*	271
71	*Plano de Tiahuanaco*	274
72	*Cerámica de Tiahuanaco Antiguo*	276
73	*Cerámica de Tiahuanaco Clásico*	281
74	*Formas y dibujos del Tiahuanaco Decadente*	283
75	*Fortaleza de Paramonga*	286
76	*Cerámica negra de Chimú*	288
77	*Figurilla de Chancay*	291
78	*Máscaras funerarias de Ancón*	292
79	*Cerámica de Ica*	295
80	*Cerámica de Cajamarca*	299
81	*Esculturas de Huamachuco*	301
82	*Cerámica incaica primitiva*	303
83	*Casa redonda de Kollana*	307

Parte Quinta

LAS ÚLTIMAS REALIZACIONES: EL IMPERIO INCAICO

Figura		Página
84	*Vecindades del Cuzco*	312
85	*Plano del Cuzco*	314
86	*Labor agrícola*	326
87	*La pareja imperial*	335
88	*Extensión máxima del Imperio Incaico*	336
89	*Depósitos y quipus*	341
90	*Castigo de adúlteros*	346
91	*Vestidos incaicos*	354
92	*Tejedora*	355
93	*Objetos de metal*	356
94	*Aríbalos incaicos*	357
95	*Camino incaico con túnel*	360
96	*Guerreros incaicos*	362
97	*El Inca presidiendo un rito*	369
98	*Morteros de piedra de la región del Cuzco*	374

Parte Sexta

EL IMPERIO AZTECA

99	*Cerámica tolteca*	387
100	*Alrededores de la ciudad de México*	390
101	*Límites del Imperio Azteca*	396
102	*Labrador azteca*	401
103	*Entrega de productos agrícolas a Cortés*	403
104	*Pobres y ricos*	408
105	*Esclavos*	410
106	*Justicia azteca*	414
107	*Guerreros aztecas*	417
108	*Cuchillo para sacrificios*	423
109	*Tejedora azteca*	424

Figura Página
110 *Canoas en el lago de Tetzcoco* 426
111 *El Gran Teocalli* 429
112 *Sacrificio humano* 433
113 *Signos de los días aztecas* 440
114 *Numeración azteca* 443

PARTE SÉPTIMA

LAS ÚLTIMAS REALIZACIONES: EL NUEVO IMPERIO MAYA

115 *Mapa del área Maya* 448
116 *Plano de Chichén Itzá* 451
117 *Guerreros mayas y mexicanos* 453
118 *Fresco de una aldea* 460
119 *Jugador de pelota* 463
120 *Cerámica pizarra de Yucatán* 473
121 *Cerámica anaranjada delgada* 474
122 *Cerámica plomiza con modelado* 475
123 *Diosa lunar tejiendo* 475
124 *Los principales dioses mayas* 480
125 *Atlante maya-tolteca* 488
126 *Signos de los meses mayas* 491
127 *Jeroglíficos calendarios* 492
128 *Numerales mayas* 493
129 *Inscripción maya típica* 494

PARTE OCTAVA

LAS CIVILIZACIONES DE LA PERIFERIA

130 *Sepulturas en bóveda del Noroeste Argentino* 507
131 *Urnas para párvulos del Noroeste* 508
132 *Una fortaleza* 510
133 *Plano de la ciudad atacameña de Turi* 518

Figura Página
134 *Urna diaguita-chilena* 523
135 *Cista diaguita-chilena* 524
136 *Clava cefalomorfa de la Araucanía* 531
137 *Dalca de Chiloé* 532
138 *Vestidos de los Araucanos* 535
139 *Rompecabezas* 536
140 *Objetos de oro chibchas* 544
141 *Paquete funerario de los Laches* 547
142. *Camino empedrado de la Sierra Morena* 549
143 *Tabletas de la cultura Hohokam* 557
144 *Interior de una kiva* 561
145 *Armas de madera de Acoma* 563

FUERA DE TEXTO

Lámina Frente a página
I. *Las ciudades muertas del Viejo Mundo. La de Nippur (Iraq) durante los trabajos de excavación* 32
II. *Las ciudades muertas del Nuevo Mundo. Vistas de Tilcara (Jujuy) y Zapar (Chile)* 33
III. *Las ciudades muertas del Nuevo Mundo. Vistas de Cajamarquilla y Chanchan (Perú)* 48
IV. *El trabajo arqueológico en Monte Albán (México)* 49
V. *El trabajo arqueológico en Kaminaljuyú (Guatemala)* .. 52
VI. *Los templos pirámides. En el Viejo Mundo: templo cambodyano; en el Nuevo Mundo: templo maya reconstruido* 53
VII. *Los detalles ornamentales: Banteay Sai (Cambodya)* 60
VIII. *Los detalles ornamentales: edificio de Labná (Yucatán)* 61
IX. *El detalle constructivo polinesio y americano: "Ahau" de la Isla de Pascua (Polinesia) y fortificaciones de Ollantaytambo (Perú)* 64
X. *La tradición mesolítica. Conchales en Ancón (Perú) y Monagrillo (Panamá)* 65
XI. *Los entierros preclásicos: Tlatilco (Valle de México)* ... 80

Lámina — Frente a página

XII. *Los entierros preclásicos: Agrelo (Mendoza) y Punta de Santa Elena (Ecuador)* 81
XIII. *Los entierros preclásicos: Sabana de Bogotá (Colombia) y Tlatilco (México)* 96
XIV. *La construcción megalítica en Barreales. Pucará de Asampay (Catamarca)* 97
XV. *Detalle de la construcción megalítica: en Malalhué (Mendoza) y Asampay (Catamarca)* 112
XVI. *La construcción megalítica: en San Pedro de Atacama (Antofagasta) y Queneto (Valle de Virú)* 113
XVII. *La estatuaria lítica de San Agustín (Colombia)* 116
XVIII. *Los monolitos esculpidos. Estructura ceremonial de Cerro Sechín (Perú) y "Danzante" de Monte Albán (México)* .. 117
XIX. *Las primeras pirámides: la de Cuicuilco (Valle de México)*
XX. *Las primeras pirámides. La E-VII Sub de Uaxactun (Guatemala)* 125
XXI. *Los primeros templos. Monte Negro (Estado de Oaxaca)* 128
XXII. *Las tumbas de la Etapa Clásica. Monte Albán: interior de la tumba 134* 129
XXIII. *Las tumbas de la Etapa Clásica. Monte Albán (México), tumba 118, y Sierra Peruana* 144
XXIV. *El tratamiento de los muertos en la Etapa Clásica. En Monte Albán (México) y Gorzi Mendoza (Bolivia)* 145
XXV. *Civilización Olmeca. Altar Nº 5. La Venta (Tabasco, México)* 160
XXVI. *Civilización Olmeca. Cabeza Colosal. La Venta* 161
XXVII. *Civilización Maya. Reconstrucción de una antigua ciudad. Piedras Negras (Guatemala)* 176
XXVIII. *Civilización Maya. Vista parcial del juego de pelota y Bóveda, en Copán (Honduras)* 177
XXIX. *Civilización Zapoteca. Una de las cámaras del Palacio de Mitla (Oaxaca)* 180
XXX. *Civilización Zapoteca. Monte Albán: la Gran Plaza* 181
XXXI. *Civilizaciones Mixteca y Zapoteca. Tumba Nº 7 de Monte Albán, y antecámara de una tumba zapoteca* 188
XXXII. *Civilización Totonaca. Pirámide de El Tajín y vista de Zempoala* 189

Lámina — Frente a página

XXXIII. *Civilización Teotihuacana. Pirámide de la Luna* 192
XXXIV. *Civilización Teotihuacana. Pirámide del Sol y detalle de la fachada del Templo de Quetzalcóatl* 193
XXXV. *Civilización Tarasca. Yácatas de Ihuatzio* 208
XXXVI. *Los Altos de Guatemala. Ciudades de Zaculeu (reconstruída) y de Utatlán (no reconstruída)* 209
XXXVII. *Las construcciones en el ambiente natural peruano. La costa: Castillo de Tomaval, La sierra: Ollantaytambo* ... 224
XXXVIII. *Las construcciones monumentales en el Perú. Pirámide de la Luna, en Moche, y fortificaciones de Ollantaytambo* .. 225
XXXIX. *Civilización Mochica. El acueducto de Ascope y una huaca en Huancaco* 240
XL. *Estatuaria perú-boliviana. Monolitos tiahuanaquenses y figuras de piedra de Recuay* 241
XLI. *Vistas de Tiahuanaco* 244
XLII. *Vistas de Tiahuanaco* 245
XLIII. *Civilización de Tiahuanaco. Puerta del Sol* 252
XLIV. *Civilización Chimú. Ciudad de Chan-Chan. Detalle de una construcción con adornos murales* 253
XLV. *Construcciones en la costa peruana. Vista de la Fortaleza de Paramonga y vista de Pachacamac* 256
XLVI. *Torre funeraria de Sillustani (Puno)* 257
XLVII. *Torres funerarias o "Chullpas" de San Antone (Puno)* .. 272
XLVIII. *Civilización Incaica. Vista general del Cuzco y Palacio de Manco Cápac en Colcampata* 273
XLVIX. *Civilización Incaica. Andenes de cultivo en Phuyu Pata Marka (Cuzco, Perú)* 288
L. *Civilización Incaica. Edificio central en Chacha Bamba (Cuzco, Perú)* 289
LI. *La vivienda serrana en el Perú* 304
LII. *Arquitectura mixta en el antiguo Cuzco. Palacio de Inca Roga* 305
LIII. *Los palacios imperiales: Tambo Machay, o "Balneario del Inca", cerca de Cuzco, y Tambo Colorado, en el Valle de Pisco* 308
LIV. *Civilización Incaica. Vista general de la Fortaleza de Sacsahuamán, cerca del Cuzco* 309

Lámina — Frente a página

LV. *Arquitectura Incaica. Fortaleza de Sacsahuamán (detalle) y restos de viejas construcciones en la edificación actual en el Cuzco* 316
LVI. *Civilización Tolteca. Pirámide de Quetzalcóatl en Tula* 317
LVII. *Civilización Tolteca. Cariátide del Templo Superior Tula (Estado de Hidalgo)* 320
LVIII. *La pirámide de Tenayuca* 321
LIX. *Pirámide de Teopanzolco (Estado de Morelos)* 336
LX. *Templos cruciforme y circular de Tecaxica-Calixtlahuaca (Estado de México)* 337
LXI. *Xochicalco (Estado de Morelos). Pirámide* 352
LXII. *Piedra del Sol o Calendario Azteca* 353
LXIII. *El templo monolítico de Malinalco (México)* 368
LXIV. *Las ciudades del Nuevo Imperio. Vista parcial de Chichén Itzá y de Uxmal* 369
LXV. *Las ciudades del Viejo Imperio Maya. Uaxactun y Piedras Negras. (Estructuras A-XVIII. e. Ic-5.)* 384
LXVI. *Civilización Maya. Estructura A-V de Uaxactun* 385
LXVII. *Civilización Maya. Detalle del Palacio del Gobernador en Uxmal* 400
LXVIII. *Las ciudades del Viejo Imperio. Palenque (Estado de Chiapas). Templo de las Inscripciones* 401
LXIX. *Las estelas mayas E y H de Quiriguá (Guatemala)* 416
LXX. *Civilización Maya. El Caracol de Chichén Itzá* 417
LXXI. *Civilización Maya. Trono Nº 1 de Piedras Negras* 432
LXXII. *Noroeste Argentino. Recinto ceremonial de los Diaguitas* 433
LXXIII. *Las construcciones Incaicas en el Noroeste Argentino. Muros de Incahuasi (Salta) y Chincal (Catamarca)* 448
LXXIV. *Hábitat atacameño. Rancherío al pie del volcán Paniri (Norte de Chile)* 449
LXXV. *Las civilizaciones del Norte de Chile. Petrogriflo de Zorrilla (Coquimbo), y cista diaguita-chilena* 464
LXXVI. *Viviendas Araucanas* 465
LXXVII. *La Meseta de Bogotá, hábitat Chibcha. El paisaje y una pictografía* 480
LXXVIII. *La Sierra Nevada de Santa Marta. Restos de andenes de cultivo y una aldea actual* 481

Lámina — Frente a página

LXXIX. *Cultura Anazasi. Vistas de Pueblo Bonito (Nuevo México) y Cliff Palace (Colorado)* 496

LXXX. *Cultura Hohoham. Vivienda semisubterránea y Juego de pelota en Snaketown (Arizona)* 497

ÍNDICE GENERAL

Pág.

PREFACIO 7

PARTE PRIMERA

ORIGEN DE LAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

I. CARACTERES GENERALES DE LA CIVILIZACIÓN 11
1. *Cultura y Civilización* 11
2. *La Civilización en el Viejo Mundo* 14
3. *La Civilización en el Nuevo Mundo* 19

II. FORMACIÓN Y PROPAGACIÓN DE LAS CULTURAS 23
1. *Formación de las Culturas* 23
2. *Propagación de las Culturas* 26
3. *Teoría de la Cultura* 30

III. LA TEORÍA DEL ORIGEN AUTÓCTONO 35
1. *La Autoctonía Derivada del Poblamiento* 35
2. *El Testimonio de las Plantas Cultivadas* 39
3. *Los Paralelismos Etnográficos* 43

IV. LA TEORÍA DEL ORIGEN ALOCTONO 49
1. *La Civilización Traída del Antiguo Oriente* 49
2. *Las Influencias del Asia Meridional* 53
3. *Las Influencias del Asia Oriental* 57

V. LA CORRIENTE POLINESIA DE POBLACIÓN 63
1. *Valoración de Teorías* 63
2. *Influencias Polinesias en América* 66
3. *La Corriente Polinesia de Población* 71

PARTE SEGUNDA

LAS CULTURAS PRECLÁSICAS O FORMATIVAS

PÁG.

I. GENERALIDADES 79
1. *El Nacimiento* 79
2. *Las Culturas Preclásicas* 82

II. LOS ANDES MERIDIONALES 89
1. *La Cultura de Agrelo* 89
2. *La Cultura de los Barreales* 92
3. *La Cultura de El Molle* 96
4. *La Cultura de Punta Pichalo* 98
5. *Resumen* 100

III. LOS ANDES CENTRALES 103
1. *La Cultura de Ancón y Supe* 103
2. *La Cultura de Chavín de Huántar* 107
3. *La Cultura Cupisnique* 111
4. *La Cultura de Chanapata* 115
5. *Resumen* 118

IV. LOS ANDES SEPTENTRIONALES 121
1. *La Costa Ecuatoriana* 121
2. *La Región Interandina del Ecuador* 124
3. *La Cultura de San Agustín* 126
4. *Resumen* 130

V. LA REGIÓN COLOMBIANO-CENTROAMERICANA 133
1. *Las Culturas Subandinas de Colombia* 133
2. *Las Culturas Básicas Centroamericanas* 139
3. *La Cultura de Barriles* 140
4. *La Cultura de Playa de los Muertos* 142
5. *Resumen* 144

VI. LA REGIÓN MAYOIDE 145
1. *La Cultura de Kaminaljuyú* 145
2. *La Cultura de Uaxactún* 148
3. *La Cultura Preclásica de Yucatán* 152

Pág.

4. *La Cultura de Tres Zapotes* 153
5. *La Cultura de Tampico-Pánuco* 156
6. *Resumen* 158

VII. Área Mexicanoide 159
1. *El Valle de México* 159
2. *La Cultura de El Opeño* 165
3. *Las Culturas Preclásicas de Oaxaca* 167

Parte Tercera

LAS CLÁSICAS CIVILIZACIONES MESOAMERICANAS

I. Generalidades 173

II. La Civilización Olmeca 175
1. *Generalidades* 175
2. *Los Portadores* 176
3. *La Cultura* 177

III. El Viejo Imperio Maya 181
1. *Generalidades* 181
2. *Los Portadores* 186
3. *Historia y Cultura* 188

IV. La Civilización Zapoteca 195
1. *Generalidades* 195
2. *Los Portadores* 197
3. *La Cultura* 198

V. La Civilización Mixteca 203
1. *Generalidades* 203
2. *Los Portadores* 206
3. *La Cultura* 207

VI. La Civilización Totonaca 211
1. *Generalidades* 211
2. *Los Portadores* 214
3. *La Cultura* 215

Pág.

VII. La Civilización Teotihuacana 221
1. *Generalidades* 221
2. *Los Portadores* 223
3. *La Cultura* 225

VIII. La Civilización Tarasca 231
1. *Generalidades* 231
2. *Los Portadores* 233
3. *La Cultura* 235

IX. Los Altos de Guatemala 239
1. *Generalidades* 239
2. *Los Portadores* 240
3. *La Cultura* 241

Parte Cuarta

LAS CLÁSICAS CIVILIZACIONES ANDINAS

I. Generalidades 249
1. *El Medio* 249
2. *El Hombre* 251
3. *Cronología* 252

II. Las Civilizaciones Pretiahuanaquenses de la Costa 255
1. *La Cultura Mochica* 255
2. *La Costa Central* 261
3. *La Cultura de Nazca* 263

III. Las Civilizaciones Pretiahuanaquenses de la Sierra 267
1. *La Sierra Septentrional: Recuay* 267
2. *La Sierra Meridional: Pucara* 270

IV. Florecimiento y Expansión de Tiahuanaco 273
1. *La Zona Arqueológica* 273
2. *Tiahuanaco Antiguo* 276
3. *Florecimiento de Tiahuanaco* 277
4. *La Expansión de Tiahuanaco* 282

PÁG.

V. EL RENACIMIENTO REGIONAL EN LA COSTA 285
1. *El Reino Chimú* 285
2. *Los Reinos de Cuismancu y Chuquimancu* 289
3. *La Costa Sur* 293

VI. EL RENACIMIENTO REGIONAL EN LA SIERRA 297
1. *Las Civilizaciones del Utcubamba* 297
2. *El Reino de Cajamarca* 298
3. *La Provincia de Huamachuco* 300
4. *La Primitiva Civilización Incaica* 302
5. *La Civilización Colla* 304

PARTE QUINTA

LAS ÚLTIMAS REALIZACIONES: EL IMPERIO INCAICO

I. ORÍGENES 311
1. *El Origen* 311
2. *Los Primeros Reinados* 315
3. *La Época Imperial* 319
4. *La Unificación del Imperio* 322

II. LA ECONOMÍA 325
1. *La Agricultura* 325
2. *Ganadería* 328
3. *Caza, Pesca y Recolección* 329

III. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA 331
1. *El Ayllu* 331
2. *El Emperador y la Administración* 334
3. *Las Clases Privilegiadas* 338
4. *Los Indios Tributarios* 340
5. *Las Clases Inmediatizadas* 342
6. *Justicia y Derecho Penal* 344

IV. LA CULTURA MATERIAL 349
1. *Instalación y Vivienda* 349
2. *Vestido y Adornos* 352

Pág.

3. *Las Artes Industriales* 355
4. *Transporte y Comunicaciones* 358
5. *Armas y Guerra* 361

V. La Cultura Espiritual 365
1. *Los Poderes Sobrenaturales* 365
2. *Culto y Ritual* 368
3. *Los Ritos de Tránsito* 371
4. *Las Bellas Artes* 373
5. *La Ciencia* 377

Parte Sexta

EL IMPERIO AZTECA

I. Orígenes e Historia 383
1. *Los Toltecas* 383
2. *Los Chichimecas* 388
3. *Los Mexicas o Aztecas* 391

II. La Economía 399
1. *La Agricultura* 399
2. *Los Animales Domésticos* 402
3. *Caza, Pesca y Recolección* 403

III. La Organización Social y Política 405
1. *El Calpulli* 405
2. *Las Clases Sociales* 407
3. *La Organización Política* 411
4. *Justicia y Derecho Penal* 413
5. *La Guerra* 416

IV. La Cultura Material 419
1. *Instalación y Vivienda* 419
2. *Vestido y Adornos* 421
3. *Las Artes Industriales* 422
4. *Transporte y Comunicaciones* 425

V. La Cultura Espiritual 427
1. *Los Poderes Sobrenaturales* 427

PÁG.

2. *Culto y Ritual* 431
3. *Los Ritos de Tránsito* 434
4. *Las Bellas Artes* 436
5. *La Ciencia* 439

PARTE SÉPTIMA

EL NUEVO IMPERIO DE LOS MAYAS

I. ORÍGENES E HISTORIA 447
1. *Generalidades* 447
2. *El Período Mexicano* 450
3. *La Decadencia Maya* 453

II. LA ECONOMÍA 457
1. *Los Cultivos* 457
2. *Animales Domésticos* 459
3. *Caza, Pesca y Recolección* 459

III. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA 461
1. *La Comunidad* 461
2. *Las Clases Sociales* 462
3. *La Organización Política* 465
4. *Justicia y Derecho Penal* 466
5. *Armas y Guerra* 467

IV. LA CULTURA MATERIAL 469
1. *Instalación y Vivienda* 469
2. *Vestido y Adorno* 471
3. *Las Artes Industriales* 472
4. *Transporte y Comunicaciones* 476

V. LA CULTURA ESPIRITUAL 479
1. *Los Poderes Sobrenaturales* 479
2. *Culto y Ritual* 48
3. *Los Ritos de Tránsito* 48
4. *Las Bellas Artes* 4
5. *La Ciencia* .....

PARTE OCTAVA

LAS CIVILIZACIONES PERIFÉRICAS

I. EL NOROESTE ARGENTINO .....
1. *El Desarrollo Cultural* .....
2. *La División Étnica* .....
3. *El Contenido de las Culturas* .....

II. EL NORTE DE CHILE .....
1. *El Desarrollo Cultural* .....
2. *La Civilización Atacameña* .....
3. *La Civilización Diaguita-Chilena* .....

III. LA CIVILIZACIÓN ARAUCANA .....
1. *Generalidades* .....
2. *Los Promaucáes* .....
3. *Los Araucanos de Época Incaica* .....

IV. LA REGIÓN CHIBCHA .....
1. *Generalidades* .....
2. *Los Muiscas* .....
3. *Laches, Tunebos y Morcotes* .....
4. *La Cultura Tairona* .....

V. LAS SIETE CIUDADES DE CÍBOLA .....
1. *Generalidades* .....
2. *La Cultura Hohokam* .....
3. *La Cultura Pueblo* .....

NOTAS .....

BIBLIOGRAFÍA .....

PÁG.

... 499
... 499
... 503
... 506
... 513
... 513
... 517
... 521
... 525
... 525
... 529
... 533
... 539
... 539
... 541
... 546
... 548
... 551
... 551
... 554
... 559
... 569
... 605